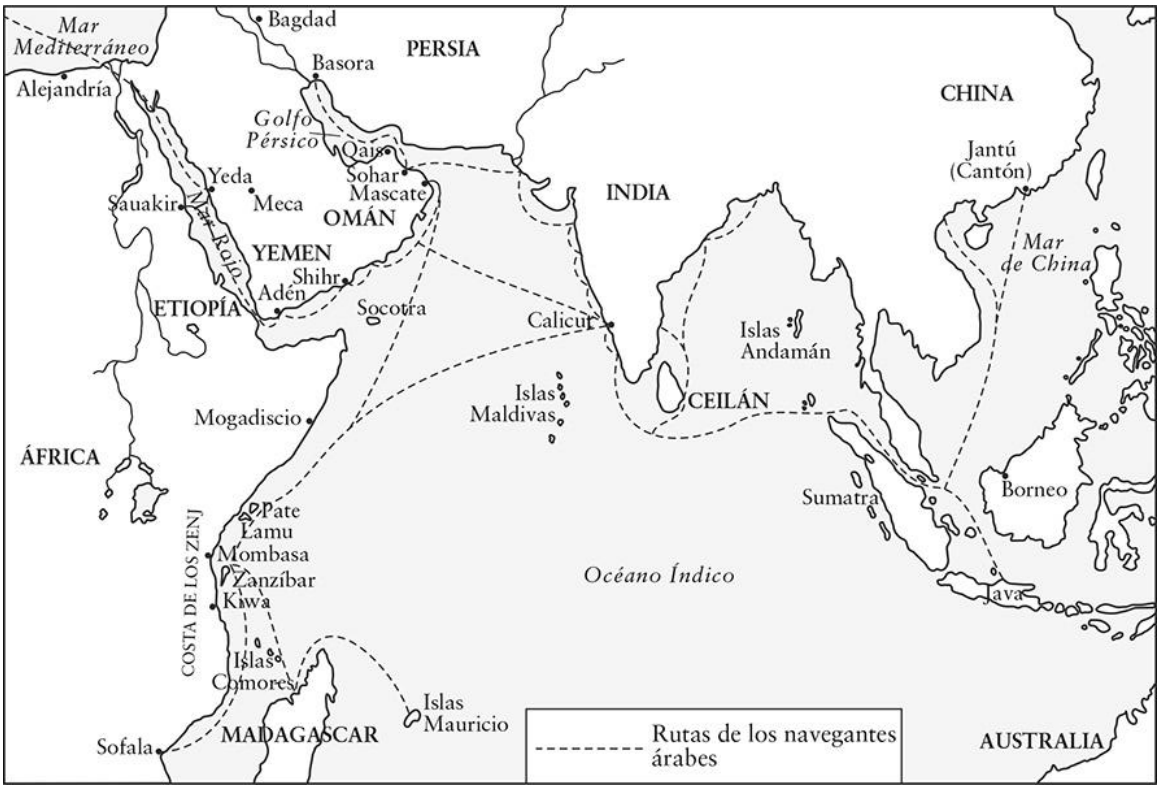
Jordi Esteva

Los árabes del mar

Galaxia Gutenberg


Mar Mediterráneo
Bagdad
PERSIA
Basora
Alejandría
Golfo Pérsico
Qais
Sohar
Mascate
CHINA
Jantú (Cantón)
Yeda
Meca
Sauakir
Mar Rojo
OMÁN
INDIA
YEMEN
Shihr
Adén
ETIOPÍA
Socotra
Calicut
Mar de China
Islas Andamán
Islas Maldivas
CEILÁN
Mogadiscio
ÁFRICA
Sumatra
Borneo
Pate
Lamu
Mombasa
Zanzíbar
Kiwa
COSTA DE LOS ZENJ
Océano Índico
Java
Islas Comores
Islas Mauricio
MADAGASCAR
Sofala
Rutas de los navegantes árabes
AUSTRALIA

JORDI ESTEVA

Los árabes del mar

Tras la estela de Simbad: de los puertos de Arabia a la isla de Zanzíbar

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2025

© Jordi Esteva, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-87605-35-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Jordi Tresserras.

A mi perra Bruixa, a la gata Pito y a sus compañeros Negroni y Griset.

A mi padre que se fue sin poder leer este relato.

A los perros y gatos que me han acompañado todos estos años y ya no están: Fura, Yoko, Bitxo, Vilma, Dimoni, Miko, Ivet y Jimi que reposan bajo mimosas, limoneros y granados custodiados por estatuillas de Anubis y Bastet.

A todos los personajes que salen en mi libro. El personaje de Alí Fahmy está inspirado en el historiador Alí Shahry de la ciudad de Salalah en el Zufar y el de Ustaz Salah en Ustaz Rabiah del puerto omaní de Sur.

Gracias a Panos Trizis de Port Sudan; Ahmed Shamsi de Sanaa en el Yemen; Alí Shahry de Salalah; Taleb al Mamari, Ibrahim Ali Ahmed al Asfuri, Mohamed ibn Saleb y Salib ibn Said al Mamari de Sohar, Sultanato de Omán; Harit al Ghisani, Samir al Adawi, Ibrahim Noor Sherif, Ashraf Aboul Yazid y Patricia Millns de Mascate; Cheij Nasser bin Hamed de Sur, Sultanato de Omán; Hasan Atas de Zanzíbar, Tanzania; Cheij Bedaoui, Mama Carmen, Lookman, Abdilai y «Malik» Paul Weaver de Lamu, Kenia. Mi agradecimiento a Heulyn Reiner y al sultanato de Omán por sus facilidades y soporte.

A Carla Serantoni, Ramón y Xavier Puigmartí, Fernando Mañas, Bianca Longhi, Isabel Esteva y Teresa Ricart por compartir juntos algunos de los episodios descritos. A Carmen Martínez y a Pepe Ribas por su hospitalidad durante la redacción del libro.

A mis amigos Mursi Sultán y Mohamed Seif por enseñarme el Egipto real.

A Pep Bernadas por su apoyo.

In Memoriam: A Ahmed Cheij Nabhany, el mejor poeta en lengua suajili, que tanto me enseñó sobre la historia de los árabes del mar.

A Carmen Giralt, «Mama Carmen», una institución en Lamu con quien compartí largas conversaciones en uno de los cafetines del

frente marítimo de la isla.

A mi primo Jacinto Esteva a quien busqué sin resultado en el corazón de África.

Índice de Contenido

1. Introducción
2. Primera parte. De los pantanos del Sudán a las riberas del mar Rojo
    1. 1. Sudán, 1977
    2. 2. En el viejo Bedford con los hadandaua
    3. 3. Un horno somnoliento y olvidado
    4. 4. La ciudad dormida
    5. 5. En la Arabia Feliz
    6. 6. La vieja Aziza y el capitán Jafar
    7. 7. Um Kulzum y los saltimbanquis egipcios
3. Segunda parte. De los puertos de Arabia a la Costa de los Zenj
    1. 1. Dubai, 2002
    2. 2. El sultanato
    3. 3. Las torres cónicas
    4. 4. El país del incienso
    5. 5. La ciudad de Simbad
    6. 6. La península de la espuma
    7. 7. El interior turbulento
    8. 8. De Mascate a Qalhat, el diamante de Ibn Batuta
    9. 9. La ciudad de los dhows
    10. 10. El capitán Jaled
    11. 11. La Costa de los Zenj
    12. 12. El poeta de Mombasa
    13. 13. Zanzíbar, el sueño de los árabes
    14. 14. La isla verde
    15. 15. Sultanatos olvidados
4. Notas

Puntos de interés

1. Portada

Introducción

Ya sé que los árabes son el pueblo del desierto, pero para mí siempre fueron un pueblo de mar. Quizá porque de niño, junto a un Mediterráneo salpicado de torres de vigía contra los piratas berberiscos, soñaba con la otra orilla, adonde irían a parar las embarcaciones arrastradas por la tramontana. Imaginaba ciudades escondidas en las costas rocosas y sus bulliciosos puertos con el ir y venir de los veleros árabes procedentes de los lugares más extraordinarios.

De noche, mientras todos dormían, me encaramaba a la biblioteca y escogía mis libros favoritos. Me gustaba viajar sobre el atlas y los tomos de geografía ilustrada. Ahí estaban las imágenes de un gran velero árabe surcando el Índico, los pescadores de perlas de Bahrein o los faluchos atracados en el puerto de Mombasa.

Pero lo que de verdad rompía la monotonía de aquellos interminables veranos era la llegada de los zíngaros. Un agosto, se acercaron a la plaza del pueblo con un cargamento de bobinas de celuloide y proyectaron sobre una sábana *Las aventuras de Simbad*.

Aquella visita me abrió un mundo nuevo y pasé todo el invierno leyendo en los viejos volúmenes de geografía de mi padre cuanto encontré sobre aquellos árabes, tan distintos a los del tópico. Ahí descubrí que también fueron grandes navegantes. Los primeros grandes navegantes.

Supe así que, mucho antes del advenimiento del islam, los árabes del sur ya se aventuraban en el Índico y que, quinientos años antes de que los afamados marinos portugueses doblaran el cabo de Buena Esperanza y, guiados por el piloto omaní Ahmed Ben Majid, penetraran en el Índico en busca de sus especias, los árabes ya habían establecido la ruta marítima más larga y lucrativa del mundo, que se extendía del África oriental a la mismísima China, pasando por las costas de Arabia, la India e Indonesia. Pero lo que disparó mi curiosidad fue enterarme, por uno de mis libros, de que los viajes de Simbad guardaban sorprendentes similitudes con los relatos de los marinos omaníes, a lo largo y ancho del océano Índico.

Al verano siguiente, mientras asistía fascinado a una nueva representación de los zíngaros ambulantes, me prometí que algún día me embarcaría en uno de aquellos veleros de las fotografías, rumbo al país de Simbad. Pero mientras ese momento no llegara, me conformaba con fabular cómo serían Mascate, Socotra o Zanzíbar. Lugares de nombres poderosos como mantras, cuya mera evocación

me permitía volar en mi alfombra y huir de la España gris de los años cincuenta.

Pero los sueños de la infancia duermen durante la adolescencia y aquel deseo permaneció cautivo en una botella que se destapó inesperadamente, durante un viaje por el Sudán, cuando me atrapó el recuerdo de los zíngaros y, presa de un impulso, decidí partir en busca de los árabes del mar.

Primera parte

DE LOS PANTANOS DEL SUDÁN A LAS RIBERAS DEL MAR ROJO

Mapa previo a la independencia de Sudán del Sur en 2011.

1

Sudán, 1977

El Blue Nile de las líneas aéreas sudanesas acababa de hacer escala en El Cairo y el aspecto de la cabina había cambiado por completo. Los turistas desaparecieron y sus asientos fueron ocupados por elegantes personajes de piel oscura, muchos de ellos con escarificaciones en el rostro. Algunos vestían chilabas de un blanco tan impoluto como el de sus turbantes, compuestos por una larga tela de algodón trenzada en espiral alrededor de un bonete musulmán. Unos pocos iban acompañados por sus esposas, envueltas en vaporosas telas multicolores, que desprendían a su paso un aroma de maderas preciosas e incienso.

Pronto apagaron las luces y la nave se convirtió en un dormitorio colectivo. Me incliné sobre el asiento de mi vecino, un sudanés de unos cincuenta años de cabello canoso y tez chocolate que dormía plácidamente, y atisbé por la ventana. La luz de la luna iluminaba el desierto rasgado de arriba a abajo por el cauce plateado del Nilo.

Me abandoné entonces a mis pensamientos. En aquella época trataba de abrirme camino como fotógrafo y un instituto de antropología me había propuesto documentar la vida de los dinkas y otras tribus del sur del Sudán. Estaba inquieto. ¿Qué sería de mí en aquel enorme y desconocido país?

De pronto, como una constelación caída en la nada, aparecieron las luces de una ciudad. ¿Se trataría de Asuán? Sin duda, porque poco después sobrevolábamos un inmenso mar interior que no podía ser otro que el lago Nasser, formado por la presa que llevaba el nombre de la ciudad sureña. Como nunca he logrado dormir en los aviones, abrí el *Journal d'Egypte* que nos habían repartido las azafatas durante la escala, y me sobrecogió esta noticia:

> El 10 de ramadán, un ferry que transportaba estudiantes y viajeros de Asuán a Wadi Halfa, en el lago Nasser, se incendió ayer por culpa de un hornillo de queroseno. Los pasajeros se arrojaron al agua, muchos murieron ahogados, otros fueron devorados por los cocodrilos y sólo unos pocos consiguieron alcanzar a nado unas pequeñas islas infestadas de víboras y escorpiones amarillos. Por el momento, se desconoce el número exacto de supervivientes.

Oteé el paisaje. Un fulgor despuntaba tímidamente en el horizonte y abajo, muy abajo, continuaba extendiéndose, como una monstruosa y oscura ameba, aquel mar interior que había engullido para siempre la hermosa tierra de los nubios.

Mi vecino acababa de despertarse y permaneció absorto unos

instantes antes de estirar los brazos y desperezarse como un gato. Cruzó los dedos de la mano y los hizo restallar, luego se agarró la cabeza y con fuerza controlada hizo dos bruscos movimientos a ambos lados como si pretendiera desnucarse. Sonaron dos crujidos. Me saludó con una inclinación de cabeza y al poco, frunciendo el ceño mientras señalaba el pasillo con el mentón, me dio a entender que deseaba abandonar su asiento. Aproveché para ocupar su butaca y disfrutar por unos minutos de la ventanilla.

–¡No se mueva! No se mueva, por favor –me sonrió a su regreso, moviendo unos pómulos atravesados por dos largos surcos cicatrizados–. ¡Quédese junto a la ventana! ¿Es la primera vez que viaja al Sudán?

Asentí. Era la primera persona con quien intercambiaba más de veinte palabras desde que había salido de casa.

–Mi país le gustará. Yo llevo muchos años fuera y cuando regreso lo critico todo: las colas en las gasolineras, los racionamientos o la penuria; y ahora, para acabar de complicar el panorama, debemos hacer frente al flujo de millares de refugiados. Sí, tenemos grandes problemas pero a los pocos días me integro de nuevo en mi país y me cuesta mucho regresar a la vieja Europa. Hay algo en nuestro carácter, quizá sea la hospitalidad o la bondad de la gente, tal vez el sentido del humor o ese vivir el momento, que acaba por atrapar al visitante. Ya verá: seguro que a usted también le costará dejar el país. Sudán le cambiará, amigo. ¿Sabe usted lo que significa Jartum?

–No, no.

–¡Trompa!

–¿Trompa?

–¡Sí! –dijo extendiendo su brazo, imitando la nariz del elefante–. Porque antes de unirse el Nilo Blanco, procedente de los grandes lagos de África, con el Nilo Azul, que baja de las montañas de Etiopía, dibujan un área alargada que recuerda a una trompa. ¿Sabe? Los dos ríos no se unen, ¡luchan! –gesticuló chocando los dos puños con gesto muy teatral–. Durante kilómetros y kilómetros fluyen paralelos, sin mezclarse, en el mismo cauce, a diferentes velocidades, cada uno con su propio color. ¡Luchan! –repitió de nuevo el gesto, satisfecho de la impresión que me había causado–. Los geógrafos han decidido que el Nilo Blanco es el ramal principal, pero eso es arbitrario. Quizá para vengarse de esa injusticia, durante la crecida el Nilo Azul consigue detener a su rival e incluso lo hace retroceder.

Amanecía y una neblina azulada cubría el desierto surcado por la negra cinta del Nilo. De pronto, el primer rayo del sol prendió el río de los faraones como si fuera un reguero de pólvora y todo se envolvió con el color del oro.

–¿No conoce a nadie en Sudán?

Callé. En realidad, sí conocía a alguien. Un primo mío, mayor que yo, que había sentido «la llamada de África», había montado un campamento de caza en la República Centroafricana, donde tuvo numerosos problemas y acabó huyendo. Ahora era cazador freelance en el sur del Sudán. Se trataba de un personaje inquieto que además había sido cineasta. Quizá había llegado el momento de ir a su encuentro.

–Puede visitarme si pasa por Wad Medanine –me dijo mi vecino–, y si viaja a Port Sudan, hospédese en el hotel de Dimitri; dígale que va de mi parte. Es un griego amable que sabe mucho de historia. Simpatizarán.

Debíamos de sobrevolar el antiguo reino de Kush, el legendario país de los faraones negros, que en su día llegaron a dominar el mismísimo Egipto. Trataba de distinguir las pirámides de Meroe en un paisaje difuminado por una nube de arena. Faltaría poco ya para Jartum. Sentí un ardor en el estómago cuando la azafata anunció el descenso.

Nada más salir del avión, recibimos el impacto de casi cuarenta grados, cuando apenas despuntaba el día. Mi compañero de viaje me aseguró, y no iba a tardar en comprobarlo, que en aquella época del año no eran extraños los cincuenta a la sombra. A la llegada a la terminal nos despedimos. Su familia se lo llevaba de inmediato a la ciudad de Wad Medanine.

–¡Me casan de nuevo!

Fue lo último que le oí decir, riendo hasta mostrar la campanilla protegida por una ristra de dientes blanquísimos, como todos los sudaneses, mientras desaparecía entre abrazos a parientes y matronas agitando la mano como quien se ahoga y pide auxilio.

Jartum me desconcertó. Era una ciudad desangelada, creada por los ingleses. Se extendía entre los dos Nilos, con un trazado de calles que seguía las líneas de la bandera británica. La *Union Jack*.Pocas casas superaban los dos pisos y las amplias y despobladas avenidas estaban flanqueadas por grandes árboles. El calor era tal –creo que ya lo he dicho pero al referirme a Jartum nunca podrá ser reiterativo– que parecía que lo arrojaran a cubos. No se puede negar que, junto al Nilo Azul, el paseo de banianos de enmarañadas raíces aéreas era espléndido y que el poco conocido Museo Arqueológico era una maravilla que albergaba muchos de los tesoros de Kush y dos templos reconstruidos de la Nubia; tampoco que, cada viernes junto a la mezquita de Hamad el Nil, los derviches danzaban al ritmo de la percusión en una arrebatadora ceremonia de trance colectivo. Pero desde luego no eran motivos suficientes para justificar la que acabaría

siendo mi larga estancia en Jartum.

Me alojé en un albergue de la universidad, unos barracones dispuestos alrededor de un pequeño jardín. Cada unidad hospedaba a unas diez personas. Uno de ellos albergaba letrinas y duchas, que compartían el mismo cubículo, de modo que era necesario ducharse siempre calzado con chanclas de goma, pues desagüe y letrina eran en realidad el mismo agujero, del que surgían insectos y gusanos.

En el albergue se alojaban algunos trotamundos llegados de Egipto y a los pocos minutos de mi llegada a ese lugar ya me saludó el alarido de una viajera que tomó la manguera verde del jardín por una serpiente. Entre los mochileros, había quien pretendía seguir hasta Kenia para dirigirse a Lamu, la isla considerada como el Katmandú africano, que seguía atrayendo a hippies tardíos. Otros, no muchos, querían acercarse a la tribu de los nuba, popularizados por las fotografías de Leni Riefenstahl. Eran otros tiempos: durante la década de los setenta, muchos jóvenes inquietos de Europa y América se lanzaban al mundo, viajando a la India, México o África, en busca de respuestas, en la creencia de que otra manera de vivir era posible. Pero la mayoría en el Sudán, ante las dificultades cada vez mayores del viaje, se recuperaba un tiempo antes de dar media vuelta. Suleimán, el encargado, una bellísima persona de la región del Kordofán, me mostró las precarias instalaciones y me decidí por el barracón de los africanos. Dejé mis bártulos sobre una litera que parecía vacía y dormité. Durante algunas semanas iba a compartir habitación con Abdelhalim, un somalí; los ugandeses Gayton y Adam; el etíope Bashe Bayene; el comoreño Sayed y Jaled, un estudiante sudanés del mismo Jartum, que cuando me tomó confianza me confesó que se escondía de la policía secreta, que le andaba buscando por comunista. Eran otras épocas, en las que el mayor desafío para los regímenes dictatoriales árabes no era aún el integrismo, sino la izquierda.

Excepto Jaled, todos los demás eran refugiados y contaban historias bastante parecidas. Eran los tiempos de la guerra fría y las dos superpotencias enfrentaban a sus países entre sí, fomentando también guerras intestinas. Sudán era el país con el mayor número de refugiados de África, y los que habían recibido una formación casi siempre conseguían evitar los campos de acogida y permanecían unos meses en Jartum para gestionar sus visados o los pasaportes de refugiados políticos de la ONU. En aquella época, la presión migratoria hacia Occidente no era tan fuerte y se debía sobre todo a motivos políticos. Alemania Federal era uno de los destinos preferidos, ya que resultaba sencillo conseguir el codiciado estatuto. El espionaje de las

dictaduras de las que habían huido se había infiltrado entre la colonia de refugiados y en Jartum el silencio y la discreción resultaban decisivos para conseguir viajar a Europa. Pronto aprendí a distinguir al futuro viajero por sus zapatos nuevos. No fallaba. Zapatos nuevos: desaparición a medianoche.

Los días en Jartum transcurrían perezosos. ¿Qué actividad se puede esperar con cincuenta grados constantes? Huíamos del calor paseando por los vergeles a orillas de los dos Nilos, buscando el frescor bajo las palmeras o los grandes árboles de mango y nadando, sobre todo en el Nilo Azul, sintiendo de vez en cuando en las piernas las leves descargas eléctricas de los peces gato. En cuanto a las noches... Los sudaneses eran la gente más hospitalaria que había conocido; tenían un gran sentido del humor. ¿Cómo olvidar las conversaciones durante las cenas al aire libre a base de tilapia[1] del Nilo regada con cerveza local, que se prolongaban hasta las tantas? Siempre había alguien dispuesto a cantar o a tocar el laúd y se improvisaban largos temas, un poco al estilo de las juergas flamencas, en los que cada participante debía sorprender con sus estrofas poéticas subiendo el listón cada vez más para ponérselo difícil al siguiente. Otras noches, la fiesta se prolongaba en la discoteca Blue Nile Night Club, un chiringuito a orillas del Nilo Azul en el que se reunía todo el Jartum crápula, que incluía a destacados miembros del cuerpo diplomático y a una caterva de traficantes y aventureros, entre prostitutas etíopes y eritreas, y travestidos. La música siempre era excelente, rítmica, muy mezclada: *jam sessions* entre músicos sudaneses, egipcios, etíopes y algún *rasta* jamaicano en busca de sus raíces. En los difusos amaneceres, cuando los primeros rayos del sol acariciaban las velas de las falucas, los músicos seguían atacando sus trepidantes ritmos mientras las miradas se tornaban vidriosas.

Aquella *joie de vivre* seguía su curso entre los crecientes problemas de la población. Jartum era un lugar polvoriento y tórrido, con constantes interrupciones en el fluido eléctrico y en el suministro de agua, que eran difíciles de soportar. La gasolina estaba racionada y los sudaneses se quejaban del aumento de los precios y de la carestía de la vida. La represión de toda disidencia era brutal en un país depauperado que debía hacer frente al flujo de millares de refugiados etíopes, eritreos, somalíes, chadianos y ugandeses que acudían en tropel a sus fronteras. Evidentemente, las cosas no podían seguir así. Aunque, ironías del destino, lo que vendría después, el integrismo islámico y la reanudación de la guerra entre el norte musulmán y el sur animista y cristiano haría añorar aquellos tiempos.

Un día, llegó el momento de reanudar la marcha y aunque me costó romper la agradable rutina de las noches de Jartum, pues los días servían únicamente para dormitar, me puse en acción. Tomé de

nuevo un avión con el que dejaba el mundo árabe y dos horas después aterrizaba en el sur del país. Estaba en el África Negra.

Un chamizo rudimentario era la terminal del aeropuerto de Juba, la capital de la región de Ecuatoria, que gozaba de autonomía desde los acuerdos de Addis Abeba que pusieron fin, por unos años, a la sempiterna guerra entre el norte y el sur del Sudán. No había ni autobuses, ni taxis, ni nada. Algunos pasajeros se subieron a la caja de una camioneta y otros fueron recogidos por todoterrenos de las Naciones Unidas y de organizaciones humanitarias. De pronto, todo el mundo desapareció y me quedé solo con mis bártulos en la pista de tierra. El canto de las cigarras, o de Dios sabe qué otros insectos, se hizo casi insoportable. Un animal oscuro y alargado atravesó a saltos la carretera para desaparecer en la selva. En lo alto de una rama, una pareja de calaos interrumpió sus arrumacos para observarme. Los mosquitos, ajenos a mis movimientos para espantarlos, me picaban en la nariz o incluso en los párpados. Al cabo de un buen rato, apareció un todoterreno levantando el agua de los charcos. Se trataba de un libanés de la FAO, a quien la barba cerrada le daba un cierto aire cubano, que tuvo la amabilidad de acercarme en su Range Rover. Las agencias humanitarias estaban desbordadas por la situación de miseria y enfermedades, y a la reubicación de los desplazados por la interminable contienda se sumaba el problema de los refugiados procedentes de los países limítrofes, sobre todo de Uganda, por la larga guerra de guerrillas que había puesto fin a la tiranía de Amin Dada.

–No todos los refugiados son iguales –dijo mientras entrábamos en Juba–. Muchos ugandeses, esbirros del carnicero que sembró el terror durante tantos años y que acabó con la prosperidad de ese país que en su tiempo fue la perla de África, deberían ser considerados exiliados de lujo.

Atravesábamos barrios míseros de chabolas entre grandes árboles. Sobre las colinas, se levantaban barracones prefabricados: eran los ministerios. El clima era húmedo y las calles sin asfaltar, un lodazal que hacía patinar a los escasos automóviles. El lugar no parecía muy acogedor. Las distancias eran enormes: no era una ciudad sino un conjunto de poblados míseros y dispersos, con algunos bungalows confortables diseminados, que estaban custodiados por flamantes todoterrenos con logos de organizaciones humanitarias.

–¡Fíjese! –exclamó el barbudo libanés señalando un lujoso Mercedes–. Ésos son de la tribu de Amin Dada. Con sus fajos de chelines ugandeses devaluados compran cualquier cosa al precio que sea; por su culpa aquí todo está por las nubes.

–¿Y cómo está la situación política?

–Es tensa. Sí, ahora tenemos un gobierno del sur con sus ministros, pero Jartum apenas manda dinero. Aquí todo está por hacer, por no hablar de la corrupción. Los sureños están resentidos; durante siglos fueron esclavizados. No lo veo claro, creo que tarde o temprano la situación estallará de nuevo.

El libanés me dejó en un gran mercado al aire libre con el curioso nombre de Koño-koño. Un griego pintoresco y bajito, en shorts, de unos sesenta años, con el pelo agitado al viento y pobladas cejas se acercó al europeo recién llegado blandiendo un espantamoscas de crin de jirafa.

–¿Español? Están ustedes locos. Lo tenían todo y ahora están desmontando lo que hizo Franco.

Mientras él proseguía su perorata, yo arrastraba con esfuerzo mi mochila y mis cosas, con un calor insoportable. Para colmo, se puso a llover y tuvimos que refugiarnos en un chiringuito de chapa metálica donde servían, en cuencos de aluminio abollados, una espesa sopa roja de guindilla y tripas. En un rincón, en el suelo, se veían unos pellejos verduzcos cubiertos de grandes moscas. El estruendo de la descarga tropical en el techo era descomunal.

–¿A quién busca, amigo? –preguntó el griego.

Dudé si quitármelo de encima, pero le extendí un papel con una dirección.

–¡Oh, la compañía de safaris Da Silva! –exclamó, para quedarse durante largos segundos barriéndome con sus ojos inquietos.

–Mi primo trabaja para ellos –dije, mientras notaba cómo el sudor que brotaba a borbotones de mi pecho acababa de empapar la camisa mojada por la lluvia.

–¿Cómo se llama?

–Jacinto Esteva.

Aquel hombre dio un respingo.

–¡Oh, le conozco! Tiene ideas raras, pero en el fondo es un buen tipo. Además aquí –miró alrededor y bajó la voz para acercar a mi oído un desagradable tufo a ginebra– los blancos tenemos que estar muy unidos y ayudarnos.

De repente, como sucede en el trópico, clareó. Me incorporé.

–Vamos, le acompaño –se apresuró el griego, dando a entender que, por más diferencias que hubiera entre los «blancos», eran cosas que se debían resolver entre «nosotros», y los «negros» no debían notar nada.

La compañía de safaris ocupaba un bungalow amplio, con la veranda protegida por una enorme mosquitera, al igual que la doble puerta.

«Aquí la malaria va en serio», pensé.

La empresa pertenecía a un blanco de Mozambique de nacionalidad sudafricana, y el personal, me enteraría más tarde, lo integraban portugueses de las colonias recién independizadas. Eran criollos desplazados y resentidos que no querían saber nada de un Portugal en el que aún resonaban los ecos de la Revolución de los Claveles, y que en Sudán habían encontrado refugio para sus chanchullos y negocios de caza. En realidad, Jartum no reconocía a Portugal ni a Sudáfrica y los ciudadanos de estos países tenían la visita absolutamente vedada, pero una cosa son las leyes y el griterío en la ONU o en la OUA y otra muy distinta los intereses y la corrupción. Era un secreto a voces que el hermano del presidente Numeiry tenía negocios con el *senhor* Da Silva.

El director estaba en Sudáfrica y me recibió Rogelio, un criollo angoleño que era uno de los cazadores. Le pregunté por mi primo y su reacción me dio a entender que algo raro había ocurrido. Nunca llegué a saber exactamente cuál había sido su relación. Pero por la trayectoria de mi familiar, suponía que poco tendría que ver con el mundo de aquella gente. Era evidente por los silencios y los no dichos que desconfiaban de él. Rogelio sabía que mi primo estaba en alguna zona remota cazando con unos importantes clientes sudamericanos y me ayudó a intentar contactar con él por radio. Tras varios intentos exasperantes, desistimos y me acompañó a un hotel adecuado a mi presupuesto de trotamundos, no sin antes invitarme a que acudiera cuantas veces hiciera falta para probarlo de nuevo.

Durante varios días fui a la compañía; en alguna ocasión logré incluso un intercambio fugaz de palabras con mi primo. Mientras tanto, hice cierta amistad con Rogelio, de ideas no tan agresivas como las del resto de los cazadores. Éstos eran terribles; recuerdo su manera de conducir por Juba, siempre a punto de atropellar a los desplazados, cubiertos de harapos o completamente desnudos, sombras de mirada perdida que deambulaban sin rumbo por las calles de barro, cubiertas de desperdicios. A veces iban directamente a por ellos.

–Pero ¡los va a matar! –exclamaba yo.

–¡Pues que se aparten!

Un día acompañé a Rogelio a llevar unas cebras, gacelas y fagoceros que habían abatido, a un hangar donde disecaban los trofeos de caza de los clientes. Estaba emplazado en un lugar pacífico y verde, junto al Nilo Blanco, y el interior olía como una morgue. Era un museo de los horrores: cabezas de león, marfiles, cuernos de búfalo, alfombras de pieles de cebra, pufs de piel de mono negro, mesillas hechas con patas de elefante... Al día siguiente Rogelio se marchaba a Gemeiza, a un centenar de kilómetros hacia el norte, para preparar la llegada de unos cazadores americanos.

–¿Por qué no me acompañas? –me propuso–. Hay varios poblados de dinkas en la zona y podrás hacer buenas fotografías. Además, quizá desde allí te sea más fácil comunicarte con tu primo; tenemos una radio mucho más potente y no hay las interferencias de los militares y del aeropuerto.

Salir del infierno húmedo y verde de Juba fue un alivio. Anochecía y los faros iluminaban una pista muy roja que se abría paso entre la maleza. El jeep descapotable tenía abatido el parabrisas, de modo que debíamos agacharnos una y otra vez para evitar el impacto de las lechuzas y otras aves nocturnas desconcertadas por nuestros faros. De tarde en tarde nos cruzábamos con grupos de dinkas, altos y esbeltos, con su pelo cortado en extrañas formas, que parecía de astracán teñido de rojo por la orina de vaca. Llevaban pulseras de marfil blanco y aros de cobre en las piernas. Algunos se cubrían con telas de colores, otros avanzaban completamente desnudos exhibiendo sus generosos atributos. Portaban lanzas; corría la voz de que lo hacían por si algún león o leopardo saltaba sobre ellos de improviso, pero en realidad los dinkas siempre fueron un pueblo guerrero, defensor de sus tierras y lugares de pastoreo. Su mayor posesión eran las vacas, y las escaramuzas contra otras tribus, o incluso entre ellos, eran frecuentes.

De pronto pensé si no me habría equivocado. ¿Era realmente el contacto con aquella tribu lo que andaba buscando? ¿Tenía verdadero interés en acercarme a los dinkas? Una cosa era soñar despierto sobre los mapas, elucubrar con proyectos o imaginar ya las fotos que iba a realizar, y otra bien distinta llevar mis fantasiosos planes a la práctica. En aquel jeep que recorría kilómetros y kilómetros de pista por la sabana africana, ya no estaba seguro de nada. Pero ya llegaría el momento de enfrentarme a la realidad. Mientras tanto, valía la pena disfrutar de aquel viaje nocturno.

Sin embargo, no conseguía disipar la angustia. ¿Por qué había aceptado la hospitalidad de aquellos cazadores si no me gustaban nada? ¿No sería mejor dejar aquellas tribus en paz? ¿Acaso no era explotación robarles sus imágenes sin más para revenderlas en Europa? Eran preguntas que no habían surgido hasta ver a aquellos primeros dinkas. Ofrecí de nuevo mi rostro al viento fresco de la noche. Olía a tierra mojada y a la fragancia embriagadora, casi nauseabunda, de flores desconocidas. De pronto un gran animal de cuatro patas –¿una hiena quizá?– irrumpió en la pista y quedó aturdido por los faros antes de desaparecer en la maleza, dejando durante largos segundos la estela de sus ojos brillantes sobre la tierra roja.

Todavía era de noche cuando llegamos al campamento, unas

cabañas con tejados cónicos de paja dispuestas alrededor de una especie de *paillote* común. El poblado de Gemeiza, en el Nilo Blanco, se abría a una zona pantanosa de juncos. Cerca se extendía una playa recogida, donde me contaron que se bañaban los niños, no muy lejos de los cocodrilos. De noche los hipopótamos salían del agua. Por la mañana resultó ser un lugar muy verde, con un cielo azul oscuro surcado por veloces nubes grises y blancas que sombreaban caprichosamente el paisaje. Al atardecer, todo parecía quedar en suspenso: los animales diurnos se retiraban y cesaban cantos y alaridos. Entonces, durante esos minutos de extraño silencio, antes de que las criaturas de la noche tomaran el relevo, el sol desaparecía como una bola roja engullida por los papiros del Nilo Blanco, y las nubes de algodón se tornaban escarlatas.

–*Ay, aquelas postas de sol da Macao...!* –suspiraba con añoranza María, la mujer de uno de los cazadores.

En la compañía de Da Silva parecían haber hallado refugio todos los representantes de la diáspora lusa. María añoraba su Macao natal y nada resistía para ella la comparación. Se cuidaba de que todo estuviera en orden y dirigía un batallón de dinkas que barrían, fregaban y mantenían el campamento adecentado para los cazadores extranjeros que no tardarían en llegar. Parecía una buena mujer, no era del todo desagradable con sus empleados e incluso a veces bromeaba con ellos, pero cuando estaba con los suyos su mirada se tornaba hosca y se refería a los dinkas como «los macacos». Para no parecer indulgente podía ser muy brusca y dirigir miradas de reprobación y reñir a las mismas personas con las que por la tarde había llegado a reír con complicidad. Toda aquella gente necesitaba recordarse continuamente, los unos a los otros, su superioridad, en los chistes y las conversaciones, para acallar cualquier atisbo de compasión hacia los dinkas y poder así seguir explotándolos.

Su sueño africano no iba a durar. Pocos años después la reanudación de la guerra civil en el Sudán arrojaría de nuevo a aquellos parias de lujo al exilio y esta vez para siempre.

Aquella noche llegaron dos cazadores más, cuyos nombres he olvidado, dos tipos rudos de mirada perdida. Venían de Jambio, cerca de la frontera con el Zaire.

–Un lugar donde la selva es tan tupida que siempre es de noche –afirmó uno de ellos.

Se alegraron de tener a alguien nuevo con quien departir y me propusieron compartir una botella de whisky en mi cabaña. Comenzamos a beber hasta que uno de ellos, que –¡acabo de acordarme!– se llamaba Ceca, pegó un grito y se apretó el brazo con

fuerza.

–¡La mosca otra vez!

Acto seguido extrajo una afilada navaja que ofreció a su compañero, el cual, tras mojar la hoja en whisky, le hizo una corta pero profunda incisión y abrió la herida con los dedos para desvelar una larva blancuzca de considerable tamaño.

–¡Es la mosca! –exclamó riendo.

–Hay que sacarla con cuidado –dijo Ceca mientras su compañero la extraía– para que no se rompa y se pudra. Es la larva de un jodido insecto que pone sus huevos en la ropa mojada mientras está tendida y luego, cuando te la pones, los huevos eclosionan y las larvas escarban en tu piel y se alimentan de tu propia carne. No tardan en crecer como esta hija de la gran puta.

Acercó a la vela la larva clavada en la punta del cuchillo.

–¡Mírala! Sus mordeduras son muy dolorosas –concluyó mientras aquel repugnante bicho se retorcía e hinchaba hasta que acabó por reventar.

–Por eso aquí en África se pasan el día planchando –rió su amigo, mientras Ceca se escupía whisky en la herida–. No creas que lo hacen porque sean elegantes. Con el calor de la plancha queman los huevos de la mosca.

Contentos de tener a un novato a quien explicar sus batallas, me abrumaron con historias sobre enfermedades desconocidas. Hablaron de la mordedura del mono verde, que producía una enfermedad espantosa que le secaba a uno desde dentro. Acabada la enumeración de podredumbres que atacaban los pies, y de infecciones que hacían caer todos los dientes, rematamos la botella de whisky con un porro de *bango*, la marihuana sudanesa, considerada como la más fuerte del mundo. La conversación derivó hacia el sexo. Me preguntaron si había follado ya con una dinka, y se extendieron en una serie de procacidades sobre las posturas preferidas de los negros y sus prácticas sexuales.

Aquel fuerte *bango* exacerbaba los sentidos. Un zumbido constante, cada vez más intenso, se me metió en los oídos hasta hacerse casi insoportable. Las aspas del ventilador giraban a una velocidad de vértigo mientras el interior de la choza se movía como un camarote con marejada. Me tendí en la cama como pude. Los cazadores cesaron su verborrea y vinieron hacia mí. Recuerdo sus caras.

–Te has pasado –dijo Ceca–, este tío está amarillo.

–¡Vaya colocón! Deberíamos haberle advertido que el bango es algo fuerte –añadió su compañero.

–Vamos, ayúdame a quitarle la ropa.

Me agarraron de piernas y brazos y me colocaron desnudo bajo la

ducha. Luego me tendieron en la cama, desplegaron la mosquitera y allí me dejaron con los ruidos de la selva. Al día siguiente, decidí que ya había tenido bastante. No quería volver a ver a aquella gente. No comprendía cómo había estado tanto tiempo con ellos. Tenía la firme corazonada de que no iba a encontrar a mi primo; es más, ni siquiera se había vuelto a hablar del tema. Nadie se preguntaba ya qué hacía en aquel campamento, ni quién me había invitado. Estaba allí y punto. Pero ¿cómo regresar a Juba? Todos andaban atareados con la llegada de los cazadores americanos, así que debería esperar unos días antes de que Rogelio regresara a la ciudad a por provisiones.

Y llegaron por fin los americanos, un matrimonio tejano. Iban ataviados con equipos de safari que habían comprado en una tienda especializada de Old Bond Street. Este prototipo de millonarios *oilers* tejanos acabaron en una semana con media selva. Un día, la mujer se empeñó en que le cazaran una serpiente manga de intenso color verde para hacerse un cinturón. La jungla para ella era como una tienda de lujo con maravillas para vestirse y decorar su rancho. Cada noche uno de los jeeps regresaba cargado con cadáveres de gacelas, con algún león, cebras e incluso monos.

–Bonitas alfombras para el rancho en Amarillo. –La tejana pronunciaba «Amarilou».

Una mañana no le apeteció ir a cazar y me contó que tenía una vida social muy intensa y que nada más regresar presidiría una parada de globos de todo Texas en su precioso rancho.

–¡Lástima que para entonces aún no estén curtidas las pieles de los animales que está cazando Harry!

Al día siguiente fueron «a por el hipopótamo», como decían, y me ofrecieron un sitio en una de las barcas. Remontamos unos kilómetros el Nilo Blanco, antes de adentrarnos por una maraña de canales. Los abejarucos, de deslumbrantes rojos y violetas, atrapaban en el aire grandes insectos y regresaban a sus nidos excavados en los márgenes. Un gran varano moteado intentaba penetrar en uno de aquellos refugios. En el tronco de un árbol varado en el río, los pájaros tejedores habían establecido una numerosa colonia, y se afanaban entrando por las largas aberturas de los nidos que habían tejido y que parecían farolillos chinos. Abundaban las aves acuáticas que se levantaban indolentes a nuestro paso con muestras de fastidio. Cuando llegamos a un gran espacio que se abría entre altos juncos y papiros, Ceca apagó el motor. No tardaron en emerger los ojos amarillos de los cocodrilos, y luego los hocicos. La americana pegó un chillido que mereció la amonestación de su esposo. Un enorme hipopótamo surgía del agua abriendo sus imponentes fauces. La adrenalina se adueñó del

tejano, que se puso en pie, haciendo tambalear la frágil embarcación. Disparó, sin herir al monstruo que se sumergió para venir a por nosotros. Sentí pánico, veía ya la barca zozobrando en aquel remanso del Nilo Azul repleto de cocodrilos e hipopótamos. Rogelio se abalanzó sobre el motor, tiró de la manivela y Dios quiso que al primer intento lograra ponerlo en marcha. Nos alejamos unos metros prudenciales, desde los que el angoleño descargó con saña toda su munición sobre la pobre bestia, que antes de morir nos obsequió con una lenta y espectacular agonía que fue filmada en súper 8 por la millonaria disfrazada a lo *Mogambo*. Dos dinkas se echaron al agua y ataron las patas del animal con una cuerda que se rompió dos veces mientras lo arrastrábamos flotando con dificultad hasta el campamento.

Varios dinkas se ocuparon de descuartizar al hipopótamo junto al embarcadero antes de que llegara la noche y sus hienas. Con una sierra cortaron patas y cabeza; un afilado machete sirvió para desventrarlo y la masa descomunal de intestinos que se desparramó en la hierba no tardó en ser presa de perros famélicos, cuervos, moscas y otros insectos. Los buitres sobrevolaban la escena sin atreverse a bajar aún por el continuo trasiego de vísceras, carne cuarteada y miembros mutilados. Un hedor invadió el lugar y pronto aquel animal de unas dos toneladas de peso yacía despedazado en el suelo, desmontado como el motor de un camión. A los dinkas se les permitió llevarse la carne, pues era tan grasa que no se podía conservar. Para los tejanos quedaban los colmillos, las patas para hacer mesillas de noche y las decenas de fotografías y metros de película.

–¿Y la cabeza? –preguntó la señora.

–Ya veremos, no sé si podremos disecarla –respondió Ceca.

Aquella noche intenté de nuevo comunicarme por radio con mi primo y, como tantas otras veces, resultó imposible entre las interferencias y los ecos que devolvían la propia voz. Y entonces, por primera vez, ya no me importó. De hecho, por la diferencia de edad y otras circunstancias, éramos casi unos desconocidos y nuestras Áfricas poco tenían que ver.

Me encerré en mi cabaña mientras todos comentaban las aventuras del día. Me sentía descontento conmigo mismo. Debía tomar una decisión y me concedí una última oportunidad para cumplir aquel encargo que tanto se me resistía. Al día siguiente abandonaría el campamento e intentaría por fin un acercamiento al mundo de los dinkas. Quizá lo mejor sería tratar de que me acogieran en uno de los poblados, pero ¿lo deseaba realmente? Nunca he podido fotografiar motivos en los que no estuviera involucrado vitalmente y aquel

mundo me era cada vez más ajeno.

Por la mañana visité el poblado cercano. Varios hombres acarreaban la carne del hipopótamo hasta la choza del jefe de la tribu para que la distribuyera entre las distintas familias. Las niñas corrían tras las vacas que se disponían a orinar para recoger en cuencos de calabaza el preciado líquido que usaban como champú y para cuidar la piel. Unas mujeres pilaban mijo y un niño cargaba a sus espaldas una gran tilapia del Nilo. A la entrada de una choza, un hombre cubría de cenizas y orín de vaca la cabeza de otro que estaba postrado en el suelo, un ritual que podía interpretarse como una imposición de manos de signo religioso.

Un anciano me hizo señas para que me aproximara. Estaba hablando con él cuando sucedió algo que desbarataría mis planes, uno de esos hechos inesperados que determinan un antes y un después. Apareció un tipo con gafas, muy digno, con su camisa blanca perfectamente planchada y su pantalón largo beige, y en un inglés más que correcto me conminó a que abandonara inmediatamente el poblado y que dejara de importunar.

Los dinkas tenían razones para desconfiar de todo lo extranjero. Durante siglos habían sido esclavizados por los tratantes árabes. El colonialismo británico les prometió después la incorporación a Uganda, algo que jamás se cumplió. Luego se levantaron contra el norte musulmán. Ahora, tras una paz precaria, los ingenieros europeos estaban cavando a pocas millas de donde estábamos una obra faraónica, el canal de Jonglei, que surcaría un nuevo cauce para el Nilo Blanco a fin de saciar la sed del Sudán árabe y de Egipto. Aquella obra colosal desecaría para siempre los pantanos, el hábitat natural de las tribus dinka, nuer y shilluck. Tribus orgullosas y guerreras.

–¿No tenéis bastante con matar nuestros animales, con secar nuestras tierras construyendo ese maldito –«*bloody*» dijo– canal; con arrebatarnos todo? Y encima, ¡te quieres llevar nuestra alma! –añadió, señalando mi Nikon.

Recordé el refrán árabe: «Quien vive con perros acaba ladrando». ¿Qué estaba haciendo yo con aquellos cazadores?

Y de repente eché de menos a Bashe Bayene, a Gayton, a Jaled, a todos los amigos de los barracones de Jartum. Me sentí mal. Estaba traicionando su amistad.

«Sí, esto se ha acabado. Tiene usted toda la razón –me hubiera gustado replicarle a aquel dinka ilustrado–. Me voy, pero no sólo de Gemeiza. Regreso a Jartum con mis amigos –debería de haber contestado–. Me ha dado usted una lección y se lo agradezco de veras.»

Pero opté por callar y batirme en retirada acompañado por aquellas imprecaciones que compartía. Aquella misma tarde Rogelio

viajaba a Juba con las pieles y cabezas de las fieras masacradas para llevarlas al hangar y tratarlas antes de que se echaran a perder. Recogí mis cosas y le acompañé.

De regreso a Jartum, me alojé de nuevo en el albergue de la universidad. Allí estaban Gayton, Adam y Suleimán entre otros amigos. Me alegré de verles de nuevo. Me contaron las novedades: Bashe Bayene había viajado por fin a Alemania, Abdelhalim, el somalí, había conseguido finalmente el visado para Italia. En cuanto a Jaled, el sudanés, se hallaba escondido pues la policía había hecho una razia en los círculos comunistas.

Por la noche propuse a Gayton ir al Shish Kebab, un lugar de mala fama que me despertaba curiosidad.

–Estás loco, es un lugar carísimo –replicó.

–Vamos, te invito. Quiero explicarte lo que he vivido en Juba.

El Shish Kebab era un restaurante donde también servían copas. Tenía un jardín muy oscuro con mesas dispersas bajo grandes árboles. En unos hornillos al aire libre asaban kebab de cordero, tilapias y percas del Nilo. La noche era agradable; escogimos una mesa apartada y al poco se nos añadió gente que no conocíamos de nada, también ambiguos mozalbetes y unas etíopes bellísimas «de pechos firmes como el mango aún no maduro», me confesó un sudanés («*Zay el manga ma mestawia*»). Pronto la conversación se hizo más inconexa y uno de los sudaneses contó lo que le había ocurrido al amigo que parecía más taciturno:

–Ahí donde lo veis es un juez. Un día estaba tan borracho que se metió en una casa creyendo que era la suya y se acostó. El propietario, que dormía en la cama de al lado, se despertó por los tremendos ronquidos del magistrado y, alarmado, salió de puntillas de la habitación y fue a buscar a la policía. Cuando llegaron, despertaron al intruso de malas maneras:

»"Levántate ya, ladrón, ahora vas a ver."

»–Pero, cuando encendieron la luz, los policías se quedaron lívidos: ¡Era el juez!

Su amigo el magistrado siguió bebiendo, como si la cosa no fuera con él. Tomó el relevo un sudanés recién llegado, que contó que a veces durante las crecidas del Nilo Azul, los cocodrilos subían a pasearse por la avenida que bordea el río. Le interrumpió otro de los allí reunidos, que relató que en el sur del Sudán, para capturar a los monos preparaban un cuenco con *marisa,* una cerveza tradicional, y la dejaban bajo un gran árbol. Los simios, atraídos por aquel penetrante olor, no tardaban en bajar del árbol y bebían hasta quedar ebrios. Entonces, los cazadores sólo tenían que molerlos a palos. Un

muchacho arrastró su silla hasta nosotros, y explicó que para capturar a las serpientes gigantes y vender su piel, entrenaban a los niños para que se apoyasen contra el tronco de un árbol que quedara cerca de la madriguera de una pitón y permanecieran muy quietos. Cuando la serpiente salía de su agujero, creyendo que el niño era una presa fácil, comenzaba por engullirle las piernas y, cuando iba por las rodillas y había ya tragado tanto que no podía desembarazarse rápidamente, el niño hundía un puñal en la cabeza del reptil.

–Tonterías –exclamó el juez borrachín–. Las serpientes grandes se enroscan a sus víctimas y aprietan hasta quebrarles todos los huesos y luego las engullen comenzando siempre por la cabeza. Todo eso son historias de *uneducated people*.

En este punto, mi amigo Gayton, que bostezaba desde hacía rato, me dijo:

–No puedo más. La cabeza me da vueltas y me duelen las articulaciones. Me vuelvo al barracón.

Desde la mañana yo también sentía, aunque quizá de manera más leve, esa misma sensación.

–Oye, Gayton, ¿se puede coger la gripe con este calor?

Mi amigo insistía en que regresáramos juntos al albergue pero yo me cuadré y le dije que, tras la tensión que acababa de pasar en el sur del Sudán, quería vivir aquella noche a tope y conocer las famosas juergas que comenzaban en el Shish Kebab y acababan Dios sabe dónde.

Pero el *arrack*, un aguardiente de dátiles de efecto demoledor, y el *bango* no casan bien, y pronto todo se convirtió en una nebulosa. Sentí un golpe en la sien, como si hubiera chocado con una rama.

Me llevé la mano al pecho. ¿Dónde estaba mi bolsa, el pasaporte, el dinero, el billete de regreso a Europa? ¿Dónde estaban? Me encontré en medio de una calle solitaria. No recordaba nada, no sé cómo regresé al albergue pero, a las pocas horas, desperté en mi camastro con una resaca terrible. Gayton me miraba.

–¿Qué te ha pasado? Te han dado un buen golpe.

Me miré en el espejo. Tenía un gran moratón bajo el ojo derecho. La cabeza me estallaba y mi amigo me dijo que él también se encontraba cada vez peor. Yo sólo quería dormir y, aunque me despertaba cada dos horas y sabía que algo terrible había ocurrido, regresaba voluntariamente al sueño retrasando así el momento de enfrentarme con la verdad: la agresión y el robo, porque mientras estuviera en duermevela era posible que todo fuera un mal sueño del que finalmente conseguiría despertar.

Suleimán, el encargado del albergue, me acompañó a la policía. Yo no

recordaba nada. La noche se había difuminado en el Shish Kebab entre risas y vapores etílicos. Al parecer, unos minutos después de que Gayton se marchara, me encontré mal y les dije a los compañeros de farra que iba al lavabo. Pero debí cambiar de planes, salí a la calle y fui asaltado. Regresé pidiendo auxilio y me llevaron a la policía, donde permanecí un rato, y cuando les aseguré que ya podía valerme por mí mismo me dejaron marchar.

Al día siguiente, vinieron a buscarme. Habían detenido a varios sospechosos y me condujeron a un edificio colonial donde, en una de las salas, tras una aparatosa mesa, me esperaba un funcionario que pronto reconocí como el juez borrachín. Hizo desfilar a siete detenidos, algunos con síntomas de haber sido golpeados.

–¿Reconoce usted a este hombre? –me preguntó el magistrado.

–No.

–¿Reconoce usted a este hombre?

–No.

Y así, cinco veces más.

–Pero, ¿por qué no reconoce usted a nadie? Muchos estaban en el local. Hay testigos.

«Desde luego, y entre ellos, usted», debería haber replicado.

–Señor juez, no reconozco a nadie porque bebí demasiado. Créame, no recuerdo nada.

–Digamos pues, que estaba usted *dead drunk*.

–Sí –no tuve más remedio que admitir. La expresión «borracho perdido» era fuerte pero también la más ajustada.

–¿Qué bebió?

–Sherry.

–¿Qué marca?

–Bucaneer o algo parecido.

El juez ordenó que me acercara para confesar en voz baja:

–La próxima vez beba sherry Spirit of the Nile. Es mucho mejor. La última ocasión en que bebí Bucaneer creo que ya le contaron lo que me ocurrió.

Y a continuación, como si alguien hubiera hecho la menor objeción, comenzó a aporrear con el mazo y a gritar: «¡Orden, orden!», con tanto brío como si se hubiera producido un motín en la sala.

Aquellos golpes retumbaron en mi cabeza y acrecentaron el malestar que sentía desde mi regreso de Juba. Terminada la sesión sin resultado alguno y liberados los sospechosos, abandoné el juzgado y me acerqué al Fonduq al Sharq.[2]

Al pasar frente al Meridien sucedió lo inesperado: me topé de bruces con mi primo Jacinto, que se dirigía a aquel hotel, donde seguramente se hospedaba. No me prestó atención; iba enfrascado en una discusión con otros dos cazadores europeos y parecían enfadados.

Y entonces, cuando me disponía a saludarle, quedé ante ellos, como clavado en el asfalto, incapaz de articular palabra. Uno de los europeos, vestido con el uniforme del cazador blanco y un colmillo de fagocero colgado en el cuello, hizo ademán de apartarme y con actitud amenazante espetó en italiano:

–*Ma non vedete dove andate?* ('¿Es que no podéis mirar por dónde vais?').

¿Podéis? ¿A quiénes se refería? Me había tomado por uno de aquellos colgados que intentaban viajar hasta Lamu y que pedían dinero a los europeos. ¡Qué curioso! Había estado buscando a mi Jacinto por todo el sur del Sudán y, ahora que lo tenía frente a mí, lo dejaba escapar. Algo me impidió correr tras él, como si un brazo invisible me sujetara. Y allí, pegado al suelo, permanecí largos segundos sin reaccionar hasta que les vi desaparecer en el interior del Meridien.

Continué por la avenida y me dirigí al Fonduq al Sharq para beber uno de sus gloriosos zumos de lima y comer algo. Sentado en el salón azul turquesa, protegido de la luz de África por visillos rojos y bajo las aspas de los ventiladores, me enfadé conmigo mismo. ¿Por qué no le había saludado?

Pagué la cuenta y, al levantarme, un escalofrío me estremeció el cuerpo. Las piernas me temblaban y me dolían todas las articulaciones. Sentí lo que sentirían los motores si tuvieran vida y sus engranajes se hubieran quedado sin aceite. La cabeza parecía que me estallaba y la habitación comenzó a girar hasta difuminarse en destellos de colores. Caí al suelo.

Desperté en el albergue, Suleimán me humedecía la frente con un paño mojado:

–¡Tienes malaria, *jauaga*![3]

Durante diez días sufrí unas fiebres intensas que me hacían delirar. Nadie tocó mis cosas, ni el pasaporte recién expedido por la embajada, ni los *traveller's cheques* que me había devuelto el banco ni el billete de avión renovado sin coste alguno por Sudan Airways; tampoco los rollos de fotografía ni las Nikon. Gayton cayó enfermo también aquella misma noche. Nos prepararon dos camastros bajo un gran árbol y nos cuidaban a la vez. Suleimán y los refugiados nos alimentaban con zumo de fruta.

En los períodos en los que recobrábamos la conciencia nos contábamos historias de nuestras infancias respectivas. Recuerdo como en un sueño el relato de cuando Gayton acompañaba a su padre a lugares remotos del país donde se practicaba la brujería, «para llevar la palabra de los Santos Evangelios». También me habló de ancianos

que eran capaces de derribar el árbol más alto del bosque pronunciando las palabras adecuadas; de hechiceras que lograban la impunidad contra los disparos de armas; de los bosques sagrados donde eran iniciados muchachos que pasaban siete años sometidos a todo tipo de pruebas que acababan en una ceremonia en la que se les practicaban dolorosas incisiones en la piel, unas heridas que lavaban con savia de unas plantas para impedir que se cerraran. Gayton también me habló de sociedades secretas y de sacrificios humanos.

¿Y qué le contaba yo? Veraneos interminables en un pueblo en el fondo de un valle donde el sol únicamente penetraba durante las horas del mediodía. Teníamos una casa junto a una charca lúgubre; más allá estaba el río junto a un falso castillo medieval con sus torreones y almenas, construido por un estraperlista. Nuestra casa daba al camino del cementerio y desde las ventanas observábamos los entierros: los aparatosos coches mortuorios tirados por caballos negros con crespones del mismo color, seguidos por la comitiva vestida de luto. Por la noche, con el croar de las ranas y los sapos y el ulular de las lechuzas, todo eran historias de la guerra civil: joyas escondidas en cajas de latón, armas enterradas en el jardín, milicianos que quemaban misales y rompían figuras de santos, y relatos de hambre y de bombardeos. Los niños nos entreteníamos confeccionando ahorcados con trapos viejos que colgábamos de la rama de un gigantesco cedro para asustar a los más pequeños, hasta que una mañana de septiembre dejamos de hacerlo porque apareció, flotando en la charca e hinchado como un globo, el cadáver de un hombre mordisqueado por las carpas.

En aquel ambiente malsano, cuando moría alguno de los jilgueros o periquitos aprisionados en la gran pajarera de la abuela, me ponía una casulla (que cubría a modo de mantel el pesado arcón de la entrada) y, seguido por mi hermana, que hacía de viuda del pájaro, y por un ejército de niñas plañideras, encabezábamos la procesión antes de sepultarlo para siempre, en una caja de zapatos, junto a un parterre de gladiolos. Llegado el momento de cubrir con tierra el ataúd improvisado, la viuda afligida se arrastraba desconsolada por el suelo; incluso alguna vez exigía abrir la caja para ver por última vez a su esposo (recuerdo en especial un canario amarillo recubierto de hormigas negras). En ese momento los gemidos y lloriqueos se volvían exasperantes. Con cada entierro íbamos mejorando la puesta en escena, hasta que aquellos excesos llegaron a oídos del párroco y fuimos reprendidos.

Cada agosto, coincidiendo con las fiestas del pueblo, llegaban los zíngaros. Se armaba entonces un revuelo. Las mujeres recogían las sábanas recién tendidas; quien tenía gallinas las escondía y las abuelas ordenaban a sus nietos que no nos alejáramos de las casas si no

queríamos acabar por esos caminos de Dios tocando la pandereta para hacer bailar a un oso con una gran argolla en la nariz.

En el camastro, tendido junto a mi amigo Gayton, me iban asaltando todas aquellas sensaciones olvidadas de la infancia. Recordé cómo nos prevenían contra los zíngaros y cómo acudía a espiarlos a su campamento, donde, en mi fuero interno, jugaba con la idea de desaparecer con ellos algún día y vagar, tal como los mayores temían, por el mundo. Y aunque, ¡ay!, no me secuestraron, sí lo hicieron para siempre aquellas películas que proyectaban sobre una sábana, y que me llevaban a lugares tan lejanos como Jartum, por ejemplo, donde ahora estaba. Aunque tuviera la malaria, en aquel albergue destartalado, y estuviera tirado en un camastro titiritando de frío a pesar del calor sofocante, bajo aquel árbol en compañía de mi amigo Gayton, el refugiado ugandés, por primera vez en mi vida me sentía libre.

Tras mi aventura en los pantanos del Sudán y mi intento fallido de acercarme a los dinkas, tenía, gracias a la malaria, la capacidad de trasladarme en el tiempo y regresar al momento de mi vida en el que se echaron los dados. Era como si en mis alucinaciones me hubiera encontrado a mí mismo de niño y me amonestara por no haber seguido la voz de los sueños.

–¿Qué se te había perdido en los pantanos del sur del Sudán? –increpaba el niño al adulto enfermo–. ¿Acaso no recuerdas tu promesa de viajar al país de Simbad?

Gayton y yo comenzamos a recuperarnos y a sanar al mismo tiempo, y ahora la preocupación principal era no volver a recaer, como nos previnieron en el hospital de Jartum. Al día siguiente por la noche, mi amigo calzaba zapatos nuevos. Comprendí.

–Gayton, yo también me iré pronto –le dije.

Nos fundimos en un largo abrazo y jamás lo volví a ver. Tampoco volví a ver a Jacinto; dos años más tarde, cuando yo vivía en El Cairo, me dijeron que había muerto en extrañas circunstancias.

2

En el viejo Bedford con los hadandaua

Ya nada me retenía en Jartum y me disponía a regresar a Europa cuando mis planes cambiaron radicalmente. Todo comenzó cuando Jaled, el amigo sudanés a quien la policía perseguía por comunista, me habló de Sauakin. Era una ciudad olvidada de la costa del mar Rojo, que había sido un destino floreciente en el que confluían las caravanas que traían las riquezas del interior de África: pieles, oro, marfil, plumas de avestruz, madera de ébano, cuernos de rinoceronte y esclavos. También los peregrinos embarcaban allí hacia Yeda, en Arabia, para proseguir su camino hacia La Meca. Y al amparo de tantas riquezas arribaban los veleros de Adén, Mascate y el Golfo Pérsico.

Aquella noche, al cerrar los ojos, se presentaron en tropel las ilusiones y sensaciones de la infancia. ¿Y si me acercara al mar Rojo para visitar aquel antiguo puerto de los árabes del mar? Pero no estaba muy seguro; una voz en mi interior me ordenaba volver a mi ciudad para abrirme camino y convertirme en un hombre de provecho. «¡Qué tontería!», me decía otra voz. «Ha llegado por fin el momento. Quizá no se presente otra oportunidad.» Y así estaba, indeciso, cuando al día siguiente, en una plaza de Omdurmán, de la que partían los camiones para viajar hacia la costa, fui abordado por un tipo que anunciaba a gritos:

–Baher el Ahmar! (‘¡El mar Rojo!’) ¡Kassala! ¡Port Sudan! ¡Sauakin!

¡Sauakin! De nuevo me llamaban los zíngaros, y a las pocas horas me subía a la caja de un viejo camión Bedford pintado de azul cielo.

Nadie podía asegurar cuánto tiempo tardaríamos en llegar a Sauakin. A finales de los setenta, la carretera que unía Jartum con la costa del mar Rojo aún no estaba asfaltada y se acercaba la estación de las lluvias, que solían transformar las pistas en lodazales, por lo que se debía esperar incluso varios días a que el sol secara el estropicio.

Seríamos una veintena de pasajeros en la caja del Bedford, amontonados sobre sacos de cemento, bajo un sol implacable, protegidos con telas y pañuelos anudados a la cabeza. Casi todos eran nómadas de la tribu de los hadandaua, de melena ensortijada y voluminosa, a lo Jimi Hendrix. Cubiertos de toscos paños de color crudo, se acompañaban de un escudo de piel y una lanza. En el antebrazo portaban una daga afilada con la que, según me indicó el

conductor, no dudaban en mutilarse si eran mordidos por una víbora del desierto de picadura fulminante. Hablaban una antigua lengua relacionada con la de Kush, el reino de los faraones negros. Su piel era de color tabaco y las facciones, angulosas. Los grandes ojos de mirada profunda les brindaban una turbadora belleza.

Al mediodía apareció de entre las piedras una anciana de piel muy negra y azulada con unas profundas escarificaciones faciales. Aquella mujer, que parecía haber sufrido en el rostro el zarpazo de una pantera, deambulaba por el desierto en compañía de su cabra negra y se alimentaba de la leche que sorbía directamente de las ubres del animal, al que arrojaba por la borda durante las paradas para que mordisqueara algún matojo, mientras los pasajeros bebíamos agua de un gran odre que colgaba de un lateral del camión.

–Dios la llamó a su lado –me dijo el conductor–. Debemos respetar a los locos pues han sido elegidos por Él, que ya ha tomado su alma y ha dejado su cuerpo en este mundo.

Recorrimos pedregales salpicados de acacias espinosas. Nos adentramos en páramos calcinados, envueltos en una nube de polvo que todo lo difuminaba. Y en lo alto, un sol como el que persiguió a Caín, que se tornaba blanco y dejaba de dar sombra al atardecer, antes de ser engullido por el horizonte. Para pasar la noche nos agrupábamos varios camiones a fin de evitar, decían, los ataques de los bandidos. Cuando uno de los conductores entonaba la llamada de la oración, se detenía el trabajo de levantar el campamento con estacas y sacos, y los otros pasajeros se dispersaban en el desierto con un pequeño recipiente de agua, sacado del odre, para hacer las abluciones prescritas. Aquellos camioneros se comportaban como líderes de caravanas o, mejor aún, como capitanes de navío, y ejercían su autoridad sobre los viajeros, que debíamos empujar el Bedford cada vez que se atascaba o se negaba a arrancar. La primera noche descubrí que algunos que creía simples pasajeros eran en realidad vendedores ambulantes, que al caer el sol o durante la larga parada del mediodía, extendían sus esteras para disponer en el suelo sus hornillos y ofrecían té y comida.

La segunda noche estábamos acampados en un lugar pedregoso cerca de las montañas de Kasala, de formas redondeadas como jorobas de camellos. Acurrucado en mi saco de dormir, veía desfilar las estrellas cuando distinguí un ruido apenas perceptible al principio, pero cada vez más insistente, como de pisadas de niños que no quisieran ser descubiertos. Y ahí estaba: la gran familia de babuinos curioseando bajo los camiones hasta que uno de los conductores consiguió a gritos que retrocedieran unos metros para luego alejarlos a pedradas. Algunos hadandaua se habían despertado y por señas me indicaron que me acercara a compartir un fuerte café sin azúcar,

perfumado con granos de pimienta negra. No podía comunicarme con ellos más allá de los gestos y de su árabe precario, más aún que el mío de entonces.

Me había sorprendido su arraigado sentido comunitario. Parecía como si cada uno conociera su papel en la sociedad y lo cumpliera a rajatabla. Como si repitieran pautas heredadas, casi genéticas, me decía, que proporcionaran cohesión social y paz interior a condición de anular la privacidad y la diferencia, cualquier innovación, cualquier cambio en la rutina centenaria, cualquier individualidad. Yo por aquel entonces no lo sabía, pero más tarde iba a descubrir que esas características eran comunes, en general, a todas las sociedades tradicionales islámicas. Era lo que les daba su fuerza y garantizaba su supervivencia como comunidad, pero también era el peor lastre en un mundo globalizado y competitivo, porque les impedía progresar como individuos autónomos y soberanos. A veces, para qué negarlo, me invadía un sentimiento contradictorio que rozaba la envidia cuando les veía hacer sus abluciones, postrarse en el suelo todos juntos en dirección a La Meca, compartir la escasa comida o agolparse hombro con hombro alrededor del fuego. Admiraba su ligazón y su hermandad tan profundas; aquella sensación de que, juntos, la vida sí tenía un sentido. Compartí café con ellos y pronto regresé a mi lugar.

Tardé en volver a dormirme. Me preguntaba qué es lo que hacía que alguien como yo dejara, de manera voluntaria, un mundo seguro para vagar en soledad por aquellos parajes agrestes y remotos. ¿Ganas de aprender? ¿La huida de uno mismo? Me había dejado llevar por un impulso y no me arrepentía. Me acerqué al fuego que servía, decían, para ahuyentar a las alimañas, abrí mi diario y escribí: «Quizá todo sea mucho más sencillo y viajar no sea sino intentar recobrar los sueños de la infancia». ¿Y no era eso a fin de cuentas lo que estaba haciendo? ¿No estaba persiguiendo acaso aquel mundo al que viajaba de niño sin salir de la habitación?

Se levantó una brisa fresca como una bendición y me acurruqué en mi saco de dormir. Sólo se oía el viento, algunos ronquidos y a la anciana, que salmodiaba una letanía. Llegó el sosiego. Me sentía como si hubiera logrado penetrar en el mundo secreto de los sueños que los zíngaros me habían dejado entrever proyectado en una sábana. Sólo que esta vez era real. Cerré los ojos.

Con la primera luz, tras la oración del *fagr* (‘el alba’), nos pusimos de nuevo en ruta. Cuando atravesábamos una inacabable meseta de piedra, los hadandaua comenzaron a golpear con insistencia las paredes de la caja del Bedford; era la manera de indicarle al conductor que se parara. Saltaron con gran agilidad al suelo y se despidieron

alzando las manos antes de perderse en aquella inmensidad vacía. Al poco, tras sortear un difícil desfiladero entre imponentes rocas, y en el mismo momento en que apareció a lo lejos la línea centelleante del mar Rojo, recibimos una bofetada de calor salado y húmedo que ya no nos iba a abandonar.

A pesar de su nombre, el mar Rojo era el más azul que yo había visto. ¿Por qué lo llamarían así? ¿Por el tono que adquiría al atardecer? ¿Por el coral? Algunos decían que por las algas rojas que durante algunos días al año tapizaban su superficie.

Aquel mar era, en realidad, un estrecho y alargado brazo del Índico, que penetraba más de dos mil kilómetros en el interior de la masa continental hasta tocar casi el Mediterráneo. El mar Rojo separaba las costas de África de las de Arabia, con una distancia máxima entre ellas que apenas llegaba a los doscientos kilómetros. Era el fruto de un capricho geológico. Se formó en algún momento perdido en el tiempo, cuando las aguas del océano se precipitaron en la parte septentrional de la gran falla del Rift, que desde el sur de África se prolongaba longitudinalmente hasta el Sinaí para acabar en el mar Muerto.

En sus orillas la desolación era inmensa. Un desierto de piedras calcinadas y apenas unos arbustos espinosos. Y sin embargo, si se pudiera levantar el mar como hacía la niña en el cuadro de Dalí, contemplaríamos una explosión de vida: jardines de madréporas, peces de colores o estrellas de mar. Un jardín de ensueño atrayente y peligroso, con sus morenas moteadas, anémonas de largos tentáculos gelatinosos, medusas palpitantes como flores venenosas, peces piedra de picadura mortal y corales que producían heridas imposibles de cicatrizar, por no hablar del pez escorpión o del tiburón blanco.

Continuamos por aquella pista, que ahora avanzaba en paralelo a la costa. Abandoné mi lugar sobre los sacos de cemento para encaramarme al techo de la cabina. Allá arriba, el viento acallaba los rugidos del motor, y entonces me imaginé que navegaba en un velero. No creo que aquella costa hubiera cambiado apenas desde la época en que los egipcios surcaban el mar Rojo rumbo al mítico país de Punt en busca de incienso y mirra. Incluso los bellos hadandaua que veíamos por el camino parecían salidos de los bajorrelieves faraónicos que tanto abundaban en la Nubia y que mostraban a los monarcas egipcios agarrando a los prisioneros africanos por la cabellera. Hasta hace poco, surcar el mar Rojo no resultaba una tarea fácil. Se trataba de un mar plagado de arrecifes de coral sin apenas puertos naturales ni agua potable en la costa, barrido por un fuerte viento que soplaba sin descanso durante meses en la misma dirección. Un mar en el que abundaban los piratas, que se refugiaban en los islotes rocosos y que aún seguían actuando, decían, en las aguas de Somalia cerca de la

enigmática isla de Socotra.

Una pequeña manada de gacelas atravesó la pista a grandes saltos y, al menos en dos ocasiones, divisamos una familia de avestruces. De vez en cuando surgían de la nada algunos hadandaua que corrían al paso del camión para quedar congelados al borde de la pista como en una vieja fotografía, hasta que en la distancia recobraban el movimiento y en sus rostros borrosos, coronados por estrafalarias cabelleras, refulgían de nuevo sus dientes blancos.

El camión redujo la marcha. Nos habíamos alejado algunos kilómetros de la costa y nos acercábamos a una encrucijada. Supe que estaba cerca de mi destino, pues las ruinas de una vieja ciudad, que no podía ser otra que Sauakin, se adivinaban a lo lejos, difuminadas por la calima.

–*Enzil ya jauaga!* ('¡Baja, oh, europeo!') –conminó el conductor.

–¿Cómo? ¿Aquí? –contesté sorprendido.

Eso no era lo acordado. Había pagado para viajar hasta Sauakin, no para que me dejaran tirado allí en medio de la nada, sin un mal lugar en el que guarecerse del sol, ni siquiera un triste arbusto. Desde luego no resultaba atractiva la idea de pasar horas al sol en aquel erial.

–¿Aquí?

Todos rieron.

–¡Ven, extranjero! –me indicó el conductor que, tras echar a su ayudante, me invitó a compartir la cabina–. ¡Escucha! Mejor te vienes a Port Sudan, descansas un par de días y desde allí visitas tranquilamente Sauakin. *Taala!*

No rechisté; eran más grandes las ganas de descansar que el despecho por no respetarse lo acordado. Así que, con estudiada actitud de ofensa, me subí a la cabina, que cerré de un portazo –de todos modos resultaba imposible hacerlo de otro modo– para acomodarme sobre las tablas que me parecieron tan lujosas como los asientos de un Mercedes, por lo que, aunque faltaba poco para Port Sudan, estaba dispuesto a disfrutar cada momento de aquel confort inesperado. El conductor tenía razón. Después de tres días de viaje sobre aquellos sacos de cemento, a punto de ser despedido a cada bache y recubierto de una máscara integral de sudor y polvo, necesitaba ducha y cama. Me apoyé contra la ventanilla y, bajo aquel calor adormecedor, comencé a desear que aquel viaje no acabara nunca.

3

Un horno somnoliento y olvidado

Cuando llegamos a Port Sudan el sol estaba en lo alto. Entramos por un extenso barrio de chabolas levantadas con cartones, maderas y plásticos, que la anciana, la vieja derviche como la llamaban, y su cabra eligieron como fin de trayecto. Las recuerdo desaparecer en el vendaval que elevaba desperdicios y papeles por el aire y formaba torbellinos de arena que corrían por aquellos descampados como peonzas gigantes, hasta que topaban con algún impedimento y estallaban en el aire.

–Son *yenún*[4] ('genios') –rió el conductor.

No se divisaba un alma. Tampoco en el centro de la ciudad, donde los pocos chiflados que se aventuraban bajo el sol implacable deambulaban como ebrios persiguiendo la sombra de los flamboyanes de flores rojas. Hasta las cabras se apiñaban contra los muros, buscando la avara sombra del mediodía. Algunos hombres dormitaban bajo las arcadas de los edificios coloniales, arropados por el ulular del viento y los graznidos de los cuervos, traídos desde la India por los ingleses para que limpiaran las calles de desperdicios. Port Sudan era una ciudad que apenas tendría cien años y todavía conservaba en su centro la influencia colonial británica, con sus casas de tejas rojas y amplias verandas protegidas por cortinas de caña. Me alojé en el *fonduq* de Dimitri, el griego que me recomendara el sudanés del avión y que vivía con su anciana madre.

La ciudad me atrajo, aunque fuera un horno somnoliento donde no había mucho que hacer. Pero al caer el sol, tras la oración del *magreb*, los tenderos abrían de par en par los porticones, sacaban a la calle las baratijas y los artículos más llamativos y rociaban el suelo para impedir que se levantara polvo, logrando así una cierta sensación de frescor. Quemaban incienso de Omán y esencias de la India y ponían a todo volumen los radiocasetes que esparcían a los cuatro vientos música sudanesa, los lamentos de Um Kulzum o la penúltima cancioncilla de las películas de Bombay que ya todos canturreaban. Entonces el gentío tomaba posesión de la ciudad fantasma y se volcaba sobre los puestecillos de kebabs humeantes y fritangas, entre las que no faltaba un suculento pescado picante ni samosas de carne y espinacas. Allí estaban los sudaneses con sus chilabas blancas y el gran turbante del mismo color; algunos hadandaua como los del camión; árabes de origen yemení de rostro aguileño con sus *futas* anudadas a la cintura a modo de pareo; esbeltas somalíes vestidas con sus *kikoi* de

colores; eritreos y etíopes huidos de la guerra y de la dictadura de Mengistu; nómadas de una enigmática tribu de Arabia que había cruzado el mar Rojo siglos atrás; marineros chinos y filipinos y algún sij de llamativo turbante. El puerto comercial en sí registraba muy poca actividad, apenas unos cuantos cargueros desvencijados. Los veleros árabes de antaño habían dejado de acudir.

La lentitud de la ciudad y su tempo tan distinto me atraparon. El mismo hotel, con sus suelos de madera crujiente y los ruidosos ventiladores, me resultó familiar pues parecía sacado de una de aquellas películas de aventuras que me habían hecho viajar en la infancia. Desde luego no faltaba la animación: en la planta baja había una taberna donde servían un brebaje que llamaban sherry con total impunidad, aunque los beodos recalcitrantes se inclinaban por el *arrack*. Tras ascender por una empinada escalinata de madera, presidida por un reloj de péndulo con las manecillas arrancadas, se accedía al primer piso del *fonduq*, que se abría a una galería de madera que dominaba la ciudad. Por la noche, cuando alguno de los borrachos de la taberna se atrevía a subir la escalera, era empujado peldaños abajo por un criado chadiano, un gigante azabache de dos metros, siempre de blanco impoluto, de ademanes delicados y voz atiplada que en nada se correspondían con su rotunda humanidad. Imperturbable, el criado, que se llamaba Habib y se expresaba en una mezcla de árabe y de francés muy peculiar, continuaba sus quehaceres con un plumero de avestruz, como si en vez de haberle partido las costillas a un inofensivo borrachín se hubiera aplastado un mosquito en el codo. En cuanto a la madre del griego, ni se inmutaba en su mecedora de teca forrada con un estampado de loros.

De la taberna llegaba siempre un tremendo jaleo, discusiones y ruido de botellas rotas. No sé cómo se las arreglarían aquellos bebedores unos años después, cuando el presidente Numeiry inauguró la ley seca, de acuerdo con las normas islámicas, vaciando un cargamento de Johnnie Walker en el Nilo Azul. Aquellos desgraciados no sospechaban lo que se avecinaba. En silencio, pero de manera imparable, una corriente islamista radical comenzaba a ocupar el vacío que había dejado el fracaso del nacionalismo árabe, que no supo dar respuesta a los problemas de sus sociedades. Ya entonces, en las universidades y entre los cuadros medios de la sociedad urbana, era patente el descontento provocado por la corrupción y la crisis económica. Aquel malestar iba a eclosionar de manera violenta, de Casablanca a Bagdad y de Alejandría a Jartum, dejando desconcertados tanto a los dirigentes como a los analistas occidentales, que habían subestimado el poder de aglutinación de aquella visión reduccionista y redentora del islam. Pero el momento aún no había llegado. Dejemos pues que con toda tranquilidad

nuestros amigos apuren sus copas.

Dimitri, el dueño del hotel, pertenecía a la estirpe de griegos que habían emigrado en el siglo XIX a Alejandría en la época del jedive Ismail, para dispersarse después por Egipto, Sudán y el Índico. Eran personajes desarraigados y anticuados, fuera del tiempo.

Daba la impresión de que hacía mucho tiempo que no se acercaba ningún viajero por su establecimiento. Dimitri me invitó a sentarme bajo el gran ventilador, sirvió dos copas de ouzo con hielo picado y se interesó por mis planes. El viaje en el camión con los hadandaua y la anciana de la cabra, en aquellos espacios sin límite, había renovado en mí una gran curiosidad por aquella parte del mundo. De pronto, me sentía contento por haber seguido mi impulso, y dispuesto también a seguirlo a donde quisiera llevarme. Mis planes estaban abiertos. Le hablé al griego de mi interés por conocer el puerto de Sauakin y los veleros árabes. Dimitri sonrió.

–¡Mi joven amigo! –suspiró mientras llenaba de nuevo mi copa–. Apenas quedan unos muros en pie de los antiguos palacios de Sauakin. El puerto fue abandonado en beneficio de Port Sudan porque el calado no era adecuado para los buques modernos. Allí sólo encontrará recuerdos y fantasmas. ¡Serpientes y escorpiones entre las ruinas!

Tomé un buen trago de ouzo.

–Le resultará difícil hallar lo que busca –prosiguió Dimitri tras encender un cigarrillo–. Incluso Port Sudan está muerto. Hay poca actividad y los grandes navíos árabes hace mucho tiempo que no se acercan por aquí. Aquel mundo acabó. Debería viajar al Yemen, o mejor aún a Omán o al Golfo Pérsico, aunque me temo que con los petrodólares deben haber sustituido los antiguos navíos por otros más modernos.

Alguien –¿quién podría ser sino Habib el criado?– golpeó el gong de la recepción y un estruendo metálico se esparció como una lenta oleada por todas las estancias del *fonduq,* haciendo vibrar primero las vitrinas del aparador de caoba, la cristalería sobre la cómoda a continuación, hasta llegar a la mesita donde estaban depositadas nuestras copas, que dieron acuse de recibo replicando con una vibración molesta y aguda. Dimitri esperó que se hiciera el silencio para reprender al criado con la voz de un trueno:

–*Alá yahrebetak!* (‘¡Que Dios queme tu casa!’) ¡Te he dicho mil veces que no es necesario que aporrees el gong a la hora de las comidas si no hay clientes!

Habib me señaló con el mentón como queriendo decir: «¿Ah, no?, ¿y ése?». En cuanto a Dimitri, no se dio por enterado y le ordenó tajantemente que sirviera la cena. Como yo era el único huésped, fui

invitado a compartir mesa con los Dimitri, aunque lo de compartir mesa con su madre era mucho decir, ya que permanecía quieta como una estatua y sólo parecía recobrar la vida para sorber con estruendo una sopa de espinacas. El criado chadiano nos trajo un pescado frito que parecía lenguado y una ensalada de pepino, tomate y cilantro, aliñada con tahina de sésamo. Probé a esbozar un comentario favorable sobre la comida, que dirigí a la anciana madre, pero ella ni siquiera se inmutó.

Dimitri me dio a entender con un gesto lo inútil que resultaba tratar de entablar conversación con aquella mujer. Así que, un tanto cohibido, ataqué aquel pescado de carne tierna y sabrosa.

–¿Es lenguado? –pregunté.

Y entonces Habib respondió en su francés, ante la mirada reprobatoria de Dimitri, a quien no le gustaba que el criado se tomara excesivas confianzas con los clientes:

–¿Sabe cómo lo llaman aquí? Musa ('Moisés'), porque según la leyenda el profeta Musa, tras comer un pescado a orillas del mar Rojo, echó la raspa al mar, que al caer al agua se transformó en un pez muy plano que inmediatamente se puso a nadar, de ahí su nombre. Pero otros atribuyen el nombre de Musa a una leyenda distinta. Cuando Moisés huía de Egipto para conducir a su pueblo a la Tierra de Promisión, se topó con la barrera infranqueable del mar Rojo. Y como el ejército del faraón venía pisándole los talones, invocó la misericordia de Dios y exigió al mar que se abriera en dos para que su pueblo pudiera salvarse. La casualidad quiso que un pez vulgar, tanto que ni siquiera recordamos su nombre, pasara justamente por la línea divisoria, de modo que al abrirse las aguas quedó seccionado por la mitad. Pero no murió, sino que cada parte vivió por su cuenta. Un buen día las dos mitades se encontraron. Se aparearon y uno de sus descendientes es el que en estos momentos se está llevando usted a la boca. Ese pescado es el pez de Moisés.

Tras la cena nos dirigimos a los aposentos privados de los Dimitri. Era una gran habitación con muebles coloniales de estilo angloindio y una abigarrada biblioteca, en la que se alternaban los viejos libros con toscas estatuillas hindúes, egipcias y de la Arabia del sur, que parecían auténticas. Habib no tardó en traernos un café turco perfumado con cardamomo y el griego y yo proseguimos nuestra conversación.

–¿Nació usted aquí, señor Dimitri?

–¡Dios me libre! –exclamó antes de encender un Cleopatra–. Nací en Alejandría pero, cuando cumplí los doce años, nos trasladamos a Adén, entonces colonia británica y hoy capital del Yemen del Sur. Mi padre tenía negocios de importación y exportación, pero tras su fallecimiento no los supimos continuar; yo era muy joven y mi madre fue mal aconsejada. Por si fuera poco, estalló la revolución en Adén y

con lo que conseguimos salvar apenas nos dio para comprar este hotel a un pariente de mi madre, que se aprovechó de nuestra inexperiencia. ¡Dios sabe cómo nos equivocamos!

Dimitri se sirvió otra copa, que bebió de un solo trago.

–¡Cualquier lugar hubiera sido mejor que este agujero! –exclamó–. Nos las prometíamos muy felices. Hasta llegué a pensar que podría cumplir mi sueño de estudiar en Grecia. Decían que el Sudán se iba a convertir en el granero del mundo árabe. En una nueva Australia. Imagínese: un país tan grande y tan poco poblado y con toda el agua de los dos Nilos, nada menos. Decían que los saudíes invertirían sumas colosales y que Port Sudan sería la vía de entrada y salida de tanta riqueza, pero todo ese sueño se ha desvanecido. Apenas tenemos clientes.

No hacía falta que lo asegurara, el hotel se veía descuidado. A todas luces le faltaba una buena capa de pintura, y la madera de suelos y muebles pedía a gritos ser barnizada, por no hablar de las ruidosas y goteantes cañerías; y la instalación eléctrica, mejor ni mencionarla.

–De todos modos, ¿qué podíamos hacer? –Lanzó una voluta de humo–. ¿Conoce usted Alejandría?

No me dio tiempo a contestar.

–Añoro mi infancia allí. El club griego, al final de la bahía cerca del fortín; el Zephyrion, que dominaba todo Abu Quir, donde íbamos a comer gambas los domingos; las playas de Agouza y Mumtaza; las fiestas familiares en el Pastroudis o en Le Trianon; las sardinadas en el Adura, en pleno barrio de pescadores, con las mesas alargadas y los buenos vinos de Gyaniklis. Dicen que desde que construyeron la presa de Asuán, las sardinas han desaparecido totalmente del delta.

Se quedó con la mirada perdida. ¡Qué extraño personaje! Me fijé en sus manos, largas y huesudas, con los dedos manchados de nicotina. Se había dejado crecer la uña del dedo meñique.

–Cuando nos fuimos a vivir a Adén –apagó el Cleopatra en una concha–, tras dejar Alejandría con sus bulevares y villas preciosas, creí que me moría. En aquella época, Adén era colonia británica y los ingleses la llamaban *coal hole* (‘agujero de carbón’) porque suministraba carbón a los vapores que hacían la ruta de la India. Era un lugar de mucho valor estratégico para los británicos pero ninguno quería quedarse. ¡Es uno de los puntos más cálidos y húmedos del planeta! Más aún, y ya sé que le parecerá imposible, que Port Sudan.

Pues sí: me parecía imposible. Hacía tanto calor que durante el día no se podía tocar ninguna superficie metálica ni pretender refrescarse. El sol calentaba hasta tal punto tuberías y depósitos que el agua «fría» salía casi hirviendo, y había que esperar hasta bien entrada la noche para poder tomar una ducha, que por otra parte de poco

servía, pues pronto volvía uno a empapar la camisa, que además se debía cambiar varias veces al día. Era un lugar en el que hacía tanto calor que en las casas ningún miembro de la familia parecía tener una habitación concreta. Dormían en camas ligeras, al estilo indio, hechas de una liviana estructura de madera con un sencillo trenzado de cuerda y que se transportaban fácilmente. A lo largo de una misma noche, la gente solía desplazarse con su cama buscando los lugares más frescos del patio o del jardín. Me costaba creer que en algún lugar del mundo pudiera hacer más calor.

–No había mucho que hacer en Adén –encendió otro cigarrillo–. Los extranjeros se castigaban el hígado en el hotel Crescent y los niños, cuando lográbamos zafarnos de los mayores o de los sirvientes, acudíamos al puerto. Cuando soplaba el monzón venían los dhows[5] de todo el Índico. Nos gustaba adivinar su procedencia y con el tiempo aprendimos a distinguirlos. Procedían del Golfo Pérsico, Omán, Yemen, Socotra, Yibuti, Mombasa, Lamu o Zanzíbar. Nuestros padres querían que nos mezcláramos con los marineros árabes, pero nosotros disfrutábamos espiándoles. Nos moríamos de miedo porque nos decían que robaban niños. Pero aquellos marineros siempre estaban contentos, tocaban los tambores y bailaban acompañándose con las palmas. Allí estaban todos los rostros del Índico; todas las mezclas posibles entre Arabia, Persia y África. Cuando alguno de aquellos marineros advertía nuestra presencia y nos invitaba a acercarnos, corríamos como alma que persigue el diablo con el corazón a punto de explotar y no nos deteníamos hasta que nos hallábamos muy lejos. Pero cada año que pasaba perdíamos más el miedo y nos aproximábamos más, hasta que una vez nos invitaron a subir a uno de aquellos grandes dhows.

–¿Cómo eran aquellos veleros? –pregunté.

Dimitri soltó humo por la boca.

–Recuerdo el olor de grasa de tiburón con la que calafateaban el barco. Unos marinos con sus *futas* de colores anudadas a la cintura y sus llamativos turbantes lavaban la cubierta, otros se afanaban descargando sacos de té y arroz de la India, antes de cargar salazones de tiburón y otros pescados con destino a Mombasa y a otros puertos de África. Recuerdo un viejo capitán que fumaba *tumbak* en una pipa de agua, hecha con la cáscara de coco repujada con plata. A bordo llevaban un peludo gato, que les libraba de cucarachas y ratones. Apenas entendíamos lo que decían porque desconocíamos sus dialectos, pero llegamos a saber que con el monzón del invierno viajaban a África y con el del verano regresaban a los puertos de Arabia, o bien viajaban a la India, donde esperaban unos meses a que soplara el monzón invernal que les llevaría de vuelta a casa. Pero cada año llegaban menos dhows, pues contaban que el comercio ya no era

tan rentable, y los barcos modernos los fueron sustituyendo. A principios de los sesenta estalló la revolución de Zanzíbar, los negros acabaron con los árabes, y a partir de entonces la ruta de África quedó interrumpida casi por completo.

Dimitri se quedó otra vez con la mirada en blanco hasta que sus ojos hundidos, protegidos por imponentes superciliares, volvieron a chispear y bebió lo que le quedaba de un trago. Me invitó a hacer lo mismo para llenar después las copas con una ración tan generosa que las rebosó, y espetó:

–¿No le estaré aburriendo con mis historias?

–Pero ¡qué dice! Si he viajado hasta aquí es porque me interesa este mundo y no sabe usted lo contento que estoy de mi decisión.

La cabeza me daba vueltas. Aquel ouzo era realmente fuerte. Me sentaba bien. De pronto me sorprendí a mí mismo diciendo:

–Empiezo a considerar incluso la posibilidad de atravesar en un barco el mar Rojo y desembarcar en el Yemen. Luego ya veremos, quizá, *inch Alá* ('si Dios quiere') –exclamé riendo–, no me detenga hasta llegar a Omán. Sírvame otra copa, ¿quiere?

Dimitri pareció satisfecho. No debía tener muchas ocasiones de charlar sobre las cosas que a él le gustaban. Por sus muebles y sus libros se veía que era un hombre interesado en la historia, quizá incluso demasiado, me dije al ver estatuillas y otros objetos de valor amontonados en una habitación contigua, cuya puerta había entreabierto para crear algo de corriente en aquella noche de calor sin tregua.

–Entonces –sonrió–, vale la pena que brindemos con el mejor ouzo. Deje, deje esta copa, voy a buscar algo especial.

Entró en el cuarto de las estatuillas y al abrir del todo la puerta pude ver claramente una pequeña figura faraónica sin cabeza a medio embalar. Dimitri reapareció con una botella de ouzo y ordenó a Habib que trajera copas nuevas y volviera a llenar la cubitera. Encendió un nuevo Cleopatra a pesar de que un cigarrillo, aún a medio arder, humeaba en el cenicero de concha. ¿A qué se dedicaría realmente Dimitri? ¿Traficaría con antigüedades regularmente o sólo para salir momentáneamente del paso, dado lo mal que parecía ir el negocio del hotel? ¿O tal vez sería un coleccionista?

Dimitri descorchó la botella y sirvió el ouzo en dos copas de cristal azulado, que alzamos para brindar.

–¡Por su viaje! –exclamó–. Y recuerde que lo importante no es hallar lo que uno busca sino intentarlo.

–Por usted y para que Port Sudan despierte de nuevo y en el futuro pueda establecerse en Grecia –brindé yo.

–¡Oh!

Su semblante cambió y por unos instantes sus ojos hablaron y

supe que, aunque no se atreviera jamás a verbalizarlo, la idea de vivir en otro lugar que no fuera aquel agujero, tal como lo calificaba, de Port Sudan, se le antojaba imposible y le provocaba una enorme angustia.

Este ouzo era mucho más seco y no tan dulce; un *vintage*. Alabé su buqué, tratando de disimular la quemazón que me producía en la garganta y el estómago. Abajo en la taberna, a juzgar por el alboroto, debía haber problemas, pero Dimitri, tras unos segundos de calibrar la situación, exclamó un sonoro «¡Bof!».

Nos dirigimos a la terraza porticada que daba directamente a la calle, donde continuamos charlando al frescor de la noche. De vez en cuando Habib se acercaba por si necesitábamos algo y traía pequeños platos con ensalada de pepinos, *dolmas* (rollitos de hoja de viña rellenos de arroz), y dados de *guibna beda,* un queso parecido al *feta* griego. Habib se quedaba a veces junto a la puerta como queriendo escuchar, pero siempre acababa por ser sorprendido por Dimitri, que le enviaba a la taberna para que vigilara que todo estuviera en orden. En algún momento, allí abajo, se torcieron las cosas y el criado, muy alterado, gritaba desde la calle:

–¡Ustaz Dimitri!, ¡Ustaz Dimitri!

–¿Qué ocurre ahora? –respondió Dimitri con fastidio, asomándose a la barandilla de la terraza.

–Otra vez el estibador de siempre ha causado problemas. No ha parado de beber *arrack* en toda la noche y ha amenazado a quien se atreva a salir de la taberna con estrellarle la botella en la cabeza.

–¿Y?

–Pues que ha acabado haciéndolo, Ustaz Dimitri. Le ha abierto la cabeza a un marinero filipino.

–¡Santo Dios! –exclamó el griego, abandonando precipitadamente la terraza.

Abajo reinaba una gran confusión y alboroto. Me asomé y vi cómo se llevaban al filipino en una camioneta. Al poco rato vino la policía y esposaron al agresor, que no paraba de patalear y gritar. Dimitri les acompañó y Habib clausuró la taberna. Pronto quedó todo en calma y el canto de los grillos volvió a apoderarse de la noche. Me serví otra larga copa de ouzo, sin hielo –la cubitera era pura agua– y, recostado en uno de los butacones de la terraza, dejé que volaran mis pensamientos.

Me veía de nuevo en ruta. Aprovecharía mi estancia en Port Sudan para buscar un vapor que me llevara a Hodeida o a Moca, en el Yemen, que se encontraban a un par de días de navegación. Dimitri sin duda me ayudaría, pero antes, aunque quedara poco de su antiguo esplendor, visitaría la ciudad de Sauakin. Después de todo fue la magia de su nombre lo que me estimuló a iniciar un periplo que se

distanciaba cada vez más del viaje original al Sudán. Me sentía feliz por haber conocido a alguien como Dimitri y estar en aquel lugar tan fuera del mundo. Si en algún momento me había pasado por la cabeza regresar a casa, ahora esa idea quedaba descartada. Y así permanecí, imaginando ya cómo sería la otra orilla del mar Rojo, hasta que el cansancio acumulado del viaje por el desierto acabó por hacerme mella y, estimulado sin duda por los vapores del ouzo, me quedé dormido profundamente para no despertar hasta bien entrada la mañana, cuando Habib entró en la terraza con su fregona, silbando uno de esos pegajosos aires de las películas de Bombay.

Por la tarde paseé por aquella extraña ciudad y, tras la cena, repetimos el ritual del ouzo. Dimitri estaba contento de haber atrapado por fin a un cliente con quien charlar, porque desde mi llegada no había visto a nadie por la recepción ajeno al hotel. ¿Nadie? De pronto se oyeron voces y gritos.

–¿Qué demonios está pasando? –exclamó un enfurecido Dimitri–. *Eh el daucha di kullaha?* ('¿Qué significa todo este alboroto?').

Entonces irrumpió en escena un anciano con su blanca *futa*, americana de tonos crudos y turbante del mismo color. Era un respetado personaje de Sauakin, que estaba de paso en la ciudad. El buen hombre, llamado Abdelaziz, profesor retirado y antiguo funcionario del Departamento de Conservación del Patrimonio, según aclaró Dimitri, muy a punto estuvo de ser empujado escaleras abajo por Habib, que confundió el repiqueteo de su bastón en la escalinata de madera con los equilibrios precarios de un beodo que aquel día se mostraba particularmente obstinado en acceder a los aposentos de las gentes de bien. Abdelaziz se lamentaba del mal recibimiento y de la peor reputación de la taberna, que perjudicaba el buen nombre del *fonduq* del piso superior, y no cesaba de repetir que no, que de ningún modo pasaría la noche allí. Mientras, Dimitri se deshacía en frases ceremoniosas hasta que, al rato, Abdelaziz consintió en sentarse, aunque fuera, como dijo, para descansar sus agotadas piernas. Habib le trajo agua con unas gotas de lima. La tensión pareció disminuir y, si bien Abdelaziz proseguía con sus lamentos, cada vez suspiraba con menor intensidad. Murmuraba que bueno, que en realidad era ya demasiado tarde y que estaba cansado para buscar otro alojamiento. El griego le recordó que todo Port Sudan sabía que era un buen musulmán. Y no sólo un buen musulmán: era todo un cheij, además de *hajj,* pues había peregrinado a La Meca. ¡Y encima dos veces! Cuando tan sólo era necesaria una para cumplir con el precepto islámico. Y de todas formas nadie, salvo un mal nacido –detuvo aquí su discurso para dirigir a Habib una mirada fulminante–, iba a confundirle con uno de

los tipos de la taberna. De modo que, tras un largo suspiro, Abdelaziz acabó por pedir la llave de su habitación. Todo parecía obedecer a un ritual que bien pudiera haberse representado en otras ocasiones.

Al poco regresó, ya mucho más calmado, recién duchado, ataviado con una ligera yelabía blanca de algodón y acicalado –parecía– con todas las esencias de Oriente. Entonces me fijé en su rostro. Pertenecía sin duda a la estirpe de los árabes del mar, que más adelante iba a resultarme familiar en todos los puertos del Índico, con las facciones angulosas y aguileñas de los oriundos de las costas del sur de Arabia. En atención a sus creencias, Dimitri había ordenado a Habib que retirara las copas de ouzo y sirviera un té a la india, perfumado con clavo de olor y cardamomo, y un cuenco con dátiles muy dulces.

–Le presento a nuestro joven amigo –dijo.

Abdelaziz estrechó mi mano con cordialidad y la mantuvo agarrada a la suya, a la manera árabe, todo el tiempo en que duró la presentación. Me preguntó si conocía Sauakin, donde por descontado sería bien recibido. Por cierto, ¿qué me había llevado por aquellos pagos? ¿Un impulso? ¡Oh, nada de eso! Se trataba de lo *maktub*. De lo que estaba escrito.

4

La ciudad dormida

Abdelaziz regresó a Sauakin y unos días después me despedí de Dimitri y subí a otro camión Bedford que me llevó a la ciudad del viejo profesor. La antigua ciudadela de Sauakin había sido abandonada, y no muy lejos se levantaba sobre una explanada inhóspita y cegadora, un conjunto de cubículos de hormigón: la nueva Sauakin. Era un lugar desolado y quedé aturdido. Busqué a mi conocido. En su casa, me dijeron que seguramente habría acudido a la mezquita para la oración del *duhr* ('mediodía'). Y hacia allá me dirigí. Era viernes, el día sagrado de los musulmanes, y por tanto la mezquita estaba más frecuentada que de costumbre. Frente a ella, en un descampado castigado por el sol, busqué una sombra donde esperar a que acabara la ceremonia. Fui hacia un chamizo donde servían té y un niño freía trozos de pescado en un aceite chisporroteante y rojo. Un pequeño batallón de gatos, grises, negros y pardos, de cabeza pequeña y cortas patas delanteras, esperaba vigilante a que alguien les tirara las espinas. Pero sólo había un cliente anciano y el niño no parecía estar por la labor.

–¡Bssbsbs!, ¡Bssbsbs!, ¡Bssbsbs! –susurraba el viejo.

Todos los gatos le lanzaron una mirada inquisitiva, menos uno negro, hierático como la diosa egipcia Bastet, de ojos fríos y transparentes como cuentas de hielo.

–*Ma qota di. Di efrita!* ('Éste no es un gato. ¡Es un *yin*!').

El viejo cliente contó que si, al tercer aviso, un gato no reaccionaba es que no se trataba de un animal, sino de un yin o geniecillo. Me sorprendía el cariño que los musulmanes sentían por los gatos. Les dejaban campar a sus anchas en las casas, en los cafetines y en los restaurantes populares donde siempre esperaban que alguien les arrojara algún resto; incluso no resultaba raro verles en las mezquitas. Allí eran los reyes y señores: retozaban sobre las alfombras, se dejaban acariciar indolentes por los fieles que hablaban de sus cosas, no necesariamente religiosas, o sesteaban, porque la mezquita no era un lugar rígido sino un espacio abierto, cubierto de alfombras, donde los que estaban de paso podían descansar o incluso pasar la noche. Eran lugares luminosos, muy distintos a nuestras iglesias con sus claroscuros, esos espacios mal ventilados que olían a la cera, el sudor y el sufrimiento acumulados durante siglos, con su profusión de santos torturados presididos por un Jesús agonizante claveteado en la cruz, con la corona de espinas hincada en las sienes y la terrible y morbosa

herida de lanza en un costado.

–La primera vez que entré en una iglesia –me contaría años después en Egipto mi amigo Mursi Sultán, criado en un Port Said cosmopolita en el que musulmanes, cristianos y judíos convivían sin problemas– era muy niño y me quedé aterrorizado. Por la noche tuve pesadillas.

Pero volvamos a los gatos, tan apreciados por los árabes, al contrario de los perros, a los que aborrecían y expulsaban sin contemplaciones, con violentísimos gritos de «*Barra!*» ('¡Fuera!'), o incluso a pedradas cuando se acercaban demasiado. Resultaba comprensible: los perros no eran tan limpios como los gatos, y el calor propiciaba toda suerte de enfermedades de la piel y multiplicaba los parásitos. Andaban en grupo, amenazantes y famélicos. Nadie los quería cerca. Un perro en una mezquita resultaba algo inimaginable.

–¿Qué te trae por aquí, *jauaga*?

Aquel hombre mayor que me había dirigido la pregunta era el único cliente del cafetín, pues el resto del pueblo parecía estar en la mezquita, o dirigirse hacia ella. Los fieles iban apilando en el umbral zapatos y chancletas sobre más zapatos y chancletas mientras, por un altavoz distorsionado, el almuédano parecía decidido a vaciar Sauakin de los musulmanes rezagados.

Justo cuando iba a contestar a su pregunta, nos estremeció el chirrido desagradable del altavoz de la mezquita, que se había acoplado. El viejo cayó en la cuenta de que quizá debiera estar allí. Se incorporó, se estiró como uno de aquellos gatos y con cierta desgana me confesó:

–Yo también tengo que ir a la mezquita. Hoy es viernes y si no me ven, murmurarán y dirán que el viejo Abu Basbusa ¡volvió a beber *arrack*!

Pero dicho esto, se sentó de nuevo. Me gustaban su risa franca y sus ojos inteligentes y rápidos. Señalé mi banqueta invitándole a compartirla y, tras dirigir una mirada de displicencia a la mezquita, como queriendo decir: «Que esperen, que por un día que llegue tarde no va a acabarse el mundo», increpó al pequeño camarero con un sorprendente rugido:

–*Ya waled!* ('¡Oh, niño!'). ¿Esto es té o agua sucia de lavar los pies? Además, ¡sabe a pescado! ¿Acaso no sabes que existe algo llamado jabón? –Mirándome, exclamó–: *Mafi faida!* ('¡No hay remedio!').

Y como si fuera el ventrílocuo de las cien voces, continuó con un tono muy distinto de voz:

–Me intrigáis los jóvenes europeos como tú. Tenéis curiosidad. Dejáis vuestros cómodos hogares para conocer otros países y venir a un horno cubierto de moscas *fih ajer e dunia* ('en el fin del mundo'). La

curiosidad es lo que hace que vuestras sociedades avancen, porque os gusta aprender. En cambio aquí –bajó la voz–, ésos... –acarició su mentón como si tuviera una barba imaginaria, al tiempo que señalaba la mezquita– ésos, poco a poco se están metiendo en todas partes.

Volvió a subir el tono de voz:

–¡Ah, si al pobre Nasser le hubieran dejado! Él sí tenía un proyecto para los árabes. Levantó el orgullo perdido. Quería unirnos, pero los occidentales le hicieron la vida imposible. ¡Al final lo envenenaron!, estoy seguro...

–Perdone –le interrumpí–, ¿le importaría hablar más despacio? No le sigo.

–¡Pero usted me ha hablado en árabe! –replicó.

–¡Qué más quisiera que comprenderlo bien! Me apunté a una clase de árabe clásico en la universidad, y ahora en el Sudán, voy cogiendo el coloquial; pero a la que la conversación se complica un poco, me pierdo totalmente.

Abu Basbusa sonrió y continuó en árabe, tratando de buscar en inglés los términos que se me escapaban.

–Decían que el corazón del *rais* no resistió la amargura de la derrota de la Guerra de los Seis Días –continuó muy despacio–, pero yo sé que no es verdad. Lo mataron porque significaba la modernidad, y ahora... esos de las barbas pretenden que busquemos en las mezquitas la solución a todos nuestros males.

Había vuelto a bajar la voz.

–El día que Sadat voló a Jerusalén, echando por la borda el legado de Nasser, supe que todo había acabado para los árabes. Porque los israelíes nunca creyeron en la paz, sólo querían ganar tiempo para sus planes de expansión. La ciudad de El Cairo, *Um e dunia* ('la madre del mundo'), con sus cineastas, escritores y poetas, quedaba neutralizada para siempre. Ahora son esos dichosos saudíes –exclamó señalando el horizonte, pues la ciudad de Yeda apenas distaba doscientos kilómetros– quienes lo están fastidiando todo con sus petrodólares. Creen que todo se puede comprar. Los he visto en Jartum, detrás de las jovencitas del sur y de las etíopes. Los he visto también en El Cairo empapelando de libras egipcias los cuerpos de las bailarinas en los cabarets de la avenida de las Pirámides. Y mientras se divierten con mujeres o hacen el ridículo detrás de mozalbetes imberbes que podrían ser sus hijos, nos están diciendo al resto de los árabes qué es lo que dicta o deja de dictar el Corán, y difunden la intolerancia de Abd el Wahab, ese beduino iluminado que promulgó la destrucción de los santuarios populares; el enemigo acérrimo del sufismo. *Mafi amal, ya jauaga!* ('¡No hay esperanza, oh, europeo!').

Bebió un sorbo.

–¡Esto sí es té! –le gritó al niño.

Y, girándose hacia mí, me confesó:

–Yo también tuve curiosidad. Conozco El Cairo, Damasco, Beirut... Pertenecí al ejército sudanés. Me destinaron al sur. Los negros se rebelaban contra Jartum y la guerra fue despiadada. Allí vi cosas terribles, la vida no tenía el mismo valor. Nos obligaron a realizar ciertas cosas de las que me arrepiento. Algunas noches no concilio el sueño. Los rezos, *ya jauaga*! –añadió con sorna– nunca lograrán anestesiar mi conciencia. Sólo el *arrack* es un buen compañero. *Astaghfiru Alá al Azim!* ('¡Y que Dios me perdone!') –concluyó con una estremecedora risotada.

Me vino a la mente mi salida precipitada del poblado dinka entre imprecaciones.

–Por cierto, ¿está usted solo? –dijo. No era ninguna indiscreción, era una manera de ofrecerme su hospitalidad.

–Estoy buscando al Ustaz Abdelaziz.

–¡Ah! Si le interesa este mundo, no podía haber encontrado a una persona mejor. Él es todo un Ustaz, un *ductur*. Pertenece a una de las grandes familias de mercaderes de Sauakin, que vinieron del Yemen hace generaciones. Pero ya lo debe usted saber. Esa época acabó; él es el último de la familia. Los que no murieron regresaron al Yemen o buscaron vidas mejores en Omán, Arabia Saudí o los países del Golfo. Abdelaziz juró que nunca abandonaría Sauakin.

Pensé entonces que la *baraka* me acompañaba. ¿Hasta dónde me llevaría Abdelaziz?

–Veo pues que poco puedo yo hacer por usted –añadió decepcionado, pues los árabes son extremadamente celosos y posesivos con sus huéspedes–. Más vale que se vaya a dar una vuelta, hoy es un viernes especial para nosotros y las oraciones se van a prolongar un buen rato.

Me dio la mano.

–En fin, *jauaga*!, ahora sí que me voy, a ver qué cuentan esos imanes.

Se levantó cansino. Anduvo unos pasos y, antes de salir al sol, se giró:

–¡Que la suerte te acompañe, oh, extranjero! ¡Y que el Profeta, Dios le bendiga y le salve, guíe todos tus pasos!

La ciudad en ruinas se alzaba sobre un islote unido a la costa por una lengua de arena. Me dejé perder por un enredo de callejuelas sorteando cascotes y vigas caídas. Aquí y allá, los muros semiderruidos de antiguos palacios desvelaban salas artesonadas con arabescos y filigranas de yeso. Vagué por la ciudad dormida hasta llegar a una mezquita que apenas se tenía en pie. Admiré un *mihrab* –

el nicho orientado a La Meca frente al cual el imán conduce la plegaria de los viernes– muy decorado, en el que alguien había colocado un cuenco con unos trapos de colores y unas monedas. Entonces no lo sabía, pero acabaría por descubrir que se trataba de algún tipo de encantamiento. Continué con mi inspección de aquel lugar desolado; descubrí unas hornacinas donde debían guardar ejemplares del Corán, y el viejo aljibe que en su tiempo almacenó agua para las abluciones de los creyentes. De pronto oí mi nombre; era Abdelaziz. Me había estado siguiendo desde hacía rato, con su paraguas negro a modo de sombrilla en una mano y el bastón en la otra, pero sus gritos se los llevaba el viento que le soplaba en contra, y con su pierna cansada no había logrado alcanzarme en aquel laberinto. Me invitó a subir al minarete. Ascendimos tanteando cada uno de aquellos peldaños que parecían venirse abajo y desafiando la amenaza de las avispas negras que anidaban en las vigas y que, como en los relatos orientales, parecían haberse convertido en las custodias del lugar. Cuando por fin llegamos a la terraza, Abdelaziz miró en derredor y exclamó:

–*Mashalá!* ('¡Válgame Dios!').

Quedé asombrado. A nuestros pies se extendían las ruinas de la ciudad de piedra de coral, que bajo aquel sol sin misericordia reverberaba como parapetada tras una gran pantalla de humo. El mar permanecía quieto y denso, como un raro metal fundido del que emergían las carcasas oxidadas de los barcos varados en el arrecife.

Y entonces, con una voz serena y grave que no lograba disimular la emoción, Abdelaziz me confesó en una mezcla de árabe e inglés:

–Esta ciudad era una maravilla, con palacios y casas principales que tenían balcones y balaustradas de madera de teca, traída por los veleros desde la isla de Java. Los habitantes de Sauakin, guardianes de su intimidad, protegían a sus mujeres tras *mashrabias* o celosías de intrincados arabescos. La llegada por mar era una gran recompensa. Tras interminables jornadas en las que sólo se divisaba la línea monótona y ocre de esta costa, surgía, como en un espejismo, la silueta de Sauakin, con sus casonas, mezquitas y minaretes de piedra blanca de coral, que se reflejaban en el mar turquesa. Los veleros acudían de los lugares más alejados del Índico y los almacenes de los mercaderes atesoraban pieles, marfil, ébano y oro de África, maderas y especias de Indonesia, perfumes, gemas y sedas de la India, tiburón en salazón del Yemen; incienso y mirra de Omán... Pero un buen día, los ingleses decidieron trasladar el puerto más al norte, a Port Sudan, y las grandes familias se mudaron con ellos; otras muchas regresaron a Arabia, y sólo unos pocos decidieron quedarse en Sauakin y morir con la vieja ciudad. Hace veinte años aún era posible admirar aquella arquitectura, hoy apenas quedan unos pocos muros en pie. Porque

Sauakin, *jauaga*!, se ha desplomado y con ella ha sido arrancado un capítulo importante de nuestra historia.

Una bandada de grullas volaba hacia el norte, quizá al delta del Danubio, con la característica formación en uve. Miré a Abdelaziz. Tenía los ojos húmedos; permanecimos largo rato en silencio. De golpe recobraron vida y sonrió.

–¿Le ha contado Dimitri la leyenda de Sauakin?

–No.

–Bajemos primero –dijo–. Este sol es abrasador.

Nos sentamos a la sombra en un banco de obra junto a la mezquita, y Abdelaziz comenzó su relato:

–*Kaan zaman*... ('Hace muchos años...'), la reina de Saba fletó un navío con un valioso regalo para Nabi Suleimán (el profeta Salomón), que debía surcar todo el mar Rojo en dirección al golfo de Akaba. La ofrenda consistía en siete doncellas vírgenes, bellas como soles. El viaje transcurría sin mayor novedad, pero una tarde el viento sopló con fuerza y pronto se alzaron olas grandes como montañas, que empezaron a sacudir la frágil embarcación a su antojo. Por fortuna uno de los intrépidos marinos conocía un refugio natural, que era el único lugar donde podían guarecerse. Con grandes dificultades llegaron a aquel puerto, donde permanecieron siete días con sus noches hasta que las aguas por fin se calmaron. El viaje prosiguió sin mayores incidentes y el precioso regalo pudo ser entregado en Jerusalén. Pero los israelitas descubrieron... –se detuvo unos segundos– que las vírgenes estaban encintas. Las jóvenes se disculparon, aduciendo que en aquel remoto refugio habitaba un terrible yin llamado Sauakin, que las había forzado. Desde entonces este lugar recibe su nombre.

Abdelaziz me acogió en su casa. Le gustaba preparar un café fuerte, a la turca, *qahwa masbut* ('con el azúcar justo'), perfumado con cardamomo. Una vez recuperados del paseo bajo el ardiente sol, y mientras esperábamos la comida, me mostró viejas fotografías de Sauakin. De pronto se deslizó una lámina, que cayó al suelo. Me dispuse a agacharme y Abdelaziz hizo lo mismo, con tal mala suerte que nuestras cabezas chocaron. Tras unos segundos de aturdimiento, y a pesar de su piel tostada, pude percibir claramente cómo se sonrojaba. Aquel dibujo reproducía a una odalisca en postura voluptuosa, cubierta tan solo por algunos velos vaporosos, con el fondo de un El Cairo idealizado de cúpulas y minaretes abrasados por el sol del atardecer. Advertí un chispeo pícaro en su mirada mientras se llevaba el índice derecho a los labios y susurraba ¡shhh!, para no llamar la atención de su sobrino, que justo en aquel momento entraba

en la habitación con una jofaina y una vasija con agua de rosas para lavarnos las manos antes del suculento ágape.

Nos sentamos en el suelo sobre una estera alrededor de una tablilla en la que el sobrino dispuso una sultanía, un gran cuenco metálico esmaltado con flores, que destapó con teatralidad para mostrar un estofado de cordero y *bamia* ('ocra'). En un plato aparte humeaba un apetitoso arroz. También colocó varias tortas de pan muy caliente, un platito con *chatta* ('guindilla ligada con zumo de lima') y un cuenco con unos dátiles.

Tras exclamar la fórmula de rigor: «*Bismilá* ('En nombre de Dios')», comencé, como señalan las normas, por llevarme a la boca puñaditos de arroz y verduras. Luego, cuando Abdelaziz lo indicó, ataqué aquel magnífico estofado. Canté las alabanzas y, como se suele hacer en Oriente, comimos rápido y en silencio, pues la hora de los comentarios llega al final, cuando se sirve el té.

Luego, acabada la comida, pues los árabes tampoco beben nunca mientras comen, el sobrino escanció el agua fresca de una vasija de barro en unos vasos de aluminio, y entonces Abdelaziz exclamó:

–*Al hamdulilá!* ('¡Alabado sea Dios!').

Al atardecer, buscando la brisa, Abdelaziz y yo fuimos a caminar por la playa. Me habló de la ciudad santa de La Meca, adonde había peregrinado dos veces y aún quería ir una tercera, pues disponía de los medios y, pese a su edad, todavía se sentía fuerte. Me contó que en sus dos peregrinaciones le encargaron que trajera botellas rellenas del agua de la fuente de Zam Zam, que daba *baraka* o bendición. Me explicó que durante la peregrinación anual, o *Haj*, acudían gentes del mundo entero: de los países árabes, la India, Indonesia, China, incluso musulmanes de Europa y América. Me preguntó por el número de musulmanes que había en España. No era la primera vez que me hacían aquella pregunta. Para sorpresa de mis interlocutores, yo siempre respondía que no muchos, apenas unos miles procedentes del Magreb, en su mayoría, más algunos conversos. A Abdelaziz también le costaba creerlo. ¿Cómo el país heredero de Al Andalus, el país de Ibn Arabi, Averroes o Ibn Hazm, el país donde estaban Córdoba y Granada apenas contaba con una cifra ridícula de musulmanes?[6]

–En el islam –dijo Abdelaziz–, cristianos y judíos, los pueblos del Libro, han estado siempre protegidos, gozando de un estatuto especial y pagando el *dhimmi*, el diez por ciento de sus ganancias, al igual que los musulmanes, que debían entregar un diezmo de sus ingresos a los desposeídos.

Permanecimos unos pocos minutos frente al mar, hasta que una repentina brisa nos trajo el eco de unos tambores y los ululatos de las mujeres, señal de que en algún lugar se estaba celebrando una fiesta. Nos miramos y, sin necesidad de intercambiar palabra, decidimos

acercarnos.

Se trataba de una boda en un descampado a las afueras. Al ritmo de la percusión y de la *simsimía*, una especie de lira de cinco cuerdas como salida de un relieve faraónico, un cantante de voz recia entonaba una letanía rítmica e hipnótica. Unas jóvenes casaderas, cubiertas de pies a cabeza con telas de colores, danzaban sacando el pecho con espasmódicas sacudidas de hombros hacia atrás, mientras imitaban con el cuello el movimiento mecánico del buche de la paloma. Pronto unos muchachos con sus yelabías y turbantes blancos se pusieron a rondarlas chasqueando los dedos, mientras emitían con la boca entreabierta un sonido intermitente parecido a «tstststs». Cada chico eligió su pareja, y juntos se movían en pasos cortos, buscándose y rechazándose por momentos, imitando el cortejo de las palomas. Abdelaziz y yo observábamos aquella curiosa danza sin querer imponer nuestra presencia, pero acabaron por vernos y, por más que nos negáramos, debimos aceptar asientos de primera fila. Mi amigo era toda una autoridad, la gente le veneraba y se acercaba para besarle la mano.

La brisa, que comenzaba a levantarse, hacía algo más soportables el calor y la humedad de aquella costa, considerada como la más cálida del mundo. De vez en cuando el viento traía a ráfagas los aromas del incienso, mezclado con el asado de los kebabs de cordero, adobado con fuertes especias que humeaba sobre unas brasas.

Se acercó un curioso hombrecillo tuerto, con una pipa de agua que plantó a nuestros pies. Abdelaziz declinó, cortésmente pero con gesto rotundo, la invitación que yo sí acepté. El recién llegado colocó unas brasas sobre la cazoleta, que contenía tabaco y melaza, y aspiró con fuerza por la boquilla hasta que el tubo pareció desbloquearse y el humo pasó a través del agua, produciendo sonoros borbotones. Tras unos instantes, soltó dos grandes aros de humo dulce y espeso que se perdieron en la oscuridad, y se quedó mirándome fijamente antes de soltar una larga carcajada desafiante, como diciendo: «Ahora te toca a ti». Pero antes de cederme la boquilla, extrajo una bolita parduzca del bolsillo de su yelabía, la deshizo a pequeños mordiscos, y colocó los pedacitos sobre la cazoleta de la pipa, que cubrió con una caperuza de latón agujereada para que el viento no apagara las brasas. Entonces me guiñó su único ojo y se alejó espetando:

–*Fursa saida!* (‘¡Buena suerte!’).

Era un saludo sin connotación religiosa alguna que emplean los musulmanes cuando quieren ser amables con los *nasrani*[7] o nazarenos.

Aspiré unas bocanadas y me invadió una oleada de bienestar caliente y húmedo; aproveché entonces para dar otra larga pipada y me sobrevino un interminable acceso de tos. La cabeza me daba vueltas. Abdelaziz ordenó que me trajeran agua y me indicó que la

bebiera a pequeños sorbos. La brisa volvía a soplar y en el centro del corro las muchachas casaderas reanudaban su danza antigua. Agarré de nuevo la boquilla del narguile y aspiré con fuerza. Sentí cómo aquel humo dulzón inundaba mis pulmones. Aspiré dos, tres veces más y de pronto el mundo desapareció y sin saber cómo, me vi flotando en un largo túnel de luz blanquecina. Poco a poco comencé a escuchar unas voces cada vez más audibles hasta que distinguí la de mi amigo. Entonces aquella luz se desvaneció y frente a mí descubrí el rostro preocupado de Abdelaziz, que me aplicaba agua en las sienes. Pasados unos segundos exclamé entre ululatos de mujeres:

–¡Abdelaziz!, ¿qué ha ocurrido?

–¿Quieres que nos vayamos?

–¡Oh, no! Ya estoy mejor. ¡Esto es demasiado fuerte! –dije, señalando la pipa–. Quisiera refrescarme un poco, pero de verdad, no te preocupes, se me pasará en unos minutos.

Unos adolescentes nos trajeron un plato con vísceras crudas cortadas en pequeños dados y curadas con guindilla roja y lima, un manjar considerado una exquisitez y reservado a los invitados de honor. Más tarde, una de las matronas me invitó a bailar, lo que provocó las risas de la chiquillería. Aquellas sudanesas, con sus amplios vestidos de colores, parecían mucho más desenfadadas y libres que el resto de sus hermanas árabes. Cada vez que se movían despedían un halo de fuerte fragancia. Abdelaziz me explicó que, tras el baño, después de hacerse la alheña y haberse depilado con la *halaua*, una mezcla de miel con limón, se colocaban desnudas sobre un incensario en el que quemaban resinas y maderas olorosas antes de cubrirse con una manta para que los aromas penetraran por todos sus poros.

Me sentía feliz aunque estaba pagando la factura de los excesos y la cabeza me daba vueltas. La música se me hizo ensordecedora. Deseé encontrarme en algún lugar tranquilo y propuse a mi amigo regresar a su casa dando un rodeo para pasar junto al mar.

A lo lejos, en la noche sin luna, las ruinas de la antigua ciudadela se alzaban como un gigantesco termitero lamido por el olvido. Abdelaziz parecía rumiar algo; notaba que quería hablarme pero dudaba, como si no se atreviera. Por fin lo soltó:

–Te dije que quería hacer la peregrinación por última vez; también me gustaría de paso volver a abrazar a mi hermano, que vive cerca de Moca, en el Yemen. He sabido de él por Husein nuestro hermano pequeño, el que vive en Dubai. *Jauaga*!, necesito viajar allí, pero me falta fuerza para hacerlo solo. Tú quieres ir al Yemen. ¿Aceptarías que este anciano te acompañara por unos días? Luego yo

viajaría hacia Arabia Saudí y tú continuarías tu periplo. Además podría presentarte a Cheij Abas, un pariente mío estudioso de esos temas que a ti te interesan. Nació en el puerto de Al Maqalla, en el Yemen del Sur, aunque hoy reside en Sanaa. Yo soy viejo y si no voy a ver ahora a mi hermano, me temo que será demasiado tarde. ¡Piénsalo!

Abdelaziz alzó la vista al firmamento para averiguar la hora por la posición de las estrellas y, como se acercaba el tiempo de la oración, se disculpó antes de alejarse unos metros y realizar sus abluciones con arena, pues el agua de mar era considerada impura. Caminé hacia unas rocas. Me giré para ver cómo mi amigo se postraba en dirección a La Meca y me tumbé en la playa.

Hasta ahora había tenido suerte. Los tentáculos de Babylon, como dirían los rastas, apenas alcanzaban aquellas lejanas costas y menos aún a finales de los setenta, cuando no existían las parabólicas, ni Internet, ni desde luego los ordenadores personales, ni siquiera los faxes que hoy ya nos parecen tan toscos. Ni la televisión llegaba. De momento todo seguía el ritmo lento y tradicional que hacía que las innovaciones se asimilaran sin romper drásticamente con el pasado. La gente se reunía de noche alrededor de una tetera para escuchar historias. Los radiocasetes, por ejemplo, lejos de introducir ritmos foráneos, no hacían sino difundir aún más la música propia: cuando había alguna boda o algún acontecimiento en el que se tocara o cantara, no faltaban los aparatos descomunales, recubiertos de telas de vivos colores, para grabar los temas que más tarde se popularizarían.

Se oyeron los lejanos aullidos de unos perros durante un buen rato, hasta que concluyeron con un único lamento de despedida, como si no se resignaran del todo a la calma que tarde o temprano sabían que acabaría por llegar. Y así fue, incluso paró la música de la boda y sólo se oía el lento entrechocar de los guijarros de la playa arrastrados por el flujo de un mar sin olas. Viajar con Abdelaziz, intuía, podía resultar una experiencia que jamás iba a olvidar.

Me incorporé. A lo lejos, mi amigo seguía postrado en dirección a la ciudad santa. Me quité la ropa y me sumergí en el mar cálido y oscuro, para descubrir asombrado cómo el plancton rodeaba mi cuerpo con una multitud de minúsculas fosforescencias. Permanecí inmóvil flotando boca arriba en aquel fluido amniótico hasta que algo blando y frío me rozó las piernas. Salí del agua y me tendí en la arena para contemplar un cielo tan estrellado como desconocido. Muchos astros eran nuevos para mí, y también las constelaciones, aunque acabé por descubrir que algunas eran las mismas del Mediterráneo, pero se encontraban en otra posición. Escorpio, en el horizonte, se adivinaba perfectamente, con las estrellas que dibujaban las pinzas, el tórax y el aguijón.

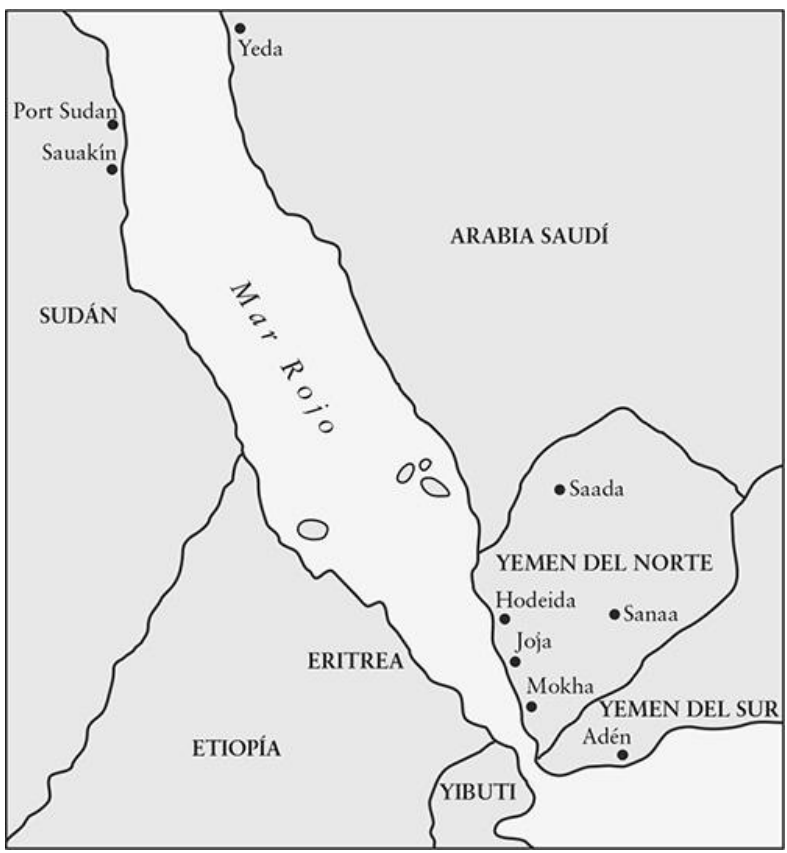
Me dejé llevar. Tuve la impresión de encontrarme bajo una gran bóveda. Todo comenzaba a girar y experimenté una sensación de vértigo al revés, como si la fuerza de la gravedad, en vez de sujetarme a la tierra, me despidiera hacia el infinito. Cerré los ojos. De pronto, una estrella atravesó el firmamento y dejó su rastro de fuego durante largos segundos. ¿Qué me esperaría en la otra orilla del mar Rojo?

5

En la Arabia Feliz

No encontrábamos ningún carguero que nos llevara al Yemen, ni siquiera a Yeda, en la vecina Arabia Saudí. Pero llegó un momento en que ni la mismísima elocuencia de Dimitri fue capaz de retenernos un minuto más en Port Sudan. De modo que Abdelaziz y yo no tuvimos más remedio que recurrir a las Sudan-Inch Alá-Airways.

Apenas habría transcurrido una hora cuando divisábamos ya la costa desértica de Arabia, bañada por aguas de un profundo azul salpicado de claros turquesas o transparentes como el cristal. A medida que nos acercábamos al destino, comenzaron las turbulencias mientras sobrevolábamos un macizo montañoso desgarrado por valles profundos. Pronto aparecieron densos nubarrones, cada vez más oscuros, que acabaron por cubrir el paisaje por entero.



Abajo debía estar lloviendo, y mucho. No me dejaba de maravillar

que en el extremo sur de Arabia, uno de los lugares más áridos y cálidos del planeta, no sólo lloviera sino que lo hiciera en abundancia, porque no toda la península era un desierto. Recordé entonces la sorpresa que me había causado ver, en aquellos libros de geografía de la infancia, las fotografías de los cultivos en terrazas escalonadas talladas en la montaña, donde los laboriosos yemeníes cosechaban cereales. Una imagen que no se correspondía con la del tópico de Arabia como un inmenso desierto, apenas poblado por un puñado de beduinos que, como en las célebres fotografías de Lehnert & Landrock, oteaban, desde la cresta de una duna, un mar de arena sin límites. En mis viejos libros había leído que la península estaba ocupada por desiertos de arena tan inmensos como Rub al Jali ('el Cuadrante Vacío'), una extensión del doble de la península Ibérica; pero también que en el sur y en el este de Arabia, en los actuales Yemen y Omán, las montañas se elevaban hasta alcanzar los cuatro mil metros y conseguían atrapar la lluvia de los monzones. De modo que la Arabia del sur era un oasis de verdor enclavado en una de las zonas geográficas más duras del planeta.

La voz de la azafata volvió a anunciar turbulencias. ¡Vaya si lo fueron! Ya no nos abandonarían y continuamos el trayecto entre sacudidas y bandazos, mientras los compartimentos del equipaje de mano se abrían y dejaban escapar bolsas y objetos varios que caían sobre los pasajeros o rodaban por el pasillo. Traté de divisar algo por entre aquel mar de nubes, que de tarde en tarde se rasgaba para desvelar un paisaje torturado, donde se erguían, apiñadas sobre grandes peñascos, las altas casas de piedra de los pueblos fortificados.

Los nubarrones se habían vuelto negros, el agua resbalaba por las ventanillas y todo comenzó a moverse. Los niños lloraban, una mujer gritó y las azafatas se las veían y se las deseaban para atender a los pasajeros; algunos se refugiaban en la lectura de coranes de bolsillo; otros, como mi amigo Abdelaziz, desgranaban con su mano derecha las cuentas de coral de su *sebha* ('rosario musulmán'), siempre en múltiplos de tres, musitando la letanía de los noventa y nueve nombres conocidos de Dios. Por fin la voz de la azafata anunció el descenso: «*Saidatu u sayidati, chukran aleykum u ahlan bikum fi matar al-Sanaa...*», y fue entonces, cuando me sorprendí a mí mismo, exhalar con alivio un «*Al hamdulilá!*» ('¡Alabado sea Dios!').

Al descender la escalerilla tuve una sensación que no conocía desde hacía meses. Comencé a tiritar y se me puso carne de gallina. ¡Tenía frío! Nada raro, pues gracias a su altitud media, el Yemen gozaba de un clima que nada tenía que ver con la aridez del resto de la península; desde luego, mucho más parecido al del Mediterráneo que al de Yibuti o Eritrea, las zonas más tórridas del planeta, de las que apenas distaba unas millas náuticas. Llovía a cántaros y el olor a

tierra mojada se mezclaba con el de gasolina poco refinada.

El aeropuerto era un pequeño caos, pero para mi sorpresa los trámites fueron muy rápidos y, tras sortear a los familiares que habían acudido a recibir a los suyos y que se agolpaban en las puertas obstruyendo el paso, nos introdujimos en un taxi colectivo. El Peugeot estaba decorado con telas brillantes, con el salpicadero forrado de peluche verde lima y repleto de flores de plástico, rótulos religiosos de luces de color y todo tipo de gadgets escandalosos, que se accionaban ya frenara, ya pusiera la marcha atrás o acelerara, inundando la cabina de luces de feria y sonidos extravagantes. Un incensario eléctrico, conectado al encendedor del coche, quemaba las famosas resinas del Hadramaut, y a golpes de un claxon que imitaba alternativamente los primeros acordes de la Quinta de Beethoven o un insolente mugido de vaca, nos abrimos paso hasta conseguir salir de aquel lugar.

La moderna ciudad de Sanaa era un despropósito urbanístico. Levantada sin la menor planificación, las casas parecían todas inacabadas, coronadas por estructuras de hormigón y columnas que dejaban siempre un amasijo de hierros al pairo. Habían sido construidas antes de que se trazaran unas calles que serpenteaban, se estrechaban y se ensanchaban sin la menor lógica. La lluvia lo llenaba todo de barro y pronto tuve la sensación de haber llegado a un país en plena revolución donde se hubiera instalado la anarquía, dada la profusión de kalashnikovs que acarreaban casi todos los hombres. A sus yelabías, ceñidas por una cartuchera, sobreponían un segundo cinto en el que enfundaban un puñal curvo y afilado, llamado yambía, con empuñadura de cuerno de rinoceronte, cuya demanda había sido tan elevada en el pasado que contribuyó a la práctica extinción de aquel raro animal.[8] Pero ahora, la empuñadura de aquellos puñales se fabricaba con cuerno de otros animales, como el búfalo. La yambía era un elemento indispensable de la etiqueta yemení, sobre todo en las bodas.

–Señas de hombría –rió mi amigo Abdelaziz.

Aquellos hombres que parecían haber tomado las calles de Sanaa lucían americanas de fantasía y turbantes de colores, y calzaban babuchas, chancletas o aparatosos zapatos a menudo sin cordones. En cuanto a las mujeres, se percibían muy pocas y siempre resguardadas de las miradas impúdicas por un manto negro que las sepultaba de la cabeza a los pies; sombras tan sólo en un país casi feudal, donde la autoridad del gobierno apenas contaba más allá de la capital.

El Yemen del Norte había permanecido encerrado entre sus montañas, aislado del mundo exterior, hasta que a principios de los sesenta estalló la revolución. Ésta había de desembocar en una larga guerra civil entre los monárquicos, partidarios del hijo del antiguo

imán, apoyados por Gran Bretaña y Arabia Saudí, y los republicanos, sostenidos por la URSS y el ejército de Nasser. Finalmente se impondría la república, que a finales de los setenta aún estaba lejos de conseguir la reunificación con el Yemen del Sur, el único país árabe marxista.

El taxi colectivo nos dejó en Bab el Yemen, una de las puertas de la antigua ciudad, donde unos chavales con sus motos también forradas otra vez con felpudos de colores y atiborradas de todos los gadgets y flores de plástico posibles, se ofrecían como taxistas. Tras un breve regateo, Abdelaziz subió a una motocicleta, yo a una segunda, y nuestros bultos fueron cargados en una tercera que disponía de ¡alforjas!

En ninguna otra ciudad árabe he tenido la sensación de cambiar de espacio y de tiempo como la que tuve recorriendo los zocos de la vieja Sanaa, con sus callejuelas ocupadas, como en la Edad Media, por distintos gremios: joyeros, carpinteros, herreros, sastres, cambiadores de divisas, vendedores de armas... Por una puerta vi una camella con los ojos vendados que tiraba de una rueda de molino... La ciudad parecía magnífica y muy antigua, y los yemeníes sostenían que fue fundada nada menos que por Sem, hijo de Noé, tras el diluvio. Pero Sanaa, ciudad patrimonio de la humanidad, era también, cuando yo la visité, un lugar descuidado. La basura se acumulaba en los solares vacíos, incluso en algunos callejones, y un chisporroteante tendido eléctrico, entre casas de enorme valor histórico, taladraba bellos estucos sin la menor contemplación. Las motos nos dejaron en nuestro destino, una imponente casona de la familia de Abdelaziz, y comenzamos a ascender sus ocho pisos por una escalera empinada hasta llegar al *mafraj*, el salón rectangular en el punto más alto de aquellas casas de piedra. Se trataba de una habitación alfombrada, con cojines adosados a las paredes, donde se recibía a las visitas masculinas. Servía también como un gran dormitorio para los invitados; en un rincón se apilaban una buena docena de colchones delgados, así como tapices y mantas.

Más allá del *mafraj*, el acceso al resto de la casa estaba absolutamente vedado a los varones que no pertenecieran al núcleo familiar más íntimo. En el *mafraj* también se reunían los amigos para mascar las hojas más tiernas de *qat,* un potente narcótico, de uso completamente legal, que paralizaba el país por entero a partir de las dos de la tarde. Las hojas se escogían una a una y se mascaban despacio sin tragarlas, guardándolas en la boca apiñadas en forma de bola, en la pared interior de la mejilla. «Todos lo mascan, incluso el presidente», decían. Y así se pasaban las tardes bajo los efectos del *qat*, fumando Rothmans y bebiendo Pepsi en lata (en aquella época la Coca-Cola estaba prohibida en muchos países árabes, que ejercían un boicot activo a las multinacionales que tenían implantación en Israel).

Desde la ventana de un *mafraj,* la panorámica sobre Sanaa era asombrosa: un laberinto de impresionantes edificios de piedra de varios pisos de altura, con ventanas decoradas con filigranas de yeso y vitrales de colores. Al fondo se alzaban altas montañas.

Las conversaciones en el *mafraj* abordaban los temas más variados. Entonces no existían las parabólicas y la curiosidad por saber cómo vivíamos en Europa era muy grande. Nos veían como un lugar de costumbres muy relajadas donde imperaba el libertinaje sexual y la falta de moral; una imagen forjada con fantasías extraídas de las películas americanas o de las revistas pornográficas que unos pocos aseguraban haber visto. Pero aquellos reproches a las sociedades occidentales, que al mismo tiempo encendían miradas libidinosas, quedaban compensados por la atracción por los bienes materiales y los grandes adelantos que traía consigo la civilización moderna. En pocos lugares he visto tanta avidez por los últimos gadgets. Parecía como si tras años, siglos incluso, de penuria de inventos y novedades, se hubieran puesto a la última saltándose los pasos intermedios. Allí, en aquellos *mafraj*, vi los primeros reproductores domésticos de vídeo, mucho antes de que se hicieran populares en Europa. Aquellos hombres, que querían ser fotografiados, quedaban contrariados cuando mi Nikon no escupía, como en las Polaroid, retratos de sus caras. También me llamaron la atención los termos, que funcionaban con pilas, y de los que manaban té o café, como si de un grifo se tratara. Había pipas de agua eléctricas y alfombras de oración, *made in Taiwan*, que llevaban una brújula incorporada para conocer en cada situación la dirección de La Meca. Y así un sinfín de extravagantes cachivaches electrónicos.

Otro aspecto que me sorprendía, y que ya había constatado viajando por el Sudán, sobre todo por los medios rurales, era que los árabes hablaban de sucesos acaecidos hacía siglos como si hubieran ocurrido ayer mismo, como si pasado y presente se confundieran incluso con el futuro. Me chocó también que los yemeníes de a pie atribuyeran la decadencia de la civilización islámica a la falta de un seguimiento estricto de las normas. Según ellos, los males provenían de que se habían apartado del camino recto, pero si se enmendaban y se mostraban tenaces para cumplir con la *sharia,* volverían a ser lo que fueron durante siglos: la avanzadilla de la ciencia y del progreso. Pero mientras, arrancaban los mejores cafetales para plantar *qat*, y se perdían en eternas discusiones sobre lo que era *haram* o *halal* (‘prohibido o tolerado por la religión’). Ésa era la visión del mundo que tenían aquellos amigos del *mafraj*: simplista pero al día de los últimos gadgets.

El segundo día de mi estancia, llegó el dueño de la casa, el esperado Cheij Abas, del clan al que pertenecía Abdelaziz. Tendría

unos setenta años, poblada barba blanca y facciones angulosas muy árabes, con una nariz aguileña y ojos verde oscuro. Era un personaje que desprendía un fuerte magnetismo. Su irrupción en el *mafraj* supuso una pequeña conmoción; todos los hombres se turnaban, por orden de importancia, para besarle la mano e intercambiar inacabables saludos en los que se preguntaba por la salud, por la familia, por las noticias, se deseaba lo mejor con la ayuda de Dios y, tras la retahíla, vuelta a comenzar. Como amigo e invitado de Abdelaziz, se me concedió el privilegio de saludarle en primer lugar, pero habría de pasar una larga hora antes de que pudiéramos charlar, pues todos tenían cosas que consultarle y Cheij Abas, a la manera oriental, iba recibiendo a los hombres que, en solitario o por parejas, le exponían sus problemas y recababan su consejo.

Unos jóvenes, seguramente sobrinos o nietos, por supuesto con sus yambías o puñales curvos anudados al cinto, repartían dátiles y dulces árabes entre la concurrencia, otros llenaban tazas con *quirsch*, una suave infusión de café. Cuando todo el mundo estuvo servido, un chico entró con un gran incensario de plata que hacía bailar en el aire; a su paso los asistentes se iban levantando y con las manos atrapaban el humo purificador para llevárselo al rostro y al pecho como si fuera agua. Cheij Abas me indicó que me acercara.

–*Ahlan, ahlan, ahlan u sahlan* –repitió varias veces la bienvenida–. Espero que estos hombres no te hayan cansado con sus prejuicios –prosiguió en un inglés muy bueno–. Abdelaziz me ha contado que están encantados de tenerte aquí pero que no han cesado de hacerte preguntas indiscretas y de exponerte las ideas más absurdas sobre Europa. Te pido disculpas en su nombre. Ellos creen que Occidente es únicamente lo que ven en esas dichosas películas de la televisión: persecuciones de policías por las calles, sexo y drogas. No sé qué idea te vas a llevar de nosotros.

–*Ya Cheij* –contesté–. Esos tópicos son casi inocentes, comparados con los que Occidente tiene sobre los árabes en general. ¡Es tan grande la falta de mutuo conocimiento! En Europa se ha vendido siempre la imagen del árabe como beduino, como una cultura del desierto que en contacto con los pueblos invadidos llegó a alcanzar cierta sofisticación para quedar anquilosada después. Se ignora, por ejemplo, la cultura árabe anterior al islam. No se habla del reino de Saba ni de Petra. Uno se da cuenta aquí en el Yemen, heredero de una fabulosa civilización, de hasta qué punto la historia ha sido manipulada.

–¡Ah, amigo! Llevas razón en lo que dices. ¡Los árabes no somos un pueblo homogéneo!

–No, desde luego –añadí, creyendo que se refería a los árabes en general, es decir a los pueblos de los países comprendidos entre Marruecos e Iraq, cuyo idioma es el árabe y su religión,

mayoritariamente musulmana. Pronto me di cuenta de que Cheij Abas se estaba refiriendo a los árabes en sentido estricto; es decir, a los habitantes de *Jeziraat al Arab,* o la isla de los árabes, tal como ellos denominan a la península de Arabia.

–Los tópicos muchas veces esconden algo de verdad, pero son siempre verdades a medias, con silencios interesados –continuó–. La imagen del nómada es la de los árabes del norte, la de los hijos de Adnan, pero ellos no son los auténticos árabes.

Quedé perplejo; nunca había oído hablar de Adnan ni de sus hijos.

–Los árabes pertenecemos a dos grandes familias. Una, la más antigua, está formada por los veinticuatro hijos de Qohtan,[9] descendiente de Sem, el primogénito de Noé. Sus herederos somos nosotros, los yemeníes, y también los omaníes. Somos los árabes del sur, los *arab al ariba* ('los auténticos árabes'). Un pueblo sedentario de agricultores y comerciantes; también de marinos y navegantes. La segunda gran familia es la constituida por los hijos de Adnan, el hijo de Ismael, hermano de Isaac, ambos hijos de Ibrahim ('Abraham'). Se trata de un linaje posterior y por tanto no tan prestigioso; ellos son los *arab al mutaariba* ('árabes arabizados'). Son nómadas, pastores o pequeños agricultores de los oasis. Sin embargo –añadió–, el Profeta Mahoma, ¡Dios le bendiga y le salve!, era uno de ellos.

Yo seguía sus palabras con gran atención. Cheij Abas prosiguió:

–Los árabes del sur somos muy distintos a los del norte. Mientras ellos luchaban contra el desierto, nosotros, aquí en el Yemen, por lo menos diez siglos antes de Cristo, creamos la gran civilización de Saba, basada en una rica agricultura y sobre todo en el comercio del incienso y las especias. Nuestros antepasados los sabeos aprendieron a almacenar la lluvia de los monzones y tejieron una sofisticada red hidráulica con acequias y presas. La más famosa era la de Marib, la capital, de más de setecientos metros de largo. Recogía tanta agua de las montañas que gracias a ella se pudieron regar grandes extensiones desérticas.

Hizo una pausa para apurar su café de un largo sorbo. Luego, por señas, ordenó al chico del incensario que me mostrara la resina aromática.

El joven fue en busca de una vieja y abollada caja de plata, en cuyo interior se guardaban cristales del color de la miel.

–Es *luban* ('incienso'). ¿Lo habías visto antes?

Asentí con un gesto. Siempre me resultó imposible desligar los olores de los recuerdos, y aunque con el tiempo el olor del incienso iría también unido a asociaciones mucho más agradables, como las calles y los cafés de El Cairo fatimí, cuando algún viejo perfumaba el ambiente con un incensario purificador a cambio de unas monedas, en

la vieja ciudad de Sanaa, aquel olor profundo y dulzón me hizo viajar al pasado, al tiempo de los curas amenazadores desde el púlpito, de los confesionarios y de los bisbiseos de las beatas.

–Estos cristales –señaló Cheij Abas, mientras tomaba con unas pinzas de plata un puñado de aquella resina preciosa y lo colocaba sobre las brasas del incensario– son la resina de un extraño árbol que sólo crece en el Cuerno de África y en las regiones de Hadramaut y Zufar (pertenecientes al Yemen y a Omán).

En pocos instantes una aromática humareda llenó de nuevo la habitación.

–El incienso –prosiguió el Cheij– proporcionó a los sabeos enormes beneficios, porque era un bien indispensable en la Antigüedad, y el de mejor calidad procedía de la región de Zufar, en los confines de su reino. Las grandes civilizaciones, Egipto, Babilonia, Fenicia, Grecia o Roma, lo utilizaban con profusión en las ofrendas a sus ídolos y en las piras funerarias. Llegaban a pagar por aquella resina aromática tanto o más que por el oro.[10] También lo empleaban como medicina: para cicatrizar heridas, aliviar úlceras malignas y como antídoto contra el envenenamiento por cicuta. Pero sobre todo, tanto el incienso como la mirra resultaban imprescindibles para el proceso de embalsamamiento y momificación.

–¿Cómo eran los sabeos? –pregunté.

–Muy astutos –sonrió–. Supieron sacar provecho, además, de su posición estratégica en la encrucijada de las grandes civilizaciones antiguas. El mar Rojo les comunicaba con Egipto y el Mediterráneo; el Índico, con África y la India. Eran grandes marinos y mercaderes que surcaban el Índico en busca de especias y otros bienes preciados. Y desde los puertos del sur de Arabia transportaban todas aquellas riquezas a lomos de camellos hacia Egipto, el Mediterráneo y Mesopotamia, siguiendo las rutas de caravanas que atravesaban los desiertos de Arabia.

Cheij Abas interrumpió su discurso para despedirse de unos invitados, y tras los interminables saludos de rigor regresó junto a mí para dejar caer, sibilino:

–Si los árabes del sur se hicieron con el monopolio de las especias y el comercio del Índico es porque habían descubierto el secreto de los monzones.

La tarde caía y la luz rasante del sol se filtraba por los vitrales en el interior encalado del *mafraj* derramando haces de colores sobre aquellos personajes con sus turbantes, puñales, barbas y ojos de mirada profunda realzada por el *kohol*,[11] acomodados *à la turque* sobre vistosos cojines, como si de una acuarela orientalista de David Roberts se tratara.

–¿Cuál era el secreto de los monzones? –pregunté intrigado.

Al estilo de los narradores de los cafés de Damasco, que interrumpen su relato en los momentos precisos para mantener el interés, Cheij Abas hizo entonces el gesto de apiñar hacia arriba los dedos de la mano derecha, lo que en Oriente significa «espera un momento» o «paciencia». Ordenó que nos trajeran otra ronda de *quirsch*.

–La leyenda afirma que quien lo desvelara lo pagaría con la muerte –continuó Cheij Abas–. Aquel secreto era lo que permitía a los árabes del sur navegar sin problemas por aquellos mares con los frágiles navíos de la época. Verás, el Índico es un océano distinto a los demás porque no está abierto a los dos polos. Es básicamente tropical: está cerrado al norte por el continente asiático y abierto únicamente por el sur hacia la desolación de la Antártida. Por eso tiene un régimen de vientos propio y extrañamente regular. Cada año en invierno soplan los monzones desde el Extremo Oriente y la India hacia el suroeste, bordeando la Península Arábiga y las costas del África oriental hasta la isla de Madagascar. En verano se invierte la tendencia y los vientos soplan del suroeste al nordeste. Si se conoce el fenómeno, resulta bastante fácil desplazarse a voluntad por ese océano aprovechando el impulso del monzón. Los árabes del sur estudiaron esos vientos y se hicieron maestros en el arte de la navegación. No tenían rival; los pueblos de la India no mostraban excesivo interés en aventurarse en aquel océano, pues el país era tan rico que los mercaderes sólo tenían que esperar a que llegaran los árabes a sus puertos. En cuanto a los chinos, muy pronto dejaron de navegar por el Índico, incluso uno de sus emperadores lo prohibió por decreto.

Entraron varios jóvenes portando pipas de agua. Yo escogí la eléctrica, aunque sólo fuera por probarla y, tal como me indicaron, esperé a que se encendiera el piloto rojo antes de aspirar. Cheij Abas prosiguió:

–Aquellos árabes del sur, tan astutos, no querían que ningún reino más poderoso que ellos les hiciera la competencia. Se dice que inventaron todo tipo de leyendas para proteger el secreto de los monzones y disuadir a otros pueblos, en aquellos tiempos de superstición, de aventurarse en el océano. Así, hicieron correr la creencia de que en las profundidades del Índico yacía una montaña magnética que atraía a las naves, les arrancaba los clavos y las hundía para siempre, y que por eso los cascos de los veleros árabes no estaban claveteados sino cosidos con cuerdas de palmera o cocotero, lo cual obedecía a otras razones. Si los árabes no claveteaban sus naves era porque, en un océano plagado de arrecifes de coral, las naves cosidas resultaban más flexibles y menos expuestas a las vías de agua y en caso de naufragio siempre se podían trenzar cuerdas con la fibra de los cocoteros, que tanto abundan en el Índico.

Un primer almuédano hizo la llamada a la oración desde un minarete cercano y tras él, otro y otro. Sanaa entera se vio envuelta en un inmenso y repetido eco y se produjo un pequeño revuelo en la habitación. Todos se levantaron, buscaron sus zapatos amontonados en la entrada y se precipitaron escaleras abajo para dirigirse a la mezquita del barrio, una de las más antiguas de la medina, donde estaba enterrado un hombre santo que, al parecer, había obrado sorprendentes curaciones. Sólo Cheij Abas quedó rezagado y, ya en el umbral, añadió:

–Los griegos decían que Arabia del sur estaba perfumada con el olor de las especias y que el país exhalaba una fragancia maravillosa.

El anciano se calzó los zapatos y se dispuso a descender por la escalera pero, como si acabara de acordarse de algo importante, se giró hacia mí y dijo:

–Era tal su riqueza y prosperidad que los griegos la bautizaron como Eudemon Arabia. ¡La Arabia Feliz!

Los jóvenes acudieron para limpiar el suelo del *mafraj,* que había quedado forrado de hojas y ramas de *qat*. Al poco rato me quedé solo en aquella gran habitación y me recosté en los almohadones, al pie de una gran ventana. El sol se ocultaba y el clamor de los almuédanos, ahora estremecedor, envolvía aquella ciudad de cuento. Uno a uno comenzaron a iluminarse los vitrales de colores de las casas y pronto los edificios de piedra y los altos minaretes se recortaron sobre un cielo muy estrellado en el que brillaba un creciente lunar perfecto.

No tardaron en regresar Cheij Abas y Abdelaziz. Me invitaron a sentarme sobre una estera alrededor de una tablilla. El sobrino más joven, armado de una vasija y una jofaina, iba escanciando agua en nuestras manos mientras otro nos alcanzaba una toalla para que nos secáramos.

–*Yala, yala!* (‘¡Venga, venga!’) –apremió Cheij Abas.

Y comenzaron a llegar ollas y bandejas: ensalada de pepinos, tomates con cilantro, arroces de distintos colores muy especiados y una gran fuente con un estofado de cordero tan meloso que se deshacía en la boca. Y cómo no, *rashush*, un inmenso y apetitoso pan en forma de torta capaz de satisfacer a la numerosa concurrencia. Cheij Abas tomó un pedazo y, antes de mojarlo en una salsa de pimienta roja, exclamó:

–*Bismilá!* (‘En nombre de Dios’).

Tras la comida los sobrinos vertieron sobre nuestras manos agua de rosas y sirvieron de nuevo *quirsch*. Me dirigí a Cheij Abas:

–¿Por qué entró en decadencia Saba? –pregunté.

–¡Nada es eterno, joven amigo! Los tiempos cambiaron, los árabes

del sur eran mercaderes, poco sabían de armas y ejércitos, y la conquista de Egipto por Roma supuso el acceso al Índico, a través del mar Rojo, de un imperio agresivo. Querían hacerse con el monopolio del comercio que teníamos los árabes. Intentaron incluso invadirnos.

Cheij Abas apuró su infusión y continuó:

–Los romanos pretendían navegar directamente a la India, pero todos sus intentos fracasaban. Estaban acostumbrados a un Mediterráneo de vientos pasajeros en distintas direcciones, y con muchos refugios naturales: una gran ventaja para la navegación, pues en caso de tempestad no resultaba difícil guarecerse a esperar que la galerna amainara y los aires cambiaran de signo. En cambio, al llegar al Índico se enfrentaron a un océano furioso y a unos vientos que soplaban sin descanso en la misma dirección durante meses y meses. Pero su constancia acabaría siendo recompensada y dicen que fue Hípalo, un griego al servicio de Roma, quien descubrió el secreto de los monzones, tan celosamente guardado por los árabes, y consiguió viajar a la India, sin recalar en Arabia, en una nave romana. A partir de entonces los romanos comerciaron directamente con los puertos de aquel inmenso subcontinente donde obtenían sin intermediarios las especias. Perdido el monopolio, Arabia del sur iniciaría una lenta pero imparable decadencia.

–He leído –dije– que el colapso de la presa de Marib provocó una hambruna terrible y la emigración de muchas tribus yemeníes hacia Omán.

–Sí, así fue, pero el desplome de la presa no fue el inicio del declive sino su consecuencia. El tiro de gracia. Con la falta de ingresos se fueron descuidando las obras hidráulicas. La emigración había comenzado incluso algún siglo antes. Se trató de la célebre tribu de los azd.

–¿Qué pasó cuando cayó el Imperio Romano?

–La Península Arábiga –continuó Cheij Abas– quedó a merced de Bizancio y Persia, los dos grandes imperios de la época. Bizancio rodeaba Arabia por el norte con Siria, y por el este, ya que en la otra orilla del Mar Rojo, se extendía por Egipto y Sudán. Hacia el sur, Bizancio contaba además con un aliado: el reino cristiano de Aksum, la Etiopía actual, cuyos habitantes eran descendientes de los sabeos, que en tiempos remotos habían cruzado el Mar Rojo. Los etíopes seguían hablando un idioma del tronco sudarábigo y sus reyes o negus eran, según la tradición, descendientes de Menelik, fruto, nada menos, de los amores de Salomón y Belquis, la reina de Saba. Eran buenos navegantes; desde el siglo III reemplazaron a los romanos que, más ocupados en contener a los bárbaros que en el comercio, perdieron interés por el Índico. Los mercaderes y marineros de Aksum se aliaron con Bizancio y controlaron la ruta del mar Rojo hasta finales del siglo IX. El otro gran imperio, la Persia sasánida, ocupaba el Irán actual, Mesopotamia y ambas costas del Golfo Pérsico, incluyendo una franja importante de Omán.

Quedé sorprendido. Nunca imaginé que los etíopes, que tenía por gente de altiplano, hubieran sido buenos navegantes.

–Más que las riquezas de Arabia –prosiguió Cheij Abas–, lo que

buscaban los dos imperios rivales era el control de las rutas del comercio del Índico, tanto las marítimas, mar Rojo y Golfo Pérsico, como las caravaneras que cruzaban la península hacia los ricos mercados del norte. De modo que los etíopes, que eran cristianos y aliados de los bizantinos, esperaron una excusa para invadirnos. No tardaron en encontrarla; por aquel entonces en la Arabia del sur abundaban los cristianos, sin embargo su rey era judío y los perseguía. Acabaron por pedir ayuda al rey *nasrani* de Aksum, en la otra orilla del Mar Rojo.

Uno de los jóvenes irrumpió de nuevo en el *mafraj* portando la pipa eléctrica de agua recargada. La enchufó y esperó a que el piloto rojo se encendiera. Entonces dio largas bocanadas y, cuando prendió el narguile, me pasó la boquilla y se quedó de pie esperando órdenes.

–Trae unos pasteles de miel y siéntate con nosotros –pidió Abdelaziz, que por algún motivo parecía al margen de la conversación.

–En aquellos tiempos anteriores a nuestro Profeta Mahoma, *Salalá aleh u salem!* ('¡Dios le bendiga y salve!'), que nosotros denominamos la era de la *Jahiliyya* o ignorancia –prosiguió Cheij Abas–, los árabes adoraban a distintos dioses. Las tribus del norte peleaban entre sí y sólo deponían las armas en tiempos de peregrinación o en las cercanías de grandes santuarios, donde idolatraban piedras y estatuillas. El más importante era el de la Kaaba, en La Meca, ciudad donde se había establecido la tribu de los quraichíes, que eran mercaderes y que, en aquel lugar sagrado donde no se podía guerrear, hallaron el clima propicio para sus negocios. La ciudad santa se convirtió en la encrucijada de dos importantes rutas de caravanas: una partía del puerto de Yeda, en el mar Rojo y acababa en el Golfo Pérsico; la otra, aún más importante, unía la Arabia del sur con los mercados del Sham (Próximo Oriente).

Cheij Abas sorbió el *quirsch*, tomó uno de los pastelitos de miel y exclamó: «*Al hamdulilá*». Se giró y vio cómo en el umbral dos jóvenes seguían sus explicaciones sin atreverse a entrar.

–Vamos, vamos, no os quedéis ahí. Entrad, acabaos estos pasteles y servíos unos vasos de *quirsch*. O mejor aún: traed una infusión de *helba*. ¡Hemos comido demasiado!

–Los quraichíes revitalizaron el comercio que, apenas unos pocos siglos antes, tantos beneficios había proporcionado a los árabes del sur. Crearon una aristocracia mercantil y realizaron tratos con las tribus vecinas, sobre las que tenían un ascendente moral por su condición de guardianes del santuario más importante de toda Arabia. Pero aquella prosperidad de los quraichíes acrecentó la codicia de los cristianos etíopes, que estaban decididos a marchar sobre La Meca y destruir la Kaaba.

Los jóvenes entraron y nos sirvieron la *helba*. Quedé sorprendido por su gusto dulzón y un tanto anisado.

–¿No te gusta? –preguntó Abdelaziz–. Es muy bueno para la digestión.

–Sí, tiene un gusto curioso, pero aún quema –contesté.

Todos bebían con sorbos ruidosos. ¿Cómo conseguían los árabes beber tan caliente?

–Y bien –dijo Cheij Abas mirando fijamente a uno de los jóvenes–. Tú, Farid, que estás estudiando en la escuela coránica, ¿por qué no le cuentas a nuestro amigo *nasrani* lo que sucedió cuando los etíopes pretendieron invadir La Meca?

–Sí –dijo Abdelaziz–. Cuéntale lo que ocurrió en el Año del Elefante.

Farid se puso en pie. Vestía como un hombre mayor, yelabía inmaculada ceñida por una yambía de plata y bonete bordado. Sus ojos, grandes y expresivos se habían iluminado, y me recordaron a los de Abdelaziz. Farid enrojeció:

–Pero mi inglés es muy malo –se lamentó.

–Tú habla en árabe, despacio –sugirió Abdelaziz–. Busca palabras que no sean complicadas, y cada vez que veamos que nuestro amigo se pierde ya se las traduciremos.

El joven bebió un sorbo de *helba*, carraspeó e inició el relato:

–La Arabia del sur, que había sido invadida por los cristianos etíopes, estaba gobernada por Abraha, un virrey *nasrani* que no soportaba el fervor con que los árabes del norte reverenciaban la Kaaba. El virrey mandó construir en Sanaa una catedral magnífica con mármoles procedentes de uno de los palacios en ruinas de la reina de Saba. Dicen que había crucifijos de oro puro y que el púlpito era de marfil y ébano. Una vez terminada la catedral, escribió a su rey, el negus de Etiopía:

»–Construí para vos un templo como hasta hoy nadie levantó y no cejaré en mi empeño hasta que consiga que todos los árabes abandonen la peregrinación a La Meca y acudan en masa a la catedral de Sanaa.

»Pero entonces –prosiguió Farid–, enterados los quraichíes de los planes del virrey, enviaron a uno de su tribu para que profanara aquella iglesia. Enfurecido, Abraha juró y perjuró que arrasaría la Kaaba para vengar la afrenta y para ello reunió un gran ejército en cuya vanguardia colocó un elefante bellamente enjaezado. Cuando la gente veía a las imponentes tropas etíopes precedidas por un animal desconocido que les parecía un monstruo del infierno, huía despavorida. La tribu de los jatham, al norte de Sanaa, intentó detenerles y, aunque su líder Nufay opuso valiente resistencia, acabó por ser capturado y obligado a guiarles hasta La Meca.

Cheij Abas y Abdelaziz escuchaban con cariño las palabras de Farid.

–Cuando, en su camino hacia el norte, los etíopes alcanzaron Taif –continuó el chico–, la ciudad entera salió a recibirlos en son de paz, pues temían que confundieran el templo de la deidad Lat con el de la Kaaba y lo destruyeran. Les ofrecieron un guía en prueba de buena voluntad y, aunque ya contaban con Nufayl, el virrey Abraha acabó por aceptarlo. Sin embargo, el corazón de aquel hombre se sentía tan culpable por colaborar con el ejército invasor que no lo resistió y cayó fulminado en las cercanías de La Meca, en un lugar llamado Mugamis. Allí lo enterraron y desde entonces es costumbre que todo caminante que pase por esos lares lapide su tumba.

Los otros jóvenes seguían el relato con vivo interés. Uno tenía la boca abierta y el otro, los ojos grandes como platos.

–Los etíopes enviaron una avanzadilla a La Meca para estudiar el terreno –prosiguió Farid– y se apoderaron de cuanto encontraban de valor, incluyendo los doscientos camellos propiedad de Abd al Muttalib, un importante líder de los quraichíes. Alarmados, los notables de La Meca se reunieron para estudiar la situación y consideraron que era tan grande la desproporción entre las fuerzas que resultaría inútil oponer resistencia. Al día siguiente recibieron a un emisario de Abraha, que les transmitió las siguientes palabras:

»–No hemos venido a combatiros sino a destruir el templo de la Kaaba. Vuestro líder, Abd al Muttalib, deberá acudir a nuestro campamento a parlamentar con Abraha.

–Y así se hizo. Abd al Muttalib se presentó frente al virrey etíope con uno de sus hijos. Abraha quedó tan impresionado por su porte que se levantó para recibirle y le hizo sentar a su lado en la alfombra.

»–¿Y bien? –preguntó Abraha, esperando que Abd al Muttalib le suplicara que desistiera en su empeño de arrasar los Santos Lugares. Pero lo que le contestó el líder de los quraichíes le dejó atónito:

»–Vuestros hombres se han apoderado de doscientos de mis mejores camellos. Exijo que me sean devueltos.

»Abraha quedó perplejo, pues ante la gravedad de la situación, en vez de calibrar la destrucción que se abatía sobre La Meca, aquel hombre sólo pensaba en sus posesiones materiales. ¿Tan ligados a los negocios estaban aquellos quraichíes que anteponían el lucro a su religión? Pero no tuvo tiempo de expresar su desconcierto porque Abd al Muttalib le dijo:

»–Yo soy el dueño de los camellos. Yo no poseo la Kaaba; el santuario no me pertenece. Tiene su propio dueño.

»El virrey Abraha quedó tan desconcertado que decidió devolverle los animales. De regreso a La Meca, Abd al Muttalib acudió al santuario con su familia y, tirando de la argolla de la puerta de la

Kaaba, imploró:

»–Dios todopoderoso: vuestro esclavo protegió su casa. ¡Proteged Vos la vuestra!

»Tras la súplica, los quraichíes se dispersaron por las cimas de las colinas para contemplar el avance de Abraha y su ejército. Al amanecer –Farid agachó la cabeza y susurró como si el ejército etíope estuviera acechando al otro lado del muro y algún soldado pudiera oírnos–, Abraha mandó avanzar, con el elefante abriendo la comitiva. Pero cuando dio la orden de ataque, Nufayl, el cautivo líder de la tribu de los jatham, que durante la expedición a La Meca se había encariñado con el paquidermo, se acercó a su oreja y le mandó arrodillarse. El elefante obedeció y resultaron inútiles las órdenes para que se incorporara, pues es sabido que los elefantes tienen una memoria prodigiosa y aquél no olvidaba los mimos y el afecto de Nufayl, de modo que permaneció inerte en el suelo como una roca, por más que le golpearan con una barra de hierro y le pincharan el vientre. Abraha ideó entonces una treta para engañar al paquidermo: dio una falsa orden de retirada, con lo que el animal se levantó de inmediato. No hubieron andado unos doscientos metros cuando el virrey ordenó media vuelta pero el elefante, cada vez que le obligaban a encararse a La Meca, se postraba.

Farid se arrodilló, imitando con un sinuoso movimiento del brazo la caída de la trompa.

–El virrey Abraha –prosiguió– trató por todos los medios que el elefante se levantara. Pero la suerte estaba echada y caía la tarde cuando se escuchó un inquietante sonido que fue aumentando en intensidad hasta hacerse insoportable. Millones y millones de pajarillos, parecidos a los vencejos, cubrieron el cielo y el día se transformó en noche. Cada ave portaba tres piedrecitas, no mayores que un guisante; una en cada garra y la tercera en el pico, y de repente, las lanzaron todas a la vez sobre el ejército cristiano. Era tan grande el número de guijarros y tanta su velocidad que llegaron a perforar las cotas de malla de los soldados, y en cuanto el cuerpo recibía un impacto comenzaba a pudrirse inmediatamente. De los pocos supervivientes, los arrepentidos se quedaron en La Meca y el resto murieron de regreso a Sanaa. En cuanto a Nufayl, decidió establecerse en la ciudad santa.

Los otros jóvenes estaban embelesados. Cheij Abas y Abdelaziz sonreían satisfechos.

–Veo que no has perdido el tiempo todos esos meses que he estado fuera, joven Farid –exclamó Cheij Abas, quitándole el bonete y alborotándole cariñosamente el cabello–. ¡Vamos a hacer de ti un gran cheij!

Y entonces me miró con firmeza.

–No, no ponga esa cara de incredulidad, joven amigo. Algunos historiadores que tratan de minimizar la intervención divina sostienen que, en realidad, los etíopes sucumbieron a una fulminante plaga de viruela, pero esa explicación plantea aún mayores problemas. Si así fue, ¿por qué todo el ejército de Aksum enfermó de golpe cuando se disponía a demoler la Kaaba?, ¿cómo es que ningún habitante de La Meca se contagió si tantos cadáveres putrefactos quedaron en la explanada? Es más: ya que en toda la región no se había producido en los últimos años ni un solo caso de esa enfermedad, ¿de dónde había surgido la epidemia? –me interrogó como si yo tuviera la respuesta.

Cheij Abas se volvió hacia el chico:

–El prestigio de los quraichíes aumentó después de aquel día. Pero aún crecería más tras algo que estaba a punto de suceder. Farid, ¿sabrías explicarlo?

–*Taht amrak!* ('¡Bajo tus órdenes!') –contestó–. Poco después, dicen que en el mismo Año del Elefante, la presa de Marib acabó por derrumbarse, el virrey Abraha murió y la Arabia del sur fue invadida por los persas sasánidas. Se dice también, que durante el Año del Elefante nació el Profeta Mahoma, *Salalá aleh u salem!* ('¡Dios le bendiga y salve!'), en el seno de una familia de los hachemíes: un clan perteneciente a una rama modesta de los quraichíes. El Profeta viajó ya a edad temprana en las caravanas que se dirigían a Siria y que pertenecían a Hadija, una rica mercader que se convertiría en su primera esposa. Mahoma fue elegido por Dios, que a través del arcángel Gabriel le dictó los cinco pilares del islam y le reveló el Corán.

Al día siguiente Cheij Abas fue a la ciudad de Ibb, a resolver unos asuntos y Abdelaziz me propuso pasar el día en los vergeles de los alrededores de Sanaa. Tuve la sensación de que algo no funcionaba bien entre él y Cheij Abas. Me había hablado mucho de su familiar yemení, y sin embargo la noche anterior apenas le dirigió la palabra. No me atrevía a preguntar, pero advertí claramente que se alegraba de volver a estar a solas conmigo.

En la puerta de Bab el Yemen nos esperaba Alí, un campesino que se ocupaba de algunas tierras de la familia. Tomamos un taxi colectivo y a la media hora nos encontrábamos en el campo. Paramos junto a un mercado donde los campesinos vendían frutas, hortalizas y ganado. Guiados por Alí, subimos los bancales protegidos por árboles frondosos hasta llegar a una última terraza donde había un emparrado del que colgaban grandes racimos de uva blanca que dominaba el frondoso valle. Resultaba extraño en aquella latitud encontrar un fruto tan mediterráneo. Nos sentamos junto a una acequia de aguas frescas

y claras. Alí nos invitó a uvas y preparó un té sobre unas ramas.

Abdelaziz, que casi no había abierto la boca el día anterior, me confesó con displicencia:

–Todo lo que te contó ayer Cheij Abas ¡está escrito en el Corán!

Ahora comprendía la actitud huidiza, incluso malhumorada, de mi amigo el día anterior, cuando contestaba con monosílabos y parecía distante. ¡Estaba celoso!

–¡Todo viene en el Corán! –dejó caer de nuevo.

–Me encantaría que me hablara de ello –dije, procurando que quedara bien claro mi interés.

–El Corán habla de Saba –comenzó Abdelaziz–. De cómo la gran reina Belquis conoció a Nabi Suleimán ('el profeta Salomón'), con quien se esposó adoptando su religión y también habla de la decadencia del reino. Nuestro libro sagrado, revelado por Dios al Profeta Mahoma, ¡Dios le bendiga y salve!, cuenta además cómo quince siglos después, cuando los sabeos se apartaron del camino, vieron el desierto avanzar sobre los vergeles y cubrirlos de arena. Pero ¿de verdad le interesa oír esas historias?

–Nada me gustaría más, Abdelaziz –contesté, consciente de que el día anterior apenas le había prestado atención–. Háblame de los amores de la reina de Saba.

Alí agarró el asa de la tetera con la punta de su *futa* y sirvió el líquido espeso y azucarado. Abdelaziz sonrió e inició el relato:

–Dios concedió a Nabi Suleimán grandes poderes, entre ellos el del habla de los animales, ya fueran pájaros, insectos, leones o peces. También le concedió el don de comandar a los *yenún* ('los genios'). Al profeta le gustaba viajar sobre su alfombra voladora. En una ocasión, poco antes del atardecer, llegó con su séquito de genios a un paraje llamado el valle de las hormigas, donde Nabi Suleimán decidió descansar. Envió a Hudhud, la abubilla, la más lista de las aves, a inspeccionar la región y a buscar un manantial para que los *yenún* llenaran las vasijas y las trajeran al campamento. Hudhud emprendió el vuelo y subió a lo más alto. Quedó sorprendida al divisar a lo lejos la silueta de un palacio tan grande y magnífico que la curiosidad pudo más que la misión encomendada. El palacio estaba coronado por una enorme cúpula, con una abertura que permitía la entrada de los rayos de sol. Hudhud sobrevoló el palacio y tanto se acercó al orificio que sus alas taparon los rayos. Lo que vio la dejó admirada: Belquis, la reina de Saba, la más bella de las mujeres, adoraba al sol rodeada de sus sacerdotes. Así permaneció hechizada Hudhud, sin poder apartar sus ojos de la esplendorosa reina.

Alí me ofreció un racimo de uvas.

–Pasaron las horas –prosiguió Abdelaziz– e inquieto, el profeta Suleimán ordenó al águila, el ave que vuela más alto, que se elevara

por encima de las nubes y buscara a Hudhud para averiguar por qué no había regresado. Gracias a su vista proverbial, no tardó en encontrarla y la amonestó:

»–¿Por qué has demorado tanto desde que las órdenes te fueran dadas? Deberás encontrar una buena excusa que aplaque la ira de nuestro rey y señor.

»Así fue que Hudhud se presentó cabizbaja ante el profeta conocido por su sabiduría y justicia.

»–¿Te has perdido? –preguntó Nabi Suleimán.

»–No, mi señor, he estado en un lugar maravilloso –respondió Hudhud.

»–Debes decirme la verdad, de lo contrario te castigaré y como no quede satisfecho te arrancaré las plumas de las alas y no podrás volver a volar.

»–¡Oh, mi profeta y señor! He visto una reina maravillosa que adora al sol.

»Y acto seguido narró todo lo que había contemplado, sin olvidar la enorme riqueza, los sacerdotes y los numerosos soldados. Nabi Suleimán ordenó a los genios que le trajeran un pergamino y escribió una carta en la que se presentaba como el profeta que era y conminaba a la reina de Saba a ir a verle y a aceptar la existencia de un único Dios. Se la entregó a Hudhud, que la tomó en el pico y voló presta a palacio. Una vez sobre la cúpula, la dejó caer por la abertura. La carta captó de inmediato la atención de la reina Belquis, que ordenó que le leyeran la misiva. Sus sacerdotes le advirtieron:

»–¡Oh, no se os ocurra ir! Es una treta de vuestros enemigos. Lucharemos hasta la última gota de sangre si es preciso.

»Pero ella, que era muy inteligente, se dio cuenta en seguida de la verdadera naturaleza de Nabi Suleimán. "¿Y si fuera realmente un profeta?", suspiró, y se acercó la carta al pecho: "De todas maneras, pronto lo sabremos y si es un impostor actuaremos en consecuencia".

»De vuelta, Hudhud contó que la reina Belquis tenía un fabuloso trono, por lo que Nabi Suleimán preguntó:

»–¿Quién de vosotros puede traerme ese trono?

»Y uno de los genios respondió:

»–Eso es fácil, mi señor. Antes de que os sentéis lo tendréis ante vos.

»–Eso es demasiado tiempo –replicó el Profeta.

»Entonces se dirigió a un ser humano que conocía el atributo número cien de Dios, pues nosotros los comunes *beni Adam* ('los hijos de Adán'), sólo conocemos sus noventa y nueve nombres, y quienes han sido designados con esa virtud están dotados de poderes que nosotros ni imaginamos. Nada más solicitarlo, el trono ya estaba ahí, frente a Nabi Suleimán. Algunos *yenún* envidiosos querían impedir el

encuentro entre Belquis y Salomón, pues recelaban de la legendaria belleza de la reina, hija, al parecer, de un príncipe genio y una mujer, por lo que difundieron el rumor de que Belquis era un ser diabólico que tenía las piernas de asno. Para salir de dudas, gracias al poder de Dios y a la ayuda de los genios, Suleimán hizo cubrir de cristal todo el suelo de su palacio. Al llegar la reina, se dirigió hacia el Profeta y, creyendo que el pavimento estaba inundado de agua, se arremangó y todos pudieron ver sus bellas y proporcionadas piernas. Cuando la reina Belquis contempló su propio trono quedó estupefacta, preguntándose cómo habría llegado hasta allí si había dejado a un poderoso ejército custodiando el palacio. «Quizá sea igual que el mío», pensó por unos instantes. Pero no, no podía ser: conocía cada diamante, cada joya, cada gema incrustada. ¡Era su trono! Así se dio cuenta de que Suleimán era realmente un profeta, abandonó sus cultos paganos, se convirtió a la religión verdadera y se casaron.

Un gran lagarto de cabeza anaranjada y barriga azul turquesa pasó justo a nuestro lado para encaramarse sobre el muro del bancal. Se distinguían claramente sus uñas negras y afiladas. Me quedé mirándolo fijamente y Alí, que había estado escuchando absorto las explicaciones en inglés de Abdelaziz, a pesar de no comprender una sola palabra, creyó que aquel reptil me intimidaba.

–No hace absolutamente nada –dijo.

Se oyó a lo lejos la llamada a la oración. Era evidente que no se utilizaba ni megáfono ni altavoces, como sí se hace hoy en día prácticamente en todo el mundo islámico. Abdelaziz y el campesino se apartaron para realizar las abluciones antes de cumplir con el precepto de la oración sobre unas esteras bajo aquellas parras de la abundancia.

Tendido en el suelo, reflexionaba sobre lo que me habían contado de Saba en las últimas veinticuatro horas, tratando de separar la leyenda de lo histórico, algo no siempre fácil, pues en aquella época, a finales de los setenta, Yemen acababa de salir de una larga noche y la arqueología aún no había corroborado la tradición, como sucedería en parte en los años venideros. Para nosotros los occidentales, Saba era entonces una leyenda perdida en el tiempo, aunque desde luego no para los musulmanes, y ni mucho menos para los yemeníes, que se reclamaban descendientes directos de los sabeos. Las niñas en los colegios cantaban:

–Yemen es nuestra patria y Belquis, la reina de Saba, nuestra madre.

Los yemeníes sentían un profundo respeto, rayano en la veneración, por aquella reina. Me sorprendía cómo una cultura tan

patriarcal apreciaba sin embargo a las grandes mujeres de su historia, en las que encontraba los valores tradicionalmente reservados entre nosotros a los grandes hombres. Un mismo personaje era visto de manera muy distinta según el cristianismo, el judaísmo o el islam. Así, para nosotros, la reina de Saba, por culpa de las leyendas románticas y de las películas de Hollywood, era un personaje voluble y excesivamente sensual, cuyo nombre propio ni siquiera se conocía. Mientras que para los árabes, aquella reina de la que se sentían orgullosos sí tenía un nombre: Belquis. Y era además un personaje clave de su historia, pues gracias a que adoptó la verdad de Salomón, se habían apartado del «tiempo de la oscuridad». Recordé que en alguna parte, quizá en la biblioteca de Dimitri, había leído un texto sobre Saba donde se aseguraba que la famosa reina, que según la Biblia había acudido al sabio Salomón para que descifrara tres enigmas, lo que pretendía en realidad era cerrar un acuerdo comercial con los israelitas. Quería abrir nuevos mercados y de paso asegurarse la protección de las rutas de caravanas frente a los ataques de los bandidos o de los ejércitos enemigos.

Cavilaba boca arriba mientras corrían las nubes que comenzaban a descargar las primeras gotas de una lluvia tímida que apenas empaparía el suelo. Me refugié bajo el emparrado, al que acudieron Abdelaziz y el campesino, una vez acabadas sus plegarias. Pronto, la tetera humeó de nuevo sobre las brasas y no hizo falta que le pidiera a Abdelaziz que prosiguiera con sus explicaciones sobre Saba, porque tras un largo y sonoro sorbo, dijo:

–El Corán narra en la sura de Saba cómo, más de mil años después, los sabeos se apartaron del verdadero camino, por lo que el desastre se cernió sobre ellos.

Cerró los ojos y recitó unos versículos:

> Realmente, en la belleza exuberante de su país, tenía el pueblo de Saba una prueba de la gracia de Dios:
>
> Dos grandes vergeles, uno a la derecha y otro a la izquierda, que estaban como invitándoles:
>
> «¡Comed de lo que vuestro Sustentador os ha provisto, y dadle gracias: Tenéis un buen país y un Señor indulgente.»
>
> Pero se apartaron de Nuestra guía y entonces desatamos sobre ellos una inundación que arrasó las presas y transformó aquellos dos frondosos vergeles en dos eriales que daban frutos amargos, tamariscos y unos pocos azufaifos silvestres: así les retribuimos por haber negado la verdad.
>
> Y, ¿acaso no retribuimos de este modo sino a los que son del todo ingratos?

¿Qué significado tendrían aquellos versículos? Tiempo después otro cheij me indicaría que ni el Corán ni la tradición islámica especificaban cuál fue exactamente esa «desviación» de los sabeos y que su mención en el libro sagrado servía como ejemplo moralizador sobre lo efímero de la existencia y la futilidad de la naturaleza

humana, ya que incluso un imperio tan rico y poderoso como Saba, con el paso de los años acabó reducido a la nada.

Aparecieron por el camino dos niños vestidos de hombres hechos y derechos, con sus turbantes de colores y las yelabías ceñidas por un cinturón. El mayor portaba una olla de barro cubierta con una caperuza de mimbre, y el más pequeño unos paños que debían de envolver pan y otros alimentos. Alí barrió la estera con una escoba de mano hecha de palma, nos llamó para que nos sentáramos a su alrededor y destapó la cazuela.

–*Saltah!* –exclamó.

–Es la comida típica de Sanaa –aclaró Abdelaziz.

El campesino descubrió los paños, que guardaban grandes tortas de pan cocidas en las paredes de un horno de barro, y con las manos las partió en pedazos, que repartió a continuación. Luego profirió un «*Bismilá*» que todos corearon pan en mano, a punto de mojar en la salsa.

–Mmmm –dejé escapar.

Tenía un gusto muy peculiar que no acababa de identificar. Me recordaba a la infusión de *helba* que había probado en el *mafraj* de Sanaa por primera vez.

–¿Cómo se prepara la *saltah*? –pregunté.

Contento por el interés que demostraba, Alí explicó:

–Se deja macerar la especia que lleva, que es el heno griego, en agua y mientras tanto, se prepara una sopa de pollo o carne. Luego, en esta olla de barro –señaló la cazuela que descansaba sobre la estera–, que llamamos *madr,* freímos cebolla y tomate; echamos patatas, huevos y mucha pimienta, luego añadimos la sopa y finalmente la carne, y lo dejamos a fuego lento hasta que acaba de cocinarse. Antes de servirlo, echamos el agua donde se había macerado el heno griego, que se coagula por el calor –concluyó con orgullo.

–¡Es la comida favorita de los mascadores de *qat*! –añadió Abdelaziz riendo, mientras hinchaba la mejilla como un hámster, imitando a los yemeníes y su curioso hábito–. Es porque el heno griego tiene muchas propiedades, entre otras, que es antiácido, lo que ayuda a evitar las llagas en el estómago que puede producir el *qat*.

Como siempre, comimos en silencio y muy rápido. Luego los niños sirvieron una ronda de *quirsch.* Alí se disculpó pues le tocaba «el agua» y debía abrir y cerrar canalillos para llenar balsas e inundar los campos. Nos indicó que descansáramos y extendió unas mantas sobre las esteras. Abdelaziz se acurrucó boca abajo y pronto oí sus ronquidos. Al poco rato yo también me dormí.

Cheij Abas regresó de Ibb aquella misma noche, y yo decidí realizar un corto recorrido por el país antes de viajar con Abdelaziz al mar en busca de su hermano. Así, de paso desaparecía por unos días y permitía que los dos parientes pudieran solucionar tranquilamente sus asuntos. Después de tanto oír hablar de los sabeos y de su reina, quería conocer Marib, la antigua capital, y ver las columnas del templo de Saba, también los restos de aquella famosa presa y, ¡quién sabe!, quizá aquellos tamariscos y azufaifos que, según el Corán, crecieron como castigo sustituyendo a vides y frutales. Paradójicamente, para proseguir mi búsqueda de los árabes del mar, me veía obligado a internarme en el desierto. Pero antes, aún debía conseguir un salvoconducto del gobierno.

En el ministerio me recibió un tal Hisham, cuyo apellido he olvidado. De entrada me quiso prevenir de la gran dificultad del viaje a Marib, pues la tribu local llevaba meses soliviantada. Yemen era –y sigue siendo todavía– un país estratificado en tribus cuyos líderes, o cheijs, ejercían un poder real sobre amplísimas regiones. El gobierno no podía garantizar la seguridad de los viajeros, pues a menudo las tribus se valían del secuestro como moneda de cambio en sus regateos y enfrentamientos con el gobierno central. No obstante, me aseguró Hisham, no había problema alguno en que me trasladara a Saada, una conflictiva ciudad al norte del país, que en aquellos momentos estaba sorprendentemente en calma. Hisham me invitó a tomar un quirsh en el *mafraj* contiguo a su despacho. Me preguntó si había visto *Las mil y una noches* de Pasolini, película rodada en parte en el Yemen. Hisham había gestionado los permisos y ayudado en las localizaciones y estaba escandalizado por el resultado, que consideraba indecente y contrario al islam. Inmediatamente sacó una bobina de un cajón del escritorio y fotograma a fotograma, se puso a buscar imágenes que, fuera de contexto, resultaban pornográficas; parecía muy nervioso.

Resté importancia a los aspectos eróticos de la película y recordé la emoción de haberla visto poco antes de emprender mi viaje. Sí, *Las mil y una noches* de Pasolini habían revivido en mí, al igual que lo hiciera *El ladrón de Bagdad* o *Las aventuras de Simbad* en la infancia, el deseo de viajar a aquella región de los sueños. Eran las fotografías de mis libros en movimiento. Allí estaban las casas de piedra del Yemen y los desiertos, pero también el mar Rojo, el Índico y los veleros árabes, porque aquella película de Pasolini no se olvidaba de los árabes del mar.

Acabado el ritual del café, solicité un segundo permiso, para viajar al Yemen del Sur, pero ahora Hisham me miró como si me hubiera vuelto loco.

–Lo que me pide es absolutamente imposible. No sólo no tenemos en estos momentos ningún puesto fronterizo abierto, sino que no

permitimos que ningún extranjero se acerque siquiera a las regiones colindantes. En cualquier momento se pueden desencadenar las hostilidades.

–¿Qué hago entonces?

–No le queda más remedio que volar a Kuwait o a Abu Dhabi, y de allí a Adén. Claro que antes deberá solicitar el visado, que por otra parte no resulta fácil conseguir. –Se quedó pensativo unos instantes y finalmente sugirió–: Quizá lo más adecuado sea que vaya a los puertos de Hodeida o Moca y busque allí algún carguero que haga parada en Adén. Le deseo suerte. De verdad.

Emprendí el viaje hacia el norte en un taxi colectivo hasta la ciudad de Saada. Lo que más me sorprendió, aparte de un paisaje agreste y montañoso que se tornaba cada vez más árido, fueron los numerosos controles de las tribus locales en los puntos estratégicos de la carretera. Las milicias tribales negociaban con el conductor, que ocasionalmente les entregaba dinero, y examinaban a los pasajeros a través de las ventanillas; yo no tuve ningún problema.

Saada era un lugar sorprendente, una ciudad de altas casas de adobe, al que la paja (que se mezclaba con el barro antes de cocerlo al sol) le proporcionaba una textura casi orgánica como de fieltro dorado. Anduve por sus zocos, en los que se vendían con total libertad y a peso montañas de dinero de los países pobres de la región: Etiopía, Sudán, Yibuti o Somalia... En las callejuelas abundaban fardos repletos del narcótico *qat* que se los quitaban de las manos a los vendedores nada más ser descargados de las camionetas. También, cómo no, se amontonaban decenas de kalashnikovs, armas fabricadas en Eibar, municiones y revólveres. Muchos de los pagos se seguían realizando con los dólares de plata de María Teresa de Austria, que fueron la moneda regular de intercambio durante decenios en la península de Arabia. En un rincón del zoco quedaban aún algunos judíos de lo que en su día fue una importantísima comunidad hebrea y que apenas se distinguían del resto de los lugareños, excepto por sus patillas que se prolongaban en los rizos característicos. Los coches no portaban matrícula alguna y no se veía ni un solo soldado o policía del gobierno por las calles.

Caminaba distraído cuando se abalanzó sobre mí un flamante todoterreno que sólo frenó tras casi rozarme. Se apeó un muchacho que apenas tendría catorce años riendo de su «hazaña» y al instante me propuso mostrarme la región. Aquel niño, que a duras penas alcanzaba los pedales, mascaba continuamente *qat*, y de su *futa*, la tela anudada a la cintura en forma de pareo, asomaba la culata de un revólver. Me mostró pueblos de adobe dorado entre vergeles y al caer

la tarde subimos a una alta montaña desde la que se dominaba toda la región. En la cumbre nos dio la bienvenida un grupo de ingenieros italianos que estaban montando un gran radar para el gobierno. Mientras bebíamos el té en un barracón sonó lo que parecieron dos cañonazos que hicieron que todo temblara. Los italianos apenas se preocuparon, debían estar habituados, y al poco rato vimos cómo unos tipos con pinta de bandoleros se paseaban por las instalaciones. Cuando dos horas después se marcharon, los ingenieros me contaron que se trataba de las milicias del jeque de la tribu, que de vez en cuando les amedrentaban, pero que por el momento *–facciamo le corna*, exclamaron mientras tocaban la mesa de madera– no habían pasado a mayores.

Al día siguiente me fui de aquella ciudad sin ley en otro taxi colectivo que, al pasar por un cañón angosto, fue de nuevo interceptado. Otra vez unos bidones nos cerraban el paso y mientras esperábamos que algo sucediera sonó un disparo que retumbó varias veces en aquel agreste desfiladero. Alcé la vista. Unos soldados, kalashnikov al hombro, corrían montaña abajo en nuestra dirección. Nos conminaron a abandonar el vehículo y a entrar en una tienda de campaña de aspecto militar donde permanecimos retenidos. Pero yo no tenía sensación de peligro: no faltaba *quirsch*, ni una comida básica, ni unos camastros, plagados eso sí, de chinches. Tampoco el *qat*, que nos ofrecieron los milicianos de la tribu. Los demás pasajeros no parecían preocupados. Sin duda esto había sucedido muchas más veces. Uno de ellos, Taha, un maestro de escuela palestino, me contó en inglés para que nadie nos entendiera:

–Las tribus del Yemen son indomables. Sostienen desde hace tiempo un pulso con el gobierno y secuestran, mejor dicho retienen, vehículos y personas. A veces, cuando las cosas se ponen feas, no dudan en sabotear oleoductos o el tendido eléctrico. La noción de un gobierno central es extraña para los yemeníes, que se han regido desde siempre por el sistema tribal y sus leyes. Las tribus han venido preservando la esencia e identidad del país desde hace siglos, durante la dominación de los turcos y frente al poder despótico de los imanes. Cada tribu ocupa su propio territorio, aunque pueden federarse entre ellas y unirse bajo un sistema de alianzas que puede cambiar de signo o romperse de improviso, según los intereses. La tribu no se escoge, se pertenece a ella por nacimiento. Su dirigente es el cheij, que es un cargo que se transmite a los hijos o hermanos. A lo largo de la historia las tribus han luchado contra todo tipo de gobiernos. Es muy difícil deshacer ahora la estructura tribal que se remonta, según ellos, ¡a la época de Saba! Muchas tribus adoptan los nombres de los antiguos reyes sabeos y se proclaman sus descendientes directos. ¿Cómo quieres entonces, con tamaño linaje, que obedezcan a un gobierno de

advenedizos a quienes no reconocen ninguna legitimidad?

¡Caramba! Saba otra vez. ¿Existía algún otro país en el mundo con parecida presencia constante de una antiquísima historia en la vida cotidiana? ¿Acaso pasaba un solo día en el Yemen sin que se acordaran de la reina Belquis? Qué extraño resultaba todo, y más en esa tienda de campaña, donde yo estaba «retenido» con mis compañeros del Peugeot. Estaba desconcertado; hasta entonces creía que todos aquellos hombres armados eran poco menos que bandoleros y ahora descubría una complicada y arcaica estructura social que explicaba muchas cosas. El maestro palestino, que parecía contento de tener por fin a alguien con quien desahogarse, prosiguió en voz baja:

–La tribu se responsabiliza de sus miembros y les garantiza protección. Por eso no quieren saber nada de las leyes del poder central, porque desde hace siglos se han regido por las suyas propias. Te pondré un ejemplo. Supón que tú eres miembro de la tribu de éstos –señaló con el mentón hacia nuestros «secuestradores»–; si yo te matara...

–¿Y por qué no al revés?

–Bueno, a mí me da igual. Es un suponer.

–Ya.

–Bueno, supón que tú me mataras, la policía no podría detenerte y sería el cheij de tu tribu quien negociara con el cheij de la mía una compensación, o *diyah*, por la pérdida. Para ellos el honor es lo más sagrado, y si alguien infringe alguna ley es amonestado en público, o incluso repudiado, a partir de lo cual la tribu no lo reconoce como suyo y no se responsabiliza de sus actos. Es lo peor que le puede ocurrir a alguien en este país.

–Y hablando de ocurrir, ¿qué nos pasará a nosotros?

–¡Nada! Quizá nos suelten después de la oración del *magreb* (‘atardecer’), o quizá debamos pasar la noche aquí, pero en veinticuatro horas estaremos fuera.

Por fin, uno de los hombres armados del cheij, consiguió establecer contacto con sus superiores por medio de un ruidoso y viejo radiotransmisor, y no tardamos en ser liberados.

Aquel incidente creó camaradería y todos compartimos el agua y la comida que llevábamos. El palestino, Taha, me contó que era profesor de inglés en Sanaa y, como se acercaba el fin de curso, hacía un recorrido por los institutos del país para supervisar los exámenes.

–Éste es un país extraño –me contaba, mientras por la ventana desfilaban altos peñascos y a unos pocos centímetros de las ruedas del Peugeot la montaña se abría en terribles precipicios–. Yemen ha estado muy cerrado en sí mismo, gobernado por los imanes, una casta de reyes sacerdotes que acumulaban todos los poderes y que eran elegidos entre los descendientes del Profeta por vía de su hija Fátima,

es decir entre los Sayed, que eran árabes del norte, ¡los eternos rivales! En todo caso, el imán Yahia consiguió agrupar a las tribus en contra del dominio turco y creó un estado teocrático. Ahmed, su sucesor, mantuvo un pulso constante con las tribus y las supo enfrentar entre sí en provecho propio. Era calculador y sus manipulaciones llegaron al extremo de que permitía a una tribu saquear las poblaciones de la tribu rival durante tres días. También las controlaba gracias a los rehenes. Los hijos o hermanos de los jeques quedaban retenidos en la capital para mantener sus tribus a raya. Con los imanes todo estaba prohibido, era un país absolutamente feudal en el que seguía vigente la esclavitud. Como te puedes imaginar, acabó estallando la guerra civil, en la que resucitaron los viejos fantasmas. Los saudíes apoyaron a los imanes. Nasser sostuvo a los republicanos, a los que envió su ejército. La guerra fue cruel; tanto el rais egipcio como los saudíes proporcionaban además apoyo financiero a las tribus que, sin embargo, iban cambiando de bando según sus intereses inmediatos. Al final vencieron los republicanos y paradójicamente la estructura tribal salió fortalecida. Hace unos meses, el presidente Ibrahim Al Hamdi fue asesinado porque estaba decidido a acabar con el sistema de tribus.

Se había hecho tarde y el conductor no quería conducir de noche; tenía problemas con las luces, adujo, aunque Taha me sugirió que seguramente temía que los milicianos tribales nos volvieran a retener y quería esperar a la mañana siguiente, cuando hubiera mayor circulación. Algunos pasajeros protestaron y exigieron continuar hasta Sanaa aquella misma noche. Y en esas estábamos cuando... ¡Baaaang!, el Peugeot comenzó a dar peligrosos bandazos en zigzag por la carretera. Por suerte en ese momento atravesábamos el cauce seco de un río. Me admiró la sangre fría del chófer, que como si de conducción sobre hielo se tratara, no pisó el pedal de freno en ningún momento, sino que fue reduciendo progresivamente y sin brusquedades las marchas hasta que consiguió detener aquel vehículo cargado con seis o siete personas más de las previstas.

No hace falta decir que mientras duró el percance nadie pronunció una sola palabra ni exhaló grito de angustia alguno. Bajamos todos en silencio, tras el conductor, que se adelantó y señaló la rueda derecha, que había reventado. ¿Cómo había podido suceder? Un rápido vistazo al resto de las ruedas, con las llantas gastadas y sin dibujos, me obligó a replantear la pregunta: ¿cómo era posible que no hubiera sucedido mucho antes?

El chófer abrió con parsimonia el capó del coche para dejarlo caer con gran estruendo y proferir un grito estremecedor, que retumbó en las paredes del desfiladero:

–*Ya aulad el calb!* (‘¡Hijos de perra!’). ¡Me han birlado la rueda!

Todos permanecimos en silencio, sin reaccionar. Uno de los pasajeros trepó a una roca y se puso en cuclillas, adoptando esa postura de descanso de los orientales que nos resulta imposible a los europeos –o a los árabes urbanos–, que no tenemos los músculos habituados. Tras él, se fueron los demás, incluido el chófer. Allá arriba, inmóviles, sentados casi sobre sus talones, recordaban, a contraluz, la silueta de grandes aves. Comenzaba a oscurecer cuando uno de ellos se puso en pie y, llevándose la mano derecha a la oreja, entonó la llamada a la oración, que era devuelta y amplificada por las paredes de roca. Justo en aquel momento, como si Dios respondiera, se levantó una brisa y todos, menos el laico Taha y yo, bajaron a hacer las abluciones en el hilillo de agua. No habrían pasado cinco minutos de rezos en plena calzada cuando se oyó el ruido de un motor. Nos quedamos paralizados, afinando el oído. En cuanto se vislumbró la silueta de otro Peugeot que descendía por la serpenteante carretera hacia el cauce, todos gritaron a la vez: *Alá u Akbar!* ('¡Dios es el más grande!'). Taha y yo nos miramos, creo que por primera vez nos dimos cuenta del peligro que habríamos corrido si la rueda hubiera explotado un minuto antes. Y entonces uno de los pasajeros, exultante, se dirigió a Taha:

–*Utruk kull chay li iradat Alá!* ('¡Deja todo bajo la voluntad de Dios!') –le amonestó, y se retiró buscando mi complicidad de creyente (supuesto *nasrani* o cristiano) con una sonrisa.

Nuestros salvadores nos prestaron su rueda de recambio, con la que conseguimos llegar hasta una población mediana cuyo nombre olvidé en seguida. Ya era noche cerrada y los pasajeros díscolos subieron al Peugeot de nuestros salvadores que iba medio vacío, en dirección a Sanaa. Taha y yo no abandonamos ni nave ni capitán y nos alojamos en un *fonduq* tradicional, un dormitorio colectivo, lleno de camastros de hierro, en el que se hacinaba una treintena de hombres en apenas cincuenta metros cuadrados. Para acabar de enrarecer el ambiente, todos fumaban pipas de agua. Dejamos los bultos en el camastro –no así los objetos de valor– y salimos a la carretera, donde tomamos unos panes con queso seco y *quirsch* en un chamizo frecuentado por mecánicos y conductores. Sonaba por los altavoces un cantante yemení que se acompañaba del laúd y tenía una voz grave y antigua.

–¿Quién es?

–Mohamed Mahmud al Harithi –repuso el rais del chiringuito–. ¿Te gusta?

–Mucho.

Aquel hombre sonriente paró la música, extrajo el casete, y me lo entregó.

–*Hedaya!* ('¡Regalo!') –exclamó– y desde entonces aquella cinta

aún me acompaña.

Retrasamos todo lo que pudimos la hora de regresar a aquel cubículo rebosante de humanidad, y no sé si fue por eso o por los efectos del *qat* consumido con los milicianos tribales y de los *quirsch*, que Taha y yo permanecimos horas en vela charlando del Yemen.

Me explicó que los yemeníes, encerrados en aquellas montañas durante siglos, desconfiaban de todo lo que viniera del exterior. Los árabes de las grandes ciudades consideraban el Yemen como un lugar muy atrasado, susurró, a pesar de que en el chamizo nadie nos hubiera podido entender.

–¡Fíjate lo que les gustaba contar a los soldados egipcios! –dijo–. En una ocasión el ejército de Nasser entró con sus modernos carros de combate en una aldea aislada; las autoridades los recibieron con júbilo, sacrificaron corderos y aves y les obsequiaron con el mejor festín que supieron preparar, sin olvidarse de colocar ante el morro de jeeps y tanques diversas clases de forraje.

»–¡No sabemos qué es lo que les gusta comer a vuestros malditos animales de hierro! –se disculparon los campesinos.

Taha agitó el vaso como aludiendo a la proverbial exageración de los egipcios.

–No sienten mucha simpatía por los egipcios, para qué nos vamos a engañar; y eso que Nasser apoyó la revuelta en contra del imán. ¿Y sabes por qué no los tragan? Porque durante la guerra los miraban por encima del hombro. Han pasado casi diez años y hoy los profesores, médicos e ingenieros egipcios, sirios o palestinos, que son los que consiguen que el Yemen funcione, están poniendo en evidencia el atraso del país, con lo que aumenta aún más el complejo de los yemeníes. Yo lo he notado en mis propias carnes: un sentimiento de admiración por un lado y de resentimiento por otro. Claro que al ser palestino la solidaridad mitiga esa animadversión que, sin embargo, para qué negarlo, está ahí.

–Tengo la impresión de que tampoco sienten excesivas simpatías por los saudíes –añadí.

–¡No te lo puedes ni imaginar! Son odiados ante todo por ser adnani, hijos de Adnan, árabes del norte, como no dejaron de recordarles durante la guerra civil.

Una vez más me topaba con la vigencia de aquella genealogía mítica.

–Además –prosiguió–, los saudíes de ahora son inmensamente ricos y según los yemeníes les robaron una próspera región del norte. Tampoco soportan su arrogancia. Sin embargo, casi una quinta parte de los cinco millones de yemeníes trabaja en Arabia Saudí y en otros países del Golfo, y sus remesas logran que la economía del país no se acabe de desmoronar.

Permanecimos charlando hasta que Taha se retiró al *fonduq*. Nos despedimos, Taha debía supervisar unos exámenes en una ciudad cercana y yo continuaría hacia Thula. Me quedé en el chamizo fumando unas pipas, escuchando de nuevo a aquel magnífico cantante. Tras aquella accidentada semana, empezaba a ver las cosas de otra manera. Recordé a los amigos del *mafraj* de Sanaa. Tal vez los había juzgado con cierta arrogancia. Aquellos hombres pertenecían –¿acaso ellos no lo creían así?– a un pueblo antiquísimo que había luchado durante siglos contra los invasores, ya fueran romanos, persas, árabes del norte, etíopes, turcos, ingleses, saudíes o egipcios. Sólo ellos eran los garantes del espíritu de aquel pueblo antiguo. ¿Acaso muchas de las tribus del Yemen, como los hashid o los bakil, por citar dos ejemplos, no portaban los nombres de los bisnietos del mítico personaje de Saba que daría su nombre a tan legendario reino? Pero... ¿acaso no era, tres mil años después, tamaño linaje un fardo del que debían desembarazarse si querían sobrevivir en el mundo de hoy? Sí, sin duda los había juzgado severamente.

Thula era un pueblo de altas casas de piedra. Estaba amurallado y conservaba unas imponentes puertas que se cerraban cada noche con la caída del sol. La sensación era realmente extraña. El pueblo, levantado al pie de un imponente picacho, dominaba a su vez un espacio sin fin de montañas y mesetas desgarradas por profundos valles. En sus afueras había unas grandes cisternas excavadas en la roca. Caminar por las callejuelas de Thula era como haber conseguido penetrar en un relato oriental. Sólo los kalashnikovs permitían situar aproximadamente la época. El zoco era un batiburrillo de actividades; se producían atascos entre los carros tirados por mulas o camellos, los campesinos con sus productos, los pastores con sus rebaños de cabras y los porteadores con los hatillos de madera a la espalda o el forraje sobre la cabeza. Pocas mujeres, muy pocas, fantasmas de negro, que sólo cuando el camino parecía despejado, se deslizaban de una casa a la otra como una tímida gacela que temiera ser descubierta.

Me alojé en una de las altas casonas construidas enteramente de piedra. La planta baja albergaba lo que parecía un cuartel tribal, pero fui bien recibido. La primera noche el jefe de las milicias me invitó a un *saltah* más consistente aún que el del emparrado, con todo tipo de legumbres y, en la sobremesa, los soldados bailaron la danza de la yambía, puñal en alto, evolucionando en círculos. Era una ceremonia antigua y guerrera que rezumaba testosterona y a la que me invitaron a participar. Y heme allí, blandiendo en el aire un amenazador puñal curvo, dando saltos en círculo y girando sobre mí mismo.

Vi en Thula algo que me causó una impresión tan profunda que, de no haber leído años más tarde un hecho parecido en un relato de mi amigo Sonallah Ibrahim, creería haberlo soñado. Fue al atardecer cuando apareció un personaje harapiento, sucio y con la piel recubierta de pústulas y costras. Parecía estar loco y andaba con dificultad. Los niños le seguían, le insultaban, se acercaban hasta casi tocarle, para huir despavoridos y tirarle piedras después. Cuando estuvo más cerca pude comprobar que llevaba grilletes en las piernas que le desollaban los tobillos, y uno de los cuales arrastraba una larga cadena con una gran bola de hierro macizo. ¿Quién sería? Uno de los milicianos me contó que se trataba de un condenado al que le permitían salir una hora a pasear, día sí, día no. No logré averiguar si se trataba de una medida de caridad para aquel pobre diablo o, al contrario, de escarnio y burla. ¿Sería el suyo un delito leve o se habría librado, no se sabe por qué, de ser ajusticiado en viernes a la vista de todos y su cabeza expuesta después a la entrada del pueblo como hasta hacía poco se seguía haciendo en aquel país tal como atestiguaban unas fotografías aparecidas en un periódico británico? Me hubiera gustado saberlo, pero nadie parecía sorprendido y no me atreví a preguntar. Luego, la conciencia, ese terrible censor, me hizo olvidar para siempre la escena, igual que sucede con la visión de algunos accidentes o con noticias escabrosas, que se quedan perdidas en el inconsciente.

Al llegar a Sanaa, Abdelaziz me recibió alarmado:

–¿Dónde te habías metido, *ya ibni* (‘oh, hijo mío’)? Cheij Abas no te ha podido esperar y se ha vuelto a Taiz.

Comencé a contarle mi viaje pero no escuchaba. Yo había confundido las fechas y todos se habían preocupado. Me tendió una carta en árabe con el membrete del Ministerio del Interior.

–Te han denegado el permiso que solicitaste para viajar a Marib.

No me extrañó. Tal como me había adelantado Hisham, el funcionario que había tratado a Pasolini, la tribu de Marib se hallaba en una de sus fases de beligerancia contra el gobierno central y ni siquiera con protección policial se concedían permisos. Se ponía así bruscamente fin a mis aspiraciones de conocer la capital de los sabeos y las ruinas de la célebre presa que había alimentado los estómagos de aquel pueblo de ricos mercaderes y navegantes, y cuya destrucción había provocado la legendaria emigración de la tribu de los azd hacia Omán.

–*Maalesh!* (‘¡Déjalo estar!’) –me consoló mi amigo de Sauakin–. No esperemos más. Mañana saldremos hacia la costa. ¿Acaso no estabas buscando a los árabes del mar? Deja a los yemeníes de las

montañas que se peleen entre ellos y que discutan sobre su pasado glorioso. Tengo ganas de abrazar a Jafar, mi hermano, aunque sé por Cheij Abas, que según dicen está prácticamente ido y que quizá no me reconozca. Voy a enviar a uno de los muchachos a que apalabre dos asientos en uno de los Peugeot –«Biju», pronunció, pues en la fonética árabe no existe la p–. Y esta noche –me advirtió levantando el índice de su mano derecha–, nada de charlas y a dormir pronto pues nos espera un largo camino. Diré que nos sirvan algo ligero.

La adicción al *qat* no se detenía ante nada: en aquel Peugeot repleto hasta los topes, los viajeros, cada uno con su kalashnikov, se entregaban a la ingesta del narcótico tapizando el suelo con los tallos y las hojas desechadas. En el radiocasete un jeque religioso recitaba el Corán. El fraseo duro, agresivo, sin la menor concesión a la dulzura, sonaba amenazador. Era uno más de aquellos mensajeros apocalípticos que difundían sus diatribas por medio de las casetes, tal como Jomeini iba a hacer en Irán un año después. Qué distinto resultaba de otros recitados melódicos y sensibles, como el de un cheij que habíamos oído, un mes antes, en la caja de un pick-up Suzuki, camino de Port Sudan para tomar el avión, mientras procurábamos no mancharnos los zapatos con los restos de un tiburón despedazado. Aquel recitado distorsionado por el altavoz encerraba toda la belleza de una lengua sabia y antigua, con los prodigiosos silencios medidos entre versículo y versículo. Poseía el poder del verbo que podía ser sanador y reconfortante, con la fuerza otorgada a aquellas palabras por quienes desde siglos las han venido pronunciando.

Aquel jeque del Peugeot seguía con sus arengas y Abdelaziz acabó por explotar.

–¡Eso no es islam! El islam es también amor, y si bien en el Corán se menciona la palabra «castigo», cien veces más aparece «misericordia».

Nadie se atrevió a contradecir a un personaje como mi anciano amigo; a todas luces se veía que era alguien muy especial, con su rostro aguileño tan árabe y sus ojos de mirada profunda, bajo frondosos y marcados superciliares. Así que el conductor cambió la casete sin rechistar. Más tarde, cuando pareció cansarse de darle la vuelta una y otra vez a la misma cinta, eligió otra que se atascó sin llegar a sonar. La extrajo, la golpeó fuertemente contra el volante y la introdujo de nuevo. Esta vez sí funcionó. Sonó la profunda voz de Um Kulzum. Todos callaron extasiados.

Ya de niño sentía una extraña emoción cuando se colaban en la radio las melopeas orientales, pero cuando escuché a Um Kulzum por primera vez, el desgarro de la gran diva egipcia me despertó una

sensación atávica. Era una voz que venía de la noche de los tiempos. Una herida abierta en la faz de la tierra. Algo perdido que volvía a reencontrar.

De pronto, quizá por los efectos de las hojas de *qat*, y espoleado también por la hipnótica salmodia de Um Kulzum, me vino a la memoria un suceso aparentemente trivial, que creía olvidado pero que iba a marcar el rumbo de mi vida. Tenía diecisiete años y me hallaba en un cafetín del puerto de Tánger. La gente sorbía su té a la menta, algunos leían el periódico mientras les limpiaban los zapatos, otros trapicheaban y los más estaban absortos ante un gran televisor, que emitía una serie histórica egipcia sobre las cruzadas. La serie era muy distinta a las de nuestras pantallas. Allí, los reyes cristianos aparecían sucios, con cara de malvados y traidores, mientras que los musulmanes eran un dechado de virtudes. El mundo al revés. Comprendí no sólo que la historia la escriben los más fuertes y que por tanto siempre es parcial, por no decir falsa, sino que los mismos tópicos, pero invertidos, eran utilizados por la parte contraria. Todo era relativo y a partir de entonces me propuse descubrir por mí mismo un mundo que intuía muy cercano.

Recostado en la ventanilla del Peugeot, proseguía la ruta hacia la costa, viendo desfilar una sucesión de pueblos de adobe. Era la época de la cosecha y todo el mundo se afanaba con los cereales. Aquí y allá unos campesinos trillaban en la era y aventaban el trigo; las carretas tiradas por bueyes transportaban el grano, otros labradores almacenaban balas de paja sobre los tejados planos. Parecían escenas de la antigua Sumer. Pero ¿qué digo?, ¿por qué quitar méritos a la antigua civilización de la Arabia del sur? No, parecían escenas de las campiñas de Saba, Main, Hymiar o cualquiera de los reinos que florecieron en la Arabia Feliz. Mientras, en el interior del taxi, tras un largo preludio instrumental, volvía a refulgir la voz de Um Kulzum, que cantaba las cuartetas de Omar Jayam musicadas por Riad el Sumbati:

> Despertad, despertad, durmientes, que la aurora
> arrojó ya la piedra al piélago nocturno
> ahuyentando a los astros, y el cazador de sombras
> prendió en un haz de luz la torre del silencio.
>
> En la hora en que el alba asoma por Oriente
> se oyen en la taberna unas voces que gritan:
> «Levantaos, camaradas y llenad vuestras copas,
> pues ya se agita el dulce vino de la existencia».

6

La vieja Aziza y el capitán Jafar

La región costera de la Tihama era muy distinta al interior del país. Los hermosos rostros de sus habitantes reflejaban un cruce de influencias: Eritrea, Yibuti y Somalia se encontraban a unas pocas horas de navegación, al igual que Adén y el Índico. Rostros muy parecidos iba a encontrar en las costas de Omán y en el África oriental. Las diferencias iban más allá de lo físico. Las gentes del mar siempre fueron más abiertas que las del interior. Los hombres apenas se cubrían con una *futa*, una camisa y un bonete musulmán. En cuanto a las mujeres, comparadas con sus hermanas de las montañas, sorprendía su mayor libertad. Nada de mantos negros, ni tampoco velos; en la costa se vestían ropas muy coloridas.

Pronto llegamos a Moca, el puerto que dio su nombre a una de las variedades más apreciadas de café, el cual procedía de esta parte del mundo. Decían que el café lo había descubierto un hombre santo al que le costaba mantenerse en vela para el recitado nocturno del Corán. Tras observar lo vivaces que se ponían las cabras después de comer los frutos de un extraño árbol, decidió prepararse una infusión con esos granos.

La antigua Moca, situada junto a un nuevo puerto, se había convertido en una ciudad fantasma, en una especie de réplica de Sauakin en la otra orilla del mar Rojo. Pero con la diferencia de que aquí, entre palacios derruidos, todavía quedaba en pie alguna casona. El viento era constante; elevaba tierra, papeles, plásticos, incluso arbustos en el aire y no dejaba descansar a un mar celeste y lechoso. Un mar enfadado como decían. El calor, tras la eterna primavera de Sanaa, era de nuevo húmedo y difícil de soportar. Los lugareños explicaban que el antiguo sultán de Moca tenía tantas mujeres –unos decían que concubinas, otros que esposas– como días había en el año, y que era tan rico que había construido un palacio para cada una. Fantasías orientales; en realidad, todas aquellas mansiones en ruinas no habían sido sino las casas de los grandes mercaderes. Moca fue un puerto muy importante que recibía barcos de lugares tan alejados como la India, Zanzíbar y Malasia. Su riqueza no dependía tan sólo del café, sino también del comercio de porcelanas chinas, sedas, metales preciosos y esclavos de África. Creció hasta convertirse en uno de los puertos más importantes de aquella parte del mundo. En su tiempo fue una ciudad cosmopolita en la que se hablaba árabe, turco y persa, así como suajili y portugués. Lo primero que se veía desde el mar era el

rotundo minarete de la gran mezquita que servía también de faro. Pero aquéllos fueron otros tiempos y hoy, por las ironías del destino, en los muelles del puerto de Moca no se apiñaba ni una sola saca de café. Hacía tiempo que el cultivo había sido arrancado de las fértiles terrazas del interior, regadas por el monzón, para plantar *qat*.

De todos modos, aquella ciudad no era nuestro destino. Lo último que sabía Abdelaziz de su hermano es que vivía en una cabaña en la playa de Joja, a un par de horas siguiendo la pista paralela a la costa. Y hacia allí continuamos, bajo un calor húmedo y sofocante, soportando en las costillas cada bache y cada piedra. De vez en cuando la pista desaparecía y proseguíamos por la mismísima playa, espantando gaviotas y cangrejos. Tras un pequeño cabo la costa cambió completamente y surgieron palmerales que llegaban hasta el mar y daban un aire absolutamente tropical a aquel rincón de Arabia. Se veía alguna cabaña dispersa junto a la playa. Pronto llegamos a unas rocas que nos impidieron continuar y el taxi colectivo se introdujo en el palmeral por unos caminos hasta llegar a un lugar en el que había casas encaladas de blanco y chozas que recordaban a África.

–*Wasalna!* (‘¡Hemos llegado!’) –dijo el chófer.

Permanecimos unos minutos a la sombra, en la hora de la siesta, esperando que pasara alguien. Por fin apareció una anciana a quien preguntamos por Jafar. Al principio no sabía de quién le hablábamos, pero pronto lo identificó como «el marido de la Cheija Aziza». Y, deseándonos suerte, ordenó a unos niños que nos guiaran.

Nos adentramos en el palmeral; era un lugar muy bello con frutales y altas datileras; el sol se filtraba a través de las ramas, arrojando caprichosas manchas de luz. Caminamos unos minutos hasta llegar a un punto donde aquel edén se tornaba un paraje sombrío y descuidado. Justo en aquel momento los niños, que habían venido riendo y tomando nuestras manos por turnos, se negaron a continuar y echaron a correr, regresando a toda la velocidad que les permitían sus pequeñas piernas. Proseguimos, sin darle mayor importancia, por un terreno que de nuevo cambió. La sal afloraba a la superficie, cubriendo el suelo de una capa crujiente y blanca, las palmeras se agostaban, los frutales habían pasado a mejor vida y sólo los tamariscos parecían estar en perfecto estado. El lugar era inhóspito pero nos detuvimos unos minutos para descansar y comer unas naranjas muy dulces que los niños nos habían regalado. De pronto, nos sorprendió una corta pero intensa lluvia. ¿Qué podría ser? Pero no tuvimos tiempo de hacer conjeturas porque ya estábamos padeciendo un segundo chaparrón. Abdelaziz se quedó quieto un momento. Y entonces se abalanzó hacia un arbusto del que luego salió con una niña a la que agarraba con fuerza por el brazo.

–¡Ya te tengo, *efrita* (‘diablilla’)! ¡Dame eso!

Ante la presión, la niña dejó caer una pequeña pistola de plástico verde.

–Llévame ante el *najoda* (‘capitán’) Jafar –dijo Abdelaziz.

La pequeña le pegó un mordisco y consiguió zafarse; pronto la perdimos de vista. Pero yo había conseguido cazar a su hermana detrás de otro tamarisco.

–Si no regresas –gritó Abdelaziz–, ¡nos llevaremos a tu hermana!

Inmediatamente reapareció la pequeña rebelde. Tendría unos doce años y, como su hermana mayor, el pelo muy negro y enmarañado, la tez tostada, dientes blancos y los ojos violetas. Aquellas niñas eran de una asombrosa belleza, por lo que las bauticé como «lunas entre estrellas», al estilo de *Las mil y una noches*. Pues bien, me equivoqué de lleno, pues en árabe la luna es masculino, al contrario que el sol, que es femenino. Pero entonces yo no lo sabía.

–¿Qué queréis del viejo Jafar? –preguntó la mayor, asustada, mientras su hermana nos interrogaba con sus grandes ojos.

–¿Acaso lo conocéis? –dijo Abdelaziz.

–¡Es nuestro abuelo! –contestaron a una sola voz.

Surgió entonces, de entre la maleza, una anciana encorvada que vestía como un hombre, con la *futa* de color saco anudada a la cintura y una amplia camisa anaranjada, se tocaba con un turbante de color crudo que se le deshacía en la frente para mostrar una cabellera descuidada y blanca, con restos de alheña. Cuando vio a Abdelaziz se quedó sin habla, y sólo la recuperó tras unos instantes:

–¡Eres el hermano de Jafar! –le señaló extendiendo sus dedos huesudos.

Se frotó los ojos como si estuviera viendo visiones.

–¡Eres el hermano de Jafar! –repitió sorprendida, llevándose las manos a la cabeza–. ¡El Jafar de hace veinte años!

Nos indicó que la siguiéramos por un camino que nos llevó a una choza construida con hojas de palmera, donde nos invitó a sentarnos en una estera. Sobre unas brasas bailaba una abollada tetera de metal, que acabó por escupir un chorretón sobre el fuego, provocando una ruidosa e intensa humareda que asustó a unas gallinas que picoteaban restos de comida. El calor era intenso, aún más que en Port Sudan, y provocaba una sensación de alta fiebre. Deseaba bañarme en el mar.

Para no quemarse, la anciana tomó la tetera con un extremo del turbante, introdujo una generosa medida de azúcar y un buen puñado de té, removió la mezcla con un bastoncillo y volvió a colocarla sobre las brasas para que hirviera unos minutos más. Luego sirvió aquel líquido espeso y casi negro en unos vasos de cristal gastado. La vieja Aziza sorbía ruidosamente aquel brebaje mientras Abdelaziz mojaba sus labios con aprensión y yo hacía lo mismo, esperando la ocasión

para desembarazarme de aquella infusión tan fuerte que me producía arcadas. La cheija comenzó a hablar enseñando una boca sin apenas dientes y se excusó por el comportamiento de las niñas, que no estaban habituadas a tratar con forasteros. Además estaban asustadas porque seis meses antes, Husein, el hermano menor de Jafar y Abdelaziz, un importante comerciante que vivía en Dubai, había insistido en llevarse al viejo a vivir con él. Consideraba indigno y poco musulmán que, disponiendo él de medios, alguien pudiera decir que dejaba que su hermano malviviera en una choza perdida junto a una mujer loca –*«sit majnuna»,* dijo– en la remota costa de Tihama, junto a unas niñas que ni siquiera eran de su familia. Aziza no lo consintió de ninguna manera, pero temía que Husein lo volviera a intentar.

–Lo sé, *ya hajja* ('peregrina')[12] –dijo Abdelaziz–. Nuestro hermano Husein está preocupado, me lo contaba en su carta. Me alegré mucho cuando supe que después de tanto tiempo acabara por localizar a Jafar en este lugar perdido del Yemen. Yo pensé que se habría ahogado hace casi veinte años. Me costaba salir de Sauakin, mi salud tampoco es buena. El tiempo pasaba y cada día me arrepentía más de no emprender el viaje. Al final decidí que aprovecharía para peregrinar a La Meca por última vez, pero me costaba tomar la decisión, hasta que apareció mi amigo extranjero –me colocó su mano en el hombro– y supe que había llegado el momento. Y aquí estoy.

Aziza nos contó que ellos eran felices, habían renunciado al mundo y sólo esperaban tranquilamente el fin de sus días cuidados por dos huérfanas a quienes consideraban sus nietas. No aspiraban a nada más, ni siquiera querían dinero, pues ella era una especie de cheija que recitaba el Corán, hacía adivinaciones y trataba con los espíritus. Con las ayudas que le dispensaban sus «pacientes» tenían de sobra para vivir en aquella playa. Jafar había perdido la memoria, pero en un momento de lucidez había recordado los nombres de algunos familiares y pidió que los localizaran. Fue fácil dar con Cheij Abas, que gozaba en todo el país de un gran prestigio.

En aquel momento se oyó un intenso carraspeo que fue seguido de un grito desde el interior de la choza:

–¿Con quién demonios estás hablando, vieja Aziza?

–¡Jafar! –exclamó Abdelaziz, incorporándose para entrar en la choza.

–¡Cuidado! –advirtió Aziza–. Es probable que no te reconozca.

Pero nada podía detener a Abdelaziz, que ya iba al encuentro de su hermano. Demasiados años habían pasado desde que Jafar no regresó de su viaje a Mombasa en un dhow. Todo el mundo creyó que se habían hundido, aunque algunos marineros contaron que el viejo capitán, hijo de una de las más antiguas familias de Sauakin, se había vuelto loco y vivía con una extraña mujer en las costas del Yemen.

Mi amigo se precipitó en el interior de la choza, seguido de cerca por todos nosotros, que nos mantuvimos en el umbral.

Tumbado en un camastro, el viejo Jafar se incorporaba con dificultad y se cubría con una *futa* blanca que parecía su mortaja. Era la imagen misma de su hermano, si éste consiguiera vivir cien años más.

Aquel anciano tomó un bastón y nos amenazó:

–¡No pienso acompañaros! ¡Juré que nunca abandonaría este lugar! ¡Un verdadero capitán no abandona nunca el barco!

Jafar blandió el bastón hacia su hermano pero Aziza se interpuso:

–¡Espera! Le durará poco. Le aterran las situaciones nuevas. A la que se acostumbre todo irá bien, incluso recordará algunas cosas. ¡Salgamos!

El viejo seguía con el bastón en ristre y nosotros optamos por salir de la choza; en el esfuerzo la *futa*, anudada a su cintura, cayó al suelo desvelando sus carnes agotadas.

De nuevo en el exterior, Aziza puso a hervir una vez más aquel brebaje. Por indicación suya, una de las niñas preparó una pipa de agua, y tras colocar las brasas en la cazoleta sobre el tabaco mezclado con melaza, la pequeña aspiró con fuerza, hasta conseguir un sonoro burbujeo y soltar por la nariz bocanadas de humo dulzón.

Rechazamos la boquilla que nos tendía y que fue tomada por Aziza, que chupaba con avidez como si le fuera la vida en ello, y desde luego se le iba, pues sufría terribles accesos de tos que la obligaban a esputar continuamente. Más tarde, la anciana nos sorprendería con otras adicciones, como una especie de rapé que inhalaba por la nariz o el *tumbak*, un tipo de tabaco que colocaba entre el labio inferior y los dientes que le quedaban, o también las hojas de *qat* de mala calidad que mascaba con fruición después de la hora de la siesta. Odiaba a los perros y cuando alguno osaba acercarse a la choza era fulminado primero con una maldición, y de no dar ésta resultado, con una certera pedrada que provocaba estremecedores alaridos.

–Llevamos veinte años juntos –contó la anciana–. Jafar me vino a ver después del naufragio. Se había vuelto loco, pues estaba poseído por un *yin* que hacía que todo le fuera mal. Finalmente conseguí sacarle aquel demonio. A cambio, él se quedó conmigo tal como los genios nos indicaron. Somos felices, *al hamdulilá!*, y no necesitamos nada. También nos hicimos cargo de estas dos niñas que se quedaron sin padres –dijo mirándolas con cariño–. Hay días en que Jafar recupera la memoria, pero cada vez son menos –suspiró–. Sed bienvenidos pues, pero no pretendáis ayudarnos. Jafar ha conocido tiempos mejores, pero ésta es su casa y aquí estamos bien.

Abdelaziz le agradeció las palabras y el cuidado que dispensaba a

su hermano y le juró que no pretendía llevárselo. Sólo aspiraba a pasar unos días con Jafar, solucionar su situación económica y esperar que recuperara la memoria, aunque fuera tan sólo para abrazarle y partir en paz.

–*Ahlan, ahlan u sahlan.* –Aziza nos daba al fin la bienvenida–. Las niñas os prepararán ahora mismo un lugar para descansar; debéis estar fatigados tras el largo viaje.

Continuaron hablando, pero la conversación se me escapaba. Me excusé y decidí acercarme al mar, que se adivinaba brillante y turquesa entre las palmeras, seguido de lejos por las «lunas entre estrellas».

A unos metros de la playa, las niñas me llamaron y comenzaron a cavar en la arena blanquísima de donde brotó en seguida agua, que me indicaron que bebiera. ¡Era agua dulce! Por eso crecía aquel asombroso palmeral, que nadie parecía cuidar, a la orilla misma del mar: gracias al agua que se filtraba de la cordillera costera tan cercana.

Con la boca mojada avancé hacia el mar, pero estaba demasiado caliente y apenas me alivió. ¡Qué extraño era todo! No conseguía quitarme de encima la imagen de aquel anciano amenazante y desnudo en la penumbra de la cabaña. Tampoco la de Aziza ni la de las niñas. Necesitaba que Abdelaziz me aclarara aquella historia de espíritus y demonios. ¿Qué significaba eso de que los genios les habían pedido que permanecieran juntos? ¡Dónde me había metido!

A mi regreso, vi que la vieja había desaparecido y Abdelaziz dormitaba bajo una palmera donde habían extendido una gran estera. Las niñas insistieron en que fumara el narguile. Pronto supe la razón: aquellas niñas, que no parecían dispuestas a hacer favores, en cambio no tenían problema en cambiar el agua de las pipas, vaciar las cazoletas, llenarlas de *maazel* –como ellas decían– y avivar las brasas que colocaban encima, porque era la excusa perfecta para fumar sin que las riñeran. Pretendían que la boquilla estaba atascada y rivalizaban entre sí para ver cuál de las dos aspiraba más humo. ¡Bonita escuela la de la vieja Aziza!

No acepté una segunda cazoleta y me tendí también sobre la estera, donde dormí profundamente hasta el atardecer, en que me despertó una nube de mosquitos furiosos. Abdelaziz ya no estaba a mi lado.

Me refresqué junto al pozo tras la empalizada y desde allí pude oír a mi amigo que regateaba con alguien el precio de unos pescados. Tras secarme, me anudé una *futa* y caminé hacia la cabaña. A la caída de la tarde todo parecía distinto.

Allí estaba Abdelaziz sosteniendo un gran pargo. Al poco apareció el anciano Jafar, en calma, como si nada hubiera ocurrido, y nos tendió la mano, dando la bienvenida a los forasteros desconocidos a quienes aseguraba ver por primera vez. Abdelaziz le dijo a su hermano quién era él, pero Jafar parecía desconocer el significado de las palabras.

–¿Hermano? ¿Qué es hermano?

Con la mirada, Aziza le indicó a Abdelaziz que se abstuviera de seguir intentándolo. Nos quedamos en un tenso silencio. El anciano canturreaba en voz baja, mi amigo y yo nos miramos y las niñas comenzaron a tirarme piedrecitas y a reír. Pronto la anciana les ordenó que avivaran las brasas, en las que asó aquel gran pescado, que devoramos con las manos, acompañado de una ensalada de tomate con unas hierbas que desconocía.

Aziza preparó otro de sus tés tan azucarados y aprovechó para intentar explicar al anciano con nuevas palabras quienes éramos, pero éste se quedó mirando a su hermano sin demostrar emoción alguna más allá de la extrañeza. No conseguía recordarle. Tampoco creo que entendiera las palabras de Aziza, y muy pronto se retiró al interior de la choza. Nosotros permanecimos hablando con la anciana, que en ningún momento soltó la pipa de agua.

No era la mujer resignada y sumisa, siempre en la sombra, que solemos asociar con el islam. Me recordaba a otras mujeres, pocas, dicho sea de paso, que había encontrado en el Sudán. Todas ya de una edad madura y personalidad fuerte. Muchas fumaban, participaban en las conversaciones y se reunían con los hombres. Algunas incluso eran cheijas y recitaban el Corán; otras participaban en los rituales religiosos del *zikr*, en los que se repetían los noventa y nueve nombres de Dios hasta la extenuación. Aziza fue la primera mujer árabe que sorprendí rezando o que vi orando delante de mí. Hasta entonces creí lo que todo el mundo: que el islam era una religión de hombres. Cuando le pregunté por qué no llevaba velo, me contestó, molesta:

–El Corán no nos obliga. El Profeta Mahoma, *Salalá aleh u salem!* (‘¡Dios le bendiga y salve!’), rogó a sus mujeres que se mantuvieran recatadas pero en ningún momento las sepultó bajo un manto negro como hacen esos yemeníes de las montañas...

A medida que avanzaba la noche nos fue tomando más confianza y contó que organizaba veladas de *zar*, a las que no podían asistir los hombres, y donde las mujeres entraban en trance con la percusión y las canciones hipnóticas, y bailaban frenéticas hasta alcanzar el paroxismo, momento en que el *shaytán* (‘demonio’) que las poseía acababa por huir. Eran auténticas sesiones de terapia de grupo. No lo hacía por dinero, porque además poca cosa tenían las otras mujeres que ofrecer, sino porque Dios le había dado esta cualidad de entablar

contacto con los genios o *yenún*.

Le pregunté por las mujeres en el mundo árabe. Aziza sostenía que el islam había sido liberador, pues había dado derechos a mujeres que no los tenían en absoluto; también que había habido muchas mujeres importantes, que dirigieron ejércitos, incluso reinas, pero que los hombres no lo habían soportado y habían acabado por imponer su propia interpretación de las palabras de Dios reveladas al Profeta Mahoma.

–Las mujeres jóvenes –afirmó– deben estudiar el Corán y los hadices, la tradición musulmana, para saber lo que se ha prescrito con exactitud para las mujeres y qué es lo que pueden hacer y lo que no.

Abdelaziz parecía estudiar sus palabras a fin de entrar en la conversación si fuera preciso, pero sorprendentemente se mantuvo al margen aunque, eso sí, vigilante. Cuando la anciana y las niñas se retiraron, pregunté a mi amigo:

–¿Cree usted realmente en los genios y en todas esas historias?

Abdelaziz se pensó la respuesta durante unos momentos –creo que lo había metido en un aprieto– y contestó:

–Está en el Corán y en nuestra tradición. Ya te hablé de Nabi Suleimán, que comandaba un ejército de genios. Dios creó al ser humano, a los ángeles y a los *yenún*. Los genios fueron creados con fuego, los hombres con arcilla y los ángeles con luz.

Volvió a quedarse pensativo, me recordaba a los curas de mi infancia que no sabían qué contestar cuando les preguntábamos por temas tan peregrinos, que descubríamos en los viejos misales, como los exorcismos o las oraciones para la lluvia: cosas en las que ellos no creían pero no se atrevían a decirlo puesto que la Iglesia las aceptaba.

–En el Sagrado Corán –continuó Abdelaziz– los *yenún* tienen incluso un capítulo especial. Son invisibles y, al igual que los seres humanos, los hay buenos y malos. Los que siguen el camino correcto se convirtieron al islam hace ya mucho tiempo y creen en un único Dios y en todos los 124.000 profetas, que son sus mensajeros.

Abdelaziz no parecía preocupado por aquellas historias ni les daba excesiva importancia. Aparecían en el Corán y por tanto no dudaba de que pudieran ser ciertas, pero en todo caso eran cosas del pasado o de lugares remotos, cosas además de gentes del campo; él no juzgaba.

El cansancio y la tensión acumulados acabaron por aflorar. Mi amigo estaba preocupado por su hermano y, aunque a mí me hubiera gustado seguir charlando, él se mostraba cada vez más ausente. Opté por retirarme y dejarle solo con sus pensamientos y emociones.

Por la mañana, Abdelaziz hizo varios intentos fallidos de acercarse al

viejo capitán. Luego me dijo que hablaría con Husein, su otro hermano, para que no se lo llevara a Dubai.

–Aziza es una buena mujer –añadió mi amigo– y en ningún lugar Jafar estaría mejor cuidado.

Y entonces aquel hombre, que podría ser perfectamente mi abuelo, me sorprendió recabando mi consejo:

–¿Qué harías tú, *ya jauaga*, en mi lugar?

–No necesitan apenas nada –contesté–. Viven al lado del mar, cuidados por dos niñas entregadas. Tienen pescado y verduras. Han conseguido el equilibrio en la renuncia. ¡Son felices!

–¡Pienso lo mismo, *ya jauaga*! Esta noche escribiré una larga carta a mi hermano de Dubai. Lo mejor será que les dejemos en paz y les enviemos dinero de vez en cuando para que compren medicinas y que Aziza, eso no lo escribiré –confesó con mirada maliciosa–, pueda mascar todo el *qat* que quiera y también quemar montañas de incienso en sus exorcismos cuando les saque los demonios a estas gentes sencillas –concluyó riendo.

A mediodía Aziza desapareció, aprovechando que estábamos nosotros, para ir a tratar a una mujer que una noche, mientras atravesaba el cementerio que separaba sus campos del pueblo, había sido poseída por un *yin* que le impedía tener tratos carnales con su marido.

Era viernes y Abdelaziz se fue a rezar a la mezquita del poblado cercano. Las niñas estaban junto a la choza limpiando un arroz que olía a saco, separando piedrecitas y unos pequeños insectos negros. Me senté con ellas y las ayudé. Al cabo de un buen rato, cuando ya lo lavaban por tercera o cuarta vez para que soltara el abundante almidón, apareció el anciano Jafar, con una *futa* de color rojo ladrillo anudada en la cintura y apoyado en su bastón. Su mirada no tenía ya la intensidad de la víspera, parecía en calma. Se me acercó y ordenó:

–¡Joven *nasrani*, acompáñame a la playa! ¡Y vosotras quedaos aquí, preparándolo todo para cuando regrese la bruja Aziza!

No podía dar crédito, aquélla no era la voz de un loco. ¿Pasaría el anciano por uno de aquellos escasos momentos de lucidez de los que nos había hablado su esposa? Apoyando un brazo en mi hombro y otro en su bastón recorrimos los doscientos metros que nos separaban de la playa. Aquel lugar habría sido idílico de no ser por un fastidioso viento que no cesó un segundo durante toda mi estancia y que, en vez de refrescar, nos envolvía en una opresiva calima. Pero era muy bello, las palmeras llegaban casi al borde del agua. No muy lejos se encontraban varadas en la arena las carcasas podridas de unos impresionantes veleros árabes.

–El *sambuk* más grande es el *Naim*, mi barco. Por eso estoy aquí: juré a Dios que si sobrevivía a la tormenta nunca lo abandonaría.

Vamos, llévame hasta allí aunque sea a rastras.

No volvió a pronunciar palabra mientras nos dirigíamos hacia el *Naim*. El viento nos salpicaba con agua del mar, como ráfagas de lluvia en un día de tormenta. Cuando llegamos, buscó la sombra que proyectaba el viejo navío sobre la arena y me pidió que le ayudara a sentarse. Deshizo un nudo en el extremo de su *futa*, en el que guardaba algo que parecía rapé. Se lo colocó en la palma de la mano, aspiró con fuerza y resopló con vigor.

–Sí, éste era mi barco –acarició el casco comido por el agua y el sol.

Durante unos instantes permaneció escrutándome. Luego aquellos ojos roídos por los años hablaron y me decían que por grande que fuera mi esfuerzo, jamás podría llegar a comprender lo que él estaba sintiendo en aquellos momentos. Acariciaba la madera de su barco, aquel navío que había sido su hogar y sustento durante tantos años, y en el que había navegado por el Índico y el mar Rojo sufriendo tormentas y pasando por grandes peligros. Aquel barco que se había deslizado entre los manglares de África, los arrecifes de Pemba o los canales de Kerala, en la costa de Malabar. ¿Cómo podría hacerme yo una idea de lo que significaba para él?

Con afecto le di unas palmadas, invitándole a continuar.

–¡Pilotando el *Naim* pasé mis mejores años! La vida era muy dura entonces, pero fui feliz. Era maravilloso, nos topábamos con las gentes más extrañas, nos relacionábamos con otros capitanes, con los marineros de todas partes de Arabia, de la India, de las Comores y ¡de todo el Índico! Hablábamos árabe y suajili, y algo de farsi. En nuestro mundo, no existían ni los países ni las fronteras; todos éramos árabes, estuviéramos aquí, en Basora, Zanzíbar o Mombasa. Nuestra casa era cualquier puerto donde llegaran nuestros veleros. Pero la vida era difícil y los barcos modernos nos hacían la competencia. Un buen día los mercaderes que nos contrataban dejaron de hacer negocio, vendieron los viejos veleros y los sustituyeron por barcos con motores. Cuando los negros nos expulsaron de Zanzíbar, tras la revolución, supe que la navegación de altura, en nuestros sambuks, había acabado. Ya no daba un rial.

Jafar miró al horizonte y suspiró:

–Durante mi último viaje, mientras navegábamos de Yibuti a Asmara, en Eritrea, estalló una gran tormenta. El *Naim* hacía aguas y ordené echar la mercancía por la borda. Durante días estuvimos a merced del viento. Luego*, al hamdulilá*, el mar se tornó una balsa de aceite y la marea nos arrastró hasta esta costa, pero con tan mala fortuna que chocamos contra unas rocas que abrieron un gran boquete. Finalmente varamos en esta playa de donde ya no me quise mover. ¿Para qué? Lo había perdido todo: algunos hombres,

mercancías... Nunca quise continuar hasta Sauakin. Me quedé aquí, en este lugar, y creí volverme loco. Dijeron que un *yin* se había adueñado de mi alma –afirmó con un deje escéptico–. Quizá debo admitir que el naufragio me había trastocado y no era dueño por entero de mí mismo. Hicieron traer a la vieja Aziza desde Hodeida, y ella me curó. Juré entonces que no la abandonaría nunca, ni a ella ni al *Naim*, y aquí está mi barco pudriéndose como este viejo.

El anciano *najoda* acarició una vez más el casco reblandecido del *Naim*.

–Anda, vamos, hijo. Regresemos con la Cheija Aziza y las niñas. ¡Tenemos un invitado muy importante! –concluyó con sorna, como queriendo dejar bien claro que él no se dejaba intimidar por los personajes de alto rango. Parecía no darse cuenta de que se trataba de su hermano.

Se dio la vuelta y durante largos instantes sus ojos se apoyaron en el *Naim*. Apoyándose en el bastón, me pidió que le ayudara a caminar hacia el agua, y que lo sostuviera mientras se agachaba y dejaba la huella de su mano en la arena mojada. Tres veces repitió aquel ritual, que debía obedecer a alguna antigua creencia.

Se incorporó despacio y fue entonces, a bocajarro, cuando le pregunté:

–*Najoda* Jafar, ¿qué es para usted el mar?

Y en vez de hacer lo que hubiera hecho el común de los mortales, es decir, desplegar los brazos como para dar a entender lo inabarcable, unió las palmas de ambas manos y trazó con ellas una línea perfecta y recta desde la arena hacia el horizonte.

–El mar es el camino –afirmó rotundo–. El camino que nos comunica con los otros árabes. Los árabes del mar.

De noche, mientras Jafar dormía, les conté a Aziza y a Abdelaziz lo ocurrido. El rostro de mi amigo se iluminó de esperanza, pero Aziza pronto nos echó un jarro de agua fría:

–De tarde en tarde, Jafar recupera la memoria durante unas horas pero siempre es el preludio de crisis cada vez más agudas.

Durante los días que vinieron a continuación, Abdelaziz intentó por todos los medios acercarse a su hermano, pero no obtuvo ningún resultado y llegó el día en que no pudo prolongar su estancia. Su salud también era delicada y, además, el período de peregrinación a La Meca estaba llegando a su fin. Así que decidió partir a Arabia Saudí desde donde, si su estado lo permitía y no estaba fatigado, regresaría de nuevo a aquella playa. Mi amigo quería estar seguro de haber agotado todas las posibilidades de establecer contacto con su hermano antes de volver para siempre a Sauakin.

–¡Quién sabe! –me dijo–. Quizá Dios me escuche y le devuelva, *inch Alá*, la memoria a Jafar, aunque tan sólo sea por unas horas, para

recordar el Sauakin de nuestra infancia.

Tras la oración del mediodía, Aziza envió a las niñas a pie de pista a que esperaran el paso de algún vehículo y no tardaron en regresar en busca de Abdelaziz. Yo había decidido permanecer unos días más en aquel extraño lugar, pues necesitaba tiempo para tomar una decisión. No sabía qué hacer, aunque en realidad pocas posibilidades tenía para elegir: ni podía visitar Marib, la antigua capital de Saba, debido a sus tribus levantiscas, ni se me había concedido el permiso para viajar al Yemen del Sur. Quizá podría embarcarme en Hodeida y bajar a Adén pero no lo tenía claro: uno sabía, aunque pretendiera mirar a otro lado, cuándo el viento dejaba de soplar a favor. Quedarme en Joja significaba prolongar mi sueño: aquella inesperada conversación con el viejo Jafar había reavivado mi interés por los árabes del mar. Aquél era el tema que siempre anduve buscando, en el que volcar mi energía, aunque para encontrarlo hubiera dado tan largo rodeo. Y ahora que era consciente de ello, se me escapaba. Estaba triste y alegre al mismo tiempo. Por primera vez desde que había salido de Jartum me sentía cansado.

En el momento del adiós, Abdelaziz intentó abrazar a su hermano, que desde luego no le reconoció. Besó a Aziza en la frente y partió hacia la pista. Las niñas y yo le ayudamos con su equipaje. La despedida fue emotiva y llegado el momento nos abrazamos. Vi, entonces, cómo una única lágrima caía de su ojo izquierdo.

–Fursa saida, ya ibni, Alá yisalimak! ('¡Te deseo suerte y que Dios te proteja, oh, hijo mío!'). –Él sabía que no nos volveríamos a ver.

Permanecí unos días en aquel palmeral junto al mar, conviviendo con el viejo Jafar, su esposa y las dos niñas. Una mañana llegaron unas familias de pescadores nómadas, de cuerpos esbeltos y sonrisa muy blanca; las mujeres parecían más libres incluso que las de la Tihama, y no tenían el menor reparo en vestirse con unas camisas largas ceñidas a sus cuerpos. Hombres y mujeres se movían en el mar como peces y podían pasar mucho tiempo sin respirar bajo el agua. Y sin embargo desconocían lo que era flotar panza arriba, haciendo el muerto. Varios vinieron en mi ayuda creyendo que había sufrido un colapso cuando estaba dormitando en el agua, contemplando los nubarrones grises que pasaban de largo para descargar en las montañas, a fin de que los yemeníes pudieron regar sus bancales como venían haciendo desde la época de Saba.

En Joja me familiaricé con cangrejos de todos los tamaños y colores. Algunos eran enormes y de un rojo violento con grandes pinzas que podían segar un dedo de cuajo; otros eran azulados, como los llamados violín, porque una de las pinzas estaba mucho más

desarrollada que la otra. Los había que cavaban grandes cráteres en la arena; otros se entretenían dejando la playa abarrotada de pequeños conos formados por brillantes y húmedas bolitas de arena que, inexorablemente las olas acabarían por barrer.

Abdelaziz me había contado que a veces se encontraba en la playa, entre las algas secas, el preciado ámbar gris, una sustancia que provenía del intestino del cachalote. Tenía un tacto parecido a la cera, y se utilizaba para estabilizar los perfumes, como especia y por sus valores medicinales.

Aquel mar anunciaba ya el océano Índico. Cada marea dejaba un rastro fascinante: cauríes de colores, peces globo, conchas de formas extraordinarias o los caparazones nacarados y atigrados de los nautilus. También cadáveres de grandes meros o atunes que a las pocas horas eran cubiertos por una masa de cangrejos amarillos, antes de que acudieran las gaviotas y las aves carroñeras. No resultaba extraño contemplar en el horizonte la silueta de los grandes sambuks, parecidos al Naim pero que habían sustituido las velas por los motores. Solían venir de Yibuti e inundaban la costa de contrabando.

Una de las maneras de combatir mi inquietud era dar paseos cada vez más largos por la playa, y pronto comprobé que aquel rincón remoto estaba mucho más concurrido de lo que parecía. Un atardecer, más allá del lugar donde estaban varados los viejos veleros, vi cómo se acercaba un *sambuk* hasta la playa y pude distinguir a tres hombres que descargaron grandes cajas. No tardaría mucho en saber de qué se trataba. Al día siguiente las niñas me pidieron que las acompañara hasta aquel lugar, donde el palmeral se retiraba al interior, dejando una amplia zona de dunas fijadas por arbustos y plantas reptantes. Al pie de una duna, una pequeña empalizada, disimulada con arbustos secos, escondía una buena docena de grandes cajas; una de ellas estaba a medio abrir. Por señas, las niñas me indicaron que me acercara y extrajeron una lata. Se echaron a reír señalando a una mujer, apenas vestida, de pechos abundantes. Se trataba de las famosas cervezas Penny, que se vendían en el mercado negro de todo el Yemen. Había varios diseños. Cuando la tal Penny se ataviaba con shorts ceñidos y una camisa anudada a la cintura se llamaba *Penny by Day*. Por la tarde nuestra amiga escogía una minifalda y una camiseta que apenas ocultaba sus generosos atributos, era entonces *Penny in the Afternoon*. De noche ya no parecía resistir más y apenas se cubría con un negligé muy revelador. Era entonces, por supuesto, *Penny by Night* y su precio, mucho más alto, aunque la cerveza fuera la misma. Debo confesar que me asusté cuando me enseñaron todo aquello. ¡Se trataba de un alijo! Aquel cargamento, en un país estrictamente musulmán, era demasiado peligroso como para permitir que un curioso extranjero anduviera merodeando. Hice una señal a las niñas y nos alejamos a

toda prisa entre las palmeras para no ser divisados desde la playa. Pero ¿cómo borrar nuestras huellas en las dunas?

Al día siguiente, nuestro paseo nos llevó muy lejos, y en dirección contraria: no me hacía ninguna gracia toparme con los contrabandistas. Además quería saber qué había más allá de un pequeño cabo que me intrigó desde mi llegada. Hasta entonces no había visto nunca aquel mar en calma y pensaba que tras el promontorio, quizá se extendería una pequeña bahía en la que las aguas por fin se apaciguaran y fueran transparentes. Las niñas, que conocían palmo a palmo aquella costa, me obligaron a dar un rodeo y llegamos a la bahía por detrás, escalando rocas de arenisca, a la que se adherían fósiles de moluscos y crustáceos. La ascensión resultaba relativamente fácil, aunque había que ser prudente e ir tanteando los salientes que servían de apoyo, pues a veces se deshacían como terrones. Cuando llegamos a la cima divisamos una pequeña bahía de aguas transparentes. Sin embargo no fue eso lo que me dejó impresionado. Allí abajo había instalado un verdadero campamento, y no de vacaciones precisamente.

–*Habashiín!* ('¡Etíopes!') –exclamaron las niñas–. *Habashiín*! –gesticularon para que me agazapara tras unas rocas.

Un *sambuk* estaba varado en la playa y una media docena de hombres altos y de piel negra cargaba a la espalda grandes peces: tiburones, peces espada, alguna barracuda y también dos grandes tortugas verdes. A resguardo de las mareas se levantaban unos tendederos donde secaban al sol pulpos y pedazos de tiburón, protegidos de las aves por una enorme red. Pero lo que me hizo sentir inseguro en aquel lugar fue la lancha pintada de azul, camuflada entre unas hojas de palma que no lograban esconder la metralleta que despuntaba en la proa. ¿Qué pasaría si nos descubrían espiando su campamento? A las niñas, probablemente nada. Pero ¿y a mí? Se me paró el corazón y nos alejamos con mucho cuidado, hasta que echamos a correr como locos hacia la pista. Justo en aquel momento se acercaba un todoterreno que conseguimos que parara. Eran tres tipos algo achispados, con sus yambías y kalashnikovs. Les pedimos que nos acompañaran hasta Joja.

–¿Joja? –preguntó el chófer–. ¡Qué lugar más solitario!

Caía la tarde y entonces se quedó pensativo unos instantes, antes de preguntar a sus compañeros:

–¿Cuándo hay que ir a buscar a las inglesas a Hodeida? ¿Mañana al mediodía? *Ya husara!* ('¡Qué pena!'). ¡Hubiéramos podido pasar la noche en Joja! Subid.

Sonó el chasquido que hace una lata al abrirse y uno de aquellos tipos me ofreció una Penny. Las niñas comenzaron a reír y yo quedé paralizado. ¿Serían los contrabandistas? Aquellos hombres bebían una

cerveza tras otra y arrojaban las latas por la ventana. Al cabo de unos pocos kilómetros, llegamos al poblado de adobe y nos dirigimos a la playa. Aquel tipo conducía como un loco, levantando gaviotas y dando peligrosos bandazos para aplastar grandes cangrejos. Al llegar cerca de nuestra choza, nos apeamos. Pero no parecían tener prisa y seguimos charlando una media hora en la playa. Me contaron que venían de Sanaa, y respiré tranquilo: aquellos tipos no podían ser los contrabandistas.

–¿Quiénes son esas inglesas que vais a buscar? –pregunté intrigado.

Aquel remoto lugar no era el más adecuado para una excursión de *ladies*; aunque al fin y al cabo quizá no desentonaran. Recordé los relatos de aquellas damas tan británicas que exploraban África engalanándose para la cena, sin perder jamás la compostura, en plena sabana o en los malsanos pantanos del sur del Sudán, por más que estuvieran rodeadas de fieras salvajes o de «belicosos nativos».

–Pertenecen a una sociedad ornitológica. Vienen desde la otra punta del mundo, ¡con lo que les debe costar y sólo para ver pajarracos! –sentenció el chófer.

–¡Por lo visto no deben tener pájaros en Inglaterra! –exclamó el copiloto.

–Se pasan horas tendidas en la arena, sin hacer ruido, para ver un simple pájaro –añadió el más achispado de los tres–. ¡Pero si los hay a miles! Los observan con los prismáticos, les hacen fotos, los dibujan en sus cuadernos.

–¡Es cierto! –exclamó el conductor–. Tienen un libro donde están todas las fotografías de los pájaros de Arabia, incluso muchos que yo nunca he visto. Pero esas mujeres se meten por todos lados y nos han causado muchos problemas.

–¡Sobre todo con los *muyahidines* eritreos! –aclaró el chófer.

–¿Eritreos? –pregunté, fingiendo inocente curiosidad.

–Las gentes de este lugar los llaman *habashiín*, pero no son etíopes sino eritreos. Luchan contra Mengistu; quieren separarse de Etiopía y crear un estado nuevo. Aquí pescan y salan los peces que luego entregan a la guerrilla. Creo –hizo el gesto de agarrar una metralleta y disparar en derredor– que incluso participan en los ataques.

Una de las niñas quiso intervenir, seguramente para contar lo que habíamos visto pero su hermana y yo tuvimos los suficientes reflejos como para asestarle sendos codazos para que no abriera la boca.

–Hay que ir con cuidado –nos advirtió el chófer–. El último grupo de ingleses que tuvimos, y en aquella ocasión también había hombres, fue secuestrado unas horas por los *muyahidines* eritreos.

–¿En serio? –pregunté con estudiada sorpresa, para no dejar traslucir mi inquietud.

–Los ingleses se acercaron a su campamento casi a rastras para no asustar a los pájaros. Cuando los eritreos vieron a aquel pequeño comando de europeos quemados como cangrejos, con los rostros embadurnados con cremas protectoras, agazapados y armados de planos, cámaras y prismáticos, creyeron naturalmente que se trataba de espías y los apresaron. Los estuvimos buscando todo el día y al final un pescador nos indicó que los había visto caminando en dirección al campamento de los *habashiín*. Al principio los *muyahidines* no nos creían, pero luego llegamos a un acuerdo. La agencia de Sanaa pagó un rescate y ahora nos dejan en paz. El problema es que hay un pájaro, por el que se mueren esas mujeres inglesas, que sólo anida en aquella bahía, y ellas lo saben porque está escrito en su libro.

Me sorprendió una vez más el poder que la cultura árabe popular otorgaba a la palabra escrita, porque al igual que en el mundo hebreo, en el que los textos tenían mucha importancia, para el común de los árabes existían libros en los que todo estaba escrito. Algunos contenían palabras mágicas y otros, soluciones a todos los enigmas; había incluso libros para obrar el mal. Por eso alguien que poseyera uno de esos libros tan particulares –como aquellas ladies inglesas– era visto como poco menos que un cheij extraño, de quien convenía mantenerse alejado para no ser víctima de un encantamiento.

–Por suerte –zanjó el chófer– no estamos en la época de cría. No sé lo que pasará el año que viene con esos *muyahidines*.

No me extrañó que el Yemen tolerara aquellos campamentos eritreos. La costa africana apenas distaba doscientos kilómetros y la travesía duraba sólo una noche. Era evidente que aquel grupo guerrillero que luchaba contra la Etiopía marxista de Mengistu contaba con la simpatía e incluso el apoyo de Arabia Saudí y del Yemen del Norte. Eran tiempos movidos. El mundo era un tablero de ajedrez en el que las superpotencias movían como títeres sus piezas regionales.

De regreso a la choza nos esperaba una desagradable sorpresa. Ahí estaba Jafar de nuevo, bastón en ristre y como alucinado, maldiciendo a no se sabía quién. Los arcones estaban abiertos y había un montón de cosas esparcidas por el suelo. Las niñas se pusieron a llorar y Aziza vino a nuestro encuentro.

–*Ya jauaga*, ¡temo por ti! Han venido unos hombres terribles y han estado preguntando; querían saber quién eras, de dónde venías, si tenías cámara... Lo han estado registrando todo y se te han llevado algunas cosas. Temo por ti –repitió angustiada–. ¡Tienes que irte!

Todas mis cosas estaban desperdigadas, pero por suerte llevaba conmigo la cámara y mi pequeño bloc de notas. Aunque ¿dónde estaban los carretes vírgenes? Los habían cogido, pero no así los usados pues, para protegerlos del sol, la vieja Aziza los había

escondido en un arcón bajo el camastro del anciano, donde no se habían atrevido a husmear porque un enloquecido Jafar los mantuvo a raya a bastonazos.

–Debes marcharte –insistió Aziza–. Sabes que hemos sido muy felices contigo. Las niñas tendrán un disgusto, incluso Jafar parece más calmado desde que llegaste, pero aquí corres peligro y nosotros también porque piensan que te encubrimos.

No creía que fueran los *muyahidines*, no nos habían advertido y si lo hubieran hecho, me habrían confundido con uno de aquellos chiflados por los pájaros. Sin duda habían sido los contrabandistas. Debía abandonar aquel lugar remoto, pero sabía que no aparecería ningún vehículo hasta bien entrada la mañana. Temí que mis perseguidores anduvieran al acecho; podían regresar en cualquier momento. Entonces recordé que los guías de las inglesas dijeron que descansarían unas horas en la playa y envié a las niñas para que me esperaran y me llevaran con ellos a Hodeida. Recogí lo que quedaba de mis cosas. No pude despedirme de Jafar que, agotado, había caído en un profundo sueño. Aziza me abrazó y me dio una cajita de plata con un papelito dentro donde había escrito unas frases y números en árabe, siguiendo una disposición que recordaba a un mandala.

–Debes conservarlo durante todo el viaje porque te protegerá de quienes pretendan perjudicarte, y cuando llegues a casa deberás quemarlo para que nadie lo vea ni pueda ser utilizado en tu contra.

Aziza me dio un beso en la frente y se adentró en el interior de la choza. Oí cómo se dirigía a Jafar con voz dulce, como si fuera un niño. Las «lunas entre estrellas» quisieron llevar mi equipaje y anduvimos en silencio, atravesando el vergel agostado, pisando la capa de sal que crujía a nuestro paso. ¿Cuánto tiempo había permanecido yo en aquel lugar? ¿En qué día y en qué mes nos encontrábamos? La luna se filtraba ahora por las ramas y entre los sonidos de la noche despuntaba el ulular de una lechuza. Pronto llegamos a la pista y allí estaba el jeep con las luces apagadas. Besé a las dos niñas y la más pequeña me entregó una caja. Entre sollozos, con la voz entrecortada, me dijo:

–Toma nuestro regalo y no se te ocurra abrirlo hasta que no pase como mínimo media hora.

Y echaron a correr internándose en el palmeral.

Subí al coche y suspiré de alivio. Una vez más, no había sido necesario tomar una decisión, pues otros lo habían hecho por mí y, como liberado de un pesado fardo, me dejé llevar contemplando el paisaje a la luz de la luna de Arabia, bebiendo cervezas Penny con aquellos tipos, hasta que un movimiento en la caja que llevaba sobre las piernas me recordó que ya podía abrirla. Así lo hice. Di un respingo: un gran lagarto, de cabeza naranja y cuerpo azulado, como

el que me había estremecido en el vergel de Sanaa, me escrutó unos segundos antes de saltar sobre mi vecino de asiento y, de un prodigioso brinco, materializarse sobre el sorprendido chófer, que tardó unos buenos doscientos metros y una interminable retahíla de imprecaciones obscenas, en enderezar su vehículo.

Al llegar a Hodeida, una ciudad impersonal y tórrida, me dirigí directamente al puerto, donde me alojé en uno de aquellos *fonduq* yemeníes. Me encontraba derrotado. No tardé en darme cuenta de que aquellos energúmenos me habían sustraído la mitad de los *traveller's cheques*, que llevaba divididos para no perderlo todo en caso de robo, porque en el Yemen, me habían advertido, no los podía recuperar.

Con lo que me quedaba tampoco podía llegar muy lejos. La *baraka* que me acompañaba desde que dejé Jartum había acabado por esfumarse. ¿Qué hacer, pues?

Al día siguiente, recorriendo el puerto de Hodeida, me llamó la atención un barco no muy grande recién pintado de rojo oxidado. *Red Sea Star*, se llamaba y estaba matriculado en Port Sudan. Ascendí la escalerilla y me llevaron ante un capitán sudanés enorme, afable y chistoso que quiso saber si conocía su país. Le conté algunas peripecias mientras él servía unas copitas de *arrack* con hielo. No había pasado mucho tiempo cuando me invitó a viajar con ellos. Zarpamos al amanecer pero no rumbo a Adén ni a ningún puerto del Índico. El *Red Sea Star* regresaba a Port Sudan.

«En dos días estaré en el *fonduq* de Dimitri», me dije, y sentí una punzada. ¿Y luego? No me quedaba más remedio que volver a Jartum, y de allí volar a casa. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Unos meses antes –¿podía medirse en tiempo físico todo lo vivido?–, partía hacia lo desconocido. No existían límites y un mundo fascinante se ofrecía ante mí. Y ahora, mientras las casas de Hodeida se hacían cada vez más pequeñas hasta desaparecer en el horizonte, todo se desvanecía, al igual que de niño, cuando se encendían las luces de la plaza y los zíngaros atrapaban a Simbad en las bobinas y se lo llevaban.

7

Um Kulzum y los saltimbanquis egipcios

No pude proseguir mi sueño, pero tampoco regresé a casa; aquel mundo me había atrapado. Apenas me detuve en Port Sudan pues Dimitri había salido de viaje y nada me retenía allí. Pero, camino de Jartum, en la ciudad sudanesa de Wad Medanine sucedió algo que cambió mi rumbo una vez más.

Wad Medanine era la capital de la rica provincia de Gezira, una gran extensión de tierra de aluvión entre el Nilo Azul, que bajaba de las montañas de Etiopía, y el Nilo Blanco, que llegaba del centro de África. El calor, el famoso limo del río sagrado y el agua abundante hacían que frutas y hortalizas brotaran con gran energía y alcanzaran tamaños fabulosos, como si fuera jauja: calabacines de dos palmos, zanahorias descomunales y sandías y melones para saciar a los gigantes.

En aquella ciudad recaí de la malaria, aunque esta vez la enfermedad era ya una vieja conocida y en seguida reaccioné a sus síntomas. Pasé la convalecencia en una pensión que daba a una plaza de palmeras reales; era fresca y limpia y mi habitación estaba encalada de un relajante verde claro. En un par de semanas me recuperé gracias a la novoquina y a aquellas prodigiosas hortalizas. Una tarde, tras mi paseo habitual hasta la orilla del Nilo Azul, donde los camioneros hundían el morro de sus Bedford hasta casi cubrir las ruedas, para enjabonarlos con el mismo cariño con que lo hacen los cuidadores de elefantes en los ríos del Decán, descubrí que ya no era el único huésped de la pensión.

La presencia de los recién llegados se dejaba notar, ¡y cómo! Se trataba de los artistas de un circo ambulante egipcio que había venido por el Nilo y estaba ya regresando a su país siguiendo la misma –y única posible– ruta. Aquella troupe de saltimbanquis salidos de una película de comediantes de posguerra había tomado posesión de la recepción. Allí estaban el mago, elegante como un Douglas Fairbanks cairota, y las bailarinas orientales Yamila y Samira, bien entradas en carnes como les gustaban a los egipcios, con sus batas de fantasía verde y rosa y sus melenas crepadas atiborradas de laca. Completaban el grupo Fuad el enano casado con Samira, tres acróbatas cuyo nombre no recuerdo y dos mozalbetes que siempre estaban juntos y que hacían de león. Sí, el león, porque aquel circo era de muy bajo presupuesto; los propios artistas se encargaban de vender las entradas, de cargar y descargar los trastos y de remendar los descoloridos trajes

de fantasía, así que no había dinero para animales de verdad. Samira, antes de la danza del vientre, salía a escena con un inmenso aro por el que hacía pasar a los inseparables mozalbetes. El león, después de algunas acrobacias, se arrancaba la cabeza de cartón y aparecía la del primer muchacho, que se inclinaba reverente ante un público que, gracias a Dios (*al hamdulilá*), no le lapidaba con aquellos asombrosos frutos de la tierra, pero sí le insultaba porque querían ver de una vez, o, mejor dicho, adivinar –no olvidemos que seguimos en tierras del islam– las temblorosas carnes de Samira. Finalmente el león acababa por partirse en dos y el joven que hacía de cuarto trasero apenas lograba arrancar unos aplausos tras describir un círculo de sorprendentes volteretas.

En la pensión, ajeno a la algarabía de la troupe, como un aristócrata venido a menos que nada tuviera que ver con los demás, el elegante mago fumaba con parsimonia su narguile, bajo el gran ventilador de la sala. Samira se acercó a mi butaca para contarme que cuando estaba en El Cairo bailaba en el Ramsés, un cabaret de lujo de la avenida de las Pirámides. Algún tiempo después, cuando estuve viviendo largos años en aquella ciudad, pregunté por ella en dicho local, entre árabes del Golfo que se dejaban los petrodólares mojándolos con saliva antes de estamparlos en el escote de las despechugadas danzarinas orientales, pero por supuesto, nadie, absolutamente nadie, había oído hablar de ella ni de los saltimbanquis. Samira, que no perdía de vista ni un segundo su neceser Samsonite de varios pisos, traído para ella desde Dubai, me habló de sus éxitos en Japón y, como prueba, soltó un socorrido *¡S-a-y-o-n-a-r-a!,* la única palabra que, al parecer, recordaba. Su marido, el enano Fuad, ruidoso e inquieto como un niño, le ponía evidentemente de los nervios y, en su inglés peculiar, Samira me aclaró que cuando se volvía insoportable lo levantaba con los brazos y lo abandonaba un buen rato pataleando en lo alto de un armario hasta que se le pasaba el berrinche. Los egipcios permanecieron unos días en la ciudad y yo ejercía de invitado oficial en sus funciones. Samira no cesaba de repetir:

–A estos *fellahin* ('campesinos') les impresiona mucho ver a un *jauaga* entre el público.

Cada noche tras la función, la troupe se apiñaba en torno a un gran radiocasete y escuchaba a Um Kulzum, en silencio, como en un ritual. Se olvidaban las rencillas: Fuad dejaba de incordiar, Samira y Yamila suspiraban con cada gemido y cada desgarro de la gran cantante y ¿el mago? El mago llenaba la cazoleta del narguile con pellizcos de un oloroso hachís. En cuanto a los mozalbetes, siempre encima uno del otro, como si la vida sin estar pegados no fuera posible, se cogían y sobaban las manos como si fueran dos soldados

paquistaníes.

Cuando Um Kulzum cantaba, los egipcios cerraban los ojos y se dejaban llevar. Me impresionaron. Vibraban con la música. Con ellos experimenté por primera vez el trance colectivo de escuchar a Um Kulzum. Cuando ella, con su voz telúrica, pronunciaba *il baher* ('el mar'), una gran ola de emoción nos arrastraba sin remedio, mientras que al siguiente fraseo aquel mismo *il baher* se convertía en un mar inerte como el mercurio, inmensamente triste, un mar sin luz. Cuando Um Kulzum invocaba *il leil* ('la noche'), un telón de oscuridad se cernía sobre nosotros; era la noche del olvido, la de los años interminables esperando al amante que nunca habría de llegar, la de sufrir en silencio, la larga noche de la humillación árabe. Pero bastaba una inflexión de su voz para que aquella noche angustiosa se convirtiera en el manto de estrellas que había de guardar el secreto del encuentro.

Tras la función, el mago me contaba historias sobre la diva egipcia. Que si antes de salir a escena hacía quemar en un incensario resinas aromáticas entre las que no faltaba el aceite de hachís; que si guardaba siempre en el pañuelo de seda que sostenía en la mano izquierda en todas sus actuaciones una bola de opio que penetraba en sus poros a través del sudor; que si convocaba a los *yenún* para atraer a los mejores poetas y músicos y así mantenerlos enamorados sin esperanza alguna, con el fin de que compusieran sólo para ella sus melodías y versos más excelsos; que si tras un maravilloso solo de salterio que provocó el delirio en la audiencia prohibió al músico que volviera a improvisar de aquel modo, y el maestro, herido en el alma, se levantó y jamás volvió a tocar en público...

Una noche, el mago me habló de la única rival que llegó a tener Um Kulzum: la princesa drusa Asmahan, hermana del también cantante y actor Farid el Atrash, y que fue la única que a punto estuvo de hacerle sombra por unos años. Se decía que durante la Segunda Guerra Mundial, tanto las fuerzas del Eje como los aliados solicitaron sus servicios como espía y que fue asesinada por agentes secretos de una potencia extranjera. Aunque no faltaba quien aseguraba que fue la propia Um Kulzum, muerta de envidia, la que hizo cortar, quién sabe si con sus propias manos, el cable de los frenos del coche de Asmahan.

–Todo sucedió durante un rodaje. –El mago me miró a los ojos mientras aspiraba el humo que se filtraba a través de la pipa de agua, produciendo grandes y sonoros borbotones–. Asmahan vivía una pasión ilícita en la pantalla y, según la moral, debía ser castigada. Sufriría un accidente de coche a orillas del Nilo, pero el vehículo no paró a tiempo para que la cantante pudiera descender para ser sustituida por un muñeco. Los frenos fallaron y la desgraciada princesa se precipitó fatalmente en el río. Unos pescadores que

presenciaron el suceso contaron que del Nilo surgió un gran ibis blanco que se posó sobre el coche, que aún había de flotar durante unos largos segundos, antes de emprender el vuelo hacia el infinito. Los testigos afirmaron que se trataba del alma, *il ruh*, de la desgraciada Asmahan, que no había conocido ni el amor ni la tranquilidad en esta vida y que, por fin libre, volaba hacia las alturas.

El mago colocó unos pedacitos de opio en la cazoleta del narguile.

–No me gustaría –dijo– que pensara que le doy mucho al opio. Únicamente lo uso cuando siento que el hachís se me sube demasiado a la cabeza, entonces tomo algo de *afium* y todo vuelve a su lugar.

Aspiró con fuerza y tras un intenso borboteo, mantuvo largo tiempo el humo en sus pulmones hasta estallar en un interminable ataque de tos. Me pasó la boquilla y bebió un buen trago de agua.

–Cuando venga a El Cairo, porque estoy seguro de que lo hará –rió–, le llevaré a las *gorsas*, los fumaderos de Bataniya o de Misr el Qadima. Ya verá. ¡Aquello sí que es hachís de calidad!

Las famosas *gorsas*, descubrí más tarde, toleradas durante la época de Sadat –un gran *hashah* o fumador de hachís, afirmaban– eran unos garitos curiosos, parecidos a los humildes cafetines de barrio egipcios pero al resguardo de miradas indiscretas. Dispuestas en habitaciones cerradas o incluso camufladas tras una montaña de cajas de embalaje, como había visto en un callejón de Port Said, en las *gorsas* siempre había un variopinto muestrario de torturados rostros de los bajos fondos, que respondían con un discreto «*Aleykum Salam*». Incluso a veces una pareja de policías se colaba en el interior y fumaba gratuitamente unas rondas. Nada más llegar, un empleado sostenía la pipa de agua en una mano y un colador con brasas en la otra y colocaba el hachís, que había que aspirar en larguísimas bocanadas. Parecía existir una competición para ver quién era capaz de absorber mayor cantidad de humo y durante más tiempo. Tras fumar no estaba bien visto permanecer en el local, y al abandonarlo uno se enfrentaba con las luces de la noche, que giraban enloquecidas como en un tiovivo de feria, y había que buscar entonces un cafetín en el que reposar durante un buen rato frente a un fuerte café *à la turque* y observar el vaivén de El Cairo, *Um e Dunia* (‘la madre del mundo’).

Una de las noches, el mago nos hizo escuchar una melopea de Um Kulzum. Se trataba de un lamento de amor compuesto por un príncipe, que cantaba la añoranza entre dos amantes separados por el fatal destino. El amante prometía a su amada regresar en su búsqueda

al cabo de los años, mientras ella no dejaba de pensar en él ni de suspirar un solo día, un solo minuto de su vida. Y cuando su amado regresó al cabo de muchísimo tiempo, ella, con voz dura como una roca, aunque en su interior siguiera llorando, a través de la celosía fingió no reconocerlo, dado que el tiempo, que transcurre para todos, había dejado su huella en la amada, que no hubiera soportado ver la decepción en el rostro de él. Así era el amor hudrí, el amor imposible, la máxima expresión para algunos del verdadero amor.

Acabada la trágica canción, el mago rompió el silencio:

–Mientras Asmahan representaba el antiguo régimen de Faruk, el orondo rey que parecía más preocupado por sus cortesanas que por su pueblo, Um Kulzum representaba el Egipto moderno –me aclaró–. Ella estaba ligada íntimamente a la figura de Nasser, pasaba revista a las tropas junto al rais y cantó canciones patrióticas cuando Egipto estaba en peligro. A la muerte de Nasser, su figura comenzó a tambalearse. Dicen que Jihane Sadat, la mujer del presidente, muerta de envidia ante la fama y las obras de beneficencia de la gran cantante, a quien los egipcios denominaban *I Sit* ('la señora'), hizo todo lo posible para que sus canciones apenas fueran radiadas, porque estaba decidida a ser ella, Jihane Sadat, la única «señora» de Egipto.

El mago lanzó dos aros de humo hacia el ventilador del techo.

–Cuentan que una noche, durante una recepción, Um Kulzum, que conocía a Sadat desde la época en que éste era un simple ayudante de Nasser, se dirigió a él familiarmente como era su costumbre, y una enfurecida Jihane le advirtió que, a partir de aquel momento, debería dirigirse a su marido observando el más estricto protocolo. Um Kulzum se mordió la lengua y abandonó airada la recepción para recluirse en su villa de Zamalek, a orillas del Nilo. Rezó, se acostó en la cama y ya no volvió a despertarse. No quiso vivir lo que se avecinaba: su tiempo acabó con Nasser.

La última noche en Wad Medanine, la troupe escuchaba «Al Uela fi al garam», un tema compuesto por Zachariah Ahmed, cuando llegó la apoteosis. Um Kulzum cantaba los amores imposibles –¡otra vez el amor hudrí!– de un joven que acudía al campamento para fugarse con su amada, y descubría que la familia, enterada de sus planes, había abandonado el lugar en la noche. Una tormenta del desierto acabó por borrar la huellas, de modo que el amante no sabía qué dirección tomar. Sin embargo, las brasas de la fogata –al igual que su amor– seguían ardiendo.

–Mañana dejaremos este lugar –exclamó el mago cuando regresó a este mundo tras escuchar a la diva egipcia– y después actuaremos en Jartum, Karima, Dongola, Wadi Halfa, entraremos en Egipto y

proseguiremos por Asuán, Luxor, Quena, Sohag, Asiut, El Minya, Beni Suef...

Y entonces, viendo que aquella sucesión de ciudades provincianas no lograba impresionarme añadió:

–El Cairo, Alejandría, Londres y San Francisco... –¡Como si estas dos últimas ciudades se encontraran una tras otra a orillas del Nilo!

–*Taala maana* ('Ven con nosotros') –propuso el mago, y aquella misma noche decidí unirme a la troupe.

Quería instalarme en El Cairo, que seguía siendo el corazón del mundo árabe. Un mundo que sentía cercano y que quería conocer. A mis veintipocos años, aquellos egipcios del circo vinieron a ser para mí lo mismo que los zíngaros de la infancia, pero ahora, en Wad Medanine, ya no temía que se me llevaran.

Me fui con ellos a El Cairo, una de las decisiones más importantes de mi vida. Viví cinco años en aquella magnífica ciudad contradictoria, en la que era posible cambiar de siglo según la línea de autobús escogida y donde los sentimientos encontrados de amor y odio se entrecruzaban a lo largo de un mismo día. Los árabes del mar me llevaron a los del desierto. Me encontré fotografiando la vida cotidiana de los oasis de Egipto,[13] otro mundo que se iba en silencio, poco a poco, como engullido por una gran duna. Mi querido proyecto sobre los árabes del mar fue quedando relegado hasta caer en el olvido.

Un día, me vi involucrado en una supuesta conspiración política, acusado de ser el enlace exterior de unas células trotskistas. Me encarcelaron por una temporada en la prisión de alta seguridad de Al Qanater y me expulsaron del lugar que había elegido para vivir. El desgraciado suceso me apartó de aquel mundo de mis sueños durante veinte largos años. Me sentía en el exilio y algunas noches soñaba. Soñaba que regresaba a El Cairo. Volaba, como sólo en los sueños podía hacerse, a la deriva. Me elevaba por encima del Nilo, junto al moderno edificio de la radiotelevisión egipcia donde había trabajado varios años, luego proseguía por la plaza Tahrir, para continuar por Suleimán Basha, cerca, muy cerca de mi antiguo piso. ¡Cómo echaba en falta el viejo ascensor a la parisina, aquellos suelos de madera gastada y los apolillados sofás de terciopelo de color de cortina de viejo teatro! Pero, por lo visto, no era mi destino. ¡Ya está! Ahora sí lo adivinaba: ¡el café Riche! Durante años sentí nostalgia de ese lugar donde me sentaba para leer el *Journal d'Egypte*, beber un café a la turca y participar en las tertulias con mis amigos cairotas. Pero ¡ay!, se trataba de una quimera, yo era persona non grata en Egipto y, aunque algunas noches conseguía regresar en sueños, jamás logré alcanzar aquel café. Tan sólo una madrugada, en la que desperté sudando, con el corazón acelerado, conseguí adivinar, antes de que se desvaneciera,

el toldo verde que protegía la terraza del Riche del sol de Egipto.

Segunda parte

DE LOS PUERTOS DE ARABIA A LA COSTA DE LOS ZENJ

1

Dubai, 2002

El avión dio un bandazo y allí donde en otro tiempo debió de estar la somnolienta Dubai, con sus casas blancas reflejadas en el puerto donde fondeaban los veleros árabes, apareció por la ventanilla la ciudad más futurista del mundo, con atrevidos rascacielos de acero y cristal y un sinfín de autopistas que no parecían llevar a ninguna parte, mientras en la distancia una procesión de petroleros surcaba el Golfo Pérsico en ambas direcciones. Me acordé entonces del desánimo que invadió a Wilfred Thesiger, el explorador inglés enamorado de los árabes del desierto, cuando de regreso al cabo de los años comprobó cómo la cultura que tanto amaba había sido barrida en apenas dos generaciones por el indigesto maná del petróleo.

Como en los viejos tiempos, cuando las ciudades de la costa de Arabia actuaban de puerto franco y en sus muelles se apiñaban las maravillas de todo el Índico, la moderna Dubai se mostraba como un inmenso y fabuloso centro comercial y, al igual que Miami para América Latina, o Hong Kong y Singapur en el sudeste asiático, ejercía una poderosa influencia en toda la región. Si acudían gentes de casi toda África y Asia para comprar y trapichear era porque Dubai ofrecía de todo: oro, artilugios electrónicos, ropa, animales exóticos e incluso una discreta y oculta *dolce vita*, que suponía una válvula de escape al rigorismo exacerbado de tantas sociedades de la región.

Mientras el último sol del desierto derramaba haces de oro en aquella sala futurista del aeropuerto, me pregunté si mi decisión de reanudar el viaje interrumpido veinticinco años atrás no habría llegado demasiado tarde.

Desde luego, no era el recuerdo de las desventuras por los pantanos del sur del Sudán lo que de nuevo me había puesto en marcha. Tampoco los viajes en camión sobre sacas de cemento por inmensos parajes primigenios. Era aquel mundo de los árabes del mar soñado en la infancia, y al que conseguí asomarme en los puertos del mar Rojo, el que de nuevo regresaba a mí tras haber permanecido atrapado largos años, como el genio del cuento.

Fue un correo electrónico lo que destapó la botella. Era de Carla Serantoni, una vieja amiga italiana a quien frecuenté algunos años en El Cairo y que, tras trabajar en Nairobi, había acabado por instalarse en la isla de Lamu, en la costa africana del Índico, un territorio que había pertenecido al sultanato de Omán.

Caro amico:

¿En qué idioma debo decirte que vengas? Ahora mismo, mientras te escribo, veo el amplio canal que separa Lamu de la isla de Manda. No me canso nunca de contemplar los veleros árabes, que lo surcan día y noche con sus velas desplegadas sobre el horizonte de manglares. Al atardecer los elefantes cruzan a nado el canal que separa Manda del continente para robar frutas y hortalizas de los huertos. Los enojados campesinos a veces logran ahuyentarlos a golpes de cacerola. Algunas noches de luna llena, cuando la marea baja es más pronunciada, los leones se aproximan para devorar las cabras y vacas que cuidan los pastores somalíes. Antes, cada vez que iba a Europa, los campesinos me encargaban petardos y tracas para ahuyentar a las manadas pero ahora cualquiera se atreve a meter nada en la maleta. ¡Lamu te gustaría tanto! No hay coches, todo el transporte se hace a lomos de burritos o en dhows. La ciudad es un pequeño laberinto de callejuelas estrechas. Algunos de los que viven aquí son originarios del Hadramaut, en el Yemen; los más aristocráticos vinieron de Omán y siguen vistiendo como en ese país. Y además, y sé que esto te gustará, aquí también creen en los *yenún*. Algunos están poseídos por espíritus y deben realizar determinadas ceremonias para tenerles contentos.

Ven. Aquí tus árabes del mar siguen existiendo. No olvido nuestras conversaciones y todo lo que me contabas. Ven.

CARLA

¡Los árabes del mar!

Mi amiga acababa de activar un viejo resorte, aunque Carla había procurado, sibilina, tocar todas las teclas que pudieran despertar mi interés, no creo que fuera plenamente consciente de lo que iba a desencadenar. Aquel correo electrónico suscitó en mí un alud de recuerdos: las noches de Jartum, la somnolienta Port Sudan o las ruinas de Sauakin y de Moca, aquellas ciudades fantasma, en su día orgullosos emporios y que un día el olvido cubrió con su sombra.

Pero por encima de aquellas ciudades de leyenda que languidecían calcinadas por el sol y corroídas por el salitre, recordaba a las personas. Aquellos bellos hadandaua del camión Bedford, el etíope Bashe Bayene o el ugandés Gayton, mi compañero en la malaria. ¿Y Dimitri?, ¿habría acabado por emigrar a Londres? Su madre sin duda habría muerto, pero ¿y Habib, el criado chadiano? ¿Qué se habría hecho de mi amigo Abdelaziz?, ¿viviría aún? No, no podía ser, porque en ese caso debería tener más de cien años. Tampoco su hermano, Jafar, el viejo capitán, ni Cheij Abas, aunque sí quizá la anciana Aziza, vieja como el tiempo, que acudiría de vez en cuando al cementerio para recordar a su marido. Llenaría un pequeño cuenco con agua y depositaría una rama de palmera sobre su tumba, un montículo anónimo de tierra en la pequeña colina desde la que se dominaba el palmeral ondulante que se precipitaba en el mar.

Cuando anunciaron por fin la salida del avión hacia Mascate sentí inquietud pues había llegado el momento de concretar mi proyecto de reencuentro con los árabes del mar. Tuve un momento de angustia: no

había vuelta atrás. Si veinticinco años antes aquél era un mundo que desaparecía, ¿qué quedaría ahora? Mientras nos elevábamos sobre la moderna Dubai, me pregunté si era posible retomar los sueños donde un día se dejaron.

2

El sultanato

Nada más aterrizar en Omán, el penetrante olor a jazmín del amanecer nos dio la bienvenida. Pese a ser invierno la temperatura rozaría ya los treinta grados. Desde lo alto de la escalerilla me sorprendió el torturado macizo de Yébel Ajdar ('la Montaña Verde'), que corría paralelo a la costa y cuyas cumbres, doradas por los primeros rayos del sol, superaban los tres mil metros. Al igual que las montañas del Yemen, las de Omán conseguían atrapar la lluvia de los monzones, que sabiamente encauzada en los *aflaj*, un sofisticado sistema de acequias y acueductos, había hecho posible la vida en una de las regiones más áridas del mundo. Pronto el personal de tierra nos dio permiso para descender del avión y mientras nos encaminábamos por la pista al edificio del aeropuerto, me giré para contemplar un extenso palmeral que se recortaba sobre el centelleante mar de Arabia, del que emergía un disco enorme y rojo.

Las instalaciones eran modernas y funcionales, tal como correspondía a la imagen del sultanato de Omán que, a pesar de su nombre de cuento, era el menos ostentoso y despilfarrador de los países del Golfo. Un empleado de origen indio agitaba un incensario y la nube aromática y dulzona se difundió por los rincones de la sala para recordar a los visitantes que se encontraban en el país del incienso.

En la sección de visados me esperaba un sesentón bajito y orondo, dotado de una tupida barba, que vestía la tradicional *dishdasha* ('la yelabía omaní'), con una *faruja* ('borla') impregnada de perfume cosida al cuello, se tocaba con un turbante de cachemira y portaba unas gafas oscuras que sólo se quitaba para frotarse su único y maltrecho ojo. Sostenía un cartoncillo con mi nombre y el de otra persona y, nada más identificarme, espetó un sonoro y cálido:

–*Ahlan u sahlan* ('Bienvenido').

Haj Amr era funcionario del Ministerio de Información del sultanato y se iba a ocupar de mí durante los primeros días en Omán.

La otra persona a quien él esperaba era una periodista de la CNN, una norteamericana que recorría la región para hablar de «las monarquías del Golfo Pérsico enfrentadas a los desafíos del siglo XXI», comentó. Los trámites fueron muy rápidos y a los pocos minutos nos encontrábamos en un impresionante automóvil del ministerio camino de Mascate.

–Omán es el primer país de todo el mundo árabe por donde sale

el sol –anunció Haj Amr, y todos miramos por la ventanilla aquel disco cegador que se elevaba ya por encima del mar de Arabia.

En efecto, me encontraba en el país árabe más oriental, una peculiaridad geográfica que iba a ser determinante en su historia porque, separado del resto de la Península Arábiga por la imponente cadena montañosa de Yébel Ajdar y por Rub al Jali, el desierto más cruel del mundo, Omán buscó siempre su futuro allende los mares. Geográficamente era una avanzadilla hacia las costas del subcontinente indio y también una plataforma hacia las de África. Mascate, por ejemplo, se hallaba más cerca de Bombay que de El Cairo. Su posición en el Índico y su vocación de ultramar hicieron de Omán un país distinto y abierto a la influencia india, persa y africana.

El coche del ministerio enfilaba a toda velocidad la impecable autopista ajardinada que conducía a la capital. Un batallón de emigrantes del subcontinente indio embutidos en sus monos azules, entre los que no faltaban algunos sijs, se afanaban en mantener bien cuidados los interminables parterres, sustituyendo gladiolos y pensamientos marchitos, o podando los setos de buganvillas de colores. Lo primero que me llamó la atención, acostumbrado a un Oriente por lo general muy relajado en lo que a higiene se refiere, fue la limpieza impecable. Recordé las palabras de mi amigo egipcio Sonallah Ibrahim, que quedó impactado nada más aterrizar aquí por lo cuidado que estaba todo y porque no se veía un solo papel por las calles. Cuando me lo contó, lo tomé como una excentricidad de las suyas, pero era rigurosamente cierto. Omán en este aspecto era una Suiza oriental.

Los primeros barrios se desparramaban blancos entre las montañas desnudas y el mar, ocupando los *uadis*, es decir, los lechos secos de los ríos. De vez en cuando, tras un promontorio, se divisaban fugazmente depósitos de gas o de petróleo junto al mar turquesa. En otras ocasiones nos acercábamos a la montaña desnuda, coronada por inmensos radares y antenas, donde los camiones militares ascendían una cuesta pronunciada levantando una nube de polvo.

El gran Mascate consistía en realidad en un conjunto de núcleos urbanos bien diferenciados, que habían surgido en los últimos treinta años al amparo de la riqueza generada por el oro negro.

–Nada de esto existía antes –explicó Haj Amr, como si leyera mis pensamientos–. Cuando yo era un muchacho, Mascate estaba amurallada y cerraban las puertas al atardecer.

¿Qué diría el antiguo sultán Sayed, padre del actual monarca Qabus, si levantara la cabeza? Durante todo su reinado, Sayed mantuvo Omán en el aislamiento y, al igual que los imanes del

Yemen, prohibió las gafas, el fútbol y las escuelas. El país, traumatizado aún por la pérdida, en el siglo XIX, de las posesiones de ultramar, que incluían Mombasa, Zanzíbar o Lamu, tampoco se había recuperado de las luchas fraticidas por el poder y estaba cerrado a cal y canto a las influencias del mundo exterior. No saldría de su larga noche hasta la década de los setenta con el golpe palaciego de su hijo, el carismático Qabus, quien, con los ingresos del gas y del petróleo recién descubiertos, llevaría por fin la modernidad a este rincón de Arabia.

A mi lado, la periodista americana dejó por fin de hablar por el móvil y se interesó por el futuro del régimen, pues el sultán nunca había mostrado excesiva disposición por la vida familiar y carecía de descendencia. Sus intentos de sonsacar a Haj Amr toparon con su hermetismo, ya que si algún tema era tabú en el sultanato era precisamente éste. La enviada de la CNN disponía de una semana para recorrer toda la región.

–Mañana viajo a Bahrein, luego a Qatar y al día siguiente a Kuwait. Después debo regresar a Atlanta para volar a Singapur...

Volvió a sonar su móvil, pero esta vez, tras consultar la pantalla, no contestó. Desde luego no podía perder el tiempo y comenzó a desgranar un rosario de preguntas delicadas que eran desviadas, una a una, con diplomacia por aquel funcionario del Ministerio de Información. Haj Amr se limitó a explicar que, como cada año, *His Majesty* estaba de gira por los rincones más remotos del país para recabar las inquietudes de su pueblo, concediendo audiencias a la manera tradicional árabe, escuchando quejas y ruegos.

La periodista americana, sin esperar que Haj Amr concluyera, me contó que el monarca había decidido que a su muerte los hombres de la familia real dispondrían de tres días para designar de común acuerdo al nuevo sultán, que debería ser un varón de la dinastía reinante de los Bu Said. De no llegar a un consenso –me aclaró, sin percatarse de mi escaso interés por los pormenores sucesorios–, el ministro de Defensa abriría un sobre en el que el sultán Qabus dejaría escrito el nombre del heredero al trono.

–Y a usted, ¿qué le trae por aquí? –me preguntó mientras comprobaba los mensajes en el móvil.

Le hablé de mi interés por los árabes del mar:

–Espero que no todo haya quedado sepultado bajo autopistas y centros comerciales de lujo –murmuré, ante la sucesión de edificios y complejos que desfilaban por la ventanilla–. Quiero recorrer el país y buscar a los antiguos capitanes de los veleros que seguían la ruta de los monzones –añadí–. Comenzaré por visitar el Zufar, el país del

incienso, y después seguiré por la costa de Omán. Luego saltaré a África para recorrer los antiguos sultanatos que en su día formaron parte del imperio de Omán y acabaré mi periplo en Zanzíbar.

–*How exciting!* –replicó sin que sus rutinarias palabras dejaran traslucir un genuino interés y sin que supiera, estaba convencido, de qué le estaba hablando.

En definitiva: ¿qué eran los árabes sino un puñado de fastidiosos beduinos de bárbaras costumbres, empeñados en vagar por el desierto? Ahora bien: bajo él se extendía un mar de petróleo imprescindible para que una multitud de datos siguieran desfilando a toda velocidad a pie de pantalla de aquellas cadenas americanas presentes en los rincones más recónditos del planeta, donde ni siquiera llegaba la señal de la televisión del país.

¿Qué significaba informar para aquellas cadenas de noticias?, pensaba mientras nos acercábamos a la ciudad. «¿Salir en busca de imágenes e informaciones elaboradas de antemano, que apuntalaran aún más los tópicos? ¿Seguir perpetuando ad nauseam la ecuación de árabe igual a nómada, igual a civilización anquilosada, igual a bárbaras costumbres, igual a incompatibilidad con el mundo de hoy, igual poco menos que a terrorista?

Mientras, sus bostezos, apenas disimulados, delataban que la periodista había perdido interés por la conversación.

–¡Zanzíbar...! –suspiró el funcionario–. ¿Ha dicho que irá usted a Zanzíbar? Para nosotros es un lugar muy especial. Yo pasé allí mi infancia, pero dejamos aquellas benditas tierras justo antes de la revolución de los negros, que acabó masacrando a los árabes. Mi padre intuía con razón que las cosas se pondrían aún más feas. En casa a veces aún hablamos suajili entre nosotros.

Tras la revolución del 62, muchos zanzibaríes de origen árabe se exiliaron a los emiratos del Golfo, y no a Omán, la antigua metrópoli, que estaba aún bajo el sultán que la mantenía cerrada al mundo. Unos años después, su hijo Qabus, el nuevo sultán, les concedió la nacionalidad y el regreso de aquella diáspora fue una bendición para el país. Se trataba de gente muy preparada: médicos, ingenieros, hombres de negocios... Me recordaba, en cierto modo, el impacto que supuso para la sociedad mexicana la llegada de los republicanos españoles.

La autopista, convertida ya en ronda urbana, continuaba alzada sobre un viaducto, o atravesaba un barrio nuevo. De vez en cuando, en la confluencia con otras vías se erguían grandes estatuas consagradas a elementos típicos de Omán. La más repetida era una descomunal cafetera árabe, con el pitorro en forma de pico de aguilucho,

flanqueada por sus tazas, como si se tratara de una gallina clueca que arropara sus polluelos. Pero también se veían otras interesantes representaciones: un arcón repleto de collares de perlas, coronas de oro y otras joyas de yeso pintado, a modo del tesoro de Alí Babá, veleros como el de Simbad, esculturas que reproducían gacelas del desierto o los esbeltos órix. No tardaron en aparecer complicados monumentos dedicados al agua con fuentes, estanques y surtidores; incluso una espectacular catarata, por supuesto artificial, que de noche, me dijo Haj Amr, era iluminada con rayos láser.

Todo se veía pulcro, la jardinería era exquisita y el mobiliario urbano, muy cuidado. Hasta los aparatos de aire acondicionado y los depósitos de agua quedaban ocultos tras celosías de estilo árabe. En algún lugar había leído que el sultán solía visitar de incógnito los distintos barrios para comprobar personalmente el estado de las calles, la iluminación y la limpieza.

Al principio me sorprendió ver indios y filipinos que cruzaban la autopista a la brava, pero no era tan de extrañar: al fin y al cabo no había visto ni un solo semáforo, ni puente o paso subterráneo para los peatones en una treintena de kilómetros. Y es que Mascate, al igual que otras ciudades del Golfo, no fue diseñada para caminar. El modelo americano era el urbanismo imperante y quien no disponía de automóvil para desplazarse se veía obligado a dar inmensos rodeos o a jugarse la vida al atravesar las grandes avenidas.

Aquí y allá se alzaban espectaculares mezquitas.

–Ésta es la más grande del sultanato –dijo Haj Amr, señalando una aún en construcción.

La siguiente, inspirada en el estilo otomano, recordaba con su cúpula y altos minaretes las mezquitas de Estambul o la de la ciudadela de El Cairo. Más allá se levantaba una tercera del más tradicional estilo fatimí. Pero todas ellas databan de la última década.

–Nos acercamos al barrio de los ministerios –indicó Haj Amr.

Un edificio gubernamental destacaba por sus capiteles dorados y columnas inspiradas en el templo de Edfú. Otro ministerio, con sus almenas como de castillo de arena, recordaba a los fortines omaníes.

Nos deslizábamos raudo por encima de un canal de manglares para acercarnos a la zona residencial de Al Qurum, que dominaba una magnífica playa de aguas transparentes. Numerosas villas racionalistas o de inspiración árabe, con cúpulas y celosías, se dispersaban sobre un cabo que se adentraba en el mar de Arabia. Frondosos jardincillos las rodeaban, con buganvillas, jazmines, palmeras, cedros, araucarias o cipreses. Una vegetación exuberante como la que sólo crece en el desierto cuando es regado con generosidad.

–Ahora estamos entrando en el sector de negocios de Ruwi –dijo Haj Amr.

Se trataba de un distrito impersonal, de grandes edificios coronados por anuncios de Hitachi, Toyota o Sony, donde tenían su sede los principales bancos y empresas. Me sorprendieron los escasos letreros escritos en árabe; la mayoría estaban en inglés, pero lo cierto es que casi una quinta parte de la población era de origen asiático, sobre todo del subcontinente indio, que ocupaba puestos de trabajo en toda la escala social, desde barrenderos a altos ejecutivos de importantes empresas.

Al llegar a una rotonda presidida por otro de aquellos curiosos monumentos, esta vez una descomunal tinaja de la que manaba un gran chorro de agua que accionaba una complicada noria, el chófer torció a la izquierda para aparcar bajo una marquesina. Habíamos llegado al hotel.

Dos chicos indios en uniforme de botones, rojo y dorado, acudieron en seguida para arrebatarnos los bultos con carritos portaequipaje, por supuesto también dorados. Entramos en un desmesurado hall de mármol presidido por un lujoso todoterreno expuesto sobre una plataforma giratoria. El ambiente, como iba a comprobar en todos los lugares públicos de Omán, era gélido, pues los climatizadores estaban programados para lograr la sensación de primavera suiza y la diferencia de temperatura entre el interior y el exterior podía superar perfectamente los quince o veinte grados. Entregué mi pasaporte a la bella hindú de la recepción y nos sentamos en uno de los rincones, que reproducían interiores omaníes con abundancia de cojines, el imprescindible incensario y un hornillo de cobre reluciente sobre el que humeaba una cafetera del mismo metal. Por el hilo musical sonaban los acordes de una edulcorada guitarra flamenca.

Haj Amr escanció un fuerte café aromatizado con semillas de cardamomo, que él no bebió por estar en ramadán. Yo sorbí las tres tacitas de rigor sin olvidar agitar la última, tal como me enseñara veinticinco años atrás mi amigo Abdelaziz. De no hacer este gesto, el funcionario me hubiera seguido ofreciendo café y aceptar más de una tercera taza era signo de una pésima educación. Como también lo era rechazarlo. Si uno no quería beber café, bastaba con dejarse servir un poco y agitar en seguida la tacita. No había necesidad siquiera de beberlo, resultaba suficiente el ademán de acercarlo a los labios, así no se quebraba el ritual y el anfitrión quedaba contento.

–¡Ah...! –exclamó Haj Amr con satisfacción–. Veo que conoce usted nuestras costumbres. ¿Ha estado aquí antes?

–No, no, pero hace muchos años estuve en el mar Rojo.

Desde la habitación del decimosexto piso se contemplaba un barrio impersonal de modernos edificios blancos que contrastaban con las montañas ocres que empezaban a perder relieve y difuminarse a medida que ascendía el sol. Corrí las cortinas y me tumbé sobre la cama. Todo había resultado muy fácil. Tras el e-mail de Carla, solicité el apoyo del sultanato de Omán para escribir mi libro. Como siempre ocurre, cuando ya no lo esperaba, me encontré un mensaje en el contestador:

–Soy Heulyn Reiner, representante para el sur de Europa del Ministerio de Información del sultanato de Omán. Las autoridades han estudiado su propuesta y han aceptado invitarle a recorrer el país. Sólo tiene que fijar las fechas.

No tardé en quedarme dormido. Debieron pasar unas tres horas hasta que sonó el teléfono.

–*Sabah il jer* ('Buenos días'). Soy Assem.

–¿Quién es Assem?

–¿No es usted el señor...?

–En efecto, pero no le conozco.

–Perdone por no haberle ido a buscar al aeropuerto –dijo aquella voz–. Pero usted no especificaba la hora de llegada, tampoco el hotel, aunque no me ha costado encontrarle. Los periodistas casi siempre son alojados en este Sheraton.

Assem era un poeta egipcio, redactor jefe de una revista cultural de gran prestigio en el mundo árabe. Yo había tratado, sin resultado de contactar con su director, pero mis faxes y correos electrónicos no habían obtenido respuesta. Y ahora, Assem me llamaba, según dijo, por cuenta propia.

–De acuerdo –respondí–. Esta tarde a las cinco en la recepción.

Me vestí y me fui a dar una vuelta por las instalaciones del hotel. El interiorismo del hall, con sus fuentes y cascadas y la vegetación exuberante, propiciaba rincones con mullidos sofás donde hallaban refugio e intimidad los ejecutivos japoneses, indios, siriolibaneses, chinos, americanos y europeos para sus reuniones de negocios con los omaníes. Éstos, armados con gadgets electrónicos de última generación, parecían rivalizar entre sí por la extremada blancura de sus *dishdashas*. ¿Cómo conseguirían, me preguntaba, conservar aquella pureza a lo largo de tantas horas en entornos tan polvorientos?

En el bar, donde durante el ramadán sólo se servían zumos y batidos, un grupo de chicas filipinas interpretaba en inglés temas estándares como «Love is in the air», «Yellow River» o «Rasputin», antes de atreverse con «Siboney», «Quizás, quizás», «Bésame mucho»,

y una larga tanda de hits latinos. En la sala principal, la pastelería ofrecía cruasanes importados de París y la floristería, rosas de Persia, orquídeas de Colombia y exóticas flores africanas a precio de oro. En el escaparate de la librería, destacaban los libros de Wilfred Thesiger, los manuales para los ejecutivos occidentales: aquellos *Do and do nots* ('Lo que se puede hacer y lo que no'), con que comportarse en las reuniones de negocios en el mundo árabe. Hojeé uno de aquellos prontuarios: explicaba que si querían cerrarse buenos tratos, uno debía interesarse tras la presentación por la salud del interlocutor y la de su familia, sin preguntar por la esposa, tras lo cual no se podía aún ir directamente al grano, sin esbozar primero un tema de conversación general, jamás de religión o política. Advertía que se vistieran ropas amplias, nunca shorts y que no se cruzaran las piernas, ni se mostraran las plantas de los pies si era invitado a sentarse en el suelo en una jaima durante alguna fiesta tradicional. Tampoco se podía, ¡jamás!, besar a las mujeres en las mejillas, pero en cambio sí a los hombres. Dos tipos agarrados constantemente de la mano no significaba que fuera una pareja homosexual, sino un gesto de pura y simple amistad. También se explicaba que, durante una reunión de negocios, si una de las partes cuchicheaba entre sí, no sólo no era de mala educación, sino que además se esperaba que la otra hiciera lo mismo. El manual concluía con ejemplos de fabulosos negocios que se habían ido al traste por culpa del choque cultural.

Salí al exterior pero el calor era tan sofocante que fue como si me hubieran embutido en uno de aquellos secadores de peluquería de señoras de los años sesenta. Regresé al bar, y allí me esperaba sonriente Assem, acompañado de Hani, un sirio rubio y amable, de la misma región que Carlos Menem, «el presidente de Argentina», dijo con orgullo al saber mi procedencia.

–¡Oh, España! –suspiró, mientras el guitarrista edulcorado de la mañana retomaba sus variaciones sobre el Concierto de Aranjuez. Los árabes seguían teniendo una idea mítica de España: el paraíso perdido del legendario Al Andalus.

–La Alhambra, Córdoba, García Lorca, el maestro Rodrigo... –enumeró Hani con reverencia.

Sonreí. Sabía hacia dónde podría dirigirse aquella conversación que había sostenido mil y una veces sobre la cercanía de ambos pueblos. Veinticinco años atrás en Jartum o en El Cairo, me habría enzarzado con entusiasmo en ese tipo de discusiones. A finales de los setenta, la España que estaba aún lejos de ser aceptada por Europa veía con simpatía al mundo árabe. La diferencia de nivel de vida con Marruecos, sin ir más lejos, aún no se había multiplicado varias veces.

Pero luego nos volvimos ricos y aquellos árabes con los que nos unían los tan cacareados lazos históricos acabaron por convertirse en hordas amenazantes y molestas que se empeñaban en cruzar el estrecho e invadirnos de nuevo. Incluso sus intelectuales tenían la desfachatez de recordarnos, de vez en cuando, un pasado común en el que en nuestra península alcanzó las cotas más altas del saber de la época, precisamente cuando pertenecíamos a una misma cultura.

–¿Quieres ir a algún sitio en concreto? –preguntó Assem mientras las filipinas atacaban sin piedad «Blame it on the boogie».

–Sí, me gustaría conocer la ciudad antigua y el viejo puerto. Hasta ahora no sé si estoy en Singapur o en Johannesburgo; sois los primeros árabes con los que trato desde las seis de la mañana.

–¿La ciudad antigua, dices? –Assem y Hani cruzaron una mirada de sorpresa–. Mascate no es como Damasco o El Cairo –dijo Hani–; aquí hay poco que ver.

–De la vieja ciudad no queda gran cosa –continuó Assem–. Si has venido a Omán para ver arquitectura tradicional, lo tienes un poco crudo, a no ser que te interesen los fortines.

Mi imaginación había volado demasiado alto, fabricando un lugar de ensueño con retazos de Adén, Port Sudan, Zanzíbar... Había fabulado una ciudadela amurallada que se reflejaba en aguas muy azules donde evolucionaban grandes veleros. La imaginaba blanca, con un puerto encajonado entre imponentes peñascos en el que desembocarían callejuelas tan tortuosas como su pasado.

Y no andaba tan equivocado, salvo que aquella ciudad acababa de desaparecer. Quizá si hubiera podido realizar mi proyecto veinticinco años atrás aún habría encontrado su antiguo sabor. Pero las murallas que se cerraban al atardecer, al igual que muchas de las casas de la espléndida *corniche*, la cornisa marítima, habían sido derribadas. «Curioso –pensé–. Quien quisiera conocer la arquitectura tradicional omaní se vería obligado a viajar a las ciudades de su antiguo imperio: Lamu, Mombasa y Zanzíbar.» Es como si quien deseara estudiar la arquitectura española, tuviera que recorrer La Habana, Cartagena de Indias o el centro de Lima, porque en la metrópoli los cascos antiguos de ciudades como Sevilla o Cádiz hubieran sido arrasados.

Afortunadamente, el panorama no era tan desolador como en Dubai. El progreso no había logrado ensañarse con un grupo de casonas antiguas con sus celosías, ejemplos de aquella peculiar arquitectura del Índico con influencias árabes, indias, persas, turcas, portuguesas... El puerto de Mutrah conservaba también su viejo encanto, con sus casas blancas flanqueadas por dos castillos sobre la roca, de torreones redondos y almenas como de castillo de arena.

Caminamos por la cornisa.

–Parece Bombay –dijo Assem.

Y entonces me di cuenta de que, efectivamente, casi todos los paseantes eran indios; también había algún filipino y muchos baluchis con sus camisas largas y pantalones de pijama. Hubo una gran relación con Baluchistán, y algunos de sus puertos pertenecieron incluso a Omán en el pasado.

«Pero ¿dónde están los omaníes?», me preguntaba.

Me asomé a la balaustrada que dominaba la bahía y quedé sorprendido: en vez de las aguas sucias o estancadas que imaginaba, las farolas iluminaban un mar cristalino en el que evolucionaban vistosos peces de arrecife. Algunos indios pescaban desde la cornisa, otros echaban migas de pan. Se les veía cogidos de la mano, charlando, añorando seguramente a sus familias, que habrían dejado en los canales de Kerala. Mostraban ese infantilismo que sobreviene cuando los hombres pasan meses sin contacto alguno con el sexo femenino, como ocurre en cárceles y cuarteles. Estaban distendidos, disfrutando por fin de la brisa tras otra jornada de intenso trabajo.

Al llegar a mi habitación me encontré un periódico que habían deslizado por debajo de la puerta y, como no podía dormir, todavía con el sueño cambiado, llené la bañera y lo hojeé perezosamente. Bajo la noticia de la inauguración de la Semana del Consumidor, en que los centros comerciales sorteaban cada día lujosos automóviles, encontré una información que me llamó poderosamente la atención y que me recordó un relato oriental de la época del califato de Bagdad: la historia de cómo una orgullosa ciudad fue arrasada por culpa de una gota de miel.

Cuentan que un rico mercader llegó a una opulenta población dispuesto a adquirir todo tipo de especias y otros productos. Le acompañaba un séquito de sirvientes y porteadores y también su sobrino, llamado a ser su heredero y al que, entre otros caprichos, le había regalado un valioso gato persa. En uno de los almacenes de especias mejor surtidos del zoco, el mercader quiso probar la miel de abeja de las montañas del Líbano y, al llevársela a la boca, una gota cayó al suelo. En aquel momento, el gato azul que hasta entonces ronroneaba indolente en los brazos del sobrino, se desembarazó de él para arrojarse al suelo y lamer goloso aquella miel, cuya fama se había extendido más allá de desiertos y montañas. Aquel hecho anodino traería gravísimas consecuencias porque el perro del mercader, animal despreciado por los árabes pero imprescindible para defender las mercancías de los ladronzuelos que pululaban por el zoco, se abalanzó sobre el gato al que, tras una pelea desigual, acabó por asestar una fatal dentellada. El rico mercader increpó al mayorista, que le respondió que aquel gato no era un animal sino un

yin. Las palabras fueron subiendo de tono hasta que se pasó a las manos. Uno azuzó a sus hombres, el otro a los suyos y comenzó una trifulca que pronto se extendió por toda la calle. Acudieron los forasteros que se alojaban en los caravasares y que, hartos del desprecio y la soberbia de los habitantes de aquella ciudad, descargaron la humillación y la ira contenidas, ajenos al fútil motivo que iba a desencadenar una tragedia. Al cabo de dos días, cuando por fin llegaron las tropas del príncipe de los creyentes, de la arrogante ciudad apenas quedaba una columna de humo que se elevaba hasta las nubes.

Pues bien, algo parecido acababa de ocurrir, según *Times of Oman*, en Kuwait, sólo que entre las capas más desfavorecidas de la población. Todo empezó por un absurdo plato de porcelana. Fue un emigrante egipcio quien, al entrar en la tienda de un bangladeshí, rozó un plato que se hizo añicos al caer al suelo. Entonces, el bangladeshí proyectó en el egipcio todo el desprecio acumulado hacia su propia persona en aquella sociedad clasista, donde los emigrantes no gozaban de derecho alguno. El egipcio contestó a la provocación y se llegó a las manos. Uno requirió la ayuda de sus compatriotas, el otro avisó a sus amigos por el móvil y empezó una batalla campal que se prolongaría durante varios días, hasta que la intervención del ejército reprimió duramente a los dos bandos.

Las dos historias se diferenciaban en una cosa. La moraleja del cuento se inclinaba por lo fortuito de los sucesos, mientras que la historia real demostraba que eran los más desprotegidos quienes se enfrentaban entre sí.

Haj Amr vino a buscarme a las ocho de la mañana para conducirme ante el viceministro de Información, un hombre alto con *dishdasha* impecable y turbante de cachemira. Me recibió en un gran despacho presidido por un retrato del sultán Qabus.

–¿Qué es lo que necesita usted para escribir su libro? –preguntó.

–Para empezar, me gustaría viajar al sur, al Zufar y después quisiera recorrer algunas regiones del interior y de la costa.

Le conté mi intención de buscar a los árabes del mar, en un viaje cuyo recorrido geográfico coincidiera con el histórico.

–Le sugiero que visite primero las torres cónicas de Uadi Tayín. Se trata de unos monumentos muy antiguos, construidos por una civilización misteriosa que desapareció. ¿Cuándo quiere viajar allí? ¿Mañana?

Descolgó el teléfono y dio las órdenes pertinentes.

En un país tan difícil de visitar, todas y cada una de mis peticiones fueron atendidas: billetes de avión, permisos, todoterrenos, guías... Se me abrían todas las puertas. Me despedí. Afuera el calor era espantoso, casi cincuenta grados. Desde la colina en la que estaba

emplazado el ministerio se dominaba la bahía de Al Qurum con sus aguas que brillaban como un espejo tentador, prometiendo sin duda un jardín de madréporas y peces de colores.

La redacción de la revista de Assem se encontraba también en el mismo barrio de los ministerios. Se trataba de un despacho en una planta baja laberíntica y moderna. Frío e impersonal, estaba perfectamente equipado. Assem me contó que estaba preparando un artículo sobre Buñuel y un especial sobre García Lorca.

–Yo también soy poeta –dijo con orgullo.

Sobre la mesa se desplegaban caricaturas de humoristas egipcios, como Salah al Anani, que yo conocía del café Riche; también acuarelas de Adly Rizalla, que siempre estaba en Zahret al Bustán jugando a la tabla; y pinturas de Adel Siwi, que «heredó» mi piso de la calle Mohamed Sidqy. Nuestra complicidad iba en aumento. Assem, cosmopolita y bien preparado, era uno más de los intelectuales egipcios que se veían obligados a buscar un futuro mejor en los países del Golfo. Solían ser profesores, catedráticos o periodistas, y aunque eran los que de hecho dirigían las revistas y periódicos, no ocupaban nominalmente los cargos más altos para que no diera la impresión de que en Arabia no había gente preparada.

Aquella revista no era una excepción. El director era un personaje huidizo que evitó mi presencia; apenas lo vi diez minutos. Pasaba su tiempo viajando al Líbano, Londres, Dubai o El Cairo, y cuando aterrizaba en Mascate consumía las largas tardes en el hotel Al Bustán, considerado como el hotel más lujoso de Arabia, hasta que fue desbancado por el Burj al Arab de Dubai, una mole de acero y cristal en forma de vela de navío y de más de cien metros de altura, el único hotel de siete estrellas del mundo. Las extravagantes suites del hotel tenían grifería de oro y contaba con numerosos restaurantes de diversas cocinas del mundo, uno de los cuales se hallaba bajo el nivel del mar y ofrecía espectaculares visiones submarinas de la fauna del Golfo Pérsico: anémonas, caballitos de mar, pececillos del coral, rayas o incluso tiburones.

Para Assem, auténtico motor de la revista, casi no existía el tiempo libre; maquetaba con maestría, llevaba casi él solo la redacción y aún encontraba horas para componer una profunda y sensible poesía. Creía en la amistad y mantenía correspondencia con gentes de todo el mundo. Musulmán practicante, era abierto y tolerante y se podía hablar con él de cualquier tema. Su sueño era poder regresar a Egipto y dirigir una revista cultural, pero el sueldo en libras egipcias no daba para mantener dignamente a su familia: una universitaria de la región del delta, condenada en Omán a ejercer de eterna ama de

casa, y dos niños.

Assem me presentó a Tayeb, uno de los redactores omaníes, que no tardó en invitarme a su lugar de origen en la Batinah, la región más próspera de Omán, para que conociera, dijo, a antiguos capitanes y gentes relacionadas con el mar.

–Te presentaré –prometió– a Ustaz Mahmud, un historiador amigo de la familia, que te podrá explicar muchas cosas de cuando Sohar era el puerto más importante del islam y sus veleros llegaban hasta la mismísima China, ya en el siglo IX.

Sonó el fax: en una de las madrazas recién rehabilitadas de El Cairo antiguo, iba a tener lugar una lectura de poesía. Assem me tendió la página y suspiró. Me confió que echaba en falta la capital de Egipto y, asegurándose de que Tayeb no nos oyera, me confesó que en realidad no tenía amigos omaníes.

–Los intelectuales de aquí viven en una contradicción, entre dos mundos –susurró–. Sueñan con escuchar a Mozart y casarse con una mujer moderna y culta, una de esas rubias extranjeras con las que coinciden en los cine clubs o en los *vernissages* del British Council, pero al final se casan con quien quiere la familia, regresan los fines de semana a su lugar de origen, donde impera la estructura antigua de los clanes y de vez en cuando se escapan con los amigotes a Dubai para desfogarse.

Mientras me acompañaba a la salida, me dijo:

–Le he hablado de ti a Nura, mi esposa, y tienes que venir esta noche para la cena de ramadán.

Fuera, al sol del mediodía, las montañas se alzaban como un enorme muro desenfocado.

–A veces pienso que sus corazones –dijo, y entendí que se refería a los omaníes– son como esa roca.

Assem vivía en un apartamento en el barrio de Al Juair y, como era complicado llegar hasta allí, me citó en uno de los numerosos centros comerciales, que constituyen los lugares de encuentro más populares del gran Mascate. En aquel edificio sin ventanas, con un enorme patio interior con fuentes y cascadas, una gigantesca escalera mecánica repartía un flujo incesante de omaníes, indios, filipinos y europeos hacia los omnipresentes coches de lujo sobre plataformas giratorias.

Aquellos centros comerciales albergaban perfumerías donde se vendía Amouage, uno de los perfumes más caros del mundo a base de extractos de incienso, pachuli, mirra, jazmín, sándalo, ámbar gris, almizcle y, sobre todo, esencia de la rosa de las rocas, una planta extremadamente rara que, según afirmaban los perfumistas, sólo crecía en inaccesibles regiones del Zufar, Hadramaut y Socotra. Aquel

extraño y exclusivo perfume era embotellado en frascos acordes a su rareza, que imitaban a los puñales curvos de los omaníes. El Amouage d'Argent era el más barato y se vendía por unos doscientos cincuenta dólares, y el más caro, el Amouage d'Or, venía en un recipiente de oro de veinticuatro quilates y valía tres mil dólares.

Permanecí unos instantes aturdido, tratando de distinguir a Assem entre aquel gentío que realizaba sus compras para el día del *Eid el Fitr,* la fiesta de final del ramadán. De pronto le vi, junto a una cruasantería, agitando el brazo. Me saludó efusivamente como si no nos hubiéramos visto desde hacía tiempo.

–*Yala!* ('¡Vamos!'), Nura nos está esperando.

Detuvimos un minibús que, pasados unos kilómetros, se salió de la ronda para entrar en un barrio limpio y funcional de edificios blancos. Paramos en una plaza donde había varias lavanderías, un *take away* thai y otro turco. Entramos en uno de aquellos inmuebles que eran todos iguales; en el ascensor coincidimos con un filipino y una pareja del Este. Nos esperaban los niños. El apartamento era grande y estaba climatizado y decorado con papiros y estatuillas de Nefertiti, Ramsés e imágenes del Nilo y del viejo Cairo.

La gran pantalla de televisión emitía un culebrón egipcio que mantenía en vilo a todo el país, en el que la heroína, rechazada por su novio médico, debido a un fortuito malentendido en el que entraban las habladurías y la envidia de una rival despechada y otras desafortunadas coincidencias que ahora resultaría largo explicar, quedaba ciega tras un accidente. La popularidad de la serie se hallaba en su apogeo ya que, al parecer, justo en aquellos días se dirimía si la chica iba a recuperar finalmente la vista o no. Pero no todo acabaría ahí, pues de conseguirlo se habría de enfrentar con su antiguo novio, que casualmente estaba haciendo una sustitución en aquel hospital y que no sospechaba que bajo las vendas que cubrían el rostro de la cieguecita desconocida, se hallaba aquella que en su día fue su amada, a la que erróneamente suponía infiel, y que él nunca había conseguido olvidar. Todo el país esperaba el momento del encuentro.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó Assem.

–Todavía no –contestó su hija, Amoura, una atractiva adolescente con esos grandes ojos de gacela que sólo poseen algunas egipcias–. Creo que lo retardan todo expresamente para lograr mayor audiencia. Se han pasado casi todo el capítulo recordando una vez más cómo se conocieron durante un verano en Alejandría, y para colmo ha aparecido un hermano al que todos creían muerto en la guerra para alargar la historia un poco más.

–Niños –dijo Assem–, ¿no vais a saludar a nuestro invitado?

Amoura me estrechó la mano sin quitar los ojos de la pantalla. Jaled, un niño de unos diez años, se me echó al cuello.

–Ahora saldrá Nura, que lo está preparando todo.

Nura era una mujer alta y atractiva con la tez muy blanca y la responsable de los grandes ojos de su hija. Se tocaba con un foulard de seda y vestía un amplio caftán. Me dio la bienvenida y me contó que era socióloga. Era hija de un catedrático de Antropología que había estado realizando trabajos de campo en el Sudán, lo cual dio pie a que habláramos sobre aquel país que ella tan bien conocía y que tan importante había sido para mí. Acto seguido me confesó que en Omán permanecía casi todo el día en casa por la presión social y que suspiraba por regresar a El Cairo para ser más libre y poder continuar su doctorado sobre las campesinas del Delta.

–*Inch Alá*, el año que viene tras las vacaciones me quedaré en Egipto con los niños y por fin acabaré mi tesis. Assem está de acuerdo.

Se quedó con la mirada vaga observando la gran fotografía de El Cairo que reproducía el Nilo con sus puentes y rascacielos. Aquel Manhattan oriental que desde hacía quince años me estaba vedado. De pronto sonó el silbato de una olla a presión y Nura desapareció para, minutos después, abrir la puerta corredera que comunicaba la gran sala con un amplio comedor donde nos esperaba un banquete: platos de *molojia*, una especie de espinacas muy sabrosas, *bamia* ('ocra'), ensaladas de rúcula egipcia, tahina de sésamo, *babaganú* de berenjena, tabulé, humus de garbanzo, *dolmas* (hojas de viña rellenas de arroz y carne aderezada con eneldo), calabacines también rellenos, rollitos de arroz y col, pichones a la brasa, hogazas de pan árabe, un sinfín de pasteles de colores imposibles y una gran jarra de *karkadé* (infusión hecha de flores rojas de la familia del hibisco) muy azucarado.

Tras aquel festín, nos sentamos ante el televisor. Jaled, el hijo pequeño, comenzó a accionar el mando a distancia y a marearnos con un desfile de cadenas turcas, árabes, persas, indias, polacas; incluso apareció la televisión gallega, hasta dar con MTV Asia, que reproducía sobre todo videoclips extraídos de películas de Bombay. Una pareja en celo se perseguía por los árboles de un lugar montañoso que debía ser Simla, en el Himalaya, entre gritos y carantoñas que producían profunda vergüenza ajena. Assem se hizo con el mando para dejar sin voz aquel sinsentido y activó la cadena hifi a fin de que sonara la libanesa Fairuz cantando las famosas moaxajas del *Andalusiat*.

–¿Te gusta? –preguntó Assem.

Hice un gesto con las manos que tanto podía significar aprobación como disgusto. ¿Cómo decirle que la encontraba almibarada? Fairuz era la niña bonita de los intelectuales árabes, pero yo prefería a Um Kulzum, aunque mi amigo el juez egipcio Mustafá Abdelaziz la consideraba como el opio del pueblo, porque con sus eternos lamentos

reforzaba la idea de la imposibilidad de luchar contra lo *maktub*, es decir, lo que estaba escrito, y por tanto contribuía a adormecer a las masas. Fairuz, cristiana maronita, era también una leyenda: comprometida con la causa del pueblo palestino, sin embargo esta cantante políticamente correcta tenía escaso interés musical y muchos de sus temas eran un pastiche, cuando no folklore edulcorado.

Mientras Fairuz cantaba por enésima vez aquellas bellas moaxajas de la Córdoba del siglo XI, me disponía a contar a mis amigos mis primeras impresiones sobre el país cuando Nura me lanzó a bocajarro una pregunta que no esperaba.

–¿Cómo es que te detuvieron en Egipto?

Quedé lívido. No me gustaba hablar de aquello en otro país árabe. Uno nunca sabe con quién habla y acabé por comprender que en según qué lugares resultaba mucho mejor mantener la boca cerrada. Además, se trataba de una vieja herida que aún no había cicatrizado.

–No temas –dijo Nura, reconfortándome con su mirada de gacela–. No pertenecemos al *muhabarat* (servicios secretos) –rió.

–Disculpa a Nura; es muy directa –intervino Assem–. No te extrañe que hayamos oído hablar del caso. Ya sabes, tenemos amigos comunes, algunos escritores, y por lo menos uno de ellos estuvo en la cárcel contigo. Además todo aquel asunto fue muy comentado en aquella época entre la oposición.

–Como sabéis, sucedió a mediados de los ochenta –repuse, ya confiado–, cuando la URSS aún era una amenaza. Mubarak necesitaba presentar a los americanos un dossier sobre la lucha anticomunista que justificara los dólares que le entregaban y al *muhabarat* no se le ocurrió nada mejor que involucrar a un grupo de personas dispersas que resultaban molestas, entre los que se encontraba el escritor Ibrahim Abdel Meguid, en una supuesta conspiración contra el Estado, y yo –suspiré– según lo que contaron los periódicos ¡era una pieza fundamental! El caso fue aireado por la prensa y la televisión. Al cabo de un tiempo se pudo demostrar que aquello no tenía ningún fundamento.

–¿Y qué hacías tú en medio de toda esa gente? –preguntó curiosa Nura.

–Era la «conexión exterior» –reí, ahora distendido–; por lo visto me encargaba de recaudar fondos y de las relaciones con la internacional trotskista, nada menos. Me pedían no sé cuántos años de trabajos forzados en el desierto...

–*Alá!* –exclamó Assem–. Pero ¿por qué?

–Bueno, algún miembro del *muhabarat* quería atribuirse méritos, quizá para ascender, y se inventó una conspiración. Cogieron a cuatro intelectuales molestos, también había un médico feminista y algunos líderes estudiantiles, y nos encerraron en la cárcel de alta seguridad

del Qanater.

–*Ya nahar aswad!* (‘¡Oh, día negro!’), ¡donde envían a los criminales!

–En cuanto a lo que pintaba yo entre ellos –miré a Nura a los ojos–, supongo que no sabían qué hacía exactamente en Egipto. Me ganaba bien la vida, pero a pesar de tener dos buenos trabajos, como traductor en el Ministerio de Agricultura y de presentador en Radio Cairo, no llevaba el tipo de vida que se asocia a los extranjeros. Prefería pasar mi tiempo libre en el barrio de Al Husein o con mis amigos del Atelier. Frecuentaba también el café Riche y Zahret el Bustán, considerados como nidos de izquierdistas. Además, de vez en cuando desaparecía unas semanas en el desierto cerca de Libia porque realizaba un trabajo de campo sobre los oasis. Eso me convirtió en sospechoso, ya sabéis que el *muhabarat* ve espías por todas partes. También, lo reconozco, era un bocazas y en los cafés hablaba abiertamente de cualquier tema sin vigilar quién fumaba su narguile en la silla de al lado. Total, que cuando necesitaron una «conexión exterior» para su patraña, debieron de pensar en mí inmediatamente. Era el *jauaga* del café Zahret el Bustán. Ese tontainas que en vez de estar vegetando en el bar del Hilton o en la piscina del Mena House, prefería perder el tiempo con la gente ignorante del desierto o con los enemigos del Estado en el café del callejón.

–¿Se inventaron la patraña o es que eran así de ineficientes? –preguntó Assem.

–Pues fíjate: hacía como mínimo dos años que yo me había desentendido del ambiente de El Cairo. En los últimos tiempos todo estaba enrarecido y la sociedad cairota cada vez se encerraba más en sí misma y se volvía más intolerante. Por eso, siempre que podía, me escapaba a los oasis, para fotografiar la vida cotidiana en blanco y negro. La vida que llevaba allí era un sueño; cuando necesitaba dinero viajaba a El Cairo y trabajaba unas semanas, después regresaba al desierto y recorría los pequeños pueblos. Quería captar el espíritu del lugar, de aquel mundo que se iba, que se había regido durante siglos por otro tiempo que ahora ya no era el mismo. Eran un mundo fascinante.

–¡No me digas que te detuvieron en el desierto!

–Imagínate. Fue todo un shock cuando una maldita madrugada se presentó la policía con sus kalashnikovs en el *fonduq* de Mut, en el oasis de Dahla, y se me llevaron para interrogarme. Estaba con mi hermana y mi cuñado, porque mi amigo Mursi Sultán y yo habíamos decidido alquilar una casa por allí y ellos venían a pasar una temporada con nosotros. Todo se fue al traste. Por suerte mi hermana tuvo reflejos y cuando ya iban a hacerse con la bolsa de los carretes gritó: «¡Eso es mío, eso es mío!» y aquellos policías primitivos se la

entregaron. No tuve suerte con las fotografías que había capturado el día anterior, durante la tormenta del desierto. ¡Perdidas para siempre! Todavía recuerdo aquellas imágenes de las murallas de una antigua ciudadela envueltas en una nube de arena, mientras los rayos del sol intentaban penetrar en la nebulosa. En el puesto policial me aguardaba el jefe de policía que intentaba decirme algo con una mirada que denotaba su extrañeza por todo lo sucedido. Veréis: en aquella época el oasis de Dahla era un lugar muy sensible por su cercanía a la frontera libia y exigían a los extranjeros que se registraran en los puestos de policía de los distritos del desierto por los que iban pasando. Nunca he intimado con los policías pero el que estaba en Mut parecía distinto, era joven y culto, me presentó a su esposa, tomamos un té, y a partir de aquel día, comía alguna vez con ellos y charlábamos a gusto. Supongo que debía estar castigado ya que era un destino muy duro. Luego sabría por qué me miraba de aquella manera durante el interrogatorio. El día anterior había salido una noticia en todos los periódicos hablando del desmantelamiento de una célula trotskista cuya primera acción había consistido en alborotos y la quema de las banderas americana e israelí durante la feria del libro de El Cairo. Mi nombre salió en la prensa, pero ¿cómo podía estar yo a la vez en El Cairo y en el oasis de Dahla, a mil kilómetros? Era absurdo; aquel policía lo sabía pero no podía hacer nada ya que estaba prácticamente desterrado. Si no, ¿por qué tenían a una persona inteligente como él en uno de los rincones más remotos de todo Egipto?

–Pero ¿de qué te acusaban concretamente? –preguntó Assem.

–No me lo decían. Luego cogieron mi coche y me llevaron al oasis de Al Jarga. En un primer momento pensé que todo se debería a una confusión: estaban buscando a algún extranjero y la habían tomado conmigo. Quizá algún ladrón de antigüedades. Unos días antes nos habían enseñado un lugar sorprendente: se trataba de una galería, excavada en la roca, cerrada por una verja con un candado oxidado. A través de los barrotes podían verse sarcófagos de una época faraónica tardía y montones de objetos embalados. ¡Había tanto no sólo por descubrir sino por clasificar y guardar en vuestro país!

»Pero luego vi que las cosas se ponían feas cuando pedí ir a los servicios y me enviaron a una especie de gorila a que se apostara junto a la puerta por si intentaba escapar. No comprendía nada, aquellos tipos hablaban por radio con El Cairo y decían:

»–Ya lo tenemos, ya lo tenemos.

»Emprendimos el viaje más triste de mi vida, en mi propio coche con cuatro brutos armados hasta los dientes como si fuera el terrorista Carlos. Yo iba detrás, entre dos de ellos que se me echaban encima cuando dormían mientras subíamos por el valle del Nilo. Al llegar a El

Cairo, me llevaron al Ministerio del Interior en Cheij Rihaan, justo enfrente de un edificio de apartamentos en el que había vivido cuando mi casera, madame Jacquie, me echó de Mohamed Sidqy. Tampoco aquí me dieron información alguna pero sí hicieron inventario de mis cosas, que jamás volvería a ver: dos Nikon, una pequeña Rollei, varios objetivos, carretes, libros y numerosos cuadernos de notas, casetes de música que había grabado en el desierto, mi colección de cintas de Um Kulzum... Me esposaron y en un furgón policial me condujeron a la prisión de alta seguridad de Al Qanater. Me cachearon y fue entonces cuando vi por dónde iban los tiros.

»–¿Conque no sabes por qué estás aquí? ¿No lo sabes? No te preocupes, te esperan tus amigos rusos. –Y el guarda estalló en una carcajada, enseñando sus amarillos dientes de rata.

La casete de Fairuz había acabado y Assem se levantó para darle la vuelta. Contar aquello me había puesto la piel de gallina. Nura me miró con aquellos ojos suyos.

–Hacía tiempo que no recordaba nada de todo eso –dije.

–No nos lo cuentes si te hace daño –respondió Nura.

–No, ¡qué va! No me importa, es mejor sacarlo fuera. –Bebí un sorbo de té–. Me llevaban cada día ante el fiscal general del Estado. Esposado a uno de esos policías desgarbados de botas desabrochadas y uniformes de felpa negra que siempre les venían demasiado grandes o demasiado pequeños. Como os podéis imaginar se trataba de *fellahin* del delta o de pobres muchachos del Alto Egipto que malvivían con un mísero sueldo, pero al menos estaban alimentados y cada dos años visitaban sus aldeas. Me trataron siempre con deferencia y comprensión y acabaron por contarme sus vidas. Las acusaciones eran muy burdas y una a una las fui desmontando. Que si había traducido a Trotski al árabe clásico, que si daba clases de kárate a células revolucionarias... ¡Llegaron incluso a presentar un *Time* y un *Newsweek* como pruebas acusatorias porque aparecía Gadafi en la portada!

–¿Duraron mucho los interrogatorios? –preguntó Assem.

–Se prolongaron varios días y finalmente el propio fiscal, me preguntó si sabía de alguien del *muhabarat* con quien hubiera podido tener una rencilla y que se hubiera querido vengar. Crecido por tanta tontería y hastiado, le contesté que qué difícil me lo ponía, pues si eran de los servicios secretos ¿cómo lo iba a saber? El fiscal no tardó en darse cuenta de que todo era absurdo, seguramente lo sabría desde el primer día, pero la burocracia era lenta. Quizá tampoco quería enfrentarse con la policía, ya se sabe que en las dictaduras los tres poderes andan algo mezclados. A los quince días me soltaron pero yo sabía perfectamente lo que para mí significaba aquel suceso, como efectivamente iba a suceder. No cesaba de recordárselo a los demás detenidos. Uno de ellos, ¡qué más da el nombre!, refugiaba sus ojos

huidizos tras unas gafas de botella. Durante todo el encarcelamiento apenas me miró a la cara, cuando en un tiempo nos habíamos relacionado. ¿Sería él el delator? Pero ¿delator de qué? Sé que a veces la policía amenaza para que se den nombres y muchas personas, muertas de miedo y a fin de que las dejen en paz, comienzan a soltarlos sin ton ni son.

»Una mañana, tras los interrogatorios habituales, me dijeron que se me permitía abandonar la cárcel, pero que debía permanecer localizable para cualquier eventual comprobación rutinaria. Debía pues firmar una declaración por la que me comprometía no sólo a no dejar el país, sino a que no saldría de El Cairo durante un mes. Me llevaron de nuevo a Cheij Rihaan, el Ministerio del Interior, donde me recibió un pez gordo en un imponente despacho desde el que se divisaba el inmueble en el que yo había vivido. ¡Tanto que pretendían saber sobre mí y les había pasado por alto que durante todo un año había tenido un apartamento frente a sus narices!

»–¿Un cigarrillo? –me dijo.

»Acepté. Aquel tipo parecía el jefe de policía de una de aquellas espantosas películas egipcias de Adel Imam, una pura caricatura.

»–Nos hemos equivocado con usted –admitió, mientras encendía su Cleopatra de lujo y dejaba escapar dos aros perfectos–. Le pedimos disculpas.

»Entonces –continué–, no sé si realmente lo dijo o con el tiempo lo he ido asimilando al relato, pero juraría que insinuó:

»–Sí, nos hemos equivocado, pero ya sabe, la policía no se equivoca nunca.

»Y de pronto espetó:

»–Debe abandonar el país en veinticuatro horas. Por cierto, ¿qué sabe de su amiga Bianca Longhi?

»Quedé petrificado. Mi amiga Bianca, con quien había compartido varios pisos y recorrido los oasis, regresaba a Egipto uno de esos días. ¿Por qué me hablaba de ella? ¿Se trataba de una amenaza por si me negaba a abandonar el país?

»–Pero acabo de firmar un documento por el que me comprometo a no abandonar El Cairo por lo menos en un mes –repliqué–. Si dejo ahora el país, eso va contra la ley, contra la justicia.

»Aquel hombre me asustó con su mirada fría.

»–¿La justicia? La justicia somos nosotros. Aténgase a lo que le he dicho. Por cierto, Bianca Longhi llegó anteayer en el vuelo de Alitalia procedente de Milán.

»Aquello no sólo era una amenaza, sino que además era una ratonera. Ahora ya me tenían. No me expulsaban, de hecho me estaban obligando a cometer un delito pues me conminaban a dejar por supuesta voluntad propia el país, desafiando así a la justicia que

me requería por lo menos un mes en El Cairo por motivos rutinarios. Por mi cabeza pasaron las ideas más descabelladas. Sé lo fácil que resulta falsificar pruebas y testimonios falsos, y más en un régimen sin las libertades más elementales. Quizá no tardarían en advertir a todos los puestos de salida del país de mi huida y poderme así acusar del delito de intentar salir de Egipto. Me asusté pero tuve la sangre fría de elaborar una estrategia:

»–Usted acaba de decir que soy completamente inocente y que se han equivocado conmigo.

»–Sí, pero debe irse, más adelante podrá regresar. Cuando lo haga venga a verme. Ya le diré yo a quién puede ver y a quién no.

»–Mire usted, he vivido en Egipto cinco años, amo este país, lo había elegido para vivir. Déjeme al menos cuarenta y ocho horas para despedirme de El Cairo antiguo, de las pirámides... Sólo le pido eso; luego, se lo juro, me marcharé.

»Accedió y entonces, en vez de disfrutar de la supuesta gracia que se me concedía, marché raudo al Meridien donde mi abogado me había aconsejado que me alojara, por ser un hotel moderno, y que no viera a ninguno de mis amigos. Tenía poco tiempo: tal vez ni siquiera veinticuatro horas. Parecía una mala película de espías: dos tipos me vigilaban, subían al ascensor conmigo, entraban en la habitación contigua. Cuando salía, casualmente lo hacían ellos también. Cogí el teléfono y encargué una plaza en el primer vuelo a Europa. Aquel polizonte aún estaría satisfecho de su trampa, pero gracias a mi estrategia aún no habría comunicado la orden de búsqueda y captura. No, no me tendría. Corrí al aeropuerto, embarqué y a las pocas horas aterrizaba en Zúrich. Nevaba; corría el mes de febrero de 1985. No lo olvidaré nunca. Es la fecha que dividió durante muchos años mi vida en dos partes. Era un referente, un antes y un después. Durante muchos años, tuve la sensación de que el tiempo se había detenido, de que se trataba de algo que tarde o temprano acabaría por resolverse y que podría regresar. Sin embargo los años fueron pasando. “Hoy hace medio año que me echaron de Egipto”, me decía. “Hoy hace un año, dos, tres...” y pasaron tantos que algunos buenos amigos murieron y los recuerdos fueron desvaneciéndose hasta que un año se me pasó por alto la fecha.

Permanecí en silencio, emocionado, era la primera vez que contaba esta historia. Temblaba.

–¿No está el climatizador algo fuerte? –pregunté.

Nura me miró con comprensión.

–¿Quieres un vaso de whisky?

–¡Nura, por Dios! ¡Estamos en pleno ramadán! –le reprendió su esposo Assem–. ¿Te has vuelto loca?

–¿Y qué? ¿Acaso lo vas a beber tú? Es para él, un *jauaga*. Él tiene

sus propias normas –añadió con un cierto aire de reproche.

Assem se levantó para correr las cortinas y cerró la puerta de la sala tras asegurarse que los niños dormían, mientras Nura sacaba una botella de Cutty Sark del armario y me servía una buena dosis en un gran vaso con hielo. Nunca pensé que iba a saborear aquel trago en la península de Arabia, y menos en ramadán. Hacía tiempo que no bebía y me subió deliciosamente a la cabeza.

–Estoy mejor, y también contento por haberos explicado la relación que tengo con vuestro país.

Aquella noche no pude dormir. Los recuerdos me estallaban en la cabeza. Tumbado en la cama, añoraba la sensación de gran libertad que tenía en Egipto antes de que me detuvieran. Era tan feliz, que presentía que aquello no podría durar. Veía el desierto era como una gran ameba que, o bien le fagocitaba a uno para siempre o acababa por expulsarlo, que fue lo que a mí me sucedió.

Encendí la luz. Estaba cansado de dar vueltas en la cama y vinieron a mí imágenes que creía olvidadas, como el primer despertar en la cárcel cuando la luz de la mañana proyectó en la pared, como en una película expresionista, la sombra de los barrotes. O el ingenio de un compañero de celda que, con un ladrillo y una espiral metálica de libreta fabricó un hornillo con el que calentar agua y poder así ducharnos, pues estábamos en invierno y la cárcel era fría y húmeda. Un día se oyeron voces seguidas de unos disparos, como si hubieran abatido a un fugitivo. Aquella noche, en la galería de arriba, la de las largas condenas, se había montado una gran fiesta con cantos y palmas. Me dijeron que se estaba celebrando una boda entre un prisionero viejo y un joven ladronzuelo que no tenía otro remedio que aceptar ser poseído por su nuevo «marido».

Por fin me quedé dormido y, en sueños, conseguí regresar a El Cairo. Me encontré de pronto en el café Feshaui del barrio de Al Husein, cuando una anciana, la vieja alfónciga como yo la llamaba, que era una de las videntes más afamadas de toda la ciudad, se abrió paso entre las mesillas de mármol y se acomodó bajo uno de los grandes espejos dorados. Vieja como el tiempo, vestía un amplio caftán negro y se tocaba con un turbante del mismo color, que le daba un aire de dueña renacentista. Yo la observaba a través del juego de espejos, difuminada por una nube de humo de narguile, mientras estudiaba a los pocos clientes que quedaban a esas horas de la noche. Quería pasarle desapercibido. Deseaba que escogiera otra víctima para sus predicciones. Pero ya era tarde: acababa de sorprenderla acechándome con sus ojos de gata atiborrados de kohol. De pronto se levantó, miró en derredor y se dirigió hacia mí. Sin esperar siquiera

un gesto de invitación, se sentó en mi banqueta. Instantes después, con movimiento raudo y apenas perceptible, tomó la taza de café turco que me acababa de beber, y la colocó invertida sobre el plato. Le dio la vuelta a la taza escudriñando las estrías que el poso había dibujado en sus paredes. Levantó los ojos hacia mí, pero esta vez sus facciones habían cambiado, incluso su vestimenta, ya no iba de negro; vestía una blusa blanca bordada, como de campesina balcánica, sobre una larga falda de colores y escondía su cabellera bajo un pañuelo de fantasía. Su rostro era ahora el de una de las zíngaras de la infancia. Me sonrió mostrando sus dientes de oro y, mientras señalaba con sus dedos larguiruchos los surcos de mi futuro, entreabrió sus viejos labios tatuados para proclamar su vaticinio:

–Es posible que consigas lo que te propones. Recorrerás Omán y la Costa de los Zenj (la costa del África oriental). Puede que llegues hasta Zanzíbar en pos de un mundo que ya no existe. Pero recuerda –alzó el índice–: por lejos que vayas, un día acabarás por regresar a El Cairo. *Um e dunia* (‘la madre del mundo’).

3

Las torres cónicas

Haj Amr y yo nos dirigíamos en un todoterreno al valle de Uadi Tayín, donde nos aguardaban los vestigios de una antigua civilización que había sembrado las montañas de Al Hajar de monumentos en forma de torres cónicas y que, según los arqueólogos, databan de hacía más de cuatro mil años.

Nos adentramos en el interior del país por una carretera tallada a pico en la montaña, tan perfectamente asfaltada y pintada que parecía que nos hubiéramos sumergido en un videojuego. Un servicio de limpieza integrado por obreros indios vaciaba las papeleras de las áreas de descanso.

Proseguimos durante casi una hora por entre aquellas montañas de rocas negras. Una vez superada la primera sierra, tomamos una carretera secundaria que atravesaba los cauces secos de varios *uadis* bordeados de frondosos palmerales, la única mancha de vida en aquel universo mineral. Los pueblos, muy nuevos, se veían perfectamente cuidados, con casitas de hormigón pintadas de blanco y con aire acondicionado.

De vez en cuando, sobresaliendo por encima de las datileras, se adivinaban las construcciones de antaño, bellos edificios de adobe y pisal de formas redondeadas, como en los oasis de Egipto, en el Yemen o en el Atlas marroquí. Todo un patrimonio que había sido abandonado a su suerte desde hacía dos o tres décadas y que ya se estaba desmoronando puesto que el pisal, que era muy resistente cuando estaba bien cuidado, resultaba terriblemente frágil cuando se le abandonaba. Año tras año, lluvia tras lluvia, se iban derrumbando aquellas pequeñas joyas de la arquitectura popular. Cuando las autoridades se dieron cuenta y quisieron reaccionar, el arte del pisal se había perdido por completo y se vieron obligados a traer maestros constructores del Magreb.

El viaje a Uadi Tayín estaba resultando un curso acelerado de geología, un muestrario inacabable de rocas de todos los colores y de todo tipo de plegamientos y fracturas. Me maravillaba lo que podía ir cambiando un paisaje pétreo. Unas veces recorríamos grandes explanadas de piedra tan brillante como si estuviera pulida. Otras, la carretera se deslizaba entre paredes de rocas que parecían oxidadas, atravesadas caprichosamente por vetas de color verde. Haj Amr me contó que eran ofiolitas y que abundaban en Omán. Se trataba de fragmentos de roca arrancados del fondo de los océanos que subieron

a la superficie debido a los movimientos y choques de las placas tectónicas. Eran una fuente de minerales raros como el olivino, el cromito y la serpentinita, llamada así por su textura, que recordaba a la piel del reptil.

Detrás de una cadena montañosa venía otra, y otra. Parecía como si nos adentráramos en un planeta maldito que un dios vengativo hubiera transformado en piedra; incluso sus océanos, pues surcábamos unos parajes donde un mar furioso de magma se había solidificado bruscamente, dejando grandes olas de piedra que acababan en crestas perfectas. Más tarde aquel paisaje torturado dio paso a una llanura gris y polvorienta, en la que crecían algunos arbustos cuyas raíces debían ser muy largas para obtener algo de humedad en aquellos cauces tan secos. Aquí y allá se alzaba altiva alguna acacia espinosa.

Aquel paisaje me transportaba a algunas zonas del Gujarat o del Sudán, ya que en las épocas remotas del continente Pangea, lo que hoy es Arabia, el Cuerno de África y la India estuvieron unidos. Quizá por ello las plantas y los animales de estas regiones eran parecidos. Existían leopardos en Omán y hasta hace poco también había leones, como los sigue habiendo en el Gujarat. Y otros animales que antes abundaban, como los órix, los antílopes blancos con caprichosas manchas negras que parecían esculturas de Picasso, fueron reintroducidos por orden expresa del sultán Qabus.

De pronto, surgieron unas gacelas que permanecieron asustadas unos segundos en la carretera, antes de huir con gráciles saltos en zig-zag, y me acordé del mar Rojo y de los hadandaua del viejo camión Bedford. ¡Cuánto tiempo había pasado! ¿Qué habría sido de ellos? Una vez leí una escueta nota en la que se aseguraba que la sequía y la nula ayuda del gobierno de Jartum había diezmado su población y sentí un escalofrío al pensar que quizá todos aquellos compañeros de viaje estarían hoy muertos.

El sol estaba en lo alto cuando nos desviamos de la carretera y, tras seguir unos kilómetros por una serie de pistas, nos encontramos remontando un río seco encajonado entre unas imponentes paredes de piedra. Me asustaba pensar en cómo debía bajar ese río durante las lluvias que, aunque no eran frecuentes, cuando se producían, la riada arrastraba con furia grandes rocas y limaba –las señales eran más que evidentes– las paredes del cauce como si fueran de yeso.

–A veces –contó Haj Amr– baja una tromba gigantesca que todo lo arrasa. Aunque el sol brille y no haya rastro de una sola nube, es posible que en algún lugar de la montaña esté diluviando. Por eso hay que estar atento al menor estruendo y ponerse a resguardo, ya que en pocos minutos uno puede ser arrastrado por un río de barro y piedras.

Afortunadamente no estábamos en época de lluvias y apenas bajaba de las montañas un hilillo de agua que los campesinos

aprovechaban, deteniéndolo con barreras de guijarros y desviándolo hacia sus campos. ¡Tan poca agua y tan llena de vida! Unos pececillos compartían hábitat con tritones y todo tipo de larvas. Proseguimos por aquel *uadi*, en el que iban desembocando otros más pequeños. A veces las rocas obstruían el curso del riachuelo y se formaban pozas naturales de azuladas aguas cristalinas. Abundaban las libélulas, los martines pescadores y unos vistosos pájaros, rojo rubí, que desconocía. En lo alto del cañón planeaba la *satra*, o buitre egipcio, de alas blancas ribeteadas de negro: la diosa Nejbet que los egipcios pintaban en sus templos.

Llegamos a un pequeño pueblo donde preguntamos por el cheij, para explicarle que queríamos visitar las torres cónicas.

–Soy Abdalá Cherif bin Seif, bin Nasser, bin Habib al Haraly –se presentó orgulloso de su linaje– y, como estamos en el sagrado mes de ramadán –se dirigió a mí amablemente– no os podré ofrecer mi hospitalidad hasta que no llegue la noche. Pero con mucho gusto os acompañaré para mostraros el camino. No resulta aconsejable que los forasteros visiten las torres por su cuenta.

Cheij Nasser era un personaje curioso, alto y enjuto, con las facciones que asociamos a los árabes de la península. De nariz aguileña y cara huesuda, con unos grandes ojos raídos por el tiempo y hundidos bajo unas pobladas cejas, su barba era larga y blanca y se hallaba partida en dos, como la de un profeta bíblico. Hizo llamar a sus dos hijos y a algunos nietos, que montaron en su Land Rover mientras él subía en nuestro Toyota.

Ascendimos lentamente con la marcha reductora por una pendiente de guijarros que acababa en un cielo donde evolucionaban las rapaces. Abajo, la aldea se hacía cada vez más pequeña y yo procuraba no entretener mi vista en el abismo. A veces el todoterreno derrapaba en aquel camino cada vez más angosto, sobre todo en los pronunciados zigzags y, de pronto, sucedió lo que todos nos temíamos: en una de las curvas cerradas en las que el coche parecía volar sobre el *uadi*, el terreno cedió y una de las ruedas del Toyota quedó rodando en el aire.

Salimos uno a uno, lentamente, por las puertas que daban al lado de montaña, procurando no hacer movimientos bruscos que pudieran desequilibrar el todoterreno. Los hijos del cheij levantaron un murete para que la rueda descansara y pudiéramos recorrer la veintena de kilómetros de camino de cabras que nos quedaba. Caía la tarde cuando estuvimos a punto de chocar con un águila que cruzó la pista portando una culebra que, brillando al sol, se retorcía inútilmente entre sus garras.

Tras una cuesta aún más empinada alcanzamos una meseta y proseguimos a pie un buen trecho. El aire nos traía el perfume de

plantas aromáticas. La tierra roja estaba poblada de las hormigas más grandes que había visto; se cebaban en una profusión de insectos palo que se debatían sin escapatoria, como Gulliver reducido por los liliputienses. Tras superar unas grandes rocas divisamos una pequeña meseta que se terminaba bruscamente sobre el abismo. Y en el borde del precipicio, desde el que se dominaba una sucesión de cadenas montañosas sin fin, se elevaban alineadas una docena de torres de piedra de unos diez metros de altura, construidas en forma de cono. De lejos asemejaban la vanguardia de un ejército de gigantes que hubiera sido petrificado por el mismo dios vengativo que muy abajo, en el llano, había detenido aquel océano de magma. No se había podido averiguar a qué se destinaban; seguramente eran tumbas o tenían un sentido religioso.

Aquél bien podía haber sido el escenario donde Yahvé detuvo en el aire el brazo de Abraham en el momento en que se disponía a sacrificar, puñal en alto, a su propio hijo. Por nada en el mundo, me dije, me quedaría solo en aquel lugar. Y no debí ser el único, porque justo cuando se levantaba un repentino viento fresco que, al penetrar en las torres cónicas, producía un ulular disonante, todos se dirigieron hacia los coches para iniciar el lento descenso.

Cheij Nasser nos acogió en su casa, en el *uadi*. Jamás llegaríamos a ver a ninguna de sus mujeres, tan sólo a las niñas menores de doce años. El *majlis*, la habitación donde se recibían las visitas masculinas, estaba tapizado con moqueta de un rojo chillón y por multitud de cojines bordados apoyados en la pared, junto a una gran vitrina que aún me pareció más alta cuando nos sentamos en el suelo, y que encerraba algunos bibelots y medallas de la policía.

–Mi hijo mayor es jefe del cuerpo –nos dijo visiblemente satisfecho.

Era ya de noche y aquellos hombres no habían comido nada desde antes del amanecer por ser ramadán.

Los niños nos trajeron grandes uvas y una deliciosa pasta de dátiles. Cuando acabamos, otro niño trajo un gran termo *made in Taiwan* que apenas podía acarrear. Cheij Nasser pulsó un botón y del caño manó un aromatizado café árabe, que en muestra de hospitalidad, nos ofreció a los visitantes en primer lugar. Bebíamos cuando llegó el policía y uno de los niños se abalanzó para besarle y refugiarse entre sus piernas. El padre le acariciaba sin descanso, tal como hacen los *baba* árabes, que no tienen reparo alguno en mostrar su afecto físicamente. No pasarían dos minutos cuando entró un chico, Ahmed, dijeron que se llamaba, con una jarra y una jofaina que acercó para escanciarnos agua de rosas en las manos. Seguidamente, otro muchacho trajo una gran bandeja con una gran pirámide de arroz, rodeada de varios pollos salteados en *zebda*, o mantequilla fundida. Un

último niño portaba una bandeja con platitos de ensalada de col y tomate, perfumada con cilantro, y unos pedazos de pescado frito. Cheij Nasser se ocupaba de repartir generosamente las viandas.

Más allá de las autopistas y centros comerciales, lejos del petróleo, Omán, al igual que el Sudán o el Yemen, seguía siendo un país en el que la hospitalidad tenía su significado más auténtico. En muchos poblados sólo podía confiarse en la voluntad del prójimo para sobrevivir, y cuando los lugareños ofrecían comida o alojamiento no se trataba de mera urbanidad, sino que lo sentían realmente. Los huéspedes eran agasajados, mimados, sobrealimentados; lo peor que podía decirse de alguien era que no cuidaba de sus invitados. Actuaban como a ellos les gustaría ser tratados. El cabeza de familia desmenuzaba los pollos, patos o pescado con sus propias manos y entregaba a los invitados los mejores pedazos. Había que alabar las excelencias de los manjares y, en los lugares remotos, nunca en las grandes ciudades, mostrar la satisfacción con un discreto eructo.

Pero existían más reglas: comer sólo con la mano derecha, no mostrar nunca la planta de los pies, tampoco cruzar las piernas y comenzar con el arroz o las verduras para acabar con la carne o el pescado. Y sobre todo, no rechazar nada pues se interpretaba como una tremenda descortesía. Si no apetecía un té o un café ofrecidos con cariño, bastaba con acercarlo a la boca y mojarse los labios; lo mismo con la comida, no costaba nada mordisquear unos pedazos. Y lo más importante: recordar que según la tradición, la hospitalidad se debía aceptar sólo tres días. Uno más ya significaba mala educación y abuso, a no ser que realmente le insistieran a uno. Sólo la experiencia podía enseñarnos a dilucidar si se trataba de una invitación formal o mera cortesía.

Tras la cena, con un té en la mano, le confesé al cheij que las torres cónicas me parecían inquietantes. Todos cruzaron sus miradas.

–Nuestros mayores decían que era un lugar encantado –afirmó Cheij Nasser–. Allí, en lo alto de la montaña, mucho antes de que naciera el Profeta Mahoma, *Salalá aleh u salem!*, o de que naciera Aisa, que es vuestro Jesús, vivía un gigante que se llamaba Estemsah. Nadie sabe de dónde vino pero dicen que fue él quien construyó esas torres. Poseía un sable, al que llamaban barka, tan afilado y duro que podía cortar cualquier material, aunque fuera hierro o la piedra más resistente. Aquel gigante tenía aterrorizadas a las gentes del valle, devoraba sus rebaños y cogía con las manos los asnos y los caballos para despeñarlos. A veces capturaba a un hombre y le devoraba la cabeza, dejando caer al vacío un cuerpo que aún agitaba piernas y brazos. Un día, un joven que se llamaba Saadi quiso acabar con

aquella injusticia y decidió robarle el sable que le convertía en invencible. Fue a consultar al ulema, quien le dijo que en un recodo del río y a una hora determinada se bañaba una *yin* anciana totalmente desnuda, con los pechos tan largos que debía cargarlos a sus espaldas:

»–Tendrás que ir con sumo cuidado –le advirtió el ulema– pues esa vieja es en realidad una yin con apetito insaciable de carne humana. Deberás acercarte con sigilo y agarrar de improviso uno de sus pechos y succionárselo. Así despertarás su dormido sentimiento maternal y no te devorará. Sólo ella puede explicarte cómo acabar con el gigante.

Los nietos escuchaban con la boca abierta, también alguno de los hijos del cheij; otros se miraban como diciendo: «Otra vez explicando sus viejas historias». El policía se levantó sigilosamente pero su hijo se despertó con sollozos y se vio obligado a sentarse para no ofender a su padre.

–Saadi siguió los consejos del ulema –prosiguió Cheij Nasser– y fue al encuentro de la *yin*. Se zambulló en el río y nadó con sigilo hasta llegar a su espalda; entonces se levantó de un brinco y se colgó de uno de los pechos gastados de la anciana, que se giró con ojos furiosos, los cuales se calmaron tan pronto como Saadi comenzó a succionar el pecho. Bebió hasta la última gota y la anciana lo tomó en su regazo mientras le acariciaba como si fuera un niño.

»–Estás de suerte –le dijo–, pues si no hubieras conseguido despertar a la madre que hay en mí, habría bebido tu sangre hasta dejarte seco y luego hubiera devorado cada una de las partes de tu cuerpo. ¿Qué buscas?

»Saadi le contestó que quería que volviera a reinar la armonía en el *uadi* y que debía matar al gigante que aterrorizaba a los indefensos campesinos. La anciana le dijo entonces que aquel terrible coloso era un demonio invencible y que sólo podría acabar con él si le atacaba con su propio sable.

»–Deberás acudir de noche a su torre cónica. Si no ves ninguna luz significa que no duerme, pero si ves luz es que está durmiendo, pues ese ogro no se fía de nadie y cuando descansa, sus párpados despiden una luz verde. Acércate con sumo cuidado y comprobarás que su sable pende de uno de sus cabellos. Arrebátaselo. Cuando lo hagas el diablo despertará pero, como estará aturdido, no tendrá tiempo de reaccionar. Deberás correr montaña abajo sin parar, aunque creas despeñarte, hasta llegar al valle, y allí te esconderás en la cueva del río.

»Saadi así lo hizo. Acudió de noche, pero aquel maldito gigante no dormía. Permaneció acurrucado y muerto de miedo tras una zarza hasta que por fin, cuando la luna desapareció tragada por la montaña,

una luz fosforescente como de cien mil luciérnagas envolvió la torre cónica más grande. Se acercó de puntillas y tomó el sable; el gigante despertó enfurecido. Saadi hizo punto por punto todo cuanto le indicó la anciana, corrió montaña abajo y penetró en la angosta cueva. Cuando llegó el gigante, comenzó a bramar y a golpear el suelo, que parecía sacudido por el más violento de los terremotos, pero nada podía hacer, pues ni siquiera su dedo meñique cabía por la estrecha entrada de la gruta. Y entonces, mientras el gigante pateaba con furia rocas que volaban por los aires, Saadi salió con sigilo de la caverna, levantó el sable mágico y, ¡zas!, segó al gigante en dos mitades. Tronco y cabeza cayeron al suelo mientras la mitad inferior huía saltando por las montañas y soltando un chorro de sangre que, durante varios días, tiñó de rojo el río. Los habitantes del valle enterraron la mitad superior del gigante en una tumba de más de cuarenta metros de largo. En cuanto al vientre y las piernas... ¡sólo Dios sabe dónde fueron a parar!

Cheij Nasser insistió para que pasáramos allí la noche. Haj Amr no quería, ya que teníamos previsto dormir en un hotel de la ciudad de Ibri. Pero dada la hora, acabó por aceptar. En un momento los chicos nos prepararon nuestros camastros apilando colchones en el *majlis*, y nos dieron telas para cubrirnos y unas toallas. Como eran gente de campo, se fueron pronto a acostar. No pasarían diez minutos cuando la luz se fue dos veces. Conocía aquel aviso, lo mismo sucedía en los oasis de Egipto: anunciaba que en pocos minutos iban a cortarla pues en aquel lugar tan remoto la electricidad era producida por un generador. Me sentí feliz. Por fin reencontraba, después de tantos años, aquel mundo que se me había escapado. En el que, de noche, alrededor de un té se contaban las historias más extraordinarias. Cuando Haj Amr y el chófer ya dormían entró Ahmed, el nieto que parecía más espabilado, y dejó sobre la mesa un quinqué.

–¿No duerme aún? –preguntó–. ¿Le ha aburrido el abuelo con sus historias?

–En absoluto. Me ha interesado mucho el relato de la anciana *yin*. Estuve un tiempo en Costa de Marfil, donde los campesinos creen que existe una mujer genio a la que llaman *blota* que también tiene unos pechos tan largos que debía echárselos a los hombros y dejar que colgaran por la espalda. Me ha sorprendido que aquí exista un genio exactamente igual.

–¿La llegó a ver realmente?

–No, claro que no. Me lo contaron.

–¿Sólo creen en un *yin*? –preguntó.

–¡Qué va! –expliqué–. También existen muchos otros. Unos,

pequeños, casi enanos, los *akua*, caminan con los pies girados del revés para que sus enemigos, al ver sus huellas, crean que han tomado la dirección contraria; otros, como los *sanmaanlangangan*, son seres peludos de larguísima cabellera que viven en la copa de los árboles más altos y se alimentan de carne humana... Allí creen que los seres vivos coexisten con los espíritus, algunos de los cuales son beneficiosos si se les sabe tratar y contentar con sacrificios.

–¿Como en la *Jahiliya*, la era de la ignorancia anterior al islam?

–Supongo que algo parecido –respondí–. Son creencias muy antiguas que aún persisten.

–Es cierto, aquí también –bajó la voz– tenemos gente que organiza veladas de zar para ahuyentar a los espíritus y demonios.

Haj Amr carraspeó y se agitó en el camastro. Salimos fuera para no despertarle. Nos sentamos en una mastaba, el banco de obra adosado a la pared del *majlis*. Olía a azahar y se escuchaban los grillos, las aves de la noche y el maullido de un gato.

–Los mayores –dijo Ahmed– no toman en serio las historias del abuelo, pero ninguno se atrevería a quedarse cerca de las torres cónicas tras el anochecer.

–¿Y tú?

Un escalofrío recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. Rió.

–Oiga, ¿usted ha visto cosas? Ya me entiende.

Le conté entonces cómo una noche, en África, los genios, por medio de una sacerdotisa, ordenaron que yo debía comer un gallo blanco sacrificado a los fetiches y cocinado con plantas secretas del bosque, y que aquella noche, entre terribles retortijones había tenido un sueño que parecía real, en el que me había convertido en un ser minúsculo para despertar justo cuando un enorme ciempiés abría sus fauces para devorarme.

–¿Y ha visto ceremonias de posesión?

Le hablé de mi estancia en un santuario animista.[14] De la primera noche en que la sacerdotisa Adjoua Eponom Essouman cayó en un trance, inducido por las plegarias hipnóticas de las niñas y ancianas y, tras soltar un grito, salió de la casa de los fetiches poseída –cabalgada, como a ellos les gustaba decir– por Mami Watta, la diosa del agua, antes de sumergirse en un estanque en el que habían dispuesto plantas flotantes y velas.

–Eso es lo que me gustaría hacer a mí –dijo Ahmed–. Recopilar las historias de nuestros mayores. El año que viene iré a Mascate para acabar la educación secundaria. Luego me gustaría hacer antropología.

–¿Está de acuerdo tu padre? –dije, pensando en el policía.

–En casa manda el abuelo –afirmó rotundo–. Y como ya tiene varios nietos que trabajan en el campo, quiere que al menos uno sea

un Ustaz, ya me entiende.

–¿Y tú? –le pregunté–, ¿has visto cosas?

–Me gusta escribir lo que cuenta el abuelo –desvió el tema–; sabe muchas historias. Sobre todo de *yenún* y de gigantes.

Permanecí en silencio esperando que contara alguna leyenda. No tardó en hacerlo.

–Al abuelo le gusta relatar que en otra época existía un hombre tan alto que por más que se adentrara en el océano, el agua incluso en lo más profundo no le llegaba siquiera a la rodilla, y que cuando sentía hambre no tenía más que agarrar una ballena con una mano y acercarla al sol con la otra para asarla...

–Espera –le dije, y extraje de mi bolsillo una minúscula grabadora–. ¡Cuéntame más historias! –le invité.

–De acuerdo –dijo satisfecho–. Hace mucho tiempo un hombre se dirigía a la ciudad con su mujer, montados los dos en un asno, cuando se toparon con un anciano ciego tan pobre que andaba sin zapatos por el camino de piedras. Hacía mucho calor y les dio lástima.

»–Ayudemos a ese pobre hombre –dijo la mujer–. Dejemos que monte en el burro y nosotros seguiremos detrás.

»–¿Y qué hace un viejo ciego en medio de este páramo? –preguntó el esposo–. ¡Para mí que es cosa de demonios!

»Pero la mujer insistió tanto que le ablandó el corazón y ya no pareció importarles el cansancio, pues estaban realizando una buena obra. Cuando llegaron a su destino, le dijeron al ciego:

»–Buen hombre, ya hemos llegado, debéis apearos. Nosotros aquí nos quedamos.

»Pero entonces el anciano respondió:

»–No, no pienso hacerlo. ¡Qué os habéis creído! ¿Estáis locos? ¡Mira que tratar así a un pobre ciego!

»Se armó un gran alboroto y no tardó en rodearles un corro de gente que se hacía cada vez más grande. Entonces los esposos, disculpándose ante la concurrencia que comenzaba a ponerse hostil, exclamaron al unísono:

»–¡Pero si éste es nuestro asno! Hemos querido ayudaros porque sois un hombre mayor sin recursos y además ciego.

»Llevaron a todos ante el cadí y cada parte dio su versión del suceso.

»–Se están burlando de un pobre ciego –se lamentaba el anciano–. Éste es mi asno y esa mujer es mi esposa.

»–¡Ese viejo miserable! –exclamó el campesino, que para entonces ya había perdido la compostura–. Quiere quitarme a mi mujer y también mi asno. ¡Es inaudito! ¡Ah, eso pasa por hacer el bien a los desconocidos! –se lamentaba.

»El cadí mandó encarcelarlos a los tres, en celdas diferentes, y

ordenó a uno de los guardas:

»–¡Escuchad lo que digan por la noche!

»El guardián fue a donde el ciego, que se congratulaba:

»–Mañana me soltarán. ¿Qué cadí osaría ponerse en contra de un anciano venerable como yo? Ese campesino estúpido me quiso ayudar y ahora se queda sin pollino y sin esposa *(wala al mara wala el homara)*.

»El guardián, indignado por las palabras, se acercó con sigilo a la mazmorra donde habían encerrado a la pobre mujer, que se lamentaba entre sollozos:

»–¡Ah, si hubiera escuchado a mi marido! Pero es que ese viejo me dio pena, y ahora me quiere tomar. ¡Es un demonio!, ¡un *shaytán*!

»Antes de despertar al cadí y contarle lo que había escuchado, el guarda, que ya tenía claro quién era el verdadero culpable, quiso escuchar los lamentos del campesino.

»–¡No era un pobre ciego! ¡Era un demonio que ha abusado de nosotros!

»Cuando el cadí lo supo, liberó al matrimonio y amonestó al anciano:

»–Eres un *shaytán*. Querías quedarte con el asno y con la mujer. Le devolverás al marido sus pertenencias e irás a la cárcel, y...

–¡Ya Ahmed! –se oyó en la noche–. Deja de charlar y haz el favor de acostarte de una vez. No molestes más a nuestros huéspedes.

–Ya voy, padre –gritó, no muy convencido.

Ahmed se levantó pensativo y al cabo de unos segundos volvió a sentarse.

–Oiga –dijo–, quisiera preguntarle algo. ¿Le han cambiado a usted esas experiencias con los espíritus? –Ante mi mirada escéptica, hizo una nueva pregunta–: Quiero decir, ¿es usted el mismo desde que viajó a África?

–¡Ya Ahmed! –se oyó de nuevo; esta vez con enfado.

Y entonces, sin esperar respuesta, se despidió y se fue.

Pensaba en las palabras de Ahmed: «¿Le han cambiado a usted esas experiencias con los espíritus?».

Recordé aquella noche de agosto sin luna en Costa de Marfil, cuando comí el plato cocinado con las hierbas del bosque que la propia sacerdotisa había recolectado. Cuando desperté, efectivamente algo había cambiado en mí. Me sentía mucho más cerca de Adjoua y de sus iniciados. Les veía con otros ojos, no sin admiración, pues eran los depositarios de un mundo antiguo que estaba condenado a desaparecer, en el que reinaba el equilibrio y la comunión con la naturaleza y sus fuerzas. Tras aquella experiencia, sería capaz de

volver a experimentar en los bosques muchas sensaciones de la infancia que había olvidado.

De regreso a mi país, sentí la necesidad imperiosa de volver al pueblo de mis primeros veranos y acudir al bosque donde me gustaba perderme, pese al terror que me producía. Recordaba la emoción ante los grandes árboles y las rocas cubiertas de líquenes, y la fascinación por los mundos que se escondían bajo las piedras o en las charcas transparentes, con todas las criaturas que cobijaban. Tomé el camino que discurría junto a la vía del tren y pasé junto a una antigua casa en ruinas donde en otros tiempos vivía una anciana, que creíamos bruja, con un viejo borracho. Proseguí por el sendero del cementerio y me detuve en la fuente en la que nunca quise beber porque estaba convencido de que el agua que manaba del caño de madera había discurrido entre los huesos, ataúdes de zinc y cabelleras amarillentas de los nichos profanados.

¡Qué decepción! Aquel bosque había sido prácticamente talado y lo poco que se había salvado me parecía ridículo comparado con los bosques que acababa de dejar en África. Anduve unos minutos más entre pinos enfermos y encinas asfixiadas por la hiedra, en un sotobosque de ortigas y zarzales plagado de plásticos y botellas, hasta llegar a la pequeña cima desde la que en otros tiempos me gustaba espiar el campamento de los zíngaros. En aquel encinar, de troncos retorcidos donde los rayos de sol que se filtraban entre el follaje jugaban con el humo de las cacerolas, me había seducido la idea de ser descubierto y de que se me llevaran a vagar con ellos por el mundo que proyectaban sobre una sábana. Pero no pude reprimir una carcajada. ¡Aquel lugar tan bello había desaparecido y estaba ocupado ahora por una nave industrial!

Permanecí en la mastaba escuchando los grillos. Ululó la lechuza. De un salto, la gata de la casa se refugió en mi regazo y se puso a ronronear. ¿No estaría persiguiendo también en Omán un mundo que había dejado de existir?

4

El país del incienso

Apenas pasé unas horas en Mascate, el tiempo de llamar al aeropuerto y reservar una plaza en el primer avión con destino a Salalah, la capital de la región del Zufar. A las dos horas ya me encontraba a bordo, tras la pista de los árabes del mar.

Era la primera vez que llegaba a un territorio con el que no había fabulado. De hecho, ni una fotografía había en mis viejos libros, ni una mención siquiera. Y hasta que no decidí viajar a Omán, aquella región era para mí un lugar prácticamente desconocido.

Lo suponía un territorio remoto, como un apéndice, quizá más agreste todavía, del vecino Hadramaut yemení. Sabía que en el Zufar se producía el mejor incienso del mundo y que había formado parte de los reinos de la Arabia del sur. Me gustaba pensar que reemprendía mi periplo ahí donde me había visto obligado a abandonarlo veinticinco años atrás.

Hacía poco había leído *Arabian Sands*, por lo que asociaba el Zufar al escritor Wilfred Thesiger, que visitó la zona antes de cruzar el desierto de Rub al Jali. Tenía en mente los soberbios retratos fotográficos que hizo este explorador inglés de unas tribus de caras angulosas, ojos de un color extrañamente claro y labios carnosos como los etíopes, que me recordaban a los vedas de la India.

Pero toda aquella información era nueva para mí y no había tenido tiempo de pasar por el tamiz de la memoria; por tanto Zufar no era en mi imaginario uno de esos lugares míticos como Socotra, Adén o Zanzíbar, cuyas fotografías me habían hecho viajar de niño sobre los libros de geografía. Lo que sí sabía es que el Zufar de Thesiger pertenecía al pasado. Aquella remota región había sufrido cambios traumáticos. Sus tribus levantiscas, los mahra, los qara y los shahara, reacias a cualquier forma de poder centralizado, se habían alzado en armas, durante la década de los sesenta, contra el anterior sultán de Mascate. Durante unos años, la lucha de guerrillas del Zufar fue para la *intelligentsia* árabe como la Sierra Maestra de Cuba para la de Occidente: un lugar en el que se combatía contra la opresión y la injusticia seculares. Una utopía que durante algún tiempo pareció alcanzable y que pretendía acabar con las monarquías feudales de Arabia, en nombre de un socialismo de inspiración marxista y a la vez respetuoso con la tradición musulmana.

Zufar era, según las notas que iba revisando en el avión de Oman Air, un escenario magnífico para la épica: una región geológicamente

torturada y dominada por la cadena costera de Yébel Qara, que se desplomaba sobre el Índico en imponentes acantilados. Hacia el interior, las montañas descendían lentamente, surcadas por profundos cañones, para difuminarse en el desierto de Rub al Jali. Y en lo alto de aquellas montañas, oteaban caminos y cauces de piedras unas tribus, según se decía, tan antiguas como el Génesis, que ningún poder había conseguido nunca someter.

En el mismo aparato que me llevaba al Zufar tuve una prueba del carácter adusto de las gentes de la montaña. La azafata recorría los asientos comprobando que todo estuviera en orden, ya que nos adentrábamos en una zona de turbulencias. Se acercó a un anciano que dormía a pierna suelta sin cumplir ninguna de las normas; con la mesilla desplegada, el asiento reclinado y el cinturón colgando en el pasillo. Para despertarle la azafata apenas le rozó el hombro con delicadeza, y entonces el anciano, como movido por un resorte se abalanzó contra ella atestándole un puñetazo en el antebrazo. Ella, seguramente egipcia o palestina, apenas dejó escapar un gemido y se retiró a la cabina, siendo sustituida por un auxiliar de vuelo.

–Son *jebelis* –dijo mi compañero de asiento, un elegante cheij religioso que, sobre el tradicional *dishdasha* inmaculado, lucía una capa de seda negra ribeteada con hilo de oro.

No había sido una casualidad que me tocara a mi lado un personaje así. Como siempre, al entrar en un avión en el que los asientos no estaban reservados, recorrí con la vista el interior examinando a los pasajeros. Aquel cheij parecía interesante, de modo que, tras preguntarle si el asiento estaba libre, me acomodé a su lado. Se llamaba Cheij Yunis y vivía en el pequeño puerto de Mirbat, en la costa norte de Salalah. Residía en Mascate pero añoraba su Zufar natal, donde regresaba para pasar lo que quedaba del ramadán. Su barba y sus cejas eran pobladas y canosas, y los ojos rasgados, la nariz recta y los labios carnosos le proporcionaban, como a muchos árabes del sur, un cierto aire de santón hindú.

–Son *jebelis* –repitió Cheij Yunis, señalando con el mentón al anciano que había provocado el incidente–. Tribus belicosas de las montañas, enfrentadas entre sí, siempre vigilantes porque no saben quién puede atacarles ni cuándo. Por eso el anciano, cuando le interrumpieron el sueño, reaccionó de manera tan violenta. Es un acto reflejo que incorporan desde hace siglos. Dicen que son un pueblo maldito porque no hicieron caso de los profetas. ¿Ha oído hablar del profeta Hud y del pueblo de los ad?

–Me temo que no.

–Se trata de una tribu descendiente de Noé, que se estableció en

la Arabia del sur. Los ad eran grandes arquitectos, construían torres de vigía y sólidos edificios. También dominaban la agricultura, convirtieron áridas tierras en vergeles y jardines. Eran fuertes, apuestos y piadosos, pero con el paso del tiempo se desviaron del camino recto: olvidaron a Dios, comenzaron a beber alcohol, a jugar y a engañarse entre ellos. Adoraban a los ídolos. Destacaban entre otros pueblos por su poder y riqueza, lo que les hacía arrogantes y no tenían moral. En los mercados, por ejemplo, les gustaba estafar a los pobres utilizando pesas falsas. Los ricos eran tremendamente egoístas. Sus líderes eran injustos y nadie se atrevía a levantarles la voz.

Cheij Yunis cerró su Corán de bolsillo, que hasta entonces mantenía en su regazo y continuó:

–Dios eligió como profeta entre los ad a Hud, un hombre recto y piadoso que intentó explicarles que todas aquellas riquezas no eran sino regalos de Dios, al que estaban ofendiendo.

»–¿Qué beneficio obtenéis –trataba de inculcar a su pueblo– de adorar a las piedras y grabar los nombres de vuestros ídolos en ellas? Adorad a Dios. No hay más dioses que Él. Arrepentíos y pedidle perdón. Entonces, Él os enviará lluvia abundante del cielo y añadirá fuerza a la fuerza. Hacedme caso. ¡No os convirtáis en *mujrimiin* (‘criminales’)!

»Hud les advertía que, de no arrepentirse, les sería enviado un gran castigo, como ya había hecho Dios con el diluvio universal, pero los ad se burlaban de él:

»–¡Estúpido! Nosotros no seremos castigados como en tiempos de Noé. Vete a contar tus mentiras a otra parte. Quizá las viudas pobres acaben por creerte. ¡Nuestros dioses nos protegen!

»Los años pasaron y el conflicto entre Hud y los ad se fue agravando.

»–No cuentas más que historias sin sentido –increpaban al profeta. Y como Hud se negaba a idolatrar a los dioses, le insultaban afirmando que éstos le habían vuelto loco.

»Pero un año, las lluvias del monzón pasaron de largo y el sol se convirtió en una bola de fuego que quemaba sus tierras. Hud advirtió que la sequía era un aviso divino:

»–Si os arrepentís y creéis en Él –no se cansaba de suplicar Hud– Dios hará que la lluvia regrese y seréis aún más prósperos.

»Pero no obtenía más que nuevas burlas. Mientras, las plantas se agostaban y Hud, desanimado, abandonó el valle acompañado de algunos seguidores, justo cuando en el horizonte asomaba una gran nube negra. Los ad creyeron que se trataba de las lluvias que iban a devolver la vida a sus vergeles. Pero aquella nube no traía la vida sino desgracia, y de pronto soplaron vientos tan violentos que los ad, aterrorizados, se atrincheraron en sus casas y palacios, que no

tardaron en ser sepultados por las arenas del desierto. La tormenta se prolongó durante siete días y siete noches, y el último día el fortísimo viento cambió de signo. Entonces, las dunas se retiraron dejando un reguero de destrucción y muerte: un montón de cadáveres que parecían troncos de palmera, arrancados de cuajo, esparcidos entre las ruinas. Sólo se salvaron aquellos que escucharon la palabra de Hud y le habían seguido hasta las montañas del Hadramaut y del Zufar.

Iniciamos el descenso. No había conseguido ventanilla, pero esquivando los movimientos de mis vecinos podía al menos hacerme una idea de aquella costa rocosa y de sus imponentes acantilados desde los que, se decía, en los días de calma, era frecuente contemplar el chapoteo de las ballenas con sus grandes colas de lira. De pronto, las montañas de Yébel Qara comenzaron a retirarse para dar paso a una llanura en forma de medialuna bañada por el Índico, donde se encontraba Salalah, la capital.

–Ésta es la única parte de la costa de Arabia que recibe las lluvias del monzón de otoño –comentó el cheij–. ¡Tendría que ver lo que llega a llover aquí!

No añadió mucho más. Señaló sus oídos, creo que la presión de la cabina le estaba afectando. Por megafonía anunciaron el descenso y, al igual que durante el despegue, mi vecino se refugió en la lectura de su Corán de bolsillo.

Una vez en la sala de recogida de equipajes, Cheij Yunis se me acercó y me tendió su tarjeta.

–No sé cuánto tiempo piensa quedarse en el Zufar, pero si le sobran un par de días y le apetece, venga a verme. Vivo en Mirbat, un puerto a unos cincuenta kilómetros de la capital. Será bienvenido.

La ciudad de Salalah no parecía muy interesante; era la versión provinciana de uno de los suburbios de Mascate: una sucesión de avenidas desmesuradas, parterres bien cuidados y edificios blancos e impersonales que no tendrían más de veinte años. Como en el resto del país, los depósitos de agua y los climatizadores estaban camuflados tras celosías de madera. En las plazoletas se erguían las mismas esculturas que en Mascate: aquellas grandes cafeteras árabes con el caño curvo rodeadas de tacitas chinas y los arcones con los tesoros de Alí Babá o, como pronuncian los árabes, Ali Baba. Las cabinas de teléfono se inspiraban en las torres de los castillos omaníes, con sus almenas de cuento. Camino de mi hotel, el taxi atravesó una frondosa vega donde abundaban árboles de mango, papayos y bananos. Se respiraba un aire curiosamente tropical, que se volvió más marcado cuando alcanzamos el Índico flanqueado por la línea de cocoteros, traídos desde hacía siglos de las islas Laquedivas, cercanas

a la costa india de Malabar. Esto no me lo esperaba. Aquel rincón de Arabia recordaba las imágenes de Zanzíbar.

Me instalé en un pequeño *fonduq* junto al mar. Al día siguiente, uno de los empleados, un indio de Mangalore, me contó que durante la estación de lluvias recibían muchos visitantes de Arabia Saudí y del Golfo, que encontraban en Zufar un paraíso de verdor y temperaturas primaverales a menos de dos horas de vuelo de sus casas. Durante el resto del año no tenían tanto trabajo: un puñado de expatriados de Mascate o de Dubai y los ingenieros del nuevo puerto.

Desde la terraza se dominaba una inacabable playa de arena dorada, lamida por el Índico, cuyos extremos se perdían en una nube de vapor y sal. La temperatura era mucho más agradable que en Mascate y no me importó estar al sol. De pronto escuché una voz:

–¿Le importa si tomo asiento? Soy Omar Mumtaz al-Massaudi, pero puede llamarme Haj Mumtaz, como hace todo el mundo.

Era un tipo elegante con su *dishdasha* muy blanca, y turbante de cachemira de tonos rojizos. Tendría unos cincuenta años, ojos despiertos y esa cara angulosa de los zufaríes. Debía ser el dueño de la villa. Lo había visto revisando libros de cuentas.

Le conté lo que me había traído al Zufar y cuando me preguntó si conocía a alguien en Salalah, le hablé de mi intención de contactar con Alí Fahmy, un historiador local que había escrito varios libros, conocido de Assem.

–¡Oh! Alí Fahmy es la persona más indicada para hablarle del Zufar. ¡No va usted mal encaminado!

–Sí, pero creo que no está en Salalah. Le he telefoneado y una mujer que apenas hablaba árabe me ha dicho que se encontraba fuera de la ciudad.

–Debe ser la *hajja*, pobre mujer –suspiró con cariño–. Quién sabe cuántos años tendrá ya. Alí me dijo que regresaría uno de estos días. Está en los Emiratos. Venga, vamos a llamarle.

Extrajo del bolsillo de su *dishdasha* un móvil de última generación y, tras varios intentos, consiguió comunicar con él. No entendía lo que se decían, apenas intercalaban alguna palabra árabe.

–¿Ve qué fácil? –exclamó Haj Mumtaz mientras cerraba la tapa de aquel teléfono minúsculo–. Aquí todos nos conocemos. Alí es para mí un hermano; nos hemos criado juntos. Regresa precisamente esta noche.

Unos pájaros grises de cresta negra aterrizaron en la mesa y poco a poco se fueron acercando a la azucarera. Los miramos sin apenas movernos. Comenzaron a picotear los terrones.

–¿Sabe? Alí Fahmy me ha pedido que me ocupe de usted, cosa

que haré con sumo placer. Mañana él mismo pasará por el *fonduq* para saludarle.

–Por cierto, Haj Mumtaz, ¿en qué idioma hablaban ustedes?

–¡Ah! –rió–. Ahora lo llaman *jebeli*, pero nosotros lo llamamos *shahari*. Es un idioma que pertenece a la familia sudarábiga. ¡La lengua de Hymiar o Saba! –exclamó con orgullo–. Pero hoy en día esas lenguas tan antiguas se han ido perdiendo. Persisten en Zufar, Yemen, Etiopía y en Socotra, pero son lenguas que se separaron hace siglos y ya no nos entendemos.[15]

Llenó mi taza de té, a pesar de estar en ramadán.

–Nosotros –dijo– somos los hijos de Qohtan, los árabes auténticos, ¿sabe usted?

Cómo no iba a saberlo si durante mi primer viaje a la Arabia del sur no dejaron de recordármelo a cada minuto. A estas alturas, conocía ya casi toda la genealogía de Qohtan. Sabía que tuvo veinticinco hijos importantes, como Saba, Ofír o Hadramaut, que fueron fundadores de reinos míticos y también que las actuales tribus del Yemen y de Omán se reclamaban sus descendientes directos.

–Ésta es una tierra muy antigua –dijo Haj Mumtaz–. Aquí vivió y está enterrado Nabi Ayub, el profeta que ustedes llaman Job. ¿Le gustaría visitar su tumba? No queda tan lejos.

–Desde luego, será un placer.

–Bien –sonrió–, voy a pedir a los chicos que le preparen unas frutas y algo de pan y queso para que coma algo durante el camino. Usted no tiene por qué hacer el ramadán.

Dicho y hecho, a los pocos minutos nos hallábamos en un Range Rover, escuchando rezos coránicos.

–¿Le molesta? –preguntó con prudencia.

–¡Oh, no! –repuse.

Era sincero: aquellas suras eran recitadas por uno de los cheijs de El Cairo, con voz recia y melódica llena de sensibilidad. Una vez más me dejaba llevar por la fuerza de aquel bello idioma y los prodigiosos silencios.

–¿Conoce usted el islam? –dijo Haj Mumtaz.

Por suerte no me preguntó por mis creencias. En aquel mundo en el que Dios estaba presente en todos los ámbitos, no se concebía la vida sin práctica religiosa. De modo que uno no tardaba en darse cuenta de lo cómodo que resultaba declararse *nasrani* o cristiano para evitar interminables discusiones.

–Tengo muchos amigos musulmanes –contesté.

Haj Mumtaz subió entonces el volumen y nos miramos; esbozó una sonrisa.

¡Cuántos años acompañado por los rezos del Corán! Como en aquellas mañanas de invierno en El Cairo cuando la ciudad despertaba y la niebla del Nilo se esparcía por sus callejuelas, sentado en un café sin puertas calentando las manos en el vaso de té *cushari*, esperando el autobús que me llevaría al Ministerio de Agricultura, donde traducía al castellano temas tan peregrinos como la enfermedad Newcastle de las gallinas, la «tristeza» de los cítricos o el cultivo del ajo en el delta del Nilo. Los rezos proseguían en el autobús, mientras atravesábamos el Nilo por algunos de sus puentes. Recuerdo también la escucha del Corán en los chamizos de las carreteras en el desierto, cuando bebía café turco mientras los demás compañeros del taxi colectivo rezaban sobre una estera. Algunas veces aquellas suras recitadas, aunque no entendiera su significado, o quizá justamente por ello, ejercían en mí un poder mántrico y extrañamente reconfortante.

En cambio, la llamada a la oración me generaba un sentimiento ambiguo. Algunas podían ser muy bellas, como las de los almuédanos de lugares remotos sin electricidad, donde no utilizaban micrófono y se subían al minarete: en el oasis de Siwa, en las montañas del Yemen, en algún poblado del Sudán... Cómo olvidar la bella disonancia entre los más de mil minaretes que envolvía la ciudad de Sanaa, con sus casas de piedra de hasta ocho pisos, de arabescos de yeso blanco y vitrales en las ventanas. Era un viaje en el tiempo: parecidas llamadas a la oración debieron resonar un día, en las callejuelas de Al Andalus, me gustaba fantasear. Pero una cosa era la banda sonora de un viaje de iniciación y otra muy distinta, escucharlas cada día y a la fuerza, como sucedía en los barrios populares en estos últimos tiempos, en los que el islam se había transformado en la ideología refugio para millones de árabes sin esperanza. Las llamadas a la oración se convertían entonces en algo muy distinto: sin florituras ni concesiones; expeditas y amenazantes. O, como mínimo, molestas, como la de la mezquita del Ministerio del Interior de El Cairo que me despertaba cada mañana a las cinco, tras un preludio de desagradables acoples de altavoz, con la rutinaria salmodia de aquel cheij con enfado permanente. Me asustaban aquellas llamadas a la oración sin resquicio alguno al libre albedrío ni a la duda. «No hay más dioses que Dios y Mahoma es su profeta»; se ha venido repitiendo con rotundo aplomo desde el siglo VII cinco veces al día desde todas las mezquitas del mundo, de Marruecos al Sinkiang. ¿Cómo no sentir vértigo ante tanta fuerza acumulada?

Sin embargo, pocas veces me sentí a disgusto en tierras del islam. Claro que nunca viajé a Arabia Saudí, donde desde niños les enseñaban a desconfiar de los *nasrani*, y donde la autoridad velaba por el estricto cumplimiento de la ortodoxia wahabí y su catálogo de prohibiciones. Un país donde las mujeres no gozaban de derecho

alguno, y donde era obligatorio detener el trabajo durante los largos minutos de oración y salir a rezar en los lugares adecuados: los pasillos o la propia calle, si no querían exponerse a los porrazos de la policía religiosa. Pero alguien como yo, criado en una educación religiosa, sabía separar el grano de la paja y distinguir entre los valores de una tradición y la histeria rigorista. Sabía que también existía, porque lo había vivido, un islam amable y humanista. Aquella religión era más que los talibanes o el wahabismo, así como el cristianismo tampoco se acababa en Torquemada. En el Corán, como en la Biblia o en cualquier otro de esos monumentos literarios que eran como el disco duro de una civilización, uno encuentra un poco lo que busca.

La llanura fértil dio paso a la montaña y a los pocos minutos nuestro Range Rover avanzaba entre una vegetación reseca que parecía calcinada, salpicada de árboles recubiertos de euforbias y lianas trepadoras que asemejaban largas correas, o incluso bridas que conseguían ocultar las ramas casi por completo. El cheij de la radio recitaba de la sura de la luz:

> Dios es la luz de los cielos y de la tierra.
> La parábola de Su luz es como un nicho que contiene una lámpara.
> La lámpara está encerrada en cristal,
> el cristal brilla como una estrella radiante,
> una lámpara que se enciende gracias a un árbol bendito,
> un olivo que no es de Oriente ni de Occidente,
> cuyo aceite es tan brillante que casi alumbra por sí solo
> aunque no haya sido tocado por el fuego.
> ¡Luz sobre luz!

En las umbrías, incluso en la estación seca, aquel bosque encantado despertaba para tornarse de un verde intenso, casi azulado, que recordaba a los bosques del Rajastán, con sus ficus de raíces aéreas enmarañadas. Unos pájaros de largas colas volaban de árbol en árbol. Se lo comenté a Haj Mumtaz.

–¡Oh, eso no es nada! –dijo sin apartar la vista de la carretera–. Tendría que estar aquí para el *jarif* (‘otoño’). Entonces en el Zufar se produce un milagro: un espeso manto de niebla lo envuelve todo y el monzón descarga lluvia en abundancia. La vegetación, que parecía muerta, reverdece súbitamente. Por todas partes brotan riachuelos, que crecen y crecen hasta formar arroyos, los cuales vuelven a encontrarse para alimentar lagos y ríos que permanecen secos la mayor parte del año. Algunos, en su precipitada carrera por alcanzar

el océano, se despeñan formando espectaculares cataratas; otros arrastran piedras y rocas, llevándose por delante cuanto encuentran. El agua que se filtra en el terreno calcáreo excava grandes cuevas en las que hay muchas inscripciones petroglíficas y donde según la tradición, viven los genios. Durante el *jarif*, los rebaños de cabras, vacas y camellos disfrutan de los magníficos pastos...

–Caramba, Haj Mumtaz; debería usted escribir.

–Lo intenté; no era malo del todo, pero no resultaba original. Me gusta la poesía, pero la dejé hace años. Aún conservo lo que escribí en la cárcel. –Apretó el volante–. Es lo único decente que he compuesto, porque sentía la urgencia de expresarme.

–¿Estuvo usted en la guerrilla del Zufar? –me atreví a preguntar.

Era evidente que si alguien como Haj Mumtaz había estado encarcelado no era por un crimen común, debía obedecer a motivos políticos. No en vano el Zufar entero se había levantado en armas en contra del anterior sultán.

–Bueno... –sopesó las palabras–. Participé en el movimiento político y me cayeron siete años de prisión en la década de los setenta. Pero no me gusta hablar de eso; pasó hace tiempo y prefiero olvidar.

–No quisiera insistir, pero he encontrado muy poca información sobre esa guerra. ¿Por qué no trata de explicármela?

–Zufar tiene una larga historia –dijo agitando la mano hacia atrás–. Somos tribus indomables, que durante siglos guerreamos entre nosotros y resistimos siempre a los invasores extranjeros, ya fueran los persas, los etíopes o los portugueses. Sólo a finales del siglo XIX, Zufar fue anexionado por el sultán de Mascate. Cuando yo era niño, éste era un lugar abandonado, no se invertía nada y no llegaba ninguna de las ventajas del mundo moderno. Todo estaba bajo el mandato del sultán Said bin Taymur.

Nos aproximábamos a la cima de la montaña.

–Imagínese –arqueó las cejas–: no hace ni treinta años, en todo Omán los periódicos estaban prohibidos y las ciudades, amuralladas, cerraban sus puertas al atardecer, con lo que quienes llegaban más tarde se quedaban extramuros, expuestos a los bandidos, que entonces abundaban. No se podían comprar casas o reparar las antiguas, ni siquiera algo tan elemental como instalar el lavabo, sin permiso del sultán. Sólo había, no ya en el Zufar, sino en todo el sultanato, tres escuelas primarias y ninguna secundaria. Los menores de veinte años no podían salir del país por orden expresa del monarca, con lo que, quienes querían estudiar y saber lo que ocurría en el mundo se veían obligados a esconderse en los barcos para viajar a los países del Golfo. Incluso estaba prohibido desplazarse libremente por el país; los habitantes de la costa no podían visitar el interior y a los montañeses no les estaba permitido bajar a los puertos.

–Y precisamente en esa época quise venir yo. ¡Qué ingenuo! –exclamé.

–En el Zufar la situación aún era peor –se giró, mirándome con complicidad–, a pesar de que el sultán viviera aquí y estuviera casado con una mujer qara de las montañas. En los años sesenta, la época del nacionalismo árabe, la de Nasser y el socialismo, surgió, no sé si usted lo sabía, el Frente de Liberación del Zufar, englobado en un movimiento más amplio que buscaba derrocar las monarquías del Golfo. Nuestros cheij tribales y religiosos se adhirieron al movimiento con entusiasmo, nos apoyaba el Yemen del Sur y no tardamos en dominar todas las montañas; el sultán sólo mantenía Salalah. Pero cuando en 1968 el movimiento de liberación fue tomado por los marxistas, los líderes tribales se sintieron manipulados y se fueron distanciando.

Haj Mumtaz frenó, abandonó la carretera y se introdujo en una pista que subía una ladera pronunciada.

–Voy a enseñarle un lugar sagrado. La tumba de Nabi Ayub.

Penetramos en un bosque dormido, cubierto de polvo rojo, que esperaba con ansia la varita mágica del monzón.

–¿Y qué les pasó a ustedes –pregunté– en el 70, cuando el hijo del sultán dio el golpe palaciego?

–Recuerdo que el golpe lo apoyaron los ingleses, y su padre, el sultán, se exilió en Londres. El joven Qabus bin Said al Said había estudiado en Inglaterra y luego había permanecido recluido en palacio por orden de su padre. Las primeras medidas que adoptó el nuevo monarca fueron derogar todas aquellas leyes y prohibiciones despóticas, y promulgar una amplia amnistía. En cuanto a nosotros, el frente estaba ya muy debilitado por las luchas internas y muchos zufaríes, viendo que las cosas por fin parecían cambiar, fueron aceptando al nuevo sultán reformador, que contaba no sólo con el apoyo directo británico, sino también con el jordano e iraní. Qabus respetó nuestra estructura tribal y los elementos más belicosos fueron enrolados en una milicia controlada con mano izquierda por el sultán para no ofender el tremendo orgullo de estas gentes de la montaña. Se invirtió mucho dinero en el Zufar para construir escuelas, hospitales, carreteras... Ahora aquí hay de todo y Salalah va a convertirse en un gran puerto internacional, en un *hub* que distribuirá mercancías por todo el Índico, tal como lo fue Sumhuram, el antiguo puerto del Zufar.

–Y usted, ¿está de acuerdo con el desenlace de toda esta historia? –Haj Mumtaz redujo la marcha y desvió la conversación.

–Amigo, estamos llegando a la pequeña ermita donde se afirma que está enterrado Nabi Ayub, el profeta Job de la Biblia, venerado, como tantas otras figuras, tanto por judíos como por musulmanes.

–¿Consiguieron ustedes todo lo que pretendían? –insistí.

–¿Quiénes? –rió–. Eso no se lo voy a responder.

En el interior del mausoleo del profeta Job, unas mujeres cubiertas de negro y que apenas mostraban sus ojos musitaban unos rezos y acariciaban con insistencia la tela verde, el color del islam, que cubría una gran tumba de unos cuatro metros de largo. En un rincón se apilaban varias alfombras de oración para los peregrinos. Un incensario quemaba las resinas aromáticas del Zufar. Nos recibió el viejo guardián del santuario que nos dio unas primeras explicaciones junto a la tumba:

–Nabi Ayub era un hombre muy rico que poseía muchos camellos y también ganado. Tenía una gran familia con la que se desplazaba de un lugar a otro buscando los mejores pastos, pero cuando llegó al pie de estas montañas cayó enfermo. A los pocos días, su cuerpo se cubrió de llagas y de sus heridas surgían larvas y gusanos que él introducía de nuevo en sus carnes para que se siguieran alimentando ya que, según decía, también tenían derecho a la vida. Las gentes del valle se asustaron y le pidieron que se alejara temiendo el contagio de tan espantosa enfermedad. Nabi Ayub así lo hizo y subió a esta montaña donde decidió vivir solo, alejado de su familia. Únicamente su abnegada y afligida esposa ascendía cada día hasta la cumbre para llevarle provisiones. Aquella terrible enfermedad, lejos de hacerle poner en duda la existencia de Dios, acrecentaba su fe y nunca, nunca, nunca –recalcó el guardián con su índice derecho– se preguntaba: «¿Por qué me ha tenido que suceder a mí en vez de a otros?».

El guarda extendió los brazos con las palmas hacia arriba, y elevó sus ojos al cielo como esperando una respuesta.

–Un día –prosiguió–, Dios ordenó al profeta que golpeara una roca y de ella surgió una fuente de agua fresca y deliciosa. Luego le exigió que se bañara en ella y aquella agua le sanó por completo. A la mañana siguiente, como cada día, acudió su mujer. Al no encontrarle, temió que hubiera muerto o que, quizá, en prueba de amor, se hubiera marchado para no seguir siendo una carga. Y cuando, afligida, se disponía a descender la montaña, distinguió bajo un árbol a un hermoso joven sin sospechar que se trataba de su esposo que había sanado milagrosamente.

»–¡Oh, joven ermitaño! ¿No habréis visto por ventura a mi pobre esposo que es presa de una horrible enfermedad?

»Nabi Ayub la abrazó, le contó lo sucedido y vivieron felices muchísimos años más en este mismo lugar donde hoy está enterrado.

Una de las mujeres tomó el incensario y lo agitó sobre la tumba mientras bisbiseaba unas súplicas, ajena por completo al resto de visitantes. Antes de abandonar el mausoleo, Haj Mumtaz me enseñó dos grandes huellas en la piedra: la de un hombre que debía ser enorme y el no menos colosal rastro del casco de un caballo. Se trataba de las pisadas de Job y de su montura.

–Haj Mumtaz –comenté–, estas huellas son desproporcionadas y la tumba también. Job debía ser casi un gigante.

Intervino de nuevo el guardián, a quien mi acompañante acababa de dar unas monedas para la compra de incienso:

–Dicen que antes la gente era mucho más alta y corpulenta. En aquella época los hombres eran gigantes.

Sonreí. Tenía muy presente la historia del *yin* de las torres cónicas que me había contado el venerable Cheij Nasser.

De regreso a la moderna carretera, atravesamos algunos poblados. Se trataba de los *marquis*, o centros rurales, creados por el nuevo gobierno, me indicó Haj Mumtaz. Estaban dotados de escuela, dispensario y mercado, y administrados por un dirigente o *mandub* apoyado por un puesto de la milicia. Eran enclaves funcionales en los que el hormigón había sustituido las tradicionales cabañas. Apenas se veía un alma y las tiendas estaban regentadas por los indios que dominaban el pequeño comercio en todo Omán; se les podía encontrar en los lugares más remotos al cargo de un comercio o de una pequeña cantina.

Haj Mumtaz me preguntó:

–¿Sabe qué encontraron los americanos al aterrizar en la Luna?

–No –contesté.

–¡Restaurantes indios! –rió.

Tras unos kilómetros, Haj Mumtaz tomó una pequeña pista de tierra que conducía a una de sus fincas, integrada por unos cubículos de hormigón cercados por vallas de plantas espinosas. Las mujeres corrieron a esconderse y salió a recibirnos un anciano que vestía un *dishdasha* violáceo. Nos acomodó en una estancia tapizada por una chillona moqueta acrílica y cojines de terciopelo bordado. Presidían la pared una gran fotografía nocturna de La Meca, plastificada sobre una caja de luz, y otra del sultán Qabus, como comandante supremo de la Marina, con traje blanco, galones y gorra sobre el azul del mar de Arabia. El anciano tomó un mando a distancia y al instante obedecieron dos flamantes climatizadores Hitachi, que agitaron las

cortinas violetas. No nos ofrecieron nada. Seguíamos en ramadán.

Los dos hombres se saludaron efusivamente, frotándose la nariz al estilo de los esquimales, y se pusieron a hablar en aquel idioma tan antiguo. En un momento determinado, Haj Mumtaz sacó un fajo de billetes anudados con una goma y lo entregó al anciano que, eso sí lo entendí, rehusó contarlos. Al poco entraron dos hombres más que vestían igual que el anciano y se sentaron en cuclillas, observándonos sin hablar.

–Me cuidan las tierras –dijo Haj Mumtaz–. Son auténticos *jebeli*. No hace mucho vestían con una *futa* negra o violácea enrollada en la cintura. Ahora las cosas han cambiado. Estos *jebeli* están obsesionados con las vacas. Antes, todas tenían incluso su nombre propio y cuando moría alguien, se sacrificaba la mitad de su ganado.

–¿Conoce a Thesiger? –pregunté–. En su libro dice que la relación de los qara con su ganado recuerda la de los nuer del Sudán, una tribu cuyo mundo gira alrededor del ganado.

–Estoy de acuerdo. Creo que si ellos tuvieran que elegir entre dar alimento a una vaca o a un hijo, ¡escogerían al animal! –rió–. Mire, ésta es una tierra vieja. Aquí siempre han ocurrido cosas raras. Se dice que algunos de estos *jebeli* ofrecían, no hace tanto tiempo, sacrificios para contentar a los espíritus. Incluso se afirma que algunos no habían olvidado las antiguas creencias preislámicas y que en sus rituales llegaban a comer carne de hiena –hizo un gesto de profundo asco– porque creían que les proporcionaría poderes mágicos. En el Zufar todo ha cambiado muy rápidamente.

Haj Mumtaz se retiró con el anciano a un rincón, mientras los otros dos hombres me estudiaban en silencio, hasta que uno de ellos me dijo algo en sudarábigo.

–Dice –me tradujo más tarde Haj Mumtaz– que tiene usted que venir después del ramadán para quedarse unos días y probar la leche de las vacas del Zufar, la mejor del mundo.

Subimos en el Range Rover.

–Todavía es pronto. ¿Quiere que le enseñe los árboles del incienso? –preguntó Haj Mumtaz–. Yo no tengo nada más que hacer hoy y hace tiempo que no voy por allí. Luego continuaremos hacia los límites de Rub al Jali.

La vegetación desapareció y dio paso a unos pedregales que parecían no tener fin. Me apoyé en la ventanilla y cerré los ojos. Creo que por primera vez desde que había dejado mi ciudad estaba sintiendo la antigua excitación del viaje. Atrás habían quedado todos aquellos recelos. «Ya no se puede viajar», solía decirme a mí mismo, acaso para justificar la falta de acción. Pensaba en la paradoja de que, pese al

enorme avance de las comunicaciones, pese a que podíamos viajar a cualquier lugar del planeta en pocas horas o asistir en directo a cualquier suceso en las antípodas gracias a las parabólicas o a Internet, cada día resultaba más difícil la experiencia del viaje como conocimiento. Antes, cuando las comunicaciones no eran tan rápidas, cada paisaje, cada rostro, cada personaje nuevo, suponían un hallazgo. Un paso más en el aprendizaje. Luego, todo se había acelerado. En aquellos veinticinco años el mundo se había vuelto más homogéneo y menos interesante. Desaparecieron aquellos períodos en los que uno se hallaba maravillosamente incomunicado, «de viaje», inmerso en una realidad distinta en la que todo era posible, de la que se regresaba enriquecido y cambiado profundamente.

¡Claro que seguía siendo posible viajar! A pesar de que los relojes de todas las ciudades del planeta se estuvieran acompasando a un mismo ritmo frenético. Por mucho que tal vez yo estuviera buscando un mundo que se iba, o que incluso ya pertenecía al pasado. Me sentía como en aquella canción de Um Kulzum que escuché con el mago del circo, en la que el joven llegaba al campamento de su amada que acababa de partir con los suyos, dejando aún ardientes las brasas de la fogata, y en aquella inmensidad no sabía qué dirección tomar. Yo también andaba buscando un mundo que acababa de desaparecer y del que, al igual que en la canción, todavía podían apreciarse los rescoldos. «Por más que todo cambie –me decía apoyado en la ventanilla del Range Rover–, aún permanece la memoria, y en algún lugar de las costas de Arabia encontraré viejos marinos con las historias que ya nadie quiere escuchar.»

Haj Mumtaz aminoró la marcha y abrí los ojos; nos acercábamos a una profunda herida en la corteza de la tierra. Abandonamos el coche; el viento que soplaba con fuerza en aquel precipicio, casi nos impedía cerrar las portezuelas. Debimos entornar los ojos para evitar la arena que arrastraba. No conseguíamos entendernos en aquel vendaval, y despacio, como temiendo ser despedidos, nos acercamos al abismo. Al pie de las oscuras paredes del profundo cañón, serpenteaba el cauce amarillo intenso, casi naranja, de un *uadi* estacional salpicado de grandes piedras y de unos torturados arbolitos que desde arriba parecían de hierro oxidado.

–Ahsan luban fi dunia kullaha! (‘¡Esos árboles producen el mejor incienso del mundo!’) –gritó Haj Mumtaz, para hacerse entender en el viento silbante.

Descendimos por un tortuoso camino de cabras hasta alcanzar el cauce donde nos aguardaban aquellos árboles de ramas espinosas sin hojas, que de lejos recordaban a una gigantesca hidra cuyos brazos se

hubieran puesto a girar en espiral aspirados hacia arriba. Eran los preciados árboles del incienso (*Boswellia*), de corteza delicada y blanquecina como piel de cebolla. Haj Mumtaz sacó su navaja de la *dishdasha* e hizo una incisión de la que brotó una resina lechosa.

–Cuando se seque –dijo–, formará los cristales del incienso. La primera cosecha de resina se recoge al cabo de dos semanas; la segunda es de inferior calidad. Más tarde se repite la operación y la tercera recogida, de color ámbar, es la mejor. Cada árbol produce hasta veinte kilos de resina. La utilizamos sobre todo en las ceremonias para purificar el ambiente. La gente cree que aleja a los malos espíritus, igual que repele a los insectos. Su uso diario refuerza la armonía en el hogar. Dicen que disuelto en agua, cura muchas dolencias y limpia los riñones.

De regreso al todoterreno, Haj Mumtaz prendió la resina con el encendedor del coche, impregnándolo de un profundo olor a iglesia. Me pregunté entonces si todos esos peregrinos de Compostela o las beatas sospecharían el lugar de donde procedía el incienso y las vicisitudes que experimentaba antes de llegar a las sacristías. Por los cristales que producía este árbol se llegaron a pagar fortunas; su comercio creó importantes rutas de caravanas y sustentó la gran civilización de la Arabia del sur. Recordé entonces los textos antiguos que había leído antes de viajar al Zufar. Se decía que, para proteger el lugar de origen de las resinas aromáticas y de las especias, los árabes del sur hicieron circular todo tipo de leyendas que hacían aumentar aún más los precios.

Herodoto afirmaba que los árboles del incienso estaban custodiados por serpientes voladoras muy venenosas que colgaban de las ramas y que sólo el humo de la resina de *styrax* conseguía ahuyentarlas. En cuanto a la *cassia*, o falsa canela, ésta crecía, según el historiador, en lagos poco profundos en valles escondidos, custodiada por murciélagos muy agresivos, que emitían unos chillidos terribles. Para recolectar la planta, los árabes del sur se cubrían de la cabeza a los pies con pieles de bueyes y otras bestias, dejando tan sólo unas aberturas para los ojos, con mucho cuidado de que no se los arrancaran aquellas alimañas. Pero más curiosa aún era la manera como obtenían la canela. Nadie, ni siquiera los propios árabes, conocía su procedencia. Unos pájaros gigantes portaban bastoncillos de canela en el pico con los que construían los nidos, que pegaban con una especie de barro en lo alto de las rocas más escarpadas. La leyenda dice que los árabes utilizaban el siguiente artificio: sacrificaban las viejas bestias de carga, despedazaban sus restos y los acercaban al pie de las montañas donde anidaban aquellas aves monstruosas. Agazapados tras una roca, veían cómo los voraces pájaros caían en picado sobre los restos para llevárselos al nido, pero la codicia les

cegaba y acumulaban tanta carroña que los nidos acababan por ceder, desprendiéndose de la roca para precipitarse en el vacío. Sólo les quedaba entonces recoger los bastoncillos de canela con que los habían construido.

Proseguimos por un desierto de guijarros sin ninguna perspectiva, bajo un sol blanco sin sombras hasta que, como en un espejismo, surgió de la nada un enjambre de monstruosas aves de hierro, envueltas en una nube de arena, que taladraban la tierra con incansables picos de acero. Eran perforadoras de petróleo. No muy lejos de aquel lugar, aquel mar de piedra daba paso al desierto de Rub al Jali.

Llegamos a Salalah cuando el sol comenzaba a caer.

–¿Dónde está la parte antigua? –pregunté, ingenuo de mí, como si no hubiera aprendido nada en el tiempo que llevaba en el país.

–¡Ay, amigo! –se lamentó Haj Mumtaz–. Me temo que no hemos sabido conservar nada para nuestros hijos.

Me enseñó las pocas casas que quedaban de arquitectura tradicional y que recordaban poderosamente a las del Yemen. Nos acercamos al zoco, de nuevo cuño. Nos adentramos por las callejuelas donde se sucedían las tiendas de incienso y perfumes, hasta desembocar en una plaza donde, agolpadas en el suelo, unas mujeres de rasgos netamente africanos vendían una mezcla de resinas y maderas aromáticas que ellas mismas preparaban, junto a conchas y lagartos secos. A mi paso, una de ellas, con un aro de oro en la nariz, me llamó para mostrarme una raíz extraña:

–*Nasrani!,* ¿sabes qué es eso?

–*Zar!* (‘¡Brujería!’) –respondí, extendiendo hacia delante los brazos, moviendo los dedos como si quisiera hipnotizarla.

–*Auzu bilá min al shaytán ar-rahim!* (‘¡Que Dios nos proteja del poderoso diablo!’) –exclamó aquella mujer, terminando en una carcajada que descubrió lo más profundo de su garganta custodiada por una potente dentadura de oro.

–¿Quiénes son estas mujeres? –pregunté a Haj Mumtaz, cuando nos alejamos.

–Las trajeron de África. Hoy muchos quieren esconder el pasado, pero a mí no me importa llamar a las cosas por su nombre: son descendientes de esclavos. En nuestra religión es bueno darles la libertad, pero ellos deben decidir si la aceptan. Si no, hay que seguir manteniéndoles al servicio de la familia. Cuando yo era pequeño, uno de mis parientes poseía cinco esclavos; quiso liberarles pero ellos se negaban y murió sin haberlo conseguido. No pretendo afirmar que aquellos hombres deseaban continuar en la esclavitud; sólo querían

permanecer junto a sus amos, ya que fuera de la casa familiar se encontraban perdidos y no concebían su vida de otro modo. Un día, en el pueblo de Haseq, pregunté a un hombre negro si podía llevarme en su barca y me contestó que no tenía sitio. Al día siguiente se me acercó y, avergonzado, me pidió perdón porque no sabía que era amigo de su viejo amo. Son prácticas que vienen de lejos y se tardará como mínimo una generación en eliminarlas del todo. Piense que fue nuestro actual sultán quien abolió la esclavitud hará poco más de treinta años...

Llegamos a una calle con decenas de puestos de comida y Haj Mumtaz dio por zanjado aquel asunto que resultaba molesto a tantos árabes. Compró papaya y mangos de Salalah, manzanas del Líbano, pequeños melones de Turquía y granadas y racimos de uva de Irán.

Me fulminó con la mirada en cuanto acerqué la mano al bolsillo.

–¡Usted es mi invitado!

Haj Mumtaz vivía en una zona residencial a las afueras de Salalah, en una villa un poco al estilo del Levante español, con escalinatas que no conducían a ninguna parte, balaustradas de hormigón y cristales ahumados. Un escuálido jardín rodeaba la vivienda, sin apenas una planta o un árbol, y las paredes, a pesar de su blancura, despedían calor como si de estufas se tratara, mientras los climatizadores, que parecían a punto de explotar, chorreaban sin descanso. El almuédano señalaba ya el fin de la jornada de ayuno y mi anfitrión, que no había probado bocado en todo el día, ni bebido una gota de agua, entregó las bolsas a un criado, indio, naturalmente, y me invitó a entrar en su casa:

–*Ahlan, ahlan. Ahlan u sahlan* ('¡Bienvenido!') –exclamó.

Me condujo a una amplia habitación con banquetas adosadas a las paredes y una profusión de cojines de seda, presidida por una gran fotografía de bosques canadienses en otoño junto a un retrato del sultán Qabus. En una mesa baja, el criado dispuso todas aquellas frutas del zoco, dátiles y leche cuajada. Tras proferir un «*bismilá*», bebimos grandes vasos de agua y atacamos el desayuno nocturno del ramadán. Como siempre, apenas pronunciamos palabra. Acabada la comida, nos lavamos las manos y nos enjuagamos la boca al estilo árabe en una pila doble, antes de acomodarnos en un amplio salón con mesas de metacrilato y complicados sofás de cuero rojo y estructura dorada, frente a un tapiz de la Kaaba y otra fotografía del sultán. Haj Mumtaz se retiró unos minutos para rezar.

–*Ahlan, ahlan. Ahlan u sahlan* –exclamó a su regreso.

El criado entró de nuevo portando un servicio de té, y tras apurarlo, Haj Mumtaz sugirió que fuéramos a un café cercano al

fonduq de la playa, que durante el ramadán estaba abierto toda la noche.

En el pasillo, tras una puerta entornada pude vislumbrar por unos segundos a una voluminosa matrona recostada sobre unos cojines que comía bombones y estaba iluminada por el azul del televisor. Dos mujeres jóvenes, casi adolescentes y muy bellas, le peinaban la cabellera larga, todavía bonita. Sonrieron. Eran su mujer y sus hijas. Haj Mumtaz dudó unos instantes si presentármelas, pero acabó por hacerlo: después de todo yo era un *nasrani*. Las jóvenes me saludaron sin estrecharme la mano, bajando la cabeza y evitando la mirada directa, como toda muchacha árabe modesta debe hacer. Entonces, una de ellas gritó:

–¡No os lo perdáis, le van a destapar la cara!

Frente a nosotros, en la enorme pantalla, ¡el famoso culebrón! Por un momento estuve tentado de quedarme y asistir a la escena que todo el país esperaba desde hacía tantos y tantos capítulos. El médico se disponía a quitar la venda que cubría el rostro de su amada, a quien había abandonado injustamente –si recordamos– por culpa de una calumnia. Naturalmente él ignoraba de quién se trataba. Pero, ¡ay!, antes de que tirara del extremo de la venda, habían aparecido las letras del final del capítulo.

Mi anfitrión y yo salimos; la noche era muy agradable, incluso fresca. Subimos al coche y nos dirigimos hacia el mar. Junto a una pequeña mezquita, bajo un mango, una veintena de hombres, algunos con rasgos claramente africanos, se balanceaban como en oleadas siguiendo el ritmo de unas letanías islámicas. Unos meses más tarde iba a encontrar escenas parecidas en la africana isla de Lamu, muy ligada a Omán por la historia.

Anduvimos unos doscientos metros por la playa hasta llegar a un café bajo los cocoteros. Las mesas estaban alejadas unas de otras para permitir la intimidad; había también sugerentes rincones con alfombras y cojines. En una barbacoa, un egipcio asaba kebabs de cordero y *koftas*, manteniendo vivas las brasas con un gran abanico de plumas que manejaba con maestría, mientras otro compatriota se ocupaba de mantener limpísimas las pipas de agua para los clientes, a quienes les suministraba boquillas de plástico individuales. En unas estanterías, bajo un gran tamarindo, se extendían en batería las transparentes vasijas de cristal que llenaban con agua fresca cada vez que un cliente solicitaba fumar. En los estantes superiores, se ordenaban las cazoletas y las boquillas de largos tubos enrollados como serpientes. El olor a cordero asado nos llegaba a ráfagas, combinado con el azucarado aroma del humo del narguile y del incienso. Presidía el recinto el televisor de tubo más grande que jamás había visto. Emitía a todo volumen culebrones venezolanos traducidos

al árabe clásico, dramas interminables egipcios, la atrevida televisión libanesa y, cómo no, cadenas indias que difundían las veinticuatro horas números musicales de las películas de Bombay. Todo eso en cinco minutos, porque el mando a distancia había caído en manos de un personaje orondo, recostado sobre cojines, que fumaba indolente su narguile expulsando perfectos aros de humo y a quien nadie se atrevía a amonestar porque probablemente era el dueño.

Sonó un tambor que anunciaba la comida principal del ramadán.

–¡Uf! –exclamó Haj Mumtaz–. Les prometí a las mujeres que esta noche sí que comería con ellas. Vámonos. Se nos ha hecho muy tarde.

Me acompañó al *fonduq*. Con tanto café, aquella noche apenas podría dormir pero no me importaba. Me senté en la terraza. No había luna. Con la marea baja, el mar de Arabia se había retirado y dejaba en la arena charcas alargadas donde centelleaba el plancton; parecían pedazos de espejo en los que se reflejara aquel cielo tan estrellado. Olía a algas y a jazmín.

Serían las diez de la mañana cuando escuché el Toyota de Alí Fahmy, el historiador que me había recomendado Assem en Mascate. Alto y de unos cincuenta años, vestía la inevitable *dishdasha* impoluta y se tocaba con un turbante de cachemira de tonos violáceos. Me sorprendió en pleno ramadán tomándome un café árabe sin azúcar, perfumado con cardamomo.

–¡Beba, beba! No se corte por mí. Usted no tiene por qué ayunar –repetía la frase que tanto había oído desde mi llegada a Omán.

Sonreí. No dejaba de sorprenderme la afabilidad y la hospitalidad de aquellas gentes.

–Es un honor que alguien venga de tan lejos para interesarse por nuestra historia y nuestras costumbres –dijo, estrechándome la mano y sujetándola, a la manera árabe, todo el tiempo que duró el largo saludo.

El honor era mío, le respondí, a lo que añadí otras frases retóricas que, aunque sinceras, no es necesario repetir. Para mí, y esto sí lo escribo, era todo un lujo que uno de los estudiosos más tenaces del Zufar me concediera su tiempo.

–¡Éste es un país muy antiguo! –exclamó–. La tierra de los ad y del profeta Hud, la tierra de Ofír, Uz, Jarah... Gentes mencionadas en el Corán o en la Biblia; todos ellos hijos de Qohtan, el padre de los verdaderos árabes... Es un país muy antiguo –insistió–, más aún que el reino de Saba. ¡Es el legendario país de Punt!

Su afirmación no me sorprendió. Punt era el mítico reino al que los faraones enviaban sus expediciones en busca de riquezas, sobre todo los preciados incienso y mirra. Para los egipcios, era el hogar de

Amón Ra y también de la diosa Hathor. Los historiadores modernos aseguraban que Punt podría encontrarse en el Cuerno de África, en la India o en Arabia del sur. Pero el Cuerno de África era un lugar yermo y la India quedaba demasiado lejos para las naves de los egipcios, un pueblo por lo demás poco marinero, que a duras penas conseguía cruzar el mar Rojo. Así que su localización, en el Zufar, no era descabellada.

–En vez de estar charlando en este lugar –miró la pequeña piscina donde chapoteaban los niños de los ingenieros del flamante puerto–, prefiero mostrarle mi país.

Subí a su Toyota Land Cruiser y, acompañado una vez más por los rezos coránicos, tomamos la ruta de la costa que conducía hacia el este.

–Punt –recalcó, mientras dejábamos atrás las últimas casas– en nuestra antigua lengua significa el país del miedo. ¿Dice usted que ha vivido en Egipto? Conocerá entonces los bajorrelieves de la expedición de la reina Hatchepsut al país de Punt.

Sí, recordaba aquellas representaciones del siglo XV a.C., expuestas en aquella joya decimonónica que era el Museo de El Cairo. Documentaban el viaje de cinco navíos, fletados por Hatchepsut al legendario reino. Tenía presente la escena en que los reyes de Punt, rodeados de su corte, entregaban alheña, incienso y mirra al jefe de la delegación faraónica.

Desde las clases de Historia Antigua me había intrigado la figura de Hatchepsut. Fue la regente de Tutmosis III, que acabó por tomar el poder y se hizo coronar faraón. Hatchepsut adoptó un nombre relacionado con el dios Horus, una prerrogativa exclusiva de los monarcas varones, y también las insignias reales, como la característica barba postiza de los faraones. Aquella reina se convirtió en uno de los mejores estadistas del antiguo Egipto, dedicando grandes esfuerzos a modernizar el estado y a su expansión comercial.

Había tenido la oportunidad de viajar, tiempo atrás, al Alto Egipto con mi amigo Mursi Sultán. Nos sorprendió el imponente templo de Deir el Bahari, tallado a pico en la roca al oeste de Tebas, construido por Hatchepsut. La reina quiso reproducir el paraíso de Amón Ra en la Tierra, y para ello hizo traer de Punt árboles de mirra que ordenó plantar en las terrazas escalonadas de la avenida que conducía al templo. Allí, en un yermo castigado por el sol, tratábamos de imaginar cómo sería aquel templo polícromo con terrazas que descendían hasta el valle del Nilo, surcadas por canalillos que regaban los árboles de mirra. A la sombra, bajo un chamizo, sorbiendo un caliente y fortísimo té junto a los chóferes de los autocares de turistas, y pasándonos una pipa de agua bien cargada, mi amigo Mursi me contó el célebre relato del náufrago.

Se trataba nada menos que del primer documento en toda la historia de la navegación. Estaba escrito en un papiro, que se conservaba en el Museo del Ermitage y que narraba las tribulaciones de un marino que viajaba a Punt. A los dos meses de su salida de Tebas, cerca de una isla que bien pudiera ser Socotra, estalló una gran tormenta y el navío zozobró. El marino, que alcanzó la isla a nado, fue el único superviviente. Recaló en un lugar con gran abundancia de árboles frutales, pájaros, mirra y toda suerte de maravillas. Un día, escuchó el ruido de un trueno, la tierra tembló y apareció una serpiente gigante, de azul lapislázuli, adornada con oro y tocada con la barba postiza de los faraones, que lo tomó en la boca y lo llevó a su palacio. Allí, la serpiente le dijo que era el príncipe de Punt, se apiadó del náufrago y le perdonó la vida. El marino, agradecido, tras postrarse ante la serpiente, le dijo que hablaría de ella ante el faraón y que sería recompensada con fabulosos perfumes y esencias. En aquel momento, el príncipe soltó una gran carcajada y le hizo saber que ningún perfume de la tierra del Nilo podía compararse con la mirra de Punt, y que además, tan pronto abandonara la isla, ésta sería tragada por las olas. Dicho esto, recompensó al marino con grandes presentes: incienso, perfumes, mirra, maderas olorosas, marfiles, babuinos y otras maravillas, y le permitió regresar a Egipto.

Por la ventanilla desfilaban los vergeles tropicales.

–Estoy convencido –dijo Alí Fahmy arqueando las cejas– de que Zufar es además el misterioso país de Ofír mencionado en la Biblia. Hasta aquí llegaban las naves de los fenicios al servicio de Nabi Suleimán, el rey de Israel, que hizo construir una flota de navíos en Asion Gaber, en el golfo de Akaba. El viaje duraba tres años, al cabo de los cuales regresaban con plata, joyas, maderas preciosas, marfil, monos, pavos reales y, sobre todo, con más de cuatrocientos talentos de oro. ¡Nada menos que veinticuatro toneladas de metal purísimo!

Pasamos junto a una finca interminable protegida por un muro de cemento. Se trataba de las cuadras reales del sultán, y entonces recordé haber leído que el Zufar era famoso por la excelencia de sus caballos árabes, que durante siglos fueron exportados en veleros, incluso a la India, como relató en el siglo XIV el gran viajero árabe Ibn Batuta.

–Creemos –prosiguió Alí Fahmy– que Zufar es también el antiguo país de Zafar, como le llamaban los griegos. En nuestra lengua significa «serpiente», porque se decía que ofidios alados custodiaban los árboles del incienso. Yo creo que la leyenda debe tener algún fundamento pues uno de mis parientes vio una vez cómo unas serpientes saltaban de un árbol a otro.

El aplomo con que narraba sus orígenes me recordaba las leyendas de Herodoto sobre las argucias de los árabes para mantener el secreto de sus riquezas. Sonreí. Mi anfitrión era, sin duda, un árabe del sur, un hijo de Qohtan, un árabe auténtico.

Nos desviamos por una pista que se dirigía hacia el mar por el cauce de piedras del Uadi Darbat. Al llegar a un promontorio, Alí Fahmy paró su Land Cruiser. El paisaje era soberbio: sobre una roca se hallaban las ruinas de la antigua ciudad de Sumhuram, que dominaban una amplia laguna alargada donde picoteaban flamencos y otras aves acuáticas y que desembocaba en una bahía en forma de herradura, custodiada por dos grandes peñascos.

Las ruinas de la ciudad estaban protegidas por una alambrada. Alí Fahmy comprobaba el estado de los neumáticos mientras, disimuladamente, yo bebía un buen trago de agua. Nos sentamos en una roca y esperamos unos minutos a que llegara el guardián, al que, desde un chamizo alejado y, como en una película iraní, vimos acercarse lentamente con un manojo de llaves que brillaba al sol, en la inmensidad de aquel paisaje de piedras y viento.

–Sumhuram –dijo Alí– fue fundada por el rey del Hadramaut, una de las monarquías de la Arabia del sur, por lo menos hace veinticinco siglos. Era un lugar muy próspero y, según las últimas investigaciones, fue la primera ciudad de toda Arabia que tejió lazos comerciales con la India; se han encontrado montones de objetos que así lo demuestran. Me gusta pensar que en esta ciudad fue donde seguramente se despertó la vocación marinera de los árabes. En sus bazares se amontonaban las maravillas de todo el Índico: sedas, porcelanas, especias, pieles de animales salvajes, marfil y, por supuesto, los preciados incienso y mirra de los valles del interior de Zufar. Desde aquí también se reexportaban a través del puerto vecino de Qana (en el actual Yemen), o se transportaban a lomos de camello siguiendo las rutas caravaneras por los desiertos de Arabia en dirección al Mediterráneo o a Mesopotamia.

No teníamos ninguna prisa, y Alí Fahmy era generoso con sus explicaciones.

–Gracias al comercio marítimo –prosiguió–, el reino del Hadramaut se hizo muy rico, pero no tardaría en ser dominado por Hymiar, otra de las monarquías de la Arabia del sur, que acabó por unificar toda la región. A principios del siglo II, el rey de Hymiar, para dotarse del antiguo prestigio del reino de Saba, se autoproclamó rey de Saba y Dhu Raidan. Por ello a veces se habla de todos los árabes del sur en general como sabeos, aunque históricamente no sea del todo correcto. Hymiar era una potencia marítima, incluso estableció

colonias en el África oriental. No son fantasías, amigo: todo está documentado en el *Periplo del mar eritreo*. ¿Ha oído hablar de ese relato?

Asentí. El *Periplo* era una narración indispensable para todo el que se interesara por la historia del océano Índico. Se trataba de un documento escrito por un marinero griego al servicio de los romanos, que en el siglo I d.C. describió los puertos por los que iba recalando su nave mercante, de camino hacia la India.

–El *Periplo* –dijo Alí– hace especial mención del importante puerto de Moscha en la costa de Arabia, y hoy las excavaciones permiten asegurar que se trata de nuestra Sumhuram.

Por fin llegó el guardián, un simpático viejecillo desdentado que saludó con efusión a Alí Fahmy, por el que mostró una gran deferencia. Esperamos un buen rato a que encontrara, entre su manojo de llaves, la de la cancela que protegía las excavaciones interrumpidas durante el ramadán.

–Sumhuram –explicó aquel hombre mientras abría la verja– era una ciudad amurallada con una gran puerta. Pero no crea que era fácil penetrar en la ciudad –me dijo levantando las cejas– pues aún debían superarse otras tres antes de acceder a ella. Lo hacían tan complicado porque en aquella época eran frecuentes los ataques de invasores y piratas; y así, obligándoles a recorrer un pasadizo tortuoso, podían deshacerse con facilidad de los intrusos –dijo llevándose una mano al cuello, como si se segara la yugular de un tajo.

Paseamos entre las ruinas hasta llegar ante los restos de un gran edificio, que según dijeron era el templo dedicado a Sin, el dios de la luna. Apenas quedaban en pie unos muros que habían sido numerados piedra a piedra con pintura blanca.

–Nuestros antepasados adoraban a los astros –dijo Alí Fahmy– y aún hoy, los seguimos invocando.

Quedé sorprendido. Sabía que el islam tenía una gran capacidad para asimilar prácticas antiguas, como la creencia en los espíritus. Pero era enemigo acérrimo de cualquier muestra de paganismo, por lo que nunca sospeché que hubiera lugares, por remotos que fueran, donde siguieran presentes las antiguas deidades.

–¿Quiere decir que siguen adorando a los dioses? –pregunté asombrado.

–¡Oh, no! –exclamó Alí Fahmy–. Sólo que los seguimos invocando, sin ser conscientes de ello en nuestra vida diaria. Sus nombres están presentes en los proverbios. Le daré un ejemplo: Sin era el dios principal de nuestros antepasados y hasta el día de hoy, en nuestra lengua, cuando queremos decir «¡Dios te proteja!» exclamamos: «*Sin lek!*». Pero nuestros ancianos han olvidado el significado de las palabras y no saben que se están refiriendo al dios de la luna. Los

antiguos dioses de los árabes del sur eran casi todos planetas y estrellas.

Alí suspiró antes de continuar:

–¿Se imagina cómo debía ser este lugar con los veleros venidos de todos los puntos del océano anclados en los muelles? En Sumhuram se encontraban los marineros de la India, etíopes, africanos, árabes del sur, persas, fenicios, griegos o romanos. Los almacenes estarían repletos de especias, maderas preciosas, sedas, pieles de animales salvajes y marfiles. Los mercaderes harían fantásticos negocios en los caravasares y luego esperarían la orden del jefe de las caravanas para cargar los camellos de mercancías fabulosas e iniciar la travesía del desierto hacia los mercados del Mediterráneo y del Éufrates. ¡Y hoy!, ¿qué nos queda de tanta riqueza? –se lamentó, contemplando las ruinas.

Aquella nostalgia del pasado era la misma de mis amigos Abdelaziz y Cheij Abas cuando hablaban de los fabulosos reinos de la Arabia del sur. ¿Cuándo habría comenzado la decadencia de toda la región? Sin duda, ya con la irrupción de Roma, que creó un nuevo orden económico al acabar con el monopolio árabe del comercio. Y a partir de entonces, todas aquellas valiosas mercaderías del Índico, cuyo tráfico tanto había enriquecido a la Arabia del sur, fueron transportadas en las naves romanas, que eran mucho más robustas, hasta los puertos egipcios del mar Rojo, donde les esperaban las caravanas que se dirigían a la gran metrópoli de Alejandría. Los romanos se valían del monzón del suroeste, mientras que los árabes preferían el viento contrario. La consecuencia fue que Sumhuram y otros puertos de la región vieron cómo su actividad se reducía año tras año para acabar, en el mejor de los casos, convertidos en meros enclaves para el aprovisionamiento de agua y de unos pocos artículos indispensables. Algunos, como Adén, fueron incluso destruidos.

Contemplé las ruinas del antiguo y orgulloso puerto que el aluvión del Uadi Darbat había ido cegando a lo largo de los siglos. Cerré los ojos y apreté los párpados. Mentalmente, como si de una simulación por ordenador se tratara, conseguí levantar los muros de los almacenes, templos y palacios; pero apenas logré mantener por unos segundos la ficción de una arquitectura desconocida, que se desvaneció nada más abrir los ojos.

Alí, abarcando con su mirada las ruinas de la ciudad de Sumhuram, sonrió como si me preguntara: ¿y, bien?, ¿qué te inspira todo esto?

–Es un lugar melancólico –dejé escapar–. Debió de ser muy duro para los habitantes de la ciudad observar en el horizonte cómo un

buen día las naves romanas comenzaban a pasar de largo, sin recalar en el puerto –dije, señalando la laguna.

–Fue el principio del fin –apostilló Alí–. Para colmo, su bien más preciado, el incienso, que llegó a valer su peso en oro, pronto se iba a devaluar. Su precio acabó por desplomarse cuando Roma adoptó el cristianismo como religión oficial. Cesaron los enterramientos espectaculares y las interminables ceremonias paganas donde se consumían toneladas de incienso y mirra.[16] Fue el tiro de gracia. En la Arabia del sur, los antiguos dioses comenzaron a ser cuestionados, el poder y la autoridad de los sacerdotes se vieron mermados y la sociedad, hasta entonces unida por una fe común, se desmoronó. ¡Las desgracias nunca vienen solas! Los árabes del sur poseían una agricultura sofisticada que requería un constante mantenimiento, y la pérdida de los ingresos del comercio hizo que se descuidara el estado de embalses, canales y acequias. La famosa presa de Marib, que regaba enormes extensiones de desierto, se resquebrajaba a menudo, con lo que su rendimiento fue disminuyendo. Como consecuencia de todo eso se produjeron hambrunas, e importantes tribus de lo que hoy es el Yemen, como los azd, se vieron empujadas a la diáspora entre el siglo II y el VI.

–¿Los ad? –interrumpí–. ¿El pueblo del profeta Hud?

Quedé sorprendido, pues creía que se trataba de un suceso mitológico perdido en la noche de los tiempos, no de un hecho tan cercano históricamente.

–¡No! Una cosa son los azd y otra, muy distinta, los ad, a los que usted acaba de referirse –replicó enérgico como si para un europeo, la sutil diferencia entre las palabras azd y ad fuera tan evidente como para los árabes–. Así pues los azd –recalcó el sonido de la z árabe– se vieron obligados a emigrar, prácticamente en masa, sobre todo hacia Omán. El desmoronamiento de la presa en el siglo VI provocó su diáspora definitiva.

Un grupo de flamencos de la laguna levantó el vuelo, trazando un círculo sobre nuestras cabezas, como si quisieran averiguar quiénes eran los intrusos que osaban profanar aquel lugar encantado, para regresar al mismo punto del que habían partido hundiendo sus frágiles patas en el lodo. Los observamos un buen rato en silencio, roto por la voz del viejo guardián que sonó extraviada en aquel paraje primigenio.

–¡Ah, hermanos! Si no necesitáis más los servicios de este anciano, me gustaría retirarme a la soledad de mi vivienda para dedicarme a la lectura del Corán.

Alí le dio unos billetes y el guardián emprendió el largo camino

de regreso hacia el barracón que dominaba todo el valle. Nosotros seguimos la dirección opuesta, hacia el mar, bordeando la laguna de los flamencos hasta alcanzar la bahía de aguas cristalinas, encerrada por los dos farallones simétricos de piedra calcárea. Unas aves de patas quebradizas y largos picos perseguían implacables a los pequeños crustáceos, mientras otras más robustas y no tan gráciles se ensañaban con los cangrejos amarillos. En el agua, un grupo de delfines evolucionaba lentamente en saltos arqueados, como si trazaran una circunferencia perfecta en las profundidades, de la que tan sólo nos quisieran mostrar una pequeña parte.

Subimos al coche y surcamos de nuevo aquellos paisajes inabarcables. No sé si se trataba de la luz, del aire tan diáfano o de algún raro fenómeno atmosférico, pero lo cierto es que en pocos lugares del mundo, ni siquiera en el Desierto Blanco de Farafra o en las llanuras del Serengueti, sentí la amplitud de los espacios como en el Zufar, donde el horizonte parecía más lejano que en cualquier otro lugar, el océano más vasto y todo resultaba límpido y grandioso.

No habrían pasado ni diez minutos cuando Alí tomó una nueva pista que nos llevó a un promontorio sobre el que se levantaban, rotundos, siete monumentos de forma circular, de un metro de altura y unos siete de diámetro, construidos con piedras negras apiladas.

–¡Éstas son las antiguas tumbas de los azd! –exclamó Alí–. Atravesaron el Hadramaut y Zufar, se establecieron en Omán y llegaron incluso al Golfo Pérsico, subiendo hasta Basora. Son los padres de las tribus omaníes. ¡Los ancestros de los árabes del mar que usted anda buscando!

Al mediodía, el impacto de aquellos círculos de brillante piedra negra sobre el cauce de guijarros que discurría hacia el centelleante mar de Arabia, resultaba tan bello como inquietante. De nuevo me sacudió aquel escalofrío que había sentido en las torres cónicas y en las ruinas de Sumhuram, como si por unos instantes hubiera percibido el fluir de una energía antigua.

–Vamos, vamos. ¡Todavía quedan tantas cosas por ver! –me apresuró Alí.

¿De dónde sacaría el historiador tanta vitalidad? Tuve que hacer un esfuerzo para no dejar traslucir mi cansancio. Estaba disfrutando cada minuto de aquel día, era un privilegio recorrer el Zufar de la mano de aquel erudito. Me llevé un par de dátiles a la boca, absorbí la glucosa y me puse de nuevo en marcha.

Desanduvimos el camino pero, en vez de proseguir por la carretera, remontamos el cauce seco del Uadi Darbat, sorteando con el Land Cruiser guijarros y pedruscos durante una media hora. Tras un

recodo, aparecieron majestuosas unas grandes rocas calcáreas cubiertas de líquenes, musgos y plantas colgantes, que dejaban la entrada de unas cuevas al descubierto.

–Aquí apenas hace un mes había una gran catarata. El agua bajaba embravecida y resultaba imposible transitar por este lugar.

Caminamos un rato hacia un pequeño bosque. Nos detuvimos en una hondonada donde brotaba un manantial. Seguimos el hilo de agua que se escurría entre unas rocas que nos cerraban el paso. Con cuidado, superamos aquel obstáculo y, en lo alto, llegó la sorpresa: a nuestros pies se extendía una poza de color aguamarina. En un recodo, se alzaba un imponente ficus bengalí que sepultaba con sus intrincadas raíces la gran roca sobre la que se asentaba, y entonces Alí me contó:

–Tras la creación, Dios se olvidó de plantar el ficus y éste le suplicó:

»–Por favor, plantadme.

»–Ya no me queda ningún lugar para ti, tan sólo las rocas –replicó Dios.

»–Por favor, colocadme sobre ellas –imploró el ficus–, que ya encontraré la manera de sobrevivir.

»Dios misericordioso se apiadó del árbol –continuó con una sonrisa Alí–, y lo plantó sobre la roca. Por eso el ficus puede crecer en cualquier lugar siempre que disponga de agua abundante. Sobre peñascos, viejos muros o incluso en la copa de otro árbol, al que acaba por asfixiar envolviéndolo, con sus largas raíces, que se le enroscan como serpientes hasta llegar a suelo fértil.

Antes de volver al todoterreno, Alí me enseñó el árbol de la goma arábiga, el del alcanfor y otros raros árboles que sólo crecían en el Zufar o en la no menos extraña isla de Socotra. Me mostró el árbol de la mirra, no muy distinto al del incienso. En uno de ellos practicó una incisión de la que brotó un líquido rojo y espeso como la sangre que, al igual que el incienso, también cristalizaba. Se lo llevó a la boca.

–Es amargo –dijo–. La palabra mirra viene del árabe *morr*, que significa precisamente ‘amargo’. Se empleaba en el proceso de momificación y en medicina pero, en la actualidad, su valor ha descendido. ¿Sabía usted que se utiliza para barnizar violines y como astringente, y también en perfumes y dentífricos?

Y entonces, a lo lejos, arriba en la ladera, me pareció distinguir un baobab. Pero no era posible, me dije, ya que sólo crecían en África. Sin embargo, tenía su característica forma rechoncha y las ramas torturadas, como si, al igual que fabulan en algunos lugares de África, un gigante lo hubiera arrancado para plantarlo del revés, de modo que las ramas fueran en realidad sus raíces. De sus extremos colgaban unos frutos que parecían enormes sobrasadas.

–¿No son baobabs esos árboles? –pregunté.

–Sí –sonrió Alí–. Nadie sabe cómo llegaron aquí. Detrás de ese peñasco se extiende un pequeño bosque. ¡Vamos!

Alí recogió piedras del suelo y yo pensé que era un ingenuo por pretender conseguir alguno de aquellos frutos a pedradas. Pero antes que historiador, él era un indómito zufarí y, tras un par de intentos, con una puntería admirable logró su trofeo, que abrió para mostrarme unas grandes semillas.

–Pruébelas. Tienen un agradable sabor a limón dulce, ¿no cree?

El Land Cruiser nos llevó a unos valles con lagos bordeados de espesa vegetación, que de vez en cuando se abría en amplios pastos naturales salpicados de grandes árboles. Abundaban las bandadas de patos, los ibis y las garzas reales. Entre los juncos destacaba un grupo de gansos salvajes que parecían salidos de los frescos egipcios de Meidum. Algún grupo solitario de pequeñas gacelas pastaba en armonía junto a vacas, camellos y magníficos caballos árabes. Dejamos el todoterreno al pie de un peñasco e iniciamos una fácil escalada, cuidándonos de que no cedieran aquellos salientes calcáreos. A los pocos minutos alcanzamos una gran cueva.

Alí me mostró en un alero de la gruta unas inscripciones en un raro alfabeto.

–Recorro las cuevas del Zufar –dijo– en busca de petroglifos y he encontrado, grabados o pintados en las paredes, textos en un antiguo y olvidado idioma relacionado con los escritos llamados canáticos y con los alfabetos del sur de Arabia. Los he enviado a expertos de todo el mundo y estoy estudiando el número de letras que tiene esta lengua, que no está descifrada. Hay quien cree que quizá yo sea el elegido para descifrar el alfabeto de las cuevas, pues hablo una lengua que es hija de aquel idioma antiguo. Piense que hasta 1962 yo no conocía una sola palabra de árabe. El alfabeto sudarábigo tiene treinta y tres letras, más algunas que no se pronuncian. Durante veinte años he estado recogiendo estas inscripciones; lo hago por mi cuenta. De regreso a Salalah le llevaré a mi estudio para que vea lo que hago con todo lo que he recopilado.

–Imagino que los montañeses creerán que estas cuevas están habitadas por los *yenún* –dejé caer, y Alí sonrió.

–Nosotros creemos que existen dos mundos paralelos –contó–: uno visible y otro invisible, que es el de los *yenún*, algunos de los cuales habitan en las cuevas. Se cuentan muchas historias sobre estos genios. Hay quien asegura haberlos visto; incluso creemos que algunos hombres se han casado con mujeres *yenún*, aunque lo contrario nunca ha sucedido. Estas creencias están en nuestra religión y en nuestra

tradición, aunque yo nunca he visto un *yin* ni nada parecido –rió–. Hay gente que los convoca, pero puede resultar perjudicial si no se hace por un motivo importante. Nuestros ancianos creen que los *yenún* nos pueden ayudar y conseguir por ejemplo, que los enemigos hagan cosas a nuestro favor. Pero hay tres acciones que deben evitarse cerca de una cueva para no provocar el enfado de los *yenún*: tirar piedras, gritar y jugar.

La cueva se abría muy por encima de aquella Arcadia perdida. Frente a nosotros, casi las podíamos tocar, dos águilas permanecían quietas en el aire esperando la capa de aire caliente que les permitiría elevarse aún más para distinguir la presa sobre la que abalanzarse. Sonaba con insistencia el canto de las cigarras. Alí sonrió satisfecho.

De regreso a Salalah visité su estudio, en la parte trasera de una villa en la misma urbanización donde vivía Haj Mumtaz. En la amplia estancia se amontonaban carpetas, mapas y libros. En las estanterías se alineaban piedras y frascos con pigmentos y sobre las mesas, los últimos ordenadores Apple con una batería de escáneres, impresoras y periféricos. Me enseñó lo que hacía.

–Con una cámara digital fotografío las inscripciones de las cuevas y pinturas que luego manipulo con el Photoshop para que queden únicamente los signos, desprovistos de las ornamentaciones y de colores que pudieran entorpecer su lectura.

Desplegó en una gran mesa unas láminas donde, sobre fondo blanco, se podían apreciar pictogramas de una belleza sorprendentemente contemporánea. Los extraños signos se combinaban con dibujos de palmeras, animales e incluso veleros. Alí lo iba explicando todo con emoción.

–Éstos parecen guerreros –afirmó, señalando una escueta representación humana, hecha casi de un solo trazo–, y esos animales son órix; se distinguen claramente por sus cuernos.

Alí Fahmy fue hasta el ordenador y me mostró en pantalla todos aquellos símbolos y caracteres alfabéticos, en una tabla comparativa tomada de distintas cuevas.

–Poco a poco –dijo– voy atando algunos cabos.

–¿Ha encontrado apoyo para sus investigaciones?

–Desde hace muy poco. Al principio, cuando veían que cada día me iba a la montaña a buscar cuevas y fotografiarlas, todos creyeron que me había vuelto loco. A la generación actual no le interesa nada de todo esto. Las lenguas antiquísimas como la nuestra, que ya hablaba la reina de Saba, se pierden y desaparecen.

–¿Y qué opina la gente de los escritos?

–Dicen que son dibujos de niños o escrituras de los *yenún*. Me

gusta hablar con los pastores y campesinos; tomar notas y escuchar sus historias, por increíbles que parezcan. Dicen que hace mucho tiempo existía una serpiente tan grande que superaba con creces los cincuenta kilómetros de largo y que pretendía engullir el mundo. Para impedirlo, una noche Dios envió a la Tierra a cuatro ángeles que portaban grandes lámparas: uno se sentó sobre la nuca, otro le mantenía cerrada la boca, un tercero le sujetaba el lomo y el último le agarraba la cola. De este modo consiguieron reducirla. Por eso, afirman nuestros mayores, algunas noches aún puede distinguirse en el horizonte el titileo de aquellas lámparas: son los ángeles que siguen luchando con la serpiente para salvar el mundo.

Sonó el timbre de la puerta. Era Haj Mumtaz. Los dos amigos se saludaron con efusión. Un criado indio trajo una bandeja con un servicio de té de porcelana inglesa y un cuenco con galletas danesas. Era únicamente para mí. Ellos observaban el ramadán a rajatabla.

Alí escanció aquel fuerte té almibarado, hervido con leche y especias como hacían en la India.

–Cuando éramos pequeños –recordó–, mi madre solía contarnos que existía un pájaro muy grande que cogía a los niños y se los llevaba a su nido. Luego me di cuenta de que no era una leyenda aislada. Cuentan que en una ocasión, una mujer cuyo marido se hallaba en la isla de Socotra, sintió grandes deseos de estar junto a él. Una anciana que trataba con los *yenún* y sabía mucho de esas cosas le dijo:

»–Ve a la costa e invoca, con las palabras que te diré, a un pájaro llamado *ankha* que te llevará hasta esa isla lejana, donde podrás pasar una noche. Pero sobre todo, no olvides traerte de aquel lugar algo que sólo allí se encuentre, algún fruto o alguna piedra rara, para mostrarlo a los incrédulos, en caso de quedarte embarazada. Así no te podrán acusar de ser una adúltera.

»Así lo hizo. La mujer voló a Socotra transportada por el pájaro, disfrutó de su marido y regresó. Todos lo creen. Este pájaro está en la mitología de griegos, romanos, hindúes, chinos... Los árabes lo llaman el *ankha*.

Me admiraba el poder que pueden encerrar, para los pueblos antiguos, las palabras capaces de invocar a las fuerzas de la naturaleza o a los espíritus. Palabras que podían destruir montañas o, como me contaron en un santuario animista de Costa de Marfil, conseguir que árboles de más de treinta metros, los preferidos de los espíritus del bosque, se desplomaran con sólo pronunciarlas.

Sonaron rezos y el criado entró con una bandeja con leche cuajada, dátiles y frutas para el desayuno del ramadán. Los dos amigos –tendrían la misma edad, ¿habrían luchado juntos en la guerrilla?– se levantaron para realizar sus abluciones y cumplir con el precepto coránico de la oración o *salat*. Aproveché para hojear un libro que desde hacía rato me llamaba la atención. Lo había escrito Alí. El volumen lo cerraba una foto con sus hijos vestidos a la tradicional manera de los shahara, a pecho descubierto y con una tela violácea anudada a la cintura.

–Es mi último trabajo –dijo Alí a su regreso–. Será un placer dedicárselo.

Estampó una gran firma y quedó ausente unos largos segundos, antes de continuar:

–¿Sabe?, Zufar es un lugar maldito porque sus habitantes se negaban a creer en los profetas que Dios les enviaba. Hay una tumba en un lugar apartado donde, siempre que se pasa cerca, es preceptivo insultar al muerto y arrojarle sal. Creemos que se trata de un importante personaje que rehusó abandonar el culto a la luna. En un capítulo hablo de los árabes del sur anteriores al islam, que convirtieron a sus dioses en dátiles y cuando se enfadaban se los comían. Tal como está haciendo usted ahora.

Abandoné en el cuenco el dátil que me disponía a llevarme a la boca.

Al cabo de unos minutos, regresó el criado, esta vez con una gran bandeja con ensalada de col, tomate y cilantro, un fuerte curry de un pescado azul y arroz *biryani*, que dispuso en una de las mesas del estudio. El curry estaba muy bien preparado, fuertemente especiado al estilo de Madrás y cocinado con leche de coco.

Tras la comida, bebiendo un té cargado, Alí puntualizó:

–Quiero descifrar el enigma del Zufar. *Inch Alá!* ('¡Ojalá!'), algún día consiga que las cuevas terminen por hablar! Entonces demostraré que ésta es la tierra más antigua del mundo. Mucho más aún que Saba y Hymiar. Porque ¡dígame!, ¿a santo de qué se nos considera una región periférica, cuando aquí tenemos el mejor clima y los mejores pastos de toda Arabia? Aquí es donde el agua abunda y además ésta es la tierra del incienso y la mirra, los bienes sobre los que los árabes del sur construyeron su civilización. ¡Este es un país muy antiguo! ¡Es el país de Punt! No lo olvide.

Alí me acompañó a mi *fonduq* y al despedirme le observé por última vez. Aunque a veces el historiador pareciera distante y de mirada opaca, cuando hablaba del Zufar sus ojos se iluminaban con aquella luz tan especial de los zufaríes que Thesiger había conseguido

atrapar magistralmente con su vieja Leica.

Al día siguiente Haj Mumtaz vino a verme temprano. Uno de sus hermanos, que vivía en Qatar, había caído gravemente enfermo y aquella misma mañana volaba para estar a su lado. Mientras nos despedíamos, un empleado indio del *fonduq* me trajo un amasijo de papel que había encontrado después de lavar uno de mis pantalones: ahí estaba la tarjeta de Cheij Yunis, aquel personaje que leía el Corán a mi lado en el avión de Oman Air. Aunque el número de teléfono se había borrado todavía podía adivinarse la dirección. El destino una vez más parecía dictar el camino.

Alquilé un Nissan y llegué a Mirbat al mediodía, cuando la ciudad entera parecía dormir la siesta. Pero era sólo una primera impresión: pronto, entre aquellas calles desiertas, bajo un sol de justicia, vi algunas de las tiendecillas de los indios abiertas. A lo lejos, bajo el alero de una de las casas, distinguí un grupo de gente y hacia allí me dirigí. Cuando les iba a mostrar la dirección, comprobé que Cheij Yunis, el hombre que buscaba, era uno de ellos.

–¡Qué sorpresa verle, hijo! –Me besó en las mejillas–. ¡Esta noche debe quedarse con nosotros! Venga a mi casa. Cuando baje el calor, saldremos a dar una vuelta y charlaremos sobre lo que usted quiera.

La vivienda de Cheij Yunis era funcional, pintada de blanco. Como siempre, entramos directamente al *majlis*. No tendría oportunidad de ver las demás habitaciones ni las cocinas, aunque se distinguían voces femeninas entre ruidos de cacharros. El *majlis* de Cheij Yunis era una habitación amplia con un suelo de linóleo con arabescos. Unas banquetas forradas de azul celeste y cojines del mismo color se alineaban junto a las paredes. En una de ellas, una vitrina dorada con platos y bibelots competía con la fotografía de La Meca durante el *Haj*, en la que cientos de miles de fieles, cubiertos con las telas blancas que a su muerte utilizarían como mortajas, hacían la circunvalación ritual de la Kaaba, el antiguo meteorito que representaba al Dios único venerado ya antes del islam.

Varias ventanas de cristales ahumados daban sobre el puerto de Mirbat, donde los dhows se recortaban contra las imponentes montañas.

Cheij Yunis llamó a un criado indio musulmán y le ordenó prepararme un lugar para descansar.

–*Ahlan, ahlan u sahlan* –se despidió el cheij–. Descanse usted, yo debo hacer mis rezos. Dentro de un par de horas nuestro Lukman –se

giró hacia el criado, que sonrió– le despertará.

Me quedé solo en el *majlis*. Tenía la garganta seca, cogí mi bolsa y saqué la botella de agua, que bebí casi de un trago. Me tendí en el camastro, abrí mi diario y comencé a escribir. En el Zufar había encontrado mucho más de lo que esperaba. Mascate no había sido precisamente un lugar que estimulara mis ansias de buscar a los árabes del mar, pero ahora, tras recorrer aquella región extraordinaria, regresaría a la capital de Omán con fuerzas renovadas. Sin embargo, tampoco quería detenerme demasiado tiempo en la gran ciudad. Partiría pronto hacia la Batinah con Assem, el periodista egipcio, a casa de Tayeb, uno de los redactores de su revista. Pronto me sobrevino el sueño y la pluma cayó sobre uno de los cojines, dejando una gran mancha en forma de interrogante.

Tras pasar una larga hora Lukman me despertó, indicándome que podía tomar una ducha. Mientras me refrescaba, a través de una pequeña ventana distinguí una bandada de gaviotas que perseguían un gran dhow, que en aquel momento entraba en el puerto.

A mi regreso al *majlis*, encontré a Cheij Yunis, que me estaba esperando:

–¿Le gustaría asistir a las explicaciones que damos a los adolescentes en el jardín de la madraza?

Salimos a la calle. Las sombras ya eran alargadas y no había casi nadie; todos estarían dormitando a la espera del momento de romper el ayuno. Tan sólo se veían algunos indios, apostados frente a las tiendecillas o haciendo cola frente a una de aquellas pintorescas cabinas de teléfono coronadas con almenas. Junto a una mezquita nueva y funcional, un alto muro ocultaba un jardín del que asomaban las copas de unos árboles de mango.

Entramos por una portezuela. En el interior, bajo los grandes árboles, se alineaban, sobre una estera de palma, una decena de adolescentes vestidos con sus *dishdashas* blanquísimas y los bonetes bordados. Recitaban oraciones con la cadencia hipnótica de un mantra y se balanceaban al unísono de izquierda a derecha. De vez en cuando, sin que advirtiera inflexión alguna en el texto, cambiaban y se movían hacia atrás y hacia delante, un poco al estilo de los cheijs cuando recitan el Corán. Cheij Yunis me presentó al anciano, Cheij Mujtar, quien, como tantos otros sordos, se expresaba casi a gritos. Le preguntó a voces si yo era musulmán. Por señas, Cheij Yunis le indicó que no insistiera y yo fingí no haber oído nada.

El anciano cheij me miró con ojos afables.

–Extranjero, nuestro hermano –dijo, señalando a Cheij Yunis– me ha contado quién sois. Es para nosotros muy gratificante que alguien que viene de tan lejos se interese por nuestra historia y nuestras tradiciones. Sabemos que el islam y el mundo árabe no os son

extraños. Estamos poniendo a prueba los conocimientos de nuestros niños. ¿Por qué no nos ayudáis? ¡Examinadles!

Ahora sí que me veía en un aprieto. ¿Qué le habría contado Cheij Yunis de mí? Le miré desconcertado y me hizo un signo, como queriendo decir: «Adelante; no te preocupes». Pero ¿qué podía preguntarles yo a aquellos niños que desde la más tierna infancia repetían las suras del Corán de memoria? A mí me interesaban los árabes, no el islam en sí. Sin embargo, no quería desilusionar al anciano.

–¡Silencio! –ordené.

Los chiquillos me miraron desconcertados creyendo que iba a preguntar algo imposible de contestar.

–A ver... ¿Qué representa el mes de ramadán para los musulmanes?

Noté alivio en sus rostros. Un alumno de unos nueve años, de grandes ojos negros, alzó la mano y la agitó con insistencia reclamando atención.

–*Ana, ana!* ('¡Yo, yo!') –exclamaba, mientras Cheij Mujtar apiñaba los dedos de su mano hacia arriba, en forma de pera, gesto que en Oriente significaba «paciencia».

–¿Qué quieres contarnos, Harith? –preguntó el cheij anciano.

Pero entonces, un niño mayor que estaba a su lado y que debía ser su hermano, pues tenía los mismos ojos de almendra, le arañó con furia y no le soltó hasta que el pequeño se defendió a mordiscos.

–¡Basta! –intervino con firmeza Cheij Mujtar–. No quiero peleas entre hermanos, y menos en ramadán. ¡Habla, Harith!

Sus grandes ojos se iluminaron. Se puso en pie. Vestía exactamente como un hombre mayor, con una *dishdasha* inmaculada y un bonete sobre el que llevaba un turbante rojizo. A no ser por su gran reloj verde lima con la cara de Homer de *Los Simpsons* –las Nike estaban apiladas junto a la puerta–, nada indicaba el siglo en el que estábamos, mientras repetía las explicaciones, como tantos otros niños lo habían hecho en el pasado y otros lo harían después.

–El ramadán es el mes noveno del calendario musulmán, y el más sagrado porque fue cuando el arcángel Gabriel apareció ante el Profeta Mahoma, ¡Dios le guarde y salve!, que estaba sentado en un páramo cerca de La Meca, y le conminó a que leyera. Pero el Profeta, ¡Dios le guarde y salve!, le respondió:

»–No soy un lector.

»Entonces, el arcángel Gabriel le dictó unos versículos del Sagrado Corán, que el Profeta Mahoma, ¡Dios le guarde y salve!, memorizó.

–Entonces, ¿le fue revelado todo el Corán? –pregunté a la clase, como si yo lo supiera mejor que ellos.

El hermano mayor de Harith alzó la mano:

–¡Yo, yo!

–Habla, Sami, hijo mío –dijo Cheij Mujtar.

–Las revelaciones continuaron durante diez días –intervino el chico–. La tradición dice que la primera fue hecha el día 27 del mes de ramadán. Por eso esa noche la llamamos *Leila al Qadr* ('La noche de poder'). Y según el Sagrado Corán, es entonces cuando Dios determina el destino del mundo para el siguiente año.

–Muy bien. Y ahora, ¿cuáles son las obligaciones de un musulmán durante el ramadán? –pregunté, ante la mirada cómplice de Cheij Yunis.

–¡Yo, yo! –insistía Harith otra vez, con la mano alzada.

–¡Harith! –dijo Cheij Yunis–. ¡No puedes acaparar todas las respuestas! Que hable Abdu.

Se levantó entonces un alumno con bigotillo incipiente y la cara llena de granos, provocando alguna risita.

–¡Silencio! –ordenó Cheij Mujtar–. Habla, Abdu, hijo –le conminó.

–El ramadán es el mes de ayuno –comenzó–. Pero es mucho más que eso, pues durante todo el mes los musulmanes se concentran en su fe y no se ocupan tanto de los asuntos terrenales. Es un mes de contemplación y devoción. –Y al decir esta palabra, estalló en un cómico agudo; aquel niño estaba en la edad en que se les rompía la voz. Se oyeron varias risas.

–Al próximo que se atreva a respirar lo enviaré a su casa –amenazó el cheij anciano–. Continúa, hijo, no temas. ¿Cuáles son las obligaciones durante el ramadán?

–No se debe beber ni comer durante las horas de luz –dijo el chico–. También está prohibido fumar y las relaciones maritales. Al final del día, el ayuno se rompe con el *iftar*. Luego se suele ir a visitar a los amigos y parientes.

Dos criados indios entraron en el jardín. Portaban grandes bandejas cubiertas con paños, que dispusieron sobre una estera, tras barrerla y limpiarla con un paño húmedo. Trajeron dos grandes termos, jarras de leche, cuencos con dátiles, obleas de pan y todo tipo de frutas en pedazos: mango, papaya, piña o manzana.

–Habéis estado muy bien, hijos –dijo Cheij Yunis–. Dejémoslo por hoy.

La tarde moría y Cheij Yunis dijo:

–Se acerca el momento en que no se distingue ya un hilo blanco de uno negro, instante en el que, según la tradición, se puede romper el ayuno. Se dice que algunos beduinos se anudan un hilo de cada color en los dedos, para saber así el momento preciso en que hacerlo.

Cheij Mujtar, que miraba su reloj, se incorporó y, llevándose la mano derecha al oído, entonó la llamada a la oración con voz gastada:

–*Alá u akbar! Alá u akbar!* (Dios es el más grande).
La ilah ila Alá (no hay más dioses que Dios).
Mohamed rasul Alá (y Mahoma es el enviado de Dios).

Los niños se apiñaron en torno a las bandejas de frutas mientras los tres adultos nos acuclillábamos en torno a una más pequeña. A diferencia de las comidas del resto del año, en el ramadán todo el mundo comía despacio, masticando a conciencia cada grano de fruta, cada pedazo.

Tras el *iftar*, el desayuno del ramadán, los niños se levantaron por turnos y se fueron lavando las manos, las orejas y los pies. Luego se dispusieron en hileras y Cheij Mujtar dirigió la oración.

Permanecí en un rincón, observando cómo rezaban al unísono y entonces, bajo aquellos mangos, percibí una vez más la fuerza del islam. Gracias a la palabra revelada a Mahoma, los árabes en unos pocos años se pudieron hacer con un imperio mucho mayor que el romano y que se extendía desde los Pirineos, por la orilla sur del Mediterráneo, hasta el valle del Indo. ¿Alguien cree realmente que un puñado de tribus beduinas mal avenidas arengadas por un iluminado –tal como dejaban traslucir los libros de texto no hace tantos años– hubieran sido capaces en un siglo de gesta semejante? El arma fue el discurso de Mahoma que unificó aquellas tribus de Arabia eternamente enfrentadas y se extendió luego con facilidad pasmosa, porque en aquellos tiempos tenía un fortísimo componente social y liberador y respondía a los avatares de la época. El momento era propicio: Roma había sido ya presa de los bárbaros y los imperios de entonces, Bizancio y Persia, eran anacrónicos. En cuanto a la Arabia del sur, su prosperidad legendaria, que le había valido el sobrenombre de Arabia Feliz, no era más que un vago recuerdo. Había llegado el momento histórico de los hijos de Adnan, aquellos árabes del norte. Apareció Mahoma y su palabra prendió como la pólvora entre las poblaciones oprimidas del orbe conocido. Otorgó ciertos derechos a la mujer en un mundo en que carecía de los más elementales, protegió a los pobres y ordenó la limosna, reguló las leyes, las herencias... Respetó y protegió a cristianos y judíos. Al igual que las palabras de Jesús, seis siglos antes, las de Mahoma resultaron algo revolucionario en el siglo VII.

Acabada la oración, los niños se marcharon a sus casas y Cheij Yunis y yo regresamos a su vivienda, acompañados de Cheij Mujtar. En el *majlis* habían dispuesto unas esteras y sobre ellas hileras e hileras de platos. Cheij Yunis tenía invitados: daba una cena de ramadán y a continuación celebrarían una pequeña ceremonia.

–Quizá sea mejor –dije– que me vaya a dar una vuelta cuando comience la ceremonia.

–¡No! –exclamó Cheij Yunis–. Es usted mi invitado. Se queda con nosotros. Cuando llegue la hora de la oración se aparta discretamente; usted no molesta en absoluto. –Y me miró fijamente dando a entender que era totalmente sincero.

Como si se hubieran puesto de acuerdo en la hora de llegada, entraron de golpe los invitados con sus *Salam Aleikum* mientras se descalzaban y amontonaban sus zapatos en el umbral. Según llegaban se iban sentando frente a los platos. Abdu, el alumno tímido, apareció con Harith y mientras uno aspergía a la concurrencia con agua de rosas, el otro agitaba un incensario que envolvía la estancia en una nube aromática. Seríamos una cuarentena. Cuando todos estuvieron sentados, dos criados indomusulmanes, que se movían con gran agilidad por el espacio estrecho que quedaba, sirvieron cordero y arroz. Se comió rápido y en silencio, con las manos. Mientras uno servía a las últimas filas, el otro ya retiraba los platos vacíos a las primeras.

Los comensales se levantaron por turnos para acudir a las pilas del *majlis*, que estaban dispuestas en batería. Cuando todo el mundo se hubo lavado, Cheij Mujtar se colocó al frente y dirigió una salmodia que fue coreada por todos, que se mecían de lado a lado y hacia delante y atrás, siguiendo el ritmo de la letanía. Repetían los noventa y nueve nombres de Dios conocidos por los hombres: *Ar-Rahman* ('El Más Compasivo'), *Ar-Rahim* ('El Lleno de Gracia'), *Al Malik* ('El Rey'), *Al Qudus* ('El Más Sagrado'), *Al Mumin* ('El Garante de la seguridad'), *Al Muhaymin* ('El Protector'), *Al Aziz* ('El Poderoso')... Según una antigua tradición, sólo algunos hombres dotados de poderes mágicos y los camellos conocían el apelativo número cien. Y así continuaron durante largo tiempo alternando los momentos lentos con otros más rítmicos, en un crescendo que se aceleraba para terminar bruscamente, y vuelta a empezar. Resultaba hipnótico. Cuando llegó el momento de la oración, los invitados comenzaron a levantarse para hacer las abluciones previas. Opté entonces por escabullirme y salí a la noche.

Anduve bajo el cielo estrellado hasta llegar a la ensenada donde estaban atracados tres grandes barcos de pesca. Su estructura era la de los veleros de antaño, pero las velas habían sido sustituidas por motores diesel. En una radio, se oía el Corán.

–¡Sube, *nasrani*! –dijo una voz–. Bienvenido seas. *Ahlan u sahlan!*

Me agarré a un saliente y alcancé la cubierta. Allí estaba el capitán, con su bonete bordado, y tres pescadores más. Uno de ellos, que era indio o de Bangla Desh, me ofreció dátiles y dulces de miel.

–Estos jóvenes –señaló el capitán a su tripulación, que sonreía

bobaliconamente mostrando sus dientes blancos– sólo saben quejarse. Precisamente les estaba contando lo difícil que era la vida antes. Sí, la vida era muy dura. Durante los meses de calor íbamos al Golfo a pescar perlas en Bahrein, Dubai y Qatar. Nos atábamos cuerdas a la cintura y también pesas de plomo para descender lo más rápido que pudiéramos a las profundidades. Bajábamos unos treinta metros sin botellas de oxígeno, rodeados de tiburones. Nos tapábamos la nariz con una pinza y hacíamos unos quince descensos, luego descansábamos un par de horas antes de sumergirnos de nuevo. Allí mismo, extraíamos las perlas de las ostras, las vendíamos y dividíamos las ganancias equitativamente entre todos los buceadores. No necesitábamos *nadara* ('gafas'), porque el agua era cristalina.

Uno de los marineros escanció un fuerte té en unos vasos que iba repartiendo. Era realmente empalagoso. ¿Cómo diablos conseguirían aquellos dientes tan perfectos con todo aquel azúcar?

–Y ahora, ¿qué tal se da la pesca en el Zufar? –pregunté, echando un vistazo a los aparejos.

–¡Antes era mucho más abundante! –respondió el capitán, tras sorber ruidosamente la mitad de su té–. No había tantos barcos y navegábamos a vela. Ahora el ruido del motor asusta a los peces. Abundaban los carites estriados.[17] ¡Eran grandes y como de plata! Perseguían a los bancos de sardinas. Volaban por encima del barco y a veces caían en cubierta; incluso podíamos capturar algunos con las manos, pero resbalaban como el jabón y se escapaban de un salto. Los pescábamos con el palangre, con cebo de calamar, incluso con un pedazo de algodón. Ahora se tardan horas en atrapar un carite, y encima mediano. Antes era tan rico el mar de Arabia que se pescaban cientos de toneladas de pececillos en una sola mañana y eran tan numerosos que ni siquiera eran necesarias las redes, se pescaban a capazos. Luego los beduinos los transportaban en las alforjas de sus dromedarios, y de vuelta a sus poblados, sus mujeres los extendían en el suelo para que se secaran al sol. Fíjate si abundaban, que los utilizaban para abonar la tierra. También hacían un mejunje con algunas hierbas y dátiles secos para alimentar al ganado. Nuestras salazones de carite estriado, atún y tiburón, que llamamos *malh*, eran muy apreciadas. Utilizábamos sal de Ormuz, porque era pura y transparente como el cristal.

Por más que se lamentara el capitán, la pesca en Omán era abundante como en pocos lugares del planeta, debido al fenómeno conocido por los biólogos como *upwelling* o surgencia, por el que el agua fría subía a la superficie y propiciaba la explosión de plancton, que proliferaba hasta tal punto que a veces el mar parecía pura gelatina. Algo que sólo ocurría, había leído, en Omán, Sahara Occidental, Namibia, Chile y Perú.

–¡Demasiados barcos!, ¡demasiadas redes!, ¡demasiado ruido! –continuaba quejándose aquel hombre–. La pesca de arrastre hace mucho daño. Vienen de Japón, de Filipinas, de Indonesia, de Paquistán... creo que también de España. En el extremo de sus redes gigantescas tienen una barra de hierro que arrasa cuanto encuentra, limpia todo el fondo del mar y lo convierte en un desierto. Acaba con las plantas y los huevos, y rompe el coral. Los peces ya no se pueden alimentar ni esconderse y se mueren o se van a las profundidades, pero allí las barracudas y los tiburones se los comen. Hoy los pescadores salimos al mar y a menudo no obtenemos nada que valga la pena. Mira si abundaba la pesca, que mi abuelo me contaba que los gatos metían la cola en el mar y la agitaban como cebo para atraer a los peces que atrapaban de un zarpazo. ¡Ay, la vida del pescador siempre ha sido dura! –se lamentó una vez más–. El mar está lleno de peligros, ¡sin contar con los piratas!

La conversación se estaba poniendo interesante. Sorbí un trago de aquel té almibarado.

–¿Piratas, ha dicho? –pregunté.

–Sí, sí, piratas. Incluso existen hoy en día. Si navegamos a Socotra, debemos tener cuidado de no desviarnos y aproximarnos a Somalia, porque allí abundan. Antes los piratas gobernaban muchos puertos del Zufar. Tuvimos incluso un líder que era un *nasrani*, un *amrikani*, que fue secuestrado por los piratas y que se convirtió en el cheij de Mirbat.

–¿Cómo sucedió? –pregunté intrigado.

–Hace más de cien años –inició su relato el capitán–, un navío americano que se dirigía a la India fue atacado por unos piratas que saquearon la nave y masacraron a toda la tripulación. Al llegar a puerto, encontraron escondido, tras una trampilla, a un chiquillo rubio como los rayos del sol, que suplicaba:

»–¡No me matéis!, ¡no me matéis!

»Los piratas se apiadaron de él y lo llevaron ante un cheij de la tribu de los mahra que decidió adoptarlo, pues su esposa favorita hacía poco que había perdido un niño de la misma edad y se encariñó con él. Pasaron los años y aquel jovencito se convirtió en un hombre piadoso y diestro, hasta el punto que le apoderaron Cheij el Abiat, o Cheij Blanco, y gozó de un enorme prestigio, llegando incluso a comandar un pequeño ejército. Le llamaron Abdullah bin Mohamed y, aunque no había olvidado su idioma, jamás quiso regresar a América. Excepto, según cuentan, un día que se arrojó al agua intentando alcanzar un navío europeo, siendo sorprendido y devuelto a tierra firme por los hombres de su padre adoptivo. Años más tarde, recaló en Mirbat un navío americano, pero para entonces se había casado y se sentía uno más de la tribu de los mahra. A la muerte de su padre

adoptivo se convirtió en el líder del clan, que dominaba la costa del Zufar desde el Hadramaut hasta Mirbat. Murió en una emboscada que le tendió un cheij de la tribu rival de los qara. Cuentan que hasta hace poco, en algún lugar de la montaña aún vivía su nieta.

Uno de los tripulantes calentó una gran olla en un hornillo de gas. Pasados unos minutos la destapó y tras proferir un sonoro «*Bismilá!»,* comimos con la mano –la derecha, por supuesto–, y en silencio, unos trozos de pescado apetitoso y muy especiado sobre un lecho de arroz blanco. Luego, mientras ellos se iban levantando para las abluciones previas a la oración, aproveché para despedirme y regresar a casa de Cheij Yunis, que tal vez estuviera preocupado.

Todos los invitados habían desaparecido, salvo el anciano Cheij Mujtar y Abdu, el alumno de voz atiplada; los tres leían en voz alta unas oraciones y, sin perder el ritmo de sus plegarias, me sonrieron con afabilidad. El *majlis* era ahora otro; los criados se habían esmerado y no quedaba ni rastro del paso de los comensales. Mi cama volvía a estar preparada en su rincón. Me tendí y me cubrí con una sábana. Cheij Yunis encendió un quinqué y apagó la luz. Por la ventana se veían las estrellas. Me dormí arrullado por aquellas salmodias. Era mi última noche en el Zufar.

A la mañana siguiente, tras despedirme de Cheij Yunis, enfilé en mi Nissan alquilado la carretera hacia Salalah. Me desvié por la pista de Sumhuram; no podía irme sin contemplar de nuevo las ruinas de aquella ciudad que me había cautivado. Proseguí hasta Jor Rouri, aquella bahía solitaria flanqueada por los dos farallones. Pasé la mañana nadando en sus aguas esmeralda. Por la noche tomaría el avión de regreso a Mascate.

Cuando pasé por el *fonduq* para recoger mi equipaje, me esperaba una última sorpresa. Una nube de gaviotas y otras aves acuáticas sobrevolaban la playa. Varias camionetas pick-up estaban varadas en la arena y en el mar unos pescadores jaleados por un anciano, de barbas blancas anaranjadas por la alheña y tocado con un vistoso turbante, tiraban de los extremos de una gran red. Aquellos hombres se esforzaban cada vez más y aquel pedazo de mar no tardó en entrar como en ebullición. Aparecieron miles de sardinas que se retorcían y saltaban. Parecía que extrajeran del mar plata fundida. Las aves caían en picado para remontar cada una con un resplandeciente pez en el pico, tratando de evitar con sus acrobacias los ataques de otras, que pretendían arrebatarles la presa en pleno vuelo. Sus chillidos frenéticos apenas dejaban oír las órdenes del anciano. Los pescadores ni se inmutaban; habría peces para todos.

Los hombres recogían las sardinas en sacos de red que transportaban a sus espaldas hasta las camionetas. Alguna gaviota rezagada aprovechaba para extraer un pez aún vivo de entre las

mallas. Aquella abundancia me trajo a la mente la pesca milagrosa de la Biblia.

Acabado el drama y desaparecidas las últimas gaviotas, todo volvió a la calma y, como cada tarde, mientras los delfines se acercaban hasta la orilla de aquella playa interminable, aparecieron unas mujeres de origen africano, cubiertas de negros mantos, que iban escarbando la arena en busca de moluscos, y que desaparecieron en el contraluz del atardecer, envueltas en una nube de vapor que llegaba hasta la misma línea de los cocoteros.

5

La ciudad de Simbad

A mi regreso a Mascate me esperaba Assem en el aeropuerto.

–Vamos un momento a casa a buscar a Nura –dijo–. Tenemos planes nuevos. ¿Te acuerdas de Tayeb?

Cómo no iba a acordarme de su compañero de redacción.

–Nos espera mañana en Sohar –continuó–. Nos invita a su casa, quiere presentarte a un viejo profesor de su familia. Nos acompañarán dos amigos suyos que van en la misma dirección. ¿Qué dices a eso?

–¡Caramba, Assem! Eso sí son buenas noticias. ¿Qué pasa con tu trabajo? ¿Puedes ausentarte?

–Me las he arreglado para escribir también sobre Sohar –afirmó con picardía–. He leído mucho, también te he conseguido un libro muy raro. Se llama *Ketab al Ajaib al Hind* (‘*El libro de las maravillas de la India*’); está escrito por el iraní Buzurg en el siglo x y te he traído el libro de Hourani, *Arab Seafaring*. Como ves, no he perdido el tiempo.

Recogimos las maletas justo en el momento en que llegaban decenas de emigrantes procedentes de Karachi.

–Nura ha insistido para que vayamos esta noche a un café de Qurum. Queremos que veas el ambiente de ramadán en ese barrio. Dicen –pronunció la palabra con un deje de sorna– que han instalado unos cafés al aire libre al estilo egipcio.

–¿Dicen? –reí.

–Bueno, es que sirven pipas de agua y ponen a Um Kulzum. –Y con un gesto dio a entender que por más petrodólares que se tuvieran, nunca se lograría comprar la gracia de El Cairo.

La familia de Assem me recibió con cariño. El hijo pequeño, vestido de Spiderman, se me echó al cuello antes de rociarme con una pistola galáctica que disparaba unas serpentinas viscosas que imitaban la seda de una tela de araña, ante las protestas de Nura, su madre. Amoura, la niña me espetó:

–¿Por qué has tardado tanto? Te has perdido el capítulo en que el médico –tardé unos segundos en adivinar que me estaba hablando del famoso culebrón– le quita la venda a su antigua novia.

–¿Y?

–Ha tenido una conmoción tremenda, está dudando. Ella se lo ha contado todo pero él dice que necesita más pruebas.

–¡Vaya! –exclamé–. Me temo que hoy no podré ver el capítulo contigo; tus padres y yo nos vamos a cenar.

Tomamos un taxi que se deslizaba por las autopistas urbanas. Nunca dejaban de sorprenderme las esculturas de las rotondas: un incensario enorme custodiado por cuatro grandes hisopos que aspergían agua cada uno de un color, una gran cascada iluminada de verde... Media hora más tarde llegamos al área residencial de Al Qurum con sus cuidados jardines. El aire olía a fragancia de flores. El café era un lugar muy agradable: una carpa abierta en la que servían kebabs y comida egipcia y donde preparaban las pipas de agua con el famoso maazel, hecho de melazas y manzana. Aquel olor tan envolvente me transportó por unos segundos a El Cairo. A Assem le debió suceder lo mismo porque exclamó:

–*Al Qaahira! Um e dunia!* ('¡El Cairo! ¡La madre del mundo!'). ¡Qué daría yo por estar en cualquiera de sus cafés! En el Horriya de Bab el Luq, o en el Riche...

–Me han contado que lo último en El Cairo –intervino Nura– son los cafés donde las mujeres pueden ir sin ser molestadas, y que las más atrevidas han empezado a emular sin complejos a los hombres y fuman la pipa de agua.

Eché un vistazo alrededor. En las mesas esparcidas por el agradable jardín, escaseaban las mujeres; tan sólo había alguna extranjera entre una multitud de *dishdashas* blancas.

–¿Y bien? –preguntó Nura–. Ya llevas un tiempo en Omán, ¿cómo van tus investigaciones? ¿Qué piensas de los omaníes?

–No me atrevo a opinar –dudé–. Me parecen más austeros, menos ostentosos que los árabes del resto del Golfo, menos consumistas que los kuwaitíes o los saudíes. Quizá sea por seguir otra corriente dentro del islam. Hay otro rasgo que los hace distintos. Debido a su pasado de grandes navegantes han estado abiertos a las influencias exteriores: persas, indias y africanas. Y son la única nación árabe con un imperio casi reciente. Supongo que todo eso influye.

–No olvides que son ibadíes –dijo Nura–. ¿Has oído hablar de ellos?

–Poco. Una amiga libanesa me comentó que el ibadismo era una especie de corriente comunista dentro del islam.

–¡Eso es muy árabe! –rió Assem–. Algunos intelectuales confunden los deseos con las realidades. Les gustaría encontrar una solución a sus inquietudes sin salirse del marco tradicional del islam.

Había leído algo sobre aquella comunidad musulmana. Sabía que tenía que ver con los jarichíes, los primeros disidentes, y que tenía un sentido igualitarista. Se trataba de una corriente muy minoritaria, que fuera de Omán tan sólo contaba con adeptos en el Mzab argelino y en la isla de Yerba, en Túnez. Lo cierto es que me perdía entre tantas denominaciones, escuelas jurídicas y rivalidades que habían surgido en los primeros años del islam.

–Assem –pregunté–, ¿cómo surgió la doctrina ibadí?

–Eso te lo contará Nura, que estudió antropología del islam con su padre.

–¡Ya será menos! –rió Nura, quitándose importancia–. Verás, al Profeta Mahoma no le sobrevivió ningún heredero masculino; tampoco tuvo tiempo de organizar un estado sólido en Arabia, y a su muerte, en el año 10 de la Hégira, se produjeron grandes disputas. El primer sucesor fue Abu Bakr, suegro del Profeta. El segundo califa fue Omar al Jatab, que fue asesinado. Le sucedió Uzmán, un compañero de Mahoma que pertenecía a la aristocracia de los quraichíes, a la que favoreció. Aquello creó gran descontento y malestar en la familia de Mahoma, dividida entre Aisha, su joven viuda, y Alí, su yerno, que eran hachemíes, una rama modesta de los quraichíes. Cuando Uzmán fue también asesinado, se produjo una grave ruptura en la comunidad islámica.

Se acercó uno de los camareros y Assem encargó kebab y unos *mezzé* a la libanesa.

–Los familiares del Profeta –prosiguió Nura– sostenían que el califa debía pertenecer a su propio clan, los hachemíes, y apoyaron a Alí al que consideraban como el único califa legítimo. Pero estaban lejos de lograr el consenso de la comunidad musulmana, ya que muchos implicaban a los hachemíes en la muerte de Uzmán. Los opositores liderados por Muawiya Ibn Abi Sufyan, gobernador de Siria, clamaban venganza. Cuando, finalmente, Alí fue designado califa se desataron las hostilidades. El enfrentamiento, inicialmente favorable a Alí, cambió inesperadamente de signo cuando Muawiya, de la gran familia de los omeyas, ordenó a sus soldados que clavaran páginas del Corán en la punta de sus lanzas para exigir el final de la guerra fratricida, dispuestos a someter la elección de un nuevo califa a un arbitraje que Alí aceptó. Sin embargo una fracción de sus propios partidarios se rebeló, alegando que ningún arbitrio humano podía poner en duda la voluntad de Dios. A este grupo se les llamó los jarichíes, que significa «los que se quedan fuera». Finalmente Muawiya fue proclamado el nuevo califa, y Alí, el yerno de Mahoma, se retiró a Iraq, donde sería perseguido y masacrado. Sus partidarios se llamaron a sí mismos Chiat Alí (‘el partido de Alí’), de donde viene el nombre de chiíes, mientras que los seguidores de Muawiya fueron llamados suníes (‘las gentes de la suna o tradición’).

–¿Y qué ocurrió con los jarichíes? –pregunté.

–Se establecieron en Basora y acabaron fraccionándose en distintas corrientes. Una de ellas fue fundada por Abdala Ibn Ibadh, que dio nombre a la minoritaria doctrina del ibadismo, de carácter igualitarista, que es la menos estricta o puritana de las jarichíes.

–Pero ¿en qué consiste exactamente? –inquirí.

–El ibadismo propone una simplicidad en las costumbres, que puedes ver en la vida diaria de los omaníes –respondió Nura–. Lo que les distingue sobre todo es que el imán, el líder temporal y religioso de la comunidad, debe ser elegido por consenso entre los hombres de religión y los notables de los clanes importantes. Por eso a los ibadíes se les llama también el pueblo de la consulta. Además, el imán puede ser destituido, ¡ya en el siglo VIII!, si se aleja de los ideales ibadíes. Cualquier musulmán versado en ciencias religiosas y con una vida pública ejemplar puede optar al cargo. Los ibadíes fueron perseguidos, pero ni siquiera los califas de Bagdad pudieron con ellos. Durante los períodos difíciles se refugiaban en el Jawf, el interior montañoso de Omán.

Volvimos a casa de Assem en taxi. Por aquellas autovías urbanas contemplaba las escarpadas montañas recortadas sobre un cielo de pesebre navideño. Me sentí feliz. Mis «investigaciones», como decía Nura, iban viento en popa. Me asomé por la ventana y miré hacia arriba. Las estrellas fugaces recorrían el firmamento.

Mustafá conducía el flamante Mercedes con el aire acondicionado al máximo y Hanif hablaba por el móvil en el asiento delantero. Assem y yo tiritábamos de frío en la parte posterior, cuando afuera se superaban con creces los cuarenta grados. Los amigos de Tayeb se dirigían a Dubai, a tan sólo cuatro horas de Mascate y nos iban a dejar a medio camino, en la ciudad de Sohar, donde nos esperaba el compañero de redacción de Assem. Sohar llegó a ser el puerto más importante del islam. Desde allí partían los veleros que recorrían el Índico y las peripecias de sus marinos dieron pie a la leyenda de Simbad.

Cada vez que alcanzábamos los ciento veinte kilómetros por hora, un pitido, obligatorio en todos los coches vendidos en Omán, nos recordaba que debíamos aminorar la marcha si no queríamos arriesgarnos a una severa multa. Durante las dos horas del trayecto Hanif y Mustafá apenas hablaron con nosotros. Estaban enfrascados en sus negocios, con los modelos de coches que en un futuro pensaban adquirir y los minúsculos móviles con que sorprenderían a las amistades. En cierto modo, no sabían cómo tratarnos, pues mi amigo Assem era un intelectual egipcio, y los árabes de la península tenían sentimientos contradictorios respecto a ellos: de inferioridad por un lado, ya que los egipcios poseían un alto nivel de educación y, por otro, un complejo de superioridad –las dos caras de la misma moneda– ya que Egipto no ofrecía buenas oportunidades y muchos de sus habitantes, ya fueran *fellahin* (‘campesinos’) o ingenieros, se veían obligados a emigrar a los países del petróleo. En cuanto a mí, Mustafá

y Hanif debían verme como a un occidental un tanto peculiar, distinto de los que conocían, pues me interesaba por un pasado reciente que ellos querían olvidar: el Omán de sus padres y abuelos, un país en decadencia encerrado en sí mismo bajo un sultán déspota que vivía la resaca de la pérdida del imperio de ultramar. Y justo, un poco antes de que naciera aquella nueva generación, de sus entrañas brotó el oro negro.

Nos sorprendió el sonido de una sirena y en seguida un todoterreno blanco de la policía de tráfico nos adelantó. Hanif no se había abrochado el cinturón y en Omán esa falta suponía una sanción de órdago. Ni siquiera trataron de discutir, pagaron el dineral y a los pocos minutos volvíamos a rodar por aquella vía sumamente bien cuidada y ajardinada con plantas trepadoras. Mustafá puso una cinta de Amr Diab, un cantante egipcio muy de moda, que aquella misma noche actuaba en Dubai. Intentarían conseguir unas entradas a pesar de que llevaban semanas agotadas. Sin embargo, dijeron, conocían a uno de los organizadores. Aquel remix tecno de «Habibi nur al aini» ('Amor mío, luz de mis ojos'), el gran éxito que no paraba de emitir la MTV Asia y que sonaba continuamente en los centros comerciales de Mascate, era una melodía enérgica muy aflamencada.

–¿Te gusta? –preguntó Hanif.

Bastó que les dijera que lo encontraba un tema muy rítmico y bien construido, para que subieran el volumen casi al máximo y fuera ya del todo imposible entablar una conversación.

Una hora más tarde llegábamos a una zona de vergeles. A través de un palmeral se apreciaban cítricos, bananos, albaricoqueros y otros frutales que no supe distinguir. Dejamos la autopista por la salida de Sohar y entramos en una población moderna. Paramos en la cafetería convenida y telefoneé a Tayeb para que nos viniera a recoger.

Sonaba una de las canciones de Bollywood a todo volumen y no sé cómo logré entenderme con Tayeb, que se excusó por no haberse presentado a la hora fijada: uno de los criados de la familia, *«one of the servants»* dijo, se había caído de una escalera mientras daba lustre a una lámpara de cristal y se encontraban ahora en el hospital Sultán Qabus. Aunque, *al hamdulilá*, el asunto no era tan grave como habían temido en un principio, se retrasaría como mínimo un par de horas.

Assem y yo nos acercamos al maletero para recoger nuestras cosas, pero Mustafá se nos adelantó y nos lo impidió con su brazo:

–¡Alto! No os podemos dejar aquí.

–¡Qué tontería! –dijo Assem–. Esperaremos a Tayeb en esta terraza.

A pesar de encontrarnos en pleno ramadán, muchas cafeterías de carretera permanecían abiertas para que la gente pudiera sentarse en las mesas. Eso sí, sin servir comida ni bebida.

–Tenemos tiempo de sobra –repuso Mustafá.

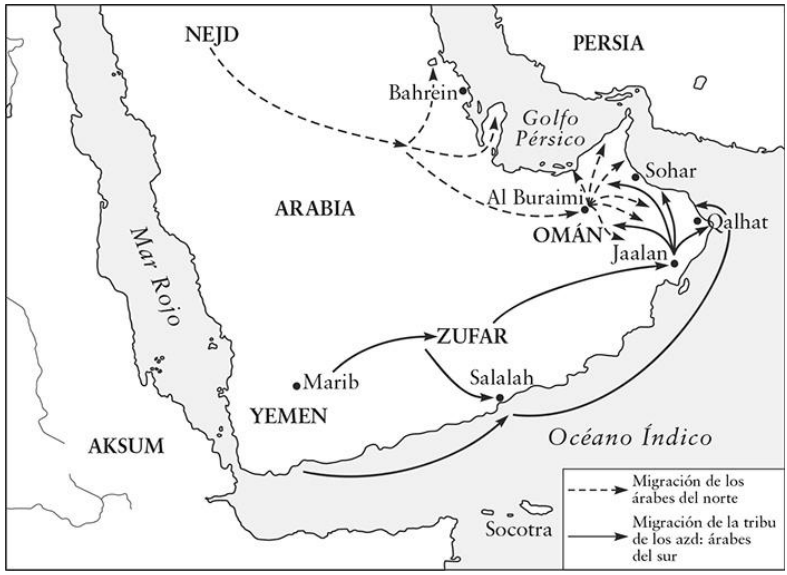
–¿Y vuestro concierto?, ¿no teníais que conseguir entradas? –pregunté.

–¡Acaban de enviarnos un SMS diciendo que tenemos dos pases para la zona vip! –exclamó Hanif, contento como un colegial–. Venga, subid. Os vamos a enseñar la antigua mina de cobre de Magán. No está muy lejos. ¿Habías oído hablar de ese país legendario?

Qué injusto es juzgar a la gente. Lo que creía indiferencia por su parte no era sino timidez y, como suele ocurrir, ahora que se acercaba el momento de la despedida, comenzaban a mostrarse tal como eran: amables y orgullosos de mostrarnos su país.

–¡Vamos! –me convenció Assem–. Te gustará, el año pasado publicamos un reportaje en la revista. Las tabletas de Argón, el emperador de Akkad, en Mesopotamia, ya hablaban del país de Magán. Era una civilización muy poco conocida que sintió la llamada del mar. Tenían mucho cobre y construyeron barcos para exportarlo. Estaban en una situación geográfica inmejorable: el Golfo Pérsico les comunicaba fácilmente con Mesopotamia y costeando llegaban tranquilamente hasta el puerto de Meluja, en el Sind. Por eso tenían también tanto contacto con la civilización del Indo.

Quedaron atrás las áreas comerciales y las tiendecitas de los indios y comenzamos a ascender por las estribaciones de la cadena costera. No habrían pasado dos kilómetros cuando los vergeles dieron paso a un paisaje calcinado y desgarrado por los *uadis* secos, en los que crecían desperdigados unos arbustos que esperaban con ansia unas gotas de lluvia. Me hizo pensar en el desierto de Almería, aunque aquí todo era más extremo y árido, las montañas más altas y las extensiones inabarcables. Pero los colores eran los mismos: ocres, oxidados y plomizos.



Al mediodía, la imponente cordillera de Yébel Ajdar aparecía difuminada por la calima. Nos desviamos por una pista y tras unos kilómetros dejamos el coche para andar un rato hasta llegar a una explanada perforada por un gran agujero. Parecía como si un meteorito hubiera taladrado la superficie de la tierra.

–¡Ésta era una de las minas de cobre del país de Magán! –gritó Mustafá, mientras un golpe de viento aplastaba su vestimenta poniendo en evidencia una barriga considerable, disimulada hasta entonces por la blanquísima *dishdasha*.

Nos acercamos a aquel agujero del que manaba aire fresco, hasta una alambrada de púas que protegía a los curiosos imprudentes de caer en lo que parecía una de las entradas del Averno.

–Magán es una cultura misteriosa –dijo Assem–. Hace cuatro mil años, el comercio cesó bruscamente y nada más se supo. Por eso no se puede considerar a los habitantes de Magán como los precursores de esos árabes del mar que tú estás buscando, porque su civilización no tuvo continuidad.

–Ese título les correspondería por derecho propio a los azd, ¿no es así? –inquirí.

Tarik y Hanif asintieron con la cabeza.

–En el Zufar visité las tumbas de los azd –dije–. Son unos grandes círculos de piedra que dominan un *uadi* pedregoso que muere en el mar de Arabia. Me contaron que los azd habían emigrado a oleadas hacia Omán, huyendo de la decadencia de la Arabia del sur.

–Sí –afirmó con orgullo Mustafá–. Los omaníes somos los hijos de aquella gran tribu.

–¡Somos azd! –reclamó Hanif–. Cuentan que el legendario líder

Malik bin Fahm los condujo hasta Omán en el siglo II. Dicen que se embarcó en el Zufar, rumbo a Qalhat y desde allí vino hasta aquí, a la Batinah. Pero cuando llegaron a estas costas, se encontraron con que la región ya estaba ocupada por los persas.

–El estrecho de Ormuz que separa la Península Arábiga de Irán apenas tiene cuarenta kilómetros –puntualizó Assem.

Un nuevo golpe de viento nos llenó de arena los ojos. Regresamos al coche y, mientras emprendíamos el camino de vuelta, Hanif explicó:

–Según dicen, Malik bin Fahm y sus hombres se enfrentaron a los persas en una batalla muy desigual, pues éstos eran muy superiores en número y contaban con elefantes en la vanguardia. Pero contra todo pronóstico, los azd se alzaron victoriosos y los persas se rindieron.

–Los persas aportaron muchos adelantos –intervino Assem–, como los *aflaj*, un ingenioso sistema hidráulico para canalizar el agua de las montañas de Al Hajar hasta las zonas áridas. Se dice que construyeron unas once mil acequias, que aún hoy siguen funcionando. Eran además buenos navegantes; si os fijáis, muchos de los términos marítimos árabes son de origen farsi, como *bandar* ('puerto'), *jor* ('ría'), *najoda* ('capitán')...

Hanif volvió a colocar la cinta de Amr Diab, mientras le replicaba a Assem:

–Pero no olvides que fue Julunda, líder azd, quien unificó Omán, y cuando se convirtió al islam, todo su pueblo lo siguió, mientras que aquellos persas que rechazaron la nueva religión fueron expulsados.

Recostado contra la ventanilla, contemplando a lo lejos aquel mar tan azul, debí quedarme dormido pues no me di cuenta de que aparcaban el coche.

–Debías estar cansado –dijo divertido Assem–. ¡Roncabas!

Deseamos buena suerte a los dos amigos y nos dispusimos a esperar a Tayeb bajo un parasol. El calor era extenuante y acudí al lavabo para beber un botellín de agua mineral en secreto y mojarme la cabeza. Cumplir el ramadán debía de ser muy duro en un clima tan caluroso. Mientras me refrescaba, recordé que algunos rigoristas insistían en que incluso estaba prohibido tragar la propia saliva.

Al regresar, percibí un todoterreno que nos hacía señales con los faros. Era Tayeb que, nada más entrar en el vehículo, me ofreció bolsas de tacos mejicanos, aperitivos indios picantes y un pequeño cartoncillo de azucarado batido de fresa, una combinación como para echar a temblar a cualquier dietista. Tayeb esperó con impaciencia para ver cómo abría las bolsas y el complicado tetrabrik, como si, comiendo yo, él se saciara. Llegué a pensar que tanto empeño, por parte de muchas personas, en observarme mientras comía en pleno

ramadán, era para probarse a sí mismas que eran capaces de resistir la tentación, en una especie de reafirmación moral, algo así como: «Mientras yo cumplo con lo estipulado por el Libro Sagrado, tú, *nasrani*, aunque pertenezcas a uno de los pueblos del Libro, no eres capaz de tamaño sacrificio».

Desperté media hora después, cuando entrábamos en un pequeño pueblo de casas blancas rectangulares. Nos detuvimos en el edificio principal, que dominaba una playa grisácea.

Como toda casa tradicional omaní, la de Tayeb disponía de dos entradas: una privada que conducía directamente a la vivienda, vetada a los extraños, y otra que daba al *majlis*, el gran salón de reunión de los hombres. El de esta familia era una habitación enorme, muy *kitsch*, pintada de azul cielo con cortinajes rosas. Nuestro anfitrión nos hizo tomar asiento, antes de desaparecer unos minutos en los aposentos privados para dar instrucciones. Assem y yo nos quedamos mudos, contemplando aquella sala descomunal.

–¡Rápido, Assem, ayúdame! –dije–. ¡Midamos la sala!

Al principio mi amigo se quedó desconcertado, pero cuando comencé a tomar medidas, nos pusimos a reír como niños.

–¡Qué pena que no esté Nura con nosotros! –dijo.

La estancia medía nada menos que veinticuatro de mis zancadas por quince. Los techos contaban con tres gigantescas lámparas de araña de las que pendían enormes lágrimas de cristal, y seis ventiladores dorados de grandes aspas sujetos a estucados de yeso, mientras en la pared colgaban otros tantos aparatos de aire acondicionado Panasonic. En el suelo de moqueta violeta se desplegaban seis grandes alfombras y ¡cuarenta! grandes cojines de seda, que medían tres palmos, bordados con los *janjar*, dagas parecidas a la yambía yemení, y los símbolos de la dinastía reinante, se apilaban sobre una veintena de alargadas banquetas de satén rosa.

Desde las paredes nos observaba el sultán de espesa barba canosa y ojos de mirada profunda, en diversos retratos: elegante con su capa negra ribeteada en oro y el turbante de colores; de comandante de la marina en su yate real oteando el horizonte; de marrón, capitaneando el Ejército de Tierra en las dunas de Wahiba.

Recostados en las banquetas, Assem me contó que el padre de Tayeb había sido un personaje muy importante, *uali* (‘gobernador’) de sucesivas provincias. Como toda familia de abolengo, eran originarios del interior de Omán, y sus mujeres eran enviadas a dar a luz a las montañas para mantener el vínculo con la tierra de origen. En el interior los niños nacerían fuertes y saludables.

Nos quedamos dormidos y a primera hora de la tarde nos

despertó con delicadeza el criado.

–Está aquí Ustaz Mahmud –dijo.

–¿Ustaz Mahmud? –pregunté desconcertado–. ¿Quién es?

–Es el pariente de Tayeb del que te hablé –aclaró un Assem que se desperezaba–. Le ha invitado para que nos hable de la historia de Sohar. Por lo visto, había enseñado en los Emiratos y ahora, que se ha jubilado, ha vuelto a su ciudad natal y se ocupa a tiempo parcial del museo del fortín de la ciudad.

Claro. ¡Ahora sí recordaba!

–¿Y dónde está Tayeb? –pregunté.

–Le han llamado del hospital donde está Ramesh, mi compañero –contestó el criado–. Me ha dicho que no lo esperen hasta el atardecer, para el desayuno del ramadán.

Ustaz Mahmud no era el viejecito que esperábamos. Se trataba de un hombre alto y huesudo que no aparentaba en absoluto sus ochenta años, de rostro anguloso y ojos muy árabes: oscuros y acuosos. Tras las presentaciones y saludos de rigor nos invitó a dar una vuelta. Paseamos por la playa de arena grisácea en la que abundaban espinas de pescados, conchas y otros restos que arrastraba el mar, como grandes medusas, algas secas, viejos maderos colonizados por moluscos, y unos pocos plásticos y otros desechos de nuestra civilización. Había una plaga de alga roja, un fenómeno estacional, dijo Ustaz Mahmud, que también se producía en el mar Rojo, al que según algunos estudiosos le habría dado el nombre. Resultaba realmente inquietante contemplar aquel mar que parecía de sangre.

Miré hacia el horizonte. El Golfo Pérsico no estaba lejos, tampoco Pakistán, ni siquiera la India. ¿Cuánto se podría tardar desde aquí en velero a Bombay? ¿Quince, veinte días? ¿Y a Mombasa o a Zanzíbar? Seguramente mucho menos tiempo que en alcanzar a lomos de camello las grandes ciudades árabes como Damasco o El Cairo.

Anduvimos un rato hasta llegar junto a la carcasa de un antiguo dhow varado en la arena. Buscamos su sombra y los tres nos sentamos.

–La situación geográfica de Omán empujó sin duda a sus gentes al mar –dejé caer.

–No le quepa la menor duda, hijo –sonrió Ustaz Mahmud, que alisó el suelo con la palma de la mano y tomó un bastoncillo.

–Esto –dibujó un mapa en la arena– es la península de Arabia encajonada entre el mar Rojo y el Golfo Pérsico. ¡Fíjese! –Señaló el contorno occidental–. Éste es el mar Rojo. Era la vía que comunicaba Egipto y el Mediterráneo con las riquezas del Índico, un monopolio que iniciaron los árabes del sur. Mientras que esta otra vía –rehizo el

trazo que representaba el Golfo Pérsico– comunicaba Mesopotamia y Persia con el océano, y era un camino exclusivo de las dinastías persas. Cuando siglos después de perder el monopolio en favor de los romanos y los etíopes, llegaron los azd procedentes de la Arabia del sur –señaló el Yemen actual– y se establecieron en Omán y en los puertos del Golfo, en seguida adoptaron los métodos de navegación persas y volvieron al océano.

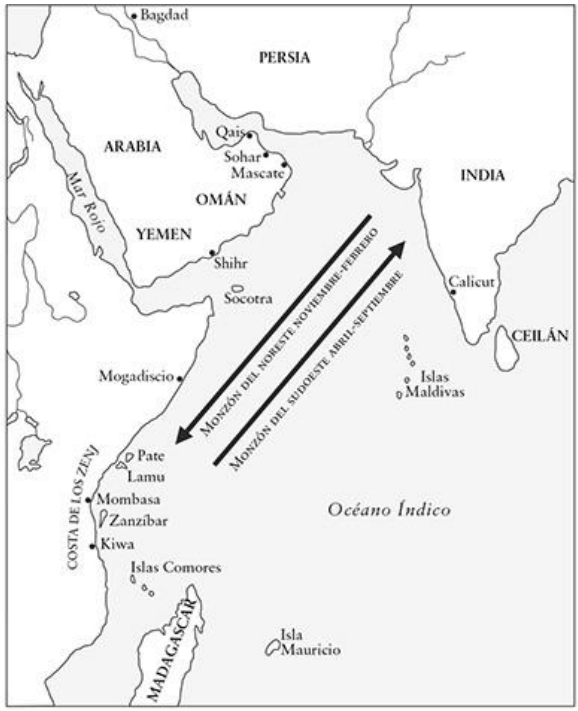
Ustaz Mahmud llevó su vista hacia el mar, surcado a lo lejos por un gran petrolero.

–Resultaba lógico –prosiguió– que los omaníes buscaran su futuro más allá del horizonte, y que dieran la espalda a una península de la que les separaba el macizo de Yébel Ajdar y que no les ofrecía otra cosa que un interminable océano de dunas.

Ustaz Mahmud trazó un gran círculo con su bastoncillo.

–El islam consiguió unificar toda la región de Oriente Medio y tanto el mar Rojo como el Golfo Pérsico dejaron de ser rutas rivales para convertirse en complementarias. Pero el gran desarrollo de la navegación árabe vino poco más tarde, con los abasíes que trasladaron la capital de Damasco a Bagdad.

–Ese auge de la navegación es algo muy poco conocido en Europa –dije–. Allí todo el mundo está convencido de que los primeros grandes navegantes fueron los portugueses.



–Eso es porque los abasíes no mostraron interés por el Mediterráneo, que en aquella época de decadencia europea, no tenía gran cosa que ofrecer –zanjó no sin cierto orgullo–. Con los califas de Bagdad, el poder se desplazaba hacia Oriente y se tornaba más asiático. El nuevo califato alentó la fusión entre sus súbditos árabes y

persas, poniendo más énfasis en lo musulmán que en las identidades de los distintos pueblos. No, el Mediterráneo no suponía gran cosa para los abasíes, su área de expansión natural era el Índico, que desde la Antigüedad era El Dorado de donde provenían todas las riquezas y donde los negocios sí eran fabulosos. Con los abasíes, el Golfo se convirtió en una especie de autopista por donde las mercancías de todo aquel océano iban directamente a Bagdad, el corazón del imperio, a través del Tigris. Fue la época dorada de la navegación árabe, cuando los veleros del Golfo Pérsico y de Omán surcaban el Índico en todas direcciones rumbo al África, la India y la China.

Ustaz Mahmud miró entonces al cielo.

–Los árabes tenían grandes conocimientos de astronomía; construyeron observatorios y enriquecieron la enciclopedia matemática y astronómica de Ptolomeo. Estaban familiarizados con la brújula y utilizaban el astrolabio para calcular la posición por medio de los cuerpos celestes. Los capitanes tenían *rahmanis* ('tratados náuticos') y *suwar* ('cartas de navegación'), y llegaron a poseer un conocimiento tan avanzado de los monzones que, utilizando almanaques especiales, podían predecir de manera precisa las fechas de llegada de sus veleros, por alejados que estuvieran los puertos desde los que zarpaban. El conocimiento del mar era algo que guardaban celosamente y la sabiduría la transmitían de generación en generación a través de poemas y canciones.

–Pero ¿de dónde obtenían la madera para sus barcos? –pregunté.

–Importaban teca de la India, que es muy resistente al agua y a los parásitos que devoran las maderas. Las velas, al igual que hoy en día, eran las triangulares o latinas, pero a pesar del nombre, no eran de origen romano. En realidad, la llamada vela latina fue introducida en el Mediterráneo por los árabes y resultaba mucho más aerodinámica y adecuada para aprovechar los monzones. Lo que pasa es que no funciona del todo bien con mar gruesa. Hasta que llegaron los árabes, en el Mediterráneo se utilizaba la vela cuadrangular, como habían venido haciendo los romanos, los griegos, los fenicios y los egipcios.

–Y, ¿no se han encontrado restos de naufragios en el Índico? –interrumpió Assem–. Porque en Alejandría sí que se han hecho muchas inmersiones y se han encontrado barcos de todas las épocas con ánforas, monedas, estatuas...

–No –contestó rotundo Ustaz Mahmud–. El rescate resulta casi imposible en este océano. A diferencia del Mediterráneo, aquí los organismos devoradores de la madera son muy, muy voraces y además, por ser un mar tropical, los corales y otros pólipos cubren los pecios en pocos años. La sedimentación es muy alta y, por si fuera poco, hay mucha corriente.

Assem pegó un respingo: un imponente cangrejo amarillo, grande como un centollo, había rozado su mano. Reímos. Aquellos grandes crustáceos abundaban en el Índico, los había de todos los colores. Justo entonces sonó precisamente la llamada a la oración y Ustaz Mahmud se levantó. Segundos después, también lo hizo Assem.

–Discúlpanos, nos vamos a orar a la mezquita –dijo el anciano, señalando un modesto edificio pintado de azul claro.

En su pequeño minarete parpadeaba, verde, la palabra *«Alá»,* moldeada con tubo de neón y que, a pesar de la luz de la tarde, ya podía distinguirse claramente.

–Tranquilos. Les espero aquí, junto al mar –dije.

Clavé la mirada en aquellos cangrejos tan grandes, que empezaban a ser multitud y que abandonaban sus agujeros para acercarse a la orilla y comenzar su lateral e incesante deslizar sobre la arena mojada, con todas aquellas patas que movían con maestría y gracejo cual bailarinas ejecutando un *pas à deux,* para regresar prestos a su escondrijo cuando algo les asustaba.

–¡Oh, no se preocupe, que no le van a cortar un dedo si no se lo mete delante de la pinza! –rió Ustaz Mahmud.

Caminé por la playa. Pensaba en lo que Ustaz Mahmud nos acababa de contar. El período abasí siempre me había interesado mucho. Cuando Europa, excepto Al Andalus y Sicilia, estaba sumida en plena Edad Media, los árabes sentían curiosidad por el mundo, al que veían como un todo. La época abasí representó una edad de oro, y no sólo para el islam. En Bagdad, a partir de la segunda mitad del siglo VIII, la actividad intelectual era ingente: se enviaban misiones en busca de libros a Constantinopla, Persia y la India. Se traducían de todas las lenguas tratados filosóficos, científicos, médicos o de alquimia. Se comentaban los textos pero también se inventaba e innovaba. Los abasíes continuaron dejando un legado a la humanidad y ello no fue tan sólo un privilegio de la corte califal, las mezquitas se convirtieron en lugares de investigación. Se trataba de una civilización abierta. Como me dijo Alain de Libéra,[18] mientras los europeos se esforzaban en mantener su cultura, los árabes desarrollaban la suya y la de los demás. Los califas abasíes querían que las ciencias hablaran en árabe... Aquel fue uno de esos períodos en los que la humanidad dio un gran salto, como en Atenas o en el Renacimiento.

Miré a lo lejos. En aquel mismo horizonte, surcado ahora por petroleros sin cesar, mil años atrás navegaban veleros de todos los rincones del Índico rumbo a Bagdad, la gran metrópoli del mundo conocido. El geógrafo Yaqubi al Mansur dijo que nada se interponía entre la capital del califato abasí y la China. Los árabes exportaban

valiosas telas de lino, algodón y lana, alfombras, mineral de hierro y oro. Las mercancías más extraordinarias llegaban en los grandes veleros árabes por el Golfo Pérsico hasta Basora y de allí eran transportadas en grandes barcazas que remontaban el Tigris hasta Bagdad, una ciudad de ensueño repleta de palacios y mezquitas de alabastro. Las casas de los mercaderes eran palaciegas, con artesanados de madera, muebles de teca de la India y numerosos divanes tapizados con ricas sedas de la China. En los patios abundaban las fuentes. Los bagdadíes, amantes de la música y de la poesía, rivalizaban entre ellos para patrocinar las más bellas mezquitas y madrazas hechas con los materiales más nobles. De la India y la China hacían traer porcelanas, especias, gemas preciosas, aloe, almizcles, alcanfor... De los puertos africanos traían marfiles, pieles de animales salvajes, ámbar gris y esclavos; y también troncos de manglar que utilizaban para las vigas. Los marineros que viajaban al África oriental, según relataba el geógrafo Al Masidi, eran omaníes de la tribu de los azd, y «las olas eran tan descomunales que asemejaban elevadas montañas que de pronto se desplomaban sobre los valles más profundos; nunca llegaban a romper y jamás formaban espuma como en los otros mares».

Llegaba a una curiosa barca hecha de palma, cuando vi a Ustaz Mahmud y Assem, que me hacían señas para que me acercara.

–¿Dónde nos habíamos quedado? –preguntó Ustaz Mahmud.

–Hablaba usted de los árabes y su dominio de la navegación –recordó Assem.

Ustaz Mahmud tomó una caña y trazó en la arena una línea recta.

–Los árabes –dijo– inauguraron la ruta comercial más larga nunca antes conocida, que les conducía hasta la China, tras sortear el peligroso estrecho de Malaca, infestado de piratas. Imagínense, ¡ya en el siglo IX! El comerciante omaní Abu Ubaydah viajó a Janfú (Cantón), donde se establecieron mercaderes árabes, que contaban con un cadí musulmán para dirimir los litigios. Un privilegio concedido por el emperador de la dinastía Tang. Claro que tanta riqueza atraía también a los piratas y los navíos árabes se vieron obligados a llevar marineros expertos en fuego griego para defenderse de sus ataques.

–¿Fuego griego? –preguntamos Assem y yo a la vez.

–El fuego griego era un arma secreta que inventaron los bizantinos y que luego adaptaron los abasíes –explicó Ustaz Mahmud–. Por medio de unos largos tubos de bronce, lanzaban al enemigo un líquido inflamable que no podía extinguirse de ningún modo y que ardía incluso en el agua. Nunca se supo la composición exacta; se supone que estaba hecho con petróleo, nafta, resinas, cal viva, brea

ardiente, betún y otros ingredientes secretos.

Assem y yo nos miramos sorprendidos.

–Su efecto psicológico debía ser terrible –añadió Ustaz Mahmud–. ¿Os imagináis? Aquellos piratas, acostumbrados a sembrar el terror y a vivir del pillaje, debían quedar paralizados por el efecto devastador de un arma de tal violencia, que lograba que el mismísimo mar ardiera. Les debía parecer cosa del diablo.

–¿Cuánto tiempo tardaban en alcanzar la China? –preguntó Assem.

–Los navíos dejaban la costa de Omán cuando el sol entraba en Sagitario, del 22 de noviembre al 21 de diciembre. Impulsados por el monzón del nordeste, llegaban a Janfú al cabo de ciento veinte días de navegación, sin contar las escalas que hacían en el sur de la India, donde obtenían las tan preciadas maderas para construir sus embarcaciones, o en Ceilán, la isla de los rubíes. También solían parar en las islas Laquedivas y en las Maldivas, donde obtenían fibra de coco y cuerdas para los navíos. A lo largo de la ruta, en todos esos lugares establecieron importantes colonias de mercaderes árabes, que hacían de intermediarios. Los barcos tenían capacidad para transportar centenares de toneladas y la tripulación superaba ampliamente los ochenta o noventa marineros. De regreso, enfilaban hacia Zufar, hacia los puertos de Rasyut o Shihr.

–¿Hasta cuándo duró la ruta de la China? –inquirí.

–A finales del siglo IX, la dinastía Tang comenzó a tambalearse y se produjeron violentos disturbios en Janfú. Los comerciantes extranjeros fueron masacrados y los viajes a China cesaron casi por completo. A partir de entonces los mercaderes árabes intercambiaban sus productos con los juncos chinos en Kalah, en la costa de la península malaya.

–También viajaban a Indonesia, ¿no? –pregunté.

–Sí, a las islas de Java y Sumatra. En los veleros árabes no se transportaban tan sólo las fabulosas mercancías sino también las ideas: el islam. Sin derramar una gota de sangre, los mercaderes difundieron el mensaje del Profeta por todo el Índico, llegando a los rincones más remotos. De las costas orientales de África oriental, donde surgieron sultanatos importantes como Quiloa o Pate, a Malasia e Indonesia, hoy como usted sabrá, el estado musulmán más poblado del mundo, pasando por Bengala o la costa de Malabar. Se produjo una lenta pero imparable emigración árabe. No sólo mercaderes, también pequeños comerciantes, músicos y poetas y los exiliados de las persecuciones políticas y de las guerras civiles, incluso jerifes o descendientes del Profeta se establecieron en puertos remotos y sultanatos, sobre todo del África oriental.

La tarde caía. Una única nube, alargada, se tornó violeta mientras

las gaviotas surcaban el cielo hacia un islote en el horizonte.

–Los marineros, cuando regresaban a Arabia –dijo Ustaz Mahmud–, descansaban, hacían sus negocios, pues les estaba permitido el pequeño comercio por cuenta propia. También hacían el mantenimiento de los veleros. El ambiente era distendido y, como debían esperar unos meses a la llegada del siguiente monzón, se dedicaban a sus familias y a intercambiar informaciones sobre los lugares fabulosos que habían visitado y los peligros que habían corrido. Hay un capitán iraní, Buzurg, que escribió los relatos de los marineros de Sohar y de otros puertos del Golfo como Basora.

Assem buscó mi mirada de complicidad, pues me había conseguido ese raro libro de relatos.

–Se suele afirmar –prosiguió Ustaz Mahmud– que la leyenda de Simbad está basada en las peripecias de los marineros de Sohar. Por eso nos gusta decir que el más famoso de todos los marinos nació aquí.

Caminamos unos minutos en silencio, cada uno encerrado en sus pensamientos, hasta que el sol fue tragado por la montaña.

–¡Ustaz Mahmud, Ustaz Mahmud! –gritó alguien desde lejos.

Nos giramos. El criado indio agitaba los brazos.

–Vamos –apremió Assem–, nos esperan para romper el ayuno del ramadán.

Entramos en una habitación adyacente al *majlis*, muy cómoda, forrada de moqueta. Nos lavamos las manos y nos recostamos en los almohadones. Un segundo criado entró evitando cualquier contacto visual y depositó el desayuno del ramadán sobre una mesita baja, para desaparecer sin darnos en ningún momento la espalda ni mirarnos.

Después de comer, Ustaz Mahmud se despidió; nos esperaba al día siguiente en el fuerte de Sohar. Cuando sonó la llamada a la oración, mis amigos se fueron a rezar a la pequeña mezquita del vecindario y yo permanecí leyendo *Las maravillas de la India*, de Buzurg, en el *majlis*, donde habían dispuesto dos enormes lechos, a base de colchones superpuestos, que formaban una cama tan alta como la del cuento de la princesa y el guisante.

Aquella noche estuve hablando con Assem hasta que nos venció el sueño. No habrían transcurrido aún un par de horas cuando desperté bruscamente. Me pareció oír unas voces que me llamaban por mi propio nombre. Me incorporé y abrí con cuidado la puerta de la calle para no despertar a mi amigo. El murmullo de las olas llegaba claramente, la luz anaranjada de las farolas no lograba amortiguar el cielo cuajado de estrellas. Se oía el canto de los grillos y, a los lejos, el ladrido de un perro.

De pronto irrumpió el molesto traqueteo de una bomba de agua, y me puse a pensar en el héroe de *El salón de música*, la película de Satyajit Ray que relataba con encuadres soberbios y sensibilidad el cambio de época y la llegada de la modernidad simbolizada por el trac, trac, trac de una bomba de agua. Aquel ruido monótono y fastidioso le asaltaba como una intromisión en un mundo que hasta entonces se regía por otros valores y otro tiempo; era un insulto. El héroe de la película, un antiguo aristócrata bengalí, *un fin de race* que vivía en una mansión decadente sin ya apenas sirvientes, sabía que a partir de entonces ya nada sería lo mismo.

A mí también me hubiera gustado vislumbrar el Omán anterior a los tiempos del traqueteo de la bomba. El de las fotos de mis viejos libros. Aquel Omán encerrado en sí mismo, que esperaba la llegada de los monzones, con sus veleros procedentes de los lugares más remotos, que traían mercancías de fábula siguiendo las rutas que apenas habían variado desde los tiempos de Simbad. Fantaseaba, gozando del frescor de aquella noche estrellada, cuando los mosquitos me descubrieron. Entré en el majlis y, aprovechando sus dimensiones desmesuradas, me tendí sobre unos cojines, lejos de donde dormía Assem. Encendí una de las numerosas lamparitas y volví al *Libro de las maravillas de la India.*

Al cabo de un rato Assem se desperezó.

–¿Te molesto? –pregunté–. Si quieres, apago la luz.

–En absoluto. ¿Qué haces?

–Acabo de leer un relato extraordinario sobre un rey africano al que unos mercaderes árabes traicionaron y vendieron como esclavo.

–Espera –dijo Assem–. Voy a levantarme. No tengo sueño. ¿Qué dice Buzurg?

–Según parece, un capitán llamado Ismailwayh le contó que, a principios del siglo IX, se embarcó desde Sohar con sus hombres con destino a Qanbalu, la actual isla de Pemba, en el África oriental, cuando una tormenta les obligó a dirigirse a Sofala, en la Costa de los Zenj.

–¿Sabes qué significa zenj? –me interrumpió Assem.

–No.

–Al parecer es una palabra de origen persa, que sirve para designar a los negros. Por eso la ribera del África oriental es conocida como la Costa de los Zenj. La palabra Zanzíbar viene de Zenj i bar. Pues bien, los zenj eran capturados y vendidos como esclavos. ¿No has oído hablar de la rebelión de los zenj en Bagdad? Pero, cuenta, cuenta...

–Cuando el capitán –proseguí– se dio cuenta del lugar tan remoto al que habían ido a parar y temiendo ser presa de los caníbales, preparó a sus hombres para morir encomendándose a Dios. En ésas

estaban cuando fueron rodeados por las canoas de los africanos, que les apresaron y les condujeron ante su rey, un joven negro muy fuerte que les preguntó quiénes eran y la razón de su visita. Cuando el capitán les contestó que habían venido ex profeso a aquel remoto lugar desde Sohar, en Omán, el rey les amonestó:

»–¡Mentís! Fueron los vientos los que os trajeron hasta aquí. Pero no temáis, desembarcad vuestros productos, comprad y vended. En mi reino siempre estaréis a salvo.

»Pasaron en aquel territorio toda aquella estación del monzón, realizaron excelentes negocios e intercambiaron valiosos regalos con el rey quien, cuando cambiaron los vientos y llegó el momento de la partida, quiso visitar el velero con siete de sus consejeros. Ya en cubierta, el capitán pensó que por aquel hombre tan apuesto y por sus compañeros, en el mercado de esclavos de Omán les pagarían una suma considerable. De modo que ordenó levar anclas y zarpar de inmediato con el monarca y su séquito como prisioneros, ante las protestas del rey:

»–He confiado en vosotros y os protegí en contra de la opinión de mis notables, que querían robaros para devoraros después. Yo lo impedí y os permití quedaros el tiempo que quisisteis en mi reino. ¿Es esta vuestra manera de corresponderme?

»El capitán hizo oídos sordos a sus súplicas y ordenó que los encerraran en la bodega con otros doscientos esclavos en condiciones terribles. Cuando llegaron a Omán los vendieron en el mercado y el capitán obtuvo una cuantiosa suma. Unos años más tarde, el destino quiso que el mismo capitán, que se dirigía de nuevo a Qanbalu, fuera desviado por los vientos hacia la misma playa. Él y sus marinos se percataron de que había llegado el fin de sus días y de que iban a pagar por su traición, por lo que apelaron a la misericordia divina con súplicas y plegarias. Los africanos, que naturalmente les reconocieron, subieron a cubierta, les apresaron y los condujeron frente a su monarca. Y cuál no fue su sorpresa cuando alzaron los ojos y vieron al rey a quien tiempo atrás habían traicionado y vendido como esclavo.

»–¡Aquí están mis antiguos amigos! –les recibió.

»Los omaníes pensaban, aterrorizados, en las atrocidades que iban a cometer con ellos.

»–Traidores –espetó el rey–. ¿Cómo pudisteis tratarme de ese modo después de todo lo que hice por vosotros? Pero no temáis, no voy a vengarme. Id y haced vuestros negocios como es habitual. Nadie os molestará.

»Los atemorizados omaníes, sin acabárselo de creer, desembarcaron sus valiosas mercancías e hicieron negocios, pero esta vez el rey no quiso aceptar ningún regalo. Cuando llegó el día de la marcha, el arrepentido capitán le preguntó cómo había logrado

escapar.

»–Mi amo –contestó el rey– me llevó con él a una ciudad llamada Basora, donde aprendí a ayunar y a recitar algunas aleyas del Sagrado Corán. Pasado un tiempo me vendieron a otro dueño que me llevó a Bagdad; allí aprendí el árabe y acudía a las mezquitas. Un buen día, aprovechando la confusión, me mezclé en una procesión de peregrinos que se dirigía a La Meca y escapé. Tras el *Haj*, como no me atrevía a regresar a Bagdad por temor a toparme con mi antiguo amo, me sumé a una caravana de peregrinos egipcios que regresaba a El Cairo. Cuando vi el Nilo quedé maravillado. Pregunté a los cairotas por su origen y me contestaron que se encontraba en un algún lugar de la tierra de los zenj; entonces comprendí que aquel río extraordinario nacía cerca de mi reino, por lo que decidí remontar su curso, no sin ser capturado y escapar varias veces. Finalmente, cuando avisté los confines de mi antiguo reino sentí terror. Pensé que un rey nuevo estaría ocupando mi trono y estaba convencido de que, si me reconocía, no dudaría en matarme para mantenerse en el poder, por lo que decidí disfrazarme. Me acerqué de noche y encontré a una anciana a quien le pregunté por el monarca. Me dijo que el trono estaba vacante, pues aunque no sabían qué había ocurrido con el antiguo rey, los adivinos habían asegurado que el monarca se encontraba prisionero en la tierra de los árabes y por tanto habían decidido esperarle, convencidos de que tarde o temprano acabaría por liberarse y regresar. Al amanecer me dirigí a palacio, donde encontré a mi familia sumida en el duelo. La alegría fue grande, y aún más para mí, porque en mi ausencia habían abrazado el islam. Y, ¡aquí estoy! Satisfecho y feliz. Si os he perdonado es porque gracias a vosotros he conocido la verdadera religión. Sin embargo mi conciencia no está tranquila, un grave pecado me atormenta.

»Y entonces les contó que le gustaría recompensar a su antiguo amo por la huida de su esclavo, dándole diez veces lo que había pagado por él, pero que se negaba a entregarles la suma a los mercaderes ya que ellos no eran más que un puñado de traidores y tramposos. Les despidió diciéndoles que regresaran para hacer negocios cuando quisieran, que no temieran y que si no les acompañaba hasta el barco era porque tenía sus propias razones, como podían comprender.

–¡Fantástico relato! –exclamó Assem, que se levantó para entreabrir la ventana–. *Al hamdulilá!,* todavía es noche cerrada. Aún no ha comenzado el ayuno. ¿Te apetece café?

–Assem, háblame un poco de la rebelión de los zenj –le pedí.

–Fue en los primeros siglos del islam, durante el califato abasí –dijo, mientras depositaba la bandeja con un termo y dos tazas–. Al igual que otras civilizaciones como Roma o Grecia, los árabes tenían

esclavos, sobre todo africanos. Como los persas, mantenían contactos con África oriental, con la llamada Costa de los Zenj, desde mucho antes del islam. Ya en la Jahiliya, la era de la ignorancia, había poetas y líderes negros en Arabia; incluso el Profeta Mahoma tenía varios discípulos de origen africano, y el primer almuédano de la historia del islam fue un liberto etíope que se llamaba Bilal Ibn Raba. Claro que los abasíes también contaban con esclavos blancos del Cáucaso, pero los zenj eran muy apreciados; los traían sobre todo de la Nubia y de la costa. Pero ten en cuenta que su estatus era muy distinto al de los esclavos de Roma o de la época colonial europea, porque la ley islámica les asignaba no sólo deberes sino también algunos derechos.

–Lo que tú quieras. Pero se cuentan historias terribles sobre los tratantes árabes –repuse.

–Es cierto, pero seguramente se referirían a la época colonial, cuando los tratantes omaníes capturaban a los negros para hacerles trabajar en las plantaciones de Zanzíbar o venderlos a las potencias europeas. Yo, en cambio, te estoy hablando de los primeros siglos del islam, en los que, sin querer justificarlo, aunque el método de capturarlos fuera terrible, una vez eran vendidos se les respetaba. Trabajaban como domésticos, concubinas o soldados, y también en la construcción o en la agricultura. El islam prohíbe esclavizar a otros musulmanes, por tanto los esclavos debían ser infieles, aunque la mayoría se acababan convirtiendo. El islam recomienda también la liberación de los esclavos pero no obliga a ello; seguramente por eso su posición en la sociedad era mejor que en otros lugares, y mucho mejor que la de los pobres libres. Como te decía, gozaban de un cierto estatuto legal. Por ejemplo, si una concubina tenía un hijo de su amo, el niño era libre y tomaba el nombre y la posición social de su padre. En cuanto a la madre, ya no podía ser vendida y debía ser mantenida y bien tratada durante el resto de sus días. Muchas veces se tomaba a una concubina por esposa, con lo que quedaba automáticamente libre, tanto ella como su descendencia.

–En el Zufar –dije– vi en los zocos a unas mujeres descendientes de esclavos. Y también las había en Mascate. Vendían resinas aromáticas, raíces, conchas y animales desecados para encantamientos. Muchas tenían dientes de oro.

–Esas comunidades de antiguos esclavos –dijo Assem– demuestran que son libertos bastante recientes, porque en las sociedades árabes su sangre se iba diluyendo en la población.

Mi amigo se levantó y se acercó de nuevo a la ventana. El café debía ser realmente fuerte pues ninguno de los dos podía ya conciliar el sueño.

–¿No ibas a contarme lo de la revolución de los zenj? –pregunté.

Assem sonrió: «¡Vaya! No quieres perder ni un minuto, cuando vas detrás de algo». Arrellanó los cojines y se acomodó.

–En el siglo IX –comenzó–, en el califato abasí trabajaban muchos esclavos zenj en condiciones infrahumanas. Especialmente dura era la desecación de los pantanos salinos del Tigris, donde se recuperaban terrenos para la agricultura. Trabajaban de sol a sol, sin ningún salario y mal alimentados. Un día Alí Ibn Mohamed, un poeta persa de origen indio, supo canalizar el descontento de los zenj. Se adhirió a los jarichíes, la corriente del islam que propugnaba que cualquier musulmán, independientemente de su linaje o color, podía llegar a ser califa. Sus soflamas lograron que los zenj se alzaran contra el poder y, dirigidos por él, derrotaron a las tropas del califa de Bagdad y tomaron la ciudad de Basora. Los antiguos esclavos fundaron una nueva capital, llamada Al Mujtara ('la escogida'). Poco a poco consolidaron los territorios conquistados. Avanzaban hacia Irán, cuando los abasíes contraatacaron y, apoyados por tropas llegadas de Egipto, aplastaron la rebelión. La cabeza de Alí Ibn Mohamed fue llevada a Bagdad y expuesta ante el populacho.

El perro volvió a aullar y ahora otros le dieron la réplica.

–Aquella revuelta desgastó mucho al poder abasí –continuó mi amigo–, que se fue debilitando por disputas sucesorias y amenazas externas hasta que los mogoles le dieron la estocada final cuando arrasaron Bagdad. Fue tal la devastación, que se afirmaba que los invasores construyeron con los libros puentes sobre el Tigris y el Éufrates, y que arrojaron tantos a los ríos que durante cuatro días el agua del Tigris bajó teñida del negro de la tinta. El terrible genocidio cultural de los mogoles conllevó la destrucción sistemática de ciudades e instituciones. Para el mundo musulmán, la pérdida de Bagdad fue una conmoción. Hoy se repite la historia. Los occidentales no os podéis imaginar lo que supuso para el alma árabe, desde el más humilde campesino al más rico hombre de negocios, contemplar impotentes en el televisor cómo se bombardeaba Bagdad. En nuestro imaginario Bagdad es ¡nuestra Atenas!, ¡nuestra Roma!, ¡nuestra Florencia! Americanos e ingleses son los nuevos mogoles. No os podéis llegar a imaginar el odio que se está acumulando.

El redoble de un tambor y la voz de un viejo cheij advertía a los fieles que la hora del ayuno se acercaba. No tardaron en llamar a la puerta y apareció Tayeb, seguido del criado que portaba una bandeja repleta de alimentos: dátiles, queso, pollo frío, frutas y una especie de leche cuajada. Tras comer en silencio, todos se retiraron para las abluciones. Luego regresaron a rezar sobre las alfombras del *majlis*. Yo me tendí

en el lecho y me dormí arrullado por sus plegarias.

No desperté hasta bien entrada la mañana, cuando me trajeron un desayuno copioso, pues yo –otra vez oí la cantinela– «no tenía por qué hacer el ramadán». Al cabo de un rato tomamos el coche para acudir a la cita con Ustaz Mahmud.

El fortín de Sohar parecía un gigantesco castillo de arena, con sus torreones redondeados y almenas de cuento. Era un bello edificio, aunque quizá demasiado restaurado, pintado de un blanco cegador. Ustaz Mahmud nos esperaba junto al portón de madera, de goznes impresionantes. Recorrimos las estancias, los *majlis*, las cocinas, los almacenes y la despensa, donde elaboraban miel de dátiles. Colocaban dátiles maduros y dulces en unos sacos de mimbre y recogían el pegajoso y dulce líquido que desprendían. Desde lo alto de una de las torres se divisaba el Sohar moderno, una ciudad provinciana que no conservaba vestigio alguno de su época dorada; tan sólo una colina, formada, se decía, con las ruinas del viejo emporio. La ría estaba cegada por la falta de drenaje, y de las antiguas casas de balcones con celosías, como los de la cornisa de Mascate, apenas quedaban dos o tres. El resto había sido sustituido por construcciones de nuevo cuño en un intento precipitado, como en tantos lugares de Omán, de querer ponerse al día y olvidar el pasado.

En una de aquellas atalayas que dominaban la ciudad moderna, Ustaz Mahmud evocó para mí la edad de oro de Sohar:

–En la era abasí, Sohar era ya un puerto con muchísimo movimiento. Sus habitantes, al igual que los del resto de Omán, eran ibadíes que no se dejaban someter fácilmente. Les interesaba el comercio y la navegación, no las conquistas y los ejércitos, pero eran valientes y luchaban por su libertad, e incluso se atrevieron a perseguir y derrotar nada menos que a una expedición de Harún al Rashid,[19] cuando los barcos omaníes salieron tras el enviado del califa y lo capturaron. La edad de oro de Sohar coincide con el declive de los abasíes. Omán recuperó entonces su independencia y Sohar se convirtió en el puerto más importante del mundo del islam, enclave obligado en la ruta de la China, y en el almacén de Iraq y del Yemen. El gran geógrafo Istakhri afirmó que en Sohar residían muchísimos mercaderes y que no era posible hallar en todas las costas del Golfo Pérsico ni en las tierras del islam otra ciudad tan rica en bellos edificios y almacenes de productos foráneos.

El calor arreciaba y Ustaz Mahmud sugirió que fuéramos a uno de los *majlis*, donde los muros eran tan anchos que la temperatura se mantenía sorprendentemente fresca. Aposentados en los cojines como si fuéramos personajes de antaño, el anciano continuó hablándome de

su ciudad:

–La decadencia de Sohar fue repentina –se lamentó–. Los Buyid, una dinastía que se había hecho con el poder en Iraq e Irán, cruzaron las aguas del Golfo para atacar Sohar, que hacía la competencia a sus puertos, y destruyeron en un mismo ataque setenta y nueve grandes navíos. Un siglo después, los persas regresaron y arrasaron la ciudad para que ya no levantara cabeza. Muchos *aflaj* fueron destruidos. En el año 1064 fue invadida por los turcos y dos siglos más tarde toda la costa cayó bajo la dominación del reino de Ormuz, que durante dos siglos llegó a formar un imperio cuya influencia se extendía por todo el Índico. Qalhat, al sur de Mascate, llegaría a ser su puerto más importante.

Sonó el móvil de Ustaz Mahmud y, mientras él hablaba, aproveché para mirar por una de las aperturas del muro y recibir así algo de brisa marina. Pero, a pesar de que estábamos en invierno, aquel soplo de humedad resultó sofocante. ¿Cómo sería aquí el verano?

–Y bien, sobre la época de oro de Sohar poco más puedo contaros –concluyó Ustaz Mahmud mientras guardaba el teléfono.

Nos invitó a abandonar la sala mientras dirigía su mirada hacia una dorada cafetera árabe que descansaba sobre un hornillo de cobre sin brasas.

–¡Ramadán! –exclamó con resignación, dando por supuesto que en pleno ayuno poco más teníamos que hacer en aquel *majlis* y que era mejor que cada uno regresara a sus asuntos.

Me despedí de Ustaz Mahmud, que me dio una última recomendación:

–Si va a Nizwa, no se olvide de visitar a mi amigo Haj Ibrahim. Era colega mío en Ras al Jaima, allá en los Emiratos.

Yo partía por la mañana muy temprano. Tayeb se quedaba en Sohar; Assem, también. Nos abrazamos.

–Debes contactar –se despidió– con el capitán Jamis. ¿Recuerdas el viaje que hizo Tim Severin hasta China en una réplica de un dhow omaní del siglo X? Pues Jamis iba con él, y yo lo conozco.

Aquella noche, mientras Assem dormía profundamente, encendí una lámpara, abrí el bloc de notas y comencé a escribir para que nada se me escapara. Gracias a todas las personas que iba conociendo, mi periplo avanzaba. Al día siguiente viajaría a la escarpada península de Musandam, en la entrada del Golfo Pérsico. Sentí una vez más la excitación de la partida, del viaje dentro del viaje. Poco después del redoble de tambor que anunciaba el ayuno, me dormí.

6

La península de la espuma

Hacía sólo tres años que el sultanato de Omán permitía que se visitara la abrupta península de Musandam, un capricho geológico de montañas torturadas que se erguían desde las profundidades del mar hasta alcanzar los dos mil metros, formando unos estrechos y largos fiordos tan intrincados que a veces resultaba difícil averiguar en qué dirección se encontraba la salida al mar. En un mapa se podía observar la curiosa forma de la península, que recordaba una gigantesca ofiura, esa especie de estrella de mar cuyos brazos no son rígidos, que estuviera replegada sobre sí misma, un poco como las formas caprichosas de las islas Célebes. Sobre el papel, Musandam aparecía como un cuerno que se clavaba prácticamente en las costas de Irán, del que apenas distaba unos cuarenta kilómetros. Decían que Musandam significaba espuma y que lo llamaban así por el incesante batir de las olas sobre los acantilados.

Había conseguido ver alguna fotografía de unos veleros al pie de un acantilado de vértigo, y desde entonces quise conocer aquel lugar donde Simbad habría recalado una y otra vez. Musandam había estado cerrada a cal y canto, pues era el rincón más estratégico del mundo: controlaba el estrecho de Ormuz, por donde circulaban los petroleros cargados con el sesenta por ciento del crudo que consumía Occidente y el noventa por ciento del que necesitaba Japón.

Tomé un avión pequeño que, tras varias aproximaciones, se coló por una estrecha garganta rozando casi las paredes de roca, y tras unos largos segundos en que los pasajeros contuvimos la respiración, penetró sin novedad en un valle de piedras, salpicado de acacias dispersas, que recordaba a algunas regiones del Sudán.

Al bajar la escalerilla vi una cola de hombres con sus *dishdashas* y mujeres cubiertas de negro, que iban entrando en la bodega de un avión militar sin ventanas pintado de camuflaje. Me contaron que los habitantes de Musandam, debido a su aislamiento, tenían derecho a viajar a Mascate gratis para ir al médico, solucionar papeleos o estudiar. En la terminal del aeródromo me esperaba un chófer indio que me llevó directamente al puerto de Jasab, donde me aguardaba el dhow que había alquilado.

Las escarpadas montañas dejaban espacio a un pedazo de tierra, en el que se levantaban un fortín y casitas bajas rodeadas de palmeras. El puerto consistía en una serie de pontones flotantes que se movían al caminar sobre ellos y en los que atracaban los grandes dhows. En el

agua cristalina se distinguían peces de colores. La actividad era grande, los estibadores cargaban a las espaldas sacas y también tiburones, atunes y otros grandes pescados. Abundaban las lanchas rápidas con poderosos motores fueraborda. El chófer indio me contó que se trataba de contrabandistas persas que traían corderos y cabras de Irán y Afganistán y también «otras cosas».

–¿Drogas? –pregunté.

Rió y bajó la voz:

–Yo no he dicho nada.

Los animales estaban apiñados y atados en los fueraborda, y resultaba curioso ver auténticos rebaños conducidos por los pontones, entorpeciendo el constante ir y venir de los porteadores, que se abrían paso a golpes profiriendo sonidos onomatopéyicos y exclamaciones. Una vez desembarcado el ganado, los contrabandistas hacían acopio de aparatos electrónicos, telas, cartones de tabaco americano y sacos repletos de cocos que se llevaban de regreso al atardecer, cuando se organizaba una flotilla de casi doscientas barcazas. A pesar de que la costa de Irán no se hallaba lejos y de que sus montañas eran perfectamente visibles desde aquel puerto, a veces esperaban varados unas horas, para esquivar el control de las patrulleras iraníes y desembarcar así el contrabando en alguna playa solitaria.

–¡Éste será tu dhow! –dijo el indio, frente a un soberbio falucho que, a pesar de propulsarse con un motor diesel, guardaba la forma de los antiguos veleros árabes.

Mientras esperábamos las provisiones, contemplé lo que durante una buena semana sería mi casa: un dhow de unos quince metros con un mástil transversal coronado por flores y adornos al estilo del pueblo de Kumzar, para combatir el mal de ojo y poder abrirse camino en las aguas pobladas por los *yenún*. Una vez descargados el arroz, té, verduras y varias gallinas, Ahmed, el capitán, ordenó soltar amarras. Desde el mar, Jasab, con sus casitas y el fuerte al pie de las imponentes montañas, parecía sacada de un relato de marinos orientales y poco a poco se hizo cada vez más pequeña hasta ser engullida por la mole rocosa.

Fuera del resguardo del fiordo, nos enfrentamos a un mar muy azul y agitado; el dhow capeaba las olas muy marinero, aunque de vez en cuando nos calara un chaparrón de espuma. Al poco acudieron los delfines a custodiarnos un buen trecho, para desaparecer tan pronto como habían llegado.

El capitán Ahmed pertenecía a la tribu de los shihuh, presentados por la literatura colonial como feroces y salvajes. «Viven aislados en sus pueblos por encima de los nidos de águila y se expresan en un dialecto más cercano al persa que al árabe. Armados con hachas de mango largo, son pastores y pescadores y muchos han acabado por

emigrar a Dubai, Ras el Jaima o Sharjah, en los vecinos Emiratos.» Él había nacido en el cercano pueblo de Kumzar, y me contó que a veces se veían grandes manadas de ballenas, pero que ahora no era la estación. Tenía ojos de lince, de un gris transparente. Pescaba peces que escamaba en cubierta y lavaba varias veces con agua salada, antes de trocearlos, adobarlos con especias y asarlos sobre un hornillo de brasas de latón dorado.

Nuestra primera escala era la isla del Telégrafo, llamada así porque fue una estación creada en 1860 por los ingleses para controlar la línea telegráfica submarina que conectaba el imperio con Bombay. Todavía quedaban en pie algunos muros. Las orillas del islote estaban pobladas de un coral azul intenso, en el que evolucionaban peces transparentes que parecían cristales de colores. Aquella isla, en el profundo fiordo de pavorosas paredes de roca que caían en picado, emergía de aguas tan profundas que bastaba alejarse unos metros del arrecife para adentrarse en unas aguas de un azul tan oscuro que parecían negras. Me zambullí y era tan abundante el plancton y otras pequeñas criaturas que aquel mar parecía una espesa sopa de vida, en la que me costó distinguir una tortuga curiosa que me rodeó lentamente para desaparecer después. Volví al dhow abriéndome paso con cuidado entre medusas rosas del tamaño de una seta.

Una vez en cubierta, me quedé un buen rato contemplando aquel lugar tan melancólico. Ahmed me sacó de mis ensoñaciones, mostrándome una escórpora que acababa de pescar.

–En una ocasión –dijo–, mi primo vino con unos ingenieros libaneses que trabajaban en Dubai; bucearon y disfrutaron como niños, pues aquel día no había estas fastidiosas medusas que le han tocado a usted. Pero mi primo calculó mal y les pilló la marea baja, con lo que el dhow quedó varado sin poder regresar. Por suerte no tardó en aparecer una barca de pescadores de poco calado, que se ofreció a devolver a los libaneses al puerto de Jasab. Pero mi primo tuvo que quedarse a dormir aquí. No le hacía ninguna gracia pues todos sabemos que esta isla está habitada por toda suerte de *yenún* y efectivamente, a medianoche, oyó el llanto de un niño y a su madre que trataba de consolarle en vano. Finalmente, la mujer entonó una nana tan triste que le heló el corazón a mi primo y el niño dejó de llorar.

Ahmed se me quedó mirando como esperando que le contradijera, cosa que no hice y eso le animó a seguir:

–Aquí en Musandam ocurren muchas cosas. Hay personas que pueden volar y llevarse consigo a otra por los aires. Por la noche pueden estar en dos lugares al mismo tiempo, pero de día disimulan y hacen ver que son como nosotros. La gente lo cree y yo también, porque lo he visto con mis propios ojos.

Nos acercábamos a mar abierto, el dhow volvió a capear y las olas, cada vez más grandes, cruzaban la cubierta. Tras un escarpado saliente aparecieron unos grandes farallones.

–Son los islotes de... –Ahmed trataba de hacerse entender a gritos– Salama, il Benat, il Jeel...

Casi no le oía. Se acercó, dando tumbos, andando como un borracho a punto de perder el equilibrio, pues nos hallábamos en pleno estrecho de Ormuz y las olas estaban furiosas. Su primo llevaba ahora el timón.

–Salama es la isla más peligrosa –indicó Ahmed. Aquí desaparecen muchos barcos, que jamás se encuentran: son arrastrados por una corriente muy fuerte y acaban tragados por el mar, que es profundísimo. En estas aguas habita un *yin* maligno al que hay que contentar con ofrendas. Los marineros le tiran chocolate, dulces y ropa. Cuando pasamos por aquí solemos navegar en grupo, pero si el *yin* quiere atraparte no hay ayuda que valga.

Tras doblar un cabo abrupto, el mar se calmó súbitamente; parecía mentira cómo tras aquel baile violento atravesábamos ahora aguas de lago.

Las montañas de Irán se veían ahora muy cercanas. No muy lejos se encontraba la pequeña isla de Qais. Saqué de mi mochila el libro de Hourani, *Arab Seafaring*, que Assem me regaló al despedirnos. Fue en este islote, leí, donde se instaló la dinastía árabe de los Bani Qais, que aprovechó el debilitamiento del califato abasí y el posterior declive de Sohar para crear una talasocracia mercantil que impuso su supremacía en las aguas del Golfo. Los mercaderes de Qais –explicaba Hourani– dominaron el comercio marítimo de 1100 a 1300, hasta que tomó el relevo el reino de Ormuz, situado en otra isla no muy alejada de las aguas por las que navegábamos. En Ormuz, una dinastía de origen omaní extendió su influencia sobre los grandes puertos de Omán: Qalhat, Mascate, Qurayat o Sur. Aquel reino se convirtió en ejemplo de esplendor y magnificencia. Resultaba curioso que tanto Qais como Ormuz tuvieran su epicentro en islas desoladas y pequeñas donde nada se producía, pero quedaban así a resguardo de las disputas sucesorias y de las invasiones terrestres, protegidos por su supremacía naval. No pretendían conquistar territorios ni extender sus dominios. Eran mercaderes un poco al estilo de los genoveses o venecianos: les interesaban los puertos y el comercio. Y en cuanto a los víveres, los obtenían del interior de Omán o llegaban, al igual que el resto de mercancías, en los barcos, exactamente igual que seguía sucediendo ahora, pensé recordando las cabras agazapadas en las planeadoras.

–¡Eso es Kumzar! –exclamó Ahmed señalando un punto en el acantilado.

Traté de distinguir algo, pero sólo se veía una línea de costa al pie

de un descomunal acantilado; creí vislumbrar unos muros en ruinas. ¿Dónde estaba el pueblo? Ahmed advirtió mi asombro.

–Antes había aquí tantos piratas e invasores –dijo– que los kumzaríes decidieron construir sus casas de piedra de espaldas al mar y con las ventanas encaradas hacia el interior, para que de noche los forasteros no advirtieran la lumbre de los hogares y desde lejos los muros se confundieran con la montaña.

Kumzar era un lugar remoto y silencioso. Un pueblo encantado. En la playa, algunos hombres que remendaban sus redes, levantaban la vista a nuestro paso y nos sonreían. Los niños, vestidos con sus *dishdashas* como hombres pequeños, y seguidos de las niñas, con un pañuelo azul anudado a la cabeza, salían de la escuela cargados de libros. A diferencia de otros lugares, ni nos siguieron ni intentaron entablar conversación con nosotros. Ascendimos por una pequeña rambla de guijarros que dividía al pueblo en dos, ante la mirada huidiza de mujeres, niños y de las cabras azabache apiñadas sobre las rocas, hasta llegar a una poza junto a una pequeña ermita, en la que, como de costumbre, debía de estar enterrado algún santo musulmán.

–Es la tumba de nuestro protector –confirmó Ahmed–. Aquí depositamos perfumes e incienso los jueves y los viernes para invocar su ayuda. En vísperas de boda, viene el novio con sus amigos, que aplastan un huevo contra el suelo, lo lavan y lo perfuman. Luego se dirigen al mar, donde estrellan otro huevo contra las rocas. En este pueblo no verás ni perros ni asnos porque al santón no le gustan. Si se trae alguno, no tarda en morirse. Y ahí delante –señaló un agujero en la roca– hay una cueva muy grande donde vive un demonio. ¡Sólo se aventuran los valientes!

Era un lugar muy bello, un pequeño oasis en un cañón profundo. En la poza se bañaban unos pájaros tornasolados de largas colas. En lo alto planeaba majestuoso, sin mover una pluma, clavado en el aire, el buitre egipcio. A lo lejos brillaba el mar.

Traté de ponerme en el lugar de los kumzaríes cuando desde aquel mismo lugar donde estarían perfumando a un novio y conjurando a los *yenún*, vieron aparecer hace más de quinientos años, en el horizonte, unos navíos tan grandes como nunca habían visto otros. Y eso que los kumzaríes estarían habituados a las naves más extrañas. Situados en la entrada del Golfo Pérsico, conocían los dhows de todo el Índico y también los de los piratas del Sind o los que hallaban refugio en la isla de Socotra. Pero esta vez sabrían que se trataba de algo distinto, al distinguir con inquietud unas velas cuadradas, tan diferentes a las que ellos usaban, con tres grandes mástiles.

¿De dónde procederían aquellos extraños veleros? ¿Qué mercancías traerían? Aquellos forasteros no venían en son de paz y,

como pronto comprobarían los habitantes de las costas de Arabia, su crueldad y avidez no tenían límites. Se trataba de los portugueses, cuya irrupción en el Índico iba a sacudir aquel mundo.

¿Qué buscaban tan lejos de casa? Muy sencillo. Lo mismo que en otros tiempos atrajo a egipcios, fenicios, griegos y romanos: las especias. Y también las resinas aromáticas, las sedas, las maderas preciosas y las otras riquezas de aquel asombroso mar cuyo comercio estaba monopolizado por los mercaderes árabes y persas.

Claro está que el mar no era la única vía de acceso a las especias, existía otra terrestre: la ruta de la seda, que desde la lejana China se prolongaba hasta el Mediterráneo, tras atravesar las estepas de Asia central. Pero estaba plagada de intermediarios y sus terminales se hallaban en manos de los avispados venecianos y genoveses. En aquellos tiempos, el comercio de las especias movía cifras astronómicas, ya que en un mundo sin frigoríficos, eran indispensables para conservar los alimentos.

Miré una vez más aquellas sólidas casas de piedra, que se camuflaban con la montaña. De nada les sirvió la estratagema a los kumzaríes cuando llegaron las naos en el siglo xv, pues había sonado la hora de Portugal, una nación pobre y aislada de Europa por los interminables campos de Castilla, hasta que Enrique el Navegante lanzó a sus hombres más intrépidos a la aventura, creando un vasto imperio. El rey luso, en la soledad de su retiro en el cabo San Vicente, batido sin descanso por las olas del Atlántico, había soñado durante años en construir unas naves nunca vistas, que zarparían rumbo a los confines del mundo, hasta alcanzar la India y la China para obtener directamente las valiosas especias. Para ello contaba con la ayuda de genoveses –eternos rivales de los venecianos– y de cartógrafos judíos mallorquines que, a diferencia de los cristianos, viajaban a tierras del islam y poseían información de primera mano.

Los portugueses comenzaron por explorar la costa occidental de África. Instalaron factorías en Guinea, remontaron los deltas del Volta y del Níger, se establecieron en las islas de Cabo Verde y continuaron sus exploraciones hacia el sur del continente, hasta que en 1488, Bartolomé Dias se atrevió a doblar el cabo de Buena Esperanza. Pero el Índico, aquel océano tan desconocido, nada tenía que ver con el Atlántico y tal como les sucedió a los romanos dos siglos antes de nuestra era, los portugueses se enfrentaban a un océano impetuoso en el que, por modernas y robustas que fueran sus naves, resultaba imposible avanzar sin comprender el secreto de los monzones.

Tuvieron que pasar algunos años hasta que Vasco da Gama encontró la manera de explotar en beneficio propio las rivalidades entre los distintos sultanatos. Fue en Malindi donde se ganó la confianza del sultán, enfrentado a Mombasa, que le proporcionó al

gran navegante omaní, Ibn al Majid, que le hizo de piloto y le guió hasta Calicut, el puerto más próspero de toda la India. Aquel error resultó fatal: el más prestigioso de los navegantes árabes les precipitaba hacia su declive.

Junto a la poza, un lagarto azulado de pecho naranja se disputaba la propiedad de un murete de piedra con un semejante, al que extendía sus uñas negras y afiladas. De repente, se giró hacia mí para observarme con sus ojos de pajarraco. «Sin duda, las aves descienden de los reptiles», me dije.

Los portugueses, con el poder que les proporcionaban sus naves y armas destructivas, acabarían conquistando los sultanatos de África oriental. Pero para dominar el Índico, necesitaban tomar los puertos de Omán. Corría el año 1507 cuando fueron avistadas las cinco naos de Alfonso de Alburquerque. Tras exigir tributos imposibles de satisfacer, se emplearon en el saqueo y la destrucción. Todavía hoy se seguían contando historias de narices cortadas, de espantosas mutilaciones de inocentes y de poblaciones enteras rociadas de alquitrán y quemadas en el mar.

En 1518 tomaron Mascate y Ormuz y saquearon e incendiaron Quriyat y Qalhat. Durante más de un siglo se hicieron fuertes en la estratégica costa de Arabia, cuyo dominio resultaba indispensable para defender el comercio con los enclaves que habían conquistado en la India: Goa, Diu, Damao, Bombay y Salsette. Para ello erigieron, a lo largo de toda la costa de Omán, fortines defendidos por pesados cañones con el escudo de armas de los soberanos lusos.

De noche, en Kumzar, el pueblo más extremo de la península de Musandam, la luminosidad del plancton era algo extraordinario. Había comprobado ese fenómeno en otras ocasiones: en el Mediterráneo, también en el mar Rojo y en el Zufar, pero nada era comparable a lo que ahora veía. Las planeadoras de los iraníes, que se acercaban a toda velocidad, dejaban una larguísima estela de verde fosforecente, como efectos especiales de la factoría Lucas. En cubierta, Ahmed, su primo y yo nos entretuvimos como unos críos haciendo un concurso de escupitajos que convirtió aquel mar en calma en un hervidero de burbujas verdes. Aquéllos, escribí en mi diario, eran los escupitajos de Belcebú.

Ahmed y su primo se fueron a dormir y yo permanecí con los pies colgando en la proa. La luna, que había desaparecido tragada por las escarpadas montañas, regresaba colándose por un valle angosto y sus

rayos desvelaron durante unos minutos muros de vértigo, antes de teñir de plata este o aquel peñasco y descubrir, en su curso, un nuevo valle donde hasta entonces no había sino noche.

Recorrimos aún varios días más aquella península encantada. No puedo olvidar los islotes donde los cormoranes, que extendían sus alas al sol, eran tan numerosos que apenas dejaban un palmo libre. O el vuelo de las águilas pescadoras que caían en picado sobre sus presas y extraían peces plateados tan grandes, que durante largos segundos parecía que fueran a hundirse con sus presas antes de remontar por fin el vuelo. Un amanecer, mientras Ahmed pescaba con palangre, se me ocurrió fotografiar una lancha de contrabandistas persas que venía hacia nosotros. La embarcación se nos cruzó dos veces amenazante y luego pasó por popa a toda velocidad cortándonos el hilo de pesca. Ahmed me amonestó severamente:

–Ni se te ocurra volverlo a intentar.

Un día fondeamos en el pueblo de Jabalain, frente a una playa de arena blanca con sus casitas de colores ocres, protegidas por emparrados que le daban un aire de aldea griega. Las aguas eran como un espejo y de noche se oían continuos chapoteos de peces que debían ser muy grandes, a juzgar por el estruendo. Poca gente se acercaba por aquellos parajes y al amanecer, un anciano nos increpó desde su barca.

–*Intum min min?* ('¿De quiénes sois?') –preguntó mientras el lento chapoteo de los remos retumbaba en las paredes de la roca.

Nadie contestó; podía oír los ronquidos de Ahmed y de su primo.

–*Intum matekalemush?* ('¿Acaso no habláis?').

–*Ihna diuf min barra!* ('¡Somos invitados extranjeros!') –grité, en dialecto egipcio, y se acercó para mostrarme su pesca.

En éstas, Ahmed, que se había desperezado, le indicó que no queríamos comprar pescado; si acaso dos o tres peces para la cena.

–¡Oh; yo no os voy a cobrar! Os los regalo. Estamos en ramadán y no iba a aceptar dinero por la comida de los creyentes.

No me sentí en condiciones de sacarle de su error. En sus ojos vi una vez más la generosidad del islam popular.

Aquellos días en Musandam estaban llegando a su fin. Fondeamos en un lugar cuyo nombre no recuerdo y me despedí con pena de Ahmed y de su primo. Subí a un pick-up que ascendió en zigzag por una

carretera que parecía vertical. Al llegar arriba, la vista cortaba el aliento. Muy abajo, anclado en aquellas aguas tan azules, el dhow se había convertido en un juguete. Me invadió de nuevo aquel sentimiento que había experimentado tantas veces en Omán: en Jor Rouri, o frente a las tumbas de los azd en el Zufar, o en los cañones del interior del país, donde los chillidos de un buitre egipcio, como el que sostenía el cielo en los templos faraónicos, retumbaban en las angostas paredes de roca. Tenía la sensación de encontrarme en uno de esos lugares prodigiosos donde los pilares en los que se asentaba el tiempo se tornaban débiles y desaparecían, como ocurría en aquellos cuentos orientales leídos en la infancia, en los que un pescador se quedaba dormido en una playa solitaria y, al despertar, en vez de las tres horas que creía haber descansado, habían transcurrido tres siglos; y cuando regresaba a su pueblo, nadie lo reconocía, aunque muchos tuvieran sus mismos ojos. Aquellos paisajes, pensé mientras veía zarpar el dhow de Ahmed, ya los había conocido. Eran los mismos que una noche lejana habían proyectado mis zíngaros en una sábana.

7

El interior turbulento

Antes de regresar a Mascate y proseguir mi periplo por la costa de Omán, quise visitar el Jawf, aquella región montañosa, refugio de los valores tradicionales y de la fe ibadí, donde los omaníes se replegaban cada vez que eran amenazados desde el exterior. Me subí a un taxi colectivo que enfiló la ruta de las montañas por una carretera muy cuidada. Iba pensando en lo fácil que resultaba hoy en día hacer ese camino, comparado con las dificultades de Thesiger en los años cuarenta, cuando, a pesar de haber cruzado el terrible desierto del Cuadrante Vacío, hubo de desistir en su empeño de viajar a la antigua ciudad de Nizwa, la capital de los imanes y sede de la jurisprudencia ibadí, pues estaba cerrada a los extranjeros que si eran sorprendidos se les aplicaba la pena capital.

La ciudad me defraudó. El cambio radical que había sufrido el país, con el descubrimiento del gas y del petróleo, también había llegado, con su lluvia de riales, al remoto interior. Su famoso castillo había sido excesivamente restaurado y el antiguo zoco, un laberinto de callejuelas con sus tiendas de artesanos, demolido para levantar en su lugar un trazado rectilíneo de bazares de hormigón pintados como si fueran de adobe. El bullicio de los mercados orientales era aquí sustituido por el ronroneo de los aires acondicionados. Daba la sensación de ser un parque temático presidido por un fortín de juguete.

Me dirigí al mercado de ganado que se celebraba los viernes, y allí me reconcilié con Nizwa. Los campesinos se agolpaban en torno a un gran árbol. Cada vez que aparecían los vendedores de ganado, se abría un círculo y los ganaderos daban vueltas con sus cabras, vacas, terneras, asnos o pequeños camellos de la altura de un hombre. Se detenían cada vez que un paisano mostraba interés, permitiendo que examinaran ojos, dentadura, vientre y pezuñas, en busca de alguna tara. Cuando por fin encontraban comprador cerraban el trato manteniendo sus manos estrechadas entre frases. Aquella muchedumbre de omaníes con sus *dishdashas* ceñidas por cintos que guardaban sus dagas, los rostros aguileños y sus luengas barbas me transportó al Yemen.

Me abordó un niño.

–¿Es usted el amigo de Ustaz Mahmud?

Asentí.

–Haj Ibrahim le espera en el pueblo, venga conmigo –apremió–.

Yo soy su nieto.

Subimos a un pick-up conducido por un campesino que había visto en la subasta. En la caja del vehículo había un gran carnero y dos cabras atadas, y unos sacos que debían ser de forraje.

–Perdone que me haya entretenido –dijo Mansur, que así se llamaba aquel hombre–, pero he visto unos animales que me interesaban y no podía perder la ocasión. ¿Sabe?, en estas subastas hay que lanzarse cuando aparece algo que vale la pena. Si dudas, te lo pisan.

La radio lanzaba a todo volumen unos cantos beduinos muy rítmicos, que el niño coreaba. Su padre me sonreía; abrió la guantera y extrajo una caja de incienso. Colocó unos pocos cristales sobre un incensario eléctrico que el niño enchufó en el encendedor del coche, y pronto aquel aroma tan antiguo hizo casi irrespirable el interior donde naturalmente, gracias al potente aire acondicionado, reinaba una temperatura muy fría. Miré por la ventana y me sentí feliz.

El pick-up ascendía por una pintoresca ruta escarpada. El valle quedó muy abajo y se me taparon los oídos. Tras una serie de curvas cerradas, llegamos a un mirador en un imponente peñasco desde el que se divisaba un barranco tapizado por un tupido palmeral atrapado entre montañas de rocas oxidadas y oscuras.

–Esto es Misfah –dijo contento el niño, señalando un pueblo de pesebre que se alzaba sobre un promontorio que dominaba la cañada.

Dos águilas que evolucionaban en el aire nos sorprendieron con sus chillidos. Desde el palmeral ascendía el sonido melancólico de la flauta de un campesino que regresaba a casa en una carreta tirada por un asno.

El pueblo de adobe era una muestra magnífica de aquella arquitectura tradicional de la que apenas quedaban muestras en pie. En una plazoleta, a resguardo del sol, charlaba un grupo de ancianos, de largas barbas y puñales al cinto; algunos realzaban sus ojos con kohol, otros tenían la barba dividida como Cheij Nasser, mi anfitrión de las torres cónicas. Cuando los vi me transporté al viejo zoco de Sanaa; frente a mí tenía a los orgullosos hijos de Qohtan.

Uno de ellos se giró hacia mí y vino a mi encuentro. Aquel anciano de barba anaranjada teñida de alheña, vestía de forma más moderna, sin puñales ni cinturones de cuero repujado.

–¡Usted es el amigo de Ustaz Mahmud! –Me examinó con curiosidad y volvió a cogerme la mano–. Bienvenido sea –dijo–. Vamos a casa.

Haj Ibrahim me invitó a entrar en el *majlis* de su vieja casona. Era una habitación alargada y amplia, de paredes de textura casi orgánica, como de fieltro. Se adivinaba la paja dorada que daba consistencia al barro cocido al sol. Una estera sintética cubría el suelo, y frente a la vitrina que guardaba bandejas y termos, el sultán Qabus, desde una gran fotografía, observaba la habitación. En un rincón, sobre una mesilla, se hallaba un acuario con peces de plástico de inverosímiles colores, que se movían por impulsos eléctricos.

–Y bien, joven amigo –dijo Haj Ibrahim, nada más recostarnos en los cojines–. ¿Cómo está el viejo Mahmud? ¿Sigue ocupado con el museo de Sohar? Supongo que le habrá contado que pasamos unos años deliciosos como profesores en Ras al Jaima. Pero de eso hace ya muchos años.

Un velo cubría uno de sus ojos gastados.

–¿Qué le trae por aquí? –preguntó.

Le conté a aquel anciano que buscaba a los árabes del mar, y que intuía que no llegaría a conocerles del todo sin adentrarme en el interior del país, hasta el, en otros tiempos temido, Jawf.

–Está usted en el corazón de Omán, amigo –sonrió Haj Ibrahim–. Quizá los puertos de Sohar o Mascate fueran más ricos, pero estaban sujetos a las invasiones de persas y portugueses. Cuando las cosas se ponían feas, todos se refugiaban aquí, porque sólo el Jawf salvaguardaba nuestra esencia y nuestros ideales. Siempre fuimos el bastión ibadí.

Haj Ibrahim sonrió mostrando sus dientes de oro.

–No se puede negar –prosiguió– que nuestra historia ha sido turbulenta: cuando un líder tribal se negaba a someterse a la autoridad del imán, se producían terribles luchas fratricidas y, a menudo, clanes enteros se veían obligados a emigrar. Fue lo que pasó con una rama de los Nabhan, una de las dinastías reinantes, que se embarcó hacia el sultanato de Pate, en el África oriental, donde llegaron a gobernar.

Entró su hermano Mansur. Sus manos eran grandes y ásperas. Era un campesino que se pasaba el día abriendo y cerrando acequias con la azada o subiendo a las palmeras para fecundarlas o recoger los dátiles. Sus manos guardaban el recuerdo del duro esfuerzo y de antiguas infecciones por espinas. Los hermanos eran bien diferentes. Como ocurría tantas veces en las grandes familias del campo, sólo uno de los hijos era enviado a estudiar a la ciudad.

Se oyeron unos gritos en la calle. Debía de haber una discusión porque pronto pareció como si alguien quisiera llegar a las manos. Haj Ibrahim se precipitó a la ventana y les amonestó con una dura

imprecación.

–¡Vergüenza os debería dar! –Se levantó y salió airado de la habitación.

Su hermano, a quien se había unido el niño, ajenos los dos a lo que ocurría en la calle, observaba cada uno de mis gestos como si nunca hubiera visto un *nasrani*.

–¿Te quedarás hoy con nosotros? –preguntó el niño con ilusión.

Mansur me miró y exclamó, mientras abajo aumentaba el griterío:

–*Ramadán Karim!* ('¡Generoso ramadán').

Daba a entender que si no me habían ofrecido ya té, café, dátiles o pastelitos de miel era porque estábamos en el mes de ayuno, pero que esperara a la noche...

De pronto cesaron los gritos y nos agolpamos en las estrechas ventanas que daban al callejón. Abajo, un corro rodeaba a Haj Ibrahim, cuya mera presencia había bastado para acabar con aquella algarabía.

–Llevan sin comer ni beber todo el día –dijo Mansur pausadamente–, y los ánimos se encrespan, porque el campo no espera. A veces, a la mínima, uno salta.

Los hombres que habían discutido escuchaban cabizbajos y avergonzados la amonestación de Haj Ibrahim, no exenta de jaculatorias. Finalmente, tras besarle la mano varias veces, en la palma y el dorso se fueron cada uno por donde habían venido. Reconocí aquellas discusiones de ramadán, las había vivido, sobre todo, en El Cairo. De repente, gente de lo más normal se enzarzaba sin venir a cuento y, en su exasperación, parecía que fueran a matarse, con aquellas caras enrojecidas y las venas del cuello a punto de explotar. Pero en el último momento, siempre aparecía alguien que los separaba, a gritos de «*Maalesh! Maalesh!* ('¡Déjalo correr!')», que, como una fórmula mágica, lograba que todo acabara en un ritual apretón de manos. Se diría que era una catarsis para sacarse de encima la tensión acumulada.

Haj Ibrahim reapareció en el *majlis* y se recostó en los almohadones mientras dejaba escapar:

–*La ila ila Alá* ('No hay más dioses que Dios').

–*Mohamed Rasul Alá* ('Y Mahoma es su Enviado') –replicó su hermano en un suspiro.

Se me quedó mirando.

–Hablaba usted –retomé la conversación, como si nada hubiera pasado– de las luchas fraticidas entre los omaníes...

Haj Ibrahim parecía estar buscando las palabras.

–¿Ha visto esta pelea? –dijo–. Pues así ha sido nuestra historia. Mientras durara la desunión era imposible expulsar al invasor. En 1624, el jeque Nasir consiguió acabar con las disputas y unificó el

Jawf. Fue elegido imán de Rustaq, inaugurando la importante dinastía Yaruba. Era un líder de gran determinación, que logró expulsar a los portugueses de casi toda la costa de Omán. Pero la muerte se lo llevó sin que pudiera ver cómo sus hombres recuperaban Mascate. Entonces, los ulemas eligieron a su primo, Sultán bin Saif, como el nuevo imán. Fue un gran gobernante, que lanzó una yihad en contra de los portugueses y mandó construir una gran flota, que envió a la isla de Pate y a Zanzíbar. Cuando los árabes de Mombasa supieron que en Omán por fin había surgido un gran líder que estaba expulsando a los portugueses, le pidieron auxilio y él acudió a su llamada. Venció a los invasores, que capitularon tras cinco años de asedio. Los omaníes instalamos en Mombasa un gobernador y, aunque los enemigos lograron recuperar la ciudad, los Yaruba les persiguieron por todo el océano; incluso asaltaron y saquearon Bombay.

Sonó la llamada a la oración. El almuédano tenía una bella voz y cantaba sin micrófono. Sus arabescos e inflexiones nada tenían que ver con la rigidez y sobriedad de los rigoristas y eran un regalo al oído. Tenía suerte, me dije: hasta aquí no había llegado aún el trac, trac, trac de la bomba de agua.

–Me han dicho que Sultán bin Saif fue el padre del Omán moderno. ¿Cómo era? –pregunté.

–Sultán bin Saif era un imán humilde, que descendía a la calle sin escolta y se sentaba a hablar con la gente. Tuvo una gran visión de futuro, pero sabía que el enemigo podía regresar, y comprendió que debía aumentar su flota para proteger el comercio. Se enviaron nuevas expediciones punitivas a la India, donde saqueamos Mangalore y destruimos las factorías portuguesas. En África recuperamos por fin Mombasa, donde pusimos de gobernador a un omaní, Cheij Nasr bin Abdullah, que sería el primero de la larga dinastía de los Mazrui. Y por fin, conseguimos expulsar a los portugueses de toda la costa de África oriental, hacia el sur de Cabo Delgado. ¡Habíamos logrado doblegar a una gran potencia europea! –exclamó con ojos llenos de orgullo.

8

De Mascate a Qalhat, el diamante de Ibn Batuta

De vuelta en Mascate, no quise recluirme en aquella jaula de oro donde alojaban a los invitados del sultanato. Así que escogí el modesto hotel Corniche, en el puerto, justo enfrente del colorido mercado de pescado.

Aquel establecimiento recordaba los hoteles tradicionales de la India. Recorriendo los estrechos pasillos, a través de las puertas entreabiertas, podía adivinar familias enteras y un montón de cajas de Mitsubishi, Sanyo, termos eléctricos y mantas acrílicas, entre otras compras que habrían realizado en el zoco. En el suelo del pasillo se apilaban, para que las recogiera el personal, bandejas de comida con restos de arroz, kebabs, pescado o curry, y algún servicio de té. Olía a sándalo y a barritas de incienso. Se oían las canciones de Bollywood de MTV Asia. Me senté en la terraza que dominaba el puerto hasta que el sol desapareció tras las imponentes rocas negras.

Dejé un mensaje en el contestador automático de Moqadem Jamis, el comandante de la ciudad de Sur que había viajado con el escritor y aventurero Tim Severin hasta la China en un barco réplica de los dhows omaníes del siglo X.

Bajé a la calle y anduve por toda la cornisa hasta llegar a la entrada del antiguo zoco. Había sido reconstruido y sus tiendas, muy limpias y cuidadas, se disponían en intrincadas callejuelas cubiertas. Como en todo mercado árabe, los locales se hallaban agrupados por gremios: tejedores, joyeros, vendedores de resinas y fragancias o librecambistas indios con sus montañas de dinero de diversos países. Algunas mujeres negras, descendientes de esclavos, vendían incienso, mirra, ungüentos, abalones secos, raíces, semillas, pequeños reptiles desecados y otros artículos para encantamientos. Las conocía; eran iguales a las que había visto en el mercado de Salalah, en el Zufar. Llevaban los mismos vestidos coloreados bajo el paño negro, los aros en la nariz y los dientes de oro. De nuevo me cautivó su mirada franca y su risa alegre.

Faltaba poco para que el almuédano llamara a la oración poniendo fin al ayuno del día. Algunas tiendas estaban ya cerradas y, en otras, los vendedores pakistaníes y musulmanes indios se agrupaban sobre una estera, alrededor de unas fuentes en las que estaban dispuestas, como si salieran del cuerno de la abundancia, toda suerte de frutas troceadas y en grano: manzanas, piñas, papayas, mangos, albaricoques o granadas. A mi paso me señalaban la comida,

invitándome al festín y cuando sonó por la megafonía del zoco la llamada a la oración, en vez de abalanzarse sobre la fruta, aquellos hombres que no habían probado bocado ni bebido un sorbo de agua desde que clareara el día, con lentitud, y saboreando cada pedazo, se llevaban los granos de uva, los dátiles o los gajos de naranja a la boca.

Uno a uno, los comerciantes árabes que habían ido a sus casas para romper el ayuno del ramadán regresaron para abrir sus tiendas y, al caer la noche, un río de mujeres se adueñó de las callejuelas. Allí estaban todos los rostros del Índico: mujeres árabes, algunas con una especie de antifaz metálico, elegantes somalíes y etíopes, baluchis e indias musulmanas cubiertas por mantos con capucha verde, crema o rosa, mujeres negras de Zanzíbar o Mombasa.

Las omaníes se comportaban como las reinas y señoras que eran. Se desplazaban en grupos; las menos, acompañadas por algún hombre de la familia, esposo o hermano; la mayoría, por alguna vieja matrona o por criadas de rasgos rotundamente africanos. Las callejuelas eran un vaivén de mantos negros que desvelaban grandes ojos de almendra, realzados con kohol, y manos decoradas con intrincados dibujos de alheña. Indolentes, aquellas mujeres se hacían destapar caprichosamente decenas de perfumes hasta encontrar el que por fin parecía convencerlas. En la siguiente tienda conminaban a los empleados indios a que treparan a lo más alto de las estanterías para extraer este o aquel rollo de tela elegido al buen tuntún. Impasibles, los asiáticos desplegaban sobre los mostradores metros y metros de aquellas sedas, algodones o acrílicos de vivos colores, semitransparentes, muy bordados, con hilos de oro, que eran sopesados, calibradas sus transparencias y texturas por aquellas mujeres, siempre en grupo, a quienes costaba decidirse y que a menudo abandonaban la tienda sin despedirse siquiera, dejando al empleado bregando en un mar de telas desenrolladas.

Mientras, apostados a las puertas del zoco, sus maridos, perfumados con almizcle, charlaban entre sí apoyados en sus todoterrenos o en sus relucientes coches de cristales ahumados, acompañados de los niños, que les tiraban con insistencia de sus *dishdashas* blancas hasta acabar consiguiendo que les compraran pistolas galácticas, cochecitos japoneses teledirigidos o la última Play Station. Las familias debían regalarse cosas y lucir sus flamantes atavíos, ya que no faltaba mucho para la fiesta del Eid.

Entré en una tienda donde vendían los puñales curvos que en Omán, a diferencia del Yemen, sólo se utilizaban los días muy señalados, como las bodas o las fiestas patrióticas. Como buen comerciante árabe, el propietario me invitó a café perfumado con cardamomo, antes de mostrarme, en una pequeña y escondida alacena, un cuenco de cristal en cuyo fondo un gran escorpión negro

dormía sobre la arena.

–Lo coloco encima de la caja fuerte y así nadie se atreve a tocarla, al pensar en qué otra criatura monstruosa se esconderá en el interior –dijo mientras vaporizaba con un spray de agua de Evian a su guardián que, agradecido por la humedad, alzaba sus pinzas como si saludara.

Recorrí las estanterías. Un viejo libro de historia narraba cómo, tras la muerte de Sultán bin Saif, el que venció a los portugueses, se desató una nueva lucha por el poder, que inauguró un largo período de declive en Omán, que aprovecharon los persas para hacerse con los puertos del país por unos años, hasta que, en 1748, Ahmed al Bu Said, *uali* de Sohar, los expulsó definitivamente.

El volumen explicaba cómo fue elegido el nuevo imán que, para revestirse de mayor legitimidad, se casó con la hija de uno de los últimos varones Yaruba. Fue así como fundó la nueva dinastía de los Bu Said, que hicieron de Omán una gran potencia colonial. Como muestra de los nuevos tiempos, trasladaron la capital del interior conservador a la Mascate en que yo ahora me encontraba, que se convirtió en el mayor emporio del Índico occidental.

En otra de las estanterías un libro me llamó la atención: *Early European Travellers in Oman.*

–Se lo dejo barato –dijo el vendedor–. Es usted el primer cliente de esta noche de ramadán y me traerá suerte.

Me senté en un cafetín a la entrada del zoco. Abrí el libro por la mitad y me topé con la descripción que de Mascate hacía un tal Parsons, un viajero inglés que la visitó en 1775, cuando era el mayor emporio del Índico occidental:

> Es un lugar de gran actividad mercantil, con numerosos barcos que comercian con Gujarat, Bombay, Goa, la costa de Malabar y, hacia el oeste, con el mar Rojo y Yeda. En su puerto recalan también navíos de Persia, Basora y la región del río Indo. Hay tal cantidad de mercancías en Mascate que no existen suficientes almacenes para guardar ni la mitad; están apiladas en las calles donde permanecen expuestas día y noche, sin vigía ni guarda, pero jamás son robadas. Sus habitantes mantienen también un importante comercio con el interior; reciben caravanas repletas de resinas aromáticas, plumas de avestruz, pieles de cabra y cordero, miel, cera de abeja; y a cambio expiden valiosas telas de la India, pimienta, jengibre, arroz, tabaco, café y azúcar, además de tejidos ingleses, juguetes y otros artículos.

Dejé el libro sobre la mesa y pensé en las informaciones que Parsons llevaba a los ingleses. Éstos, que habían desplazado a los portugueses, estaban intranquilos por la importancia que iba adquiriendo Omán y por los movimientos de los franceses, sus rivales en el Índico, pero al final consiguieron que los Bu Said cerraran un tratado con la Compañía británica de las Indias orientales, que acercó a Omán definitivamente a la órbita británica.

Eché a andar hasta la cornisa. El puerto se abría al mar como una herradura de casitas blancas, iluminadas por la luna. Traté de

imaginarme cómo sería aquel imperio del sultán Sayed Said, que se extendía por las costas de Arabia, desde el Zufar a la península de Musandam. En Irán poseía el puerto de Bander Abbas y las islas del Golfo, en la región del Baluchistán, los puertos de Gawdar y Chahbahar... Pero las posesiones más preciadas eran las del África oriental, la antigua Costa de los Zenj, donde los Bu Said dominaban Zanzíbar y otras islas y una franja de costa de casi dos mil millas, desde el Cabo Guardafui, en el Cuerno de África hasta Cabo Delgado, que comprendía las islas de Zanzíbar, Pemba, Mombasa, Pate y Lamu. La de Zanzíbar llegó a ser tan importante que Sayed Said, sultán de Omán, trasladó la capital desde Mascate a aquel lejano lugar de África. Situada en la ruta del Atlántico hacia la India, Zanzíbar se había hecho muy rica gracias a especias como la nuez moscada y, sobre todo, el clavo de olor, sin olvidar la trata de esclavos tanto para abastecer sus plantaciones como las islas francesas del Índico.

Un carguero entró en el puerto haciendo sonar la sirena.

A mediados del siglo XIX la irrupción de los navíos de vapor marcó el fin del dominio omaní del Índico. A la muerte de Sayed Said en su fragata Victoria, en las islas Seychelles, resurgieron las rivalidades: el sultanato se dividió entre dos herederos mal avenidos. Uno se quedó Omán y el otro el imperio de ultramar con capital en Zanzíbar. Privado de los fabulosos beneficios de las especias y los esclavos, Omán entró en una decadencia de la que ya no saldría hasta que, con el oro negro, llegó al poder el sultán Qabus, el último de la dinastía de los Bu Said.

Al regresar al hotel Corniche me esperaba una buena noticia. El comandante Jamis había dado señales de vida.

–Tengo una sorpresa para usted –me comunicó por teléfono–. Voy a hacer un estofado de tiburón con el que se chupará los dedos. Mandé comprar unos salazones que le prepararé yo mismo. Nadie que no sea marinero sabe cocinarlo de verdad.

Al día siguiente me vino a buscar por la tarde. Naturalmente ya no era el joven de las fotografías de *El viaje de Simbad*, el libro de Severin, pero seguía siendo un hombre dinámico.

–¿Se marea usted? –me preguntó nada más llegar–. ¿Le apetece dar una vuelta en dhow?

Cruzamos la calle y entramos en el recinto del puerto. Junto al mercado de pescado, en el espigón estaban amarrados varios dhows. Jamis discutió el precio con uno de los capitanes indios y a los pocos minutos nos instalábamos en cubierta sobre confortables cojines, protegidos del sol por un gran toldo.

Abriéndonos paso entre los dhows de pesca, no tardamos en

superar el puerto comercial y pronto navegábamos por un mar de un azul muy intenso, entre escarpados acantilados de roca negra. Un paisaje de piratas; lo último que verían los marineros antes de comenzar las largas travesías que les habían de llevar a los lejanos puertos del Índico.

–¡El mar lo es todo para mí! –suspiró Jamis, mientras el dhow capeaba las olas, que nos salpicaban con su espuma–. Mi padre era un pescador de Sur y poseía un tipo de dhow bastante grande que aquí, como usted ya sabe, denominamos *sambuk*. De crío, me llevaba con él para enseñarme los secretos del mar. No tendría ni seis años cuando nos sorprendió una gran tormenta. Las olas eran enormes, por lo que mi padre decidió que estaría más seguro en un *ghanjah*, un tipo de dhow aún más grande, que estaba pescando cerca. Subimos a una pequeña barca para el transbordo cuando un golpe de mar nos hizo volcar y quedé bajo el casco. Mi padre, *al hamdulilá!* ('¡Gracias a Dios!'), era un gran nadador, y logró salvarme. Me agarré a su espalda y, a nado, conseguimos alcanzar la playa. Llegamos exhaustos. Yo temblaba de frío y estaba aterrorizado. Recuerdo que mi padre me enterró en la arena para que entrara en calor; sólo me dejó libre la nariz y la boca para que pudiera respirar. Así me salvé. El tiempo empeoró y el *sambuk* acabó por zozobrar, pero gracias a Dios todos los pescadores consiguieron alcanzar la costa.

Jamis dejó perder su mirada tras una bandada de gaviotas. De pronto sus ojos volvieron a brillar vivarachos.

–La tripulación del ghanjah –prosiguió–, que había contemplado el naufragio sin poder hacer nada, cuando vio que todos estábamos a salvo, salió a alta mar para evitar las olas que les estaban empujando hacia las rocas. Aquel era un lugar remoto y mi padre y sus hombres decidieron regresar al puerto a pie, pero como la marcha iba a durar varios días y yo era tan pequeño y tenía tantísima fiebre, me confiaron a unas beduinas que vivían en una choza de palma y que me alimentaron con dátiles y pescado seco. Era la primera vez que salía al mar y conocí su lado más cruel. Fue una buena lección.

El velero viró su rumbo y una ola inesperada nos empapó.

–Mi padre –concluyó Jamis– me envió a estudiar a Kuwait. Más tarde entré al servicio de las fuerzas del nuevo sultán; me entrené en Darmouth en Reino Unido. Tengo una buena posición. Soy *moqadem* ('comandante').

Seguimos navegando una buena hora entre peces voladores y delfines. Me puse a pensar en mi viaje. Al día siguiente partiría a la ciudad de Sur, donde aún quedaban importantes astilleros y viejos lobos de mar que habían hecho la ruta del Índico. Después saltaría a

África, para seguir el rastro de los árabes del mar en Mombasa, Lamu o Zanzíbar...

Subimos al Land Cruiser de Jamis y tomamos la carretera de la costa hasta llegar al hotel Al Bustan, el mejor hotel del país, que daba a una rotonda ajardinada, en cuyo centro se alzaba, convenientemente falcado, un gran velero.

–¡Éste es el Sohar! –exclamó con emoción.

Jamis no añadió ningún comentario, pero adiviné su nostalgia. Había vivido meses de grandes peripecias en aquel barco que había viajado hasta la China y que ahora era uno más de aquellos estrafalarios monumentos. Otra cafetera gigante. El intrépido comandante permaneció en silencio hasta que llegamos a su apartamento en el barrio de Qurum, en unos bloques pertenecientes a la Marina, grande y un tanto impersonal. Se notaba que Mascate era un lugar de trabajo, pero que su corazón estaba en Sur, su ciudad.

–Procuro no estar mucho tiempo aquí, pues en seguida añoro Sur y a mis hijos y nietos –dijo–. Por cierto, ¿conoce usted mi ciudad?

–No, aún no. Sé que es la ciudad más marinera de Omán y la he reservado para el final de mi estancia aquí.

–En Sur encontrará a esos árabes del mar que usted busca –afirmó categórico–. Por cierto, ¿cuándo piensa ir? Porque precisamente mañana parto en esa dirección. ¿Quiere que le deje allí?

Sonreí. ¡Qué mejor ocasión!

–Venga, venga a la cocina. Le enseñaré cómo preparo el estofado y mientras, iremos charlando. Ya falta poco para la puesta de sol. Romperemos el ramadán con algo de fruta y luego ¡atacaremos el tiburón!

La cocina era amplia y con un gran ventanal que daba a las montañas. Jamis me mostró las tiras del escualo, que había dejado a desalar durante la noche. Lo cortó en pedazos y preparó un sofrito de cebolla, pimiento y tomate que aderezó con generosos pellizcos de especias.

En el televisor de la cocina pasaban un documental sobre la reintroducción de los órix en el desierto de Omán.

–Ahora dejaré el estofado a fuego muy lento y el agua que ha ido absorbiendo lo acabará por cocer. El tiburón en salazón es muy apreciado y antes se exportaba desde el Yemen y Omán, a todos los puertos.

Intenté ayudarle con la ensalada pero, riendo, me apartó.

–¡Alto! ¡Soy el *najoda* de este navío y en mi cocina los invitados acatan mis órdenes!

Nos sentamos en el salón ante un gran televisor de plasma, que

retransmitía sin voz una festividad con bailes folklóricos y carreras de caballos ante el sultán que, mientras se acababa de guisar el tiburón, repartía condecoraciones entre niñas, niños y estudiantes, que desfilaban cantando canciones patrióticas. Comimos en silencio el desayuno de ramadán y Jamis desapareció unos minutos para realizar las abluciones y rezar. A su regreso, me narró la travesía del Sohar hasta la China.

–Tim Severin vino a Omán para seleccionar la tripulación del barco. Yo fui el primer voluntario en acudir, y reuní un grupo de hombres muy competentes para la aventura. La idea principal era demostrar que los omaníes habíamos navegado hasta China y que difundimos el islam por medio del comercio. Hace más de mil años Simbad viajó hasta el extremo del mundo. Todos hemos leído eso en los libros y muchos creían que las proezas de los marinos árabes eran una fábula, pero nosotros pudimos demostrar que era cierto. El 23 de noviembre de 1980 zarpamos de Mascate hacia Cantón, donde llegamos al cabo de siete meses y veintiún días.

En la pared, colgaba una fotografía de Jamis con su uniforme de la Marina.

–Yo era el único oficial a bordo –prosiguió–, pero traté a todos los hombres como hermanos, ya fueran omaníes o no. Nada más salir a mar abierto nos vimos envueltos en grandes tormentas pero alcanzamos la costa de Malabar sin mayor novedad; luego recalamos en las Maldivas, Sri Lanka... En ruta a la isla de Sumatra tuvimos en contra, durante casi dos meses, las corrientes del Índico. Hubo escasez de comida y de carbón para cocinar; hervíamos el arroz con agua del mar. Los hombres estaban desanimados y se aburrían. Fue duro. Un día, en plena galerna, el mástil se partió en dos y las velas se desgarraron. Conseguimos acercarnos a la isla de Savang, al norte de Sumatra donde nos adentramos en la jungla y talamos unos árboles con los que fabricamos nuevos mástiles. Así pudimos proseguir hacia Singapur y entrar en el mar de China.

–¿No temían a los piratas? –pregunté, recordando que eran una verdadera amenaza en aquella región, donde cada año se hacían con numerosas embarcaciones, arrojando a las tripulaciones por la borda.

–Sabíamos que había piratas pero no nos atacaron. El peligro fueron los terribles vientos y las olas gigantescas: teníamos tres grandes velas y cuatro más pequeñas; las perdimos casi todas. A bordo nos pasábamos las horas recomponiéndolas, a veces en plena tormenta. Nos sorprendieron varios huracanes. Un día que estábamos a la deriva, con una lluvia y un viento terribles, la única vela que quedaba se desgarró en el aire. Tim Severin me dijo que avisara a la tripulación y que nos pusiéramos los chalecos salvavidas porque lo veía muy negro. Los veinte hombres estábamos muertos de miedo,

apiñados unos contra otros, convencidos de que nos llegaba la hora final. Me levanté y con toda la fuerza de mis pulmones hice la llamada a la oración. Entonces, el viento amainó hasta parar completamente, al igual que la lluvia.

Se quedó mirándome como si yo fuera a dudar de sus palabras, pero no hice gesto alguno.

–Ocurrió así, tal como lo cuento –aseveró–. Cuando avistamos la costa de China en el horizonte arrancamos a bailar y a cantar de puro contento. Al llegar a Cantón hice una ofrenda a los *yenún* del mar. Nos hicieron un gran recibimiento; nos enseñaron las madrazas y nos agasajaron en todas partes. Cuando le pregunté al imán de la gran mezquita por qué el minarete estaba tan inclinado, me dijo que llevaba así 1.300 años. Por si usted no lo sabe, en Cantón hay musulmanes desde hace siglos y ellos sabían mucho sobre Omán. Conocían la religión, la historia y el antiguo comercio. Nosotros les dijimos:

»–Nuestros abuelos comerciaron con los vuestros y hemos regresado porque nos seguimos acordando de vosotros.

»Fue emocionante. Nos dijeron que en sus libros se hablaba de barcos como el nuestro, que solían recalar en aquel lejano puerto hace más de mil años. Cuando iba a las tiendas para comprar incienso me encontraba con descendientes de árabes. Los había en todas partes; quizá vinieron de Omán, quizá del Hadramaut. Llevaban allí muchísimas generaciones.

El Toyota de Jamis rodaba por una magnífica carretera que serpenteaba entre montañas. Nos dirigíamos a Sur, pero antes haríamos una parada para visitar las ruinas de Qalhat, que fue el puerto más importante del reino de Ormuz. No tardamos en llegar a un amplio *uadi* pedregoso. A lo lejos, la cordillera del Hajar aparecía desdibujada y gris al sol del mediodía. Deberían pasar unas horas hasta que los rayos oblicuos del sol devolvieran los colores ocres y oxidados a las montañas y revelaran todos sus volúmenes. Al llegar a un promontorio divisamos el Índico, que arremetía contra los acantilados de dunas fosilizadas. Jamis detuvo el vehículo.

–¡Esto es Qalhat!

–¿Qalhat?

Aquella explanada de cascotes era lo único que quedaba de una ciudad de la que Ibn Batuta dijo que si el mundo fuera una sortija, Qalhat sería su diamante.

Caminamos entre toda aquella desolación. Se adivinaba el trazado de las calles. Jamis iba señalando aquí los restos de un aljibe, allí los sólidos cimientos de alguna mezquita o palacio. De vez en cuando se

agachaba para recoger pedazos de porcelana china.

–¿Qué ocurrió? –pregunté sorprendido.

–Los portugueses diezmaron la población y quemaron todos los veleros que encontraron. Más tarde, un violento terremoto sacudió la ciudad. No quedó piedra sobre piedra, tan sólo ese mausoleo semiderruido que la gente atribuye a Bibi Mariam –dijo, señalando la ruina a la que nos dirigíamos– y que Ibn Batuta elogiaba en su célebre *Rihla*.

Continuamos en silencio hasta llegar al sepulcro, del que apenas quedaban tres paredes en pie. Aún podían contemplarse aquellos nichos, a modo de alvéolos de colmenar, tan propios de la arquitectura islámica, con los que se decoraba el interior de las cúpulas. Jamis me mostró los muros construidos con madrépora y piedras en las que podían apreciarse fósiles marinos. Unas escaleras conducían a una cámara mortuoria vacía. El viento incesante que se colaba entre las grietas producía un sonido tan lastimero que nos invitó a abandonar aquel paraje hechizado y a no echar la vista atrás.

No muy lejos de la antigua Qalhat, en la llanura pedregosa que dominaba el mar, el terreno se hundía súbitamente en un enorme agujero de varios metros de profundidad. Desde arriba podía contemplarse el fondo cubierto de un agua tan transparente como la de un manantial. De pronto distinguí peces de colores iguales a los de los arrecifes coralinos.

–Pese a encontrarnos lejos del mar, el agua se filtra y llega purísima –explicó Jamis–. Sabía que le gustaría. Los beduinos dicen que este agujero lo provocó el impacto de una estrella que cayó del cielo.

Permanecimos unos minutos más en aquel lugar. Desde allí todavía se distinguían los muros del mausoleo de Bibi Miriam, pero resultaba difícil imaginar el esplendor de la antigua ciudad de Qalhat en medio de aquella desolación. El menor rastro del puerto había acabado de desaparecer con los siglos, tragado por el océano.

9

La ciudad de los dhows

El sol aún estaba alto cuando llegamos a Sur, y los vendedores se disponían a cerrar sus tiendas, quedando la población desierta, como narcotizada por la calima. Jamis me dejó en un *fonduq* del centro y nos despedimos, no sin antes prometerme que contactaría con Ustaz Salah, un profesor de Sur enamorado del mar, que me haría de cicerone. Dejé mis bártulos en el hotelito, regentado por un bangladeshí, y salí. Me atraía aquel aspecto de ciudad fantasma bañada por una luz blanca. No habría andado dos pasos cuando aquel sol de justicia me obligó a refugiarme en el único café abierto. Me senté bajo un parasol que ponía Pepsi-Cola y que, al no estar correctamente falcado, al primer golpe de viento se puso a girar sobre sí mismo como una peonza hasta que las letras del anuncio se confundieron y borraron. Las ráfagas violentas formaban torbellinos de arena y las agrestes montañas aparecían grises y difuminadas a pleno sol. Varios taxis tocaban inútilmente la bocina en busca de clientes, pese a que ya no había nadie a quien advertir de su presencia. Algunos, que era la segunda o tercera vez que pasaban por aquel lugar, sonreían y ya me saludaban, llevándose la mano a la frente al estilo militar, como hacían tantos árabes. Poco a poco fueron desistiendo y la ciudad quedó dormida.

Sur se extendía entre el mar y una amplia ría o *jor*. Ningún edificio superaba los dos pisos de altura. Poco quedaba de la ciudad de las viejas fotografías; las bellas casonas de los navegantes y mercaderes árabes habían sido demolidas o, en todo caso, de tan remozadas resultaban irreconocibles. Sin embargo, pese a los cambios que comenzaban a sacudir la pequeña ciudad y que la estaban despertando de su ensueño, Sur conservaba algo muy especial bajo aquella calima que todo lo desdibujaba.

Me imaginé al anterior sultán, definido por los libros de historia como un ultrarreaccionario, revolviéndose en su tumba por los cambios que en el lapso de apenas una o dos generaciones habían reconvertido aquel país encerrado en sí mismo y que lloraba por la pérdida de la colonia de Zanzíbar, como la España del 98 lo hizo por Cuba, en una economía que se estaba abriendo a marchas forzadas.

Anduve por la cornisa hasta llegar a la ría. La marea estaba baja y

algunos dhows habían quedado varados en la arena. Pero cerca de la entrada quedaba agua suficiente para que una barca de pequeño calado pudiera cruzar a la otra orilla, alta y rocosa. El viento y la furia del mar habían acabado de moldear el ya de por sí tortuoso relieve calcáreo, que dejaba al descubierto unas vetas ondulantes, que podían retorcerse sobre sí mismas hasta formar líneas que asemejaban la espiral del caracol. Y sobre cada uno de aquellos caprichos telúricos se erguía una antigua torre de vigía; quizá contra los piratas, quizá contra los portugueses. Se aproximaba una barca, desde la que me hicieron señas.

–*Nasrani!* ¿Quieres cruzar la ría?

Por supuesto. Me acercaría a la bahía de Ageia, escondida tras aquellas rocas. Jamis me lo había recomendado:

–Sur está cambiando muy rápido –me dijo antes de despedirnos–, sin embargo Ageia aún conserva su antiguo carácter. Por nada del mundo puede dejar de visitarla.

Superado el promontorio, Ageia desplegó toda su magia: el pueblo de casitas blancas cercaba una pequeña bahía que parecía un lago, cerrado por una gran roca coronada con un faro. Aquel lugar sí que era el Omán de mis añejas fotografías. No había aquí ningún paseo marítimo, ni farolas, ni coches. Las barcas descansaban en la playa, donde algunas cabras y gatos se buscaban la vida, mientras unas gráciles aves de pico largo y curvado escarbaban en la arena. Me senté en una roca para contemplar Ageia reflejada en el mar azul intenso. *Koholi*, llamaban en árabe a ese color. Derivaba de kohol, el mineral pulverizado que utilizaban las mujeres árabes para realzar los párpados, y también algunos hombres en imitación del Profeta.

Aquel mar *koholi*, en aparente calma, de pronto pareció hervir por la nube de pececillos que aparecieron en la superficie. Al momento acudieron golondrinas de mar, gaviotas y otras aves que se precipitaron sobre los cardúmenes plateados, que trataban inútilmente de confundir a sus depredadores dividiéndose en ráfagas erráticas, pero que al poco rato ya eran perseguidos en todos los flancos. Aquellos pececillos saltaban desesperados fuera del agua huyendo de los peces que les acosaban por debajo, en una acción que se diría coordinada con el ataque aéreo. En pocos minutos concluyó el combate y el mar volvió a la calma. Algunas aves que se habían sumado tarde al banquete disputaban a otras su pez brillante en pleno vuelo, y en la confusión vi varias veces cómo acababa haciéndose con el botín una tercera recién llegada.

Caminé con cuidado entre las resbaladizas rocas recubiertas de algas, donde los cangrejos, moteados con los mismos oros y verdes de

las piedras, se movían a su antojo, seguros de no ser descubiertos por las aves en su continuo vuelo de reconocimiento. A través de las aguas transparentes se distinguían los peces cofre, con su nadar torpe y aquellos grandes ojos que recordaban los de los bebés indios pintarrajeados –otra vez– de kohol. Me entretuve tirando migas de pan a aquellos curiosos peces que acudían prestos desde las profundidades.

Me dejé perder por aquella población que parecía dormida y cuyos habitantes, tras otro día más de intenso calor sin probar bocado ni bebido una gota de agua, estarían dormitando con la boca seca, esperando la llamada a la oración del *magreb*, que les permitiría romper el ayuno del ramadán. Caminé envuelto por las suras del Corán, que se oían desde las radios de cada casa, hasta alcanzar el océano, donde el vapor de agua difuminaba los confines del pueblo. A mar abierto se reproducían los ataques de las aves sobre los bancos de peces. Ahora eran los negros cormoranes quienes se zambullían en picado para reaparecer, decenas de metros después, con una presa plateada pinzada en el pico, que hacían voltear hasta que la boca del pez apuntaba al buche y entonces, ¡glup!, lo engullían en un segundo. A mi paso, un grupo de mujeres se escondió entre risitas. De vez en cuando llegaban ráfagas de bajur, el incienso del Zufar, quemado a puñados en bellos incensarios de barro. Tuve la certidumbre de estar inmiscuyéndome en un mundo que me estaba vedado. Y así era: el sendero de cabras que discurría entre la parte trasera de las casas y el pequeño acantilado sobre el océano espumoso sólo parecía frecuentado por mujeres y niños. Era territorio privado, como los tejados en las ciudades árabes tradicionales, a los que un hombre adulto no debía acceder sin avisar para no importunar a las mujeres. Pero después de todo, yo era un *nasrani*, un extranjero: la novedad y el tema de conversación del día, y las mujeres aprovechaban para reír o incluso coquetear, sabedoras de que ninguno de los hombres de la familia iba a enterarse de tan inocentes devaneos.

Permanecí unos minutos ante el océano cuando noté un golpecito en la espalda. Me giré para ver cómo unas mujeres aún niñas se escondían tras una roca y me agaché para recoger la piedrecita. No hablaban en árabe, creí distinguir la musicalidad del suajili. Una adolescente de tez muy oscura reía con sus dientes blanquísimos. El manto negro que protegía su pudor dejaba entrever un vestido rojo con bordados de oro. Se acercó un anciano y escaparon.

Anduve hasta el faro que cerraba la bahía de Ageia, al otro lado de la roca en que me había sentado para dar de comer a los peces. Pronto las montañas se tragaron el sol y una quietud beatífica inundó el paisaje. El mar, hasta entonces algo rizado, quedó inerte como plomo fundido. De vez en cuando chapoteaba un gran pez y las ondas se expandían perezosamente, a cámara lenta, como si nos

encontráramos en un planeta de atmósfera diez veces más densa, hasta alcanzar la orilla. Y así, absorto en aquel crepúsculo vi cómo un gran martín pescador se mantenía quieto en el aire, como si fuera un colibrí gigante, para caer en picado, segundos después, sobre aquel espejo oscuro y surgir en un segundo con un pececillo brillante en el pico, dejando un círculo de luz en el agua, como si en el fondo del mar hubieran encendido una lámpara. Aparecieron uno, dos, tres pájaros más y aquella bahía negra como la tinta se vio agujereada, en cada chapoteo, por efímeros pozos de luz.

Aquella imagen me trasladó sin remedio a Pushkar, la ciudad santa del Rajastán, cuando en un apacible atardecer, unos años atrás, frente a un lago que me recordaba a la bahía de Ageia, viví otro momento de contemplación. Aquel lago de Pushkar, quieto y sereno, apenas se veía turbado por el chapoteo indolente de una carpa. En un instante, como si un director de orquesta hubiera dado la orden con la batuta, los insectos nocturnos atacaron un bajo continuo sobre el que las ranas improvisaron su croar y los pavos reales desplegaron todo un abanico de graznidos. Entre la música de la naturaleza, no tardé en distinguir un bisbiseo hipnótico que se hacía cada vez más intenso a mis espaldas. Cerca, bajo un gran baniano, del que pendían largas lianas, un grupo de santones desnudos y recubiertos de cenizas, recitaba mantras sagrados. Ya de noche, sin interrumpir su salmodia y sin dirigirme siquiera una mirada, se acercaron a la orilla y, tras clavar en el suelo los tridentes de Shiva, encendieron pequeñas velas que colocaron con cuidado sobre unas hojas de loto que fueron dispersando en el lago mientras un enjambre de zorros voladores abandonaba el búdico árbol para surcar el crepúsculo hacia el horizonte.

Cuando llegué al *fonduq*, el encargado bangladeshí permanecía absorto ante una gigantesca pantalla que reproducía una colorida superproducción de Bombay.

–Le vino a buscar el profesor Salah –dijo sin quitar ojo del televisor.

En la pantalla, una treintena de danzarinas, con esos rápidos movimientos de ojos y manos tan propios del kathak hindú, bajaban una escalinata de cartón piedra inspirada en los templos de Kajuraho y, a mitad de descenso, lo interrumpían para entregarse inexplicablemente a una frenética danza deudora de los videoclips de Michael Jackson de principios de los ochenta para, algunos segundos y varios escalones después, recuperar el serpenteo propio de las danzas indostánicas, como si el frenesí anterior no hubiera sido sino una alucinación provocada por las altas temperaturas.

–Ha venido a buscarle Ustaz Salah –repitieron aquellos labios, rojos de nuez de betel, el vigorizante que mascaban con tanta fruición los pueblos del subcontinente indio–. El profesor estuvo aquí casi una hora y como usted no llegaba ha tenido que regresar a su trabajo. Le espera en el museo. No queda lejos; le ha dejado un pequeño plano. Puede coger un taxi.

Cuando el taxista me dejó junto a aquella tapia creí que se había equivocado. Aquello no tenía el menor aspecto de un museo, pero no había ninguna duda: estaba claramente indicado en el plano. Me dirigí a una puerta pequeña y entré. Pero aquello era un campo de fútbol, en el que se entrenaban unos pocos jóvenes. De todos modos me acerqué.

–¿Ustaz Salah? Claro que le conocemos, es nuestro profesor, está en el museo. Allí, al final del campo, en aquel pequeño edificio.

Hacía rato que me esperaba Salah bin Amar. Tendría unos cincuenta y pocos años y era muy negro de piel, fruto sin duda de la influencia y los contactos de Sur con África. Se mostró muy complacido con la visita y en seguida quiso enseñarme los materiales que había reunido en aquel barracón.

En las vitrinas se exponían un viejo gramófono con discos de placa de Bahrein y fotografías que mostraban a los capitanes de Sur, Irán, el Golfo y Somalia en Zanzíbar, vestidos con sus túnicas de gala y *dishdashas*, con sus dagas anudadas al cinto, junto a oficiales ingleses, o al sultán de Zanzíbar frente a Bet el Ajaib, la casa de las maravillas. Una de las vitrinas exhibía dólares de plata de María Teresa de Austria, como los que había visto hacía tantos años en el zoco de armas y municiones de la ciudad yemení de Saada, paisas de Mascate y Zanzíbar, rupias inglesas de la India con las efigies de Jorge VI y la reina Victoria, fotos de las casas tradicionales y de la antigua gran mezquita de Sur, que era tan bella...

–Aquí en Sur –dijo Ustaz Salah– hay muchas mezquitas porque era costumbre que los capitanes rivalizaran entre sí en su construcción como agradecimiento a Dios por la protección dispensada, y además llevaban sus nombres. Pero ahora las han remozado, incluso derribado completamente, para construir en su lugar mezquitas nuevas con materiales modernos sin el mínimo respeto por la tradición.

Ustaz Salah recibió una llamada en su móvil iluminado con luces de colores y se disculpó:

–En seguida estoy con usted, me llaman de la ciudad de Ibri. La semana que viene los chicos juegan allí –dijo mientras con la mano me indicaba que siguiera recorriendo la estancia a mi aire.

Me detuve ante los trajes tradicionales y las joyas recargadas de las mujeres casadas, que, a modo de banco ambulante, llevaban encima una parte considerable del patrimonio de las familias, pues ¿qué mejor protección que los tobillos, muñecas, cuello u orejas de las

intocables mujeres musulmanas? Seguí por el museo hasta que en una segunda estancia me topé con un cuadro enorme, muy ingenuo, que representaba una espantosa tormenta con olas gigantescas y un pequeño navío que luchaba contra los elementos. Me acerqué para contemplarlo. El mástil estaba roto y el barco partido en dos pedazos.

–Es el naufragio de Jabat Shwaimya –dijo Ustaz Salah, a mi espalda–. Un suceso terrible que conmocionó todo Sur cuando yo era pequeño. Quise describir el horror del mar.

–¿Lo pintó usted? –pregunté admirado. Me conmovió su sinceridad y el dramatismo exagerado. Parecía que el autor hubiera estado en el lugar de los hechos y así se lo hice saber a Ustaz Salah.

–Aún queda un testigo de la tragedia; es un viejo *najoda* que vive en la isla de Masirah. ¿No pensará usted viajar allí, por casualidad?

–No lo tenía previsto –contesté–. En realidad no me queda tanto tiempo en el país, apenas una semana. Me han entregado ya los billetes para viajar a Mombasa. Quiero seguir el rastro de los árabes del mar en los territorios africanos que en su día formaron parte del imperio de Omán.

–¡Mombasa! –suspiró Ustaz Salah–. Durante siglos fue una ciudad árabe. Luego nosotros la liberamos de los portugueses. Todos los dhows del Índico recalaban en Mombasa, pero ya no viajan hasta allí. Ni a esa ciudad, ni a ninguna parte. *Alá Karim!* ('¡Dios proveerá!') –exclamó, quedándose sumido en sus pensamientos.

–¿Cómo le surgió la idea del museo? –pregunté.

–Oh, vamos, ¡es poca cosa! –respondió con modestia–. ¡Venga!, se lo cuento por el camino. ¿No tiene usted hambre? –preguntó, indicándome la salida.

Dejamos atrás el núcleo antiguo de Sur y el todoterreno de Ustaz Salah enfiló una avenida moderna desproporcionada y solitaria. Aún no había sido completamente urbanizada y entre los solares abandonados se alzaban algunas villas de dos plantas parecidas a las del barrio residencial de Salalah, con balaustradas y grandes ventanales de cristales ahumados. El aire acondicionado y los depósitos de agua estaban disimulados tras celosías árabes.

–Hoy todo esto parece desolado, pero pronto cambiará porque se está construyendo una gran planta de licuación de gas natural, que dará mucha riqueza y hará crecer a Sur. Por fin la ciudad despegará de nuevo –afirmó satisfecho, pero acto seguido se lamentó–, aunque, ¡ya nada será lo mismo!

Ustaz Salah paró en un restaurante libanés y nos sentamos en un jardín en el que las buganvillas y los plumbagos aún no habían tenido tiempo de desarrollarse y cubrir la valla que lo resguardaría de la avenida.

–Adoro el mar –dijo Ustaz Salah–. Para mí lo es todo. Es nuestra

herencia, nuestra historia. Yo sueño con barcos. Recuerdo la actividad frenética del puerto de mi infancia y la comparo con la de estos tiempos. Pero la nueva generación no recuerda el pasado, ni las viejas artes de navegación.

El camarero libanés nos trajo unos kebabs y unos mezzé. Todo regado con Seven Up. Sonaba «Habibi, nur el aini», aquel éxito de Amr Diab.

–Me gusta transmitir estas tradiciones para evitar el olvido. Quiero que los jóvenes conozcan las viejas artes de la navegación y sepan cómo sus mayores lucharon para salir adelante. Con el anterior sultán, como usted ya sabrá, todo estaba prohibido, y los menores de veinte años no podían salir del país por orden expresa del monarca, con lo que, quienes querían estudiar y saber lo que ocurría en el mundo se veían obligados a esconderse en los barcos para viajar al Golfo. Pero es que además, los impuestos eran abusivos, por lo que los dhows evitaban recalar en los puertos en los que el sultán ejercía un control efectivo. Cuando nuestros barcos transportaban mercancías con destino a Mascate, Sohar u otros puertos de la Batinah, fondeaban con la complicidad de la noche a cien metros de la costa, y una multitud de pequeñas barcas se encargaba de descargar los artículos.

Ustaz Salah apuró su Seven Up.

–¡Eran tiempos difíciles! –suspiró–. Pero la vida tenía otro sabor. Me acuerdo de que cada año, con el giro de los vientos, volvían nuestros barcos de África, de Persia, de la India... Entonces, a diferencia de la incertidumbre del momento de partir, todo era alegría. Los recibíamos con disparos de rifle, las mujeres acudían a puerto con sus ululatos, los jóvenes aporreaban sus tambores y bailaban camino del puerto... Era algo muy bello que hoy me parece un sueño. Los marineros estaban contentos porque habían vuelto del mar, tan peligroso, y traían té, arroz, azúcar, coco, regalos, sedas y otras cosas fabulosas. Eran tiempos totalmente distintos. Hoy todo el mundo está ocupado, con prisa; no te pueden conceder ni un minuto pues están con sus móviles y con sus citas; no quieren sentarse contigo para tomar el café tradicional:

»–¡Oh! No puedo hoy, de verdad, tengo una cita, tengo una cita –parodió con voz afectada.

»Antes las familias estaban siempre juntas –prosiguió–. Pero hay que reconocer que ahora los chicos pueden estudiar. El trabajo en el mar era durísimo: levar las anclas pesadas, izar a mano las velas... Hoy en día se aprieta un botón y *jalás*. Listo.

Al día siguiente me levanté muy temprano, cuando aún sonaba por todo Sur la llamada a la oración del *fagr* y caminé en dirección al mar,

entre las callejuelas de la ciudad vieja que conservaban el antiguo trazado. Pero las casas, de una sola planta, habían sido remozadas o incluso derribadas para ser reconstruidas en hormigón.

Aparecía un fulgor rojizo en el Índico cuando alcancé una pequeña ensenada comprendida entre el puerto ganado al mar y un gran promontorio calcáreo. En la playa, los guijarros de alabastro y ágata producían un sonido hipnótico al chasquear entre sí, arrastrados por el océano. Un grupo de hombres esperaba que se acercaran los botes de pesca que se divisaban ya en la lejanía, cuando aparecieron unos pick-ups y camiones pequeños, que entraron directamente en la playa. A los pocos minutos, cuando el sol rojo emergía del mar de Arabia, los pescadores extendieron sobre los guijarros los tesoros del mar: peces espada, pargos rojos, barracudas, carites estriados, crías de tiburón y criaturas de las profundidades pelágicas.

Dio comienzo la subasta. Aquellos omaníes se saludaban frotándose la nariz como si fueran esquimales, al igual que había visto en el Zufar. Algunos permanecían charlando agarrados de la mano. Se inició la puja. Los patrones voceaban sus productos. Algunos hombres con sierras mecánicas cortaban en rodajas grandes atunes, otros pesaban largos congrios mientras los fajos de billetes pasaban de mano en mano. Un batallón de bangladeshíes, indios y pakistaníes comenzó a cargar los sacos y peces enteros a sus espaldas para depositarlos en las cámaras frigoríficas de los vehículos donde, a golpes de pala, cubrían el pescado con hielo picado. El sol comenzaba a calentar cuando las camionetas partieron a toda velocidad a Arabia Saudí o a los Emiratos, el destino final de aquel pescado.

Cuando llegué al *fonduq*, me esperaba Ustaz Salah. Quería mostrarme las casas tradicionales de Sur, que ya no descansaban como antaño sobre la roca calcárea o la arena; ahora las bordeaba un desangelado paseo marítimo adornado con farolas y bancos de hierro que, apenas estrenados, ya estaban corroídos por el salitre.

De las bellas casas de las fotografías del museo, tan sólo unas pocas quedaban en pie, en un estado lamentable. Entramos en una, en cuyo techo todavía podían apreciarse las vigas de madera de manglar llegadas de África en los dhows.

–Me gustaría poder rehabilitar esta vieja casa para convertirla en museo y traer todo lo que tengo almacenado en el campo de fútbol. Pero... ¡debo darme prisa! –añadió mientras golpeaba uno de los muros y recibíamos una lluvia de pequeños cascotes–. Pronto el techo acabará por ceder.

Continuamos por la cornisa hasta los astilleros, junto al embarcadero donde había tomado la barca de Ageia. Varios dhows estaban varados en la arena con marea baja.

–¡Sólo quedan seis astilleros! –se lamentó.

Artesanos indios y bangladeshíes se esmeraban calafateando o pintando con cal bellos cascos de dhows; las carcasas de los veleros en construcción parecían esqueletos de ballenas panza arriba. Al igual que en el resto del país, también aquí resultaba imposible contemplar un dhow como los de antaño. Ahora ya no utilizaban velas sino motores. Tampoco se lanzaban a mar abierto, servían para el transporte costero y sobre todo para la pesca.

En una plazoleta junto a la ría, el gobierno había colocado uno de los últimos grandes veleros de Omán, a modo de monumento.

–A principios de siglo, en Sur había más de trescientos grandes dhows de vela; ahora sólo nos queda éste –se lamentó–. La gente de Omán, tras el boom del petróleo, vendió los veleros al Yemen. Fíjese lo que tenemos ahora: ¡un dhow monumento!

Se trataba de un tipo de dhow llamado *bum*, de influencia portuguesa, con la popa que recordaba a una nao, y en la que se encontraba la cabina donde se encerraba a las mujeres.

–La travesía debía ser un sufrimiento para ellas –dijo Ustaz Salah–, atrapadas en la cabina sin poder salir al puente, padeciendo calor, humedad y las sacudidas de las tormentas.

Sentados bajo una glorieta del paseo marítimo, Ustaz Salah dio salida a su orgullo:

–Ésta es una ciudad muy antigua, los griegos la llamaban Cromodon. Sur era conocida en todo el océano Índico. Aquí es donde estaban los mejores carpinteros y capitanes, y por eso venían de todos los puertos árabes y persas a reparar los barcos o a contratar personal cualificado. Lo que pasa es que nuestros ancestros eran beduinos y no registraban los acontecimientos, para preservar de los extraños los conocimientos adquiridos a lo largo de los siglos. Por eso, sólo tenemos manuscritos recientes, de menos de doscientos años. Si queremos conocer la historia de Sur, debemos acudir a nuestros mayores, que sufrieron tempestades en medio del océano, se familiarizaron con lenguas extrañas y sus dialectos recalaron en puertos lejanos y entablaron amistad con capitanes de países remotos.

Por la tarde, tras la obligada siesta, decidí encaramarme a uno de los promontorios calcáreos que dominaban la entrada de la ría para tomar unas fotografías. Desde aquel lugar en el que no se veía la entrada del mar, el espectáculo era magnífico. La ría recordaba a un lago y, al retirarse el agua con la marea baja, parecía que fuera tragada, como por arte de magia, por las entrañas de la tierra. Los dhows fondeados en la ría se comenzaron a ladear para acabar recostándose en el lodo. Un ejército de cangrejos surgió de sus escondrijos en la arena, mientras las aves acuáticas llegaban por turnos para abalanzarse sobre ellos. Permanecí hasta que las primeras luces se encendieron en las casitas de los empleados de los astilleros y

el neón verde con la palabra *Alá* brilló en lo alto del minarete de la mezquita del tranquilo barrio de los pescadores.

Un inusitado bullicio acompañó mi regreso al hotel. La gente había invadido las calles. En recepción me esperaba un radiante Ustaz Salah.

–*Eid Mubarak*. ¡Que la fiesta del Eid le traiga la bendición, amigo! –exclamó con entusiasmo–. Se ha divisado la luna en La Meca y por tanto ya ha acabado el sagrado mes de ramadán. Le he venido a buscar para dar una vuelta. Mañana es la fiesta del Eid el Fitr, un día muy señalado aquí, y todo el mundo debe lucir ropas nuevas y bonitas.

Salimos de mi *fonduq* a pasear por el centro, que estaba en ebullición con el deambular de sus gentes bajo las luces de neón y los fluorescentes de colores de las tiendas. Los indios hacían cola ante aquellas cabinas de teléfono inspiradas en los castillos de Omán, y de los todoterrenos bajaban grupos de mujeres cubiertas de mantos negros, dispuestas a realizar las compras de última hora. Sus manos y pies estaban recubiertos de dibujos de alheña y a su paso dejaban en el aire fragancias de resinas aromáticas. Callejeando sin rumbo fijo nos topamos con una pequeña comitiva de músicos, que tocaban un tambor que parecía africano, y se acompañaban de palmas. Les seguimos hasta una plazuela donde los vecinos habían dispuesto unas sillas.

–*Marhaba, marhaba* –unos ancianos nos ofrecieron su hospitalidad.

Nos acabábamos de sentar cuando sonó el móvil de Ustaz Salah, que se alejó para evitar el ruido. Cada uno de los músicos parecía improvisar unos versos por turnos, mientras el resto aprobaba las mejores estrofas con renovados redobles de percusión o exclamando: *«Alá!»* en los momentos precisos. Cantaban en un dialecto impregnado de palabras que parecían suajili. Un anciano con un turbante de cachemira y ojos pintados con kohol, en imitación del Profeta, me invitó a sentarme en primera fila y ordenó a unos niños que trajeran café y *halaua*, un empalagoso dulce que parecía una gelatina, mientras, ajenos a la celebración, los todoterrenos y el gentío pasaban de largo.

–Unos amigos acaban de invitarme –dijo Ustaz Salah de regreso– a celebrar la comida del Eid el Fitr en el campo. Me he tomado la libertad de decirles que usted me acompañará.

Los músicos batían ahora la percusión con un ritmo endiablado; algunos giraban sobre sí mismos con los ojos en blanco, imitando el trance.

–Me recuerda las danzas africanas –dije.

–¡Es que son medio africanas! –rió Ustaz Salah–. Durante siglos,

mantuvimos un contacto muy intenso con el África oriental y nuestra cultura se ha ido enriqueciendo con sus aportaciones. Incluso algunas palabras del suajili se han colado en nuestra habla. Todo eso hace de Sur un lugar muy especial. Como puede escuchar, nuestra música es muy rítmica, con percusión africana. Nuestras danzas eran conocidas en todo el Índico y el Golfo. Los suríes somos muy expansivos y tras semanas de padecimientos en alta mar nos gustaba mostrar nuestra alegría. Cuando nuestros barcos llegaban a Mombasa, Zanzíbar o Bahrein, todos acudían al puerto para ver cómo danzaban nuestros marineros, y cuando navegábamos a Basora en busca de sus dátiles y remontábamos Chat el Arab, el río que forman el Tigris y el Éufrates antes de desembocar en el Golfo, desde la orilla, los campesinos acompañaban nuestras canciones con sus palmas.

–Paseando por Ageia –comenté– vi algunas jóvenes muy hermosas que parecían africanas.

–¡La semilla de África está presente en nuestra sangre! ¡Fíjese en los rostros de mucha gente! Los de estos músicos, sin ir más lejos. Durante siglos muchos suríes se casaban con mujeres de Zanzíbar. Yo mismo –rió–, con mi tez oscura y mis rasgos africanos, soy un buen ejemplo de eso.

Los músicos continuaron su procesión por las calles y nosotros nos quedamos sentados al aire libre, comiendo *halaua* y bebiendo un té muy azucarado.

Por la mañana, Ustaz Salah me vino a buscar para asistir al almuerzo del Eid en el campo, a unos pocos kilómetros de Sur. Era un lugar muy bello, entre datileras y frutales. Anduvimos por pequeños senderos, entre muros de barro rematados con ramas secas de palmera, sorteando acequias que repartían el agua a pequeñas plantaciones, bajo una caprichosa lluvia de luz que se filtraba por las hojas de los grandes árboles. A los pocos minutos de deambular por aquel laberinto bucólico, acompañados del murmullo del agua y los cantos de los pájaros, llegamos a una pequeña explanada bajo un gran algarrobo, a cuyo pie discurría una pequeña acequia de agua cristalina con la que nos refrescamos.

Junto a la cafetera árabe sobre unas brasas nos aguardaba, sentado en una estera de palma, un campesino de poblada barba y vestido con sus mejores galas: *dishdasha* reluciente, turbante de cachemira, y el janjar –el puñal curvo y afilado tan parecido a la yambía yemení– ceñido al cinto. Le acompañaban sus hijos, unos adolescentes ataviados del mismo modo. Al oírnos se pusieron inmediatamente en pie para iniciar los largos saludos que, al tratarse del día siguiente del ramadán, eran aún mucho más prolongados. El

campesino me tendió la mano callosa pero cálida de quienes trabajan la tierra. Me sentí como en casa; aquella escena bucólica me estaba transportando veinticinco años atrás, a aquel emparrado cerca de Sanaa donde Abdelaziz me habló de Belquis, la reina de Saba. Sí, estos omaníes con sus janjar y turbantes de gala eran descendientes de los azd, el pueblo que acabó por abandonar el Yemen tras el colapso de la presa de Marib.

Nos ofrecieron café y más tarde *halaua*, uvas y dátiles. Los otros invitados, un médico y dos profesores de la edad de Ustaz Salah, tardaron un poco en llegar. Reinaba una gran camaradería. Cuando fue la hora de la comida, todos callamos. Los niños trajeron una gran fuente con carne de cordero mezclada con algo que parecía puré.

–*Yala, yala!* ('¡Vamos, vamos!') –dijeron–. *Kul, kul!* ('¡Come, come!').

Aquella carne melosa era el mejor cordero que había probado en mi vida. ¿Cómo lo habrían preparado?

–Muy fácil –sonrió el campesino.

Le dio órdenes a uno de sus hijos, que salió corriendo para volver de un cobertizo con una gran vasija de cobre de cuello estrecho que apenas podía levantar.

–Cocinamos arroz y carne de cordero y luego lo metemos en esta vasija que cerramos y dejamos varias horas enterrada en rescoldos. El calor acaba por convertir el arroz en una pasta y vuelve la carne muy melosa. Se bate todo con fuerza con la rama de una palmera joven; sólo un hombre fuerte puede hacerlo. Por último la vertemos en unas bandejas y añadimos una salsa hecha con tomate, cebolla y verduras –concluyó.

Los niños trajeron unos platos pequeños con los higadillos cocinados para demostrar que el cordero había sido sacrificado recientemente.

–No puede sobrar nada –dijo el campesino–. Esta comida del Eid hay que repartirla toda. Se da también a familiares y necesitados. Así se hace en todo Omán.

Mohsen, uno de los amigos de Ustaz Salah, el médico de ojos vivarachos, llenó mi tacita de café mientras me hacía una invitación:

–Cada Eid el Fitr, estos dos profesores y yo nos vamos unos días fuera, y este año pensamos llegar hasta Masirah, una isla que está mucho más al sur, a recoger a mi tío abuelo, que quiere visitar a la familia. Masirah es un lugar bello y desolado. ¿Por qué no nos acompañas? –preguntó.

Ustaz Salah me hacía señas para que aceptara.

Dudé unos instantes. Tenía un billete de avión cerrado de Kenyan Airways para la semana siguiente y acompañarlos significaba no poder despedirme de Assem, Nura y Tayeb, que al cabo de dos días

marchaban a la feria del libro de El Cairo, donde se quedarían por un tiempo.

–¡Vente con nosotros! –exclamó Omar, el otro profesor–. El tío abuelo de Mohsen es ni más ni menos que uno de los testigos del naufragio que pintó Ustaz Salah. ¡El famoso capitán Jaled!

Claro que los acompañaría. Era una magnífica ocasión de hablar con un viejo lobo de mar. Fijamos la salida para el día siguiente. Cuando abandonamos el vergel, el campesino insistió en que nos fotografiáramos con él, antes de llenar el todoterreno de Ustaz Salah de platos de cordero para amigos y parientes.

Por la tarde, Ustaz Salah me llevó a ver a Abdala Cherif, un viejo capitán que pertenecía a una de las grandes familias de mercaderes y que vivía en una antigua casona en el barrio antiguo de Sur, que había sido desvirtuada con añadidos de hormigón. Dejamos nuestro calzado en el umbral y entramos en un amplio *majlis* tapizado de linóleo violáceo con vetas blancas. Las paredes estaban pintadas de verde lima y las ventanas de aluminio, cubiertas por visillos acrílicos de color rosa. Un gran tapiz representaba la Kaaba y, entre las inevitables fotografías del sultán Qabus, destacaba esta vez una en la que se le veía ataviado con el uniforme del Ejército de Tierra. Tras saludar a varios invitados y familiares, nos acomodamos en unos cojines. No pasaron dos minutos cuando entró el anfitrión, un anciano de porte aristocrático con turbante rojo, barbas teñidas de alheña y ojos corroídos por el tiempo. Todos se pusieron en pie, le besaron las manos y le desearon un feliz Eid el Fitr. Tras las bienvenidas de rigor, se presentó:

–Ustaz Salah me ha hablado de usted. Mi nombre es Abdala Cherif bin Hamed, bin Nasser, al Rashid. Soy un antiguo *najoda* y procedo de una familia de grandes marineros y mercaderes. Me alegro de que usted haya venido de tan lejos para interesarse por nuestras costumbres, puesto que todo eso que usted busca se está perdiendo.

Todo el mundo le tenía tanto respeto que, cuando él hablaba, en el *majlis* se hacía el silencio.

–Soy uno de esos árabes del mar que usted busca –exclamó–. Me embarqué a los siete años y recuerdo aquella época como un bello sueño. Conocí Mombasa, Pate y Lamu. Traíamos madera de los manglares de Tanga, clavo de olor y otras especias de Pemba. ¡Cómo olvidar Zanzíbar! –suspiró–. Las travesías podían durar dos meses y solían ser duras. El capitán debía tener un carácter enérgico para dar las órdenes precisas con que enfrentarse a las adversidades. Uno de mis primeros recuerdos es el rostro de dolor de un hombre hecho y derecho que lloraba como un niño, herido por la picadura de una

raya.

–¿Por qué les embarcaban a una edad tan temprana? –pregunté.

–A los hijos de los capitanes, de los navieros o de los mercaderes, nos enrolaban pronto en los veleros para que nos familiarizáramos con la navegación. ¡Había tanto que aprender! Teníamos que saber leer los mapas, manejar la brújula, conocer las estrellas o hacernos con el sextante. Pero hasta bien entrados en la veintena no se nos daban puestos de responsabilidad, ya que un error en pleno océano podía significar el fin para todos. Había que confiar en el destino y tener la sangre fría y capacidad de mando para coordinar los esfuerzos de tus hombres. Y había que saber tomar decisiones difíciles, como tirar la mercancía por la borda, por valiosa que fuera, o dejarse arrastrar por el huracán sin intentar ofrecerle resistencia.

En ese momento entraron tres hombres que, tras descalzarse, besaron la mano del anfitrión y, tras los saludos de rigor, se sentaron. Se les sirvió comida, de la que probaron unos bocados antes de disculparse y marcharse para cumplimentar a otros próceres. Abdala Cherif los trataba con la paternalista consideración de los líderes tribales de Arabia, bajo cuya magnánima protección podían sentirse seguros los hombres comunes.

–Mi familia poseía grandes veleros –continuó Abdala Cherif–, algunos salidos de los astilleros de Sur y otros de la India, como el Masaudi, un barco maravilloso y muy grande que hicimos construir en Calicut, en el estado de Kerala, por carpinteros que trajimos desde Sur y que trabajaron allí en la India durante más de un año. El Masaudi podía cargar hasta cuatrocientas toneladas. Pero ¡ay! –se lamentó–, se hundió en el primer viaje. Era precioso, llevaba maderas de gran valor y su destino era el puerto de Al Muqalla, en el Yemen. El viento era favorable y el Masaudi zarpó orgulloso con las velas desplegadas, pero nada más avistar Cochín, giraron los vientos. Mi tío era el capitán y trató de enderezar el rumbo hacia las playas, pero el monzón se volvió cada vez más intenso y las olas crecieron tanto que parecían montañas. Se rompieron los cabos y las velas comenzaron a dar sacudidas hasta desgarrarse. El Masaudi se hundió tras partirse en dos.

Cada vez que llegaba un nuevo visitante, todos los presentes, sentados a la manera árabe tradicional, nos incorporábamos para estrecharle la mano –¡costaba tanto levantarse del suelo cuando los músculos no se habían ejercitado desde pequeño!–. Algunos ofrecían la muñeca en vez de la mano derecha que tenían pringosa por estar comiendo con ella; la izquierda, ya lo dijimos, no se tendía jamás ya que estaba destinada a la higiene más íntima. Los saludos se hacían interminables pues, como era habitual, se preguntaba por la salud y la familia y se deseaban los mejores augurios. Tras ello los visitantes eran obsequiados con platillos de cordero del que hacían ademán de

comer unos bocados antes de levantarse, momento en el que Abdala Cherif les apremiaba a quedarse, cosa que hacían sólo durante unos minutos, pues quedaban aún muchas casas por visitar y mucho cordero por probar.

–Años después –prosiguió Abdala Cherif, cuando el flujo de visitantes pareció entrar en una tregua–, mi familia construyó otro enorme dhow, que navegó por todo el Índico durante cincuenta años. Se llamaba *Fat el Karim* ('Destino Generoso'), y durante la Segunda Guerra Mundial escapó de milagro de los torpedos de los alemanes, que creían que nuestros veleros transportaban a escondidas soldados británicos.

Uno de los nietos trajo un cuenco con dátiles y almendras, y un fuerte café árabe.

Suspiró. Él mismo nos sirvió una ronda de aquel café tan cargado y bebió la tacita de un sorbo. Llegaron más visitas y parecía cansado, por lo que el nieto nos preguntó si deseábamos seguir conversando. Le hice una última pregunta:

–Y de todos los puertos que conoció, ¿cuál era su preferido?

–¡Zanzíbar! –exclamó con una determinación que por segundos le devolvió la juventud–. Zanzíbar era un *lulu*, una perla. Cada noche sueño con ese lugar, con sus árboles, con sus frutos. Zanzíbar era bellísimo. Era un país árabe al que navegábamos con alegría. Allí teníamos familiares; era como llegar a casa y cuando nos íbamos, partíamos siempre con gran pesar. Algunos marineros cubrían su rostro para no ver cómo la isla desaparecía en el horizonte. Antes de divisar la costa de Zanzíbar, incluso antes de que nos sobrevolaran las gaviotas, ya sabíamos que estábamos cerca porque el viento nos traía la dulzura de sus especias.

10

El capitán Jaled

Al día siguiente por la tarde partimos en el todoterreno de Mohsen, el médico amigo de Ustaz Salah, en dirección a Masirah en busca de su tío abuelo, el capitán Jaled. Nos acompañaban también Omar y Rashid, sus amigos profesores. Llevábamos con nosotros verduras y arroz; el pescado lo obtendríamos por el camino. Antes del anochecer acampamos en la playa de Ras el Had, el lugar más oriental de toda Arabia, donde venían a desovar tortugas de todo el Índico. Aquellas grandes criaturas emergían del océano y se arrastraban penosamente hasta un lugar a salvo de las mareas, donde cavaban con esfuerzo grandes agujeros para poner sus huevos, antes de cubrir la puesta con arena y regresar exhaustas al océano.

Por la mañana descubrimos que algunos nidos habían sido saqueados por las alimañas. Las cáscaras vacías parecían pelotas de ping pong aplastadas.

–Han sido los zorros –dijo Omar, señalando las pisadas–. Cuando nazcan las crías, las gaviotas y los cangrejos se sumarán a la carnicería.

Dejamos la playa de las tortugas y llegamos a una ría en la que abundaban los manglares. Era el primer bosquecillo que veía en Omán, sin contar el Zufar, y ¡crecía en el agua salada! Media hora más tarde, alcanzábamos otra ría con una veintena de dhows varados por la marea baja.

–Es impresionante –me sorprendí diciendo– ver tantos dhows juntos.

–Eso no es nada –replicó Rashid–. Recuerdo haber visto de pequeño más de cien veleros en este lugar, que apodábamos «el cofre del tesoro» por las riquezas que aquí se guardaban. Los dhows encontraban en estas aguas tranquilas un refugio durante los meses de mayo, junio y julio, muy malos para la navegación. Era como un inmenso almacén repleto de mercancías valiosas que, al siguiente monzón, serían distribuidas por los diversos puertos del Índico.

Superamos la población pesquera de Al Asjara, y nos adentramos en una región conocida como Arenas de Wahiba. Las grandes dunas se precipitaban en el Índico, a lo largo de cien kilómetros. Sólo se podía atravesar la región conduciendo por la playa y calculando muy bien

las mareas; de lo contrario el todoterreno sería engullido por el océano. Rodábamos a toda velocidad por el arenal, levantando a nuestro paso una nube de aves acuáticas que se apartaban con fastidio, profiriendo chillidos desafiantes y lanzando sus excrementos contra los cristales del vehículo. En más de una ocasión debimos remontar pisando el acelerador a fondo la cresta de una duna que se adentraba en el mar. Al salir de uno de esos percances, se nos aparecieron unos beduinos con una de aquellas cosechas extraordinarias del mar de Omán. Sus camellos cargaban miles de sardinas que se agitaban plateadas en los sacos de red. Proseguimos por aquella costa desolada ahuyentando aves sin mayor novedad que la visión de la carcasa oxidada de un navío encallado en el arrecife.

Apretaba el sol cuando alcanzamos una zona de rocas volcánicas de color negro que se adentraban en el océano. La arena blanca del Índico ocupaba los intersticios formando playas de aguas cristalinas con extraordinaria abundancia de cauríes, las conchas que fueran la primera moneda de la humanidad. No hacía mucho servían aún como dinero en África, donde las había visto utilizar en los rituales y eran muy apreciadas por los animistas. Más tarde, en las Antillas habría de constatar hasta qué punto eran también valoradas por las religiones sincréticas americanas.

Llegamos a un chamizo, donde abandonamos el todoterreno y bebimos unos cafés mientras esperábamos el dhow que hacía la travesía a Masirah. Era tanta la calima que el perfil de sus montañas, a tan sólo quince kilómetros, apenas se dibujaba en el horizonte.

Al cabo de dos horas de navegación, arribábamos a puerto. En Masirah, el viento soplaba con gran fuerza, arrastrando arbustos secos que rodaban sobre sí mismos, y formando aquellos torbellinos de arena, propios del desierto, que los beduinos identificaban con los *yenún*. El ambiente pegajoso y salino era aún más sofocante que en tierra firme. Unos pocos edificios blancos, que parecían grandes cajas de zapatos, se desperdigaban sobre la arena nívea y deslumbrante. Nos indicaron que el capitán Jaled se encontraba al otro extremo de la isla, donde poseía una granja en un pequeño oasis. Decidimos partir de inmediato. En aquel puerto que reverberaba envuelto en vapor de mar, nos esperaba uno de los nietos del capitán con su pick-up Mitsubishi. Salté a la caja y, a cielo abierto, bajo un sol cegador, acompañado por el ruido del viento partí en busca del capitán.

¿Por qué siempre me atrajeron tanto esos parajes extremos, de calor

sofocante, inundados de luz como en una fotografía sobreexpuesta, en los que parecía dormirse nuestro lado más racional mientras se agudizaban los sentidos? Lugares donde me invadía una sensación de paz y donde el tiempo corría de otra forma, en los que me parecía ya haber estado antes y donde lo inesperado podía ocurrir.

A veces el camino se alejaba de la costa; otras, nos deslizábamos sobre la arena. Alcanzamos por fin un pequeño oasis en una hondonada. Era un lugar de vegetación muy tupida, donde las palmeras y los frutales crecían generosos, felices de encontrar un lugar resguardado del viento, donde la abundancia de agua les permitía extender sus copas hacia el cielo para proteger los cultivos de hortalizas de aquel sol sin clemencia. Salieron a nuestro encuentro los nietos del capitán Jaled, y con ellos tomamos un fuerte café y pastel de dátiles.

–El abuelo está con los pescadores a media hora por la costa –dijo el mayor.

Desde la casa se contemplaba una bahía turquesa flanqueada por dos farallones negros.

–Es peligroso bañarse allí –dijo Mohsen, adivinándome las intenciones–. Las rayas descansan en el fondo confundidas en la arena blanca y su picadura es muy dolorosa.

Tomamos una pista que ascendía por una pequeña montaña y, al iniciar el descenso de la ladera abierta al océano, sentimos una oleada de calor aún más intenso y húmedo si cabe. Fue entonces cuando me sorprendió un extraño fenómeno óptico: unos metros por encima de la línea del mar, parecía como si las olas rompieran de nuevo. Era como si el océano se hubiera duplicado, como si hubiera una gran pantalla de feldespato de Islandia, aquel mineral de mi vieja caja de ciencias naturales, con su doble refracción. Pero desistí de tratar de explicarme el espejismo. ¡Había otro mar encima del mar!

Nos dirigimos hacia unas cabañas en la playa. Las ruedas del Mitsubishi se hundían en la arena. Cada pocos metros había que saltar para empujar el vehículo y, tras desencallarlo, correr para subir en marcha.

Así avanzábamos, zigzagueando, hasta que a punto estuvimos de embestir a una camella tendida en la pista, que sólo se apartó displicente en el último momento. El vehículo acabó por clavarse en la arena y optamos por continuar a pie. Salieron a nuestro encuentro dos pescadores, con sus *futas* enrolladas a la cintura, y un personaje espigado que vestía una *dishdasha* y que, tocado con un bonete, extendía los brazos en alto girando las manos.

–¡Es mi tío abuelo Jaled! –exclamó Mohsen, mientras corría a su encuentro.

Se abrazaron y con las manos cogidas iniciaron el larguísimo

saludo ritual, preguntándose por la familia y por las últimas noticias de los conocidos, dándole gracias a Dios por los que seguían con vida e implorando clemencia para los que ya habían dejado este mundo.

El capitán Jaled tenía un porte aristocrático, con su delgadez extrema y el rostro anguloso rematado por una larga perilla.

–Bienvenidos seáis todos –dijo–. Voy a enseñaros lo que hacemos aquí. ¡Venid conmigo!

Entramos en el cercado donde secaban los peces, que desprendían un fuerte hedor. Un entramado de cañizo y redes de pesca cubría todo el perímetro, como un escudo que protegía los pescados del ataque de gaviotas y las pequeñas rapaces que, desesperadas por no poder abalanzarse sobre el festín, chillaban frenéticas buscando sin tregua un espacio por el que colarse.

Sobre unas lonas se extendían cientos de aletas de tiburón, que desecaban para vender a los chinos, y salazones de crías de escualo. Unos grandes pescados abiertos en canal colgaban de unos palos. El capitán Jaled ordenó a uno de sus hombres que preparara un té y de nuevo nos dio la bienvenida.

–No os podéis imaginar la alegría que me da vuestra visita y que me hayáis venido a buscar. Será una magnífica ocasión de pasar unos días con la familia de Sur y visitar a los pocos amigos que van quedando con vida –dijo–. Cada vez me cuesta más abandonar esta isla.

Tras el té, que acompañamos con pasta de dátiles, calentaron en el hornillo un estofado de pescado que comimos todos de la misma olla, sirviéndonos de pedazos de pan.

Aquella noche dormimos en la casa del oasis. Estábamos cansados. Los pescadores desplegaron los colchones en el *majlis* y no tardamos en acostarnos. Cuando cesó el ruido de la bomba del pozo, el viento nos trajo los aullidos de un chacal. Desde mi rincón en la ventana contemplaba el cielo estrellado.

Nos despertó el capitán Jaled entonando la llamada a la oración del amanecer. El sol emergía rojo del océano y unos delfines chapoteaban en la bahía. Cuando acabaron las plegarias se sirvió un copioso desayuno. El nieto mayor del capitán nos acompañó a puerto, donde embarcamos en el mismo dhow del día anterior. Ya en tierra firme, Mohsen me hizo una sugerencia:

–¿Qué te parece si damos un pequeño rodeo antes de regresar a Sur? Creo que te gustará ver un poco más de esta costa.

Mohsen había adivinado mi interés. Acepté. Iban a ser mis últimos días en Omán. Apenas me detendría en Sur, donde pensaba tomar un taxi colectivo directo al aeropuerto, para volar a la antigua

Costa de los Zenj, en el África oriental. Sentía una íntima satisfacción por haber conseguido ya más de lo esperado. ¡Qué lejos estaba de la inquietud que me asaltó en el aeropuerto de Dubai justo antes de viajar a Mascate! ¿No me estaría equivocando –había pensado en la ultramoderna sala de embarque– por empeñarme en perseguir un sueño de la infancia? Ahora en aquella extraña isla de Masirah, sabía que la decisión había sido afortunada.

Una monótona llanura de piedras dio paso a un mar de sal cristalizada.

–Ten cuidado –le advirtió el capitán Jaled a su sobrino–. Es muy peligroso salirse de la pista. Este páramo del diablo se traga en pocos minutos a todo aquel que se aventure fuera de ella.

Dejamos aquella costa cegadora cuando se volvió intransitable por las arenas movedizas. Al cabo de una par de horas de rutas de interior, alcanzábamos de nuevo el mar. Avanzamos por una estrecha lengua de arena entre unas lagunas y el océano. De vez en cuando parábamos para admirar desperdigadas vértebras de ballena. Caía el sol cuando nos detuvimos en una amplia bahía. Había comenzado la marea baja y, en su retirada, el mar dejaba en la arena unas grandes lagunas doradas por el sol, donde acudían bandadas de zancudas y golondrinas de mar que se abalanzaban sobre los crustáceos. No muy lejos emergían del océano dos impresionantes moles rocosas; una de ellas tenía la forma de un cono casi perfecto.

–Es casi imposible desembarcar en esos islotes –contó el viejo capitán–, pero los que consiguen encaramarse a ellos obtienen recompensa. La cima está repleta de guano de cormorán.

Acampamos junto a una cabaña de pescadores. Mientras Mohsen preparaba el té, llegaron los dueños del refugio.

–*Salam Aleikum* –oímos a nuestras espaldas.

Nos pusimos en pie. Eran cinco hombres, cubiertos con *futas* enrolladas a la cintura y tocados con bonetes sobre los cabellos enmarañados. Sus ojos brillaban acuosos. Nos saludamos y, una vez identificados los linajes, se sentaron con nosotros. Aquella tarde seríamos sus invitados. Uno de ellos se dispuso a preparar la cena. Despellejó un pequeño tiburón y cortó cebolla, pimiento y tomate para preparar un estofado como el que Ustaz Jamis me cocinó en su apartamento de Mascate. Me fijé en sus manos: le faltaba una falange y del muñón le sobresalía un pedazo de hueso.

Se dio cuenta de que le observaba.

–Me picó un maldito pez piedra –dijo–, esos que viven agazapados en las rocas para sorprender a sus presas y que son tan venenosos que pueden matar a un hombre. El dedo comenzó en

seguida a pudrirse. Y como por estos páramos no ha pasado jamás un médico, para evitar que la ponzoña subiera por el brazo y llegara al pecho, cogí un machete y... ¡zas! –rió.

Otro pescador, colocó la cafetera árabe sobre las brasas. Le pregunté al capitán Jaled por sus aventuras marinas:

–A los doce años –comenzó su relato–, me embarqué con mis tíos como grumete y cada año seguíamos la misma ruta. Cargábamos los troncos de manglar que habíamos traído de África la temporada anterior y nos dirigíamos a Sohar, en la Batinah, donde embarcábamos limas secas que, al igual que las maderas, eran muy apreciadas en el Golfo, y luego seguíamos hasta Basora. De hecho, la temporada anual de los dhows comenzaba allí, pues a aquel puerto llegaban los dátiles de toda la región comprendida entre el Tigris y el Éufrates, la mayor productora de dátiles del mundo. En aquella ciudad eran empaquetados en cajas y su comercio era tan importante que nosotros calculábamos la capacidad de un navío, no en el número de toneladas, sino en el de cajas de dátiles que podía transportar. Los dátiles eran nuestra moneda. De Basora, los transportábamos a la India. En Mangalore recogíamos sobre todo tejas rojas, que llevábamos a Zanzíbar y a Mombasa. Una vez descargada allí la mercancía, navegábamos hasta Simboranga, en Tanganyka, donde conseguíamos *boriti*, los postes de manglar. A lo largo de mis años en el mar, he visto de todo. –Me miró fijamente–. Recuerdo el mal día en el que fuimos atacados por los piratas. Dispararon sobre nosotros y uno de mis primos perdió la mano. Nos lo quitaron todo.

El pescador nos sirvió un café muy cargado. El capitán Jaled apuró el suyo de un trago y tendió de nuevo la tacita para que le sirvieran otra ronda; yo opté por agitarla.

–No cobré mi primer sueldo hasta cumplir los dieciséis años –continuó–, cuando viajamos al Baluchistán. Era la época de los ingleses. Entonces no había ningún país que se llamara Pakistán, todo era la India británica. Llevábamos oro que conseguíamos en Kuwait, porque cuando los ingleses dominaban la India, el oro era muy caro, aunque luego, tras la independencia, sucedió lo contrario. Era un comercio muy peligroso, pues estaba perseguido por la ley. Lo hicimos varias veces pero en una ocasión, en Calicut, los ingleses detuvieron una veintena de dhows y nos pillaron. Algunos arrojaron el oro por la borda –suspiró–. A nosotros nos atraparon y nos encerraron en una mazmorra durante tres meses, luego nos juzgaron y nos metieron en la prisión de Calicut. Nos obligaban a trabajar y, a cambio, nos daban tres boles de arroz al día.

–¿Eran muchos a bordo? –me interesé.

–Una treintena de adultos, más los aprendices y grumetes. Nos dividíamos en dos turnos, pero cuando había tormentas todos arrimábamos el hombro. Se embarcaban también dos carpinteros provistos de algodón para calafatear y los instrumentos necesarios para reparar el casco y prevenir las entradas de agua. Para proteger el barco utilizábamos cal mezclada con *sham* o grasa de tiburón y aceite de coco.

El capitán sorbió su tacita y me miró a los ojos.

–¿Quiere que le cuente algo? –dijo–. En una ocasión veníamos de Mangalore con una nave llamada *Al Maimún*. Transportábamos más de 120.000 tejas hacia Mombasa, cuando de repente pararon los vientos. Llevábamos más de sesenta y cinco días en el mar y apenas teníamos comida; además escaseaba el agua. Éramos más de cuarenta y cinco hombres y la situación se volvió tan desesperada que mi tío, el *najoda*, ordenó a su hombre de confianza que vigilara las provisiones. Por fin un día el vigía avistó la costa. El capitán creyó que era Mombasa, pero estábamos en un lugar salvaje y desconocido.

Hizo una pausa y nos sirvió otra ronda de café.

–La costa africana no es como la omaní –aclaró–. Está plagada de arrecifes coralinos, que la hacen más peligrosa. Por fin pudimos alcanzar nuestro destino y descargar allí las tejas. Aquella costa era árabe y estaba gobernada por un *uali* elegido por el sultán de Zanzíbar, que pertenecía a los Bu Said, la misma dinastía que nuestro actual monarca; y aunque se hallaba bajo control británico, la bandera que ondeaba en los puertos era la nuestra. En Lamu cargamos nuestro dhow con los postes de manglar, que tan bien se dan en aquellas tierras. ¡Debería usted ver los canales de Manda frente a la isla de Lamu! Son un laberinto intrincado, en el que uno puede llegar a perderse.

El capitán se quedó absorto mirando el horizonte.

–¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! –continuó–. De regreso a Omán con la preciada madera, una noche en la que se ocultó la estrella que llamamos *faraia* y que guía a los navegantes, estalló otra gran tormenta. Las olas eran gigantescas y saltaban por la borda. El viento huracanado parecía que iba a arrancar las velas y el capitán ordenó arriarlas. Uno de los marineros, que era muy piadoso, vio tan cerca el fin que, con un pedazo de vela, se hizo una mortaja. A nuestro lado vimos cómo un dhow iraní zozobraba. Arrojaron los troncos de manglar por la borda para intentar salvarse pero de pronto se les rompió el mástil. Se hundieron delante de nosotros sin que pudiéramos hacer otra cosa por ellos, que encomendarnos a Dios y gritar muy fuerte: «*Alá u Akbar!*». Al cabo de siete días divisamos la isla de Socotra, que alcanzamos de madrugada. ¡Por fin estábamos a salvo!

Tras la comida, sorbiendo otro de aquellos cafés tan cargados, consideré que había llegado el momento propicio de preguntar al capitán Jaled por aquel naufragio cuya narración había inspirado el atrevido cuadro de Ustaz Salah.

–¡Fue la mayor desgracia de la que he sido testigo! –exclamó–. Sucedió en 1959, durante el mes persa de *nairuz*, cuando empieza la temporada de los viajes en el Índico. Yo entonces era joven, un simple marinero a bordo de un gran *sambuk* llamado *Naif*. Regresábamos de Zanzíbar y durante todo el trayecto habíamos navegado con otro navío llamado *Samha*. Pero en las cercanías de Jabat Shwaimya, nos sorprendió una tormenta repentina. El cielo oscureció y las olas crecieron tan altas como este islote –dijo, señalando la roca del guano–. No tardamos en darnos cuenta de que el *Samha* tenía problemas. Intentamos una aproximación, pero resultaba una locura. El capitán quiso hacer lo imposible por salvar aquel navío que hacía aguas y se hundía delante de nosotros. Tras una arriesgada maniobra, conseguimos lanzarles un cabo, pero la furia del mar lo rompió como si fuera un cordel y el *Samha* se hundió ante nuestros ojos con ciento dieciocho hombres y treinta y tres mujeres a bordo. Algunas noches de tormenta aún me parece oír los gritos de auxilio y, aunque sé que no pudimos hacer nada por ellos, me maldigo por no haberlos salvado. En cuanto a nosotros, permanecimos a la deriva sometidos a los caprichos de un mar colérico. Yo rezaba a Dios y le suplicaba:

»–Si tenemos alguna esperanza en la vida, dadnos de una vez los medios y las fuerzas para salvarnos. Pero si ya está decidido que nuestro paso en este mundo sea breve, tomad de una vez nuestras vidas aprovechando la terrible oscuridad de esta larga noche para que nadie pueda ver el sufrimiento en el rostro del prójimo.

»Dios escuchó nuestras súplicas y la tempestad por fin amainó. Caímos rendidos por el esfuerzo. Al día siguiente nos despertó la voz del vigía, que acababa de divisar tierra, y las olas nos arrastraron hacia una costa remota. Tardamos diecisiete días en llegar a Sur, donde contamos la terrible desgracia. El dolor fue profundo; sin embargo parecían extrañamente resignados, como si ya supieran que se había producido una gran tragedia, pues el día del naufragio había aparecido en el cielo la estrella roja que presagia el desastre en el mar. En todas las mezquitas se abrieron suscripciones para ayudar a las familias de los damnificados. Resulta terrible cuando el mar se convierte en una tumba y no tienes junto a ti los cuerpos de los seres queridos para llorarlos y enterrarlos como prescribe nuestra religión.

El sol se ocultaba y Jaled se incorporó. Era la hora de la oración del atardecer y los hombres le siguieron para hacer sus abluciones rituales con el agua de un bidón. Tras la plegaria, en dirección a La Meca, mientras las lagunas retenían aún los violetas y rojos del

atardecer, se levantó una brisa y todo quedó en suspenso. A oleadas, millares de aves emprendieron el regreso hacia la isla del guano. Los grandes peces comenzaron entonces los chapoteos, mientras un delgadísimo creciente lunar con las puntas hacia arriba, como los que coronan las cúpulas de las mezquitas, aparecía sobre el horizonte entre los dos islotes, que desprendían en la noche un fulgor blanquecino. El capitán Jaled se levantó y exclamó: «*Mashalá!* (‘¡Alabado sea Dios!’)», mientras uno de los pescadores entonaba una loanza a las maravillas de la creación, tan bella que nuestros ojos se humedecieron.

11

La Costa de los Zenj

Nairobi. Aeropuerto Internacional Jomo Kenyatta. Todo muy práctico: el visado cuesta tanto, paga y entra. Como si fuera la taquilla del zoo pero, al fin y al cabo, ¿no era eso a lo que venían los turistas a este rincón del mundo?

Frente al mostrador de tránsito de Kenyan Airways se agolpaba una pequeña multitud que un empleado de la compañía trataba de apaciguar:

–Es inútil que permanezcan aquí. Hay huelga de controladores y se han suprimido todos los vuelos a Mombasa. No insistan, no hay nada que hacer.

La mayoría de los pasajeros, ignorando las indicaciones del empleado, persistía en su empeño de alcanzar el mostrador, apretujándose unos con otros para impedir que cualquier recién llegado pudiera colarse.

En cuanto a mí, me estaba costando tomar una decisión. ¿Qué hacer? ¿Descansar un día en Nairobi e intentar el enlace la mañana siguiente? ¿Tomar un tren?, ¿un autobús?

–Si lo prefieren –el empleado trataba de que se dispersara el grupo, dando a entender que el conflicto estaba lejos de resolverse–, se les devolverá a todos ustedes el importe íntegro de los billetes.

Busqué inútilmente en los ojos de la gente alguna iniciativa, hasta que topé con los de un hombre de algo más de sesenta años. Ya me había fijado en él y en su familia durante la escala en Dubai. Por su aspecto, de rasgos árabes pero a la vez africanos, y la desenfadada manera de vestir, con camisa rosa, un pantalón verde y un bordado bonete musulmán, supuse que era un árabe de Mombasa o de cualquier otro puerto del África oriental, la antigua Costa de los Zenj. Viajaba con su mujer e hija, las dos con *buibuis* negros, una especie de túnicas que las cubrían de la cabeza a los pies. La esposa dejaba escapar del manto un coqueto mechón de pelo naranja. La hija era bellísima, con ojos de gacela, labios carnosos y la tez clara como una turca.

Les saludé en árabe pero no parecieron entenderme. La joven ocultaba graciosa el rostro con una punta del *buibui* y desvelaba su mano decorada con filigranas de alheña. Sonrieron con sus dentaduras inmaculadas; la matrona mostraba sus dientes de oro.

–Me llamo Said y somos de Malindi –dijo en inglés aquel hombre–. ¡Y tratamos de regresar a casa!

–Pues yo viajo a Mombasa –insistí en árabe.

Me miraron con cara de asombro y tuve que repetirlo en inglés. Entonces sus rostros recuperaron la tranquilidad.

–Estamos de suerte –dijo Said con una sonrisa mientras cerraba su pequeño móvil–. Vamos a coger un taxi al aeropuerto regional Wilson. Tomaremos una de esas avionetas para turistas que suelen recalar en Malindi. Me han dicho que la de hoy va casi vacía. Véngase con nosotros. –Se giró hacia mí–. Ahí podrá tomar el autobús o un taxi a Mombasa, que se encuentra a unas dos horas. Le saldrá algo más caro pero siempre será mejor que quedarse en esta ciudad que se ha vuelto peligrosa.

–De acuerdo –asentí.

No sentía ninguna curiosidad por recorrer Nairobi. Había estado en aquel mismo lugar hacía treinta años. Recordaba una ciudad provinciana de tiendecitas y almacenes regentados por indios, con una multitud de mercancías perfectamente alineadas en mostradores y estanterías: especias, cuerdas, conservas, mosquiteras, jabones y filtros de agua. También los edificios coloniales, como el hotel Stanley, pero sobre todo el Norfolk, que frecuentó Karen Blixen y donde me colaba en los servicios de la piscina para ducharme y de paso lavar la ropa interior. Pero Nairobi, decían, había cambiado por completo. La especulación había acabado con casi todos aquellos restos coloniales y en su lugar se levantaba una moderna ciudad de negocios que a partir de las seis de la tarde, cuando todos regresaban a los suburbios, quedaba, decían, a merced de los ladrones.

–*Yala!* (‘¡Vamos!’) –dijo Said, esta vez en árabe por complacerme, ya que él no dominaba ese idioma y poco más podía añadir en él, más allá de las fórmulas ceremoniosas o del Corán aprendidas de memoria.

En aquel aeropuerto, con carritos atiborrados de maletas, bolsas del *duty free* de Dubai y cajas de electrodomésticos, Said y su familia, a diferencia de tantos pasajeros exaltados, se tomaban la situación con una calma casi budista. Llamaron a un mozo y no me dejaron acarrear mi maleta ni siquiera para colocarla en la plataforma junto al conductor, tan propia de los taxis londinenses, en un vehículo que, al igual que los del resto de la parada, parecía sacado de la mismísima Oxford Street. Tampoco permitieron de ninguna manera que me sentara en una de las banquetas plegables, por lo que quedé aprisionado frente a la joven, entre Said y su esposa entrada en carnes, envuelto en una mezcla de perfumes, el de almizcle de Said y el de maderas olorosas de su mujer.

Me contó que había sido funcionario y se había prejubilado tras ganar mucho dinero con el turismo. Había vendido una *shamba* (‘granja’) junto al mar que apenas producía y, con el boom inmobiliario, le habían pagado más por ella que todo el sueldo de una

vida entera al servicio del gobierno. Con ello había podido, por tanto, dar una buena educación a su hijo, al que acababa de visitar en Dubai. En cuanto a su bella hija, estaba a punto de comenzar sus estudios universitarios. Said era un tipo apacible y bonachón y su rostro aún dejaba traslucir un cierto atractivo.

–Vender la *shamba* de la playa fue una bendición –dijo–. Yo era el pequeño de la familia y a mí me tocaron las peores tierras: un pedregal salino, donde los cultivos se agostaban y los frutales apenas florecían. Y ahora mis engreídos hermanos me piden ayuda económica. Debía estar escrito. *Maktub!* –exclamó en árabe.

–Ya entiendo –dije–. En el pueblo de la costa, en el Mediterráneo, donde yo veraneaba de niño, pasó lo mismo. Los hijos a los que les tocaron las tierras junto al mar, que nadie quería, fueron los que de pronto vieron cómo se revalorizaban diez veces por encima de las de sus hermanos.

–Pues sí. Yo también tuve ese golpe de suerte –sonrió Said–. Y gracias a él, pude dejar mi puesto de funcionario en aquel poblado remoto cerca de la frontera con Somalia. ¿Te acuerdas, Aisha?

–No regresaría a aquel horrible lugar por nada del mundo –contestó la mujer.

–Un día –recordó Said– nos atacaron los bandidos somalíes. Nos tiramos al suelo y las balas silbaban sobre nuestras cabezas. ¡Tchíu, tchíuu, tchíuuu! El cuerpo de policía destacado en la frontera, después de unas horas de lucha, consiguió repelerlos. Hoy, los terroristas somalíes, de *Al Shabab*, siguen aterrorizando la costa norte de Kenia. Hasta hace poco era muy arriesgado viajar a Lamu por carretera. Atacaban a los camiones y a los autobuses. Dejaban a la gente desnuda en la cuneta...

Said intentaba cerrar la ventanilla del taxi. Las mañanas podían ser frías en Nairobi que, a pesar de estar en el ecuador, se hallaba a casi dos mil metros de altura. Cuando finalmente lo consiguió, se quedó con la manivela en la mano. Me miró riendo.

–Oiga –quedó pensativo–, ¿por qué no se queda unos días con nosotros en Malindi? ¿Le espera quizá alguien en Mombasa?

–Sí, me espera Cheij Ahmed Nabhany.

–¡Cheij Ahmed Nabhany! –exclamó Said con admiración.

Los ojos de la chica se iluminaron con deferencia.

–Él es nuestro mejor poeta –dejó escapar la joven.

–¡Samira! –exclamó la madre, en una reprobación que llevaba implícita una coletilla que no pronunció: «¿Cómo te atreves a entrar en una conversación de hombres?».

–¿Hace tiempo que le conoce? –preguntó Said, que, seguramente más liberal que su mujer, pasó por alto la intervención de la hija.

–No, no. Tenemos amigos comunes.

Me sentí entonces como uno de aquellos viajeros del pasado que lograban lo que se proponían tras hacerse con una carta que era esgrimida una y otra vez ante los personajes adecuados para proseguir su periplo. Cartas que, como varitas mágicas, les permitían obtener otras nuevas para adentrarse en regiones aún más recónditas. Ahora me esperaba Cheij Ahmed Nabhany, un gran estudioso y uno de los mejores poetas en suajili. Cuando le dije que le telefoneaba de parte de Ibrahim Noor Sherif, un profesor de origen zanzibarí de la Universidad Sultán Qabus de Mascate, me aseguró que haría todo lo que estuviera en su mano para mostrarme las islas de Mombasa, Pate y Lamu y hablarme de su historia y cultura. Cerré los ojos y me apoyé en la ventanilla. Ningún dhow a vela hacía ya la ruta de África o de la India; sin embargo... ¡Qué mejor aventura que viajar a través de las personas! Ir en busca de la memoria. Sí, eso es lo que venía haciendo desde que había salido, hacía algunos meses, de mi país. Aunque a veces tenía la sensación de que me hallaba en un único y largo viaje, de que tras mis años en el Sudán, en el Yemen y Egipto jamás había regresado a Europa, sino que proseguía el periplo que había comenzado cuando desembarqué en Jartum veinticinco años atrás.

–De todos modos –dijo Said, devolviéndome de sopetón a aquel taxi de aspecto londinense que andaba ya cerca de Nairobi– me gustaría que esta noche se quedara con nosotros en Malindi –concluyó, antes de caer vencido por el cansancio y dar el contrapunto bajo a los ronquidos de su esposa.

En mi sopor, disfrutaba de un paisaje que despertaba lentamente. A lo lejos, un haz de luz desgarraba los nubarrones y caía sobre un grupo de acacias africanas, aquellos árboles magníficos que extendían sus retorcidas ramas en horizontal como caprichosos parasoles y que, cuando eran atacados por las jirafas, enviaban toxinas desde todo el sistema vegetativo hacia las hojas para que la savia supiera amarga y alejar así a los herbívoros. Pero el contraataque de la acacia no acababa ahí, pues lanzaba señales químicas que el viento transportaba a lo largo de la sabana, y que eran recogidas por otras congéneres para que se apresuraran a repetir el proceso, con lo que los animales de la sabana se quedaban con un palmo de narices.

¿Pasar la noche con ellos en Malindi? Aquella población no me interesaba especialmente, pues la sabía muy transformada por el turismo, pero sí me atraía Gede, una ciudad antigua engullida por la jungla, que no quedaba lejos. Por la ventanilla veía cómo los pasajeros de un *matatu*, o camioneta taxi, que había caído en la cuneta, trataban de enderezarlo todos a una. A lo lejos, en la distancia de las llanuras de África, se percibía el fulgor de un rayo.

–¿Lloverá? –pregunté.

–¡Qué más quisiéramos! –exclamó el taxista–. Aún falta un mes

largo para la estación de lluvias.

En las paradas de autobús de la carretera esperaban hombres y mujeres vestidos de colores desvaídos, como salidos de un relato desconsolado de Coetzee. ¡Cuán lejos de los brillantes caftanes verdes, rojos y amarillos, o de los atrevidos estampados de los *bubús* que tanto alegraban la vista en Ghana o Costa de Marfil! ¿Serían responsables Livingstone y los misioneros anglicanos de aquella grisura calvinista que se palpaba en el aire nada más aterrizar en el África oriental? ¡Qué diferente a la jovialidad y colorido que rezumaba la costa atlántica de África!

–¡Como pase lo mismo que el año pasado, la sequía será grave! –añadió de pronto el taxista, que pasó a relatarme la fantástica historia de cómo en el norte del país, en las cercanías del remoto lago Turkana, hombres y simios habían peleado cuerpo a cuerpo por el agua de un camión cisterna que goteaba.

En el Wilson, el aeropuerto secundario de Nairobi, la sala de pasajeros se abría a la pista en una amplia veranda de aires coloniales; daba la sensación de que los días del Imperio Británico aún no estaban acabados. Cada media hora despegaban avionetas hacia Masai Mara, el Kilimanjaro o Amboseli, capitaneadas por pilotos británicos o por elegantes indios de frondosos bigotes. A cada llamada, se levantaban pequeños grupos de turistas disfrazados de safari. En la sala esperaban también monjas africanas e irlandesas, hombres de negocios indios y algunos costeños que Said y su familia saludaron ceremoniosamente en una mezcla de árabe y suajili, para pasar a conversar después en esta última lengua.

Sólo los turistas parecían prestar atención a los cuervos que oteaban desde las vigas y que hacían vuelos de reconocimiento sobre la cafetería robando, al menor descuido, bollos o trozos de bocadillo, antes de emitir, ya a salvo en sus atalayas, graznidos de triunfo. No era ésa la única fauna, pues una veintena de *bulbul* y otros pajarillos habían elegido la sala para anidar. Afuera, en la veranda, unos grandes lagartos de cuello naranja y lomo turquesa se perseguían sin tregua ante la mirada altiva de unas grullas coronadas que picoteaban en la hierba en busca de sapos y lombrices. Una pareja disfrazada de *Memorias de África* no se perdía detalle. Con sus pequeñas cámaras de vídeo se entrenaban para el safari, bajo la mirada de soslayo de una mujer hindú cuya aparente indiferencia parecía dar la razón, por una vez, a la máxima orientalista de Rudyard Kipling: *East is East, and West is West, and never the twain shall meet* (‘Oriente es Oriente y Occidente es Occidente y nunca los dos se encontrarán’).

Por fin nos llamaron. Apenas seríamos una docena de pasajeros, y fuimos introducidos en una minúscula avioneta que un fornido sij no dudó en calificar de mosquito. Pronto nos vimos envueltos en nubes plomizas. Nadie hablaba. Daba respeto verse zarandeado, vapuleado incluso, por aquellas montañas de algodón que de vez en cuando se abrían para desvelar chozas cubiertas de una chapa ondulada que, como había comprobado en Costa de Marfil, calentaba el interior hasta temperaturas insoportables. El piloto indio se giró, nos comunicó las condiciones técnicas y señaló con el mentón sin soltar la palanca de mandos del techo, dos grandes termos de té y café, una nevera con refrescos y una bandeja de galletas.

–Vayan pasándolo –dijo con una sonrisa.

Una hora más tarde, sobrevolábamos una zona selvática. En el paisaje primigenio, serpenteaba un perezoso río de aguas chocolate, retorciéndose en meandros tan cerrados que a veces acababan por unirse dejando a su paso un rosario de islas.

–Éste es el Tana –indicó Said, alargándome una galleta–. Es el río más grande de Kenia.

En su desembocadura, el Tana formaba islas separadas por estrechos canales de manglares. A pesar de que se estaban retrasando las lluvias, era tal su caudal que teñía el océano de marrón. Desde arriba se distinguían las grandes velas de dos dhows que se dirigían hacia el norte. ¡Por fin me encontraba con aquellos grandes veleros que había podido ver, veinticinco años atrás en Hodeida o en Port Sudan, y que en Omán habían sido ya sustituidos por dhows de diesel!

Aquella manera de navegar no había variado en siglos. Se decía que los árabes del reino de Saba fueron los primeros en surcar estas costas hacía unos dos mil quinientos años. Los monzones impulsaban las velas de unas naves construidas sin clavos. Pero ¿cómo aprendieron a servirse de aquellos vientos para desplazarse a voluntad por el Índico? Probablemente durante una tormenta, un navío sabeo sería arrastrado a algún lugar del África oriental, donde sus tripulantes pudieron maravillarse de las riquezas que aquí abundaban; y cuando, a los pocos meses, el viento cambió de dirección, soplando constantemente desde el sur, el velero pudo regresar a las costas de Arabia. De este modo los árabes del sur descubrirían cómo sacar provecho de los monzones. Sin sospecharlo, aquel velero a la deriva acababa de inaugurar una ruta comercial que cambiaría la historia de la humanidad.

Tomé mi cuaderno de notas y escribí lo que había aprendido en Omán de los primeros viajes a África de los árabes del mar.

Cada año, con el monzón de invierno o *kaskasi*, llegaban aquí los árabes con sus naves repletas de sacos de sal, dátiles, tiburón en salazón, alfombras, sedas y cuentas de cristal de la India y porcelana

de la China. Partían con el *kusi*, o monzón de verano, transportando esclavos, marfil, ámbar gris, caparazones de tortuga, oro y troncos de manglar. Algunos años, los monzones no eran regulares y los vientos dejaban de soplar antes de que las naves hubieran abandonado África, con lo que los marinos árabes se veían obligados a permanecer en aquel continente casi todo un año a la espera del próximo monzón de primavera, que les permitiría regresar a su país. Aquella estancia les hizo familiarizarse con la lengua local y les llevó a esposarse con mujeres nativas. Así debió suceder durante siglos, ya que, cuando a principios de nuestra era, estas costas fueron visitadas por el marino alejandrino que escribiera el *Periplo del mar eritreo*, éste comprobó que se encontraban bajo la soberanía del reino de Hymiar, en la Arabia del sur, y que eran frecuentadas por sus capitanes y mercaderes.

Miré por la ventanilla. Pensé en Alí Fahmy del Zufar y sus petroglifos. También en Ustaz Mahmud de Sohar y su bastoncillo en la arena. ¡Cuánto había aprendido con sus pacientes explicaciones! Retomé el cuaderno.

Con el advenimiento del islam, se produjeron graves enfrentamientos y cismas en Arabia, lo que propició la partida de los perseguidos a esta costa, llamada de los Zenj. Los textos árabes recogían numerosos ejemplos de migraciones hacia el exilio en África oriental. Como la que se produjo cuando Omán fue conquistado en el año 695, por Abd al Malik, el quinto califa omeya. Antes que convertirse en súbditos de aquel califa contra el que habían luchado con valentía, Suleimán y Said, los valerosos nietos de Julunda, el primer líder omaní que se convirtió al islam, prefirieron el exilio y zarparon con numerosos acólitos para establecerse en la Costa de los Zenj.

Naturalmente también hubo otras migraciones como las que se produjeron como consecuencia de un cisma en el chiísmo, que acabó con el exilio de un número importante de zaidíes. Se dice también que los llamados shirazi, pero ¿procedían realmente de la ciudad persa de Shiraz, que ni siquiera tenía puerto? –me llevé la pluma a la boca–, establecieron dinastías en toda la costa del África oriental. Una crónica hallada en esta ciudad narra que Hasán bin Alí, hijo del sultán de Shiraz y de una esclava etíope, tras una disputa con sus hermanos se embarcó con su séquito hacia África, donde fundó la ciudad de Quiloa.

–Iniciamos el descenso –nos comunicó el piloto indio–. Llegaremos a Malindi a las 13.00 horas.

Por encima de los cocoteros se elevaba de vez en cuando algún minarete. Cuando en el siglo X visitó estas costas el viajero árabe Al Masaudi, encontró ya una notable población musulmana. Poco tiempo después, aquellos remotos asentamientos donde árabes y africanos

realizaban sus intercambios se habían convertido ya en ciudades prósperas, con mezquitas y palacios de piedra coralina. Cuando en el siglo XIV, Ibn Batuta recorrió la Costa de los Zenj, describió aquellas ciudades como «entre las más bellas y mejor construidas de todo el mundo». Fue el primero en referirse a estos lugares como la tierra de los suajilis, gentilicio que viene del árabe *sahel*, que significa costa. Aquellos árabes y persas fueron olvidando su lengua en el trato diario y acabaron por adoptar el suajili, un idioma de origen bantú con importantes aportaciones del árabe, entre ellas el alfabeto, que se convirtió en la lengua de los puertos del África oriental.

Por la ventanilla aparecieron bungalows turísticos y hoteles. Las cabañas de lujo se disponían una tras otra alrededor de grandes piscinas azul turquesa. «Mañana», me decía a mí mismo mientras sobrevolábamos playas de arena blanca protegidas de los embates del océano por arrecifes de coral, «tendré ocasión de visitar Gede, uno de aquellos sultanatos olvidados, sepultado bajo la maleza.»

Ya en tierra, Said se ocupó de los equipajes con el móvil pegado a la oreja.

–Acabo de hablar con Fauzi, mi cuñado. Nos viene a buscar en su coche.

Fauzi apenas tardó diez minutos en aparecer. No permitió que tocáramos bulto ni maleta alguna y al poco atravesábamos aquella ciudad turística sin más interés que una cruz de piedra mandada erigir por el mismísimo Vasco da Gama. Tras penetrar en el área residencial, Fauzi detuvo el vehículo frente a la casa de Said: un amplio bungalow de dos plantas rodeado de papayos, cocoteros y bananos. Un gran árbol de mango se alzaba frente a la veranda. Las ventanas de cristal abatible se encontraban protegidas tras gruesos barrotes de hierro. Nos salieron a recibir una mujer rolliza y una joven de una belleza extraña y triste, con las facciones muy angulosas, casi griegas, frente pronunciada, grandes ojos y labios delgados. Caminaba como si se deslizara.

–Éstas son Yasmina y Zeinab –me dijo Said–. Nos ayudan en casa.

La joven Zeinab me inquietó; juraría haberla conocido antes. Me saludó en suajili y yo me atreví con unas pocas frases de manual que provocaron algunas risas.

Aisha, la esposa de Said, y Samira, su hija de ojos de gacela, se precipitaron en el interior mientras los hombres entrábamos en una habitación decorada con muebles de los años sesenta. Fauzi se puso a jugar con el mando de la parabólica hasta dar con un partido de criquet de la televisión sudafricana, suponiendo que me interesaría. Presidía la sala una gran foto nocturna de la Kaaba con millares de

peregrinos cubiertos con sudarios blancos girando alrededor de la piedra negra. No tardó en entrar Aisha con un curry de pescado y un arroz biryani fuertemente especiado con cardamomo y clavo de olor. Se sentó con nosotros, cosa que me chocó, recién llegado de Omán, donde el visitante no sólo no trataba nunca con las mujeres de la casa, sino que ni siquiera llegaba a verlas.

–¿Dónde está la niña? –inquirió Said.

–En casa de las vecinas; les ha traído regalos a todas –contestó Aisha mientras me señalaba la comida para que fuera yo quien empezara.

Comimos en silencio. De postre, Zeinab nos trajo unas deliciosas papayas acompañadas de unas pequeñas limas para realzar el gusto. Luego dispuso una cafetera árabe exacta a las de Omán, con el pico curvo como un aguilucho, y tacitas chinas. La observé. Zeinab parecía ausente y, cuando creía que nadie la miraba, sus ojos se vaciaban. ¿A quién me recordaba?

Acabada la comida, me mostraron mi habitación para que reposara un rato; era la del hijo que trabajaba en Dubai. Me llamó la atención una aparatosa vitrina blanca ribeteada de dorados. En las estanterías se disponían las fotografías del hijo ausente en la mezquita omeya de Damasco, frente a las pirámides, en el malecón de Dubai, vestido de futbolista posando con sus amigos y en una fiesta con turistas. También había una cadena musical y varias cintas de Bob Marley, Um Kulzum y de películas indias junto a un bello ejemplar del Corán.

Encendí el ventilador del techo, me di una ducha y caí en la cama. Se oía «Amané», una cancioncilla libanesa que también era un éxito en Omán, y un olor de guiso especiado se colaba por los barrotes de la ventana. Clavé los ojos en las aspas en penumbra y me dejé llevar por aquel traqueteo tan familiar, que me acompañaba desde hacía años por la India, Arabia y África. Como siempre, mecido por aquella nana mecánica no tardé en dormirme. Era entrada la noche cuando me despertó Yasmina, la cocinera, para que bajara a cenar.

Fauzi se había marchado y Said me esperaba con su esposa, que llevaba un vestido camisero de flores bordadas. Mi anfitrión vestía un pareo, que aquí llamaban *kikoi*, blanco y una camisa del mismo color. Se acababan de duchar y olían a fragancias orientales. No tardamos en dar cuenta de un nuevo festín: gambas al jengibre con arroz cocinado con leche de coco y un gran plato de frutas tropicales.

Envueltos aún en los aromas de la comida, Said pulsó un mando a distancia y se escucharon los acordes de un laúd.

–¿Sabes qué música es ésta? –me tuteó.

–Parece laúd árabe –dije.

Pero entonces, la larga introducción dio paso a un ritmo más sinuoso, más tropical, aderezado por la percusión, un acordeón e incluso una guitarra eléctrica. Era una música que me resultaba familiar pero al mismo tiempo, muy nueva. Cerré los ojos. En mi cabeza se superponían imágenes de la proa de un dhow, cortando el mar azul, con las de unas velas mecidas suavemente por el viento.

–Es *taarab*. Esta cinta es de un compositor de Mombasa. Aunque la música suajili más famosa es la de Zanzíbar, como tal vez sabrás.

Nos dejamos llevar por aquel ritmo vigoroso. Todos intentábamos disimular el cansancio hasta que no pudimos reprimir los bostezos.

–Nos tenemos que ir a dormir –dijo al fin Said–, porque mañana Fauzi nos recogerá muy temprano para ir a visitar las ruinas de Gede.

De la casa de los vecinos llegaban palmas, cantos y risas de mujeres jaleadas por sus propios ululatos.

–¿No sería mejor que fuera a buscar a la niña? –preguntó Aisha.

–¡Oh, vamos! Samira está con sus amigas. Déjala –respondió Said.

–De todos modos –insistió la mujer– voy a visitar a las vecinas.

–¡Claro! –dijo Said–. Ve con tus amigas pero antes dile a Zeinab que nos traiga una infusión.

–Dime, Said –pregunté–. ¿Encontraré transporte desde Gede hacia Mombasa?

–No tengas prisa. Espera a pasado mañana –rió, y yo callé encantado.

A los pocos minutos Zeinab, la joven criada, apareció con una tetera.

–Bébete esta infusión –dijo Aisha– y ya verás qué bien vas a dormir.

Zeinab se quedó en un rincón, ausente. Advertí un cruce de miradas entre Said y su esposa. Parecían preocupados por aquella joven. La observé de nuevo. ¿A quién se parecía? No se trataba sólo del aspecto físico ni del color de la piel, sino más bien de su esencia, de algo que desprendía su interior. Era algo que me sucedía desde que comencé a viajar. Algunas personas me recordaban enormemente a otras, pero no lograba precisar a quiénes, a pesar de que me inspiraran una gran sensación de familiaridad. Y cuando por fin caía en la cuenta, porque el cerebro, recibidas las órdenes seguía actuando en secreto, no dejaba de sorprenderme que tal persona que acababa de conocer en España me recordara a un profesor de El Cairo o que un sudanés azabache fuera el vivo retrato de un amigo pelirrojo de la adolescencia.

–Acompáñame, Zeinab –dijo Aisha, mientras se colocaba el negro *buibui* que ocultaba por entero sus coloridas ropas–. Quiero llevarles los regalos a las vecinas.

La cara de Zeinab se iluminó y de su rostro desapareció el misterio.

De nuevo en la habitación, me tendí en la cama. Los grillos emitían un sonido agudo tan ensordecedor que por momentos llegué a pensar que se trataba de algún transformador sobrecargado. Yasmina había colocado de nuevo la cinta de «Amané» y coreaba el estribillo con voz chillona. Y de pronto, supe a quién me recordaba Zeinab. ¡Era la viva estampa de Adjé Magné, una sacerdotisa animista que había tratado en Costa de Marfil! Ambas tenían la misma edad, un cuerpo fibrado y bellamente proporcionado, con el pisar y el porte de aquellas bailarinas hindúes que de improviso interrumpían los pasos acompasados de pies y manos para entregarse a un paroxismo sincopado, inducido por los golpes de tabla y esos taca, taca, tá; taca, taca, tá; taca, taca, tá, rápidos como una metralleta que le dictaba el percusionista. Aquella Zeinab era como Adjé Magné; las dos miraban en derredor con sus nerviosos ojos de gacela como si, en cualquier momento, temieran ser atrapadas.

Las ruinas de Gede se extendían entre los baobabs y otros grandes árboles. En aquella antigua ciudad invadida por la jungla, el calor era húmedo y asfixiante, como si estuviéramos en un gran invernadero. Olía a madera podrida. Caminamos entre restos de palacios y mezquitas. Algunos muros aún se tenían en pie y admiramos los bellos *mihrabs*. Por entre la jungla se dispersaban los pilares, altamente elaborados, de las tumbas, tan características de la Costa de los Zenj, que pertenecían a hombres santos cuyos nombres y milagros habían sido ya olvidados. Aquella ciudad había sido fundada en el siglo XII y había comerciado con los puertos del Índico. Entre los cascotes, aún se podía encontrar porcelana china e islámica, monedas, abalorios de cristal, joyas de plata y oro de la India... No hacía mucho se habían descubierto incluso unas tijeras que decían que venían de España. Nadie sabía por qué Gede fue abandonada en el siglo XVII.

Said nos invitó a sentarnos sobre los restos de un murete de piedra coralina y le pidió a Fauzi que destapara uno de los termos, lleno de una infusión de jengibre muy cargada que bebimos del tapón. Mi anfitrión consultó su reloj y, advirtiendo que faltaba poco para la hora de la oración, se levantó, seguido de su cuñado para hacer las abluciones con una de las botellas de agua mineral. Observé una vez más el lavado ritual: las manos primero, luego la boca, la frente y seguidamente la cara. A continuación se lavaron los brazos hasta el codo, detrás de las orejas, el cuello y acabaron por los pies, hasta los tobillos. Fauzi desplegó dos pequeñas alfombras de oración que llevaban en la cesta.

A fin de respetar su intimidad me alejé unos metros y me tendí sobre una gran piedra pulida. Arriba en la bóveda verde, se veían retazos de cielo azul. Unos simios grises de rostro negro me oteaban desde las ramas. Suspiré. Estaba en África, en las ruinas de una antigua ciudad musulmana, entre vestigios de los árabes del mar. Un bello ejemplo de aquella civilización hija de los vaivenes del monzón. En los cenáculos de mi ciudad, se hablaba mucho en aquellos días de globalización, mestizaje e intercambio entre culturas. Aquí, a orillas del Índico había encontrado un ejemplo auténtico que se había ido forjando a lo largo de los siglos. Si existía un mediterráneo, si por este adjetivo se entendía lugar de encuentro, de ágora, desde luego éste era el Índico, donde China, África, la India, Arabia y el mundo antiguo habían estado hasta ayer mismo en estrecho y fluido contacto por decenas de generaciones. Y los vectores habían sido los árabes. Los árabes del mar que en sus veleros llevaron por todo el océano la civilización del islam, con su refinamiento y el gusto por la poesía y la fantasía. Retomé mis notas comenzando por una idea para que no se me escapara: «El auténtico Mediterráneo es el Índico».

Mis amigos continuaban postrados hacia La Meca y yo me acerqué al antiguo palacio, del que apenas unas pocas columnas se sostenían en pie. Gede era una muestra del esplendor de las ciudades estado de la Costa de los Zenj. Y si aquella ciudad apenas mencionada en las crónicas de los viajeros árabes había tenido tal magnificencia, ¿cómo serían los sultanatos de Quiloa o Mogadiscio que durante tanto tiempo rivalizaron entre sí por el control del oro de Sofala, tan abundante que daría pie a la leyenda de las minas del rey Salomón?

Quiloa, en la Tanzania actual, acabaría en el siglo XIII por arrebatar a la lejana Mogadiscio el monopolio del oro y se dotó de palacios y mezquitas, convirtiéndose en la ciudad más próspera de toda la costa. Ibn Batuta la visitó en el siglo XIV y narró que el sultán de Quiloa, Abu al Mauahib, «el que dispensa los dones», hacía honor a su nombre pues era un personaje humilde y caritativo. Del botín conquistado a los infieles, guardaba la parte destinada a los jerifes, los descendientes del Profeta, en una caja especial, y cuando llegaban éstos, procedentes de Iraq, Arabia o Yemen, se les entregaba lo que les correspondía. Un viernes, hallándose Ibn Batuta en compañía del sultán a la salida de la mezquita, se les presentó un mendigo yemení que le pidió al monarca que le regalara la ropa que llevaba puesta. El sultán accedió. Entró en el cuarto del imán, se desvistió y se puso una sencilla *dishdasha*. Al salir le dijo al mendigo que entrara en la mezquita y cogiera las ricas vestimentas. Éste así lo hizo; envolvió los ricos ropajes en un hatillo y se fue. La noticia se difundió en todo

Quiloa y, enterado el sultán de que la gente le alababa por aquella acción, ordenó que regalaran al mendigo yemení diez esclavos y dos cuernos de marfil. A aquel generoso sultán le sucedió Daud, su hermano, que era su cara opuesta. Cuando algún mendigo se le acercaba, le decía:

–Aquel que daba limosna murió. Se fue sin dejar nada que dar. Así que, a los pocos meses, dejaron de pasar frente a su puerta.

El esplendor de la ciudad rebasaría el mundo árabe, para llegar a Europa. John Milton hablaría de Quiloa en *El Paraíso perdido*. La atracción de su riqueza acabaría siendo su perdición.

Said me llamaba. En la explanada frente al palacio en ruinas, habían extendido una gran estera donde Fauzi estaba colocando sobre ella los platos que las mujeres de la casa habían preparado de buena mañana: arroz biryani, pescado frito, ensalada de col y pepino y una bandeja de frutas. Pronunciamos «*Bismilá!*» antes de iniciar la comida, que transcurrió en silencio sirviéndonos de nuestra mano derecha, y sólo bebimos al final después de haber proferido discretos eructos y de exclamar: «*Al hamdulilá!*». Sí, estábamos en el mundo árabe.

Recogimos las cosas y nos tendimos en la estera para echar una cabezada. Pronto las respiraciones de mis nuevos amigos se hicieron más lentas y Fauzi comenzó a roncar. Dormí unos pocos minutos pero me incorporé de nuevo. Quería perderme entre aquellas ruinas. Crucé elaborados dinteles de piedra de lo que fueran puertas de los palacios, recorrí lo que quedaba de suntuosas cámaras y observé los nichos de las paredes donde en su día se guardaron corales, marfiles y alhajas. Llegué hasta la sala donde el sultán y sus invitados se reunirían para escuchar a los mejores músicos. Visité casas de mercaderes donde quizá, tal como había visto en Sur apenas una semana atrás, los próceres escucharían magnánimos los problemas de los hombres comunes y les darían su consejo. Y hoy, ¿qué quedaba de todo ello? ¿Acaso sospechaban aquellos personajes de luengas barbas, cuyo porte tanto había impresionado a Ibn Batuta, la desgracia que estaba acechándoles? De haberlo presentido, tal vez hubieran olvidado las rencillas entre los sultanatos rivales para hacer frente al enemigo. O quizá era ya demasiado tarde y la suerte de Gede, como la del resto de los prósperos sultanatos de la Costa de los Zenj, estaba echada: ¡los portugueses se encontraban doblando el cabo de Buena Esperanza!

A finales del siglo XV, Vasco da Gama irrumpió en el Índico, exigiendo tributos a Quiloa y Zanzíbar. Tres años más tarde, los portugueses regresaron a Quiloa con una flota de veinte navíos capitaneada por don Francisco de Almeida. Cuando arribaron las naos a Quiloa, se convocó al sultán, quien se excusó y en lugar de acudir y

pagar el tributo de 1.500 onzas de oro acordado con Vasco da Gama, envió cinco cabras, una ternera, algunos cocos y frutas. Al día siguiente, tal como relatan las crónicas, don Francisco de Almeida, acompañado de sus capitanes ataviados con sus mejores vestimentas, desembarcaron determinados a que el sultán los recibiera. Esta vez, el monarca tampoco quiso darles audiencia y en su lugar se presentaron cinco «moros», como les llamaban los portugueses, que notificaron que, aunque el sultán estuviera ocupado con sus invitados, accedía a pagar el tributo anual.

El día de la vigilia del apóstol Santiago, don Francisco de Almeida fue el primero en desembarcar y, seguido de sus hombres de confianza, se dirigió al palacio del sultán, donde sólo encontraron a un «moro» que blandía la bandera de Portugal que les entregara en su visita Vasco da Gama, mientras vitoreaba: «¡Portugal, Portugal!». Los lusos derribaron la puerta del palacio a hachazos pero no encontraron un alma. Tampoco hallaron resistencia alguna en el resto de Quiloa. Entonces, el vicario general y los padres franciscanos desembarcaron portando dos enormes cruces mientras cantaban un Te Deum. Plantaron una de las cruces en el palacio y don Francisco de Almeida se postró de rodillas y oró. Después de encomendarse a Dios se entregaron a sembrar el pavor y a saquear la ciudad. Dios estaba de su parte, ya que contaban con la bula de Su Santidad Nicolás V, el representante de Cristo en la Tierra:

> Tras escrupulosa reflexión, otorgamos por medio de nuestra bula, total y entera libertad al rey Alfonso de Portugal para conquistar, asediar y combatir a todos los sarracenos, paganos y otros enemigos de Cristo, en cualquier lugar del mundo, y les permitimos apoderarse de sus reinos, ducados o principados con las propiedades personales, tierras, y todas las riquezas que contengan, así como para someter a esas personas a esclavitud perpetua.

Regresé donde mis amigos. Said bebía café, mientras Fauzi se refrescaba la cara con el agua de la botella. Permanecimos en silencio, sin mirarnos, bajo la luz que llegaba tamizada a través de los árboles del bosque. Como si hubiera estado esperando nuestra atención, una repentina brisa elevó las hojas del suelo, en espiral, durante largos segundos, desvelando, sobre la piedra, una serpiente oscura que, sorprendida, se deslizó para desaparecer entre las grietas de un muro estrangulado por las raíces de un gran baniano. Todo daba sensación de embrujo y desolación; incluso los cálaos, tan gritones, parecían mudos. Fauzi contó entonces que los *yenún* se habían adueñado de la ciudad y que resultaba peligroso quedarse más allá del crepúsculo.

Sonreí.

–¿No crees en los *yenún*? –me preguntó.

–Supongo que, de existir, lo harían en lugares como éste –contesté.

–Claro que existen –dijo Fauzi–. Ya dice el Corán que el profeta Suleimán comandaba un ejército de *yenún*.

Fauzi se arremangó la camisa. En su brazo izquierdo, llevaba una cajita cilíndrica de plata sujeta a una cinta de cuero.

–¿Sabes qué es esto? –preguntó.

–¡Oh, vamos, Fauzi! –dijo Said con fastidio–. ¿Otra vez con esas historias?

–¿Mis historias, únicamente? –replicó un tanto airado, y volvió a hacerme la pregunta–: ¿Sabes qué es?

Se trataba de un amuleto. Veinticinco años atrás, la vieja Aziza me había regalado un estuche de plata parecido para que la *baraka* me acompañara de regreso al Sudán.

Fauzi desató la cinta de cuero y abrió la cajita de plata. Guardaba un papel arrugado y amarillento, que desplegó con cuidado. Mostraba un diagrama con frases en árabe. En unas casillas, había letras y números.

–Es un talismán –dijo Fauzi– que me protege de los malos *yenún*. Los hay para muchas otras cosas. Si quieres conseguir el amor de alguien, debes ir a ver a un *mualimu*,[20] para que te confeccione uno con el nombre de la persona que quieres conquistar. O si prefieres, no pongas ningún nombre y entonces todo el mundo te querrá. Pero sobre todo son eficaces para protegerse de los *yenún* malvados.

–Me parece que nuestro amigo no cree en estas cosas –dijo Said.

–Yo no he dicho nada –reí.

–¿Sabes quién fue Harún al Rashid? –preguntó Fauzi.

–¡Claro! –respondí–. El gran califa abasí, que se disfrazaba de pordiosero para confundirse con el pueblo de Bagdad y saber así cuáles eran sus preocupaciones.

–Pues con todo el poder que llegó a tener, sucumbió sin embargo al poder de los talismanes –dijo Fauzi.

Un insecto me entró en la camisa y me incorporé de un salto, separándola con cuidado del cuerpo. Se trataba de una avispa negra muy grande, cuyo abdomen estaba unido al tórax por una cintura estrecha como una aguja.

–¿Te ha picado? –preguntó Said.

–¡No! –exclamé aliviado.

–Un buen día –inició Fauzi su relato–, poco tiempo después de su boda con Zubeida, Harún al Rashid, el más grande de los califas de Bagdad, y su esposa estaban jugando al ajedrez:

»–Si te gano –dijo el príncipe de los creyentes a su mujer–, ¿harás todo lo que te pida?

»–Sí, mi amo y señor, con tal de que vos os avengáis también al trato –respondió Zubeida.

Entonces Fauzi hizo una descripción de la belleza femenina en la

mejor tradición árabe: bella como un sol (recordemos que el sol, *shams*, para los árabes es femenino y la luna, *qamar*, masculino), labios de coral, ojos de almendra, tez como la nieve, porte tan esbelto que los juncos se quebraban de envidia, al igual que las manzanas más rojas, que empalidecían ante el rubor de sus mejillas…

–Harún ganó a Zubeida –adelantó Said.

–¿Lo cuentas tú o lo cuento yo? –replicó un fastidiado Fauzi.

–Está bien, ya me callo –dijo Said mirándome y poniendo los ojos en blanco.

–Harún al Rashid –prosiguió Fauzi–, derrotó a su mujer y le dijo:

»–¿Recordáis el trato, queridísima esposa?

»–Vuestros deseos son órdenes –asintió ella, observándole con sus bellos y grandes ojos.

»–Quiero que os despojéis de cuanto cubre vuestro cuerpo y os acerquéis a mí.

»Ella era su legítima esposa –aclaró Fauzi–, y por tanto no era algo pecaminoso, pero Zubeida era muy púdica y los colores se le subieron a las mejillas. Harún sonrió de placer mientras su mujer se liberaba del chal de seda que guardaba su cabellera, la cual resbaló por los hombros y la espalda hasta llegar casi a las rodillas. A continuación dejó que cayeran al suelo el caftán de seda china y las ropas íntimas de finísimo algodón egipcio, pero lo hizo con tal gracia que Harún al Rashid no alcanzó a ver el sexo que ocultó tras la cabellera. Luego, cuando le ordenó que se diera media vuelta, lo hizo de tal modo que apenas pudo retener la imagen de sus nalgas de melocotón.

»–Quiero que volvamos a jugar –insistió Zubeida.

»Esta vez, Harún al Rashid, el poderoso califa de Bagdad, perdió. Su esposa le dijo entonces:

»–Tenéis una esclava que está muy enferma, llena de llagas y heridas que nunca sanan. Quiero que la liberéis y os caséis con ella ahora mismo y que hagáis… –Fauzi buscó la palabra unos segundos– *some action* –dijo en inglés– aquí mismo, y quiero verlo todo.

–*Some action!* –exclamó Said riendo–. *Some action!* –repitió–. Se dice «hicieron el amor».

Sin prestar atención a los comentarios de su cuñado, Fauzi continuó:

–Harún al Rashid se negaba. Las heridas de aquella esclava olían muy mal; además él estaba realmente enamorado de su esposa.

»–¿Cómo queréis que haga tal acto si yo sólo suspiro por vos? –se lamentaba el califa.

»–Perdisteis la apuesta y ahora no os queda otro remedio que hacer lo que yo os diga.

»Harún cumplió los deseos de su esposa y a los nueve meses la

esclava daba a luz a un niño, que a la muerte de su padre, trató muy mal a Zubeida, hasta que un día ésta no tuvo más remedio que contarle su origen.

»–Si no hubiera sido por una disputa entre vuestro padre el califa y yo, vos no estaríais en este mundo –le dijo Zubeida, y seguidamente le contó la historia–. Vuestro padre perdió una apuesta y le obligué a que copulara con la esclava. Me debéis la vida. ¿Por qué me tratáis así?

»Entonces, el hijo del poderoso Harún al Rashid convocó a cuantos estaban a sus órdenes y les obligó a que la respetaran y le proporcionaran todo lo que pidiera.

Said y yo nos miramos con asombro. ¿Qué tenía que ver esa historia con el poder de los amuletos?

–Te has equivocado de historia, Fauzi –rió Said, dándole un empujón cariñoso–. Ahora me toca a mí. ¿Queda algo de infusión?

Bebimos del tapón por turnos y Said inició su relato:

–El más grande de los califas tenía una esclava tan poco agraciada que nadie se atrevía ni a mirarle a la cara. Pero Harún al Rashid se moría de deseo por ella, hasta el punto de que las otras concubinas estaban sorprendidas:

»–¿Cómo puede nuestro amo y señor –se decían– estar prendado de alguien tan horrible?

»Un día, aquella mujer fea como un ogro se murió. Avisaron al califa, que lloró desconsoladamente como nadie le había visto hacerlo hasta entonces. Todos se preguntaban la razón. Entonces –Said abrió los ojos y se detuvo unos instantes– la mujer que lavaba el cadáver se dio cuenta de que en el pelo de la esclava estaba prendido algo, y lo arrancó. Cuando todo estuvo dispuesto, Harún al Rashid quiso verla por última vez.

»–¡Oh, enterradla! ¡Deshaceos inmediatamente de esa horrible esclava! –ordenó enfurecido el califa, dejando a todos boquiabiertos por tan brusco cambio de actitud–. ¡No quiero ver más su espantoso rostro! ¿Por qué me habéis hecho venir?

»Criados y esclavas estaban asustados. Nadie se atrevió a decirle que él mismo había ordenado que lo llamaran. ¿Cómo podían haber cambiado tanto sus sentimientos?, se preguntaban. Apenas una hora antes era la viva imagen del desconsuelo y ahora en su mirada sólo había desprecio y repulsión. Entonces, la mujer que se había hecho cargo del cadáver de la esclava comenzó a sospechar. «¿Y si lo que llevaba prendido en el pelo fuera un amuleto?», se decía. Disimuladamente, mientras el califa abandonaba indignado la estancia, volvió a colocar aquel objeto en la cabellera de la muerta, al tiempo que suplicaba a Harún al Rashid:

»–¡Oh, príncipe de los creyentes! Debéis decirle adiós. Vos

liberasteis a esta esclava y la esposasteis.

»Pero no fue necesario que le siguiera rogando porque, con tan sólo colocar de nuevo el amuleto entre sus cabellos, Harún al Rashid cayó de rodillas traspuesto por el dolor. Cuando se retiró desconsolado, la mujer abrió el amuleto y encontró un talismán.

Said se aclaró la garganta con un buen trago de agua.

–Esa esclava –pregunté–, ¿era la misma con la que Zubeida, la esposa de Harún al Rashid, le obligó a tener *some action*?

–¡Sí! –exclamó Fauzi.

–¡No lo sabes! –zanjó tajante Said.

–Bueno, no puedo asegurarlo. Además, ¡qué más da! –exclamó Fauzi–. Lo importante es que nuestro amigo sepa lo potentes que pueden llegar a ser talismanes y amuletos. Y también que el poder de los *yenún* puede ser muy grande. Recuerda lo que le sucedió al hijo de Abdilai –dijo mirando fijamente a su cuñado–, sí, el tratante de telas hijo de aquel yemení del Hadramaut...

–¡Oh, vamos, Fauzi! No te pondrás a contar ahora esa historia –intervino Said con fastidio–. Además se está haciendo tarde ya. ¿Qué pensará nuestro amigo?

–Me interesa –dije.

Said se encogió de hombros y dijo con las manos: «Adelante, pues».

Fauzi inició entonces su segundo relato:

–Abdilai, que parecía árabe, pues había heredado la sangre yemení, era un joven apuesto y bueno que ni bebía ni fumaba drogas porque él no se mezclaba con esos *beach boys* que van detrás de las extranjeras. Un día, una mujer *yin* se enamoró de él y cada noche se le aparecía en su habitación. Era muy bella, de cabellera larga y tez clara. Siempre sonreía y era paciente. Se cubría con bellos vestidos, se adornaba con joyas de oro puro y coqueteaba con él. Lo volvía loco, pero cada vez que intentaba besarla, ella se reía y se apartaba. Un día, la mujer *yin* le dijo a Abdilai que estaba dispuesta a entregársele pero que para ello, debía cumplir tres condiciones: no fumar cigarrillos ni tomar drogas, no beber alcohol y, por último, no contárselo a nadie. Dicho esto, le dejó unos días para que se lo pensara. Abdilai, en un momento de lucidez, cayó en la cuenta de que aquella mujer era un *yin*, o un demonio quizá, y no quería que le ocurriera lo mismo que a otras personas de las que se explicaban finales terribles. Decidió que no iba a tener trato alguno con espíritus y, cuando al cabo de unas noches, la mujer *yin* se le presentó en la habitación, Abdilai le dijo que no quería volver a verla, por lo que ésta se enfureció. Pero al ver que lo estaba perdiendo, trató de seducirle esta vez con el dinero:

»–Te enseñaré a preparar *dauas* (‘fórmulas’) secretas y otras pócimas, y ganarás una fortuna.

»Pero Abdilai no contestaba y rezaba unos versículos que sirven para ahuyentar a los malos espíritus.

»–Te mostraré los tesoros que escondieron los navegantes árabes y que hasta hoy nadie ha encontrado –continuaba la *yin*.

»Abdilai rezaba sin levantar la vista.

»–Te enseñaré cuáles son los árboles medicinales y las raíces para los encantamientos. Te haré rico, Abdilai. ¡Mírame!

»Pero el joven –prosiguió Fauzi– no volvió a mirarla nunca más y se dio al alcohol y a las drogas, pues sabía que era la única manera de ahuyentarla y que se enfadara. Y, ¡vaya si lo hizo! Las cosas empezaron a irle de mal en peor. Cada día comía menos. No tenía trabajo, se pasaba el día sentado en su casa. Se volvió loco y andaba durante horas por su propia habitación: caminaba hacia la pared y luego, sin dar media vuelta, regresaba sobre sus pasos. Durante dos años no habló con nadie y la familia, que estaba al corriente, fue a visitar a un *mualimu* muy prestigioso, que explicó que la mujer *yin* le había sumido en aquel estado porque el joven rechazaba su amor. El *mualimu* dijo que no podía hacer nada, pues la *yin* era muy poderosa, de modo que si el joven quería conservar su vida debía complacerla. Al cabo de tres o cuatro meses, el desgraciado Abdilai, el hijo del tratante del Hadramaut, era una sombra de sí mismo. Su piel se tornó amarillenta y comenzó a vomitar pedazos de su propia carne. Lo llevaron al hospital, donde nada pudieron hacer por él. Apenas le quedaba sangre y murió.

Quedé aturdido. ¿Creía realmente Fauzi en esas historias?

–Cuando los *yenún* te eligen, no se les puede contradecir –añadió Said, que a esas alturas ya no trataba de disimular que también creía en ellos.

–Es cierto, y, si no, fíjate en la pobre Zeinab, en tu propia casa –añadió Fauzi.

–¿Qué ocurre con ella? –pregunté.

Said reprendió a Fauzi con la mirada y a continuación le echó en suajili a su cuñado una bronca cuyo sentido no se me escapó del todo. Fue algo así como:

–¡Siempre tienes que meter la pata!

No quería forzar la situación, pero estaba a punto de conocer el enigma de aquella joven y no podía dejar escapar la oportunidad. ¿Estaría poseída Zeinab? ¡Por ello me recordaba tanto a Adjé Magné!

–En el otro extremo de África, en Costa de Marfil –intervine–, conocí a una joven que se parecía extraordinariamente a Zeinab. Era cabalgada por los genios, que la sumían en trance. A veces no seguía sus indicaciones y le pegaban.

Entonces Said dejó escapar un suspiro de alivio.

–Veo que ya sabes, pues, de qué se trata y que no te vas a reír de

nosotros.

–No, claro que no –le tranquilicé–. Zeinab me intrigó desde que la vi y me gustaría conocer su historia.

–Puedes contárselo –se atrevió a insinuar Fauzi.

–Zeinab –carraspeó Said– es como de la familia. Es la única hija de una prima lejana, que no sobrevivió a su primer parto. El padre también murió, cuando el *matatu* que conducía fue arrollado por el tren de Mombasa. Así que nos hicimos cargo de ella. Hace un año, cuando nos hallábamos en Lamu en casa de un primo mío para la fiesta del *maulidi*, el aniversario del Profeta, ¡Dios le bendiga y salve!, sucedió algo que nunca podré olvidar. Habíamos aprovechado el viaje para hablar con la familia de un joven que la pretendía. Estábamos contentos, pues se trataba de gente conocida y bien situada. Pero aquella noche, todo se fue al traste. Mientras discutíamos aspectos prácticos con el padre del chico, escuchamos un grito horrible. Nos precipitamos al interior de la casa, uno de esos antiguos palacetes construidos por los mercaderes, y oímos unos jadeos que venían de la habitación donde dormía Zeinab. ¡No estaba sola! Pronto aquellos gemidos se convirtieron en insultos. Aisha y yo nos miramos y decidimos actuar. Eché la puerta abajo y quedamos sorprendidos. Estaba sola en la habitación. Se retorcía en la cama, despeinada y con el camisón hecho trizas, como si hubiera estado forcejeando con alguien. Con el ruido acudió mi primo, que es un hombre de religión y sabe de estas cosas, y fue a por un *mualimu* que vivía en la misma calle. No nos atrevíamos a acercarnos a Zeinab, que seguía gritando con la voz de un hombre colérico. Hablaba en árabe, cuando la pobre chica apenas conoce algunas frases religiosas en esta lengua. Los familiares del pretendiente desaparecieron sin despedirse.

Said detuvo su relato unos segundos para beber agua. Se oían los graznidos de los cuervos. Un animal alargado, que parecía una mangosta, salió de entre los cascotes y cruzó velozmente la explanada de piedra para refugiarse en la maleza.

–El *mualimu* llegó a los pocos minutos, acompañado de mi primo, que acarreaba varios libros –continuó Said–. Intentó acercarse a Zeinab, pero ésta daba patadas y trataba de arañarle. Entonces buscó entre sus textos. Nos indicó que permaneciéramos donde estábamos y comenzó a leer unas imprecaciones, que fue repitiendo cada vez a mayor velocidad. No sé cuánto duró aquello, pero lo que puedo asegurar es que clareaba el día cuando aquellos terribles jadeos fueron cediendo en violencia hasta caer en unos suspiros prolongados, que finalmente acabaron por extinguirse. Aquel *mualimu* nos dijo que bien poco podía hacerse, ya que Zeinab estaba poseída por un potente *yin* muy celoso y que por ello, siempre que la quisiéramos casar, entraría en profundas crisis. Algunas noches oíamos cómo lloraba

desconsoladamente en la habitación y la despertábamos... Hace un año su *yin* le pidió que se convirtiera en su mujer, ella se negó y él la tomó por la fuerza. Zeinab luchó, pero... –elevó la mirada al cielo– ¡es inútil resistirse a la voluntad de los espíritus!

–Pobre Zeinab –suspiró Fauzi–. ¡Nunca podrá ser una mujer normal!

–Desde hace ya unos meses, el *yin* no la visita –dijo Said–. Yasmina nos ha dicho que estuvo muy tranquila mientras estábamos en Dubai. Pero ayer la noté nerviosa y de nuevo distante. Aisha dice que tiene que casarse, que lo que le falta es un marido, que la mime y satisfaga sus caprichos, pero yo no creo que sea tan sencillo y temo que pueda sufrir otra crisis. Resulta imposible hacer entrar en razón a mi esposa. Se prometió a sí misma que la casaría antes que a nuestra propia hija. Teme que, si incumple su promesa, la desgracia pueda caer sobre la familia.

De regreso a la casa, nos recibió Aisha. Estaba excitada. Hablaba delante de mí, segura de que no comprendía sus palabras. Zeinab permanecía en un rincón, totalmente ausente, con una tortuga de jardín entre las manos.

–Fauzi, quédate con nuestro amigo para la cena –dijo Said–. Aisha y yo tenemos un compromiso.

Cuando se marcharon, la hija de los ojos de gacela desapareció para visitar a las vecinas y, mientras Zeinab y Yasmina preparaban la cena, Fauzi me confió:

–Aisha está decidida a esposar a Zeinab. Sabe que son fuertes las habladurías sobre su locura y que ya no la podrá casar con un buen partido, pero ha encontrado a un viudo que es un buen hombre. Por eso han ido a visitar a una mujer que se ocupa de arreglar matrimonios.

Sonaban las palmas y los ululatos de las vecinas; en la casa de al lado continuaban las fiestas.

–¡No sabes cómo es mi hermana Aisha cuando se le mete algo en la cabeza! La alegría de la casa de las vecinas la ha hecho decidirse a intentarlo de nuevo. Said teme por lo que pueda pasar, porque Yasmina asegura que Zeinab vuelve a hablar sola.

Aquella noche, tras haber dado buena cuenta de un soberbio curry de carite estriado, nos sentamos en el salón ante el televisor. Estábamos felicitando a la cocinera, frente a un frenético remix tecno-bhangra de un tema de *La boda del monzón*, que daban en MTV Asia, cuando nos

llegó un grito del exterior. Salimos corriendo. Zeinab estaba en lo alto de la escalera que comunicaba directamente la primera planta con el jardín. Vestía tan sólo un camisón, que desvelaba las formas de su cuerpo. La cabellera negra le resbalaba sobre los hombros. Sus ojos eran los de una posesa.

–¡Zeinab! –gritó Yasmina–. ¡Una mujer musulmana no debe presentarse así a la vista de todo el mundo! ¡Vuelve ahora mismo a tu habitación!

¡Estaba en trance!

–¿Cómo te atreves a mostrarte desnuda delante de los hombres? –seguía recriminando la cocinera.

Pero Zeinab no atendía a razones. Era como un fantasma que temblaba presa de violentas convulsiones. Comenzaba a bajar por la escalera cuando cayó de espaldas y resbaló, golpeándose la nuca en cada escalón. Nos miramos aterrorizados y corrimos hacia ella. Pero entonces hizo ademán de incorporarse y, con una voz recia de hombre, que nos heló el corazón, aquella pobre chica sin estudios habló en árabe:

–*La ta hauf. La ta hauf.* ('No temáis. No temáis'). Soy Hasán, el esposo de Zeinab, y no permitiré que ningún ser humano se case con ella.

Intentamos despertar a Zeinab, pero seguía en trance y se zafaba con la asombrosa fuerza que tienen locos y poseídos, mientras no dejaba de repetir:

–Soy Hasán, soy Hasán.

Se agitaba y contorsionaba penosamente. La boca le babeaba. Tras una fuerte sacudida consiguió desembarazarse, volviendo a resbalar por las escaleras. Finalmente la rolliza cocinera logró reducirla, aplastándola con sus carnes para que no escapara.

–¡Yasmina! –gritó Fauzi–. ¡La vas a ahogar!

–Yo sé lo que me hago. Tráeme corriendo agua de rosas e incienso –ordenó–. ¡Venga!

No pedía nada extraordinario. En todos los hogares de Oriente suelen encontrarse ambas cosas. El incienso purifica las casas y aleja los espíritus. El agua de rosas se utiliza como astringente y tónico facial y también en la cocina, sobre todo en repostería y en algunos arroces.

–¡Agua de rosas! –reclamaba una vez más, mientras Zeinab trataba de zafarse–. Por Dios, ¡traedla ya!

Fauzi se fue a buscar lo que le pedía.

Entonces recordé que en Costa de Marfil, Adjoua, la sacerdotisa que me acogió en su santuario, a menudo caía sobre mí al final de una ceremonia de posesión para que le hiciera salir del trance. Me enseñaron a cogerla de las manos y a tirar de sus brazos hacia arriba

con fuerza. Tres veces. Lo probé con Zeinab. ¿Serían iguales los *yin* en todas partes?

Pareció funcionar. La chica exhaló un suspiro, que Yasmina aprovechó para introducirle en la boca el cuello de la botella de agua de rosas que le obligó a beber de un tirón, mientras Fauzi nos envolvía en una nube de incienso.

–¿Qué ha pasado? –preguntó la muchacha, que se incorporó con la misma mirada desesperadamente triste de Adjé Magné, como si viniera de muy lejos.

La acompañamos a la sala y la tendimos en una banqueta. Yasmina la tapó con un *buibui*.

Al poco se quedó dormida y entonces Fauzi y la cocinera se la llevaron.

Yo opté por subir a mi habitación. Me tendí en la cama. ¡Qué extraño era todo! ¡Claro que Zeinab me recordaba a Adjé Magné! Los mismos ojos que de pronto se tornaban vacíos. Nada podía hacerse contra la decisión de los genios, me decían en Costa de Marfil. Sentía pena por la chica.

–Si no se les escucha, los *yenún* acaban por volverte loco –me había contado la sacerdotisa Adjoua–. Te llevan al bosque, donde te retienen un tiempo y, si al regresar no atiendes a sus deseos, pueden acabar contigo.

No sé si fueron los genios o no, pero yo vi cómo Adjé Magné, la iniciada que tanto me recordaba a Zeinab, desaparecía durante tres días, en aquel bosque de Costa de Marfil, para regresar con la cara tiznada, portando hierbas y raíces, y la mirada traspuesta. Cuando la sacerdotisa la devolvió a este mundo, de sus ojos fríos como cuentas de cristal emanó una profunda tristeza, como si me escrutara desde un vacío al que mis ojos no tenían acceso.

Aquellas sacerdotisas africanas y sus iniciadas se dejaban poseer por algo que se encontraba en su interior y, mediante un gran dominio de las técnicas del trance, lograban que aflorara una parte oculta de sí mismas. En el interior de Adjé Magné se libraba una lucha feroz contra su destino como elegida, que le impedía ser como las otras jóvenes de su edad. Según contaban, Adjé Magné desafiaba las prohibiciones y los designios de los genios. El mundo en el que se desenvolvía había cambiado radicalmente. Lo que hasta hacía poco representaba el mayor honor: ser el vehículo que permitía a la comunidad establecer contacto con los espíritus y fuerzas de la naturaleza, en una sociedad cambiante y desestructurada comenzaba a ser un desprestigio, cuando no un símbolo de locura o brujería.

¿Qué ocurriría en el interior de Zeinab? Resultaba sintomático

que sus crisis se produjeran cada vez que se hablaba de su matrimonio. Acaso aquel espíritu somalí llamado Hasán que la poseía no era otra cosa que una proyección de sí misma que se rebelaba contra una situación que rechazaba. Mi amigo Samir al Adawi, psiquiatra de la Universidad Sultán Qabus y que había investigado sobre esos fenómenos, me había contado que, en la mayoría de los casos, el trance era una salida a una frustración. Se habían hecho pruebas médicas que revelaban que los posesos se veían afectados por una respiración tan peculiar y rítmica como la de los yoguis y algunas escuelas espirituales. Aquel tipo de respiración hacía que sufrieran un colapso durante unos minutos y que cuando volvían en sí tuvieran gran claridad mental con tendencia a percibir cosas que la gente normal no podía verificar.

Debí quedarme profundamente dormido. En sueños oía cómo golpeaban la puerta y sólo me desperté cuando alguien me tocó el hombro con cuidado. Era Said.

–No había quien te despertara –dijo, sentándose en el borde de la cama–. Fauzi me lo ha contado todo. Asegura que fuiste tú quien alejó al *yin*.

–Bueno, en realidad creo que escapó de Yasmina para que no lo siguiera aplastando con sus pechos –sonreí.

–No juegues con estas cosas –me recriminó con un deje de tristeza.

El sol entraba a raudales por la ventana.

–No sé qué más podemos hacer por Zeinab –se lamentó.

–Y, ¿no será que no quiere casarse? –pregunté.

–A veces pienso lo mismo, pero cualquiera se atreve a insinuárselo a mi mujer. Aisha la quiere como a una hija y dice que estaría dispuesta incluso a viajar a la isla de Pemba, donde están los brujos más poderosos de África, para curarla. ¿Sabes una cosa? A Aisha tampoco le gusta que Zeinab permanezca en casa. Es por Samira, nuestra hija. Teme que le meta historias en la cabeza. Por eso, mi mujer consiente tanto a la niña y deja que se pase el día en casa de las vecinas, y tiene tanta prisa por casar a Zeinab.

–Quiere proteger a su hija –dije.

–¡Claro! –exclamó–. Pero nosotros queremos a Zeinab, creemos que no todo está perdido y haremos todo lo que esté en nuestras manos para sacarle este maldito demonio. A mi esposa le han hablado de un *mualimu* muy eficaz, que vive en un pueblo al sur de Mombasa. He decidido buscar a ese hombre. Esta misma mañana. Así que me voy contigo. Olvídate del autobús. Nos vamos con Fauzi.

Cuando se incorporó, me di la vuelta para seguir durmiendo unos

minutos pero entonces se giró:

–Anda, dúchate, Yasmina nos ha preparado un suculento desayuno.

Por la ventanilla del coche desfilaba un paisaje degradado de apartamentos y chalés desocupados. Algunos rótulos pendían de un clavo, otros ya habían caído. Las zarzas estaban asfixiando bignonias y buganvillas, y del asfalto de los parkings brotaban hierbas e incluso pequeños árboles. Fauzi, al volante, intentaba dar conversación pero Said estaba sumido en sus pensamientos.

12

El poeta de Mombasa

A medida que nos acercábamos a la isla de Mombasa, se sucedían las chabolas y los edificios a lo Corbusier, decrépitos y enmohecidos por los monzones. Olía a gasolina de mala calidad. La estrecha carretera, llena de socavones, era transitada por una multitud de *matatus*, cargados hasta los topes, que se detenían cada dos por tres para que subieran aún más pasajeros, dejando atrás una explosión de humo gris y azulado. Pronto aparecieron los primeros anuncios de móviles, de cervezas y de Nakumat, la gran cadena india de centros comerciales. Comenzaban a apreciarse algunos edificios coloniales de tejas rojas, que fueron transportadas en dhow desde la India, tal como me habían relatado los marinos de Sur. De vez en cuando, sorteábamos algún fabuloso baobab, que en su día debió reinar orgulloso en la maleza y hoy se veía en el asfalto esquivado por los coches, ennegrecido por el humo de los autobuses y convertido en expositor de algún buhonero, que colgaba en sus ramas espejos y telas de colores, tubos de escape oxidados o cualquier otra cosa.

Nos acercábamos al centro, donde África se encontraba con la India: edificios racionalistas al estilo de Bombay, templos sijs, jaínes e hindúes o alguna mezquita ismaelita. Comenzaban a verse algunos musulmanes con sus bonetes, como en Omán; los había que llevaban coloridos *kikois*. Otros vestían la *dishdasha*, exactamente igual a la omaní, pero que en suajili, como me dijo Said, la llamaban *kanzu*.

La avenida Nkrumah era una de las arterias principales de Mombasa. Tenía un aire muy británico, con edificios coloniales; algunos de ellos ocupados por bancos. Me llamó la atención una casona blanca, con tejado a cuatro vientos y galerías de madera. Se trataba de un hotel.

–Para –le dije a Fauzi–. Quiero bajarme aquí.

–¿Cómo? –replicó–. Aún no hemos llegado a la ciudad árabe. ¿No vas al encuentro de Cheij Ahmed Nabhany?

–Le veré mañana. Hoy quiero ordenar mis notas y leer sobre Mombasa.

–¡Pero nosotros también nos dirigimos al barrio antiguo! –insistió Said–. Quiero visitar a unos parientes antes de buscar al *mualimu*. ¡Ven con nosotros!

–No me lo pidas, Said, ya habéis hecho demasiado por mí. No te lo tomes mal, pero necesito estar solo.

Me miró con ojos de incredulidad.

–Quiero... –No se me ocurría qué decirle; hablarle de privacidad no lo hubiera entendido–. Quiero estudiar –dije, pero mis palabras quedaron ahogadas por el estruendo de los cláxones.

Habíamos taponado la calle comercial.

–¿Qué? –dijo Said–. No te oigo.

–¡Que quiero estudiar! –grité–. Debo preparar mi encuentro con Cheij Ahmed Nabhany.

Said frunció el ceño, tratando de comprenderme. Cosas de los *muzungus*,[21] de los europeos, debió pensar.

–Pero –dijo–, ¿vamos a despedirnos así sin más?

Callé y nos dimos un abrazo. Fauzi parecía apenado.

–¿Prometes visitarnos si algún día regresas a Malindi? –insistió.

–¡Por supuesto!

Tampoco mis amigos cairotas entendían que en ocasiones buscara el retiro. Curiosos, estos suajilis, me decía. No son árabes, pero a veces lo parecen más que los auténticos.

En el umbral, me pregunté si no habría sido un grosero. Said y Fauzi me habían tratado con generosidad. Me habían abierto su casa y yo acababa de comportarme de aquella manera fría e inaceptable. Regresé sobre mis pasos pero el coche de Fauzi se perdía ya en la avenida Nkrumah.

Aquel hotel elegido sobre la marcha resultó realmente especial. Era un amplio edificio, de la época de los ingleses, con un patio interior cubierto por una gran claraboya, bajo la cual se disponían algunas mesas y la maltrecha recepción. Varios hombres dormitaban en las sillas. Unos paneles reproducían flamencos y otras aves sobre un fondo azulado.

En la recepción, unas grandes llaves colgaban de sus ganchos, y el mostrador lo decoraba un teléfono antiguo con el auricular arrancado. Pulsé varias veces un timbre de mesa sin resultado. Al cabo de un buen rato, se abrió una puertecita de donde surgió un indio de pelo canoso y ojos vivarachos, que llevaba una camisa verde lima desabrochada hasta el ombligo y me sonreía con una boca desdentada llena de espumarajos rojos de nuez de bétel.

–*Acha?*

–Quisiera una habitación con ventilador.

–¿Tiene usted reserva? –preguntó pomposamente–. Vamos a ver, creo que me queda algo…

Dejó pasar unos segundos. Por fin abrió el polvoriento libro de registros y, mojando en saliva sus dedos manchados de nicotina, fue pasando las hojas con parsimonia. Con la uña del meñique, que se había dejado crecer desmesuradamente, señaló dónde debía escribir

mis datos. Finalmente me tendió una gran llave.

–*Welcome in Mombasa!* –me dijo, y volvió a sus quehaceres.

Dejé los bártulos en la habitación, espaciosa y muy colonial, con una puerta de rejilla que daba a un patio. Me tumbé sobre la cama bajo un gran ventilador que no funcionaba. La lamparita de noche tampoco se encendía; no había electricidad. El calor era atroz y la camisa se me había empapado. Me levanté de la cama y acudí a recepción.

–¡Uf!, ¿quién sabe? –dijo el indio–. Quizá para la tarde regrese la electricidad.

–¿Y qué ocurre con todos estos negocios? –pregunté, señalando aquella calle de sucursales de bancos extranjeros, oficinas de fax y cibercafés con anuncios de Africa On Line.

Me miró extrañado.

–Nada –dijo–. Tienen grupos electrógenos. Nosotros no tardaremos en instalar uno.

–Ya, ya –dije, apartando la vista de una nevera oxidada de la que salía un líquido grasiento, para posarla a continuación en el reloj de péndulo, que estaba parado y con el cristal roto–. ¿Lloverá al menos?

–No, aún no. Cada día es lo mismo: cielo plomizo, un poco de aparato eléctrico... pero las nubes pasan de largo.

Miró hacia la gran claraboya del techo, pero el cielo estaba ahora de un inesperado azul intenso. Un corro de moscas giraba en la luz cenital, como los planetas alrededor del sol.

–*Do you need any beer?* ('¿Necesita una cerveza?') –dijo, recalcando el «*neeeed*», regocijándose, salivando casi, como si de ello dependiera mi salud.

–Bueno, no sé si necesito es realmente el verbo adecuado –dije–, pero sí que me apetecería con este calor. ¿Todo el año es así?

–¡No! La estación de lluvias se está retrasando. Entonces caen toneladas de agua sin parar, el cielo se oscurece, la temperatura baja y a veces la cortina de agua es tan intensa que apenas se ve a dos palmos. Luego tenemos unos meses muy agradables; algunas noches casi haría falta ponerse camisa de manga larga –añadió, como quien en otras latitudes estuviera hablando de guantes o bufandas–. Acompáñeme al bar.

Atravesamos una puerta que no había visto y penetramos en una especie de pub envuelto en humo, apenas iluminado por unas velas, con un fuerte olor a humedad, colillas y a cerveza fermentada. Las bebidas estaban alineadas en estantes de cristal. El calor era grande. Unas mujeres africanas charlaban con varios clientes. En la barra, se iban amontonando los envases vacíos, que no eran retirados hasta el momento de pagar. Los presentes me miraron sin sonreír apenas. El humo de sus cigarrillos jugaba con un haz de luz que se colaba por las

ranuras de una ventana cerrada para estrellarse en un gran panel que representaba a unos masai cazando un león de poderosa melena. Qué lejos quedaba esto del África occidental, donde el alcohol se utilizaba en los rituales, a pleno sol, y animaba a la gente a bailar y coquetear. Aquí todo destilaba, valga la expresión, un aire de culpabilidad protestante.

–Si tiene calor se la sirvo en recepción, sir –dijo el recepcionista.

–Lo prefiero –contesté cerrando las aletas de la nariz.

Depositó sobre la mesilla en forma de riñón una botella de litro, que abrió con los dientes, junto con unos aperitivos indios de harina y especias tremendamente picantes, que incluían unas sorprendentes y saladas virutas de coco fritas perfumadas al curry. Me fijé en la marca de la cerveza: era Tusker, con la famosa cabeza del elefante dotado de sus poderosos colmillos en la etiqueta.

–*Enjoy yourself* –dijo el recepcionista con voz pastosa, arrastrando las consonantes.

–¿Es usted de Bombay? –le pregunté.

–No, soy de Quilon, un poco más hacia el sur. –Me ofreció un cigarrillo que rechacé–. Pero llevamos muchas generaciones aquí. Estuve en esas islas de ustedes. ¿Cómo se llamaban? ¡Las Palmas! –dijo–. Allí había todo tipo de licores. Coñac, whisky, tabaco americano barato... ¡Y a qué precios! El vino era más barato que el agua. ¡Y qué mujeres! –Se quedó con la mirada perdida soñando en el paraíso, con un Rothmans apagado en una mano y sosteniendo con la otra un viejo encendedor Zippo de gasolina con la tapa abierta.

–¿Necesita otra cerveza? –despertó.

Yo había transpirado ya casi toda la bebida.

–No, no necesito una cerveza pero sí que necesito una ducha. Me vuelvo a mi habitación.

–Me temo que tendrá que esperar a que regrese la electricidad, porque sin motor, el agua no tiene fuerza. –Encendió por fin su cigarrillo.

–Bueno –respondí mientras trataba de despegarme de la espalda la camisa empapada de sudor–. ¡Entonces sí que necesito otra Tusker!

Una familia de sijs, la abuela, la madre, los hijos y el patriarca de barbas blancas recogidas en una red y tocado con un turbante rojo rubí, irrumpió en el patio y se dirigió al restaurante. Aunque era pronto, les seguí. Un camarero africano se me acercó y me preguntó:

–*Lunch, sir?*

El menú era un festival de *papadams*, samosas con cilantro y arroz basmati perfumado con cardamomo y azafrán. Después del pescado al curry con leche de coco, llegó el postre: helado de *kulfi*, una deliciosa

bomba hipercalórica de leche, canela, pistachos, cardamomo y otras especias. Fuera, en la calle, el cielo continuaba plomizo, opresivo. Unas tórtolas se posaron en el cable eléctrico de un enorme transformador que no paraba de soltar chispazos y comenzaron a arrullarse. Pero pronto aparecieron unos cuervos y la parejita huyó al alero de una casa donde prosiguió con sus arrumacos. La comida era de verdad excelente y poco a poco la sala comenzó a llenarse –buena señal– de familias de origen indio.

Como aún no había vuelto la electricidad, volví a sentarme bajo la claraboya y pedí un café. Poco a poco fueron apareciendo otros clientes: un somalí acompañado de una prostituta, dos hippies viejos con coleta y unos anglosajones jovencísimos con la guía *Lonely Planet* bajo el brazo, que fueron repartiéndose por aquel patio entre palmeras enanas de Madagascar, junto a unos bellos y maltratados muebles de caoba.

Entró una mujer europea con un vestido camisero de flores y un sombrero de tela encasquetado. Tenía la cara muy pálida, gris casi, con las facciones poco pronunciadas. La cabellera, de un rubio desvaído, le caía sobre los hombros. Se acercó a mi mesa y, sin esperar invitación, se sentó frente a mí. Pidió un vaso de whisky local sin hielo. Yo aproveché para reclamar un café que nunca llegaba.

En dos minutos lo supe todo: era irlandesa, católica, claro, residía en la isla de Lamu y trabajaba desinteresadamente para la parroquia.

–¿Para la parroquia? –pregunté–. Pero ¿no son musulmanes los habitantes de Lamu?

–¡Oh! Bueno, en realidad, sí –dijo con aire de resignación–. Lo son pero han llegado muchos inmigrantes del interior de Kenia, casi todos cristianos, y algunos católicos. He venido a recoger unas vacunas para la diócesis...

El camarero le trajo su whisky y ella le hizo dejar la botella.

–Es para que me suba la tensión –se disculpó–. No irá usted a pensar...

Me miró fijamente.

–Vaya con cuidado –me aconsejó–. Mombasa ha pasado por muy malos momentos en estos últimos años. Ahora parece que las cosas han mejorado algo desde los disturbios que, por cierto –dijo bajando la voz– parece que los promovió el propio gobierno. Nada de cámaras ni mucho menos vídeos a la vista. Y, sobre todo –me amonestó con el índice–, no se le ocurra salir de noche. A las seis de la tarde las calles se vacían y todos los comercios cierran las verjas metálicas con cadenas de hierro y enormes candados. Claro que Mombasa no es tan peligrosa como Nairobi, a la que llamamos *Nightrobbery*,[22] rió, enseñando dientes de colegiala como si acabara de soltar una palabrilla atrevida.

Cogió la botella y leyó la etiqueta, haciendo un gesto de aprobación.

–Debe visitar Lamu sin falta –dijo bebiéndose medio vaso de un trago–. Sobre todo Shela, donde vive todo el mundo y nada de turistas, ¿eh? –exclamó, mirando con fastidio en derredor–. Allí encontrará gente interesante, expatriados, algunos ingleses que se quedaron tras la independencia: los famosos *Kenyan cowboys*; y también gente muy sofisticada, *du grand monde:* italianos, franceses... hasta hay una pintora española. Todo el mundo se reúne al atardecer, frente al canal, en la terraza del hotel Pepone, para tomar un *pink gin* o una copa de vino sudafricano mientras desfilan los dhows de vuelta a casa. Le encantará. Pero debe darse prisa porque cierran el hotel para la temporada de lluvias –dijo mientras se servía un segundo vaso casi a rebosar.

Una enfermera india vestida con una capa azul, como de la Segunda Guerra Mundial, le estaba haciendo señas desde la recepción.

–Ahora debo irme. –Apuró el vaso–. Mi nombre es Prudence. –Se levantó sin pagar sus whiskies.

El camarero llegó por fin con una cafetera omaní. Tomé un sorbo. Aquel café era casi lo único realmente árabe que había visto desde mi llegada. ¿Tan lejano quedaba en Mombasa el recuerdo de los árabes del mar? Un gatito rubio jugaba en el suelo con las sombras de unas grandes hojas, como si quisiera atraparlas. De pronto, una silueta alargada se cernió sobre el pequeño animal, que dio un respingo y se refugió bajo la mesilla. Me giré.

Era un hombre alto, de unos sesenta y cinco años, de piel oscura, vestido con un *kanzu* y con el característico bonete bordado. Portaba una cartera de ejecutivo. No podía ser sino Cheij Ahmed Nabhany. Efectivamente, lo era. Su rostro era árabe y al mismo tiempo africano, y cuando reía, sus ojos eran chinos.

–Me ha abordado por la calle un tal Fauzi, de Malindi y me ha dicho que le conocía y que usted se alojaba en este hotel. ¿Por qué no me avisó de su llegada?

Parecía contrariado.

–¿Por qué ha escogido este lugar? –preguntó–. Es... –paseó su mirada sobre el grupo de prostitutas y, husmeando el olor a cerveza fermentada, exclamó–: *Filthy!* (‘¡asqueroso!’). Eso es: *filthy*. –Había encontrado la palabra–. Venga conmigo. Vamos a mi casa.

–*Wisaj!* –pronuncié de repente en árabe recordando la palabra que creía olvidada.

Ahmed sonrió.

Bajando la avenida Nkrumah, pasamos junto a una de las escuelas

financiadas por el Aga Ján y no tardamos en alcanzar una plaza amplia y vacía, con antiguos edificios de la administración británica, de balcones y galerías de madera, rematados con tejas de Mangalore. Unos flamboyanes de flores rojas, frangipanis amarillos y grandes banianos aportaban algo de sombra a la explanada castigada por el sol del trópico. Bien podríamos encontrarnos en la India, si no fuera porque faltaba la muchedumbre. Caminábamos en silencio; de pronto el poeta Cheij Nabhany reiteró sus corteses recriminaciones.

–¿Por qué no me telefoneó nada más llegar? ¿Por qué está en un hotel? ¿Por qué...?

–No quería molestar –traté de excusarme.

–¿Molestar? ¡Sepa, amigo, que en suajili ya no existe esa palabra! –gruñó con simpatía mal disimulada–. ¡No existe! La hemos arrancado del diccionario. ¡A-rran-ca-do! –tronó, haciendo como si desgajara de un golpe seco la página de un libro imaginario.

Me fijé en la piedra de uno de sus anillos, extrañamente tornasolada, violeta, roja y azul; nunca había visto nada igual.

Llegamos frente a las lúgubres paredes del Fort Jesus, erigido por los portugueses para defender sus conquistas.

–Aquí trabajo –explicó–. Pertenezco a los amigos de Fort Jesus.Nos ocupamos de promover la cultura suajili. Mire, disponemos aún de una hora. Nos da tiempo a visitar el museo. Hadija, mi mujer, nos espera para comer a las tres.

¿Comida? ¡Si estaba en plena digestión! El sabor deliciosamente amargo del café con cardamomo no había logrado acallar el regusto a cebolla cruda y a curry. Pero ¿cómo rechazar la invitación de un musulmán? El rechazo de la hospitalidad resultaba una ofensa.

Fort Jesus era una sólida fortaleza de piedra de coral. Mientras ascendíamos por la rampa que conducía a una enorme puerta, algunos paseantes se acercaban a Cheij Nabhany y le saludaban con deferencia. Franqueada la entrada se accedía al interior del fortín por un largo pasadizo en forma de L, supongo que como medida de defensa. Aprovechando la corriente de aire y la fresca temperatura del túnel, los funcionarios del museo descansaban en unos bancos de piedra. Al distinguir a Cheij Nabhany se pusieron en pie y nos saludaron. Me presentó a Amira, su secretaria, una simpática y llenita mujer de unos cuarenta años que se cubría con un *buibui*.

Accedimos al amplio patio de la fortaleza, donde se alzaban grandes árboles, y nos dirigimos a un pequeño edificio alargado que albergaba un museo que contaba con una bella maqueta de uno de los dhows típicos de la costa del África oriental.

–Es un *mtepe* –dijo Cheij Nabhany–. Ya no se construyen; dejaron de navegar hace más de medio siglo. Fíjese en la proa que acaba en forma de pájaro. En realidad es una estilización del camello preferido

del Profeta.

Amira me mostró unas vitrinas que contenían porcelanas chinas, sedas indias, marfiles tallados, joyas árabes... toda una muestra de los intercambios propiciados por los monzones. En las paredes, habían pintado mapas muy didácticos de la costa, con toda la intrincada maraña de canales e islas. Estudié durante un buen rato aquellos mapas tan explicativos. Gracias a ellos se comprendía que los árabes hubieran elegido establecerse en lugares de tan difícil acceso, porque estaban a salvo de los ataques de piratas y también de las tribus del continente, entre las cuales se hallaban los temidos zimba, de los que se decía incluso que eran caníbales. La situación estratégica no sirvió de mucho para detener a los portugueses, me dije a mí mismo.

–El problema de nuestros sultanatos –Cheij Nabhany parecía haberme adivinado el pensamiento– es que siempre estuvimos desunidos y luchábamos entre nosotros. Por eso los portugueses nos vencieron tan fácilmente. De nada sirvió que las ciudades de esta costa perteneciéramos a la misma civilización mercantil, tuviéramos la misma religión, habláramos la misma lengua o estuviéramos unidos por lazos de sangre. Mombasa, Quiloa, Zanzíbar, Lamu, Pate o Pemba eran rivales y políticamente independientes, un poco al estilo de las ciudades italianas del Renacimiento. Algunas estaban gobernadas por dinastías, que se llamaban así mismas shirazi; otras, como el sultanato de Pate, estaban dirigidas por la dinastía omaní de los Nabhan...

Recordé las explicaciones de Haj Mahmud en su casona de adobe en el Jawf, cuando me hablaba de las luchas fratricidas constantes y de los Nabhan, la dinastía que había gobernado Omán hacía más de cinco siglos y de la que una importante rama se vio obligada, debido a las luchas internas, a emigrar al sultanato de Pate en África.

Observé el porte aristocrático de Cheij Nabhany. Él mismo era uno de aquellos Nabhan que acababa de mencionar con modestia, como si nada tuviera que ver con ellos. Un haz de luz que se filtraba por la claraboya jugaba con las partículas de polvo. Mi anfitrión alzó la mano para señalar su ciudad en el mapa y en aquel momento aquella rara piedra de su anillo despidió haces tornasolados.

–Venga conmigo –dijo.

Salimos al exterior y nos dirigimos al perímetro de la fortaleza que dominaba la entrada del canal, surcado por unos dhows de pesca con las velas al viento. El cielo amenazaba tormenta.

–Las noticias corren rápidas en el Índico y antes de que llegaran los portugueses, aquí ya los esperábamos. –Cheij Nabhany señaló la otra orilla–. Cuando Almeida y su flota arribaron a Mombasa los recibimos a cañonazos, seguramente desde aquí mismo. Pero resultó inútil porque la artillería portuguesa era muy superior y su fuego incendió nuestros polvorines.

Apoyé la mano en la almena, e imaginé las naos de Almeida a las puertas de Mombasa, con las cruces rojas bordadas en sus velas y el resplandor de la pólvora en los costados.

–Cuando cesó el fuego –siguió evocando Cheij Nabhany– todo quedó en esa calma que anticipa la tragedia. Sabemos exactamente lo que ocurrió aquellos días por el relato de Hans Mayr, un alemán que se había enrolado en la expedición portuguesa. Un pequeño dhow se acercó en son de paz a la nao de Almeida, en él iba un español que había renegado de su fe para abrazar el islam. Exigió ser escuchado y, cuando subió a bordo, trató de disuadir a los portugueses, asegurándoles que las gentes de Mombasa no eran como las de Quiloa, a quienes se les podía arrancar el corazón como si fueran gallinas. Pero sus palabras no hallaron eco alguno.

En el horizonte, descargó un rayo.

–Aquella misma noche los portugueses bombardearon Mombasa –dijo, extendiendo los brazos–. Todos huyeron despavoridos. El sultán y los supervivientes se refugiaron en las afueras de la ciudad, protegidos por quinientos arqueros esclavos.

De repente, el sol consiguió abrirse paso entre las nubes. El calor pronto se volvió insoportable.

–¡Vámonos! –dijo–. ¿Le apetece un té? Con este calor, es lo único que quita realmente la sed. Amira nos lo servirá en mi despacho.

–Al día siguiente –continuó Cheij Nabhany mientras bajábamos hasta un pequeño edificio dentro del perímetro de la fortaleza–, Almeida ordenó el saqueo de la ciudad y permitió a cada hombre que se quedara con la veinteava parte de lo que consiguiera subir a bordo. Los portugueses nos robaron oro, plata, perlas, ricas sedas, vestidos bordados con oro y alfombras tan magníficas que fueron enviadas al rey de Portugal.

Amira, que nos había visto llegar, nos esperaba en la puerta.

–¿Les apetece un té?

Cheij Nabhany y yo nos miramos.

–¿Qué pasa? –dijo ella.

–A esto se le llama telepatía –rió el cheij.

Entramos en la construcción de piedra de coral y Amira nos sirvió un té a la india, muy azucarado y con especias. Cheij Nabhany dio un sorbo y retomó el relato:

–Cuando por fin partieron aquellos portugueses, los supervivientes de Mombasa se quedaron horrorizados ante la magnitud de la tragedia. Apenas quedaba alguna casa en pie y las calles estaban sembradas de cadáveres. Todo era desolación y muerte y las columnas de humo se elevaban hasta el cielo.

En una estantería de teca descansaban libros antiguos. Cheij Nabhany se acercó y extrajo un volumen de viejas tapas de cuero

marrón. Pasaba las páginas, parecía no encontrar algo.

–¿Qué busca, cheij? –se acercó la secretaria.

–La carta que el sultán de Mombasa envió a su enemigo, el sultán de Malindi, el que había pactado con los portugueses.

Me miró y me dijo:

–Aquel traidor les proporcionó nada menos que Ibn al Majid, el gran navegante omaní, que les enseñó a navegar en un océano nuevo para ellos.

La eficiente Amira no tardó en dar con el pasaje:

–Aquí está.

–Léela tú –dijo Cheij Nabhany–, ¿quieres?

Amira declamó con voz solemne:

> Que la bendición de Dios recaiga sobre vos, Sayid Alí. Esta carta es para informaros que un gran señor ha pasado por la ciudad, con tal poder y tanta crueldad que no perdonó ni a los hombres, ni a las mujeres ni a los niños más pequeños. Mombasa fue incendiada y no sólo mataron y quemaron a las personas, sino que incluso acabaron con los pájaros del cielo. El hedor de los cuerpos es tal que no nos atrevemos a salir a la calle. No podemos estimar la riqueza que han robado. Os informo para vuestra propia seguridad.

–¿Fue entonces cuando los portugueses construyeron este baluarte de Fort Jesus? –pregunté.

–Al principio no lo necesitaron; les bastaba su astucia para explotar las rivalidades entre nosotros y conquistar, una tras otra, nuestras ciudades. Pero, a finales del siglo XVI, aparecieron los turcos en el Índico y comenzaron a hostigarles. Los portugueses tuvieron que enviar una flota desde Goa para intimidarles y saquearon de nuevo Mombasa. En 1593 empezaron a construir esta fortaleza según los planes de un conocido arquitecto italiano. Está considerada como una obra maestra de la arquitectura militar.

Atravesamos el patio, en el que se alzaban majestuosos unos nogales indios, y llegamos a un torreón construido por los omaníes.

–Por inexpugnable que parezca Fort Jesus, al final de poco les sirvió a los invasores –dijo Cheij Nabhany.

–¿Cómo lograron derrotar ustedes a los enemigos? –pregunté.

–Pedimos ayuda a nuestros hermanos de Omán, que acababan de expulsar a los portugueses de los puertos de Arabia. Cuando, con el monzón, aquellas noticias llegaron a Mombasa, aquí surgió un rayo de esperanza y nuestro sultán no dudó en solicitar la ayuda a los omaníes, que acudieron a nuestro socorro. Atacaron a los portugueses en Zanzíbar y Pate, con desigual suerte, pues los invasores recuperaron Zanzíbar. Pero, no pudieron con Pate, que a partir de entonces se convirtió en el principal foco de resistencia de toda esta costa. Estamos hablando justo de finales del siglo XVII. El imán de

Omán, aliado con el sultán de Pate, envió un ejército de tres mil hombres para asediar Mombasa, y dos años más tarde liberaron la ciudad, que a partir de entonces sería gobernada por la dinastía de los Mazrui.

–Y desde que los omaníes echaron a los portugueses, ¿Mombasa fue gobernada desde Arabia?

–Durante un tiempo sí, pero cuando en Omán ascendió al poder la dinastía de los Bu Said, el gobernador de Mombasa, que era fiel a la estirpe de los Yaruba, la antigua familia reinante, se negó a reconocer a los nuevos dirigentes de Omán, y Mombasa se volvió a convertir, por un tiempo, en una ciudad independiente. Los Mazrui siguieron en el poder hasta que en 1837, los omaníes derrocaron definitivamente a aquella familia rebelde. Cuando, años más tarde, a la muerte del sultán, el imperio omaní se dividió en dos, Mombasa y el resto de las posesiones africanas quedaron bajo la soberanía del sultán de Zanzíbar.

–¿Cómo fueron las relaciones con los omaníes? Porque hasta la invasión portuguesa ustedes eran una especie de ciudades estado muy independientes y...

No me dejó continuar la frase.

–Es cierto. Aunque los omaníes fueran «nuestros hermanos», eso no quería decir que a la larga los siguiéramos viendo con simpatía. Porque nosotros, a pesar de estar muy ligados a Omán, y de que no renegábamos de nuestra herencia árabe, éramos también africanos y habíamos desarrollado desde hacía siglos una cultura propia. Fuera de las mezquitas y de los rezos, nos expresábamos en nuestro propio idioma: el suajili, una lengua bantú, que escribíamos con el alfabeto árabe hasta finales del siglo XIX. Además, al poco tiempo, nuestros intereses y los de los omaníes comenzaron a divergir. A veces se tenía la sensación de haber pasado de manos portuguesas a las de los sultanes de Mascate.

La ciudad antigua no tenía nada que ver con el resto de Mombasa. Apenas circulaban coches por sus calles estrechas de grandes casonas encaladas, con balcones de madera. La gente que paseaba por entre aquella bella arquitectura de influencia árabe, portuguesa y angloindia, era muy distinta a la del resto de la ciudad, y predominaban los musulmanes que vestían a la omaní.

Pasamos frente a un café donde sonaba Um Kulzum y me detuve unos instantes. Cerré los ojos y me dejé envolver por sus lamentos. Cheij Nabhany sonrió.

–¿Le gusta Um Kulzum? –preguntó.

Asentí con gesto rotundo.

–Entremos –dijo–. Aún es pronto.

Acostumbrado a la claridad exterior, tardé unos segundos en adaptar la retina a la penumbra. Las paredes desconchadas rezumaban salitre. Un trozo de coral grisáceo, unas estrellas de mar y un pez globo seco descansaban en una repisa. Los postigos de las ventanas estaban entornados para dar sensación de frescor. Un viejo dormitaba en una banqueta. En el techo, el ventilador traqueteaba como si fuera a desprenderse de un momento a otro, y en la pared colgaba un calendario con la explanada de las mezquitas de Jerusalén, con la cúpula de oro en el centro. Olía a humedad y a incienso, y también a caña de azúcar en fermentación. Podría estar en Sauakin, en Moca, en Sur o en Port Sudan. Sentí una agradable sensación de familiaridad. La misma que experimentaba cuando vivía en El Cairo y me acercaba a la costa mediterránea de Marsa Matruh, y saludaba interiormente a los primeros olivos e higueras y arrancaba flores de hinojo que me llevaba a la boca mientras en el cielo las nubes corrían rápidas. Tomé un energético zumo de caña, que expulsé de inmediato por todos los poros. En aquel café no desentonaba el desgarro de la diosa egipcia. Ahora sí que me encontraba en la Arabia de ultramar.

De vuelta a las callejuelas de la vieja Mombasa, nos deteníamos de vez en cuando para saludar a algunos hombres que vestían a la omaní, con los que Cheij Nabhany, tras intercambiar alguna frase en árabe, pasaba directamente al suajili. Pero, a diferencia de Arabia, donde resultaría impensable, aquí mi anfitrión saludaba a las mujeres, e incluso hablaba con ellas, ya fueran entradas en años o tímidas pero coquetas jóvenes parapetadas en sus *buibuis*. El calor era cada vez más sofocante, pero el cielo se negaba a descargar la electricidad acumulada. Torcimos por una bocacalle para tomar un atajo por un callejón lleno de barro, en el que un bajante reventado vomitaba agua gris y espumosa, que olía a cloaca y a jabón.

Unas callejuelas más y llegamos a un edificio de los años cincuenta.

–Bienvenido –dijo Cheij Nabhany, señalando un portal guardado por una verja metálica, que estaba abierta.

Accedimos a un patio en el que la luz se filtraba por entre la ropa tendida.

–*Take care, it's slippery!* (‘¡Vaya con cuidado, está resbaladizo!’) –dijo.

En el suelo mojado, unas niñas con complicadas trencitas africanas se afanaban lavando ropa en barreños de plástico. Una mujer, con un niño cargado a la espalda, luchaba con un hornillo de cobre que no conseguía encender; otra, pilaba mandioca o algo

parecido. Subimos las escaleras. Los distintos apartamentos se abrían en galería al hueco del patio donde se mezclaban las músicas de los radiocasetes: la típica rumba keniata con el frenético soukous congoleño y los perezosos taarab suajilis. Los aromas a comida especiada se fundían con el olor del desagüe y a zotal. A medida que íbamos ascendiendo la escalera, el ambiente se fue despejando; cuando finalmente alcanzamos el ático, una fragancia a incienso logró imponerse.

Cheij Nabhany apartó la cortina para dar paso a una vivienda pintada de vivos colores: verde loro rosa chicle y amarillo limón. Las ventanas enrejadas dominaban gran parte de la ciudad vieja, sus cúpulas y minaretes y, al fondo, el canal centelleante bajo unos rayos de sol que se colaban entre las nubes.

–*Ahlan u Sahlan* –me dio la bienvenida Cheij Nabhany.

Me acomodó en el salón, donde su esposa Hadija ojeaba una revista sobre un diván repleto de cojines bordados con yambías, las dagas curvas que los suajilis, al igual que omaníes y yemeníes, lucían anudadas en el cinto durante las grandes ocasiones. Repartidos por toda la habitación, dormitaban unos grandes gatos. Una gata de color miel mostraba sus tetillas hinchadas y abandonaba su cuerpo sobre un cojín de seda con la voluptuosidad de una odalisca.

Widad, una mujer que llevaba toda la vida al servicio de los Nabhany, nos ofreció café. La habitación estaba presidida por una enorme foto de la Kaaba, con certificados académicos de Cheij Nabhany las fotos de sus hijos en marcos de conchas. Estudié un grabado que reproducía unos dibujos de Ibrahim Noor Sherif, el profesor de la Universidad Sultán Qabus, gracias al cual había contactado con el cheij.

–Si usted es amigo de Ibrahim, también es mi amigo. Me honra con su visita.

–*Chakula tayari, chakula tayari!* –nos llamaron desde la cocina: la comida estaba lista.

–*Yala!* Vamos a comer –dijo Cheij Nabhany.

Fingí apetito y, en compañía de Hadija, atacamos un curry de gambas y el postre: papayas y mango perfumados con unas gotas de lima. Widad se desvivía para que todo estuviera en su sitio y se preocupaba de que repitiera una y otra vez.

–¿Qué está diciendo? –preguntaba yo.

Cheij Nabhany me amonestaba:

–Dice que no está usted comiendo de verdad.

Acabada la comida, nos dirigimos de nuevo a la sala. Hadija se retiró a su habitación y Cheij Nabhany se quedó dormido sobre los almohadones. Yo tampoco tardé en echar una cabezada. Desperté cuando Widad entró portando una bandeja con una cafetera árabe y

unos dulces de miel. Cheij Nabhany aún dormía. La criada encendió el televisor, pero la pantalla sólo mostraba rayas y nieve. Aquella gordita simpática batalló unos minutos con los cables de la antena sin resultado. No se inmutó, se acercó a la ventana y sacó los brazos a través de los barrotes para ajustar la parabólica. De pronto llegó la imagen y accionó el mando a distancia hasta dar –¡qué empeño!– con otro de aquellos partidos de críquet de la televisión sudafricana. Cheij Nabhany se desperezaba. Afuera se oía la llamada a la oración y mi anfitrión se disculpó para ir a rezar. En la pantalla gigante, unas esculturales modelos africanas anunciaban cerveza mientras las cebras corrían en la inmensa llanura. Widad volvió a coger el mando y puso MTV Asia.

–¡Hadija, Hadija! –llamó a la esposa de Cheij Nabhany–. ¡Corra! ¡Están poniendo en la televisión «Bent e sakarana» ('La chica ebria').

Hadija llegó a tiempo para ver el clip de uno de los últimos éxitos de Bollywood, en el que una chica india de gran belleza cantaba simulando una borrachera.

Llamaron a la puerta. Eran unas mujeres cubiertas con buibuis negros y que, a diferencia de las de la Península Arábiga, mostraban sus rostros mestizos sin reparo alguno. Se acomodaron sobre los cojines. Debían de visitarles a menudo porque se comportaban como si estuvieran en su casa. La mayor de ellas, una anciana de pelo calabaza, se sacó del pecho una cajita de plata que contenía tabaco de mascar. Lo pellizcó entre los dedos y se lo colocó entre el labio inferior y los escasos dientes que le quedaban. Un videoclip más tarde, abrió otra cajita y esnifó un polvo amarillento, que la sacudió de la cabeza a los pies. Me vino a la mente la vieja Aziza, mi querida «bruja» de la playa del Yemen, tan aficionada al rapé, las hojas de *qat* y a cualquier otra cosa que le sirviera para comunicarse con los espíritus. Nuestras miradas se cruzaron y la anciana sonrió. Profirió entonces un sonoro eructo y, una vez aliviada de los gases del estómago, extrajo de sus ropajes un rosario musulmán de cuentas de coral y comenzó a bisbisear, uno tras otro, los noventa y nueve nombres de Dios. Hadija aprovechó para coger el mando y poner la televisión de Dubai. Llamó a Widad, su cocinera y amiga, para que se sentara a su lado. Todas aquellas mujeres parecían excitadas.

Sonaron los primeros acordes: ¡era el culebrón egipcio de la cieguecita! Atentas y divertidas seguían el episodio, aunque no debían entender mucho, pues era en árabe, que, aun siendo el idioma de la religión, no lo hablaban en la vida diaria. Aquel capítulo yo ya lo había visto en Omán y, mientras dudaba si jugar al adivino adelantando algún pormenor, apareció Cheij Ahmed Nabhany.

–¿Vamos?

Sonó la sirena de un barco. A través de la ventana de barrotes, se

vislumbraba un desvencijado remolcador.

Bajamos por la escalera pero, al alcanzar el portal, él se excusó con un gesto de contrariedad:

–Espéreme aquí. He olvidado algo.

En la calle, unos niños jugaban con cochecitos de hojalata que se habían hecho ellos mismos. Pasó corriendo otro, espigado, con un palo que hacía rodar un aro. Llegó aún otro niño, que hacía como si condujera una moto, imitando los cambios de marcha y los acelerones, ¡brum!, ¡bruum!, ¡bruuuum!, hasta que otro le dio un cachete y rodaron los dos por el suelo.

Cheij Nabhany surgió del portal con una bolsa y los niños huyeron corriendo.

–Le he traído unas fotocopias de algunos poemas míos y otros textos que le podrán interesar. Aquí están *La elegancia del cocotero* y *La fragancia de las damas*. Y estas son –sacó más papeles– fotocopias de un trabajo colectivo sobre los *Fenómenos de posesión en las sociedades suajilis*.

Paseamos por las callejuelas de la vieja Mombasa y, sin darnos cuenta, llegamos al restaurante donde habíamos escuchado a Um Kulzum. El ambiente era ahora distinto. Las ventanas estaban abiertas de par en par, era casi de noche y habían encendido unos fluorescentes de colores. Desde los altavoces nos llegaba «Mapenzi», una canción en suajili muy pegadiza, que tarareaba el empleado mientras colocaba las largas cañas de azúcar en una prensa para extraer un jugo delicioso.

Sonó el móvil de Cheij Nabhany, que se levantó y salió. A medida que avanzaba la conversación, parecía más y más contrariado; de vez en cuando me miraba a través de la ventana. Cuando cerró el teléfono, se quedó observándome como si no se decidiera a hablar conmigo.

–¿Pasa algo? –pregunté a su regreso.

–Verá –se disculpó–, cuando me telefoneó usted desde Omán me ofrecí a acompañarle a Lamu y a Pate. Pero ha surgido un problema, que no sé cómo solucionar. Amira se confundió con las fechas y resulta que dentro de unos días se supone que debo participar en un simposio sobre poesía suajili en Kampala.

Se quedó pensativo unos instantes y añadió:

–Claro que podría anular el compromiso...

–No, no lo haga –contesté–. Dispongo de todo el tiempo del mundo.

–¿Es cierto que puede esperar?

–No hay problema. Mientras esté usted en Kampala –dije–, creo que viajaré a Zanzíbar, y a la vuelta podemos quedar donde usted quiera.

–Déjeme ver –dijo, mientras se llevaba la mano al bolsillo de su *kanzu* y extraía un pequeño calendario de su billetera–. Podríamos encontrarnos en Lamu dentro de... tres semanas. Así pasaremos juntos la fiesta del *maulidi*. Viene gente de toda la costa: de las Comores, Madagascar, Zanzíbar... ¡Hasta del Yemen!

Señaló una fecha en el calendario.

–Sí –afirmó–. Para entonces estaré libre y dispondré de todo el tiempo. Lo que vamos a hacer ahora es que le proporcionaré algún contacto en Zanzíbar. Pero debe ser discreto, allí la situación política es tensa y no pueden hablar con libertad.

–No se preocupe. Cambiaré los nombres si escribo sobre ellos.

De regreso a mi hotel, el recepcionista indio me anunció que la electricidad había regresado, la bomba funcionaba y las duchas ya podían utilizarse.

–Incluso puede disponer usted de agua caliente –dijo henchido de satisfacción–. Si quiere, uno de los muchachos puede subirle varios cubos.

–No creo que lo «necesite» –respondí, divertido.

¿Para qué querría yo el agua caliente con aquel calor atroz?

Me instalé en el patio, donde uno de los empleados, con una manguera, mojaba las baldosas para que escupieran el calor que habían estado acumulando a lo largo del día. Me sonrió amablemente. Le ofrecí té pero lo rechazó como si me hubiera vuelto loco:

–¡Me despedirían! –me dijo, sin dejar de regar–. Me llamo Amini. –Se giró hacia mí.

–Tú no eres de Mombasa, ¿verdad? –le pregunté.

–No, soy mijikenda, de un pueblo cerca de Lamu.

Me contó entonces que su madre lo iba a casar con una mujer que a él no le gustaba:

–Hace como todas las madres de mi pueblo. Se buscan una nuera que trabaje mucho y que puedan dominar a sus anchas.

Cerró el agua y dejó caer la manguera al suelo.

–Casi todos los hombres –dijo– estamos trabajando en hoteles en Mombasa o en la costa y sólo vamos a casa una vez al año, para entregarles nuestros ahorros. Y yo me digo: ¿buscan esposa para nosotros o para ellas?

¿Qué edad debía de tener aquel chico? ¿Diecisiete años?, ¿veinte?

–¡Amini! –gritó el recepcionista–. ¡A-mi-ni! ¿Qué estás haciendo que no te oigo trabajar? ¡Holgazán!

Su cara no se inmutó.

–Debo acabar de regar todo eso –dijo, señalando un buen montón de tiestos que aún le quedaban.

–Pues yo me voy ya a la habitación. No creo que cene hoy. –Me llevé la mano al estómago.

No pasaron dos minutos cuando Amini llamaba a la puerta.

–Se ha dejado esto –dijo, tendiendo la bolsa de libros que me había prestado Cheij Nabhany.

–¿Quieres? –le ofrecí los pastelitos de miel y frutos secos que Widad me había dado para la noche.

Examiné los papeles y, tumbado en la cama bajo el ventilador, leí el largo poema *La fragancia de las damas.* Comencé con cierto reparo; desconfiaba de los «grandes poetas locales», Cheij Nabhany me fue conquistando con su sinceridad y emoción. El arranque era un canto a la belleza de la esposa ideal, y aunque yo leía la traducción inglesa del suajili, las formas y las descripciones seguían la más pura tradición árabe: ojos de almendra, mejillas rojas como la manzana, dientes tan blancos que ni las perlas se les podían comparar...

A medida que pasaba las hojas, el poema se volvía más personal y emotivo. Hablaba de los desvelos de la esposa por complacer a su marido: trabajando desde el alba hasta entrada la noche, fregando, limpiando la casa, cocinando sus platos preferidos... y tras la cena, mientras el esposo salía a ver a los amigos, ella se lavaba minuciosamente para quitarse el olor a cocina, se perfumaba y, ante el espejo, se realzaba la mirada con kohol y dejaba caer la larga cabellera sobre los hombros, que peinaba amorosamente. Luego abría el arcón y sacaba una rica tela de seda, que anudaba en su pecho. Era tan fina que se pegaba a su piel, mostrando cada costilla y, a contraluz, parecía que estuviera desnuda. En su pelo había enredado flores de jazmín y se perfumaba con la fragancia de maderas preciosas. Se disponía a preparar con esmero la cama en la que colocaba pétalos y olorosas semillas. Por fin, tras otra jornada agotadora, se tendía en el lecho para esperar la llegada de su amado esposo, cantando con alegría: «Cuando llegue mi amado le desvestiré y lo bañaré, luego lo calmaré con mis canciones, le acariciaré el pecho y su cuerpo entero, y no le negaré nada. Dejaré que haga todo lo que quiera, siempre que no vaya en contra de Dios». Pero pasaban las horas, el hombre no regresaba y la esposa, cansada de dar vueltas en el lecho, quedaba por fin dormida. Mientras, el marido, que no pensaba en ella ni un momento, vagaba con sus amigos de un lugar a otro. Cuando regresaba de madrugada, se encontraba la puerta cerrada y llamaba a gritos a la esposa, que se levantaba de la cama. Todo el esmero que había puesto en engalanarse se había perdido: el kohol, los perfumes, el ámbar gris... incluso las flores de jazmín se habían ya marchitado. Su cabello estaba ahora enmarañado y su rostro estropeado por el sueño... El marido se tendía en la cama y, sin decir palabra, se giraba hacia la pared y se quedaba dormido como si

estuviera compartiendo la cama con un amigo. Unas estrofas más abajo, Cheij Nabhany exhortaba a los hombres a que trataran con consideración a sus mujeres. Con la ternura de esta oda al amor, me dormí.

Al día siguiente, a la hora convenida, me encaminé de nuevo a Fort Jesus. Unos turistas de la Europa del Este trataban de deshacerse de una pandilla de mozalbetes que les intentaban vender postales y máscaras africanas. Frente a una tienda de souvenirs, se apostaba un grupo de altísimos masai recubiertos únicamente con sus telas rojas y violáceas. De sus orejas elongadas colgaban pesados pendientes y ornamentos de cuentas, y se limpiaban constantemente su dentadura sin mácula frotándola con palitos de *msuaki*, un árbol medicinal. Eran un reclamo para turistas, absolutamente fuera de lugar en la vieja ciudad árabe de Mombasa, a varios días de marcha de su lugar de origen. Triste destino el de los masai, condenados a representarse a sí mismos, por míseros sueldos, saltando o hieráticos como estatuas, para esos turistas que los fotografiaban vestidos como tiempo atrás, cuando recorrían sus llanuras sin fin.

Me acerqué a la cafetería donde me esperaba Cheij Nabhany. Jugaba con un pequeño gato gris, que se le agarraba con las uñas a su *kanzu*. Amira, la secretaria, hablaba por el móvil en suajili y adiviné, por palabras sueltas, unas en árabe y otras en inglés, que estaba ultimando los detalles del viaje del cheij. Compartía mesa con Abdeluahid, un afroamericano, con un aire a Errol Flynn, que se había convertido al islam y que ahora vivía en un palacete restaurado en Lamu.

–Lo siento –me saludó Amira, con el teléfono en la mano–. No sé cómo he podido confundirme con las fechas. No comprendo cómo ha podido ocurrir.

–No se preocupe –respondí–. De hecho, prefiero el nuevo calendario que hemos fijado, porque así podré coincidir con Cheij Nabhany en Lamu para las fiestas del *maulidi*.

–¿En serio? ¡Me ha quitado un buen peso encima! –suspiró, regresando a la conversación telefónica.

Abdeluahid llamó al camarero y pidió té helado para todos.

–Cheij Nabhany –le miré a los ojos–, quisiera felicitarle por *La fragancia de las damas*. Me ha conmovido.

–Gracias, amigo. –Colocó su mano sobre la mía–. Es un poema con el que he pretendido dar la respuesta masculina a Muana Kupona.

–¿Muana Kupona?

Me sorprendió aquel sonoro nombre. ¿Quién sería?

–Oh –dijo Amira, que acababa de colgar–, es una de nuestras

mujeres más célebres: una gran poetisa. Nació en Pate a principios del siglo XIX. Estaba casada con Buana Mataka, el cheij de Siw. Era la líder de las mujeres de su comunidad, y consideró que debía transmitir sus valores a su hija. Así que compuso un famoso poema de ciento dos versos, donde le aconsejaba cómo ocuparse del marido, cómo respetar a los jóvenes y a los viejos o cómo cocinar. Tocaba todos los temas de la convivencia y de la educación, sin olvidarse de uno solo. Su poema sigue vigente y sirve de ejemplo para educar a las niñas. Incluso hoy, las madres se lo hacen leer en voz alta a sus hijas para que lo aprendan de memoria, y también a los niños.

–Mi abuela también era poetisa –intervino Cheij Nabhany–, y recuerdo que en casa nos daba a leer los textos de Muana Kupona. También yo quise hacer un poema didáctico, pero para los hombres, que pueden ser muy insensibles y olvidarse de sus mujeres.

–Volviendo a los poemas de usted –me dirigí a Cheij Nabhany–, me gustó especialmente *La fragancia de las damas* porque intenta ponerse en el lugar de la mujer y trata de comprender sus sentimientos ante la indiferencia del esposo. En Arabia no he encontrado esta sensibilidad hacia la mujer. Pero aquí, en la costa del África oriental, las cosas me empiezan a parecer distintas. He visto cómo se comportan ustedes con las mujeres: hablan con ellas por la calle, comparten las comidas y muchas trabajan. Todo eso en Omán o en el Yemen, por no hablar de Arabia Saudí, resulta inconcebible.

–¡Es que el islam no tiene nada que ver con lo que venden los saudíes! –saltó categórica Amira antes de que sonara de nuevo su móvil.

Abdeluahid, que hasta entonces parecía ausente sorbiendo con una caña su té helado, entró en la conversación:

–Es cierto –concedió–. Hay muchos malentendidos sobre el islam. Yo, que soy norteamericano, podría citar decenas.

Continuó sorbiendo ruidosamente su té helado, que para entonces ya era sólo agua.

–Desde siempre –continuó–, han existido prejuicios contra nosotros. Por ejemplo, todo ese asunto de la poligamia. En América creen que los musulmanes estamos dominados por la lujuria y que, a la que podemos, nos casamos con no sé cuántas mujeres. Tienen grabada en la mente la imagen del harén oriental de *Las mil y una noches*.

–Y en absoluto es así –dijo Cheij Nabhany–. Un hombre casado no puede bajar a la calle y escoger a la primera que se le antoje. Si uno necesita otra mujer porque es muy... –buscó durante unos segundos la palabra precisa– fogoso, y con una sola no tiene suficiente, debe buscar una que pase por apuros o una viuda desprotegida, como hizo el Profeta Mahoma, ¡Dios le bendiga y salve!, que mientras vivió

Hadija no se casó con ninguna otra y que, al enviudar, esposó con Aisha y con otras mujeres. Pero se trataba de viudas que necesitaban protección.

–En realidad, el Corán contiene sólo un versículo que regula con claridad las condiciones de la poligamia –añadió Abdeluahid–. Fue revelado tras la Batalla de Uhud, que produjo tantas bajas que se recomendaba a los supervivientes que se casaran con las viudas de sus compañeros, a fin de darles protección a ellas y a sus hijos.

Llamó al camarero y pidió otro té.

–Aquí hacen el mejor té helado de toda Mombasa –me aseguró antes de proseguir–. Al contrario de lo que se piensa en Occidente, el islam no va en contra de la mujer. De hecho, fue la primera religión que protegió sus derechos. Ninguna otra tenía antes disposiciones al respecto, pero ¿qué es lo que les hemos hecho ahora? Las hemos encerrado en las casas y les hemos negado la educación.

–Los hombres han cambiado el sentido del Corán –se envalentonó Amira.

Abdeluahid parecía exaltado.

–¡Está manipulado! Cuando ves a los talibanes y a todos esos integristas... Aún no he olvidado el sonido de las ambulancias en Nairobi, cuando pusieron aquella bomba en la embajada americana, y todo aquel trasiego de enfermos ensangrentados y mutilados... ¿Es eso islam? No. ¡El islam es seguir el Sagrado Corán!

Abdeluahid se había acalorado y Amina estaba sorprendida de su vehemencia. Cheij Nabhany me miró con complicidad mientras nos servía un poco más de té.

–Con la ayuda de Dios –continuó Abdeluahid–, la vida resulta fácil. Es fantástico saber que Él está detrás de ti. Hace unos días, estaba sentado en el Pepone de Lamu con un grupo de gente, cuando un occidental impertinente me preguntó por qué me movía hacia delante y atrás, como si estuviera en un balancín, *a rocking chair* dijo, aludiendo irrespetuosamente al movimiento que se efectúa al leer el Corán. Ni le contesté.

Volvió a sorber ruidosamente su té helado.

–Ayer, cuando veníamos en avioneta –continuó Abdeluahid con tanto énfasis como si le fuera la vida en ello– y vimos todas esas maravillas de la naturaleza, y entramos en una rutilante nube blanca, me puse a meditar sobre el inmenso poder de Dios que permitía que la avioneta pudiera volar sin ningún apoyo. Nosotros, los *Beni Adam*, los Hijos de Adán, no podemos entenderlo todo, porque esas maravillas de Dios que nos conmueven son tan sólo un pequeño soplo de sí mismo. Así que, ¡cómo queréis que me vaya a enfadar por una nimiedad absurda de un pobre de espíritu!

Se nos quedó mirando fijamente; como si nosotros le hubiéramos

formulado aquella pregunta.

–¡Uy! No quiero entretenerles más –dijo al fin y, dirigiéndose a mí, se despidió–. Le deseo suerte en su *research*. Yo regreso a Lamu para las fiestas del *maulidi*. Será un placer volverles a ver allí a los dos.

–*Inch Alá!* –respondimos a coro Cheij Nabhany, Amira y yo.

Amira regresó al despacho. Cheij Nabhany y yo anduvimos por un camino que bordeaba Fort Jesus, hasta llegar a un promontorio desde el que se divisaba el canal. Nos sentamos bajo unos grandes árboles. Graznaban los cuervos y el sol de la tarde dejaba caer sus rayos sobre dos magníficos dhows.

–Esos barcos pertenecieron a mi familia –suspiró Cheij Nabhany–. Los comandaba mi tío, que navegaba a Lamu, Zanzíbar, Adén, Sur e incluso hasta la India. Pero acabaron por venderlos al Tamarind Hotel, que ahora los utiliza para pasear a los turistas.

Se hizo un silencio. El graznido de los cuervos era casi insoportable. Cheij Nabhany dio dos sonoras palmadas que lograron acallar por un tiempo aquel alboroto.

–Antes, cuando soplaba el monzón desde Arabia, el *kaskazi* –dijo mi amigo de repente–, llegaban los grandes dhows compitiendo entre ellos por ver quién entraba antes en el puerto, tras quién sabe qué penalidades en su larga travesía, contentos por estar arribando a ciudades donde nunca se sintieron extraños. De pequeño, me gustaba contemplar la llegada de los dhows con sus velas blancas al viento, como grandes mariposas que aparecían en el horizonte. Luego corría con los otros niños hacia los muelles, para ver cómo todos aquellos marineros descargaban sus fabulosas mercancías de Arabia y de la India. Habíamos aprendido a distinguir los dhows: los *jahazi* de Mombasa y Zanzíbar, los *sambuk* y *zahruq* del Yemen y el mar Rojo, los ghanjah y *abubuz* de Sur, los *bum* de Sohar y del Golfo, los *badan* de la isla de Masirah o los *manji* de la costa de Malabar. Nuestro barrio se llenaba de marinos que hablaban en árabe y que dormían incluso en nuestras casas. No existían las fronteras; nuestro hogar era cualquier puerto del Índico donde se hablara árabe, suajili o persa. Pero, ¡ay!, todo aquello acabó. Un año nos dimos cuenta de que no habían llegado tantos veleros. Al otro, pensamos que sólo era una mala racha, pero de pronto, el declive se aceleró hasta que con el monzón del nordeste, arribó el último.

De nuevo, esta vez a lo lejos, se oyeron unos graznidos desesperados. Me incorporé y distinguí, a un centenar de metros, un pajarraco atrapado en una red, que luchaba por escapar.

–Es una trampa. Los cuervos son una plaga y lo curioso es que no son oriundos de este lugar. Los introdujo el gobernador británico de

Zanzíbar, a finales del XIX, para que acabaran con la basura que había en las calles.

–Lo mismo hicieron los británicos en Port Sudan –asentí.

–No se puede jugar con estas cosas –dijo–. Los cuervos indios se encontraron aquí a sus anchas, y de la isla pasaron a tierra firme. Lo ponen todo perdido, se comen las aves domésticas, devoran los huevos y los polluelos de nuestros pájaros autóctonos, son agresivos, molestan... No me da ninguna pena que caigan en las trampas que les ponen. Se los dan a los cocodrilos de una granja que está por aquí cerca.

Consideré llegado el momento de preguntarle por los *yenún*. En el texto que me había fotocopiado quedaba bien claro que los habitantes de aquella costa no sólo creían en su existencia, sino que incluso afirmaban convivir con ellos. Yo no sabía si aquel hombre cultivado lo consideraba como una mera superstición o creía también en los genios. Así que preferí tantearle, dando un pequeño rodeo:

–Cheij Nabhany –le dije–, nada más llegar a este país conocí a una familia con la que pasé unos días y quedé impresionado por algo que ocurrió. Una pariente lejana, que trabajaba en la casa estaba poseída por un *yin*, que le hacía la vida imposible, y una noche cayó en trance mientras bajaba la escalera...

–Los *yenún* existen, amigo. ¿Acaso lo duda? –interrumpió Cheij Nabhany–. En el Sagrado Corán se los menciona a menudo, y aquí, en la costa, muchos musulmanes están poseídos por ellos. Hadija, mi mujer, sin ir más lejos, lo está por un *yin* anciano muy leal, que le aconseja lo que debe hacer y lo que no. Un día, este *yin* o *rohani* le dijo en sueños que debía ponerse un anillo con una turquesa que yo le debía comprar. Esa piedra representa al *yin al baher*, el espíritu del mar. Seguimos su voluntad pero, como en aquella época no andaba yo boyante, lo tuvimos que pagar a medias. Aquella misma noche, el *rohani* se enfureció y lo rompió en cien pedazos. Supimos que fue él porque se le apareció a mi mujer en sueños y la riñó por haber pagado la mitad. De modo que tuve que endeudarme para comprar uno nuevo. Pasado un tiempo, aquel *rohani* dio instrucciones para que, todos los jueves por la tarde, mi esposa rezara sobre la alfombra de oración y leyera el Sagrado Corán. Al día siguiente debía vestirse totalmente de blanco y continuar la lectura desde la oración del alba hasta las plegarias del mediodía. Sólo le permitía parar unos minutos para lavarse y desayunar algo. Hasta el día de hoy, Hadija sigue sus disposiciones. De lo contrario, su *rohani* la dejaría inconsciente.

–¿De modo que los *yenún* son musulmanes?

–No todos. Los *rohani* sí lo son. Pero también existen *yenún* que son demonios o *shaytán*, tal vez haya oído hablar usted ya de ellos, que son muy peligrosos y que te llevan por el mal camino. Otro grupo

son los *afrit*, o duendecillos, que nosotros llamamos *pepo*, que en suajili quiere decir viento. Eso sí: todos los *yenún* suelen manifestarse durante el sueño.

Recordé entonces que Zeinab estaba poseída por un *yin* de Somalia que se llamaba Hasán, y se lo dije.

–¡Ah! –exclamó–. No le extrañe, amigo. Los *yenún* pueden venir de muchos lugares. Conozco gente aquí en Mombasa que tiene *rohanis* o *pepos* de Pemba, de Omán, de Etiopía... Cuando el espíritu posee a alguien, le hace hablar en lenguas que desconoce. Los *yenún* normalmente son invisibles; suelen vivir alrededor de los grandes árboles. Ellos nos pueden ver, pero nosotros a ellos no. Si quieren, pueden tornarse visibles y adoptar cualquier forma animal: gatos, leones, serpientes... Dios les concedió ese poder.

–Y ustedes –dije–, en cierto modo conviven con ellos.

–Intentamos ser sus amigos. Hace un tiempo, algunas personas que poseían el conocimiento para invocarles solían acudir a un lugar secreto, llamado *mizimu* o *panga*, donde se encontraban con los *yenún* para solicitar su ayuda. Cuando los genios se manifestaban, cada uno de ellos sacaba una bandera, que indicaba su lugar de procedencia. Así se sabía si venían de Egipto, Omán, Etiopía o Somalia.

–En el caso de Zeinab –dije–, su *yin* le impedía llevar una vida normal. La verdad es que me dio pena. ¿Se puede hacer algo para alejar a los *yenún* perjudiciales?

–¡Ay! Es muy difícil. Hay que acudir sin falta a un *tabibu* ('médico tradicional') o a un *mualimu* ('sanador') para que reconozcan al paciente, le tomen el pulso, observen el iris de sus ojos y le examinen la lengua. En fin, para que determinen si se trata de una enfermedad normal o no. Si no es una enfermedad de... –se detuvo unos segundos buscando la palabra– de hospital, entonces hay que actuar de otra manera. Se trata a los pacientes con hierbas de China, Arabia, la India y también algunas locales. Los *tabibu* deben poseer conocimientos de los libros del Falaqui, que indican, según la posición de los astros, el momento preciso para sanar a los enfermos. Existen muchos otros libros de consulta: *Saat el Habar, Tabir er Ruya, Hat el Gazalih*... El *tabibu* o el *mualimu* consulta sus libros y, de acuerdo con el tipo de *yin*, confecciona talismanes, amuletos, o receta *combé*, que siempre resulta efectivo.

–¿*Combé*?

–Sí. Le explico. Se escriben en árabe frases del Sagrado Corán con tinta de azafrán, en un papel que se guarda como amuleto. Debe hacerse en el momento que señalan los libros del Falaqui, cuando tal o cual estrella inicia su órbita. Y, cuando los libros lo vuelven a indicar, se sumerge el papel en agua de rosas. Al cabo de pocos minutos, la tinta de azafrán se disuelve y entonces el poseído debe beber el

líquido.

¡Beberse frases de aquel libro sagrado y antiguo para sanar! La imagen era fascinante, y así se lo hice saber.

–El poder de los espíritus les viene de Dios –continuó, complacido–. La tribu de los mijikenda, que vive en algunos territorios de la costa, se convirtió al islam porque se lo ordenaron unos espíritus musulmanes. En cuanto a los *tabibu*, son hombres rectos, y la mayoría de los *mualimu* también, pero luego existen brujos que se sirven de los *yenún* malos para atacar a las personas. Si vas a uno de esos *mndanga*, y le dices: «Tal persona está actuando contra mí», no comprueban si es cierto. Toman el dinero e invocan a los *yenún* perversos, que incluso pueden llegar a matar.

–¿Aparecen sólo cuando ellos quieren? –pregunté.

–Mire. Nosotros invocamos a los *yenún* musulmanes, con canciones determinadas, con el *zikri*. Existe un libro que en un capítulo dice que si quieres tener un buen *rohani*, debes ayunar en la penumbra durante cuarenta días en un lugar muy limpio y blanco con muy poca luz. Durante el día hay que rezar, leer unos textos secretos y repetir unas fórmulas. Por la noche sí se puede comer, pero ningún tipo de carne. Si se cumple a rajatabla, a los cuarenta días la pared se agrieta y de ella sale una gran serpiente, pero no hay que asustarse. También puede aparecer un león u otra fiera, y pasado un tiempo, aquella bestia feroz, que no es sino un *yin*, adopta la forma de un ser humano, que pregunta la razón por la que ha sido llamado. El *yin* da entonces las instrucciones que deberán seguirse, los lugares por los que no se deberá pasar y revela las palabras con las que invocarle en caso de peligro.

»–¡Ibrahimu! –gritó de repente–. ¡Ibrahimu!

Abajo, en el canal, un hombre y su hijo nos saludaban desde un pequeño dhow.

–Es un pariente de mi mujer. ¿Quiere ver Mombasa desde el agua?

–¡Claro!

Descendimos por un estrecho camino. El dhow se acercó, y el niño saltó a tierra para colocar un tablón de madera a fin de que no nos ensuciáramos con el barro de la marea baja.

Desde el agua, Fort Jesus resultaba mucho más imponente y se hacía evidente su importancia estratégica. Los altos y sólidos muros lo volvían casi inexpugnable. En la otra orilla del canal quedaban los hoteles de lujo y las residencias de los expatriados y de los indios y africanos más ricos, dispersas entre un vergel de árboles y plantas tropicales. Las mansiones estaban protegidas por muros recubiertos de

alambradas electrificadas y cámaras de vigilancia, con guardas de seguridad en la puerta.

–En aquella otra dirección –señaló Cheij Nabhany, sentado frente a mí– más allá de los minaretes, está la columna de Mbaraky, una antigua ruina suajili. Allí vive una anciana llamada Lussiky, entre las tumbas de toda su familia. En una ocasión conduje a aquel lugar al equipo de *World to World*, de la BBC, para rodar cómo trataba la anciana a un paciente poseído por un espíritu. Hoy en día estas ceremonias ya no son frecuentes: la situación económica es mala y la gente no tiene dinero para comprar una vaca o una cabra, así que sólo pueden realizarse a lo sumo pequeños sacrificios.

Surcábamos las aguas del canal, densas y en calma.

–Le voy a contar una historia –dijo el cheij–. Es algo que me pasó con mi esposa.

Ibrahimu cedió el timón a su hijo y se acercó para escucharle.

–Estábamos en Lamu –inició su relato Cheij Nabhany– y salíamos de la mezquita de Riada. Era ya medianoche y nos dirigíamos a casa de mi familia, que está justo detrás del fuerte. Subimos por una pequeña colina y, cuando estábamos llegando a un pozo, surgió una extraña criatura que parecía un perro. Mi corazón tembló y comencé a recitar para mí unos versículos del Sagrado Corán que sirven para ahuyentar a los demonios. Mi mujer me agarró la mano con fuerza y entonces, sin intercambiar palabra, comprendí que ella también lo había visto. Cuando alcanzamos el pozo vimos que el perro se había transformado en un asno marrón. Pero a medida que nos íbamos acercando, vimos a un hombre calvo que se apoyaba en un cayado. Cuando llegamos a casa, Hadija estaba tan asustada que atrancó la puerta dejándome fuera. Tras un largo rato me abrió.

»–Perdona –dijo–. ¡Tenía tanto miedo! ¿No te diste cuenta? Aquel horrible perro se convirtió en burro y luego en un calvo espantoso. ¿Acaso no lo has visto?

En tierra, un primer almuédano hizo la llamada a la oración, que a los pocos segundos fue coreada por la multitud de minaretes de Mombasa. Cheij Nabhany musitó para sí mismo unos rezos. La noche caía sobre el canal y los dhows del Tamarind Hotel encendieron unas luces de colores que colgaban desde lo alto del mástil atrapando toda la cubierta como una telaraña. Como a oleadas, nos llegaban risas mezcladas con música suajili para turistas. Percibí un atisbo de disgusto en Cheij Nabhany, que con un gesto ordenó al niño, que llevaba el timón, que diera media vuelta y se alejara de allí. Ibrahimu y yo nos miramos y sonreímos con complicidad.

No había viento y nuestro dhow permanecía inerte en aquellas aguas de tinta. Nos llegaban ahora los ecos de aquella canción, «Mapenzi», tan pegadiza. Un ave nocturna ululó en la penumbra y

pasó rozando el mástil. Ibrahimu arriaba ahora la vela y el niño sacaba dos remos del interior del dhow. Bogaron hasta la orilla donde nos despedimos. El cheij y yo anduvimos un rato hasta la plaza de Fort Jesus. Nos sentamos unos minutos bajo un gran nogal de la India. Los grandes murciélagos se descolgaban de las ramas del árbol. Observé a Cheij Nabhany durante largos segundos. Mi nuevo amigo se llevó la mano a la cara y su anillo, a la luz de una farola, resplandeció con aquel fulgor tornasolado. No pude esperar más y le dije:

–Cheij Nabhany, háble me de este anillo.

–Lo llevo por el *yin al baher*, el espíritu del mar –dijo, tocándose una turquesa.

–No, ese anillo no. ¡Éste! –señalé el que despedía aquellos haces azules, violáceos, rojos..., incluso con la luz eléctrica, y que parecía dotado de vida propia.

–¡Ah! –sonrió–. Una noche regresaba tarde a casa, cuando vi un extraño fulgor en el escaparate de un joyero, en el barrio antiguo de Mombasa. Me acerqué. Aquella piedra, iluminada apenas por una bombilla, parecía tener vida propia. *There was a stone and... it was calling me!* ¡Me estaba llamando! –exclamó, imitando con la mano el sinuoso movimiento de una cobra hipnotizando a su presa–. No tuve más remedio que entrar y conseguirla. Al precio que fuera.

Cuando nos despedíamos, Cheij Nabhany exclamó:

–*U Alahi Lazim!* ('¡Por Dios Todopoderoso!'). ¡Se me olvidaba! Anoche le confeccioné a usted dos amuletos a la hora que indicaron las estrellas. Seguí uno de los libros del Falaqui.

Extrajo de su *kanzu* dos papeles. El primero mostraba una especie de mandala, con palabras escritas en árabe y algunos números. El otro recordaba un poco a los diagramas cabalísticos, con una cuadrícula en la que también había números árabes y letras.

–El primer amuleto es para que le proteja durante sus viajes –Cheij Nabhany me alargó los talismanes– y el segundo, para que nadie pueda nunca perjudicarle. Debe guardarlos en una cajita de plata y llevarlos siempre junto a usted. *Rabina maak!* ('¡Que Dios le acompañe!').

Aquella noche, bajo el ventilador, el sueño no tardó en llegar. Me vi en el interior de una cabaña. A la luz de un quinqué, un *mualimu*, anciano como el tiempo, tocado con un gran turbante, extendía un papel blanco. En el suelo, fuera del círculo de luz, un poseso se agitaba sobre una estera, balbuceando en una jerga ininteligible. El *mualimu* escribía en árabe misteriosas frases en tinta de azafrán. La piedra de su anillo, a la luz de la llama, desprendía reflejos de un color extraño, a veces violeta y otras azul metálico. Me fijé en el perfil

del anciano. Era él: Cheij Nabhany. Distinguí sus ojos, un tanto achinados, en su rostro omaní y al mismo tiempo africano. El *mualimu* escanció agua de rosas en un gran vaso, donde sumergió el papel. Aquellas letras árabes de color terroso se desprendían una a una y, sin llegar a disolverse, caían al fondo. Pasados unos minutos, Cheij Nabhany acercó el vaso a los labios del poseso. A medida que sorbía aquel líquido, las letras se encadenaban de nuevo para formar nuevas frases sagradas, que el poseído iba tragando una tras otra. Cesaron entonces los espasmos y aquel hombre recobró la paz.

Salí de la cabaña. Los grillos y otros insectos chillaban con furia. No muy lejos, una fogata iluminaba las ramas de unas acacias africanas. Las estrellas fugaces recorrían el cielo. Me acerqué al fuego. De pronto, el *mualimu* estaba a mi lado. Su rostro ya no era el de Cheij Nabhany. El anciano me habló en un idioma extraño, que yo podía entender:

–Van a traer a una mujer de Mambruni, que está poseída por un espíritu muy poderoso que le hace la vida imposible y que ha aceptado dejarla en paz para siempre si cumple un ritual. No tema. Ella no va a sufrir ningún daño.

Surgieron entonces de la noche una decena de hombres, con las caras cubiertas de ceniza. Portaban tambores y se dispusieron en círculo, alrededor del fuego. Las llamas, en un crepitar intermitente y violento, revelaban las escarificaciones de sus rostros y sus ojos enrojecidos. Uno de aquellos hombres invocó a gritos al espíritu y el fuego se avivó aún más. Atacaron entonces un ritmo endiablado, que paró en seco cuando apareció una mujer de unos cuarenta años, desnuda, cubierta sólo, en la espalda, con una piel negra de simio, ribeteada de crines blancas. Sus ojos estaban vacíos de toda expresión. Un anciano en taparrabos penetró en el círculo tirando de un cebú blanco y ayudó a que la mujer lo montara. Aporrearon entonces los tambores con una cadencia hipnótica, que se aceleraba por momentos hasta llegar al paroxismo, para volverse muy lenta después. La mujer se agarraba a los cuernos del animal, que intentaba con furia despedirla por los aires. Pero no hay fuerza que pueda con un poseído. Clareaba ya cuando el anciano ordenó que callara la música. Con un cuchillo afilado, abrió el cuello de la vaca. La mujer se acercó para beber su sangre.

–Sólo así se curará –susurró a mi oreja el anciano.

Y debió suceder de ese modo porque la vida regresó a los ojos de aquella mujer que, recobrada la vergüenza, se tapaba el sexo con la mano.

Redoblaron los tambores, pero de pronto perdieron el ritmo, volviéndose desacompasados y monótonos. Era como si aporrearan una puerta. Y así transcurrieron largos segundos.

–¡Amini! –exclamé, incorporándome en la cama.

–Perdone que haya entrado en su habitación, pero es que temía que no fuera a levantarse. Como me dijo que le despertara a las cinco aunque tuviera que echar la puerta abajo...

–Es verdad, Amini. Tengo que viajar a Zanzíbar.

13

Zanzíbar, el sueño de los árabes

A unas dos horas de navegación de Dar es Salam, el ferry se vio obligado a desviar su rumbo para no encallar en las lenguas de arena blanca donde, durante la bajamar, se posaban las aves. Se trataba de islas en formación, producto del cúmulo de pedazos de coral, caparazones de crustáceos y conchas de moluscos que, a lo largo de los siglos, se habían ido depositando en el fondo del mar. Cuando las arenas conseguían asentarse y quedaban a salvo de los embates del océano, los monzones regaban las semillas que transportaban los pájaros, así como los cocos y las simientes de manglar arrastradas por las corrientes, y las islas de arena se iban convirtiendo en jardines tropicales. A lo largo de los siglos, los troncos a la deriva habían traído los insectos, los mamíferos y los reptiles.

Apenas se distinguía una sombra en el horizonte cuando surgió de las profundidades un grupo de delfines que nos acompañaron un buen trecho hasta que avistamos con claridad la costa de la isla, que en árabe y suajili se denominaba Unguja, reservando el nombre de Zanzíbar para la capital, que los británicos bautizaron como Stone Town, o Ciudad de Piedra, por estar construida con bloques de madrépora fósil.

La ciudad de Zanzíbar apareció blanca en el horizonte. Para mi asombro resultó cierto lo que aseguraban los viejos marineros de Omán: antes de llegar a puerto, el viento traía la penetrante fragancia, casi anestesiante, de la especia del clavo de olor. Desde que iniciara mi búsqueda de los árabes del mar, el sonoro nombre de aquella isla había estado presente a diario. Recordé los ojos húmedos del *najoda* Abdala Cherif en su casa de Sur, cuando me hablaba de la emoción que sentía cada vez que veía aparecer en el horizonte la isla de Zanzíbar:

–Era una perla, un *lulu* –repetía.

Semanas después, en aquel ferry tenía por fin ante mí aquella isla de la que los marinos omaníes partían con tal pesar que se cubrían el rostro para no ver cómo desaparecía en el horizonte.

Sentí inquietud. Me acercaba al lugar con el que había soñado desde niño. Uno de esos territorios mágicos que, al igual que Tomboctú, Socotra o Samarkanda, parecían existir tan sólo en nuestra imaginación. ¿Tenía derecho a profanar el recuerdo de aquel lugar fabulado?

Poco a poco se iba dibujando el frente marítimo que apenas debía

haber cambiado en los últimos cien años: el característico fortín omaní, que parecía una reproducción gigante de un castillo de arena, la antigua residencia del sultán, el palacio de Beit al Ajaib, o casa de las maravillas, construido por el sultán Bargash, los edificios coloniales de aduanas, las casonas de los mercaderes indios y árabes... Me sorprendió el equilibrio y la proporción de aquella arquitectura blanca y bella. El perfil de la ciudad coincidía con el de los antiguos grabados. Sólo faltaban los grandes dhows de Sur, Mascate y el Golfo Pérsico, que desde la revolución habían dejado de acudir.

Si algún lugar del Índico resumía la historia de aquella civilización hija de los monzones, ése era sin duda Zanzíbar. Situada en el extremo sur de la ruta comercial del Índico, se hallaba lo suficientemente alejada del continente africano como para evitar los ataques de tribus enemigas. La cultura e historia de Zanzíbar estaban ligadas a las de los otros puertos, fuertemente arabizados, de la antigua Costa de los Zenj. Como ellos, la isla fue conquistada a principios del siglo XVI por los portugueses, expulsados dos siglos después por los omaníes, con aquiescencia de los británicos, que querían contrarrestar la influencia francesa que podía amenazar la ruta de la India, la perla del Imperio.

A medida que nos acercábamos, nos cruzábamos con dhows con la borda protegida por un entramado de fibra de palmera, para evitar que mercancías y pasajeros cayeran al mar durante las agitadas travesías. Aquellos veleros navegaban a la vecina isla de Pemba, a la de Mafia o al continente.

Los omaníes se instalaron en la isla e introdujeron muchas especias, entre ellas el clavo de olor, de origen indonesio, que los franceses ya cultivaban con éxito en la vecina isla Mauricio. Las plantaciones zanzibaríes requerían una mano de obra intensiva y para ello los omaníes dieron un nuevo impulso al tradicional comercio de esclavos, que hasta entonces se dirigía a Arabia y al Golfo Pérsico. Para satisfacer la creciente demanda local y de las islas francesas de Mauricio y Reunión, los traficantes omaníes se establecieron en el interior del continente africano, a lo largo de la ruta de los esclavos, y llegaron hasta el Congo para asegurar el flujo de la mercancía humana que servía además para portar el marfil hasta Zanzíbar. El tráfico de esclavos, junto al comercio de especias, marfil, madera de manglar y pieles, hicieron de la isla un lugar tan próspero que, en 1832, se produjo un hecho insólito: el sultán Sayed Said Bu Said decidió abandonar Mascate, en Omán y, con toda su corte se hizo a la mar en grandes dhows para trasladarse a Zanzíbar. Cuando, pocos años después, los Bu Said tomaron Mombasa y destronaron a los Mazrui, Zanzíbar conoció la edad de oro que contribuyó a forjar su imagen de leyenda.

Entramos en el puerto, donde los familiares que habían venido a recibir a los pasajeros se agolpaban tras de las verjas, junto a algunos cazaturistas. Los trámites no nos entretuvieron demasiado, y a los pocos minutos me encontraba andando por la cornisa, atravesando una bella plaza que se abría sobre el mar, en la que, a la sombra de nogales indios y banianos, dormitaban algunos zanzibaríes con sus *kanzus* o con los *kikois* anudados a la cintura. El olor a especias era penetrante y, siguiendo su rastro, llegué a una playa donde estaba varado un viejo barco. Sobre la pasarela, una columna de porteadores acarreaba a la espalda grandes sacos de clavos de olor, que eran cargados en camionetas.

Zanzíbar fue una capital cosmopolita. Paseé por los muelles de la vieja ciudad, donde omaníes con capas de seda ribeteadas en oro e hindúes de turbantes escarlata cerraran negocios de fábula con los intermediarios de Hamburgo, Marsella y Nueva Inglaterra. Zanzíbar había sido el almacén y el centro distribuidor de mercancías de un vasto imperio comercial. Su puerto era frecuentado tanto por los veleros de Occidente como por los dhows de Arabia y de la India. Los exploradores y misioneros occidentales la escogieron como base para sus actividades en el continente africano.

Me detuve frente a la vivienda de Tippu Tip, el mayor traficante de esclavos. Aquí se discutieron las últimas partidas de la infame trata con los árabes de las rutas esclavistas que se adentraban en el corazón de África. Hacia mediados del siglo XIX, Zanzíbar era el mercado de esclavos más grande del mundo. Se estima que unos 600.000 hombres fueron vendidos en la ciudad entre 1830 y 1873. El sultán cobraba un porcentaje por cada esclavo que pasaba por la isla.

Me metí por una callejuela entre edificios que recordaban a Mombasa y no me costó encontrar un *fonduq* que me gustara. Un viejo, tendido en la banqueta de la recepción, se desperezó, compuso su turbante y me invitó a que me sentara.

–*Yambo!* –dijo.

Y al instante activó la verborrea de un loro gris, encaramado en su pértiga de hierro, que repitió aquella palabra varias veces, así como *«Pole, pole* ('Despacio, despacio')» y *«Sitaki, sitaki»,* antes de iniciar un parloteo sin sentido, con unos chillidos agudos que exasperaron al anciano.

–¿Qué significa *sitaki*? –pregunté.

–¡Ah! –rió mostrando los pocos dientes que le quedaban– este pajarraco lo ha aprendido de los niños de los vecinos. Significa: «No quiero». Cada noche, cuando su madre les llama para el baño, se esconden y cuando por fin los encuentra, berrean y gritan: *«Sitaki,*

sitaki!».

Al oír aquella palabra que tanto le gustaba, el loro creyó que tenía carta blanca y la repitió con sus mejores agudos, hasta agujerearnos los tímpanos.

–¡Como no te calles, te encierro en el desván todo el día, *ya ibn calb!* ('¡hijo de perra!') –amenazó el anciano en árabe.

Y vaya si funcionó, porque el loro inició un gimoteo apenas perceptible mientras se bamboleaba sobre sus patas.

Busqué entre mis notas el teléfono que me había proporcionado Mohsen, el amigo de Sur con quien había viajado a Masirah en busca de su tío abuelo.

–¿Puedo? –dije, señalando el viejo teléfono de baquelita.

Marqué el número, pero contestó una mujer que hablaba suajili.

Le pedí al anciano que me hiciera de intérprete:

–Dice la mujer que no hay nadie en la casa.

–Dígale que llamo de parte de Mohsen, de la ciudad de Sur, en Omán. Me gustaría ver al señor Husein. Dele por favor el número del *fonduq*.

Aquel establecimiento, de tres pisos de altura, era una antigua mansión de mercaderes con el suelo de cemento rojo. Las habitaciones se abrían a unos pasillos que daban a un gran patio. Mientras subía a mi cuarto, a través de las puertas entreabiertas del primer piso distinguí grandes salones. Me asomé a una estancia decorada con muebles omaníes y angloindios, espejos antiguos, palmeras de Madagascar y helechos en grandes vasijas de cobre, junto a un viejo sofá chéster. La sala se comunicaba por un arco de herradura con otra más reducida, presidida por una mesa de billar de época. A través de las ventanas, resguardadas con persianas de librillos, se divisaban los tejados a cuatro vientos de la vieja Zanzíbar y los cocoteros y mangos de los patios sobre el escandaloso azul del Índico. Graznaron unos cuervos. Volví a entornar la puerta.

Descansé unos minutos en mi habitación, me duché y salí a recorrer las callejuelas de la vieja Zanzíbar. Las casonas de los antiguos mercaderes conservaban aún las pesadas puertas de madera, muy labradas; algunas presentaban unos relucientes y enormes clavos de cobre que, según decían, servían para protegerlas de las embestidas de los elefantes. Llegué a un enredo de callejones de tiendecitas regentadas casi todas por indios. Olía a incienso y a especias, y de no ser por los zanzibaríes de origen africano que deambulaban, o por alguno de aspecto claramente árabe, con su *kanzu*, diría que estaba en Mysore o en cualquier otra ciudad tranquila de la India.

Sin rumbo fijo, llegué al templo hindú, donde me recibió un

sacerdote brahmín, que se cubría tan sólo con un *doti* blanco enrollado en la cintura y portaba el cordón sagrado de su casta cruzado sobre el pecho. Me mostró las imágenes de Vishnu, Krishna y otras deidades, mientras unas mujeres celebraban una puja, ofrendando arroz y otros alimentos a una estatua de Hanumán, el dios mono. Entramos en el recinto sagrado, donde se encontraba el lingam de Shiva sobre el yoni cubierto de flores. Hice una pequeña ofrenda y el brahmín me aplicó, con el índice, pigmento rojo en la frente e hizo sonar la campanilla.

Salí a la calle. Se oía la llamada a la oración y los tenderos indios, entre ellos muchos musulmanes, cerraban sus comercios para dirigirse a la mezquita. Deambulando llegué a una de las calles principales de la ciudad vieja. Una tras otra se sucedían las tiendecitas para turistas, que vendían batik, máscaras africanas, *kikois* variados y cuadros naif que representaban cebras o danzas masai, con el inevitable Kilimanjaro de fondo. Frente a los establecimientos más grandes, unos masai disfrazados de sí mismos, hacían de reclamo, al igual que en Mombasa, para las ventas de cachivaches exóticos.

Volví a meterme por las callejuelas hasta desembocar frente a la catedral anglicana, un monumento austero y lúgubre, levantado por los misioneros en el lugar del antiguo mercado de esclavos.

En la explanada me salió al paso George, un africano con la piel pegada a los pómulos, los ojos hundidos y los ganglios muy hinchados: el rostro, tan extendido en África, de aquellos que el destino ha tocado con el sida.

–Bienvenido, hermano –dijo–. ¿Quiere que le muestre dónde encerraban los árabes a los esclavos?

Descendimos por unas escaleras que conducían a dos cámaras subterráneas insalubres, unidas por una pequeña estancia.

–Aquí permanecían los centinelas armados, que también eran esclavos –explicó.

La humedad era asfixiante. Llegamos a una cámara de apenas veinte metros cuadrados, con el techo muy bajo, donde uno podía sentir cómo el moho se depositaba en los pulmones.

–En este lugar encerraban a unos cincuenta hombres, que apenas cabían de pie. Por este canal –señaló un surco cavado en la roca–, entraba el agua de las mareas y aquí defecaban y orinaban. La celda contaba tan sólo con estas dos aberturas al exterior. –Indicó unas rendijas verticales de unos quince centímetros de altura por apenas un dedo de ancho–. Imagínese usted, con este calor, lo que sufrirían aquellos pobres hermanos que además estaban encadenados.

A continuación, mi guía me mostró la cámara de las mujeres, que era muy parecida, si bien algo más reducida. Me asaltó entonces una sensación de horror y repugnancia ante la infamia de la esclavitud. La misma que unos años antes había sentido en el siniestro castillo de El

Mina, en la antigua Costa del Oro, la Ghana actual: una imponente fortificación portuguesa, que cayó en manos holandesas y británicas después, también llamada la factoría de esclavos, en cuyas siniestras mazmorras eran almacenados cada año treinta mil hombres en condiciones infrahumanas. Lo que más me impresionó fue un tobogán de piedra por el que arrojaban cada día los cadáveres de quienes no resistían el encierro en aquellos pozos inmundos. Los que sobrevivían eran encerrados en las bodegas de los barcos y transportados a las Antillas, Brasil o Nueva Orleans.

–La mortalidad aquí era tremenda –dijo George mientras ascendíamos las escaleras–. Los árabes capturaban a los esclavos en el interior de África y los transportaban en cuadrillas, encadenados por el cuello. Si alguno contraía la malaria, era degollado sin contemplaciones.

Visitamos aquella catedral anglicana. Las columnas que sostenían el templo estaban colocadas al revés, debido, se decía, a la lectura errónea de los planos por parte de los constructores locales.

–Donde ahora está el altar –me dijo el guía– se alzaba un árbol bajo el cual subastaban a los esclavos. Los ataban al tronco y les daban latigazos para poner a prueba su resistencia. Cuanto más aguantaran, mayor era el precio que pagaban por ellos. Algunos morían sin proferir un solo grito.

En aquel altar, había un mosaico regalado por lady Caroline Thackeray, prima del escritor de *La feria de las vanidades*. Detrás, se extendían unos bancos de madera donde se sentaban el obispo y sus canónigos. De pronto sonó un órgano y tuve ganas de irme.

Pero George me reclamaba para mostrarme un crucifijo, hecho de la madera del árbol al pie del cual fueron enterrados el corazón y las vísceras de Livingstone.

–El cadáver fue llevado a Gran Bretaña –dijo George.

¡Livingstone! El explorador, educado en la fe calvinista de la iglesia escocesa, el que «descubrió» para el Imperio Británico, gracias a los mercaderes árabes, a los tratantes de esclavos y a los jefes tribales que le iban señalando el camino, tantos ríos, lagos y montañas, cambiándoles el nombre que siempre tuvieron, por los de los miembros de la realeza británica. Tuve sentimientos encontrados. De acuerdo, me decía, Livingstone luchó por abolir la esclavitud, pero... ¡qué resultado tuvieron su férrea moral y sus convicciones! Comercio más cristianismo igual a civilización, en aquella parte del mundo. ¿Acaso no resultaron finalmente la avanzadilla del colonialismo británico en aquella parte de África?

Un grupo de niños, hijos de emigrantes del continente, con sus pantaloncitos azules y camisas blancas, iban entrando en la iglesia, sentándose en los bancos. Comenzaron a entonar unos salmos y las

vibraciones del órgano estremecieron el templo. Me despedí de George y le deseé suerte.

Una vez en el exterior me giré para contemplar aquella catedral neogótica incrustada en el corazón de la vieja ciudad musulmana de Zanzíbar con un campanario más alto que el minarete de la gran mezquita. ¿Por qué algo tan encomiable como la conversión al abolicionismo tuvo que venir acompañado de aquel despliegue exhibicionista de una religión ajena por completo a la cultura del lugar? Además, ¿no habían participado los británicos hasta hacía bien pocos decenios en el tráfico de esclavos? ¿Acaso Liverpool, el puerto del Imperio, no debía gran parte de su prosperidad al comercio humano? ¿No se habían valido del trabajo de los esclavos para las plantaciones de Jamaica o de las colonias de América del Norte? Y, ¿no estaban, mientras erigían este templo, trasladando poblaciones enteras de tamiles del sur de la India al norte de Ceilán para la recolección del té en condiciones deplorables? Claro que era loable que se abogara por la abolición total de la esclavitud, pero con humildad y sin pretender dar tantas lecciones de civilización, porque sus manos seguían manchadas de sangre.

Por lo visto, todas las calles desembocaban a la arteria de las tiendas de turistas. Desoyendo los reclamos de los vendedores, continué hasta llegar a un establecimiento de fotografía. En el escaparate, se apilaban unas cajitas de película Agfa descoloridas, libros sobre la isla y algunos CD de música taarab. Eché un vistazo al interior. Los aparadores de teca guardaban viejas Zeiss Ikon y Rolleiflex. Las paredes estaban presididas por viejas fotografías en blanco y negro. Entré. Un hombre indio de porte aristocrático hablaba por teléfono.

–*Feel free* –dijo.

Me llamaron la atención las *Memorias de una princesa árabe de Zanzíbar*, de Sayeda Salme, y una biografía del esclavista Tippu Tip, que reservé. Mi curiosidad me llevó a unas viejas fotografías de los dhows entrando en el puerto de Zanzíbar con las velas desplegadas.

–Veo que le atrae la historia de esta isla –dijo el dueño de la tienda.

Le hablé de mi largo periplo y se mostró interesado.

–¿Le apetece un té?

Llamó a un sirviente, pero luego pareció pensarlo un poco mejor:

–No aquí no –recorrió con la mirada la tienda vacía–. Ahora, a punto de comenzar las lluvias, casi no hay clientes. Mejor se viene a mi casa. Es un buen ejemplo de las casonas de los mercaderes indios. Además, allí guardo muchas más fotografías. Vamos.

Pagué los libros y le seguí a su casa, que se encontraba en la

trastienda. Era un palacete oculto a la calle, con un patio central en el que había dos grandes columpios de hierro, con almohadones y toldo, rodeados de plantas tropicales. Entramos en un amplio despacho, aireado por dos grandes ventiladores en el techo. La intimidad de la habitación estaba asegurada por unas cortinas de bambú. Sobre una larga mesa de teca, se disponían varios ordenadores con sus periféricos. En la librería de caoba se alineaban libros sobre el Índico y Zanzíbar, imposibles de encontrar. En una hornacina, unas barritas de incienso quemaban frente a una estatuilla de cobre de Ganesh, el niño con cabeza de elefante, que es el dios hindú que trae felicidad y alegría a los hogares y aleja los problemas. Un gato persa, blanco y grande, que dormía sobre la alfombra, se desperezó y se alejó malhumorado.

En ese momento entró en el despacho una mujer, de mediana edad, que vestía un elegante caftán de seda azul. Tenía el pelo negro, dividido por un mechón blanco, y ocultaba los ojos tras unas grandes gafas de pasta negra.

–Perdone, no sabía que teníamos visita –se disculpó.

–Le presento a mi hija Lakshmi –dijo–. Por cierto, yo soy Ramesh.

La mujer se acercó a una ventana y subió la cortina. La luz que se filtraba por los cristales de colores arrojó caprichosas manchas de rojo, amarillo y azul sobre la habitación. Lakshmi se acomodó en un gastado sofá de cuero.

Ramesh abrió un antiguo mueble de boticario y extrajo una gran caja de latón, que atesoraba centenares de fotografías: árabes de largas barbas, tocados con grandes turbantes, con sus *dishdashas* y yambías y calzando babuchas, con el fondo del puerto; el mercado del marfil, con más de cuarenta cuernos de elefante dispuestos en el suelo y custodiados por esclavos; la subasta del clavo de olor en la que participaban árabes con sus turbantes y los no menos elegantes hindúes con sus túnicas cortas de seda sobre los bombachos; el mercado de esclavos, encadenados unos a otros, prácticamente desnudos y apenas cubiertos con un taparrabos; la comitiva del sultán montado en la carroza que le regaló la reina Victoria. Por último me sorprendió una bella fotografía del puerto con más de un centenar de grandes veleros anclados.

Permanecí un buen rato contemplando y comentando aquellas imágenes hasta que me topé con la foto de Sayeda Salme, la hija del sultán. Sus ojos me intrigaron.

–Háblenme de la princesa –pedí.

–Ese libro que ha comprado usted es muy interesante –dijo Ramesh– porque nos habla de la vida en aquella corte árabe trasplantada al trópico.

–¡Oh! Es una historia muy dramática –intervino Lakshmi– y

también romántica. –Se apartó el pelo de la cara con un movimiento de la mano decorada con alheña–. Verá, Sayeda Salme era hija de Sayed Said, de la dinastía de los Bu Said, sultán de Omán y Zanzíbar. Su madre no era la esposa del sultán, pero sí una de las *sarari* más apreciadas.

–¿*Sarari*? –pregunté.

–Era el nombre que recibían las favoritas del sultán –aclaró Lakshmi–. La esposa legítima era una mujer arisca y desagradable que no había podido tener hijos y que les hacía la vida imposible a las otras mujeres del sultán. Sayeda Salme se crió en el palacio de Mtoni, al norte de la ciudad. Su vida era feliz, entre sus primos y hermanos, custodiada por esclavos. Jugaban en un gran jardín lleno de avestruces, pavos reales, flamencos y otras aves. Pero veía muy poco a su padre, que tuvo que viajar a Omán, donde permaneció algunos años para sofocar una rebelión y combatir a los persas. El sultán Sayed Said murió cuando regresaba a Zanzíbar y el imperio se dividió entre dos de sus hijos: Tueni, que fue el nuevo sultán de Omán, y Majid, que se quedó con Zanzíbar y las posesiones africanas.

Llamaron a la puerta y una criada nos trajo una bandeja con unos dulces y un servicio de té.

–Sayeda –continuó Ramesh– se sentía muy unida a Bargash, su hermano preferido, que conspiraba a espaldas de Majid, el nuevo sultán de Zanzíbar, para hacerse con el poder y preparó un golpe de palacio que fue descubierto. Los británicos intercedieron por él y fue deportado a la India.

–Majid era de aspecto débil y estaba aquejado de brotes de epilepsia, pero era listo y estaba dotado para gobernar –dijo Lakshmi tras servir aquel té a la india, hervido con leche y especias aromáticas–. Bajo su reinado, Zanzíbar continuó disfrutando de los pingües beneficios del tráfico de esclavos. Pero su hermano Tueni, sultán de Omán, estaba descontento con el reparto del imperio y pensó en atacar Zanzíbar para derrocarle y anexionarse el territorio. Quizá lo hubiera conseguido de no haber intervenido los británicos.

–Ya sabe –rió Ramesh–. ¡Al final todo se soluciona con dinero! Así que Zanzíbar se comprometió a pagar un subsidio anual a Omán.

–La princesa creció en aquel ambiente de intrigas. –Lakshmi encendió un cigarrillo larguísimo y delgado–. Y aunque tenía ya veintipocos años, seguía soltera. Eso era realmente extraño, porque a las mujeres de la aristocracia árabe las casaban prácticamente de niñas. Se dice que su soltería era una venganza de su hermano Majid, por haber preferido a Bargash. Sayeda Salme era infeliz y fueron pasando los años, hasta que conoció a Heinrich Ruete, un mercader alemán con el que mantuvo un escandaloso romance que llegó a ser un secreto a voces.

Lakshmi se llevó el cigarrillo a los labios, seductora.

–La princesa –prosiguió– vendió sus posesiones y se embarcó rumbo a Adén. Según uno de sus esclavos, que la custodió hasta el barco, Salme se encontraba en un estado delicado. En Adén, donde la esperaba el alemán aquel, renegó del islam para abrazar el cristianismo y se casó con su amante. Se fueron a vivir a Alemania, país al que ella jamás se adaptó, y tuvieron tres hijos, enviudando a los pocos años.

–Mientras, en Zanzíbar –intervino Ramesh–, su hermano, el sultán Majid, murió y fue sucedido por Bargash, que regresó de la India. Los británicos presionaban para que el nuevo sultán acabara con el tráfico de esclavos, y en 1873 viajó a Inglaterra para la solemne firma del tratado de abolición.

–La princesa que sentía grandes añoranzas de Zanzíbar y de su familia, creyó que había llegado el momento propicio de volver a ver a su hermano favorito. Pero los ingleses lo impidieron porque consideraban a Salme una agente alemana –Lakshmi dejó escapar lentamente una voluta de humo– con capacidad para influir en el sultán.

–Tenga en cuenta que Alemania tenía pretensiones sobre el África oriental. Sayeda Salme viajó a Zanzíbar a bordo de un buque de guerra alemán, pero su hermano, el sultán Bargash, se negó a recibirla. Así que los hijos de la princesa no pudieron conocer a su

familia y ella tuvo que volver a Hamburgo, donde escribió estas memorias y murió –dijo Ramesh, señalando el libro que yo acababa de adquirir.

–¡Qué historia! –dije, mirando una vez más la triste princesa de la portada.

–¡Quiso ser libre! Y lo acabó pagando. –Lakshmi aplastó con fuerza el cigarrillo en la concha de nácar que usaba de cenicero–. Quién sabe si, de haber podido hablar con su hermano, éste se hubiera sometido tan dócilmente a los ingleses.

–Bueno, eso son especulaciones, querida hija –zanjó Ramesh–. Mire usted, a finales del XIX, este sultanato era ya un anacronismo, pero servía a los intereses del Imperio Británico, que en 1890 lo declaró, directamente, protectorado. Pero es que ya, unos años antes, en el Congreso de Berlín, en el que, como usted sabe, las potencias europeas se repartieron el pastel del continente africano, el sultanato había perdido su área de influencia en África oriental, porque los inmensos territorios de Kenia y Tanganyka se los dividieron entre ingleses y alemanes. Zanzíbar conservó tan sólo una franja costera de diez kilómetros, que comprendía puertos como Mombasa, Malindi, Lamu o Pate.

El gato entró en la habitación restregando su cuerpo grande contra las piernas de Lakshmi, solicitando su trozo de pastel.

–Sólo viene cuando le interesa –rió la mujer.

Le dio un pedazo de dulce que el gato engulló. Luego, de un salto, se hizo un ovillo en su regazo.

–Por cierto, ¿sabe usted quién es un tal Freddie Mercury? –preguntó Lakshmi, tras llevarse la taza de té a los labios–. ¿Es alguien conocido en Europa?

–Sí, por supuesto. Era el cantante de Queen –respondí.

–¿Queen, ha dicho? –preguntó Ramesh con gesto de extrañeza.

–Un grupo de rock, inmensamente popular y que sigue vendiendo millones de discos en todo el mundo –expliqué.

–No habíamos oído hablar nunca de él –dijo Lakshmi–. Y eso que nació aquí. En esta misma calle. Era un parsi, ya sabe: los seguidores de Zaratrustra, que emigraron de Persia a la India.

Recordé las torres de silencio de Bombay, donde la comunidad parsi colocaba a sus muertos para que fueran devorados por los buitres, ya que no podían ser ni incinerados ni enterrados, pues su religión consideraba que tanto el fuego como la tierra eran sagrados y no podían contaminarse con restos humanos.

–Estuvo aquí un compañero de ese famoso cantante, Brian May, creo que dijo que se llamaba. –Lakshmi se quitó las gafas de pasta negra–. Quiere hacer algo así como una casa museo, aquí delante. Nosotros no recordamos, francamente, a este parsi, pero cualquier

iniciativa es bienvenida si sirve para revitalizar la ciudad.

–Nosotros, los indios –intervino Ramesh–, estamos muy ligados a Zanzíbar. A principios del XIX llegaron aquí mercaderes y hombres de negocios de la India, que financiaron las caravanas al interior de África, y entre ellos, mi familia, que vino del Gujarat. Más tarde, durante el protectorado británico, se alentó a los indios para que emigraran a Zanzíbar a ocupar cargos en la administración. Hoy, nuestra comunidad cuenta con hindúes y, sobre todo, musulmanes de varias sectas: ismaelíes, bujara o ithnasheri entre otras. También sufrimos lo nuestro con la revolución, pero ahora todo está calmado, y gracias al turismo se están rehabilitando los viejos edificios, el comercio vuelve a prosperar y después de tantos años de penuria, nuestros hijos tienen otra vez un futuro.

De nuevo en la calle, me encontré sin buscarlo en la parte marítima de la ciudad, allí donde, junto al fortín omaní, se alzaba la Casa de las Maravillas. Me topé con la fachada, sólida y bella, del museo. Una vez dentro, sin embargo, me decepcionaron las estancias, decoradas con gusto de nuevo rico. Combinaba dos estilos diferentes: mientras un ala era pretenciosa y rococó, la otra era un muestrario del peor gusto de los años cuarenta y cincuenta.

–Pertenecían a las dos esposas del penúltimo sultán –me dijo uno de los vigilantes–, que se odiaban entre ellas.

–Por lo que se ve, cada una tenía un gusto muy distinto –respondí con una sonrisa.

¿Era esto una vivienda de sultanes? Tal vez tras el pillaje de la revolución habían amañado unas supuestas estancias, con muebles de otros lugares. Aunque sí, quizá fueran las viviendas auténticas de unos últimos sultanes de Zanzíbar, que tenían el poder y, a juzgar por sus habitaciones, el sentido estético muy mermados, por lo que ya nada conservaban de los tiempos de fábula. Me dirigí a la supuesta habitación de la princesa Sayeda Salme, a sabiendas de que ella jamás residió en aquel palacio.

Al salir a la magnífica explanada ajardinada que se abría sobre el mar, vi cómo las familias buscaban la sombra de los grandes árboles; algunas se tendían en el césped. Abundaban las mujeres indias rodeadas de niños: las musulmanas iban con la cabeza tapada y las hindúes, con los saris de seda que dejaban al descubierto su cintura. Los niños de unas y otras comían algodón de azúcar rosa. A pesar de que no había turistas, pues era la estación de lluvias, el paseo estaba lleno de vendedores ambulantes de souvenirs y baratijas. Frente al mar, se alineaba un gran número de puestos de comida ambulante, donde asaban pulpos, gambas y apetitosos pescados sobre las brasas, o

freían samosas en abundante aceite. Todos aquellos olores se mezclaban con la fragancia del clavo de olor. Los niños de la calle se tiraban al agua desde el muelle y competían entre ellos, mientras los más crecidos jugaban con la cámara de un neumático de camión. Entraba en el puerto un carguero haciendo sonar la sirena. En el horizonte se sucedían las descargas eléctricas, mientras sobre nuestras cabezas brillaba contundente el sol.

Caminé hacia el Africa House, el hotel que fuera centro de operaciones de los europeos que se aventuraban en África. No les gustaba el lugar, por lo visto era una ciudad muy sucia y la llamaban *Stinkybar*.[23]

El hotel estaba ahora en fase de reconstrucción; todavía podían verse los viejos letreros ingleses que rezaban: *Cloakrooms* ('guardarropía') o *Ladies' Powdering Room* ('tocador de señoras'). Me colé entre los andamios y entré en una de las viejas habitaciones, vacías y espaciosas, que daba a una galería de madera sobre el exterior. ¿Habría escrito aquí Evelyn Waugh, parte de su *Remote People,* allí donde hablaba de Zanzíbar?

–¿Busca algo, amigo? –oí a mis espaldas.

–El bar –respondí, amparándome en la suposición de que los turistas siempre son raros y tienen comportamientos inexplicables.

Era espléndida la terraza, muy grande, colgada sobre aquel mar de un azul tan especial, cobalto casi, como nunca había visto antes. Me senté y pedí una ginebra local. Los dhows pasaban tan cerca que los turistas se levantaban cada dos por tres y corrían con sus cámaras para no perderse detalle. Caía la tarde, cerré el libro de las memorias de la princesa y contemplé un sol rojo que era tragado por el Índico mientras una australiana, magnificando la escena con un gran teleobjetivo, se esforzaba por hacer coincidir las velas de un elegante dhow contra el sol. Los extranjeros se iban levantando para capturar el ocaso; algunos, con flash.

De regreso al *fonduq*, me esperaban el viejo recepcionista y su loro que, posado en el hombro, le mordisqueaba la oreja.

–¡Le han llamado sus amigos! Debe telefonear a un tal Ahmed, que es nieto de ese Husein que usted busca. Le esperan para la cena –dijo, tendiéndome el teléfono de baquelita.

No pasaron veinte minutos cuando apareció Ahmed. Vestía a la occidental y sus rasgos eran inequívocamente árabes, con ojos profundos y perfil aguileño. Aunque hablaba árabe, no era un idioma que dominara.

–Así que acabas de llegar de Omán –dijo.

–No exactamente, he pasado unos días en Malindi y Mombasa.

–¡Mombasa! Tengo varios amigos estudiando allí. ¿Y cómo te han tratado? ¿Te ha servido la visita para ese libro del que me habló Mohsen?

Sin esperar a mi respuesta, me condujo a la calle y subimos a su coche.

Era la hora del crepúsculo y avanzábamos por un parque de palmeras reales, al son de un Cheb Khaled a todo volumen, que se mezclaba con la llamada de la oración, que conseguía atravesar las ventanillas cerradas del utilitario japonés.

–*La ilah ila Alá* ('No hay más dioses que Dios') –musitó Ahmed, interrumpiendo rutinariamente su tarareo.

Dejamos atrás la ciudad antigua. Al fondo, destacaba lúgubre la silueta de unos edificios de estilo soviético construidos tras la revolución.

–Supongo que querrás que mi abuelo te hable de lo que pasó en esos años –dijo.

–Entre otras cosas –contesté, sin poder apartar la vista de aquella pesadilla arquitectónica.

–Debió ser terrible para él –suspiró–. Yo no la viví.

–No, claro que no.

¿Qué edad tendría Ahmed? ¿Veinticinco años?, ¿treinta? La revolución estalló en 1964; yo recuerdo haber oído la noticia por la radio. Era la época en que las naciones de África comenzaban a independizarse y, cuando escuché el nombre de Zanzíbar, quedé sorprendido. ¡Creía que sólo existía en mis viejos libros! Y de repente, el país de mis sueños se hacía realidad en forma de un baño de sangre.

–Procura no cansar a mi abuelo –rogó Ahmed–. Todavía se encuentra convaleciente de una operación.

–No te preocupes. En todo caso, hazme una señal cuando lo consideres oportuno.

Sonrió.

Tomamos la carretera del aeropuerto y un par de kilómetros después, nos desviábamos hacia un área residencial de villas y bungalows, rodeados de altos muros por los que trepaban buganvillas de colores y de los que sobresalían cocoteros, palmas reales y mangos. En los tejados destacaban las parabólicas más grandes que había visto, del tamaño casi de un coche, necesarias en una región poco atractiva para el negocio de los satélites.

–Hemos llegado –dijo Ahmed.

Olía a curry y en una radio sonaba «Mapenzi», aquella música pegadiza que me había perseguido por Malindi y Mombasa, y que Ahmed tarareaba mecánicamente. Tocó dos veces el claxon y un hombrecillo delgado, embutido en un mono azul y tocado con un turbante de un amarillo desvaído, nos abrió sonriente el portón.

Caminamos hacia el bungalow, que recordaba a los de la India del sur, entre colonial y racionalista. Ahmed se detuvo, buscó mi mano y colocó entre mis dedos el cigarrillo que él estaba fumando.

–Pero ¿qué haces? Si yo ya no fumo –protesté.

–¡Shhhh! –ordenó silencio.

Sonreí, ya había pasado por esta situación. En muchas sociedades musulmanas supone una falta absoluta de respeto que un hijo fume delante de su abuelo, de su padre o incluso de sus hermanos mayores, y Ahmed no se había dado cuenta de que tenía un pitillo en las manos hasta que llegamos.

En la veranda nos esperaba Husein. Era un hombre de unos setenta años, desaliñado y mal afeitado, que acusaba la convalecencia en su rostro. Vestía un amplio *kanzu*.

–Bienvenido sea –dijo–. Entremos. A esta hora, aquí fuera está plagado de mosquitos. Supongo que estará tomando quinina, ¿no?

Pasamos a una gran sala decorada al estilo de los años sesenta, con dos falsos arcones de madera de estilo árabe contra la pared, con clavos dorados muy brillantes. Nos sentamos en unos butacones sacados de una película de Jacques Tati.

–Bienvenido –repitió–. *Ahlan u sahlan*. ¿Cómo está nuestro querido Mohsen? ¿No le dijo si pensaba venir a visitarnos algún día?

Entró el hombrecillo del portón con una cafetera omaní en una bandeja. Le seguía una joven muy bella, de rostro muy árabe cubierta con un *buibui*.

–Es Zaida –dijo Husein–. Una de mis nueras. Es de Sur.

Me saludó, ofreciéndome una mano huidiza, que no estaba acostumbrada a estrechar la de los hombres. Le dije en árabe que conocía su ciudad y sus grandes ojos se iluminaron. Me miró fijamente durante largos segundos, antes de desviar la vista. Me dio tiempo a leer en sus ojos, realzados con kohol, la añoranza de aquella ciudad castigada por el sol y batida por el viento. Su mirada era la misma que la de los viejos marineros de Sur cuando soñaban con Zanzíbar, pero a diferencia de ellos, Zaida en aquella isla tan preciada por sus compatriotas, sólo tenía ojos para su ciudad natal, en las desoladas costas de Arabia. Me hubiera gustado hablar con ella de los dhows varados en la entrada de la ría, de la belleza del pequeño pueblo de Ageia. Pero...

–*Min fadluku* ('Con su permiso') –farfulló, modesta en árabe, y se retiró.

Ya no volví a tener nunca contacto visual con ella. Ahmed nos sirvió café aromático. Yo seguía pensando en aquella joven y en todas las que, a lo largo de los siglos, habrían atravesado aquel océano, encerradas durante toda la larga travesía en las cámaras de popa, sufriendo las sacudidas de los temporales y un calor atroz, sin poder

gozar ni un minuto de las brisas nocturnas, sin poder contemplar siquiera los delfines, el planear de los peces voladores o el vuelo de las gaviotas y golondrinas de mar. Ni tampoco el asombroso fulgor espectral del plancton, ni las estrellas fugaces, ni el nacimiento y ocaso del sol y la luna en las aguas del Índico. Pobres mujeres de Arabia, tuteladas y cautivas de por vida.

–¡Bebe! ¡Bébete el café! –dijo Ahmed, sacándome de mis pensamientos.

–Mi nieto me ha dicho que quiere que le hable de la revolución de Zanzíbar –dijo Husein, con voz fatigada.

Apuró el café y suspiró:

–¡Es una larga historia! Con la revolución quisieron eliminarnos a todos los árabes, porque habíamos sido esclavistas y decían que no éramos africanos y no teníamos derecho a estar aquí. Muy bien, pero ¿a quién pertenecía Zanzíbar? ¿A los árabes o a los africanos? ¿Quiénes llegaron antes a esta isla?

Me encogí de hombros.

–Zanzíbar ya era conocida, desde mucho antes del islam, por los árabes del sur. En el *Periplo del mar eritreo*, supongo que usted conoce este libro –dijo–, se explica claramente que toda esta costa se encontraba bajo la soberanía del rey del Yemen. ¿Había negros en Zanzíbar antes de la llegada de los árabes? No lo sabremos nunca, porque la única evidencia arqueológica es la de los árabes, que, a diferencia de los africanos, que vivían en chozas, construían en piedra. Entonces, ¿de qué derechos históricos hablan los que hicieron la revolución? Los árabes hemos vivido en este rincón de África desde hace por lo menos dos mil quinientos años.

Ahmed entró con una gran bandeja redonda y depositó la cena en la mesa, Husein, sin embargo, no hizo amago de levantarse.

–Pero los revolucionarios no se alzaron para defender derechos históricos –dije, ante la mirada de reprobación de Ahmed, que temía que su abuelo se alterara–, sino contra quienes les habían esclavizado. Al menos, eso es lo que cuentan hoy los libros.

–Eso también es verdad. Pero los que hicieron la revolución se callaban que los propios africanos habían participado en el tráfico de esclavos. Fueron los negros los que capturaban a sus enemigos y los vendían a los tratantes árabes. Todos –subrayó la palabra– estuvieron implicados en la trata: indios, árabes, blancos, negros... Y al final, la culpa era sólo de los árabes de Zanzíbar. Cuando encima, por nuestras venas corría la sangre de las esclavas, ya fueran esposas o concubinas, porque en el islam, la esclava que tenía un hijo de un musulmán obtenía la libertad. Además, a lo largo de los siglos, los navegantes y mercaderes árabes se habían mezclado tanto con la sangre africana que su aspecto había cambiado. Hasta el punto de que el color oscuro

les proporcionaba un estatus superior, porque si uno tenía la tez clara y se expresaba mal en suajili, significaba que acababa de llegar de Arabia, que era un *parvenu*. Ahora se habla mucho de la identidad suajili, pero hasta hace pocos años, nadie de la vieja ciudad, ni de Mombasa, Pate o Lamu, hubiera aceptado este término. Nos veíamos a nosotros mismos como árabes, aunque no habláramos el idioma en la vida diaria.

Husein sirvió otra ronda de café y continuó:

–En 1963, obtuvimos la independencia de Gran Bretaña. Teníamos un nuevo sultán, llamado Sayed Jamshid ibn Abdala, de la dinastía omaní de los Bu Said. Contábamos con una bandera propia y un lugar en las Naciones Unidas. En el gobierno estaba el Partido Nacionalista Proárabe de Zanzíbar, y en la oposición, el Afroshirazi, que aglutinaba a los negros que reclamaban un supuesto origen persa, que les proporcionaba, o así al menos lo creían, una legitimidad histórica.

–¿Venían realmente de Shiraz?

–Es difícil saberlo; los más negros son los que se declaran con mayor ahínco provenientes de Shiraz, cuando esa ciudad ni siquiera tiene mar. Además, los puertos más cercanos estaban en la región conocida como Arabistán, habitada por árabes que se expresaban en su lengua. Hace muchos siglos, hacia el XI, más o menos, los habitantes de algunos sultanatos de esta Costa de los Zenj buscaron una genealogía mítica para no quedar diluidos en las nuevas oleadas migratorias procedentes de Arabia y del Golfo. Luego esos supuestos shirazis se fueron mezclando con los africanos y hoy son totalmente negros.

Paró unos segundos. Ahmed y yo nos miramos; por señas me indicó que podía continuar.

–Todo entra en el terreno de la leyenda –suspiró–. Pero deje que le cuente lo que pasó tras la independencia.

–Es cierto, le he hecho desviar de nuestra conversación –dije.

–El estado independiente de Zanzíbar –continuó– se acercó a Nasser, que por aquel entonces estaba en su cénit y era una inspiración para los movimientos nacionalistas árabes y musulmanes de todo el mundo. Aquí se estaba reintroduciendo el árabe en las escuelas, como primera lengua. Se iniciaba un proceso de afirmación de lo árabe.

Bebió un sorbo de café y prosiguió:

–Estoy convencido de que la revolución de Zanzíbar no respondía tan sólo a un deseo de venganza histórica de los africanos.

–No le entiendo –dije.

–La revolución –dijo, mirándome a los ojos– fue un ataque preventivo para atajar de raíz el liderazgo y la creciente influencia de

Gamal Abdel Nasser en África.

–¿Quiere decir que estuvo manipulada desde el exterior? –pregunté.

–¡Estoy absolutamente convencido! –exclamó–. Pero hoy en día hay una conspiración de silencio.

Ahora era yo el que le miraba fijamente.

–Como usted sabrá, a principios de los sesenta el panarabismo de Nasser parecía imparable. El rais había conseguido nacionalizar el canal de Suez, pese al intento de franceses, británicos e israelíes de impedirlo por la fuerza. Su ejército combatía en el Yemen para derrocar al imán feudal, y las monarquías del petróleo temían ser las próximas de la lista. Además, el rechazo de los americanos a construir la presa de Asuán le había arrojado a los brazos de la URSS. El suyo era un movimiento cada vez más incómodo para Occidente, que prefería regímenes corruptos fáciles de manejar.

Apuró el café.

–*Dogs!* –exclamó–. Los occidentales no estaban dispuestos a tolerar países de verdad independientes y soberanos, que pudieran amenazar sus intereses y, sobre todo –hizo una pausa– el suministro de petróleo barato. Israel temía, además, por su seguridad e incluso por su misma existencia. Los nacionalistas árabes controlaban ya la entrada del mar Rojo por el canal de Suez, y a punto estaban de hacerse con su salida cuando cayera el Yemen. ¿Cómo podían entonces permitir que Zanzíbar, aquel sultanato olvidado de *Las mil y una noches*, de pronto despertara y reivindicara su arabidad? Según los americanos, hubiera tenido un efecto dominó sobre Mombasa, Lamu y los otros puertos de la costa del África oriental.

–Y entonces –añadí– los nacionalistas árabes hubieran dominado no sólo la ruta del canal de Suez, sino también la del cabo de Buena Esperanza. Las dos rutas vitales para el acceso al petróleo. Las dos arterias de Occidente.

–¡Claro! –saltó–. No perdieron el tiempo. Occidente no duda ni un instante cuando se tocan sus intereses vitales. Quiere que los musulmanes sigamos gobernados por jeques medievales o por déspotas, como en esta mancillada isla.

Me tocaba a mí reconducir la conversación:

–Entonces, cuando ustedes lograron la independencia y se acercaron a Nasser, Occidente...

–¡Lo vio como una amenaza! –saltó–. Por eso nos enviaron a ese ugandés sanguinario llamado John Okello, que nadie sabe de dónde había salido, para que provocara la revolución. Es curioso: una vez realizado su cometido, desapareció misteriosamente. Los hermanos de Mombasa y de los otros puertos no se atrevieron a levantar la voz, por miedo a ser también ellos represaliados. Desde entonces, el Partido

Afroshirazi sigue en el poder con la misma retórica revolucionaria... Todos estos ¡cuarenta largos años!

Ahmed se levantó, para regresar con un vaso de agua y las medicinas. Husein las engulló, estremeciéndose por el sabor desagradable, y bebió el vaso de un trago.

–Los revolucionarios –continuó– comenzaron a difundir las patrañas más despreciables. Decían que los árabes degollábamos a los negros y que obligábamos a sus madres y hermanas a barrer las calles con los pechos. Inventaron historias como ésas para preparar la masacre. Y ya sabe usted. Una vez atizado el fuego, nada lo puede detener. Esa mentira estuvo bien escogida, porque si se quiere ofender a cualquier pueblo, no hay imagen más emocional que la de la madre. Los pechos simbolizan el alimento. La vida. Dijeron más barbaridades, como que las madres árabes querían ver cómo era un feto y hacían abrir los vientres de sus esclavas para satisfacer su curiosidad... ¿Se imagina usted a una madre exigiendo tal atrocidad?

–¿Cómo empezó todo? –pregunté.

–Ya antes de la independencia se cometieron salvajadas. Cogieron a niños árabes, los metieron en los hornos de secar el coco y los asaron hasta la muerte. El asunto fue a juicio y un superviviente de siete años narró lo sucedido. El juez británico archivó el caso porque dijo que no podía fiarse del testimonio de un niño pequeño.

Una única lágrima, grande y espesa, colgaba de uno de sus ojos. Miré a Ahmed, quizá deberíamos dar por terminada la conversación. Así se lo intenté transmitir con un gesto. El joven se levantó pero su abuelo, categórico, le hizo permanecer en la silla.

–¡Siéntate! ¡Ya nadie quiere escucharme!

La lágrima le resbaló por la mejilla. Husein se secó con la manga del *kanzu* y continuó:

–¿Cómo olvidar aquel maldito 12 de enero de 1964? Las turbas enloquecidas, sedientas de sangre, se dedicaron a la captura y matanza de cuantos árabes encontraron. Los que se encerraron en sus casas fueron quemados vivos. No podían escapar porque el populacho había tapiado puertas y ventanas. Los ancianos fueron arrojados al fondo de los pozos. Por la radio sonaba continuamente una canción de un tal Muadini, que era un llamamiento al exterminio:

»–Los árabes son como serpientes que hay que aplastar. Atrapad a los árabes, ya sean jóvenes o viejos, y degolladlos.

De los ojos de Husein brotaban ahora las lágrimas, sin parar. Ahmed le tendió un pañuelo de papel. Se secó y se sonó con fuerza.

–Los profesores eran azotados hasta la muerte delante de sus alumnos –dijo, entre sollozos–. Violaron a nuestras mujeres. Hasta a las niñas, que eran forzadas delante de sus padres y sus hermanos, antes de acabar con todos ellos de la manera más atroz. Cogían a un

niño de meses por una pierna y de un machetazo lo abrían en canal...

Husein se llevó las manos a la cabeza y se frotó los ojos.

–Si quiere, lo dejamos aquí –propuse.

–No, hijo, no –respondió, cogiéndome la mano durante unos largos segundos.

Miré a Ahmed, también estaba emocionado.

–La locura –continuó tras sonarse de nuevo– se prolongó durante una semana interminable hasta que John Okello, aquel carnicero –*butcher*, dijo– ugandés, ordenó por la radio al populacho que cesara la matanza y que capturaran vivos a todos los árabes que se habían refugiado en el campo y en la jungla. Entonces, hombres y mujeres fuimos confinados por separado en las escuelas, con lo puesto. Todos nuestros bienes fueron pillados, saqueados, confiscados o quemados. Al cabo de unos meses, fuimos encerrados en la isla de La Prisión, que está aquí delante. Tras arduas negociaciones, la Cruz Roja Internacional consiguió repatriarnos en dhows a los países del Golfo Pérsico y a Omán; algunos iban tan cargados que jamás llegaron a su destino. Más de diecisiete mil árabes fueron asesinados y unos doscientos mil nos vimos obligados al exilio.

–¿Qué pasó entonces con el país? –pregunté.

–Declararon la unión con la antigua Tanganyka para formar Tanzania. El primer presidente de la revolución fue Karume. Yo pude regresar al cabo de un tiempo. Durante muchos años continuaron las torturas. A los detenidos les hacían mil perrerías: los dejaban inmersos en pozos de lodo hasta que se pudrían sus miembros... Un médico amigo de Pemba, que curaba a los detenidos, me contó que se los traían descarnados a latigazos y que, cuando sus heridas empezaban a cicatrizar, se los llevaban para fustigarlos de nuevo, y luego se los devolvían con las heridas cada vez más abiertas, hasta que sus espaldas no eran más que carne picada. Un día mi amigo no pudo más y se escapó a Mombasa con unos pescadores. Muchos torturadores tuvieron un final trágico, se delataron entre ellos mismos, incluso se mataron entre sí. Uno de los más terribles acabó loco, comiéndose sus propios excrementos...

Ahmed me miró y me hizo una señal para que tratara de aplacar a su abuelo.

–Durante casi cuarenta años –prosiguió incansable, aliviado de poder hablar por fin– esos salvajes han celebrado la revolución. Hasta hace poco, confeccionaban muñecos con ropas árabes rellenas de fibra de coco, les ponían un turbante y les decían a los forasteros:

»–Venid a medianoche y os mostraremos lo que les hicimos a los árabes.

»Entonces, por la noche, cogían los machetes y se ensañaban con los muñecos. A la mañana siguiente, todo estaba esparcido de restos

de ropa y fibras, tal como años atrás habían hecho con los cuerpos de verdad. Para aquella gente la palabra revolución no significaba mejor educación, viviendas dignas o sanidad para todos, sino simplemente matar a los árabes. Y todos esos años siguieron regocijándose con aquello. Podían matarnos, insultarnos, quemarnos... pero, ¡que no continuaran, año tras año, burlándose de aquel modo! ¿Acaso no saciarían nunca su sed de sangre? Nos decían que renegáramos de lo árabe, porque era el símbolo del mal. Pero ¿cómo querían que renegáramos de nosotros mismos? ¿Por qué renegar de la sangre de mi padre y aceptar tan sólo la de mi madre?

–Abuelo –interrumpió Ahmed–, la cena se está enfriando desde hace un buen rato.

–¡Que espere la cena! –exclamó Husein–. Antes quiero que nuestro amigo vea las imágenes de las masacres. Tenemos un vídeo que circula clandestinamente. Le pido su discreción –dijo–. Aquí la situación política sigue siendo difícil. Ahmed –ordenó a su nieto–, ve a mi habitación y trae el vídeo de donde tú sabes.

Husein se secaba las lágrimas.

Ahmed regresó con el vídeo y acercó el televisor. Empezó a oírse el sonido de un helicóptero. La sombra de sus aspas se proyectaba sobre un campo de cocoteros. Entonces, entró una voz en off:

–En Tanzania, en 1964, un levantamiento comunista acabó en un baño de sangre. Gentes pobres e inocentes iban a pagar el precio de un trágico pasado.

–Todo esto lo consiguió filmar un equipo de cineastas italianos que estaba realizando un documental en África –dijo un emocionado Husein.

La cámara seguía desde el aire una fila interminable de árabes vestidos de blanco, que caminaban por una larga carretera, vigilados por hombres armados. De pronto, estábamos sobrevolando la explanada de un cementerio musulmán, convertido en campo de exterminio. Una multitud de árabes, incluidos mujeres y niños, iban desplomándose acribillados a balazos. Desde el helicóptero veíamos ahora unos camiones que enfilaban otra larga carretera, con las cajas repletas de cadáveres. La siguiente imagen mostraba unas grandes fosas rectangulares, de unos cien metros de largo, y perfectamente cavadas, a rebosar, junto a otras que aún no habían sido llenadas. No cabía duda: se trataba de una operación perfectamente planificada. La penúltima imagen mostraba masas de árabes huyendo hacia el mar, sobre una plataforma de rocas de coral, corriendo desesperados por lanzarse al agua, cayendo, uno a uno, bajo una lluvia de balas. La cámara mostraba ahora los cuerpos diseminados sobre las rocas, algunos semihundidos en pequeñas charcas. Fue entonces cuando se recuperó la voz en off lapidaria:

–Cuando la marea regresa a África, trae consigo la cosecha del conflicto.

Quedé conmocionado. Aquello no tenía nada que ver con lo que siempre se había explicado sobre la revolución de Zanzíbar. No se trataba de un levantamiento espontáneo que hubiera acabado en tragedia. Era la versión africana de la industria de la muerte. Nada parecía haberse dejado al azar. Las palabras de Husein volvieron a mí. «Estuvo manipulada desde el exterior.» Las imágenes no mentían: hubo una voluntad sistemática de borrar la presencia árabe y nadie alzó la voz contra aquella masacre. Ni Gran Bretaña, la potencia colonizadora, ni Estados Unidos, ni la URSS. En cuanto a la izquierda europea, zanjó lo sucedido como un mero ajuste de cuentas entre amos y explotados.

Husein ya ni siquiera lloraba. Quedamos sin habla un buen rato, hasta que llamaron a la puerta. Se presentó el médico de Husein. Tendría unos cuarenta años. Vestía al modo occidental y se tocaba con un bonete bordado. Los tres intercambiaron unas palabras en suajili y luego se dirigió a mí.

–¿Conque vienes de Omán? Yo viví allí. Mi nombre es Ashraf.

–¡Quédate a cenar! –dijo Ahmed.

–No, gracias. Acabo de hacerlo. Y ahora, excusadnos –dijo–. Debo reconocer al señor Husein.

Ahmed y yo nos sentamos frente a un curry de pescado, pero apenas pude probar bocado.

–Yo tampoco puedo comer –me dijo Ahmed.

Al cabo de un rato, sirvió un té y me preguntó:

–¿Cuáles son tus planes? Yo tenía previsto pasar unos días en la costa oriental; es un lugar muy bello. Verá –bajó la voz–, tengo una amiga allí, una chica *up country* que trabaja en un centro de submarinismo para turistas...

–¿*Up country*? –pregunté.

–Sí, una chica tanzana del continente, una cristiana –respondió–. Nos vemos a escondidas. ¡Figúrese, si se enterara mi familia! Claro que si le dijeras a mi abuelo que te gustaría viajar conmigo, él no sospecharía nada y yo podría pasar unos días con ella.

Husein salió, seguido del doctor, y tomamos una infusión. Parecía ya algo repuesto. Le hablé de «mis» planes de viajar a la costa oriental.

–¿Le deja que me acompañe unos días? –pregunté.

–Si me lo vigila, sí –respondió, mientras le alborotaba cariñosamente el cabello.

Husein parecía cansado y el médico dijo:

–Aquí mando yo. Doy por clausurada la reunión por prescripción

facultativa –rió–. Yo mismo me encargaré de devolver a nuestro invitado al hotel. Voy en su misma dirección.

Ahmed nos acompañó hasta el coche. Quedamos en telefonearnos al día siguiente. El calor era pegajoso y el aire estaba invadido por la fragancia de unas flores desconocidas. Cantaban los grillos.

–¡Te apetece tomar algo? –propuso el médico, ya en su viejo Toyota–. ¿Conoces el Africa House?

–Estuve esta tarde –dije.

–Entonces iremos a otro lugar.

–No –propuse–, el bar es muy agradable. No me importará nada volver.

Puso «Fat al Miyad» ('Ha pasado el tiempo del encuentro'), una popular casete de Um Kulzum.

–Estudié en El Cairo, ¿sabes? –me dijo.

–Yo pasé cinco años allí.

Tras el largo preludio instrumental, la médium del Nilo desgarraba una vez más la herida nunca cicatrizada de un amor lejano y desgraciado. Las siluetas de las palmeras, zarandeadas por un viento constante, respondían a sus lamentos, agitándose contra un cielo plomizo, por el que la luna trataba de abrirse camino.

De noche, en la terraza del Africa House apenas se veían turistas. Había grupos de zanzibaríes y algunas extranjeras de cierta edad, acompañadas de *beach boys* locales. Sonaba música rai.

–Yo veo las cosas de otra manera que Husein –dijo Ashraf–. Lo respeto, claro, pero él es de la antigua generación.

–¿Te acuerdas de los días de la revolución? –pregunté.

–¡Apenas! –exclamó–. Yo era muy pequeño. En mi familia contaban que aquel día mi padre cogió su rifle para salir de caza. La gente le preguntaba:

»–Pero ¿adónde vas? ¡Que ha estallado una revolución!

»En los días que vinieron, muchos parientes se refugiaron en casa. Para mí, todo resultaba confuso, y más siendo de origen árabe, porque a mi familia nunca nos persiguieron. Mi padre era omaní por vía paterna, y africano, de la tribu mañima del Congo, por parte de madre. Estábamos emparentados con Karume, el primer presidente de la revolución, que precisamente estudió en la escuela coránica de mi abuelo, y que era cheij. Cuando mi abuela se casó, fue el propio presidente el que degolló la cabra y pronunció: «*Bismilá ar-Rahman ar-Rahim* ('En nombre de Dios, el Poderoso y Misericordioso')», en el ritual previo al banquete. Yo no entendía nada. ¿Cómo podía ser, mi propio padre, amigo de aquel dictador? Yo era consciente de que la revolución se había hecho en contra de nosotros. En la escuela nos

obligaban a cantar canciones antiárabes. Pero luego yo veía árabes, de piel clara, que ocupaban puestos importantes en el poder. Iban en jeeps militares y vestían los uniformes verdes de la revolución. Más tarde me dijeron que eran comunistas.

Apareció la luna unos instantes, desvelando aquella isla de la prisión, ahora poblada por tortugas enormes traídas de otras islas del Índico y en cuyas celdas, construidas por los ingleses y ahora en ruinas, los llamados revolucionarios hacinaron a centenares de árabes.

–Por primera vez en la historia –Ashraf apuró su cerveza–, se presentaba la oportunidad de invertir los términos y de que los amos se convirtieran en esclavos. Había mucho odio. Belgas, ingleses, portugueses, franceses, españoles: todos fueron esclavistas, pero todos han lavado su imagen. Todos menos los árabes. Cuando estuve en Londres, en Trafalgar Square, en la Tate Gallery, en el British Museum, pensé en que todos aquellos símbolos del Imperio habían sido construidos con la sangre y el esfuerzo de los colonizados. Lo mismo sentí durante un viaje por las antiguas ciudades del Al Andalus, ante aquel altar inmenso de la catedral de Sevilla labrado en plata y oro. Yo no veía dibujos florales ni ángeles ni nada. Veía las deidades de los incas que habían sido robadas y fundidas; imaginaba a los indios y a los negros trabajando desnudos en las galerías de las profundas minas...

–Hoy estuve en la catedral anglicana –dije–. Me extrañó que el sultán de Zanzíbar les permitiera construirla. Creo que para los británicos simbolizaba su dominio sobre el islam, la carta blanca para hacerse con el África oriental.

–Desde luego, pero ¿qué querías que hiciera Sayed Said? Él mismo decía que, antes que sultán, era mercader.

–En la catedral, me quedó muy claro cómo los ingleses justificaron su intervención en aras de una supuesta misión civilizadora. Pero esta coartada, ¿no estaba ya cubierta por el islam desde hacía siglos?

–¡Amigo! –sonrió Ashraf–. A finales del XIX, el islam de los omaníes había dejado de ser una alternativa. Si bien los árabes dominaban las rutas que iban al corazón de África y habían establecido pequeños grupos de mercaderes en lugares estratégicos, en realidad no les interesaba administrar los territorios, sino tan sólo el comercio. ¿Sabes una cosa? Los mercaderes omaníes renunciaron al proselitismo porque si convertían a los «nativos» al islam, ya no podrían seguir esclavizándoles. Es que ¡el Corán impide esclavizar a los musulmanes! Y además –suspiró–, ¿qué civilización podían ofrecer los árabes como alternativa cuando todos nuestros países estaban o dominados por los turcos o a punto de ser conquistados por los europeos? Todos menos justamente Omán. Seamos realistas: el Omán

del siglo XIX no significaba ya un obstáculo al expansionismo británico. El siglo XIX fue el de los lamentos árabes. Un día, los musulmanes descubrimos asombrados cómo Europa nos había dejado muy atrás, a nosotros, que durante siglos fuimos la avanzadilla de la civilización, y ya nunca nos recuperamos, por más que lo intentaran los turcos, o los egipcios y los libaneses de la *Nahda*, el renacimiento árabe de finales del XIX. Estuvimos a punto de volver a coger el tren de la historia con Nasser, pero se nos escapó...

–Entonces, si la partida ya había terminado, ¿por qué erigieron los ingleses esta iglesia en el corazón de la ciudad musulmana? –pregunté.

–Para que quedara bien claro, a partir de entonces –dijo Ashraf– quién mandaba en esta parte del mundo. Los británicos querían penetrar en el continente, explotarlo, y para eso necesitaban apoderarse primero de las almas. Ya conocían bien a los musulmanes: no habían conseguido doblegarles en la India. Sabían que un seguidor del Corán no se deja avasallar ni dominar, que jamás se convierte, porque es el orgulloso heredero de una antigua civilización. De ahí que los misioneros fueran la vanguardia del colonialismo. Sembraron la idea de que islam era igual a esclavitud, y que los ingleses eran los liberadores.

–Y, ¿por qué los musulmanes nunca condenasteis abiertamente la esclavitud? –pregunté.

–Nos topamos con el problema de la interpretación de los textos revelados. Si en el Corán, Dios tolera la esclavitud, ¿cómo puede prohibirse lo que Él admite? Éste era el argumento. ¡En Arabia Saudí y en el Yemen no fue abolida hasta los años sesenta! En el mundo árabe –suspiró–, en el mundo musulmán en general, diría yo, falta transparencia en todo. Es un problema de interpretación, de la llamada *ijtihad*. El pensamiento está secuestrado por los ulemas reaccionarios, los imanes y los políticos. Falta una sociedad civil fuerte y a los gobernantes sólo les interesa perpetuarse en el poder; no tienen ningún proyecto y además son rehenes del auge integrista, que temen que les barra. Han fracasado. Y seguramente, nosotros, los intelectuales o los que nos dedicamos a las profesiones liberales también, porque no nos hemos atrevido a alzar la voz. Usted es español. Cuando España conquistó América se produjo una terrible matanza de los indios en nombre del cristianismo, pero al mismo tiempo surgió una figura como Bartolomé de las Casas quien se enfrentó al problema y dijo: «¡En nombre de Jesús! Las cosas no pueden seguir así». Incluso acudió a la corte de Castilla y defendió a los indios. Fue el primer teólogo de la liberación. ¿Por qué –miró alrededor y bajó la voz– no tenemos un Bartolomé de las Casas en el islam?

El camarero se acercó con otras dos cervezas. En los altavoces Bob Marley cantaba su estribillo: «*You can fool some people sometimes, but you can't fool all the people all the time*».

–Si no estabas perseguido, ¿por qué te fuiste de Zanzíbar?

–Me quedé aquí hasta el 72, cuando asesinaron a Karume en el campo de fútbol. Fue delante de mis ojos, y decidí que ya había tenido bastante de aquella revolución. Yo había participado: desfiles, marchas... Estuve en las Juventudes y trabajé con los chinos. Pero no tardé en desengañarme. Vi cómo se juzgaba y condenaba a muerte injustamente al padre de unos amigos al que acusaron de intento de derrocar al gobierno.

»–Durante un tiempo creí en la revolución: por primera vez árabes y negros trabajábamos codo con codo... –Agarró con rabia la cerveza–. Cuando no pude más, escapé a Dar es Salam. Fue un descanso. Allí estudié con árabes, indios y africanos, lejos de la tensión de Zanzíbar, y luego me fui a El Cairo. Años más tarde, cuando en Omán subió al poder el sultán Qabus, una de sus primeras disposiciones fue otorgar la nacionalidad omaní a los árabes de la diáspora de Zanzíbar. Y me fui hacia el sultanato pero, aunque me ganaba bien la vida y era respetado, no conseguía adaptarme. Desde mi despacho en la universidad veía las plantas tropicales del jardín y pensaba cada día en Zanzíbar. Me di cuenta de que, aunque mi familia viniera de Omán, yo ya no era un árabe, era un hijo del monzón. Y volví a casa.

Entró un grupo de turistas italianos y se sentaron a la mesa de al lado.

–¿De qué sirve la nostalgia? –se preguntó Ashraf–. Ya sé que los zanzibaríes somos pesimistas y damos siempre vueltas sobre el mismo tema. ¡Amigo!, estamos condicionados por las callejuelas retorcidas del viejo Zanzíbar, que, como un laberinto, te devuelven siempre al mismo sitio. Éste es nuestro universo. Nuestro pensamiento refleja el trazado de esta ¡jodida y vieja ciudad! *(old fucking city!)* –gritó en inglés.

Los italianos se giraron hacia nosotros.

Ashraf pidió otra ronda. Sonaba ahora Khaled y su «Abdel Kader», la canción dedicada al héroe nacionalista argelino del XIX. Alzamos los vasos y brindamos de nuevo. Luego él permaneció en silencio, escrutándome hasta que sus ojos brillaron en la noche.

–No se puede vivir en el pasado, y ése es el problema de los árabes –dijo muy serio–. Nuestra gloria jamás regresará. Hemos perdido el control de nuestro propio presente porque vivimos anclados en la derrota. ¡Todos nuestros héroes son perdedores!

Cesó la música. Miré en derredor. Los demás clientes se habían marchado. Los empleados volteaban las sillas sobre las mesas para

barrer el suelo de cáscaras de cacahuete y semillas de calabaza.

–Pueden quedarse si quieren, tenemos para un buen rato –dijo un camarero–. Les puedo servir otra cerveza.

Pero abrieron las luces y observamos mutuamente nuestros rostros de cansancio. Ya habíamos bebido demasiadas. La noche era agradable, envuelta en la fragancia intensa del ylan ylan. Se oía la música cercana de una orquestina.

–¡Vamos!, ¡vamos! –propuso Ashraf–. No me vengas con que tienes sueño.

Siguiendo el rastro de la música, llegamos a una pequeña plazoleta entre edificios representativos de la bella arquitectura del Índico. Un corro de mujeres, ataviadas con estampados chillones, bailaban en círculo. En una tarima los músicos tocaban un delicioso taarab suajili, aquella música alegre que parecía seguir el ritmo del océano y que, cuando cerraba los ojos, me transportaba a bordo de un dhow que se deslizaba, velas al viento, por aquellas aguas tan azules.

Las mujeres hacían una especie de karaoke: elevaban las manos al cielo, se señalaban el corazón y hacían signos de despedida, interpretando las letras con una gran pasión. Una de ellas parecía tomárselo aún con más ímpetu que las demás, hasta el punto de que a veces se paraba y detenía el corro, para expresar mejor sus sentimientos.

Cuando esto sucedía, la compañera que la seguía la empujaba, y todo el mundo reía. Un joven nos ofreció un aguardiente tan fuerte que creí que me agujereaba el estómago.

–No bebas eso –dijo Ashraf–. Vamos a preguntar si les queda por ahí alguna cerveza.

El corro se dispersó y la fiesta parecía que se estaba terminando, pero la cantante anunció un tema que levantó murmullos de aprobación, y las mujeres del corro, con nuevas incorporaciones, volvieron a la palestra mientras la orquestina atacaba los primeros acordes de «Mapenzi» aquella canción tan pegadiza que me acompañaba desde mi llegada a la costa africana del Índico. Las mujeres bailaban e interpretaban ahora con mayor empeño, y la que se lo tomaba más a pecho se detenía cada vez más rato para mostrar su sentimiento, ante el fastidio de su compañera, que esta vez no la empujaba sino que la aporreaba directamente en la espalda. La concurrencia reía, pero en el éxtasis de la canción de amor, aquella mujer no parecía acusar los golpes. Hasta que paró la música y entonces se giró y le arreó tal bofetón en la cara a su agresora que casi la tiró al suelo.

–Creo que ya va siendo hora de que nos retiremos –sugirió Ashraf.

Insistí para regresar al *fonduq* a pie. Había bebido demasiado y necesitaba airearme un poco. Nos despedimos. Andando por aquellas callejuelas creí transportarme en el tiempo y recordé un párrafo leído al azar aquella tarde en la terraza del Africa House. Era una descripción que hacía la princesa Sayeda Salem de las comitivas de las mujeres árabes de la aristocracia, cuando recorrían la ciudad antigua. Las damas de Zanzíbar cubrían sus rostros con máscaras de satén negro, bordado con sedas coloreadas en hilo de oro y plata. Evitaban desplazarse durante el día, lo hacían tan sólo muy pronto por la mañana o tras la puesta del sol, y eran acompañadas por sus esclavos, que portaban grandes lámparas de cristales de colores, algunas de casi dos metros de circunferencia. Iban precedidas por una decena de esclavos armados, que abrían paso entre el gentío, que se veía obligado a refugiarse en los portales. La dama iba custodiada por algún hombre árabe de la familia, y le seguían sus esclavas ricamente engalanadas.

Había sobreestimado mi capacidad de orientación en la madrugada y me estaba preguntando si no era la tercera vez que pasaba junto al mismo palacete, cuando todo se iluminó con el fulgor de un rayo. Estalló un trueno y al mismo tiempo se levantó un fuerte viento. La temperatura bajó de golpe unos grados y comenzó a llover. ¡Acababa de llegar el monzón! Corrí a refugiarme bajo los aleros de las casas, pero era peor. Llovía tanto que se desbordaban los canalillos de los tejados, y las alcantarillas se veían incapaces de engullir tanta agua. En pocos minutos todo quedó encharcado. Las ramas de los cocoteros que se asomaban tras los muros eran azotadas sin clemencia por aquel viento implacable, que las sacudía como si fueran látigos. Cuando el vendaval cedía, las palmeras recuperaban su posición. Pero era ilusorio: a los pocos segundos una nueva ráfaga, aún más virulenta, volvía a zarandearlas, como si quisiera arrancarlas de cuajo. Se oyó un gran estruendo: el viento acababa de llevarse por los aires alguno de aquellos tejados de chapa ondulada. Me había perdido y estaba calado hasta los huesos. Se fue la luz. La vieja ciudad de piedra estaba iluminada por los rayos. A intervalos irregulares, y desde ángulos diferentes, aparecían casas donde antes había oscuridad. En uno de los resplandores, distinguí la entrada del *fonduq*. Corrí y aporreé varias veces la puerta. Me abrió el anciano, que sostenía en la boca el msuaki con el que se lavaba sus pocos dientes. Un quinqué iluminaba la recepción. Sobre la mesa quedaban restos de comida y el loro gris picoteaba las migas.

–*Yambo! Yambo!* –gritó el pajarraco, que voló para aterrizar encima de un muchacho que dormía en una de las banquetas.

–*Al hamdulilá!* –exclamó el viejo.

¿Se alegraba de verme sano y salvo? ¿O daba gracias por la lluvia? El África oriental había pasado por una gran sequía en los últimos años, en que el monzón apenas había descargado. Por fin se esperaba, decían los periódicos, una buena temporada de lluvias.

–*Al hamdulilá!* –repitió el anciano, elevando los ojos al cielo.

Desde el balcón de mi habitación, mientras me secaba con una toalla, contemplaba los tejados de la vieja ciudad de Zanzíbar. Creo que, después de estar en la India, nunca había visto caer tanta agua. A lo lejos, sobre el mar, se sucedían una tras otra las descargas eléctricas. De pronto, surgió en el horizonte la silueta de los árboles de la isla de La Prisión. Un nuevo fogonazo desveló el perfil siniestro de la catedral neogótica erigida en tierra sarracena. A tientas me metí en la cama. Dormía ya cuando llamaron a la puerta. Era el anciano, que traía un quinqué y una infusión.

–Beba, beba. Es jengibre, lo mejor contra los resfriados.

Me despertó el anciano de la recepción:

–Parece que tiene usted fiebre. Aquí tiene una taza de sopa. La sopa picante de Karim.

Así que éste era el nombre de aquel anciano: Karim ('Generoso'). A través de las tablillas de las persianas veía llover sobre Zanzíbar. Aunque el viento había cesado, el monzón descargaba nuevas toneladas de agua. Apenas se distinguían, en la cortina de lluvia, el antiguo consulado alemán y la mansión de Tippu Tip. El mar había desaparecido.

Hacia el mediodía, me llamó Ahmed.

–¿Qué te parece si te paso a buscar en media hora?

Me habría quedado todo el día en la cama, pero el nieto de Husein parecía entusiasmado y no tuve el coraje de rehusar.

–De acuerdo, vamos a ver a tu novia –acepté.

Hay tipos que son gafes y otros, todo lo contrario: llevan la *baraka*. Ahmed pertenecía a estos últimos porque, tan pronto llegó al *fonduq*, las nubes se abrieron y apareció el sol. Zanzíbar relucía espléndida, sin el polvo acumulado tras tantos meses de sequía. La temperatura era ahora mucho más agradable y unas nubes alargadas, que semejaban olas, flotaban sobre el horizonte, como en las pinturas budistas. Íbamos en su Suzuki, paralelos a la costa. A nuestra derecha reapareció aquel barrio de horribles edificios, construidos por la antigua Alemania del Este, y del que parecía imposible escapar. Pero

al cabo de unos pocos kilómetros, ya estábamos en pleno campo. La isla era fértil y espléndida, con plantaciones de coco para la copra, palmeras de aceite, mangos y todo tipo de frutales. Las casas eran de adobe, con techo de palma o de chapa ondulada. Tras visitar una plantación a pleno rendimiento, llegamos a unas cuevas de esclavos.

–Aquí –me dijo Ahmed– almacenaban a escondidas la mercancía humana, cuando la trata ya estaba prohibida.

Se trataba de un gran agujero en la tierra que conducía a una enorme cavidad calcárea y húmeda, rezumante de un limo resbaladizo, verdoso y marrón. No muy lejos, se hallaban las celdas camufladas en el suelo, construidas con coral fósil, donde hacinaban a aquellos desdichados antes de expedirlos a ultramar.

Anduvimos hasta la playa cercana, donde un niño nos propuso dar una vuelta en barca a cambio de unos pocos chelines tanzanos. Desde el mar, contemplamos aquel paisaje de paraíso, que sería lo último que los esclavos verían de África: una costa de arena blanca entre rocas de madrépora, sobre un fondo de vegetación lujuriosa. Les esperaba la larga e incierta travesía de un mar que aquí parecía manso, ofreciendo todos los tonos del azul, bajo un cielo de nubes grises y blancas, que jugaban con los haces de sol que caían caprichosamente sobre el océano. Al cabo de largas semanas les aguardarían los vientos y la roca desnuda de las costas de Arabia.

A medida que recorríamos la isla, no dejaba de asaltarme una pregunta: ¿sería esta interminable carretera la misma por la que desfilaron los árabes que iban a ser ejecutados? ¿No recordaba este cementerio al de la filmación, donde vi cómo exterminaban familias enteras? Y estos campos de caña de azúcar, ¿no esconderían fosas comunes? Llegamos a un pueblo. ¿Dónde estaban los árabes? Y aquellos viejos africanos, que veía charlar pacíficamente a la sombra de un gran árbol, ¿habrían participado tal vez en las matanzas?, ¿habrían sido quizá sólo testigos de ellas?

Nos instalamos en Yambiani, un ensueño de casitas bajas rodeadas de cocoteros, en una playa de arena blanca como la nieve. De día, Ahmed y yo íbamos a bucear o a pescar, y al atardecer el joven se marchaba con su compañera. Me quedaba entonces en la veranda, con una copa de vino sudafricano, contemplando la marea, que al retirarse desvelaba cultivos de algas. El paisaje era soberbio, pero yo estaba intranquilo. ¿Tienen los lugares, al igual que las personas, un karma? ¿Quedan el sufrimiento, la explotación, las tragedias, toda esa energía negativa flotando en los escenarios en los que se produjeron? Cerraba los ojos y sólo veía imágenes de hombres encadenados en mazmorras, las fotos del mercado de esclavos y las imágenes del vídeo. Abrí los

ojos: a lo lejos, brillaba el arrecife en la bajamar. ¿Sería aquel el lugar donde la marea devolvía los cuerpos de los árabes que intentaron huir?

Una de aquellas tardes, el pescador que nos acompañaba en barca por las mañanas me sacó de mis ensoñaciones. Estaba desmontando la vela del catamarán para llevársela a su casa y evitar así que se la robaran. Me llamó a su lado para apalabrar la excursión del día siguiente. Y en ésas estábamos, cuando nos llegó el inquietante murmullo que producía el viento entre las ramas de los cocoteros.

–¿Sabes qué nos decimos cuando ocurre esto? –me dijo el pescador.

Le miré sin responder.

–¡Callad! ¡Escuchad a las almas en pena! ¡Son los esclavos! ¡Callad! ¡Están hablando!

Al amanecer, mientras los catamaranes faenaban en el horizonte y la marea se retiraba rápido, como si de golpe la tierra hubiera dejado de ser redonda y el mar se precipitara en el vacío más allá del arrecife, decidí no permanecer ni un día más en aquel paraíso mancillado.

Al día siguiente, caminaba por última vez por la vieja Zanzíbar. Mi deambular me llevó a un barrio que no había encontrado antes. Las callejuelas parecían más estrechas, sin apenas tiendas y, de pronto, como si me hubiera trasladado en el espacio, desemboqué en una pequeña plaza de Omán. Sentados alrededor de un juego de bao, corrillos de hombres con sus *kanzus* o sus *kikois* blancos, y tocados con bonetes, se agrupaban frente a las mesitas, donde escanciaban café árabe. Unos niños repartían *halaua*, el mismo dulce que había probado en Sur. Intenté una aproximación pero todos callaban cuando me acercaba. Aquellos «árabes» no hablaban árabe. Pedí un café y permanecí un buen rato observándoles, pero era un mundo cerrado al que no tenía acceso.

Reanudé mi callejeo, que me llevó al zoco de los joyeros. En el interior de una tienda, unos vendedores de aspecto muy árabe pesaban brazaletes de oro ante la mirada atenta de unas clientas, que se cubrían con *buibuis* negros. Anduve curioseando al sol de la tarde hasta que distinguí, en un escaparate, unos amuletos de plata iguales a los que me había mostrado, en Mascate, aquel anticuario que protegía su dinero con un escorpión negro. Entré. Un curioso anciano, de barba luenga y ojos vivos, que parecía transportado desde el zoco de Sanaa, sostenía entre sus párpados una lente para examinar las joyas. Pensé en los talismanes que me había confeccionado Cheij Nabhany en Mombasa y recordé que debía conseguir una cajita de plata para guardarlos.

–*Ahlan u sahlan* –exclamó el anciano.

–Busco una cajita de plata –dije.

–Oh, Dios os ha traído al lugar adecuado. Tengo cientos.

Abrió un arcón repleto de cajas para guardar el rapé, el dinero, las plumas de caligrafía árabe, la tinta en polvo...

–No –dije–. La quiero más pequeña. Para guardar talismanes.

–*Alá!* –exclamó–. ¿Para qué necesita un *muzungu* un talismán? ¿Lo lleva consigo?

Busqué entre mis cosas y le extendí los papeles de Cheij Nabhany, que examinó con atención, durante largos segundos, con su extraño monóculo, a cinco centímetros de su ojo. Leyó en voz alta aquellos encantamientos.

–*Ya satir, ya rab!* ¡Estos talismanes son auténticos! –exclamó con asombro–. No son obra de un charlatán. ¿Cómo los ha conseguido? ¿Quién se los ha confeccionado?

Se quedó mirándome, asombrado.

–Amigo –dijo por fin–, creo tener lo que usted necesita.

Entró en la trastienda y al poco salió con una cajita cuadrada y abollada, con inscripciones en árabe.

–Son frases para que nadie ose robaros la caja.

Un grupo de ruidosos turistas pasaba por el callejón. Desde el umbral, comenzaron a grabarnos sin mediar palabra con sus cámaras de vídeo. Atraídos seguramente por la presencia de un extranjero, entraron en la tienda y se acercaron donde estábamos. Pero, al ver aquellos papeles arrugados, con dibujos geométricos y unas extrañas palabras escritas en árabe, se retiraron decepcionados. El anciano sonrió, y sin soltar aquella lente de sus párpados, salió a la calle y gritó:

–¡Yusuf! Trae dos cafés.

Sacó entonces dos sillas a la entrada y me invitó a sentarme.

Un jovenzuelo con cara de pillo trajo una bandeja con una cafetera de cobre, dos tacitas chinas y un gran vaso de agua. El anciano acercó las tacitas a sus ojos hasta que pareció que se las iba a meter dentro.

–¿Con qué has lavado estas tazas? –increpó, y las enjuagó con el agua del vaso.

Cuando el chico se iba, le llamó:

–¡Yusuf!

Éste se giró sorprendido y entonces el joyero hizo como si le tirara el agua. Yusuf dio un salto para esquivarla, con tan mala fortuna que chocó con una matrona que pasaba en aquel momento por el callejón. La mujer le pegó un empujón y le gritó: *«Kumamako!»,* un terrible insulto que será mejor no traducir.

–¿Se quedará mucho más tiempo en Zanzíbar? –me preguntó el joyero, como si tal cosa.

–Pensaba viajar mañana a Pemba.

–¡Pemba! –exclamó–. Vaya con cuidado. Si anda por el bosque, sobre todo no se gire si oye que le están llamando por su nombre, porque no se trataría de ningún ser humano. Tampoco recoja ningún bastón del suelo, porque podría transformarse en una serpiente. Yo nací en la isla. La revolución allí sí que fue terrible. Hemos sufrido tanto...

Un grupo de ancianos pasaba por el callejón. Nos saludaron.

–¡Se me acaba de ocurrir una idea! –exclamó el joyero–. Si quiere, puedo contactar con mi sobrino Cherif. Es un buen chico, le telefonearemos desde la tienda. Él le acompañará por Pemba, no será la primera vez que va por ahí con *muzungus*, y después, usted le da una ayuda, en la medida de sus posibilidades, para que continúe sus estudios.

–Naturalmente –dije.

–Pemba es la isla de los *yenún* y de los encantamientos. Abundan los *mndanga*, que trafican con los espíritus.

–Y esas cosas, ¿ocurren realmente o son habladurías? –pregunté.

Alzó los ojos hacia arriba.

–¡Quién sabe! –contestó.

Me quedé escrutándole con insistencia.

–Un pariente nuestro, llamado Juma, tuvo graves problemas porque había sido hechizado.

–¿Cómo ocurrió?

–¿Sabe? –contestó–. Creo que será mejor que se lo cuente él mismo. Vive en el campo, en un lugar muy bello de Pemba. Mi sobrino Cherif, que lo visita a menudo, podrá llevarle junto a él. Quizá entre los dos consigan que pueda asistir a alguna ceremonia de trance.

Yusuf reapareció, portando un viejo incensario de plata. Repartió una nube de incienso por la tienda y luego nos rodeó con ella. El joyero se llevó el humo con las manos hacia la cara y el cuerpo; yo repetí el ritual. El chico dejó el incensario en el suelo y se me quedó mirando boquiabierto, como si fuera el primer *muzungu* que hubiera visto en su vida.

–*Auzu bilá min al shaytán ar-rahim!* (‘¡Que Dios nos proteja del poderoso diablo’!) –exclamó el anciano.

Yo le imité.

–El incienso aleja a los espíritus negativos.

De nuevo se llevó con las manos el humo hacia el rostro y el cuerpo.

–*Auzu bilá min al shaytán ar-rahim!* –repitió–. Aunque no hace falta viajar tan lejos, amigo; de noche, la vieja ciudad de Zanzíbar está

poblada por los *yenún*.

Dejé que me sirviera otra taza de aquel café perfumado al cardamomo. Me quedé mirándole, como diciendo: «Cuente, cuente».

Acercó su silla.

–Durante la revolución –dijo–, muchos árabes fueron asesinados, otros tuvieron que huir y las viviendas de los mercaderes quedaron vacías. Aquellas casonas fueron ocupadas por familias enteras sin recursos. Se las prometían muy felices pero no tardaron en suceder cosas incomprensibles: oían voces, la gente caía por las escaleras sin motivo aparente o era presa de enfermedades para las que los médicos no encontraban explicación alguna. La mala suerte se apoderó de sus vidas y consideraron entonces que debían retomar la antigua costumbre de los árabes de Zanzíbar, de ofrecer sacrificios de gallinas y cabras para contentar a los espíritus. Pero no consiguieron aplacarlos del todo. Hay lugares de esta ciudad por los que casi nadie se atreve a pasar de madrugada porque se oyen lamentos y se ven luces en las casas deshabitadas. Son las almas de los mercaderes árabes que deambulan por las callejuelas y regresan a las que un día fueran sus moradas.

14

La isla verde

Una multitud de isleños se aglomeraba en el muelle de Zanzíbar; todos querían subir a la vez por la pasarela del buque, que sólo admitía el paso de una persona al mismo tiempo, y estaba custodiada por policías armados de bastones con cara de malas pulgas. Entré en la gran sala de pasajeros y escogí la butaca libre más cercana a proa. Detrás de mí, una anciana tocada con un *buibui* venía custodiada por sus hijas, que vestían de modo parecido y parecían de su misma edad. Aquellas mujeres entradas en carnes se dejaron caer, entre suspiros, sobre las butacas y pusieron los pies en alto sobre bultos y cajas para aliviar los pies hinchados. Ya antes de zarpar, los niños berreaban y muchos pasajeros se echaron sin más en el suelo, tapándose con una tela o con su *kikoi*. Dos horas más tarde de lo previsto, dejábamos atrás la cornisa, con sus bellos edificios.

Los pescadores de los dhows respondían a los saludos de los niños y permanecí en el exterior hasta que comenzó a llover con furia. A medida que nos alejábamos de la costa, la mar se volvía más gruesa y el barco se adentró en el temporal. Se produjeron los primeros vómitos mientras los televisores, tras unos desagradables chirridos de acople, emitían una película americana salida del mundo de Fitzgerald. Las chicas modernas de la era del jazz, las *flappers*, conducían descapotables, jugaban al tenis y bebían champagne en las fiestas. ¿Cabía algo más absurdo en aquel rincón del mundo?

Unas horas más tarde, el barco seguía zarandeado por olas que ahora eran grises y negras. Con cada capoteo, unas imponentes descargas de agua caían sobre proa. El temporal arreciaba y un antiguo concierto de Elton John, con su desfile de gafas inverosímiles, no conseguía abstraer a la gente de su nerviosismo. Por fin algún responsable encontró el bálsamo adecuado: los últimos clips de Bollywood. De pronto, quienes no se encontraban vomitando se pusieron a tararear las pegadizas melodías, llegando al paroxismo cuando apareció en pantalla la cantante de *Bent e sakarana*. Cuando el hit del Índico acabó, había dejado de llover. Salí a cubierta. Nos acercábamos a Pemba, a resguardo ahora del mar abierto, y los peces voladores salían a la superficie para deslizarse sobre el agua a toda velocidad, recorriendo centenares de metros perseguidos por barracudas o quién sabe si algún tiburón.

Se abrió el cielo y un sol abrasador no hizo sino aumentar la sensación de humedad asfixiante. Surcábamos aguas increíblemente

transparentes. En la costa, los manglares hundían sus raíces en el lodo y se alternaban con las playas de arena blanquísima. Superado un pequeño cabo, surgió la población de Mkoani, como si fuera una ilustración de una cubierta de Jack London o Stevenson: unos pequeños catamaranes, hechos de troncos vaciados, evolucionaban con sus velas desplegadas sobre un fondo de vegetación frondosa, entre la que asomaban las techumbres de rama de palmera de las casas. Pero la imagen se hizo añicos como una valiosa cerámica que cayera al suelo cuando, tras una maniobra del barco, superamos un promontorio que nos tapaba parcialmente la vista y aparecieron unos bloques de viviendas de hormigón, de estilo soviético, enmohecidos por los monzones.

Antes de que, desde el puerto, nos lanzaran los cabos de amarre, ya todo el mundo estaba en pie, cargando sus cosas y agolpándose en las puertas de salida. Pero transcurría el tiempo y aquellos portones no se abrían. De pronto, chirriaron los altavoces y una voz ordenó tajantemente, primero en suajili y luego en inglés:

–¡Todos los pasajeros deben permanecer en sus asientos, hasta que desembarquen Selim Amour, el primer ministro de Zanzíbar, y su séquito!

–¡Por eso estábamos todos confinados en una única sala! –se lamentó la anciana de los pies hinchados.

–*Bastards!* –susurró a mi lado un estudiante–. ¡Y nos tuvieron dos horas enlatados como sardinas en el puerto!

En el muelle aguardaban coches oficiales y autoridades, la policía y un cámara de la televisión. El primer ministro descendió con su conjunto africano de color violáceo: chaqueta sin mangas sobre pantalón del mismo color, y en tierra todos se inclinaron ante él hasta doblar la espalda. Dos niños, vestidos pulcramente con pantaloncitos azules y camisa blanca, le dieron el beso de rigor y le entregaron su ramito de flores, entre flashes. Cuando, casi una hora más tarde, aquella voz orwelliana anunció la autorización de desembarcar, la oleada humana se precipitó hacia la pasarela que, esta vez, no estaba custodiada por la policía, que había desaparecido, al igual que funcionarios y autoridades locales, tras el primer ministro.

Fue el caos. Los pasajeros que pretendíamos bajar luchábamos a codazos con los empeñados en subir. Ya en el muelle prosiguió la refriega, entre sacos amontonados, bicicletas y carretones tirados por burros. En el espigón, me esperaba Cherif, el sobrino del joyero de Zanzíbar, agitando el brazo por encima de la melé. Era alto, de unos treinta años y vestía un *kanzu*. Su rostro era inequívocamente árabe pero no llevaba barba. Cargó mis cosas en un destartalado Land Rover y nos pusimos en marcha en medio del griterío.

La carretera estaba plagada de socavones y el vehículo tenía los

amortiguadores agarrotados.

–¿Conque quieres ver a los demonios? –dijo Cherif.

Rió enigmático, quizá para romper el hielo.

–Juma, mi tío, lo está arreglando para que podamos asistir a una ceremonia. Si se logra, deberás hacerte cargo de la bebida.

Avanzábamos a trompicones por aquella ruta que parecía bombardeada, entre una vegetación lujuriosa.

–Esta isla se cae. Aún estamos castigados por nuestra resistencia a la revolución. Aquí la gente siempre se sintió muy árabe. Y, ahora, después de no sé cuánto tiempo, se digna venir el ministro para intentar captar votos –argumentaba, mientras trataba de dominar el vehículo en una bajada en la que el asfalto habría desaparecido por completo desde hacía años y las lluvias habían cavado unos grandes surcos, por los que parecía imposible que pudieran circular ni siquiera los todoterrenos.

–No había mucha gente en el muelle para recibir al presidente –dije, mientras Cherif evitaba un socavón.

–Es que en Pemba, el partido afroshirazi, el de la revolución, nunca ha tenido una implantación verdadera. Por eso han castigado a nuestra isla sin inversiones durante décadas. Ya lo viste: sólo había un puñado de autoridades y funcionarios, porque no tenían otro remedio. Y ¿qué te voy a decir de las carreteras? Luego pasamos más horas al día sin corriente eléctrica que con ella. Y en cuanto a la sanidad: ¡espero que no te pongas enfermo! Estamos castigados desde el 12 de enero de 1964.

De vez en cuando, cruzábamos poblados de chozas de barro rojizo, coronadas con ramas de palmera y cada una con su pequeño jardín de flores. Corrían las gallinas, los perros que sesteaban se apartaban de la carretera y a veces debíamos esperar también que lo hicieran, indolentes, los cebúes blancos. Si Zanzíbar era bella con su vegetación frondosa, Pemba lo era aún más. Ni los trotamundos, ni mucho menos los turistas, habían descubierto aún aquel remoto rincón.

Cherif me iba preguntando por los árboles como si se tratara de una clase práctica de botánica tropical.

–¿Sabes cuál es éste? Y ¿ése? –me examinaba.

Yo los desconocía y él los iba enumerando.

–Éste es el árbol del clavo de olor. Ése, el del anacardo; éste es el árbol del rambután; ése otro, el del carambole; eso es cardamomo.

Tardamos casi dos horas en recorrer los apenas cuarenta kilómetros que conducían a la capital administrativa, que tenía el sonoro nombre de Chake Chake. Era una población adormilada, que

recordaba al sur de la India, con sus calles de pequeños comercios. Se veían algunos personajes muy árabes, con sus *dishdashas* inmaculadas. Las niñas, cubiertas con pañuelos, iban o venían de la escuela. Cherif me mostró, desde el todoterreno, la mezquita ibadí.

–Como en Omán –alzó las cejas.

Me señaló el fortín construido por los Mazrui, aquellos gobernadores de origen omaní de Mombasa, que durante décadas ejercieron el poder como una dinastía autónoma. Pasamos ante la siniestra prisión donde encerraron a tantas personas durante la revolución, la destilería de aceite de clavo de olor con el curioso nombre de *Mafuta Makoño* y un cine que anunciaba películas indias, junto a la única escuela secundaria de la ciudad, llamada Fidel Castro.

–¿Siguen aquí los cubanos? –pregunté.

–¡Qué va! Se fueron hace veinte años –aclaró Cherif–. Al menos ellos hacían cosas; ahora todo se está cayendo.

La calle desembocaba en el extremo de un canal de manglares, alejado del mar abierto. La marea se había retirado, dejando varados algunos catamaranes en el lodo, donde unos enormes cangrejos defendían su territorio, saliendo cautos de sus agujeros para rechazar al intruso y regresar a toda velocidad. Pasamos junto al mercado de pescado. Quise bajar. No había nada que me gustara más que examinar los distintos peces: sus ojos, el lustre, los colores, los extraños ejemplares que siempre se pescaban; quizá alguno de aquellos monstruos de las profundidades pelágicas. Se decía que, de vez en cuando, se capturaba algún celacanto, aquel pez que se creía extinguido hacía millones de años, hasta que los científicos lo identificaron, primero en las Comores y luego en toda aquella región del Índico. Pero no era mi día de suerte.

Unos pescadores espantaban las moscas de un atún serrado por la mitad. En el suelo, los gatos se disputaban las vísceras, hasta que unos cuervos se abalanzaron y se las llevaron por los aires.

Subimos por una colina, a un parque de atracciones con aspecto de abandono. Era uno de los logros de la revolución, inaugurado a principios de los setenta. Entre árboles tropicales de belleza rotunda, se esparcían norias, tiovivos y otras atracciones de estética soviética; una de ellas imitaba un sputnik. Pero todo estaba corroído por la humedad del trópico.

–Esto suele estar lleno para las fiestas del Eid –dijo Cherif.

–Ah, pero ¿siguen en activo? ¿Y si se quedan los niños colgados ahí arriba? –pregunté, señalando una gran noria que se alzaba muy por encima de las copas de los nogales de la India, coronada por una estrella roja a punto de caer a la que le faltaba una punta.

–A veces pasa; cuando cortan la luz. Pero en seguida los bajan, con una palanca –dijo, sin darle importancia.

No muy lejos había un pequeño barrio residencial, de casitas, rodeadas de vegetación. Paramos frente a una de ellas. Cherif tocó el claxon y a los pocos segundos aparecieron una mujer rolliza, cubierta con un *buibui*, y una adolescente. Me tendieron sonrientes la mano y la mujer me dijo algo en suajili.

–Dice mi madre –tradujo Cherif– que si te gusta el estofado de tiburón.

Caía la tarde. Mi anfitrión se disculpó para ir a rezar a la mezquita. Mientras un altavoz distorsionaba la llamada a la oración, desde la veranda yo contemplaba, con un té en la mano, la colina que bajaba hacia el canal de manglares. Algunos minaretes sobresalían entre los árboles, y las columnas de humo azul ascendían desde los tejados de chapa ondulada. Unos cuervos graznaban en unos postes de electricidad tan inclinados que parecían a punto de caer. Olía a basura quemada. De pronto rompió a llover, aumentando aún más la sensación de calor y humedad.

Cuando regresó Cherif, se quedó unos minutos en la veranda hasta que su madre nos reclamó desde el interior:

–Chakula tayari, chakula tayari!

Para entonces, ya sabía que en suajili significaba: ¡La comida está lista!

Nos acomodamos en una mesa alargada, Ahmed invitó a las mujeres a que se sentaran, pero la madre se negaba a hacerlo, tapándose la cara para ocultar sus risitas de vergüenza. La hermana de Cherif trajo un ventilador de pie y lo puso al máximo. Pero de inmediato la electricidad se fue y volvió aquel calor pegajoso.

–Está comprobando en persona los logros de la revolución –rió, señalando por la ventana la ciudad de Chake Chake a oscuras, iluminada por la luna y por las luces anaranjadas de los quinqués que se distinguían por las ventanas de las otras casas.

La madre encendió dos lámparas de petróleo y, envueltos en aquel haz anaranjado, dimos rápida cuenta de un magnífico estofado de tiburón, más especiado aún que el de los pescadores de Omán.

Tras la cena, Ahmed sugirió que saliéramos a la veranda para aprovechar el frescor de la noche. Su madre prendió unas espirales de incienso contra los mosquitos y nos frotamos pies, brazos y manos con una solución de hierbas que ella misma había preparado.

Cherif me pasó un té.

–He hablado con Juma, nos espera mañana en su *shamba* en el campo. Lo ha dispuesto todo y pasado mañana –bajó la voz para que no le oyera su madre– iremos a ver a un *mndanga*.

Su hermana Faiza levantó la vista, estaba haciendo sus deberes de inglés a la luz de un quinqué.

–Yo no he asistido nunca a uno de esos ngomas –prosiguió

Cherif–. Tengo curiosidad.

–¿Crees en estas cosas? –pregunté.

–¡Qué quieres que te diga! Cuando era pequeño vivíamos en el campo y, cuando nos mandaban al bosque con mis primos a por miel silvestre, nos advertían que debíamos coger sólo cuatro trozos de panal y tirar uno, porque de lo contrario los *yenún* nos encantarían. Yo no lo creo, pero prefiero no jugar con esas cosas. Dicen que en esta isla hay mucha brujería. Quizá porque la selva es espesa, con grandes murciélagos y cuevas. Aquí hay extrañas cofradías secretas –volvió a bajar la voz– y dicen que acuden brujos de toda la región para aprender cosas nuevas.

Su hermana nos miró y sonrió coqueta, convencida de que estábamos hablando de ella.

–Cuentan –prosiguió– que muchas personas, para poder entrar en la secta han sacrificado la vida de algún familiar.

–¿Es eso cierto?

–Verás, teníamos un vecino que era un maestro en el recitado del Corán. Cuando murió su hijo, todos decían que no había fallecido de muerte natural, y que su padre, para ser admitido en una cofradía secreta, había sacrificado lo que más quería, mostrando así al grupo que su ligazón a ellos era más fuerte que el más estrecho vínculo de sangre. Lo curioso es que, tras el fallecimiento, muchos aseguraron haber visto al chico en el bosque.

De golpe, regresó la electricidad y los mosquitos y mariposas de la noche se agolparon alrededor del fluorescente. Los grandes guecos reanudaron su incansable caza de insectos.

–¿No apagas el quinqué? –pregunté.

La adolescente dejó de nuevo sus deberes para mirarme divertida.

–Se nota que no vive usted en Pemba –dijo en un inglés muy correcto.

La electricidad se fue otra vez.

–¿Lo ve? –rió la adolescente–. Cada noche pasa lo mismo. Ahora no regresará hasta entrada la mañana.

La madre, que había acabado de fregar los cacharros, salió a la veranda con unos pastelitos de coco y miel.

–¿Qué más sabes de las cofradías? –pregunté.

–No mucho. Que se reúnen de noche en lugares secretos y borran sus huellas con hojas de palmera, para que nadie pueda seguir sus pasos. Allá en sus rincones ocultos invocan a los espíritus, con sus danzas y sus hechizos. Se dice que pueden adoptar la forma de cualquier animal y que tienen la facultad de convocar a los difuntos. Recuerdo, de muy pequeño, haber oído al abuelo que había visto a sus vecinos regresar pálidos de un encuentro con los muertos y quedarse sin habla durante días.

Pemba era mucho más montañosa que Zanzíbar, con unos cultivos dispuestos en terrazas que recordaban a un rincón del sudeste asiático. Cherif me llevó al extremo norte de la isla. Era una península salvaje, donde quedaba el último reducto de jungla. Casi todo lo demás había sido talado por los esclavos de los grandes propietarios árabes, para plantar los árboles del clavo de olor. Era un lugar oscuro y misterioso. Paseamos entre árboles muy altos, observados por las huidizas sombras de unos monos acróbatas que desaparecían, entre secos aullidos, en la frondosidad, agarrándose de liana en liana con una agilidad pasmosa. De las ramas de una enorme ceiba colgaban, como frutos, grandes zorros voladores que esperaban la noche para volar en bandada. Olía a madera en descomposición y, de vez en cuando, nos sorprendía el ulular y los chillidos de quién sabe qué pájaros o alimañas.

–¡Cuidado! –exclamó Cherif riendo–. ¡Salta!

En el suelo, una hilera interminable de hormigas se desplazaba a gran velocidad en columnas de a tres y de a cuatro, protegidas por grandes hormigas soldado, que corrían paralelas en ambos sentidos, no sé si custodiando la comitiva, dirigiendo el tráfico o probablemente ambas cosas a la vez. Aquellas hormigas vagabundeaban por la jungla en busca de presas y llevaban a la reina en volandas, así como a las ninfas y los huevos. Cada noche se detenían en un sitio distinto para dormir, entonces todas se agrupaban para proteger a la reina...

–¡Ay! –exclamé, mientras Cherif no paraba de reír.

Mi curiosidad me había entretenido y ahora lo estaba pagando: las hormigas me habían subido por los pantalones hasta el pecho. Eran tan agresivas que no se soltaban ni siquiera cuando se tiraba de ellas con fuerza, quedando decapitadas, con sus fauces clavadas en la carne. Cuando intentaba arrancar la cabeza, me llevaba un pedacito de piel. Cherif debía encontrarme cómico, en calzoncillos, buscando hormigas por todas partes pero no pasaría mucho tiempo antes de que él emitiera un primer alarido y se viera en la misma situación.

Rascándonos, llegamos a una laguna de nenúfares.

–¿Qué es esto? –pregunté.

Entre las hojas de un arbusto, destacaba una especie de pelota vegetal, del tamaño de un melón redondo, del que salían abundantes hormigas rojas.

–*Maji moto!* –exclamó Cherif–. A estas otras hormigas las llamamos «agua hirviendo», porque sus picaduras son como si te escaldaras. Esa gran pelota de hojas vivas es su nido. Deben ser millones.

No muy lejos, en otro arbusto similar, aquellas asombrosas criaturas estaban construyendo una nueva morada. Con sus cuerpos habían creado un entramado vivo sobre el que se movían otras

hormigas que tiraban de los extremos de varias hojas hasta lograr que se tocaran. Entonces, aparecían otras congéneres que portaban larvas blancas en sus mandíbulas y cosían los extremos de las hojas con la seda que segregaban los abdómenes de las crías. Poco a poco aquellas excelentes ingenieras lograban construir un gran nido vegetal.

–Cuando se seca la seda –explicó Cherif–, queda una pelota perfectamente cosida y las hormigas se instalan en el interior. Es una casa ecológica –rió–, pues está viva y dentro las hormigas están frescas y húmedas.

Entre la maleza, distinguimos los restos de una antigua aserradora.

–Pertenecía a una compañía india –dijo Cherif–, creo que de Mombasa, pero eso se acabó con la revolución. Hoy la selva ha recuperado lo que es suyo.

Caminábamos entre maquinaria oxidada: cadenas de transporte, engranajes, tal vez un antiguo motor, aunque resultaba difícil distinguir ya aquellos restos atrapados por raíces aéreas.

A lo lejos, entre el follaje, vislumbramos el azul del Índico. Nos dirigimos hacia una playa de arena blanca, a la que se asomaba directamente la selva. Cherif buscó en el gran cesto y extrajo dos gafas de buceo. Creo que eran las aguas más transparentes en que nunca me había zambullido, con una visibilidad asombrosa, mayor aún que en el mar Rojo. Mirando hacia abajo, tenía la sensación de volar, y casi me daba vértigo contemplar en el fondo la propia sombra, varios metros más abajo. Dos grandes peces loro surgieron de la nada, cruzando mi campo de visión en diagonal, para perderse lentamente en la inmensidad del océano.

De regreso al Land Rover, proseguimos por una pista que algún día estuvo asfaltada. No nos cruzamos con un solo coche, tan sólo con alguna *dala dala,* como aquí denominaban a unas camionetas donde se apiñaban los pasajeros, que nos sonreían y saludaban.

La región que atravesábamos no estaba tan poblada como la de Chake Chake. De tarde en tarde, cruzábamos poblados de casitas de barro con techos de palma. Paramos en uno de ellos. Un hombre alto de unos cuarenta años, vestido a la omaní, salía de una pequeña mezquita.

–¡Juma! –gritó Cherif.

–*Ahlan!, ahlan!* –nos dio la bienvenida aquel hombre, corriendo hacia nosotros.

Se saludaron durante un buen rato, besándose en ambas mejillas, con las manos cogidas.

–Juma es primo de mi padre –dijo Cherif–. Es la persona de la que

te habló mi tío el joyero.

Era muy negro de piel, su rostro combinaba en armonía rasgos africanos y árabes, se remataba con una alargada perilla.

–Venid a casa. ¡Vamos! –dijo.

La gente me miraba con curiosidad. Una niña dirigía con un bastón el lento caminar de unos grandes cebúes moteados, con los cuernos alargados como en los relieves egipcios. Su hermano mayor tiraba de un semental, de enormes testículos, por una cuerda atada a una argolla en la nariz. Junto a una alberca, se bañaban unos patitos mientras la gallina clueca que los había incubado corría desesperada en tierra firme, convencida de que se estaban ahogando sus propias crías. Llegamos a una casa de adobe rodeada de un cercado de cañas floreadas. Una esbelta mujer muy negra, vestida de estampados azules, que barría la entrada, detuvo sus tareas para saludarnos. Se mostró muy efusiva con Cherif.

–Es mi mujer –dijo Juma–. Se llama Mariamu.

–¡Tío, tío! –gritaron dos niños exactamente iguales, que corrieron hacia él y, de un salto, se le encaramaron al cuello.

Juma le dijo algo a su mujer en suajili y ésta se dispuso a perseguir a una gallina que, consciente de su sombrío futuro, entró en la casa perseguida por los gemelos.

Nos sentamos en la pequeña veranda. Mientras uno de los niños mantenía la gallina atrapada, Mariamu se dispuso a preparar un té en un pequeño hornillo en el suelo. Bebíamos la infusión cuando cogió un cuchillo afilado y pronunció:

–*Bismilá ar-Rahman ar-Rahim* ('En nombre de Dios, el Poderoso y Misericordioso').

La degolló de un tajo certero, y esperó que perdiera toda la sangre, tal como prescribe la tradición islámica.

La gallina descabezada se agitaba aún en el suelo. Juma, que poseía un conocimiento muy aceptable del inglés, nos dijo:

–Todo está preparado, nos esperan mañana para una ceremonia de espíritus en un lugar muy aislado. Conozco al *mndanga* del pueblo y me ha prometido que organizará un ngoma siempre que nos hagamos cargo de la bebida. Pero antes de la cena, os quiero enseñar las ruinas de Chakwa.

Dejamos a Mariamu desplumando la gallina, mientras los gemelos limpiaban el arroz.

Anduvimos campo a través, bordeando cultivos de arroz entre una nube de mosquitos. Caminábamos a lo largo de un estanque tapizado de nenúfares, donde asomaban las cabezas puntiagudas de unas tortugas, y un ave acuática de pico alargado se desplazaba sigilosa con movimientos de juguete mecánico, sobre las grandes hojas de loto, escrutando el agua en busca de presas, con el cuello retraído

en forma de zeta, que desplegó a una velocidad imperceptible para atrapar un pececillo plateado. Grupos de simios se apartaban indolentes del camino para observarnos con curiosidad desde las ramas bajas de los árboles del clavo de olor.

No tardamos en llegar a nuestro objetivo. Apenas unos muros y columnas quedaban en pie, envueltos en una neblina que ascendía por la colina.

Nos adentramos en las ruinas de unas mezquitas. Alguien había depositado algunas monedas y unos restos de comida en platitos. En un *mihrab* había unas ristras de tela de colores.

–¿Qué es esto? –pregunté.

–Ah, cosas de niños –respondió Juma.

Le miré con escepticismo.

–Los niños no dejan dinero por ahí –dije–. Se lo gastan en golosinas.

Juma me miró y me dijo con voz solemne:

–Son ofrendas a los *shaytán*.

Empezó a llover, unas gotas apenas al principio, para descargar después una tormenta tropical. Nos refugiamos bajo un pequeño chamizo.

–En Chakwa vivió Mkame Ndume –contó Juma–. Era un monarca cruel que, cuando se le antojaba, obligaba a la gente a desplazarse postrados en el suelo, imitando los movimientos de la natación. También les hacía gritar por la nariz hasta que les salía sangre. Obligaba a los ancianos, que no tenían dientes, a romper las nueces de aceite de palma con sus encías. Cuando una de sus mujeres embarazadas tuvo un antojo de comer hígado, se lo dio y luego la abrió en canal para ver si el feto se lo comía. Cuando comprobó que sobre la cabeza del feto había un pedazo de hígado, ordenó que a todas las mujeres embarazadas se les diera lo que pidieran. Hizo construir mezquitas y palacios y obligaba a los obreros a que, en lugar de utilizar carretas, caminaran a gatas, cargando en sus lomos las piedras para la construcción. Si no oía desde lejos cómo se arrastraban, ordenaba que les dieran de latigazos.

Cherif se asomó al exterior.

–Creo que está amainando –dijo.

–El hijo de Mkame Mdume –continuó Juma– se llamaba Haruni y tenía una esposa muy celosa. Estaba harta de que, con la excusa de cumplir con el precepto de la oración, su marido escapara cada día para estar con su amante, que vivía cerca de la gran mezquita. De modo que ordenó construir una nueva en el recinto del palacio, para que su marido no se fuera de correrías. Una vez erigida, ordenó que al maestro constructor le cortaran las manos para que no pudiera levantar ninguna otra mezquita; así su marido ya no tendría la excusa

de la oración para ausentarse del hogar. Cuando la tribu del constructor se enteró de lo que le habían hecho, vinieron a Chwaka y acabaron con todo el mundo. Por eso al muro que queda en pie lo seguimos llamando *Ukuta wa damu,* el muro de sangre.

Había dejado de llover y salimos del chamizo. La neblina había desaparecido y la vegetación aparecía lustrosa. Desde Chakwa se dominaba un amplio paisaje de canales de manglares, que entraban caprichosamente en la tierra formando islas. Las nubes se desvanecían en el cielo, y el último sol del día caía sobre la isla más alejada.

Juma la señaló y dijo:

–Allí es donde nos espera mañana el *mndanga*.

De regreso a la *shamba* de Juma, nos recibió en la puerta una sonriente Mariamu, con unas vecinas vestidas con unas telas estampadas de colores, con máximas y consejos escritos en suajili, que llamaban *lesso*, palabra de origen portugués, según me dijo Cherif. Todas querían saludarme y me estrechaban la mano entre risitas. Pasados unos minutos, Juma las envió a sus casas y entramos en la vivienda. Nos sentamos en cuclillas. Sobre un hornillo, humeaba una gran olla ennegrecida. Mariamu cortaba a dados pequeñas berenjenas, pimientos y otras verduras que iba echando al sofrito. Un olor agradable invadía toda la estancia.

Me cansaba el estar sentado de cuclillas así que cambié de posición. Juma trajo unos almohadones, que colocó sobre la estera de coco. Al sentarme, noté la cajita de los talismanes que se me estaba clavando en la ingle.

–Ésta es la caja que compré a vuestro pariente de Zanzíbar. Contiene dos poderosos talismanes –dije, intentando llevar la conversación al terreno que me interesaba.

Mientras los examinaba, Juma iba asintiendo con la cabeza. Me los devolvió suspirando:

–¡Que Dios quiera que nunca tengas que pasar por una prueba como la que yo sufrí!

Mariamu echó las especias en la olla, y el pollo cortado a pedazos. Y a continuación, partió un coco y se dispuso a rallar la pulpa.

–Todo ocurrió hace muchos años –comenzó Juma–, antes de que me casara. Aunque mi padre era de Pemba, huyó a Mombasa durante la revolución. Allí conoció a mi madre, y cuando las cosas se fueron calmando, regresaron los dos a la isla, donde nacimos mi hermana pequeña y yo. Todas las tierras que tenía mi familia fueron confiscadas y tan sólo nos quedaban esta *shamba* y una casa en Chake Chake. Éramos muy felices pero mi padre murió cuando yo apenas tenía catorce años y mi abuela, que no soportaba a mi madre,

consiguió con sus malas artes que toda la familia se apartara de nosotros, convenciéndoles de que en realidad no éramos hijos de mi padre.

Mariamu puso la ralladura de coco en agua y la estrujó para que desprendiera todo su jugo y aroma. Con aquel líquido cocinaría el arroz.

–Un día –prosiguió Juma–, cuando estaba sentado con unos amigos, sentí de pronto un fuego que me recorría el cuerpo de los pies a la cabeza. Era tan grande el dolor que no lo resistí y caí al suelo. Mi padre adoptivo exclamó preocupado:

»–Juma, ¡ésta no es una enfermedad de hospital!

–Entonces, como no se fiaba de los *mualimu* de Pemba, pues estaba convencido de que todos estaban conchabados con mi abuela, a la que sospechaba una poderosa bruja, cogimos un dhow de pesca y viajamos a Mombasa, donde le hablaron de un *mualimu* muy eficaz que vivía en un lugar remoto a orillas del río Tana. El viaje hasta Garseni, donde debíamos tomar otro transporte, duraba una eternidad y yo creí morir. Hacía un calor insoportable, no paraba de sudar, la fiebre cada vez era más alta y perdí el sentido varias veces. Al cabo de más de diez horas llegamos a aquel lugar, pero no pasaba nadie. Finalmente apareció un Land Rover y fueron otras seis horas de infierno. Cuando por fin llegamos a un poblado llamado Hola, nos enteramos de que el viaje aún continuaría durante varias horas más. En aquellas zonas hay muchos *mndanga* de la etnia pokomo: tienen su propia lengua y dicen que son musulmanes, pero en realidad sólo lo son de nombre pues no siguen las leyes del Profeta por más que se hagan llamar Mohamed o Ahmed. Por fin, llegamos a un gran río infestado de cocodrilos e hipopótamos, que cruzamos en una barca, yo muerto de miedo, pues a veces a los hipopótamos les da por colocarse debajo y levantarse de repente, la barca vuelca y vienen los cocodrilos. Luego subimos una pequeña colina y allí estaba la choza del *mualimu* rodeada de papayos, plátanos, mangos y otros árboles frutales que no conocía, dominando el valle del río Tana. Cuando llegamos, el maestro me examinó. Me hizo descansar y consultó sus grandes libros. Cogía uno y leía y leía, y luego exclamaba:

»–¡No, éste no!

–Y así hasta que finalmente dio un grito y me dijo muy serio que el problema venía de unos parientes que querían quitárnoslo todo y que yo era el único que podía plantarles cara. Me dio una medicina. Se trataba de *combé*, a base de versículos del Sagrado Corán escritos con tinta de azafrán y disueltos en agua de rosas. También me preparó un incienso especial para ahuyentar a los espíritus. Ese *mualimu* era bueno y desde entonces, *al hamdulilá*, nada me ha vuelto a suceder.

El pollo estaba listo y nos agrupamos alrededor de la olla. Mariamu dispuso el arroz perfumado al coco en una bandeja y nos servimos con unas cucharas. Tras la excelente cena, Juma nos preparó unas camas de cuerda y sacó unos delgados colchones. Se oían los ruidos de la noche, un burro rebuznaba a lo lejos. De pronto el fulgor de un rayo se coló en la estancia, la tierra tembló con un trueno, preludio de uno de aquellos aguaceros tropicales y ya lo único que se escuchó fue el estruendo del agua.

La mañana siguiente la pasamos en el pueblo, y tras otra gloriosa comida preparada por Mariamu, Cherif, Juma y yo subimos al Land Rover. Nos internamos en una zona muy boscosa y monótona. La lluvia había dejado los árboles lustrosos y de pronto, desembocamos en una de aquellas playas de arena blanca del Índico. Junto al mar había un gran árbol derribado por algún vendaval, con las raíces medio arrancadas pero que seguía vivo. De él colgaban calamares, pulpos y peces de boca muy puntiaguda, con una protuberancia que recordaba una nariz humana. Un adolescente con su *kikoi* amarillo vendía pescado con una primitiva báscula a los campesinos que acudían con sus carretas tiradas por asnos o bueyes. Permanecimos unos minutos en la orilla hasta que apareció un rudimentario catamarán. La vela era un *patchwork* de telas de saco, donde aún podía leerse un gran *made in China*.

–Vamos –dijo Juma–. Son ellos.

Subimos con cuidado a aquella frágil embarcación. Tan baja era la línea de flotación que no podíamos realizar ningún movimiento brusco, si no queríamos arriesgarnos a que entrara agua. Un adolescente se colgaba para hacer contrapeso mientras un niño achicaba el casco con una lata oxidada. A los pocos minutos atravesábamos las aguas transparentes del canal, que nos separaban de una isla sin árboles donde se distinguían los tejados de palma de un gran poblado.

Cuando llegamos, la gente me observaba con cara de asombro, como si jamás hubieran visto a un *muzungu*. Nos internamos en el poblado, con construcciones muy sencillas de barro, y hasta que no caminamos un buen rato entre sus callejuelas, no me di cuenta de lo extenso que era. Los niños iban saliendo de todas partes y a medida que íbamos avanzando se incorporaban hombres y mujeres a la comitiva. Nos sentamos todos en una plazoleta. Los niños no reían ni pedían bolígrafos como en otras partes. Todos me miraban con curiosidad, a veces empujaban a un pequeño hacia mí, que se alejaba despavorido. Por fin se presentó el *mndanga*. Era un hombre con un rostro que parecía moldeado en arcilla aún fresca, y que no presentaba

arruga alguna a pesar de que debía hacer tiempo que había pasado la sesentena; sus ojos rasgados escrutaban constantemente en derredor. Al igual que me sucediera con Ahmed Cheij Nabhany o con la sacerdotisa Adjoua Eponom Essouman, tuve la sensación de que me encontraba ante una persona distinta, pero mientras aquellos desprendían un aura de paz, aquel hombre me producía inquietud, y no debía ser el único en percibirla: Cherif y yo nos miramos sorprendidos.

–Venid conmigo –dijo lacónico, sin más.

Llegamos a una explanada. Sobre un gran tronco tumbado, nos esperaban sentados los músicos. Uno de ellos, un hombrecillo de unos sesenta años, de ojos enrojecidos, se llevó a la boca un instrumento que me recordaba al *musmar* egipcio, esa especie de oboe tradicional.

–Es un *sumari* –dijo Cherif.

Como tantas palabras del suajili, era una adaptación del árabe.

Poco a poco, fueron llegando gentes de todas partes y aquel hombre hizo sonar su instrumento a intervalos, como si llamara a alguien.

–Está invocando a los espíritus –aclaró Juma.

Tras aquella larga introducción, el sonido fluía a veces ágil, otras sincopado y disonante. Pronto se añadieron tambores y palmas y todos comenzaron a seguir el ritmo con movimientos bruscos. Aparecieron unas ancianas, vestidas con telas *lesso*. Se balanceaban con el ritmo, canturreaban y me pedían dinero.

–Les tenemos que ir dando monedas –dijo Juma–. Así es la costumbre. Es para la bebida.

Mientras las observaba llenar las calabazas, pensé que tomarían quizá alguna poción. Pero aquel líquido incoloro era un fuerte aguardiente.

Se acercaron a mí y me rodearon. Comenzaron a cantar.

–Están invocando a los *shaytán* –dijo Juma.

–Pregúntale al *mndanga* –le pedí– que por qué beben alcohol estas mujeres si son musulmanas.

El *mndanga* me observaba con sus ojos penetrantes mientras le iban traduciendo mi pregunta, y no esperó a que acabara de formularla, sino que contestó indignado:

–¡Pero ellas no beben alcohol!

Me quedé mirándole sorprendido. Una tras otra aquellas mujeres iban apurando un cuenco de calabaza que iban llenando de aguardiente.

–¡Ellas no beben alcohol! –gritó–. ¡Son los demonios que las poseen quienes lo beben!

El músico del *sumari* atacó un nuevo aire. Caía la tarde, las nubes se abrieron y todo se tiñó del violento rojo del atardecer. Uno de los

asistentes cayó al suelo revolcándose y profiriendo extraños sonidos. Las mujeres pedían más y más monedas, envolviéndonos con su tufo a alcohol en la cara y en nuestros cogotes.

El *mndanga* pegó un grito y comenzó a correr con movimientos erráticos, viéndose sacudido por espasmos violentos. De pronto ordenó detener la música, nos miró a nosotros e inquirió en estado de trance:

–¿Qué estáis haciendo aquí?

Intenté que Juma le tradujera lo que quería transmitirle: le volví a pedir permiso para presenciar y fotografiar el ritual. Pero hacerse entender resultaba casi imposible en aquel estruendo. Todo el mundo parecía estar cayendo en trance y los que aún no habían sido poseídos comenzaban a zarandearnos. Juma los apartó y nos acercamos de nuevo al *mndanga*, pero su mirada estaba ahora totalmente ausente. Seguía en profundo trance. Cherif me miró asustado.

El rostro de aquel hombre comenzó a agitarse; abría y separaba los labios hasta casi desgarrarlos manteniendo los dientes apretados, sus ojos parecían salirse de las órbitas y se le marcaron unas venas en su frente que crecían por momentos, a punto casi de explotar. Comenzó a aullar y a señalarnos.

–Creo que nos tendríamos que ir –dijo Cherif.

Pero yo no me daba por satisfecho.

De pronto el *mndanga* cayó al suelo y comenzó a hablar en una lengua que ni Juma ni Cherif comprendían. Se incorporó con la ayuda de algunos asistentes, que le levantaron los brazos tres veces, como había hecho yo con la pobre Zeinab en Malindi, y le dieron agua de rosas.

Los músicos le hicieron un sitio en el tronco y el *mndanga* permaneció absorto, con aquella mirada hueca de quienes se han asomado al otro lado y han contemplado el vacío. Poco a poco, fue recuperando su expresión y entonces se levantó.

–¿Qué han dicho los espíritus? –preguntó, porque los posesos nunca recuerdan nada.

Una de las ancianas nos señaló y dijo:

–Que no quieren intrusos.

Cherif, Juma y yo nos miramos y decidimos dar por terminada nuestra presencia allí. El *mndanga*, que ya estaba más recuperado, y algunos de sus hombres, nos abrieron paso entre la muchedumbre y nos escoltaron hasta la misma playa, donde nos esperaba el catamarán. No volvimos a intercambiar palabra. La música se oía ahora con más fuerza; tras nuestra partida comenzaba la verdadera ceremonia. Le ofrecimos dinero al *mndanga* para pagar a los músicos y para que a los shaetanu de las ancianas no les faltara bebida. Uno de los niños nos tiró una piedra, y un segundo se disponía a imitarle cuando el *mndanga* le ordenó con un grito que la dejara en el suelo.

Nos embarcamos y, mientras la vista me alcanzaba, permanecieron observándonos desde la playa, como estatuas de piedra, sin hacer saludo alguno en la penumbra.

Al día siguiente, Cherif y Juma me acompañaron al aeródromo. Me despedía con pena, me sentía muy a gusto con ellos. También con la presencia de Mariamu, una mujer siempre sonriente que desprendía una gran paz. Sonaba en el radiocasete la voz nostálgica de Siti bint Saad, considerada la mejor cantante de Zanzíbar. La bella música, fruto del vaivén de los monzones, me emocionaba y la voz de aquella mujer casi me hizo llorar. Cuando aparcamos el coche sin haber dicho palabra alguna, Cherif extrajo la casete y me la ofreció.

–*Mutshaker* –le dije en árabe–. Te lo agradezco.

–*Shukri li Alá* ('Dáselas a Dios') –contestó.

En la pista, aguardaba la avioneta. Era minúscula, apenas seríamos seis pasajeros. Nos despedimos. Cherif me ofreció aceite de clavo de olor y Juma, una gran bolsa con mangos muy dulces.

Abajo quedaron los dos agitando los brazos.

Desde la ventanilla se dominaba aquella isla enigmática, roída por un mar que se adentraba caprichosamente en su interior. La marea baja dejaba surcos brillantes en la playa y, mientras sobrevolábamos bancos de arena que encerraban lagunas transparentes como el cristal, me preguntaba: ¿Qué me esperaría en Lamu?

15

Sultanatos olvidados

La avioneta que me conducía a la isla de Lamu sobrevolaba el Tana, aquel serpenteante río que tanto me había sorprendido unas semanas atrás, cuando viajaba a Malindi con Said y su familia. De vez en cuando, sobre la frondosidad de la maleza se elevaba una colina que dominaba los meandros. Cerca del mar, el espesor de la jungla se confundía con canales de manglares antes de dar paso a grandes dunas que se desplomaban en el Índico. De pronto aparecieron varias islas separadas por brazos de agua y la avioneta inició el descenso. Ahí estaba la pista, entre baobabs y acacias. Unos bandazos más y aterrizábamos en la isla de Manda, frente a la ciudad de Lamu.

Las instalaciones consistían en un sencillo pabellón y una chabola con el letrero de *Duty Free* pintado a mano, donde vendían postales azuladas y algunos collares de conchas encontradas en la playa, coca colas calientes y *tangawizi*, un popular refresco a base de jengibre. Varios niños con carritos se ofrecían para portar maletas y proporcionar casas de huéspedes. Había poco trabajo: los turistas, abundantes en invierno, desaparecían con las primeras lluvias del monzón. No existía ningún vehículo motorizado, porque en Lamu el transporte se realizaba únicamente en dhow o a lomos de burritos. Sólo el District Comissioner poseía un Land Rover.

Desde lejos distinguí a Cheij Nabhany, que agitaba los brazos, vestido a la occidental, con su bonete bordado. Se protegía del sol con un paraguas negro a modo de sombrilla. Sin el tradicional *kanzu*, tardé en reconocerle. Nos abrazamos y emprendimos el camino de casuarinas hacia el embarcadero.

Le conté mis primeras impresiones sobre Zanzíbar, mientras nos acercábamos a un largo pontón que se elevaba varios metros sobre el lodazal que dejaba la marea al retirarse. Un gran marabú, con su desnudo y sarnoso cuello, saltaba desgarbado batiendo sus alas en pos de un pez atrapado en el barro.

En el embarcadero, nos esperaba un personaje familiar, alto y orondo. Vestía una capa de seda y oro sobre el *kanzu*, se abanicaba con un espantamoscas de mimbre y con la otra mano sostenía un capazo del que asomaban unas verduras. Nos llamaba por nuestros nombres.

–¡Abdeluahid! –exclamamos Cheij Nabhany y yo al unísono.

Se trataba del afroamericano que vivía en Lamu y que había conocido en Mombasa. Corrió hacia nosotros.

–No he llegado a tiempo de coger el dhow del aeropuerto y he tenido que alquilar uno –dijo jadeando–. Sabía que vendrías para el *maulidi* –se dirigió a mí–. ¿Tienes ya alojamiento en Lamu? Podéis venir a casa. No sé si os dije en Fort Jesus que tenía sitio de sobra.

Cheij Nabhany le contó que se veía obligado a alojarse en casa de unos parientes. Pero yo acepté.

Comenzó a llover. Cheij Nabhany no se inmutó. La sombrilla era ahora paraguas. Las hojas de los manglares resplandecían lustrosas. Descendimos los peldaños gastados y resbaladizos, recubiertos de conchas de moluscos y subimos al dhow. A los pocos minutos nos deslizábamos a toda vela por el canal.

Ante nosotros, como en los grabados antiguos, se ofrecía la pequeña y blanca Lamu, con su malecón y los edificios coloniales. Por entre los *makutis*, las altas techumbres de palma, sobresalían las almenas del fuerte omaní, calcado a los de las costas de Arabia. Varios dhows desplegaban sus velas y evolucionaban con elegancia por el canal.

–Esta noche –dijo Abdeluahid, secándose el sudor con un pañuelo de seda– Hosni, un hombre que posee varios dhows y una motora y se ha hecho rico llevando a los turistas, da una cena en su casa seguida de una ceremonia religiosa. ¿Te gustaría asistir?

Me llamó la atención su pulsera de plata incrustada de grandes topacios. En sus dedos, cortos e hinchados, portaba varios anillos. Me fijé en una gran turquesa que correspondía al *yin al bahari*, el espíritu del mar.

–Pero yo no soy musulmán –repliqué.

–¡Qué tontería! –exclamó Abdeluahid abanicándose con el espantamoscas–. Dijiste que habías vivido en El Cairo, ¿no? Entonces sabrás cruzar más de dos palabras en árabe, mucho más que la mayoría de los asistentes. Te colocaremos un *kanzu* y un bonete y todos creerán que eres sirio o libanés, ¿verdad, cheij?

Cuando nos aproximábamos al muelle saltaron al agua unos niños que nadaron hacia nosotros y se agarraron al dhow; otros lo hacían peligrosamente entre las lanchas a motor. En el embarcadero de Lamu era constante el ir y venir de los dhows cargados hasta los topes. No quedaba espacio para atracar un solo velero más, de modo que para desembarcar era preciso ir saltando por las bordas de los faluchos, dispuestos en batería, hasta poner pie en tierra, mientras los niños más atrevidos se entretenían lanzándose al agua, entre chillidos desde lo alto del embarcadero, a los espacios que durante unos segundos quedaban libres entre los cascos. Algunos ancianos y mujeres rollizas, cubiertas con sus negros *buibuis*, ascendían penosamente los

empinados escalones de cemento gastado cubierto de algas, o eran portadas en brazos por hombres con *kikois* de vivos colores anudados a la cintura.

–Toda esta gente está aquí para el *maulidi*. Éstos vienen de Pate. –Cheij Nabhany señaló un dhow que se acercaba–. Esos otros deben ser de Siw, aquéllos quizá de Malindi o de Mombasa, los otros...

De las cuerdas de las velas de algunos dhows, junto a la bandera de Jamaica o la efigie de Bob Marley, pendía la de Bin Laden, en rojo y negro, con un pie que rezaba *Wanted?*

El paseo de edificios de dos plantas de estilo entre angloindio y árabe era un desfile incesante de todos los rostros del Índico. África, Asia y Arabia se mezclaban en mil y una combinaciones posibles. Los porteadores con los objetos más inverosímiles a sus espaldas y las carretas tiradas por asnos trataban de abrirse paso entre la variopinta muchedumbre. En aquel mundo sin ruido de motores, uno tenía la ilusión de estar fuera del tiempo.

Cheij Nabhany se despidió diciendo que pasaría por casa para buscarnos. Caminamos hacia la vivienda de Abdeluahid, por estrechas callejuelas entre tapias de las que sobresalían cocoteros, árboles de mango y papayos, y muros de casonas con puertas muy labradas parecidas a las de Zanzíbar, que a veces dejaban entrever patios con flores. Aquí, más que en ningún otro lugar de la costa del África oriental, todo recordaba la herencia de un pasado que parecía vivo. Nos saludaron varios hombres que parecían transportados desde Mascate, con su porte aristocrático, tez clara y las *dishdashas* impecables. De vez en cuando nos cruzábamos con mujeres que se cubrían el rostro dejando a la vista grandes ojos realzados con kohol. Algunas, a mi paso, al advertir que yo era un *muzungu*, dejaban resbalar, como por casualidad, la punta del *buibui* que sostenían con una mano decorada con arabescos de alheña, y desvelaban rostros bellos y angulosos, antes de cubrirse de nuevo entre risitas.

–Hubo una época en que todas estas casas de mercaderes se caían –iba señalando por el camino Abdeluahid–, pues sin el comercio marítimo, y sobre todo sin –en este punto bajó la voz– el tráfico de esclavos, la economía de Lamu estaba por los suelos y ni siquiera las grandes familias podían mantener sus viviendas en buen estado. Luego llegó el turismo, no masivo, pero, con el poder adquisitivo suficiente como para restaurar algunos viejos palacetes.

–Lamu tenía fama, en los años setenta, de ser el Katmandú africano –dije, acordándome de los hippies que había conocido en Jartum y que intentaban viajar hasta la isla.

–Sí, pero esta isla ya era muy conocida entre los keniatas blancos como los Leakey, aquellos famosos paleontólogos –explicó Abdeluahid–, y también entre los cazadores: aquí fue donde acabó sus

días Bunny Allen, el que inspiró *Mogambo*, no sé si ha visto la película. Y solían venir los fundadores de los *flying doctors*. Luego fue un paraíso hippy, y ya sabe, había mucha droga y todo eso. Ahora es un refugio para una bohemia internacional de lujo y también el lugar de descanso de los colaboradores de las ONG en esta parte de África.

»Mire, ¿ve aquel hombre? –Señaló con el mentón un tipo de unos cuarenta años–. Es uno de los pocos que consiguió salirse del mundo de la droga. Claro que pertenece a una buena familia que le costeó el viaje a La Meca. Fue allí, en la ciudad santa, donde pasó el mono. Dios le ayudó y al cabo de unos meses regresó limpio y montó un restaurante para turistas que le funciona muy bien y ahora organiza jornadas culturales para los jóvenes.

Nos cruzamos con unos chicos locales de estética rasta que saludaron a mi amigo con deferencia y me preguntaron si quería alquilar un dhow.

–Son los *beach boys* –aclaró Abdeluahid–, chicos de familias humildes suajilis que se buscan la vida entre los turistas. Ahora no hay muchos, porque cuando se acaba la temporada se van a Malindi o a Mombasa.

En una esquina, un *beach boy* llevaba una de aquellas banderolas de Bin Laden anudada al cuello a modo de pañuelo. Su compañero vestía una camiseta con la imagen de las Torres Gemelas impactadas por los dos aviones.

–Esto me irrita –dijo Abdeluahid–, yo como americano no puedo aceptarlo y tampoco como musulmán. Estaba en Nairobi cuando colocaron la bomba en la embajada...

Proseguimos pensativos hasta que llegamos al palacete de mi amigo. Mi anfitrión me mostró las grandes habitaciones que se abrían a un amplio patio, estucadas al estilo indio con polvo de mármol, cáscara de huevo molida y cal. En las paredes había nichos rodeados de bellos arabescos de yeso, que guardaban vasijas de alabastro, conchas de nautilus, pedazos de coral, cerámica árabe y porcelana china. Los baños eran grandes, decorados con filigranas muy elaboradas. Unos obreros encaramados a unos andamios se afanaban decapando los boriti, las vigas de manglar.

–¿Sabes? –le dije–. En Omán he visto casas viejas con vigas idénticas.

–No te extrañe. Seguro que algunas procedían de Lamu –contestó.

–He conocido a marineros que las transportaban –dije.

–¿En serio? –dijo–. Yo creía que ese comercio había desaparecido hacía tiempo y que ya no quedaba ningún superviviente.

Ascendimos por las escaleras hasta el tejado, cubierto por un alto *makuti* que brindaba sombra y permitía el paso de la brisa. Sentados sobre unos cojines forrados con telas de *kikoi*, nos llegaba el murmullo

atenuado de la ciudad; un murmullo antiguo, sin coches, radios o casetes. Desde allí se dominaban los terrados y *makutis* de Lamu, que descendían lentamente hacia el frente marítimo, donde los dhows cruzaban el canal de Manda con las velas henchidas por el viento. Nos llegaban los rezos de niños de una escuela coránica. Comenzó a llover.

Abdeluahid parecía preocupado.

–¿Qué te pasa? –pregunté.

–Es por esos jóvenes y esos dichosos pañuelos –dijo–. Me fastidia que conviertan a Bin Laden en una especie de libertador. Su imagen es cada vez más atractiva para esos jóvenes musulmanes que se han criado viendo por las parabólicas los bombardeos de Bagdad, la muerte de los niños iraquíes con el embargo, y la intifada, con todas esas mujeres desesperadas, que podrían ser sus madres, llorando mientras los tanques derriban sus casas. Admiran a Bin Laden porque no existe otra figura que les dé una imagen, por falsa que esta sea, de integridad moral. Es un nuevo Che Guevara. No existe ningún otro líder en el mundo musulmán con el que identificarse. Los ven a todos corruptos y vendidos a Israel y a los Estados Unidos. Aturdidos entre el peso tan fuerte de la tradición y los nuevos valores que han traído el turismo y los satélites, el radicalismo islámico es el único refugio en el que estos jóvenes encuentran su identidad –concluyó apenado.

Un criado mijikenda trajo unos zumos de mango con unos pastelitos de coco.

–En Lamu –Abdeluahid probó uno de los dulces–, existe cierta libertad, a condición de que no se desafíen las normas en público. Muchos *beach boys* se han liado con extranjeras, algunas podrían ser sus madres –dijo tragándose otro pastelito–, e incluso se han casado, pero esos matrimonios acaban siempre por fracasar. La diferencia cultural es demasiado grande. Al final, las esposas acaban por regresar con sus hijos a Estados Unidos, Francia o donde sea. Todo el mundo lo sabe pero nadie se mete. De esas relaciones y de los pequeños trapicheos de los *beach boys* viven familias enteras. Pero no olvide que por más rastas que lleven, o por más modernos que parezcan, tarde o temprano acaba por aflorar siempre el musulmán tradicional que esconden dentro y surge el conflicto.

Se abrieron las nubes y durante largos instantes, en el canal, la vela blanca de un dhow se vio envuelta en el fulgor del arco iris.

–Pero no voy a dejar que me estropeen esta maravillosa tarde –dijo, llevándose otro pastelito a la boca–. Son mi perdición –confesó, golpeándose el estómago.

Un pequeño pájaro del sol, de larga cola, se posó en la terraza para libar el néctar de las flores. Sus plumas, de color verde metálico, despedían destellos de luz en el resplandor de la tarde.

Abdeluahid oteó extasiado desde su atalaya, suspiró, y

extendiendo los brazos como para abarcar toda la vista, me confesó:

–¿Comprendes ahora por qué un buen día lo dejé todo y me instalé aquí?

Se me quedó mirando, mientras la brisa mecía su *kanzu*.

–Esta isla me atrapó –dijo–. Me convertí al islam...

El cielo había vuelto a encapotarse, aquella brisa agradable era ya viento.

–Lamu guarda un secreto –dijo–. Yo lo quise averiguar, y durante un tiempo creí estar a punto de conseguirlo, pero no fue más que una ilusión. ¡Humo! –añadió enigmático, alzando unos dedos titilantes hacia el cielo.

Tronó anunciando otra de aquellas lluvias del trópico.

–Aquí, todo el mundo reivindica fabulosos linajes –dijo de repente–. Pretenden dotarse de un origen lejano y aristocrático, para que no les confundan con descendientes de esclavos. Pero yo conozco a las mejores familias y, en realidad, en mayor o menor proporción –bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharnos–, todos son descendientes de ellos, porque los árabes tenían hijos con esclavas africanas que al primer parto quedaban libertas. Pero resulta difícil discernir la historia de la leyenda. Según cuentan, los primeros pobladores de Lamu eran árabes que vinieron desde Yanbu, al norte de Yeda, huyendo de persecuciones religiosas tras el asesinato de Osmán, el tercer califa islámico. Cuando llegaron a Lamu, la isla estaba deshabitada y se instalaron en un lugar llamado Hidabu. –Señaló hacia el norte–. Otros cuentan que si vinieron de Siria...

Pronto, una espesa cortina de agua impidió la visión como si fuera niebla. Quedé maravillado: el tejado de palma estaba tan bien tramado que ni una sola gota se colaba entre la fibra.

Abdeluahid parecía rumiar algo. De pronto dijo:

–¿Te gustaría conocer a Cheij Arami? Pertenece a una de las familias de mayor prestigio. Él te podrá explicar las claves de Lamu mucho mejor que yo. ¿Quieres que le telefonee?

Sin esperar respuesta, sacó el móvil del *kanzu* e instantes después todo estaba arreglado.

–Te espera mañana –cerró el teléfono– después de la oración del mediodía. ¿Ves qué fácil?

Chirrió el altavoz de una mezquita cercana: *La alá ila Alá*...

–*Mohamed Rasul Alá* –musitó Abdeluahid–. Cómete algún pastelito. –Me alargó la bandeja casi vacía–. No dejes que me los acabe yo todos.

Caía la noche cuando nos vino a buscar Cheij Nabhany. Me vistieron con un *kanzu* y me pusieron un bonete bordado. En las callejuelas de

Lamu ya nadie me miraba como a un *muzungu* y tuve la nueva sensación de haberme convertido en invisible. De noche, pasear por Lamu era una delicia y, en las calles del barrio popular, el flujo no disminuía. Una tras otra, se sucedían las más diversas tiendas con nombres como SuperDubai, Time for a change, o Perfect Fashion, que se alternaban con puestecillos de comida, donde los kebabs sobre las brasas despedían columnas de humo que se deshilachaban a la luz de los fluorescentes de colores. En las tiendas de las casetes, sonaba Um Kulzum, canciones de Bollywood o música taarab. Por todas partes me perseguía la empalagosa «Mapenzi». ¡Aquí reencontraba, mucho más que en Zanzíbar, los latidos y los aromas de aquel océano!

Frente a la casa de Hosni, nos esperaban sus hijos. Ascendimos por unas empinadas escaleras y fuimos apilando los zapatos en el umbral de una gran habitación, forrada de esteras sintéticas. Un tapiz que representaba la Kaaba presidía la estancia y en el suelo, alineados en una decena de largas hileras, se disponían los numerosos asistentes ante los platos vacíos. Los hijos y parientes de Hosni repartieron arroz y cordero. El anfitrión supervisaba, satisfecho de que todos los platos estuvieran llenos a rebosar. Me recordaba a los *majlis* de Omán, sobre todo al de Mirbat, en Zufar, donde asistí a una ceremonia parecida y, al igual que entonces, éramos tantos que aún no habían comenzado a repartir a las últimas filas cuando las primeras ya habían acabado. Un cheij se colocó frente a la audiencia e inició una oración. Fue entonces cuando aproveché para salir a la terraza.

Bajo un cielo muy estrellado, sin rastro de las nubes de tormenta, se oían cantos y rezos acompañados de percusión desde las casas cercanas. Soplaba una brisa fresca y respiré hondo. Ahora sabía que Lamu era la última etapa de mi largo viaje. No había venido directamente desde Zanzíbar. Antes, había querido visitar Pemba y la costa suajili de Tanzania: Tanga, Bagamoyo, Dar es Salam, Quiloa o Mikindani hasta llegar a la frontera con Mozambique. Recorrí uno tras otro esos puertos que fueron las estaciones término de las rutas de esclavos procedentes del corazón de África.

Salvo en las ruinas del legendario sultanato de Quiloa, o en las de Pemba, en ninguno de esos lugares encontré un rastro importante de palacios o antiguas mezquitas. Aquellos puertos de la costa tanzana habían sido meros centros de embarque de «carga humana», donde apenas había germinado la semilla de la civilización árabe. Entre aquellos restos de mercados de esclavos y mazmorras, que habrían encerrado a tantas cuadrillas encadenadas, me asaltó una y otra vez la misma pregunta: ¿eran aquellos los mismos árabes tras los cuales yo había iniciado mi largo periplo?

Frente a la bahía de Dar es Salam, surcada por dhows y viejos cargueros, me dije que aquellos mercaderes del sultanato de Zanzíbar

poco o nada tenían que ver con mis árabes del mar. Los sultanes de Omán y Zanzíbar habían creado un imperio colonial, basado en las plantaciones esclavistas y en la trata a gran escala. Aquellos Tippu Tip no podían ser los dignos herederos de los navegantes árabes de antaño, los que crearon aquella civilización del Índico, hija del monzón. No eran los mismos, porque el mundo de los árabes del mar no era el de la explotación brutal, sino el que giraba alrededor del libre comercio. Su mundo era el de los reinos de Ormuz o Qais, el de los mercaderes árabes que se habían establecido a lo largo del Índico, en Sri Lanka, la India, Malasia, Indonesia, o incluso en la lejana China, el de los sultanatos independientes de la Costa de los Zenj que actuaban como las polis griegas o las ciudades italianas del Renacimiento. Y no era aquel mundo sin escrúpulos de explotadores y esclavistas árabes del siglo XIX.

Tenía sentimientos encontrados y esperaba recuperar en Lamu la energía que en cierta manera había perdido. No iba a resultar difícil, al menos por lo que había visto hasta ahora. Además como estábamos en época de lluvias los turistas habían desaparecido y los habitantes de Lamu se relajaban y se dedicaban a sí mismos. La celebración del *maulidi* suponía, aunque fuera por unos días, un viaje en el tiempo, con el regreso a las costumbres tradicionales y a la ilusión de que todo volvía ser como antes.

Cheij Nabhany vino junto a mí y miró al cielo:

–Dicen que el *maulidi* –interrumpió mis cavilaciones– es una fiesta que viene de Egipto y que fue traída a Lamu por Cheij Habib Sualeh, que había nacido en las Comores.

En el interior, los asistentes coreaban los noventa y nueve nombres de Dios.

–Celebrar el aniversario del Profeta –prosiguió el cheij– está prohibido en muchos países musulmanes. Sobre todo en Arabia Saudí, porque dicen que Mahoma es tan sólo un hombre, el mensajero al que le fue revelado el Sagrado Corán. De hecho, no hay nada que sorprenda más a un musulmán que los occidentales le llamen mahometano, porque a diferencia del Jesús de los cristianos, el Profeta no es hijo de Dios.

De regreso a casa, en una plazoleta junto al malecón, una treintena de hombres se disponían en una única hilera sobre esteras de palma, sentados o arrodillados en cuclillas. Frente a ellos, algunos músicos y recitadores entonaban unos rezos realzados, en un lento crescendo, por la percusión. El ritmo, muy cadencioso al principio, se fue acelerando y con él, los movimientos al unísono de los fieles, que comenzaron a cimbrearse como palmeras movidas por un viento

ligero. Algunas veces, el balanceo era brusco y rígido, para volverse inesperadamente sensual en la siguiente estrofa. Otras, recordaba al de las algas mecidas lentamente hacia atrás y adelante por el flujo del mar. Una ligera rotación de hombros: ahora el izquierdo, ahora el derecho o ambos a la vez, se acompasaba con el ondular del abdomen. De repente, oscilaban sinuosamente el brazo derecho, imitando el movimiento de la serpiente. Algunos ancianos recitaban nuevas estrofas que provocaban algún nuevo y sorprendente movimiento de los participantes, hasta que todos parecieron entrar en éxtasis. De pronto un barbudo cayó en trance, se puso en pie y comenzó a contorsionarse con movimientos epilépticos hasta caer fulminado al suelo. Un joven comenzó a mover los brazos y el torso, al ritmo de la hipnótica percusión, como en una danza africana de espíritus. Un viejo, que se golpeaba rítmicamente el pecho con fuerza, se postró en el suelo, contra el que se golpeó la frente con dureza una y otra vez. Todos recitaban los noventa y nueve nombres de Dios, como si formaran parte de un mismo cuerpo. Mientras se mecían, se iban mirando con afecto para comprobar que todos se sincronizaban perfectamente, hombro con hombro, tanto en el suave balanceo como en la síncopa más brusca, reconfortados por ver reafirmados una vez más los lazos entre ellos y su pertenencia a la comunidad.

Al día siguiente quise dar un rodeo de camino a casa de Cheij Arami. Todas las calles parecían desembocar en la misma plaza, frente al antiguo fuerte omaní, donde se erguían majestuosos dos enormes nogales de la India que daban cobijo a sendos corros de hombres que jugaban al bao, sesteaban o charlaban tranquilamente, mientras los gatos de Lamu, cuyas orejas puntiagudas y cuerpos delgados concordaban con los descritos en la estatuaria y los jeroglíficos egipcios, dormitaban o se restregaban entre sus piernas. En las ramas superiores de los árboles, los pájaros se entretenían con sus cantos o lanzando de vez en cuando sus excrementos sobre los impasibles durmientes y perezosos. En un rincón, un grupo de jóvenes mascaban *qat*. Aquella ciudad tenía su propio ritmo, lejos del mundo. Continué por una callejuela paralela a la cornisa. El ir y venir de la multitud se veía interrumpido por niños que sudaban la gota gorda con una caja de panes en la cabeza, o por el paso de algún burrito. De repente, un asno cargado hasta los topes se detuvo en la calle y comenzó a rebuznar, frente a unas matronas cubiertas de negro, e impidió totalmente la marcha. Alcé la vista: estaba frente a la casa de Cheij Arami, junto a la antigua delegación alemana. Me recibieron dos criados jóvenes:

–Cheij Arami está en la mezquita y nos ha dicho que le espere en

la sala –dijeron, invitándome a subir.

Era una casa señorial típica de Lamu con las vigas de manglar. El salón estaba presidido por un gran televisor con un receptor de parabólica, junto a una gran videoteca que ocupaba varias estanterías. En las paredes, de azul chillón, la gran foto nocturna de la Kaaba se alzaba sobre una caligrafía de Ibrahim Noor Sherif. En el suelo, sobre una alfombra azul eléctrico, la revista *Hello* ilustraba en exclusiva la visita de Elle McPherson, una conocida top model de entonces, invitada por la princesa de Mónaco a su mansión de Shela, un pueblecito turístico a veinte minutos de la ciudad de Lamu, donde aquellos personajes que atraían una nube de paparazzi difundían una imagen de la isla como lugar privilegiado. Con las lluvias, aquel mundo para los *happy few* se esfumaba por arte de birlibirloque.

Entró uno de los criados, el de mirada lánguida, que dejó parsimoniosamente sobre la alfombra una bandeja con una gran jarra de agua de tamarindo y unos vasos dorados. Entonces se precipitó sobre el interruptor del ventilador enorme, que comenzó a chirriar, lentamente al principio, para lanzarse después a una velocidad enloquecida que hizo volar el *Hello* por los aires. Hice un comentario sobre la extensa videoteca.

–A Cheij Arami –me respondió– le encanta el cine: las películas americanas, indias, egipcias... y como no puede ir, pues las ve en casa.

–¿Por qué no puede ir al cine? –pregunté.

–¡Oh, Cheij Arami es una gran personalidad! ¿Cómo quiere que alguien de su posición se mezcle con toda esa chusma? –contestó indignado.

Por un momento creí que iba a apagar el ventilador o a arrancarme la bebida de mi mano por mi impertinencia. Pero se limitó a encender el televisor y me dejó allí conectado a un canal de Dubai.

Le había provocado. Yo sabía de sobra que los cines, en muchos países del sur, eran considerados como lugares de esparcimiento sólo para las clases populares, donde se gritaba y se comía todo tipo de fritangas, altramuces y semillas tostadas. Lo «peor» es que se ponían a cantar a coro las canciones indias, que ya conocían de memoria, pues las casetes eran pirateadas mucho antes de que llegaran las películas.

De pronto irrumpió Cheij Arami en la estancia. Corpulento, y de unos cincuenta años, vestía a la omaní. Se disculpó por la tardanza.

–Venga, le enseño la casa –dijo.

Me mostró varias salas decoradas con muebles rococó comprados en Zanzíbar. Me fijé en un complicado diván turco para dos personas que quedaban encaradas y varios arcones de madera claveteados en cobre reluciente para que parecieran de oro. Aquella habitación daba a la terraza. Puertas y ventanas estaban abiertas y, a través de la ropa recién tendida y que olía a jabón, se podía ver el canal y los manglares

de la otra orilla. Un dhow extendía su vela latina al viento. El bullicio de la calle llegaba como un murmullo atenuado. Rematamos la visita a la casa con un dormitorio pintado de verde lima, con una gran cama protegida por dosel y mosquitera, junto a un gran climatizador que me mostró encantado.

Regresamos a la sala y nos sentamos sobre la alfombra. Cheij Arami me explicó que había tenido un cargo muy importante en Educación pero que ahora había regresado a Lamu para ocuparse de sus asuntos.

–Me eduqué en Zanzíbar –dijo–, donde tuve la suerte de estudiar con Ibrahim Noor Sherif y conocí a los tres últimos sultanes. Los viernes solía ir a visitar al sultán Said Abdalá bin Jalifa, para que me diera unos chelines, y también al último sultán, Sayed Jamshid bin Abdalá. Yo estaba en Zanzíbar la noche en que estalló la revolución. Me encerraron en un campamento, del que logré huir a los tres meses. ¡Ha habido tantos cambios en esta región de África desde entonces! Hay una frase que dice que, cuando Zanzíbar toca la flauta, toda el África oriental baila.

–Pero ustedes, ¿se consideran árabes o suajilis? –pregunté directamente.

–Hace unos años –titubeó–, nadie de las antiguas familias hubiera dicho de sí mismo que era un suajili. Nos veíamos como árabes. Pero tras la independencia, comenzó a afirmarse la identidad suajili: ya no éramos árabes aunque su sangre corriera por nuestras venas, porque teníamos también sangre africana. Y... –buscó las palabras– los bantúes nos habían proporcionado nuestra lengua, que al contacto con el árabe derivó en el suajili. Éramos ya algo nuevo. A lo largo de los siglos habíamos creado una nueva cultura, enriquecida con aportaciones de otros pueblos del Índico, sobre todo indios y persas. Hoy, aquí en Lamu, a no ser que se trate de las grandes familias, como los Nabhany, Jadhamy o los Bedaoui, es difícil identificar el clan árabe del que se es oriundo.

–¿Qué les pasó a ustedes con la incorporación de Lamu a Kenia?

–Con la independencia, perdimos el poder. Porque hasta entonces, bajo los británicos, teníamos aquí al *liwali*, el representante del sultanato de Zanzíbar. Los nuevos dirigentes de Kenia, en cambio, trajeron a su propia gente, que vino de Nairobi sin conocer nuestra cultura y aplicó sus ideas, los cuales no eran las más adecuadas para esta región. Eran africanos de pueblos del interior, que creían que se les enviaba a una remota zona desértica, con *makutis* y pequeñas cabañas de barro, y se encontraron con palacios.

Sirvió unos vasos de tamarindo.

–Le voy a contar algo. Aquí siempre hemos respetado mucho a nuestros patriarcas, que respondían ante el *liwali* por las acciones de

cualquier miembro de su clan. Un día, tras la independencia, Cheij Abdullah Boke, patriarca del clan omaní de los Jadhamy, fue llamado por el District Comissioner para un pleito. Mientras el anciano exponía sus razones, el representante de Nairobi le ofendió:

»–¿Está diciendo la verdad? –le increpó.

»Para nosotros, no cabía un insulto mayor. Jamás se puede poner en cuestión la palabra de uno de nuestros mayores, porque es el representante de toda una gran familia que viene de siglos. El cheij juró que nunca más regresaría allí. Subió las escaleras de su casa y nunca más salió a la calle.

Dejé la casa de Cheij Arami intentando imaginar lo que debieron sentir aquellos nobles y mercaderes el día en que Lamu, Mombasa, Pate o Malindi fueron incorporados a la nueva Kenia. Su mundo se había ido para siempre. Los cargueros modernos habían ya arrinconado a los grandes dhows, pero fue la irrupción de las naciones surgidas del colonialismo, con sus aduanas y fronteras, lo que acabó por dar el tiro de gracia a aquel mundo de los árabes del mar. Así, los antaño florecientes puertos del Índico perdieron el contacto no sólo con los de Arabia, sino también entre sí. Y ahora, aquellos descendientes de las grandes familias, como los Bedaoui, los Jadhamy, los Mazrui o los Nabhany, por uno de esos giros inesperados de la historia, se veían gobernados por los hijos de las tribus africanas que un día ellos sometieron e incluso esclavizaron.

Por la tarde fui con Abdeluahid y Cheij Nabhany a la explanada de la mezquita de Riada, donde un gran gentío se agolpaba alrededor de unos hombres que, al ritmo de la percusión, danzaban bastón en ristre. Había muchas mujeres entre el público, tapadas con sus *buibuis*, que sólo mostraban los ojos. Un grupo de jóvenes gritaban consignas contra los Estados Unidos. Las danzas duraron casi toda la tarde, y de pronto mi cabeza comenzó a dar vueltas y pedí a mis amigos que me acompañaran de vuelta a casa. Me sentía como si me hubieran apaleado.

Al día siguiente, me desperté con dolor de cabeza pero no quise perderme la procesión que se iniciaba en el cementerio donde estaba enterrado el fundador de la mezquita de Riada. La multitud, engalanada con sus mejores *kanzus*, se agolpaba ante las tumbas, y se veían muchos cheij importantes; algunos procedentes del Yemen, con turbantes de colores y capas de seda ribeteada en oro sobre las túnicas. Tras unos rezos, arrancó la romería a lo largo de toda la

cornisa de Lamu, entre cantos y vítores. Las mujeres y los curiosos observaban el desfile incesante y cada grupo de un pueblo o isla entonaba sus propias canciones, acompañándose de flautas y tambores. A veces interrumpían la marcha para bailar y realizar incluso alguna acrobacia para regocijo de los asistentes.

Me sentí débil, el malestar de la noche anterior me había regresado con fuerza. De pronto, bajo aquel calor húmedo, todo comenzó a dar vueltas y tuve que sentarme. Abdeluahid me trajo agua y me acompañó a casa. Yo no sabía qué era lo que tenía, pero recordé que los *muzungus*, cuando sentían aquel dolor en todas las articulaciones, sin averiguar si se trataba o no de malaria, engullían de golpe tres o cuatro tabletas de Lariam. Así lo hice. Al día siguiente, me encontraba mejor, aunque cansado.

–Te vas a perder las regatas de dhows, las carreras de asnos. ¿Estás seguro de no querer salir? –me decía Abdeluahid.

–Mañana estaré bien del todo. Hoy prefiero quedarme en cama para viajar de madrugada a Pate con Cheij Nabhany.

Desperté con el alba. Cheij Nabhany ya había llegado y estaba rezando con Abdeluahid en la sala de la entrada, mientras yo saboreaba el primer café del día. Abdeluahid se quedaba en Lamu.

–No, otro viaje a Pate no lo resistiría mi estómago, en serio –confesó.

Lloviznaba. Por las callejuelas, unos arrieros tiraban de asnos con alforjas cargadas de arena y piedras de madrépora para la construcción. Una de las bestias se cruzó en el camino y la emprendió a coces contra una puerta.

–Vayamos por esta otra calle –dijo el cheij.

Se oía el Corán a través de las ventanas y Lamu despertaba, envuelto en olor a café árabe y en una espesa cortina de lluvia. Cuando llegamos al malecón el chubasco cesó. La marea aún estaba alta y los gastados escalones cubiertos de moluscos habían desaparecido tragados por el agua. Nos dirigimos al Yamila, un dhow de unos quince metros, muy bello, con unos medallones en la proa que reproducían el creciente lunar y la estrella de cinco puntas que servían de protección contra el mal de ojo. En la cubierta nos esperaba Cherifu, un sesentón corpulento, con un rostro alargado muy atractivo, estilizado por una larga barba canosa. Era muy árabe y africano a la vez, una especie de Otelo de mirada noble. Con él estaba su grumete, Abu Jana.

–*Karibuni* –nos dio la bienvenida ayudándonos con la mano a subir a cubierta–. Os habéis retrasado y debemos partir de inmediato si no queremos quedarnos atascados en los manglares cuando baje la

marea –dijo, preocupado.

Se acercaron al pontón tres mujeres cubiertas con sus negros *buibuis*, acompañadas de un muchacho. Cherifu las invitó a subir, les tendió la mano y las acomodó en un costado.

–No le importa, ¿verdad? –me preguntó–. Aquí es costumbre, cuando alguien alquila un dhow a un sitio lejano, que ofrezca un lugar a otras personas.

–No, claro que no –dije.

Las mujeres parecían amables pero el muchacho, que tenía un bigotillo y al que se le rompía la voz, no. Ellas sólo mostraban sus bellos ojos; la que parecía más joven los tenía de almendra, reforzados con kohol. Llevaban muchas pulseras de oro y olían a perfume oriental.

Cuando hubieron cargado sus bultos y provisiones, Cherifu dio la orden de partir. Abu Jana izó la vela y zarpamos. Envueltos en una densa neblina, nos fuimos adentrando en el mundo del manglar, aquellos árboles extraordinarios, que crecían en el mar hundiendo sus retorcidas raíces negras en el lodo. El murmullo de nuestro deslizar se veía interrumpido de vez en cuando por el chillido de alguna ave o el chapoteo de los peces. En el canal principal desembocaban otros secundarios. Aquí y allá destacaba sobre algún árbol la silueta blanca de las garzas de cuello sinuoso y pico alargado, que acechaban inmóviles a las presas. También había martines pescadores que permanecían quietos en el aire, batiendo sus alas a tal velocidad que desaparecían como las aspas de los ventiladores, para caer en picado sobre los peces. Aquel mundo era el reino del dugongo, un mamífero acuático parecido al manatí, que dio pie a la leyenda de las sirenas y que casi se había extinguido.

El sol se abrió paso tímidamente entre las nubes y desgarró la neblina que flotaba como humo escurridizo sobre la superficie del agua, que apareció tan calma que parecía la réplica del cielo. Las tortugas alargaban sus cuellos para respirar. Abu Jana oteaba desde proa.

–Vamos a ver qué pescamos –sonrió.

El grumete preparó los aparejos y clavó en el anzuelo trozos de calamar. De vez en cuando adelantábamos a grandes dhows cargados de pasajeros que batían palmas y cantaban, y nos saludábamos.

–Regresan a Pate, a Fauza, a Siw... –decía Cheij Nabhany– con regalos y compras. En sus pueblos sólo se encuentra lo más básico.

El canal era ahora muy estrecho.

–Éste es el lugar –dijo Cherifu– por donde cruzan los elefantes para dirigirse a las *shambas* de Manda que están cerca de las ruinas de Takwa.

–¿Nadan? –pregunté asombrado.

–¡Claro! –contestó–. Algunos años, los leones también cruzan este canal a nado.

De modo que lo que contaba Carla en su e-mail era rigurosamente cierto. Yo lo había tomado por una licencia poética de mi amiga para acabar de convencerme y que me decidiera a visitar el archipiélago de Lamu.

De repente se armó un alboroto, acababa de picar un pez y bien grande, a juzgar por los esfuerzos de Abu Jana, que soltaba el hilo de nylon y lo recogía, repitiendo la operación varias veces hasta que surgió del agua un gran pez brillante y alargado que luchaba en vano por soltarse.

–*King fish! King fish!* –gritaba Abu Jana de contento.

Un pequeño esfuerzo más y alzaba por la borda aquel magnífico ejemplar de carite estriado.

–Es el pescado de carne más apreciada por los *muzungus* –dijo Abu Jana–. ¿Sabes lo que piden por un pedacito así –señaló con las manos su dedo índice– en el hotel Pepone?

Poco a poco aquella espesura verde comenzó a ensancharse y en la orilla izquierda el manglar dio paso a rocas de madrépora grisácea. Más tarde el terreno se elevó varios metros sobre el canal, formando cavernas que la maleza no lograba del todo ocultar. Nos cruzamos con unos dhows que transportaban piedra muy blanca cortada en cuadrados perfectos. Iban tan cargados que la cubierta estaba prácticamente a ras de agua.

Advertimos una humareda y varias chozas de estilo africano. Varios hombres casi desnudos, que cargaban sacas de piedra cortada sobre la cabeza, descendían por la pasarela que conducía al canal, donde les esperaban varios dhows. El modo de trabajo no parecía haber cambiado desde la época colonial.

–Allá arriba hay una cantera de piedra de coral –dijo Abu Jana–. ¿Le gustaría visitarla?

Cherifu nos miró y asintió:

–Ya da igual, de todos modos no podremos entrar en Pate hasta la próxima marea...

En una pequeña explanada que dominaba el canal, se encontraban las chozas de los inmigrantes del interior de Kenia, los *up country*, como les llamaban. Atravesamos el poblado ante la más absoluta indiferencia: algunos dormitaban sobre unas esteras, unas mujeres se nos quedaron mirando sin expresión. Marchamos entre plantas espinosas, acacias y matorrales recubiertos a veces por euforbias trepadoras, como las que había visto en el Zufar, abundaban los pájaros de colores vistosos. Un enorme lagarto verde y marrón se

quedó medio paralizado, con sus andares antediluvianos, en medio del camino rojo. Me enseñó su gran lengua bífida y desapareció.

–*Monitor lizard!* (‘¡Lagarto monitor!’) –exclamó Hisham, el jovenzuelo del bigotillo.

–¿Son peligrosos? –pregunté, pensando que con aquella boca podían arrancar una mano fácilmente.

–Oh, no son venenosos –dijo Abu Jana– pero son malísimos, porque a veces, cuando uno duerme, se acercan y con esa larga lengua bífida te tapan los agujeros de la nariz hasta que te ahogas.

–¡Supersticiones! –exclamó Hisham.

Abu Jana hizo como si no oyera. Caminamos hasta llegar a una cantera de madrépora fosilizada, que era cortada en rectángulos con unas herramientas primitivas. Dos picapedreros bañados en sudor trabajaban bajo un sol abrasador en aquella humedad terrible. Les ofrecimos unas frutas y uno de ellos, Daniel, que era cristiano, nos contó que en el interior de Kenia las cosas no iban bien, por lo que se habían visto obligados a emigrar.

Ya de vuelta en el poblado, divisamos, desde lo alto de la pasarela a Cherifu, que estudiaba el horizonte desde el dhow. Las mujeres dormitaban en cubierta. Hisham corrió hacia el cheij, que hacía sus abluciones, para rezar con él. Abu Jana me retuvo del brazo y aprovechó para hacerme unas confidencias:

–Cherifu estuvo casado con una americana. Vivieron varios años juntos y tenían un huerto. Un día se acabó. La *muzunga* recogió sus cosas, sus hijos y se volvió a Nueva York. Cherifu se olvidó de la hierba y de Bob Marley, se dejó la barba y se volvió un hombre de religión. Ahora está casado con una chica de Mombasa, tienen tres niños y es feliz.

Cuando subimos a bordo, las mujeres se incorporaron. Ya no se ocultaban el rostro. Una de ellas me preguntó si tenía cámara y pidió que le hiciera una fotografía. Las dos mayores parecían custodiar a la más joven, una tímida belleza de grandes ojos y labios carnosos.

–¿Te gustaría casarte con nuestra hermana? –rieron–. No nos gusta vivir en Pate. Ahí no hay nada.

La joven belleza ocultó su rostro y la emprendió a golpes con sus hermanas que no paraban de burlarse.

Abu Jana me iba traduciendo del suajili.

–Dicen que en Lamu son felices, con todas esas tiendas de telas, las joyerías y la vida moderna. Les gustaría que al menos la pequeña se casara en Lamu, y así podrían visitar la población de vez en cuando.

–¿Eres musulmán? –preguntó la más lanzada.

–Puedes convertirte –añadió Abu Jana–. Así, ningún familiar podrá objetar nada.

–Sí, sí, hazlo –propuso la mujer–. Un *muzungu* de tu país se ha casado con una chica de Lamu y está montando un negocio para los turistas.

En aquel momento apareció Hisham y todos cambiaron súbitamente el tema de conversación y la belleza simuló estar durmiendo. Abu Jana se incorporó para ayudar a Cheij Nabhany.

Cherifu nos ofreció una infusión de jengibre.

–Beban todos –ordenó–. Es bueno para los mareos y el frío. Vamos a salir a mar abierto y estamos en la época del monzón. Saltaremos.

En el mar, aquel dhow se movía como una peonza a merced de los vientos, cuando comenzó a llover de veras. Cherifu tendió un plástico que agarramos entre todos y así cobijados permanecimos casi dos horas respirando olor a la grasa de tiburón con que calafateaban el barco mezclado con los penetrantes perfumes de las mujeres. De vez en cuando asomábamos la cabeza para ver aquellas olas grises rizadas por el viento, y el rostro impasible de Cherifu, recibiendo el agua de la lluvia y del mar, que pilotaba el dhow como el marino avezado que era.

Los saltos se fueron espaciando y entramos en una zona resguardada. Apenas llovía ya, pero Cherifu esperó unos minutos antes de retirar los plásticos. Una de las mujeres comenzó a vomitar y el capitán ordenó a Abu Jana que calentara jengibre.

–¡Ésta es la isla de Pate! –exclamó.

–¿Hemos llegado? –pregunté.

Nabhany se incorporó, tenía aspecto de mareado, pero me dijo:

–¡No, amigo! La ciudad de Pate está al fondo de un canal que con el tiempo se ha llenado de arena y barro. La marea está bajando, así que tendremos que esperar. ¿Verdad que sí, Cherifu?

El capitán asintió.

Penetramos en un canal que se hizo tan angosto que en ocasiones casi se tocaban los manglares de las dos orillas. Cherifu ordenó a Abu Jana que levantara la quilla. La marea estaba bajando y desvelaba una maraña de raíces en el barro negro. De las semillas que pendían de los árboles, grandes como un huevo de gallina y lustrosas como la caoba pulida, brotaba una única raíz alargada con la punta afilada que, al madurarse y desprenderse, se clavaba en el lodo como una daga arrojada por un lanzador de puñales. Y así, el manglar se iba extendiendo, dando refugio a crustáceos, aves y peces, y protegiendo a la costa de los embates del océano.

Ni una gota de viento llegaba ahora al canal. Abu Jana y Cherifu

tomaron unas pértigas y nos deslizamos suavemente por aquel mundo primigenio. El grumete silbaba «Mapenzi», aquella canción suajili que yo mismo comenzaba a tararear. Agazapados entre el barro podían verse grandes cangrejos negros y de vez en cuando una bandada de peces centelleantes saltaba fuera del agua huyendo de algún depredador. De pronto el dhow encalló bruscamente y las mujeres chillaron.

Cherifu y Abu Jana anudaron las puntas de sus *kikois* a la cintura y saltaron por la borda. Empujaron el velero hasta que llegamos a aguas más profundas, donde remaron un buen trecho. Pero habíamos perdido la batalla de la marea y pronto el dhow quedó varado de nuevo.

–Habrá que esperar algunas horas –dijo un sonriente Cherifu.

Abu Jana no perdía el tiempo. Descamó aquel espléndido carite y lo desventró, tirando las entrañas por la borda; una multitud de pececillos acudió presta a aquel festín inesperado. Luego lo lavó con agua del mar y se dispuso a freírlo en el hornillo, con fuertes especias, mientras, el joven barbilampiño se sentaba a horcajadas en proa, con un pequeño Corán, de espaldas a todos nosotros.

El carite estaba soberbio y el arroz, cocinado a la manera oriental, casi sin agua y con mucho cardamomo y clavo de olor, fue el mejor acompañamiento. Tras unas sabrosas naranjas de piel verde, Cherifu nos preparó café árabe.

Al poco rato, en el Yamila, todos dormitaban: las mujeres recostadas unas contra otras, Hisham en la proa con las piernas colgando y Abu Jana sujetando una de las cuerdas del mástil, con los músculos tensados; nunca había visto a nadie dormir en postura más incómoda. Cheij Nabhany tosía, se estiró en cubierta y Cherifu le cubrió con el plástico, antes de tenderse él mismo junto al timón.

Yo me recosté sobre una tabla y cerré los ojos. Me maravillaba que lugares tan remotos como aquél fueran los escogidos por los árabes del mar para fundar sus asentamientos. ¿Cómo se podía llegar a sospechar que aquellos canales fueran la entrada a un próspero sultanato que logró plantar cara a los mismos portugueses?

También Quiloa, la ciudad en ruinas que había querido visitar antes de ir a Lamu, era un lugar escondido. Allí, los dhows eran mucho más toscos, menos acabados y con las velas parduzcas, hechas de pedazos. A medida que nos íbamos aproximando, navegando por un amplio canal de manglares, se iba dibujando, cada vez más lúgubre, la imponente silueta de Gereza, el antiguo fuerte portugués restaurado por los omaníes.

La marea estaba baja cuando llegué a Quiloa. Unos pescadores

arrastraban un dhow sobre el lodo por el que corrían los cangrejos. Saltamos, y el fango me cubrió hasta las rodillas. Ibrahimu, mi guía, me condujo hasta la puerta de aquel siniestro castillo, tachonada de grandes clavos. Entre graznidos de cuervos, penetramos en el interior de aquella fortaleza de piedra ennegrecida de coral. En las siniestras cámaras de los esclavos, el techo había cedido y ahora crecían papayos cuyas semillas habrían transportado los pájaros.

En el exterior, el calor era húmedo y asfixiante y los mosquitos no daban tregua. Ascendimos a una pequeña meseta donde estuvo en otros tiempos la ciudad.

–Cuentan –dijo Ibrahimu– que Quiloa fue fundada por Alí bin Hasán, cuyo padre era un príncipe de Shiraz, que se había casado con una esclava etíope. Un día el príncipe tuvo un sueño: una gran rata, con dientes duros como el hierro, roía las murallas de aquella ciudad persa. Aquello no auguraba nada bueno y el *mualimu* de Shiraz le dijo que la rata vaticinaba ruina. De modo que el príncipe y sus siete hijos se embarcaron en siete navíos con destino a estas costas, y cada uno de ellos se estableció en un lugar diferente: Mombasa, Pemba... A Alí bin Hasán le tocó Quiloa. Cuando llegó a esta isla, hizo un trato con los nativos. Les daría todas las telas que transportaba en su gran dhow a cambio de todo el terreno que se pudiera cubrir con ellas. Así que trazó un círculo uniendo todos aquellos tejidos y se quedó con todo el perímetro que abarcaban.

Ibrahimu me mostró la gran mezquita del viernes. Quedaba en pie parte de la gran sala: un pequeño bosque de columnas de herradura, con un aire a la mezquita de Córdoba. No muy lejos, se alzaban los restos del palacio del sultán que había tenido setenta y siete habitaciones.

–Una para cada una de sus mujeres –me dijo Ibrahimu convencido, bajo un gran baobab.

Nos embarcamos de nuevo en el dhow para acercarnos a Husani Kuba, el palacio más antiguo de Quiloa. Cerca del embarcadero, los pescadores habían hecho cercados con palos y redes viejas para atrapar a los peces durante la marea baja. Nos abrimos paso entre los manglares procurando no lastimarnos con las raíces que, como afiladas estacas puntiagudas, afloraban a la superficie. A nuestro paso, huían unos pececillos de ojos saltones que preferían vivir fuera del agua. Llegamos a unos escalones de piedra coralina, muy gastados, que subían a una gran explanada. Desde un gran estanque ortogonal, se obtenía una sorprendente visión panorámica.

–Aquí se bañaba el sultán con sus concubinas –me explicó Ibrahimu con su peculiar visión de la historia.

Desde aquella atalaya, se dominaba un laberinto de canales y, al fondo, los arrecifes, que emergían con la marea baja en aquella eterna

calima del trópico y creaban la ilusión de islas o de tierra firme. Era difícil, por no decir imposible, averiguar cuál de aquellos brazos de agua aparentemente sin salida conducía a mar abierto o si las supuestas islas lo eran realmente. Los fundadores de Quiloa, fueran árabes o persas, habían escogido el emplazamiento idóneo para comerciar con las tribus del interior, sin ser atacados. Entramos en Husani Kuba. Del palacio apenas quedaban unos muros semiderruidos. Debió de ser inmenso; con sus más de cien habitaciones fue durante siglos el edificio más grande del África subsahariana. Recorrimos los almacenes donde se guardaron oro, marfil, pieles de animales salvajes, conchas de tortuga, cuentas de cristal, porcelana china, sedas indias, incienso y mirra de Arabia... Lo que quedaba de los aposentos privados, apenas unos trazos en una gran explanada, se veía custodiado por millares de hormigas furiosas que no dudaron en expulsarnos de inmediato con sus dolorosas mordeduras. Eran los centinelas que velaban para que aquel lugar encantado no fuera profanado.

Abrí los ojos. Estaba en el Yamila esperando que bajara la marea para continuar hacia Pate. Cherifu sacaba la cafetera del hornillo y me ofrecía una taza. Una bandada de cigüeñas negras sobrevolaba los manglares. El *najoda* se me quedó mirando.

–¿Cómo comenzó a navegar? –le pregunté.

Me sonrió con sus ojos acuosos.

–De pequeño –evocó Cherifu–, salía cada mañana con los pescadores y cuando volvíamos, me encargaba de limpiar el pescado y abrirlo en canal para secarlo al sol. Más tarde me llevaron de cocinero, en un gran dhow que iba a Mombasa. El primer día, cuando me pidieron que preparara té para la tripulación, no atiné a hacerlo porque estábamos en mar abierto bajo una gran tormenta. Era el *kusi*, el viento que sopla del sur y el agua entraba por todas partes. Nos refugiamos en una isla llamada Tenere, y de madrugada pudimos continuar hacia Mombasa, con nuestros quinientos sacos de azúcar. Luego me enrolé en otro dhow de carga llamado Itqbal. Conocí Zanzíbar, Somalia, Adén y Sur.

–¿Sur? Estuve hace poco allí –le dije.

–Es muy duro aquello. –Recorrió con la mirada el canal verde en el que estábamos varados–. Ya sabe: desierto y piedras. Pero no me sentía un extraño. Allí había gente que entendía el suajili, y muchas cosas eran parecidas a las de aquí. Más adelante, fui capitán del Shirqiya. Hasta que me propusieron ser contramaestre de un gran dhow, el Nassibu que viajaba a Somalia y a Arabia. Fue una época maravillosa. Navegamos a Maqalla y pude peregrinar a la tumba del

Cheij Sharma el gran jerife del Hadramaut. Rumbo a Sur nos detuvimos para pescar carites en un lugar donde hay una enorme roca que se elevaba como una mole hacia el cielo.

–¿Una roca donde anidan los pájaros? –pregunté.

–¡Sí! –exclamó–. Los somalíes se juegan la vida y escalan hasta la cima, donde recogen el guano de los cormoranes, que es muy caro.

–Conozco el lugar –le dije.

–¡No puede ser!

–Estuve con un viejo capitán que había sobrevivido a un naufragio –añadí, y le relaté mi viaje a Masirah.

Cherifu me sirvió otro café.

–Yo he tenido suerte, nunca llegué a naufragar –suspiró–, pero me faltó poco. Más de una vez pensé que nunca volvería a casa. Recuerdo un viaje en el que venía el hijo del *najoda*. Yo le dije al capitán que esperáramos unos días, pues había aparecido una estrella roja en el cielo que auguraba el desastre. Pero aquel hombre se negó y nada más salir de Lamu nos vimos envueltos en una espantosa tormenta. Las olas eran monstruosas y llovía como pocas veces he visto. Todos gritábamos: «Alá u Akbar», implorando la misericordia de Dios. Estábamos calados hasta los huesos y el *najoda* amonestaba a su hijo:

»–Te dije que te quedaras en casa pero no me escuchaste; ahora se te tragará el océano con todos nosotros. ¿Quién cuidará de tu madre?

»A la deriva y sin provisiones, durante seis días no comimos nada. Teníamos un piloto del Golfo, que se llamaba Mamuni Simba y que nos aconsejó que arriáramos las velas pequeñas e izáramos la más grande. Estábamos cerca de Somalia y enfilamos hacia un puerto que se llama Hafuni. La situación era desesperada y nos quedaba tan poca agua potable que dimos órdenes a los hombres de que la mezclaran con agua de mar. En el canal de Shim, vimos cómo el océano se tragaba un gran dhow. El capitán se enfrentó entonces conmigo y me acusó injustamente del desastre que se avecinaba:

»–Nos advirtieron que no saliéramos al mar aquel día. Pero tú te empeñaste, diciendo que eran supersticiones y mira lo que ahora nos está pasando.

»¡No daba crédito a mis oídos! Pero... ¡si había sido precisamente él quien había ordenado levar anclas aquel maldito día! La situación era trágica. El viento cambiaba constantemente de dirección. Para colmo se desgarraba la vela y comenzó a granizar. Entonces, me subí al mástil, para tratar de recuperarla. Estuve a punto de caer, pero creo que aquella injusticia me dio fuerzas y valor para demostrarle al capitán lo mezquino que había sido conmigo. Luego la tempestad amainó y regresamos a puerto. El capitán, que había visto tan cerca su final, no quiso seguir desafiando al destino, vendió su dhow y se fue a Mombasa. Yo regresé a Lamu y me casé con una americana –sus ojos

se quedaron perdidos unos segundos–, pero no funcionó. Unos años más tarde, cuando el capitán cayó gravemente enfermo, envió a que me buscaran. Quiso morir en paz; reconoció lo injusto que había sido conmigo y me dejó un saquito con dólares de plata de María Teresa de Austria. Yo le cerré los párpados. De regreso a Lamu, compré el Yamila, con el que –acarició con una de sus grandes manos la gastada madera de la cubierta–, me dedico a viajar por las islas.

La conversación había despertado recuerdos sin duda. Quedó pensativo. No quise romper ese momento. Las cigüeñas negras regresaron y volaban tan bajo que rozaron casi el mástil, podíamos oír el batir de sus alas; luego se elevaron hacia las nubes y desaparecieron en la clásica formación en uve. No se oía nada, apenas el zumbido de los insectos, y volvimos a quedarnos dormidos.

Me despertó el murmullo del agua y noté cómo el dhow comenzaba a ladearse.

–¡La marea! –gritó Abu Jana.

Poco a poco, a pequeñas oleadas, el mar iba entrando en el canal, se deslizaba entre las raíces de los manglares y arremetía contra los conos de bolitas de barro, llevándose por delante aquella arquitectura efímera de los cangrejos. Con la ayuda de las pértigas penetramos ría adentro un buen trecho hasta que el dhow quedó definitivamente encallado en el lodo.

–Para, Abu Jana, ya no podemos avanzar más –gritó Cherifu–. Desde aquí tendrán que caminar hasta Pate. Nosotros pasaremos la noche aquí. Mañana con la marea alta les iremos a recoger al canal de Siw.

Las mujeres se tiraron al agua, pero se hundían en el barro y chillaban. Cherifu y Abu Jana se turnaron para desembarcarlas, cargándolas en sus brazos. Anduvimos por el centro del canal, con el agua por la cintura y los bultos sobre la cabeza. Procurando no resbalar, mientras nuestros pies se hundían en aquella lengua fangosa y maloliente que se adentraba en el interior de la isla, llegamos al antiguo puerto natural, que el sedimento había cegado. Caminamos por un laberinto de callejuelas de piedra de coral, altas y estrechas, rodeados por los mosquitos de Pate, famosos en toda la costa, bajo un calor insoportable. Al igual que me sucediera en las ruinas de Gede, tuve la sensación de penetrar en un mundo perdido.

–Éste es el barrio de Kikocho –me dijo Hisham, bajando la voz–. Aquí todos son negros, descendientes de esclavos. Nosotros vivimos en Mitayuni, el barrio de la colina.

Quedé sorprendido: aquel sultanato legendario ahora no era más que un triste poblado. Nos cruzamos con un hombre con un *kikoi*

anudado a la cintura, cuyo pecho presentaba una gran escarificación. El sudor resbalaba por su cuerpo y su rostro.

–Le aplicaron un hierro candente para curarle –dijo Cheij Nabhany.

La gente no parecía prestarnos atención, como si nos hubiéramos vuelto invisibles. Una joven hacía una especie de puré de ñame, otra pilaba grano en un mortero de madera, una tercera rallaba coco para añadir al arroz. Paramos en la única tiendecilla del pueblo, atendida por un niño. Las tres hermanas se despidieron muy formalmente ante la mirada vigilante de Hisham, agradeciéndome que les hubiera permitido viajar en el dhow. En el interior de la tienda dormitaba un gran gato junto a unas toscas vitrinas de madera que guardaban unas bananas pequeñas, unas samosas y pescado seco. El calor era atroz. Cheij Nabhany pidió agua y antes de beber me tendió el vaso metálico para que fuera yo el primero.

Permanecimos sudando en la penumbra. Me abanicaba con un espantamoscas que cogí de una silla cuando reapareció el niño, precedido de un hombre que parecía transportado de algún puerto del Yemen. Cheij Nabhany lo abrazó y se saludaron ceremoniosamente durante un buen rato. Aquel hombre nos obsequió con algunos plátanos y preparó un fortísimo café árabe.

–Mabruk –me dijo Cheij Nabhany secándose la frente– procede de una familia del Hadramaut.

–Sí –confirmó aquel hombre–. Mis antepasados vienen del Yemen, y estuve allí trabajando de chófer para una compañía de ingenieros. Fue emocionante conocer lugares de los que había oído hablar a mis abuelos: los puertos de Maqalla y Adén, las ciudades del Hadramaut, con sus rascacielos de adobe, las tumbas de los cheijs que aquí aún veneramos... Pero luego, cuando fui a Arabia Saudí, todo resultó muy distinto. Una mañana, en La Meca, uno de aquellos saudíes me preguntó si yo era yemení, y le respondí que, aunque mis tatarabuelos procedían del Hadramaut, yo venía de Kenia. Entonces se giró, dejándome con la palabra en la boca en señal de desprecio, porque a sus ojos yo no era un árabe de verdad.

Me ofreció más café, que rechacé agitando la tacita. Mabruk sonrió.

–Luego regresé –aplastó un mosquito en la pierna– y ya no he vuelto a salir de la isla, ni siquiera a Lamu.

Volvimos a aquellas callejuelas, acompañados de Mabruk. Yo tenía la camisa empapada, no comprendía cómo en aquel calor las altas casas podían estar tan apiñadas. Aunque no veíamos a nadie, nos sabíamos observados tras puertas y ventanas. Un niño vino a reclamarnos, y nos llevó a la casa de una anciana negra como el carbón, que vestía de un rojo intenso y recitaba el Corán. Nos

sentamos, y estuvo hablando unos minutos con el cheij. Trajeron una plumilla con un mango de bambú y tinta amarilla. Cheij Nabhany escribió unas frases en árabe. Comprendí: se trataba de un *combé*, y aquel color amarillento era azafrán. En el momento preciso, la anciana colocaría el papel en agua de rosas y lo daría a beber a algún enfermo.

Al salir Cheij Nabhany me dijo que las mujeres en Pate gozaban de gran consideración. Algunas llegaron incluso a gobernar.

–Es la patria de Muana Kupona, recuerde –dijo.

Nos instalamos en casa de Mabruk, decorada con bellos muebles antiguos. En los últimos años, los europeos de Lamu habían hecho incursiones a Pate para comprar todas aquellas antigüedades a precios de saldo, muchas de las cuales habían ido a parar a anticuarios de Europa o Estados Unidos. Apenas era ya posible encontrar algo que valiera la pena. Aquellos sencillos habitantes de Pate, denunciaba el *East African*, se estaban vendiendo el patrimonio histórico, lo poco que les quedaba de su época de grandeza tal vez, pero Mabruk no vendía.

Nuestros anfitriones nos sirvieron un curry de pescado mientras en el patio una mujer hacía repetir unas suras a un pequeño grupo de niños y niñas, que lo leían en sus pizarritas. Tras la cena, acudieron parientes y visitantes para hablar con Cheij Nabhany y recabar su consejo.

Al día siguiente, emprendimos el camino de las ruinas, por entre cocoteros, bananos, plantaciones de tabaco y emparrados de betel. Nos cruzábamos con mujeres de piel muy oscura, que portaban vasijas de agua en la cabeza. No nos miraban.

A pesar de ser una hora muy temprana, sudábamos cuando llegamos a las ruinas tan invadidas por la maleza y las zarzas que apenas se distinguían los muros de los palacios y mezquitas.

–Los arqueólogos sólo encontraron ocho puertas –dijo Cheij Nabhany– pero yo sabía que las ciudades suajilis siempre tuvieron nueve, de modo que buscamos la que faltaba y la acabamos por encontrar. Pate estaba muy fortificada para defenderse de los enemigos, porque las disputas eran constantes.

Penetramos en el interior de la gran mezquita, con precaución, porque aquello debía ser dominio de serpientes y arañas. Quedé asombrado: tenía dos *mihrabs*, el nicho orientado a La Meca frente al cual el imán conduce la plegaria del viernes, cada uno enfocado en distinta dirección.

–¡Se equivocaron y decidieron conservar los dos! –dijo Cheij Nabhany.

–¿Cómo conocían en aquella época la orientación exacta de La Meca?

El cheij se giró.

–¿Ve? –dijo–. Coloco mi oreja derecha orientada hacia donde sale el sol y la izquierda hacia la puesta y la dirección es la de mis ojos.

Nos sentamos en un banco de madera bajo un gran baniano.

–Cheij Nabhany –dije–, usted viene de los Nabhan, la dinastía que reinó durante siglos en Omán y de la que una rama se estableció aquí mismo, en Pate. ¿Por qué no me habla de sus ancestros?

Cheij Nabhany suspiró y comenzó su relato:

–Aunque hoy nadie lo diría –llevó su mirada en derredor contemplando aquellas ruinas melancólicas–, Pate fue un sultanato próspero e importante, que comerciaba con lugares muy lejanos. En el siglo XII, llegaron aquí mis antepasados huyendo de un período de malestar y luchas intestinas en Omán. Pate la gobernaba por entonces el sultán Isaac el Bedaoui. Los Nabhan fueron tan bien recibidos que el propio sultán ofreció a su hija favorita en matrimonio a Suleimán Nabhany, el líder del clan. Tuvieron una luna de miel de siete días, tras la cual, como estaba estipulado, fueron a visitar al sultán para hacerle varios regalos. Suleimán Nabhany, como era costumbre, le ofreció un sable, un turbante y una daga. Entonces el sultán se levantó, se acercó a su yerno y le hizo sentar en su propio trono. Suleimán hizo ademán de levantarse pero el monarca le dijo:

»–A partir de hoy gobernarás Pate. Serás el nuevo sultán. ¡Éste es mi regalo de boda!

Quedé maravillado. ¿Ocurrió realmente así? Tal vez la verdad fuera que el sultán, ante la superioridad militar de los recién llegados, viera inútil la confrontación y, para evitar un derramamiento de sangre, le ofreciera a su propia hija... Cheij Nabhany sonreía.

–La dinastía de los Nabhany contó con treinta y cinco sultanes –prosiguió–. Entre ellos había una mujer llamada Hadija Nabhany, que fue una sultana extremadamente cruel. Tenía dos hermanos; uno de ellos quiso arrebatarle el poder y urdió una conspiración contra ella. Pero Hadija, que era muy lista y contaba con espías, no se dejó sorprender y mandó capturar a sus dos hermanos, colgarlos del techo cabeza abajo y cortarles la cabeza. Cuando la sangre comenzaba a chorrear desde el *makuti*, hizo venir a los notables a su palacio, y a partir de entonces ya nadie osó levantar un dedo contra ella. Nuestra dinastía duró hasta el siglo XVIII. Luego el sultanato de Pate fue derrotado por Lamu y entró en una decadencia de la que ya no despertaría.

–¿Pate y Lamu fueron siempre rivales? –pregunté.

–¡Uy, no sólo luchábamos entre nosotros! También contra Manda, Takwa o Mombasa. Ése fue el drama y nuestro punto débil, que aprovecharon los enemigos. Cada ciudad tenía su sultán menos Lamu, donde fue sustituido por un presidente que se elegía entre los notables

cada cinco años. Pate siempre quiso conquistar Lamu, pero nunca lo consiguió, sólo estuvo a punto de hacerlo una vez.

–¿Qué ocurrió? –pregunté.

–Cada cosa a su tiempo, amigo –sonrió Cheij Nabhany–. Se lo contaré de regreso a Lamu.

Atravesamos la isla en dirección a Siw por entre matojos y campos de cultivo. La humedad era grande y el sudor nos empapaba la ropa. Al cabo de un par de horas, en medio de la nada se erguía ante nosotros un fortín omaní, junto a una ría cubierta de lodo. Una vez más me asombraba la localización de los asentamientos. Aquel lugar parecía embrujado y los silenciosos habitantes apenas levantaban la vista cuando pasábamos. Caminamos por plantaciones de cocoteros por entre viejas lápidas hasta llegar a los manglares, que nos condujeron hasta un pequeño embarcadero en el canal. Allí estaba Cherifu, sonriente, mientras Abu Jana remendaba una vela. Bebimos el café que nos ofrecieron y zarpamos para el norte, hacia la isla de Kiwayu, muy cerca ya de Somalia. Pasamos unos días deliciosos pescando y visitando las islas y sus curiosos moradores. Una mañana, mientras buceaba, advertí, al salir a respirar, que me estaba siguiendo desde las ramas del manglar una familia de monos grises con la cara negra. Cuando regresé al Yamila, Cherifu dijo que no era prudente continuar. Estábamos ya muy cerca de Somalia, aquel país en el que reinaba el caos, y en aquellas aguas eran frecuentes los ataques de piratas y bandidos.

–Hacia allí –señaló Cheij Nabhany hacia el norte– se encuentran las tres islas de Shungaya. La más lejana estaba poblada por tribus galla y oromo, la del medio por los mijikenda, que antes les llamaban uañika, y la más cercana, por los bajuni. Los galla eran nómadas y cazadores. Eran muy fuertes y orgullosos, y acosaban continuamente a las otras tribus, que tenían avasalladas. Habían establecido incluso el derecho de pernada, algo que los bajuni soportaban a duras penas, ya que eran musulmanes y eso ofendía a Dios. Un día, un valiente bajuni, cuya hermana iba a esposarse, decidió acabar con aquella infamia para siempre, así que ideó una treta, sabiendo que los prepotentes oromo acudirían desarmados confiando en el respeto que infundía su mera presencia, y dijo a sus hombres de confianza:

»–Haremos una gran fiesta a la que invitaremos a los iracundos galla y también a los uañika, y bailaremos *la goma la hasua, goma la kuka,* esa danza del sable que se hace en el centro de un corro. Cuando la fiesta esté en lo más alto, yo aprovecharé para escabullirme, me vestiré con las ropas de mi hermana, y suplantaré a la novia. En mi pecho esconderé la yambía más afilada y, cuando el príncipe me

abrace, se la clavaré en el corazón. Lo descuartizaré, y cuando esté hecho pedazos, soplaré una trompetilla.

»Hicieron entonces sonar el gran tambor que anunciaba los esponsales y cuyo eco se oía incluso en la isla de los uañikas, quienes a su vez redoblaron el suyo para avisar a los galla. Los enemigos también acudieron a la boda. En el centro, los muchachos bailaban con los sables cuando de pronto sonó la señal y los bajuni los pasaron sin contemplaciones por las armas con las que habían estado danzando. Los uañika, que estaban sobre aviso, se sumaron también a aquella venganza esperada durante años. Cuando acabó la masacre, el más anciano de la tribu dijo:

»–Tenemos que abandonar este lugar porque cuando les llegue la noticia, la venganza de los oromo será terrible.

»Entonces los bajuni cargaron todo lo que pudieron en sus dhows y huyeron hacia el sur, a Pate, Kisinguitini, Fasa... En cuanto a los uañika, también escaparon, pero cuando alcanzaron el río Tana se encontraron con grupos de la tribu galla que les cerraban el paso. Les vencieron, pero como contaban con muchas mujeres embarazadas, decidieron permanecer en el río hasta que dieran a luz. Muchos uañika se fueron a Kiu, algunos se quedaron cerca de Malindi y otros se establecieron al sur de la isla de Mombasa. Todo eso sucedió hace por los menos quinientos años.

Desde aquellas islas remotas, emprendimos el viaje de regreso a Lamu. A veces divisábamos un águila pescadora que acechaba desde la copa de un manglar, mientras los cormoranes volaban en formación a ras de agua. De tarde en tarde nos cruzábamos con algún dhow de pesca. La temporada de lluvias estaba llegando a su fin y las descargas eran cada vez más dispersas. La temperatura, por primera vez en meses, era agradable.

Nos acercábamos a Lamu y comenzaba a dibujarse su perfil blanco, coronado por los *makutis*, cuando le recordé a Cheij Nabhany su promesa de explicarme que fue lo que ocurrió entre el sultanato de Pate y Lamu.

Mi amigo sonrió y por señas me indicó que me sentara a su lado, mientras Cherifu ordenaba a su grumete que preparara café.

–Aquellos tiempos, hablo de hace un par de siglos, eran muy movidos y Lamu tenía un presidente llamado Bwana Zahid Ngumi, que no se sentía seguro y quiso construir una fortaleza de estilo omaní para defender a la ciudad en caso de ataque. Como en Lamu no había nadie con los conocimientos necesarios para construir un edificio tan grande, envió una carta a un arquitecto de Mombasa, donde gobernaban, como ya le dije, los Mazrui, aquella dinastía de origen omaní, fiel a los monarcas Yaruba que se negó a reconocer a los Bu Said, los nuevos sultanes de Mascate. Los Mazrui aceptaron la

invitación de Bwana Zahid Ngumi, pero con segundas intenciones, pues como habían hecho un pacto secreto con el sultán de Pate para invadir Lamu, pensaron que se les presentaba la ocasión ideal de recabar información sobre las defensas de la ciudad. De modo que les enviaron al *liwali* Abdalah Bin Hamid.

Cherifu, que había seguido con atención las palabras del cheij, ordenó a Abu Jana que se hiciera cargo del timón y vino a nuestro lado. Cogió la cafetera y llenó nuestras tazas con un fortísimo café árabe perfumado con cardamomo.

Frente a nosotros desfilaba ahora la cornisa de Lamu, con sus galerías porticadas. Tras la celebración del *maulidi* se veía todo muy tranquilo, la ciudad debía haber recuperado su ritmo somnoliento. Cheij Nabhany pidió a Cherifu que, en vez de dirigirnos a puerto, navegáramos hacia el pueblecito de Shela.

–¡Aún no vamos a desembarcar! –gritó Cherifu a su grumete, que ya se disponía a girar la vela y cambiar el rumbo del Yamila–. ¡Enfila las dunas!

–Aquel espía –prosiguió Cheij Nabhany– ancló su velero delante de las aduanas, donde fue recibido por el presidente y sus ministros, pero no aceptó ninguna de sus invitaciones. Dormía y comía en cubierta y sólo descendía de su barco para discutir la construcción del fortín, incluso el agua que bebía la trajo en toneles desde Mombasa. El presidente de Lamu, Bwana Zahid Ngumi, que era listo como un zorro, no tardó en sospechar: «¡Qué raro! –se decía a sí mismo–. Según nuestras costumbres, quien rechaza la hospitalidad de su anfitrión es que planea algo malo contra él. ¿No será que se ha establecido una alianza secreta entre Pate y los Mazrui de Mombasa para conquistar nuestra próspera ciudad?». Aquella noche no logró conciliar el sueño y, tras la oración del alba, hizo llamar a uno de sus ministros, a quien le confesó:

»–Ese *liwali* lleva segundas intenciones. Debemos actuar con cautela. He ideado una estratagema: uno de nuestros marinos de confianza se vestirá a la manera de Pate, se acercará a su velero y le entregará una carta falsa firmada por el sultán de Pate.

»Esperaron unos días a que la luna desapareciera del cielo y, aprovechando la noche oscura, el marino se acercó en una barca al dhow del *liwali*. Un miembro de su tripulación, que advirtió el chapoteo de los remos, gritó:

»–¡Identificaos!

»–¡Silencio, por Dios! –exigió el enviado–. ¡No se os ocurra encender ninguna antorcha! Soy el mensajero del sultán de Pate y os traigo una misiva que debéis contestar inmediatamente pues mi señor está impaciente y no admite demora alguna.

»El *liwali* leyó la carta apócrifa, que mostraba inquietud por la

falta de noticias y donde se le informaba que los soldados y veleros de Pate estaban prestos para el ataque y que aguardaban con impaciencia las instrucciones de los Mazrui. El espía cayó en la trampa y suplicó al sultán por carta que fuera paciente, que había que esperar el momento propicio y que de nada serviría precipitarse. A continuación la firmó y se la entregó al presunto enviado del sultán de Pate, que se presentó de inmediato ante Bwana Zahid Ngumi, quien abrió la carta y soltó una gran carcajada:

»–¡Ya está! Han sido víctimas de sus propias maquinaciones. Les hemos descubierto.

»Al día siguiente, el presidente y sus ministros se reunieron con el *liwali* para discutir los planos y pormenores de la construcción del fortín. Estaban sentados en círculo y, como de costumbre, el *liwali* a la derecha del presidente. Éste entregó la carta al primer ministro, que estaba a su izquierda ordenando que la leyera para sí en silencio y que, sin hacer comentario alguno, se la pasara al siguiente. A medida que los ministros iban leyendo la carta, iban clavando sus ojos en el *liwali*, que no entendía nada. Cuando le llegó por fin su turno y le pasaron la carta, comprobó su propia firma y su faz se tornó lívida y comenzó a temblar. Bwana Zahid Ngumi se levantó y, furioso, exclamó arrancándole la carta de las manos:

»–¡Miserable! ¡Conque ésa era la razón por la que rechazabais, día tras día, nuestra hospitalidad! Lo siento mucho, pero no podéis permanecer en esta ciudad ni un solo minuto más.

»Lo escoltaron hasta su velero y le siguieron por el canal hasta mar abierto para ver si volvía a Mombasa o giraba y ponía rumbo hacia el sultanato de Pate, cosa que hizo. El presidente lo comprendió y se preparó para la guerra. Pero antes debía llegar a un acuerdo con el líder de la oposición, cosa que consiguió por medio de largos poemas que se enviaron mutuamente.

Cheij Nabhany interrumpió su relato para hacer un inciso:

–A estas alturas, ya debe saber, amigo, que nosotros adoramos la poesía, que está presente en nuestra vida cotidiana, tanto que incluso las amenazas a los enemigos las escribíamos en verso.

Cherifu volvió a llenar nuestras tazas.

–Y no tardaron en tener noticias del enemigo –prosiguió Cheij Nabhany–. El sultán de Pate envió un largo poema en el que anunciaba su ataque cuando llegara el momento preciso. Lamu replicó con otro poema en el que le recriminaba hablar mucho y actuar poco. En ese momento se produjo una escisión en la familia de los Nabhany, la dinastía reinante en Pate. Las disputas entre nosotros eran cada vez mayores y mi tatarabuelo decidió que la mejor solución era que una parte de la familia se estableciera en otro lugar, y así lo hicieron. Vinieron a un rincón abandonado de esta isla de Lamu, llamado

Mitondoni donde mi tatarabuelo construyó una mezquita. Enterado el presidente, les exigió explicaciones y, cuando le dijeron por qué habían emigrado, él les permitió quedarse, siempre que lucharan a su lado en la guerra que se estaba fraguando. Mis antepasados pidieron unos días para pensárselo: «¿Vamos a luchar contra nuestros hermanos por más que no nos entendamos?».

»Acabaron por aceptar las condiciones del presidente y le enviaron un largo poema. Unieron sus hombres al ejército de Lamu, que había entrenado para la guerra a cuatrocientos esclavos que trabajaban en las plantaciones de coco. Todo estaba ya listo para el combate. Entonces, el presidente envió un último poema al sultán de Pate:

»–Si por fin os decidís a luchar, dejad dispuestos vuestros funerales y testamentos, que vuestras esposas e hijos tengan asegurada su herencia, pues estad convencidos de que no regresaréis jamás y vuestra carne será presa de buitres, alimañas y hormigas.

»Un día, aparecieron en el canal los barcos de Mombasa y Pate. El ataque parecía inminente. Entonces Cherif el Huseini, un cheij falaqui, que tenía grandes conocimientos de astronomía y astrología, ordenó:

»–Traedme una cabra sobre una gran bandeja de bronce, cargada por cuatro de nuestros hombres, y una daga muy afilada.

»Así se hizo y el cheij ordenó entonces que se adentraran en el mar hasta que les cubriera la cintura.

»–Que dos de los hombres sujeten la bandeja mientras los otros dos sostienen la cabra en el aire –ordenó.

»Cogió la daga e imploró:

»–*Bismilá ar-Rahman ar-Rahim* ('En nombre de Dios, el Poderoso y Misericordioso').

»De un tajo certero segó la yugular de la cabra, tal como prescribe la tradición islámica. Mientras la sangre fluía a borbotones y caía sobre el bronce, el cheij lanzó un conjuro. El cielo oscureció y se desató una gran tormenta. El líder del orgulloso ejército de Mombasa, que contaba además con el apoyo de la tribu africana de los mijikenda, estaba convencido de su triunfo y de que la batalla sería cosa de niños, pues disponía de cañones y de numerosos soldados, expertos en el manejo del arco. Pero la lluvia provocada por el falaqui se hizo tan intensa que la pólvora de los cañones quedó inutilizada y las cuerdas de los famosos arqueros de Mombasa se destensaron.

Estábamos llegando a Shela.

–Pues, sí, la lucha se produjo en estas dunas –señaló Cheij Nabhany– y la batalla fue encarnizada. Lamu, tan sólo con sus sables y espadas, se alzó victorioso. El sultanato de Pate desapareció y desde entonces formó parte de Lamu. Pronto los ecos de la batalla llegaron hasta las tierras de los mijikenda, donde se escuchaba el siguiente

lamento:

»–*Mwenda Pate Kauya Kiuchacho ni Kirio.* ('Aquellos que fueron a Pate para luchar contra Lamu no regresaron jamás, pero sus alaridos llegaron hasta sus casas').

»Todavía se encuentran pedazos de huesos en estas dunas –gritó Cherifu.

A lo largo de la cornisa iban y venían burritos que transportaban verduras y ramas de palma. La tarde caía, estábamos ya frente a la turística Shela y las casas de Lamu cada vez se hacían más pequeñas. Cherifu no hacía ningún ademán de ordenar a Abu Jana, que regresáramos a puerto. Ninguno deseaba poner fin a aquel viaje.

De pronto Cheij Nabhany dijo:

–¿Cuándo tiene su vuelo?

–Dentro de dos días he de estar en Nairobi –contesté.

El cheij rumió durante largos instantes.

–Tenemos aún tiempo –dijo–. Cherifu no debe tener ningún compromiso ahora que no hay turistas. Quiero enseñarle algo. Vamos a dar la vuelta completa a la isla, dormiremos en Kipungani.

Abu Jana imitó los ululatos de las mujeres árabes. Cherifu volvió a tomar el mando y le ordenó cambiar de costado la botavara. El Yamila viró, se inclinó y tomó tal velocidad que parecía que el agua fuera a entrar por estribor.

Hicimos una primera escala en Matondoni donde se construían los dhows. Tras ver cómo calafateaban un casco y embadurnaban otro con grasa de tiburón, visitamos una antigua mezquita, junto a un árbol del que colgaban cientos de nidos de pájaros tejedores.

El dhow se deslizaba ahora por un amplio canal que circundaba la isla por el oeste, cuando unas nubes bajas y grises oscurecieron el cielo. La niebla ocultaba las orillas. Nos refugiamos bajo el mismo plástico que nos resguardara el día de nuestra partida. Bajo la lluvia, creí distinguir aún el potente perfume oriental de las tres hermanas. De vez en cuando asomaba la cabeza y contemplaba aquel canal gris en el que comenzaban a perfilarse, entre la bruma, las siluetas negras y lúgubres de los manglares.

Un gran pez plateado dio una voltereta en el aire y cayó con un gran chapoteo. Una bandada de cormoranes volaba a ras de agua. Nos acercábamos a un poblado. Podíamos distinguir los *makutis*, que sobresalían entre los cocoteros.

–¡Esto es Kipungani! Cherifu, ¡entra! –ordenó Cheij Nabhany.

El *najoda* se acercó todo lo que pudo, hasta que el dhow quedó varado. Cheij Nabhany y yo nos arremangamos los *kikois*, saltamos por la borda y proseguimos a pie, hundiendo los pies en el lodo, que se escurría entre nuestros dedos. Espantando cangrejos alcanzamos tierra firme, donde nos esperaban unos campesinos curiosos aunque retraídos. Cheij Nabhany les preguntó por algo y uno de ellos, el mayor hizo ademán de recordar. Nos condujeron a través del poblado, un lugar enfangado de chozas de palma, en el que picoteaban las gallinas. Unos perros famélicos huían a nuestro paso. Los *makutis* chorreaban, llegamos por fin a una *shamba* junto al canal, no muy lejos del mar abierto. Entonces, en aquel lugar abandonado, Cheij Nabhany me contó algo que yo no esperaba escuchar:

–Le voy a narrar la historia de mis ancestros. Yo vengo de aquí, de este lugar donde estamos. Mi tatarabuelo era un hombre con temor de Dios, que vivía en la isla de Lamu. Su nombre era Hasán y, de joven, venía a trabajar cada jueves a esta *shamba*, para cuidar de sus magníficos frutales. Un día, cerca del canal de manglares, notó como si alguien tirara de sus ropas. Se asustó; aquellos parajes eran poco frecuentados y él no había oído ningunos pasos. Además, por aquí se cuentan mil historias sobre los *yenún* y otras presencias. Pero intentó tranquilizarse y recitó para sí unos versos del Corán. Mi tatarabuelo Hasán notó cómo le volvían a tirar de la ropa. Aterrorizado, se giró, pero cuál fue su sorpresa cuando sus ojos se toparon con los de una joven distinguida y bellísima. En seguida se dio cuenta de que se trataba de una yin.

»–*Salam u aleykum* –dijo aquella extraordinaria mujer.

»–*Aleykum Salam* –contestó Hasán–. ¿Qué puedo hacer por vos?

»–Desde hace un tiempo os vengo observando. Sois muy hermoso y bueno, y me gustaría que os convirtierais en mi esposo.

»Mi tatarabuelo sabía muchas cosas sobre los *yenún* ya que, a pesar de ser una persona sencilla, había recibido una buena educación y conocía los libros del Falaqui.

»–Qué más desearía en este mundo que esposaros –suspiró Hasán–, pero... –echó una mirada a sus sencillas ropas– me temo que vuestra familia nunca me aceptaría.

»–Claro que sí –dijo la mujer *yin*–, porque se darán cuenta de que yo os amo y eso es lo único que importa. Arreglémoslo de una vez.

»Quedaron pues para encontrarse en este mismo lugar al día siguiente. Mi tatarabuelo creía que había sido una alucinación, pero cuando vio de nuevo a aquella joven, su corazón volvió a latir con tal fuerza que parecía que le fuera a salir del pecho. Ella le tomó de la mano y se lo llevó hacia el mar adentrándose en sus profundidades. Allí, en lo más hondo de este océano, le presentó a sus padres y hermanos. Se casaron y vivieron felices, en aquel fabuloso reino de la

abundancia. Pero un día, mi tatarabuelo se despertó con una pena en el alma.

»–¿Qué os pasa, amado mío? –preguntó su esposa–. ¿Acaso no sois feliz aquí? ¿Habéis dejado de quererme?

»–Nada más lejos –contestó su amantísimo Hasán–. Pero de pronto me he acordado de mis padres y de mis hermanos; y de mis amigos también. Deben estar convencidos de que me devoró alguna alimaña o de que me ahogué en el mar. ¡Me gustaría tanto volver a verles y aliviar su tristeza!

»–No os preocupéis, mi dueño y señor. Sólo deseo vuestra felicidad. Haré lo que ordenéis, pero necesito que aceptéis una única condición.

»–Naturalmente –contestó mi tatarabuelo.

»–En nuestra nueva casa, allí en la tierra, quiero disponer de una habitación para mí sola, y nadie, absolutamente nadie, bajo ningún concepto, podrá entrar jamás sin llamar antes a la puerta y recibir mi autorización.

»–Pero querida esposa, ¿de dónde voy a sacar el dinero? En tierra poseía únicamente una cabaña, que hoy, además, debe estar ocupada por algún pariente.

»–No os preocupéis por ello.

»Entonces la mujer *yin* ordenó a los peces que le trajeran ámbar gris, perlas y corales valiosos. Nadaron a la superficie, acompañados por los dos pequeños gemelos que habían tenido. Con aquel tesoro compraron una casa magnífica y mi tatarabuelo se convirtió en mercader.

Cheij Nabhany acarició un viejo cocotero derrumbado, vestigio de aquella *shamba* que en su día fue exuberante.

–Un día, en que el marido se ausentó –prosiguió–, una joven que acababa de entrar al servicio de la casa irrumpió sin permiso en la habitación. Y lo que vio la dejó aterrorizada. De pie ante el tocador, embutido en un rico caftán, se hallaba el tronco decapitado de su señora, que sostenía la cabeza en una mano para peinarla con la otra. La sirvienta profirió un alarido y cayó desmayada al suelo. El cuerpo de la señora la despertó a puntapiés mientras que la cabeza, que había colocado sobre el arcón, le imprecaba furiosa:

»–¡Insensata! ¿Por qué has entrado a descubrir mi secreto?

»Ni que decir tiene que la criada huyó de la casa despavorida, olvidándose incluso de recoger sus pertenencias. La mujer *yin* volvió a colocarse la cabeza y esperó a su marido. Cuando éste regresó, le reprendió entre sollozos:

»–Hasán, os dije que nadie estaba autorizado a entrar en esta habitación sin avisar antes. Ahora debo regresar al mar.

»–No, por favor –replicó mi tatarabuelo, que cada día la quería

más–. Por favor, quedaos.

»–Recordad el trato –se despidió la esposa–. Incumplisteis vuestra palabra y ahora no tengo más remedio que volver con los míos.

»La *yin* acudió junto a sus hijos y los colmó de besos. Tomó a uno de ellos de la mano y se lo llevó hacia el mar. Mi tatarabuelo se quedó con el otro. No intentó detenerles, sabía que resultaría inútil. Los vio desaparecer para siempre en las aguas. Con el tiempo, Pame, que así se llamaba el niño que se quedó con mi tatarabuelo, se casó y tuvo un niño, al que llamaron Hasán, que a su vez tuvo una hija, que fue mi madre, Amina Abu Baker Cheij, y que una noche de grandes lluvias me contó lo que te acabo de explicar.

Aquella noche, en el dhow, me costó dormir. El lugar era húmedo y estaba plagado de mosquitos. Las tablas del velero, que siempre me parecieron cómodas, se me clavaban a pesar de los cojines. Desde el manglar llegaban los inquietantes ruidos de la noche. Todos dormían. Observé a Cheij Nabhany. ¡Qué suerte había tenido al conocerle! Me sentí un privilegiado por estar junto a alguien que aún seguía en contacto con un saber ancestral que, en un mundo cada vez más homogéneo, desaparecía a velocidad de vértigo. ¿Existían los *yenún*? Qué más daba lo que yo pensara. Ellos, Cheij Nabhany, Abdelaziz, la vieja Aziza y su marido, el *najoda* Jafar y tantos otros amigos que había encontrado en mi viaje, sí que creían en ellos. Pronto, me decía, volaré hacia un mundo sin genios.

Desperté antes de que clareara y ya estaba en pie el sonriente Cherifu preparando café. Con el primer brillo del sol, el almuédano de Kipungani entonó la llamada a la oración que, sin altavoz, sonaba bella y antigua, no muy distinta a como la oiría el tatarabuelo de Cheij Nabhany. Después de que mis amigos rezaran en tierra, llegó el desayuno. Abu Jana fue a por huevos duros y unas tortas muy dulces que comimos en cubierta. Luego zarpamos para proseguir nuestra circunvalación de la isla.

Doblamos el cabo de Kipungani y salimos al Índico. Las olas mecían aquel velero tan marinero que Cherifu capitaneaba con maestría. Abu Jana seguía atento sus órdenes y nos advertía cada vez que debíamos levantarnos para que pudiera cambiar de costado la botavara. Recorrimos la larguísima playa de Shela, en la vertiente que daba al océano, con sus dunas aún mucho más impresionantes que las que viera el día anterior, y donde crecían matojos y unas curiosas palmas de varios brazos.

–¿Ves esa especie de palmeras? –me preguntó Cherifu–. Los *up country* les hacen unos cortes y las dejan sangrar. Recogen el líquido en botellas de plástico, lo dejan fermentar y se lo beben.

El *najoda* puso los ojos en blanco, al tiempo que imitaba el tambalearse de un borracho.

Ya casi habíamos completado la vuelta a la isla cuando llegamos a la entrada del canal de Manda. Al doblar un pequeño cabo, se complicaron las cosas, pues los bancos de arena creaban peligrosas corrientes.

–Justo antes de que zarpáramos, un colegial *up country* de vacaciones se ahogó en este mismo lugar –contó Abu Jana–. Sus compañeros lo estuvieron buscando inútilmente. Dos días después apareció por el lado de Kipungani, como lo hacen todos los que se ahogan.

Nos acercamos a la isla de Manda, bordeando un antiguo fuerte que Cherifu no supo precisar si era omaní o portugués. Ante nosotros volvió a aparecer Shela, y en la lejanía se distinguían ya los *makutis* de Lamu, cuando Cheij Nabhany ordenó a Cherifu que nos adentráramos en el laberinto verde del manglar. Quería mostrarme las ruinas de la ciudad de Takwa.

Como siempre, aquellos antiguos mercaderes habían escogido el lugar más recóndito posible para establecerse. Durante más de una hora estuvimos avanzando por aquel universo verde y silencioso hasta que Cherifu ordenó arriar la vela y proseguimos ayudados de las pértigas, para llegar a un pequeño embarcadero, donde una familia de pescadores, conocida del *najoda*, se haría cargo del dhow.

Desembarcamos. Me entretuve observando unos cangrejos minúsculos azul turquesa y andaba maravillándome ante la enorme variedad de esos crustáceos, cuando Abu Jana me apremió desde lo alto de un rústico pontón de ramas de manglar que servía para vadear una zona de arenas movedizas. Anduvimos luego entre la maleza y al cabo de un rato, llegamos a un bosque de acacias y baobabs de fábula. En el suelo abundaban los excrementos de elefante. Así pues, ¡no era una leyenda la existencia de paquidermos en la isla!

Pronto distinguimos las ruinas grises y negras de piedra coralina, invadidas por la maleza y estranguladas por los ficus, que crecían imponentes en lo alto de los muros, desde donde dejaban caer sus raíces. Las pequeñas hojas de los baobabs tamizaban la luz del trópico, creando con la brisa un centelleo. Vagamos entre las ruinas de los palacios, mezquitas y aljibes, escrutados por lagartos de colores azul naranja, aquellos viejos conocidos. El calor y la humedad intensos y el rugido del océano, que no debía de quedar lejos, aumentaban la sensación inquietante.

De pronto, entre las ruinas de aquella ciudad encantada, creí que

los insectos y pájaros callaban. Una ráfaga de aire pareció anunciar la inminencia de algo inesperado, como si la maleza fuera a regresar al bosque, aquellas piedras y cascotes se reordenaran, las cocinas de las casas volvieran a lanzar al cielo su humo azulado y las conversaciones y risas llenaran de nuevo el aire. ¿Qué sucedió para que los habitantes abandonaran aquella prodigiosa ciudad escondida?

Cheij Nabhany recitó entonces unos versos:

¿Cuántos hombres ricos hemos visto
cuyo esplendor brillaba como el mismo sol
con sus montañas de marfil
y sus cargamentos de plata y oro?
El mundo entero se inclinaba ante ellos.
El camino de la vida era ancho y recto.
Caminaban con arrogancia, sin miedo,
con la cabeza bien alta y los ojos, entornados, desdeñosos,
se encogían de hombros y giraban la cabeza.
Los criados les abrían el paso y lo cerraban
y la guardia personal siempre les rodeaba.

Sus mansiones iluminadas relucían con las lámparas de cobre
y cristal y la noche parecía el día
y en sus salas la Belleza reinaba en todas partes
y la adulación les acompañaba en todos sus días.
En sus mansiones se encontraba la porcelana de China más exquisita
y cada vaso y cada copa estaban grabados
mientras, colocadas entre los ornamentos relucientes,
las vasijas de cristal resplandecían.
Los colgadores de donde pendían los ricos brocados
–lo juro por Dios, creador de la riqueza–
estaban hechas de teca y ébano,
como todos los estantes donde guardaban sus preciosísimos vestidos.

Las salas de los hombres vibraban con la charla.
En las de las mujeres resonaba el eco de la risa.
El ruido y contento de los esclavos se oía,
así como el de los sirvientes.
Y antes de descansar recibían un masaje
y las mujeres les abanicaban con ricas telas de alegres colores
y los músicos tocaban y cantaban sus mejores temas
sin cesar mientras ellos dormían y cuando lo hacían
era en las camas más exquisitas y de las maderas más nobles
escogidas con cuidado, sobre colchones muy blandos,
con almohadones de color verde tanto en la cabeza como en los pies
bordados con plata y oro.

Los tejidos más finos colgaban de los doseles para acogerles,
su pecho era rociado con agua de rosas
y sus cuerpos untados con aceites aromáticos
y humeaba el incienso y la madera de sándalo.

Y a pesar de toda su riqueza y orgulloso esplendor
partieron con la Caravana de la Muerte
y se mudaron a las mansiones de las tumbas
donde se desmenuzaron como arenisca para convertirse en polvo.
Y duermen ahora en una ciudad de apenas un palmo
sin cortinas ni almohadones ni divanes de seda.
Sus cuerpos están rotos, despedazados
y aplastados por las fuerzas del sepulcro.
Sus mandíbulas, perforadas y podridas.
La sangre y el pus brota de sus labios muertos.
Los gusanos infectan su nariz y su garganta.
Son alimento ahora para los insectos y sus larvas.
Las termitas y las hormigas roen sus huesos.
Sus cuerpos están erosionados.
Las serpientes venenosas y los escorpiones se enroscan en sus cavidades.

En sus mansiones resuena un eco vacío.
Arriba, en las vigas pintadas aletean los murciélagos.
No hay murmullos, tampoco gritos de contento
y en los cabezales de sus camas las arañas tejen su tela.
Los nichos donde guardaban la porcelana
son ahora los andrajosos nidos de los pájaros salvajes.
El búho ulula en la soledad de las salas en ruinas
por encima de las gallináceas de bosque que corretean y pían.
En los raíles de las cortinas se posan ahora los buitres
y las tórtolas se arrullan
o estremecen sus alas y se alejan.
Las golondrinas hacen sus nidos y también las palomas.

Los escarabajos crujen en los patios vacíos.
Donde una vez se reunieron los hombres, ahora los grillos cantan.
La charla en las estancias ha cesado
y sólo queda suciedad y decadencia.
Los patios ahora están cubiertos de maleza y espinos
y las euforbias trenzan sus redes sobre los arbustos.
Los hombres temen hoy atravesar los grandes dinteles
pues en el interior la Oscuridad y el Silencio reinan supremos.
Si no me creéis y pensáis que miento
id vosotros mismos y atisbad esas salas.
Gritad, sólo el eco os responderá, nada más.
Porque ninguna voz humana podrá ser jamás escuchada.

Deberíais saberlo: el día vendrá cuando
todo el mundo habrá de cambiar. Los siete cielos
se moverán de su sitio.
El sol y la luna caerán del cielo. Y para nosotros los hombres
habrá fuego y calor, los dos sin fin.
¿Adónde acudiréis ese último día
cuando las llamas consuman vuestras entrañas
y de vuestro cuero cabelludo la piel se desprenda chamuscada?
¿Adónde acudiréis pidiendo socorro?
Decidme cuál será vuestro refugio porque me gustaría compartirlo.

Eran los versos del *Inkishaf*, un poema en suajili del siglo XVIII, compuesto por Sayed Abdalá bin Alí bin Nasser.

Miré a Cheij Nabhany. Cherifu y Abu Jana aún estaban ensimismados por la fuerza de aquellas estrofas. Permanecimos un buen rato en un silencio roto por el murmullo de las tórtolas.

–Cheij Nabhany –pregunté–, ¿qué pasó aquí? ¿Fueron los habitantes de Takwa vencidos en una guerra? ¿Se salinizaron o se secaron los pozos, como ocurrió en otros lugares?

–Hace muchísimos años –me tomó del brazo y anduvimos entre las ruinas–, cuando en Takwa gobernaba la reina Mwana Nali, la prosperidad de la ciudad atrajo la codicia de Bwana Mushutu, el rey de Manda, que era muy poderoso, y envió sus tropas para conquistar la ciudad. La reina, que no podía defenderse de otro modo, recurrió a la magia. Cuando el ejército enemigo llegó a Takwa, quedaron asombrados, pues la ciudad entera había desaparecido. Sin embargo, oían a la gente, escuchaban cómo sacaban el agua de los pozos, los chillidos de los niños, las risas de las mujeres y el cacareo de las gallinas. Era como si un manto mágico hubiera convertido a Takwa y a sus habitantes, ya fueran hombres o animales, en invisibles. De modo que Bwana Mushutu ordenó la retirada.

El cheij señaló un monumento hacia el que nos dirigíamos:

–Allá está el sepulcro de un cheij con gran temor de Dios, que tenía poderes y que yo creo que fue él quien salvó a la ciudad. Cuando todo volvió a la normalidad, la reina de Takwa no quiso tentar más a la suerte, de modo que reunió a su pueblo, atravesaron los manglares, cruzaron el canal y se establecieron en un lugar deshabitado, que llegaría a ser la actual Shela. Años más tarde, la ciudad rival de Manda fue conquistada por el sultán de Pate y sus antaño orgullosos habitantes huyeron precisamente a Shela. Lamu aceptó que se instalaran en la isla pero a condición de que se descalzaran cada vez que fueran a la ciudad, para humillarles. Así lo hicieron durante años y años.

Seguimos el trazado de las derruidas murallas hasta llegar a la tumba de piedra de coral donde estaba sepultado aquel cheij. Se

distinguían fósiles de conchas y animales marinos, incrustados en la madrépora ennegrecida por incontables monzones. Había bellas inscripciones en árabe y la romántica sepultura estaba coronada por una imponente columna de piedra negra. Aquel santuario, oculto por grandes árboles de los que colgaban tupidas plantas trepadoras, era, me confió Cheij Nabhany, un lugar venerado en secreto.

Se oía el rugido del océano y Cherifu se llevó a la boca un palito de msuaki que acababa de arrancar y encabezó la marcha. Avanzamos apartando la maleza, bajo árboles cubiertos por una espesa red de euforbias y espinos que creaban un largo túnel, hasta llegar a un promontorio desde el que divisamos una playa de arena dorada, a la que un Índico enfurecido enviaba las olas desgarradas por los arrecifes. Descendimos entre pequeñas dunas y palmeras enanas.

¡Qué magnífico lugar! Nos miramos. Ninguno de nosotros quería regresar a Lamu y decidimos pasar la noche allí. Cherifu envió a Abu Jana a buscar nuestras pertenencias y a comprar a la mujer del pescador una gallina para la cena.

Unos grandes cangrejos rosas huían de las olas o acosados por otros aún más grandes. Atrapados en la arena, dos peces globo se debatían entre la vida y la muerte, incapaces de regresar a su medio. Tomé uno de ellos con cuidado, para no lastimarme con sus púas, y lo examiné. De pronto, aquella criatura se estremeció. Me acerqué a una poza que la marea había olvidado en la roca y lo solté, y al poco comenzó a mover sus pequeñas aletas y desapareció bajo una piedra.

Cherifu soltó un grito. Los pinchos de su pez globo parecían muy afilados, pero con delicadeza consiguió devolverlo al agua. Con la marea alta regresarían al océano. La arena estaba salpicada de grandes semillas planas y lustrosas, color caoba. En esa época, me dijo Cherifu, a veces se encontraba el valioso y escaso ámbar gris y también las nacaradas conchas del nautilus.

Nos tumbamos un rato en la arena. Esperando a Abu Jana, nos debimos quedar dormidos.

Abrí los ojos, el grumete ya había llegado y estaba recogiendo ramas secas y los troncos que el monzón había arrastrado, para encender un fuego. Me levanté para ayudarle. La sal y el vapor de agua nos empapaban el rostro mientras caía la tarde.

Abu Jana consiguió por fin prender aquellas ramas húmedas y la tetera humeaba ya sobre las brasas cuando se puso en pie y cantó «Mapenzi», haciendo, uno por uno, los mismos gestos que aquella mujer de Zanzíbar que bailaba tomándoselo tan a pecho que recibía los puñetazos de sus amigas. No aguanté más:

–Vamos, Abu Jana, cuéntame de qué va esta canción.

Tradúcemela.

El grumete tomó en sus brazos la gallina que íbamos a sacrificar y mientras la mecía, mirándola con ojos de cordero, le cantó:

> Me estoy ahogando y ni siquiera me miras.
> No haces el menor esfuerzo por rescatarme de las peligrosas olas.
> ¿Acaso no crees que me estoy ahogando?
> Sí. Me estoy ahogando.
> Ahogando en el océano del amor.

Pero la gallina no parecía dispuesta a curar sus heridas y, agitando todas sus plumas, obsequió a Abu Jana con un cálido excremento sobre su *kikoi* amarillo, ante la burla de todos nosotros.

Aquella noche, mi última noche, cenamos en silencio. Yo contenía la emoción. Nos acostamos pronto junto al fuego, que por fin crepitaba con fuerza. No sé cuánto tiempo habría pasado cuando desperté inquieto. La luna había salido y estaba casi llena. Su luz era tan fuerte que se adivinaban los colores. Miré alrededor: Cheij Nabhany y Abu Jana dormían. Entonces distinguí a Cherifu a lo lejos, que me hacía señas. Me acerqué, se llevó los dedos a la boca para hacerme callar e hizo ademán de que le siguiera despacio. Mientras la luna se escondía tras unas nubes, subimos por el camino que llevaba a las ruinas, y al llegar a aquel túnel de zarzas y euforbias, nos agazapamos. De pronto, las nubes se desgarraron para desvelar una maravilla: a lo lejos, en un claro, una docena de elefantes se dirigía a paso lento hacia la antigua Takwa. Sentí un escalofrío, pero el capitán parecía muy calmado. Aquellos elefantes estaban acostumbrados al olor del hombre, pues nadaban hasta la isla de Manda para comer las hortalizas de unas *shambas* que se encontraban al otro lado de las ruinas. Cherifu y yo dimos un rodeo en dirección contraria al viento para no ser advertidos y aún los pudimos contemplar durante un buen rato, envueltos en un halo de plata, mientras se perdían en el corazón de aquella ciudad encantada.

De regreso a la playa, me senté en una roca. El sueño que había empezado veinticinco años atrás estaba ahora llegando a su fin. Miré al cielo. ¡Quién me hubiera dicho aquella noche en el desierto del Sudán, viajando con los hadandauas en el viejo Bedford azul celeste, que aquel impulso por el que me dejé llevar me habría de traer hasta tan lejos! Pero ahora, bajo la luna de Takwa, sentí que aquella fuerza que me lanzó en pos de lo desconocido quizá no se había tratado de un impulso sino, como sentenció Abdelaziz en el *fonduq* de Dimitri, de

lo *maktub*, de lo que estaba escrito.

Desfilaron ante mí los rostros de mi viaje. Como los eslabones de la *silsila* de los árabes, un personaje me había llevado a otro y, si en algún momento pareció interrumpirse la cadena, el azar se había encargado de engarzar un nuevo anillo. Abdelaziz, Cheij Abas, Aziza, el viejo Jafar, Ustaz Mahmud, Moqadem Jamis, Ustaz Salah, Abdala Cherif, el capitán Jaled, Cherifu o Cheij Nabhany. Aquel mundo de los árabes del mar, que ya había desaparecido, pervivía aún en su memoria y ellos habían puesto su rostro real a mi sueño.

Se levantó una pequeña brisa con el primer resplandor en el horizonte. Trataba de retener aquellos momentos. Sentía añoranza ya de lo que estaba viviendo. Me costaba imaginar que, en pocas horas, lo que ahora me parecía tan real volvería a ser el sueño atrapado en una botella, un fotograma de la película de mis zíngaros.

Cheij Nabhany se había sentado junto a mí y me estaba observando con aquellos ojos que a veces parecían chinos. Sonrió antes de perder la mirada en el mar. Un sol rojo emergía del agua y su estela llegaba a nuestros pies. Varios dhows, con sus velas henchidas por el viento, se estaban acercando en dirección al canal de Manda. Uno de ellos quedó a sotavento al cambiar de costado la botavara y su vela comenzó a perder fuelle. Cheij Nabhany llevó su mirada al horizonte y suspiró:

–¡El mar!

Y, entonces, al igual que hiciera el viejo Jafar veinticinco años antes en aquella playa del Yemen, junto a la carcasa podrida de su querido Naim, mi amigo, en vez de desplegar los brazos en redondo como para dar a entender lo inabarcable, unió las palmas de ambas manos y trazó con ellas una línea perfecta y recta desde la arena hacia el horizonte, y afirmó:

–El mar era el camino.

Notas

1. Tilapia: *Oreochromis niloticus,* pescado comestible del Nilo.

2. Hotel Oriente.

3. *Jauaga*: europeo. En ocasiones puede ser un término despectivo dependiendo del tono con que se utiliza.

4. Plural de yin. Genios o duendecillos.

5. Dhows: veleros árabes utilizados en las costas de Arabia, Irán, la India y el África oriental.

6. Recuerde el lector que estamos hablando de finales de la década de los setenta, mucho antes de que se produjeran las migraciones desde el Magreb, Pakistán o el África subsahariana.

7. Gentilicio con el que los árabes tradicionales aluden a los cristianos.

8. Los chinos también contribuyeron a ello al pagar por el cuerno de rinoceronte verdaderas fortunas, ya que pulverizado, era utilizado como potente afrodisíaco.

9. Qohtan: identificado según la Biblia con Joctán.

10. Plinio cuenta que todo el incienso que llegó a Roma en un año fue empleado en la incineración de Popea Sabina, esposa de Nerón. Se quemaron unas dos toneladas.

11. Mineral de antimonio pulverizado, que utilizan las mujeres árabes para realzar los párpados y también algunos hombres en imitación del Profeta.

12. Lit: mujer que ha realizado el *Haj*, el peregrinaje a La Meca. En el lenguaje coloquial, se aplica a todas las ancianas como tratamiento de cortesía.

13. *Los oasis de Egipto* (Ed. Lunwerg).

14. *Viaje a un mundo olvidado* (Galaxia Gutenberg).

15. Mineo, sabeo, qatabán y hadramautí eran los cuatro dialectos conocidos del antiguo sudarábigo. Las inscripciones más antiguas datan del siglo VIII a.C. y están en dialecto mineo.

16. En el siglo VI Roma volvió a adoptar el incienso en sus rituales pero las cantidades eran casi ridículas comparadas con el consumo de los rituales paganos.

17. *Scomberomorus commerson.*

18. *Mil y una voces* (El País/Aguilar).

19. Harún al Rashid (786-809). Quinto califa de la dinastía abasí que gobernó el islam en el cénit de su imperio. Aparece a menudo en *Las mil y una noches.*

20. Del árabe *maallem*, maestro, pero en suajili puede significar también otras cosas: doctor tradicional, curandero o sanador.

21. Del suajili: extranjero blanco.

22. De *night*, noche, y *robbery*, robo.

23. Juego de palabras: *Stinky*, apestoso y bar.

Table of Contents

Introducción
Primera parte. De los pantanos del Sudán a las riberas del mar Rojo
1. Sudán, 1977
2. En el viejo Bedford con los hadandaua
3. Un horno somnoliento y olvidado
4. La ciudad dormida
5. En la Arabia Feliz
6. La vieja Aziza y el capitán Jafar
7. Um Kulzum y los saltimbanquis egipcios
Segunda parte. De los puertos de Arabia a la Costa de los Zenj
1. Dubai, 2002
2. El sultanato
3. Las torres cónicas
4. El país del incienso
5. La ciudad de Simbad
6. La península de la espuma
7. El interior turbulento
8. De Mascate a Qalhat, el diamante de Ibn Batuta
9. La ciudad de los dhows
10. El capitán Jaled
11. La Costa de los Zenj
12. El poeta de Mombasa
13. Zanzíbar, el sueño de los árabes
14. La isla verde
15. Sultanatos olvidados
Notas